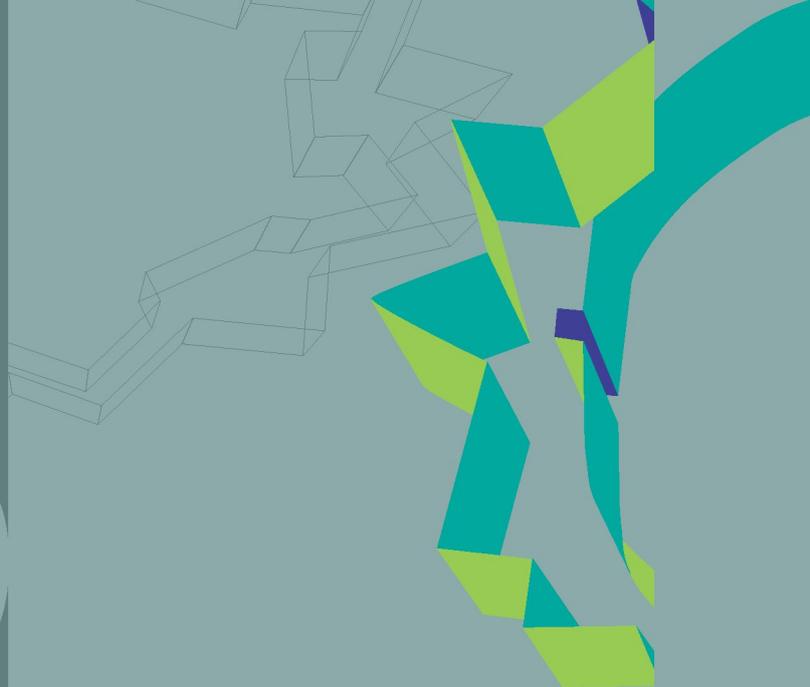
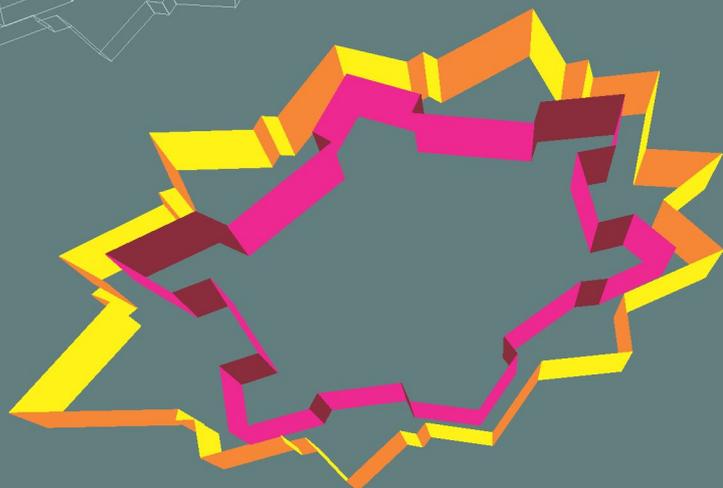




1810
2010

ALMEIDA



La Guerra de la Independencia en el Valle del Duero:
los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida.

Cristina Borreguero Beltrán (coord.)

CIUDAD
RODRIGO



ISBN: 978-84-92572-38-0
Depósito legal: DL-VA 736-2013

**La Guerra de la Independencia en el
Valle del Duero:
los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida.
Cristina Borreguero Beltrán (coord.)**

2013

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN:

1. Cristina Borreguero Beltrán: Burgos y Ciudad Rodrigo: llaves de la ocupación francesa en la cuenca del Duero, 1807-1813.

CAPÍTULO I: TERRITORIO, ESTRATEGIA Y LIDERAZGO

2. Emilio de Diego García: El Valle del Duero: eje estratégico de primer orden en la Guerra contra Napoleón al sur de los Pirineos.
3. Charles Esdaile: Wellington a las puertas: un balance de la Guerra, 1811-1812.
4. Miguel Ángel Martín Mas: Don Julián Sánchez “el Charro”: hazañas y miserias de la lucha guerrillera.
5. Agustín Guimerá Ravina: Sitios y bloqueos en la Guerra peninsular.
6. Tomás Pérez Delgado: La deportación a Francia de los defensores de Ciudad Rodrigo (1810-1814).
7. Luís A. de Oliveira Ramos: Analogías y diferencias en la situación de Portugal y de España en el curso de la guerra Peninsular entre 1811 y 1814.
8. Donald D. Horward: Massena, guerra de asedios y el sitio de Ciudad Rodrigo
9. David Gates: La estrategia de Gran Bretaña en la península Ibérica.
10. António Pedro Vicente: Errores de Massena en su incursión en Portugal (1810-1811).
11. Alexandre María de Castro de Sousa Pinto: La estrategia de Wellington en la batalla del Côa, 24 de julio de 1810.
12. Sergio Pardo: Los sistemas de la información geográfica como herramienta en la metodología historiográfica militar.
13. Miguel Ángel Sánchez Gómez: La Troya incendiada. El sitio de Castro Urdiales. Único asedio francés en Cantabria durante la guerra de la Independencia.
14. Joaquim Tenreira Martins: A duas últimas tentações de Massena.

15. Cristina Clímaco: O Vale do Douro e as Linhas de Torres Vedras: Preparativos e constrangimentos de uma Expedição em 1810-1811 ou como Napoleao perdeu Portugal.
16. Catalina Soto de Prado y Leonor Pérez: Presencia Anglogermana en el valle del Duero durante la guerra de la Independencia.

CAPÍTULO II: GOBIERNOS, JUNTAS Y ACTORES INTERNACIONALES

17. Emilio La Parra López: La titularidad de la Corona española. Reacciones europeas.
18. Francisco Ribeiro da Silva: Las relaciones luso-británicas entre el Pacto de Familia y el bloqueo continental.
19. Enrique Martínez Ruiz: Ciudad Rodrigo: preparación defensiva y actividad política.
20. Antonio Moliner Prada: El levantamiento y formación de las Juntas Provinciales castellanas: la Junta de Soria.
21. Francisco Javier Iglesia Berzosa: La tortuosa trayectoria de la Junta Superior provincial de Burgos durante la guerra de la Independencia.

CAPÍTULO III: PATRIMONIO DE LA GUERRA, CULTURA POPULAR Y VIDA COTIDIANA

22. Ricardo García Cárcel: Las memorias personales y las historias de la guerra de la independencia.
23. Gabriela Gândara Terenas: El cerco de Almeida en las narrativas portuguesas y británicas de la guerra Peninsular.
24. Bertha María Gutiérrez Rodill: Cuando al perro flaco todo se le vuelven pulgas: heridas de guerra, enfermedades y sanidad militar durante la guerra de la Independencia
25. Tereza Caillaux de Almeida: Anda Maria que já abalaram os franceses”: la expresión oral y pictórica del pueblo portugués sobre las campañas napoleónicas.
26. Ángel Luis Calabuig: La pervivencia de las fortificaciones mirobrigenses, legado histórico excepcional.

27. Francesc Pintado i Simó: Armamento utilizado por las tropas imperiales en el asedio de ciudad Rodrigo de 1810.
28. José Ramón Cid Cebrián: La guerra de la Independencia en las canciones tradiciones de la provincia de Salamanca.
29. Jean-René Aymes: El sitio de Ciudad Rodrigo (junio-julio de 1810): La versión francesa de los contemporáneos.
30. Raúl Velasco Morgado: “Hospital Stations”: la evacuación hospitalaria de heridos y enfermos británicos por el valle del Duero durante la guerra Peninsular.
31. Óscar Raúl Melgosa Oter: Recibimientos festivos a Wellington: la recepción del héroe.
32. Dionisio Fernández de Gatta Sánchez: La fiesta de los toros en la época de la guerra de la Independencia.
33. Josefa Montero García: Música e intercesión divina: rogativas y *Te Deum* en la Salamanca de la Guerra de la Independencia.

Corrección de textos:

Catalina Soto de Prado Otero

Alberto Ausín Ciruelos

Presentación

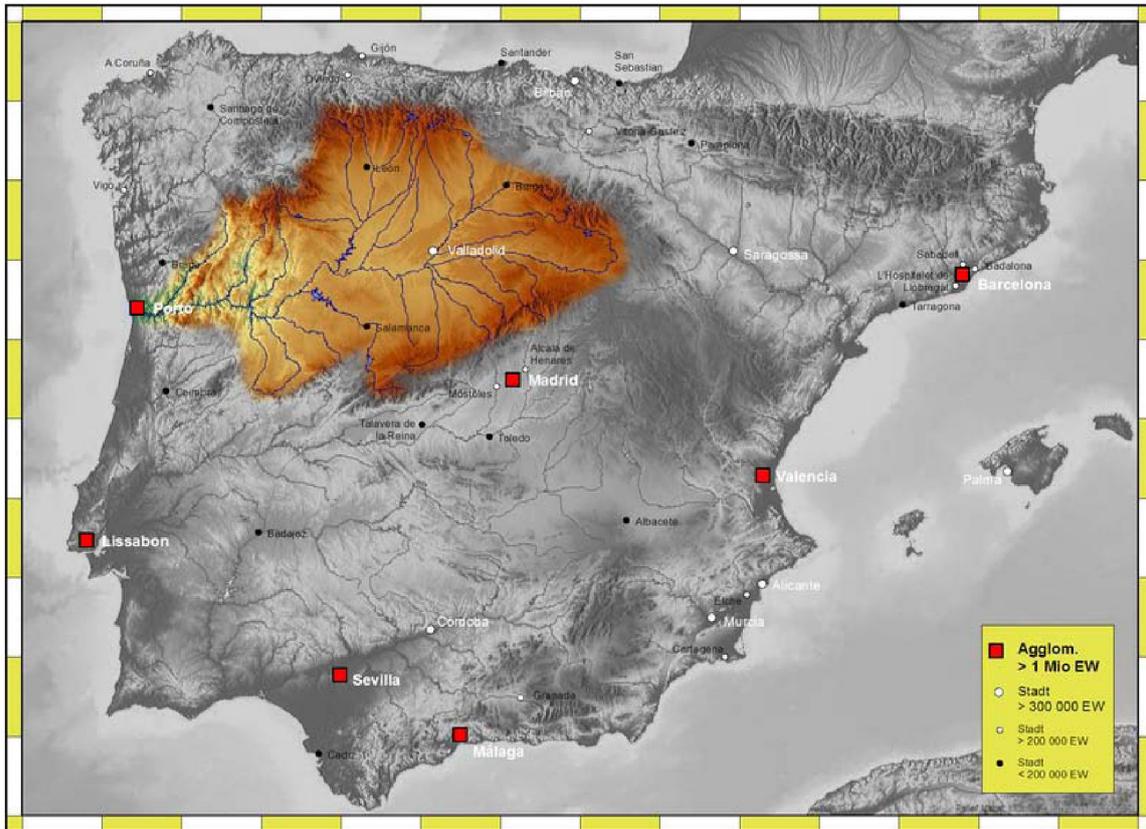
***BURGOS Y CIUDAD RODRIGO: LLAVES DE LA OCUPACIÓN FRANCESA EN
LA CUENCA DEL DUERO, 1807-1813***

Cristina Borreguero Beltrán
Universidad de Burgos

1. La geografía del Valle del Duero: rutas y movimientos de las tropas francesas e inglesas

Fue el 7 de octubre de 1807, cuando el marqués de la Granja, corregidor de la ciudad e intendente de la provincia de Burgos, anunció al Ayuntamiento la llegada, sin día fijo, de 30.000 hombres de infantería francesa y 4.000 de caballería, procedentes de la frontera de Irún.¹ La entrada del ejército francés en Castilla marcó un hito en la historia del valle del Duero, unidad territorial que se extendía desde los Picos de Urbión, en Soria, hasta su desembocadura en Oporto. La red hidrográfica del Duero, al extenderse por la mayor parte de la región de la meseta norte, afecta a la totalidad de las provincias de Segovia, Valladolid, Palencia y Zamora, y a una parte de las provincias de Burgos, Soria, León y Salamanca. Muchos afluentes, tanto de la vertiente meridional del Duero - el Duratón, Riaza, Cega, Eresma, Adaja, Trabancos, Tormes, Huebra y Agueda- como de la vertiente septentrional -Arlanzón, Arlanza, Pisuerga, Carrión, Valderaduey, Sequillo, Cea, Esla, Bernesga, Órbigo, Tera- fueron testigos de enfrentamientos, asaltos y escaramuzas a lo largo de toda la contienda.

¹ El marqués de la Granja, Josef Victor García de Samaniego y Ulloa, estuvo a punto de perecer en Burgos el 18 de abril de 1808, a manos del pueblo amotinado. Posteriormente, llegó a ser intendente de la provincia de Salamanca, ciudad donde murió allí el 19 de mayo de 1810. Vid. Anselmo Salvá, *Burgos en la Guerra de la Independencia*, Burgos, reed. 2008, p. 35.



MAPA DE LA CUENCA DEL DUERO

Este marco geográfico constituyó para Bonaparte y sus mariscales un espacio necesario para acceder a Portugal y para la sucesiva ocupación de toda la península. Por ello, el valle del Duero, tanto en sentido norte-sur como, muy especialmente nordeste-suroeste, se convirtió en un eje estratégico de primera magnitud. El itinerario más asequible desde Irún a Lisboa discurría, en su parte española, por tierras de la meseta de Castilla y el camino entre ese mismo paso fronterizo y Madrid, también. Las dos vías podían coincidir durante un trecho más o menos largo para bifurcarse después, tras la salida de Burgos, y dirigirse al suroeste (Torquemada, Palencia, Valladolid, Salamanca y Portugal) o hacia el sur, en dirección a la corte, por tierras de Segovia.

El eje Burgos – Ciudad Rodrigo – Almeida marcó el signo de la ocupación francesa de la meseta. Tras el paso de Pancorbo, Burgos era la primera capital del vasto territorio que las fuerzas galas debían recorrer. A partir de 1807, numerosas oleadas de tropas francesas recorrieron durante seis años en dirección sur la cuenca del valle del Duero. Pero el recorrido en dirección inversa fue también sustancial durante la guerra. Los soldados galos se vieron obligados en tres ocasiones (la última fue la definitiva) a cruzar en dirección norte la misma cuenca hidrográfica. La primera después de la derrota francesa de Bailén, el 18 de julio de 1808, cuando el rey José Bonaparte se vio forzado a

abandonar Madrid y salir con su ejército hacia el norte, llegando incluso a desalojar Burgos, la última ciudad castellana, el 22 de septiembre de 1808. Cuando en noviembre de aquel mismo año, los ejércitos franceses regresaron a la cuenca del Duero, acompañados del mismísimo Napoleón, inflingieron severas derrotas a los españoles y ocuparon inexorablemente todo el territorio castellano. No fue hasta 1812 cuando la situación volvió a invertirse y los ejércitos napoleónicos tuvieron que evacuar de nuevo el valle del Duero debido a la victoria de Wellington en la batalla de los Arapiles el 22 de julio. En su persecución, los aliados llegaron de nuevo hasta Burgos, la llave de la cuenca del Duero, pero fueron rechazados ante la dura resistencia del general francés Dubreton al mando de un modesto contingente de 3.000 soldados franceses parapetados en el viejo castillo burgalés. La derrota de Wellington en Burgos supuso un retroceso de los aliados hacia Salamanca, Ciudad Rodrigo y las posiciones portuguesas. Los franceses volvieron a avanzar por la meseta castellana.

Finalmente, en la primavera de 1813, Wellington supo aprovechar la oportunidad que se le ofrecía para marchar en persecución de los franceses que se replegaban huyendo hacia el norte atravesando de nuevo y definitivamente la cuenca del Duero. El general inglés sabía que las tropas napoleónicas, además de estar desgastadas por la dura campaña en España, habían sido reducidas por la extracción de varias divisiones con destino a Rusia. Aquella fue la oportunidad esperada y la que liberó definitivamente al territorio del Duero y al resto de la península de los ejércitos franceses.

Si a lo largo de la guerra, el territorio castellano sufrió la ocupación francesa como el resto de la península, fue la estrategia del ejército aliado lo que confirió al valle del Duero el protagonismo sustancial para dilucidar allí el final de la guerra de la Independencia. Todavía hoy la memoria histórica está repleta de escaramuzas, batallas, choques y combates en todo el territorio, por ello tanto su red hidrográfica, sus bosques y montañas, sus caminos, sendas y puentes, sus históricos pueblos y ciudades tuvieron un protagonismo indiscutible. Pero el territorio castellano dejó también gratos recuerdos en la memoria de los combatientes. Así lo describe, por ejemplo, Charles Ramus Forrest en su diario el 4 de junio de 1813: “Llegamos a la orilla del río Duero (...) enfrente de Toro. Quizá no se pueda concebir una visión más bonita e interesante que la que nos deparó este día el paso del Duero. Cabalgué desde el vado a la ciudad de Toro, y me gustó mucho.”² Esta visión idílica del río Duero, que recogió el capitán británico, era sin duda debida a la paz y la libertad ganadas en aquella zona por el ejército aliado, puesto que los franceses estaban a punto de evacuar la ciudad de Burgos en su retirada hacia Vitoria, San Sebastián y Francia. Parecía definitiva la salida del ejército napoleónico del valle del Duero, ocupado desde hacía casi seis años.

² Diario de Forrest, 4 de junio de 1813, en Carlos Santacara, *La Guerra de la Independencia vista por los británicos, 1810-1814*, Madrid, 2005, p. 578.

2. Burgos: llave de entrada al valle del Duero

En el territorio del valle del Duero, la provincia de Burgos fue la llave del eje vertical estratégico de Napoleón para la conquista y ocupación peninsular de las tropas francesas, tanto hacia Madrid, como hacia Valladolid y Portugal. En este eje destacaron varios centros de operaciones de gran envergadura logística y de comunicaciones: Burgos, Miranda de Ebro y Pancorbo, al norte, y Lerma, al sur.³ Napoleón apreció el emplazamiento de la plaza de Miranda como depósito y almacén, señalando que:

*Miranda es extremadamente importante (...) desde Bayona y Pamplona sea el primer depósito donde pueda tener sus almacenes de artillería, de víveres, de prensas de vestir o de otros objetos de valor.*⁴

Asimismo, consideró el desfiladero de Pancorbo como paso de importante valor estratégico y, por ello, dispuso diversas construcciones:

*En Pancorbo deseo que se construyan barreras y varias obras que son indispensables y, sobre todo, que se cierre la garganta, que se culmine la comunicación del fuerte con la batería baja.*⁵

No menor fue la importancia geoestratégica concedida por Napoleón a la ciudad Burgos:

*La posición de Burgos, escribió a su hermano José, es igualmente importante mantenerla como ciudad de gran nombre y como centro de comunicaciones e informaciones.*⁶

Una vez ocupada, Bonaparte convirtió la ciudad de Burgos en un enclave logístico básico, en el que, además de utilizar todo su caserío para el alojamiento de las innumerables tropas y oficiales que transitaban por ella, mandó establecer almacenes de armas y municiones y hospitales para enfermos y heridos.⁷

Como ciudad de alojamiento, Burgos recibió y acogió a lo largo de 1807 y 1808 un número incalculable de tropas francesas junto con sus autoridades y generales galos. Entre febrero y junio de 1808 llegaron a la ciudad, entre otros, el mariscal Monecy, quien fue recibido el 10 de febrero con magnificencia para conquistar su aprecio y

³ Vid. Pedro Carasa Soto, "Burgos entre 1808 -1814. Ruina de la Ilustración y vuelta a la tradición", en Cristina Borreguero Beltrán (coord.), *Burgos en el camino de la invasión francesa*, Burgos, 2008, p. 14.

⁴ Carta de Napoleón a Louis-Alexandre Berthier, jefe de estado Mayor del ejército. Cubo de Bureba, 10 de noviembre de 1808. Vid. Jesús García Sánchez, *L'Espagne est Grande. Cartas de Napoleón Bonaparte desde Castilla y León, 1808-1809*, Valladolid, Ámbito, 2008, p. 85.

⁵ *Ibidem*, p. 86.

⁶ *Ibidem*, p. 87.

⁷ Cristina Borreguero Beltrán, *Burgos en la guerra de la Independencia: Enclave estratégico y ciudad expoliada*, Burgos, Cajacírculo, 2007.

lograr que no dejara en Burgos más que las fuerzas indispensables. Un mes más tarde, pasó por la ciudad, camino de Madrid, Murat, el duque de Berg. Alojado también magníficamente en el palacio arzobispal, aseguró de parte del mismo emperador que todos los gastos hechos por las provincias para alojar y mantener al ejército francés serían reintegrados. Para cumplimentar al duque de Berg, llegó de Valladolid, el capitán general de Castilla la Vieja, Gregorio de la Cuesta, quien también permaneció en Burgos durante bastante tiempo. A finales de marzo, una nueva división al mando del mariscal Bessières llegó a la ciudad, pero tuvo que ser alojada en los pueblos de alrededor, en Huelgas, Gamonal y Quintanadueñas. A partir de aquellos meses, el alojamiento y provisión de las continuas tropas francesas se convirtió en algo habitual en la “cabeza de Castilla” y llave de la cuenca del Duero.

El emplazamiento burgalés fue además muy útil para los franceses como almacén de víveres y municiones. El mismo emperador cuando entró en él se regocijó de la abundancia de alimentos que pudo obtener allí:

*Hemos encontrado en Burgos almacenes de víveres de toda clase; nunca he visto al ejército mejor alimentado.*⁸

Para el depósito de armas, pólvora y municiones se utilizó el castillo burgalés, magníficamente emplazado en lo alto de la ciudad. El almacenamiento llegó a ser de tal magnitud, que los propios burgaleses temerosos de que un rayo pudiera volar la fortaleza solicitaron a las autoridades francesas que se instalara allí un pararrayos que evitara la contingencia de un desastre.

No menos útil fue para los franceses fue la posibilidad de utilizar e instalar en la ciudad varios hospitales. Desde 1807, las grandes masas de tropas francesas, todavía en calidad de aliadas, multiplicaron el número de enfermos de tal manera que los hospitales de la Concepción y Barrantes tuvieron que aumentar sus camas. Tras estallar el conflicto, se hizo necesario disponer de nuevos centros hospitalarios: el de la Caridad, junto a la iglesia de San Cosme, el convento de San Pablo y el edificio que más tarde sería la Escuela Normal de la Compañía, donde fueron conducidos muchos soldados heridos tras la derrota de la batalla de Gamonal. Algunos relatos del combate recogieron el valor de Vicente Genaro de Quesada quien, al frente de las irreductibles Guardas Valonas, fue herido por las contundentes cargas del general francés La Salle y conducido al “hospital de sangre” francés en Burgos. Hasta allí llegó el propio mariscal Bessières para devolverle personalmente su espada. Y es que los heridos y enfermos eran considerados hombres de honor y los hospitales lugares inviolables, donde los caídos en la batalla podían ser dejados al cuidado, incluso del enemigo.⁹ Un claro

⁸ Carta de Napoleón a Jean François Dejean, ministro Director de la Administración de la Guerra en París. Burgos, 11 de noviembre de 1808. En Jesús García Sánchez, *L'Espagne est Grande. Cartas de Napoleón Bonaparte desde Castilla y León, 1808-1809*. Valladolid, Ámbito, 2008, pp. 111.

⁹ En 1813, cuando los franceses consideraron ya imposible mantenerse en la ciudad e iniciaron la retirada, costó mucho a las autoridades mantener el orden en la población. Un bando del

ejemplo de esta actitud es lo ocurrido en 1809, cuando Wellington solicitó a los generales franceses que cuidaran de sus heridos. El 9 de agosto había escrito a Kellerman, con quien había negociado el armisticio al día siguiente de la campaña de Vimeiro:

*Teniendo el honor de conoceros, me permito solicitar vuestros buenos oficios ante el comandante en jefe del ejército francés, y os recomiendo a mis heridos. Si es el general Soult quien tiene el mando, me debe todos los cuidados que pueda dar a esos valientes soldados, pues yo salvé del furor del populacho portugués a aquellos de los suyos que la suerte de la guerra había puesto en mis manos, y los cuidé bien. Además, como vuestras naciones están siempre en guerra, nos debemos mutuamente esas atenciones que exijo para mis heridos y que prodigué a los que la suerte dejó en mis manos.*¹⁰

3. La población del valle del Duero ante la invasión y ocupación.

En noviembre de 1808, la derrota de Gamonal constituyó la apertura del acceso al valle del Duero y la entrada e invasión de las tropas francesas al interior de Castilla. La población comenzó a huir:

*“... de cuyas resultas venían huyendo las gentes, y la tropa robaba los pueblos. Los franceses avanzaban a Valladolid, y este pueblo, temeroso de ser pasado a cuchillo, tomó el partido de abandonar la ciudad y refugiarse en los pueblos cercanos. Con efecto, en el día 12, a las 3 y media de la tarde, corrió la voz de que las avanzadas francesas avanzaban a Dueñas, y la mayor parte de los habitantes de nuestra ciudad la desalojaron a toda prisa, llevando los equipajes que podían, con sus hijos, comestibles y otros efectos. Marcharon también los curas, frailes y monjas, y todos pasaron mal rato, porque en aquella tarde llovió muchísimo, y los hospedajes en los pueblos fueron muy malos.”*¹¹

El espectáculo de la huida del vecindario de Valladolid causó enorme impresión y fue recogida también por otros testigos como Francisco Gallardo quien describió el estado deplorable de

“frailes y monjas por los caminos, los más de a pie, en tiempo en que estaba lloviendo, mujeres y niños y demás familias, causaba la mayor lástima y

corregidor interino, Tomás Calleja, tuvo que prohibir entre el vecindario todo tipo de excesos y tomar medidas para aquellos: (...) *que no respeten como sagrado los hospitales donde se hallan los Militares enfermos.* Bando del Corregidor Interino Tomás Calleja alentando a los vecinos de Burgos a mantener el orden. Burgos, 13 de junio de 1813. AMB, Leg. C1-10-26/7.

¹⁰ Antoine D'Arjuzon, *Wellington*, Madrid, 2003, p. 194.

¹¹ H. Sancho, *Valladolid. Diarios curiosos, 1807-1841*, Valladolid, 1989, pp. 28-29.

*compasión, pudiendo asegurar que los habitantes de Valladolid jamás padecieron tales pesadumbres, penas ni atragantos.”*¹²

El sufrimiento de la invasión dio paso al de una larga ocupación.¹³ La dominación francesa de las ciudades de Castilla fue considerablemente dura.¹⁴ Uno de los casos más extremos ocurrió en la ciudad de Burgos, especialmente en el periodo en el que su máxima autoridad fue el mariscal de la Guardia Imperial Dorsenne, conocido como *el bello Dorsenne*, quien se hizo famoso por sus crueldades.¹⁵ El propio Thiébault, general, gobernador en Castilla, escribió de él que:

*Con razón o sin ella hacía detener a los habitantes en sus casas o a las pobres gentes que encontraban en los campos. Se les interrogaba, y bien porque no quisieran o no pudieran decir nada, o bien por no satisfacerle lo que decían, les sometía a tortura. Un comandante, ayudante de campo de Dorsenne, estaba siempre propicio a tales operaciones. Empezaba generalmente por hacer atar a sus víctimas por los pulgares y luego mandaba izarlos en el aire y sacudir hasta que se les dislocaban los brazos (...). El mismo Dorsenne tiene un día una ocurrencia. No se sabe por qué, había hecho ahorcar a tres españoles. Las horcas se alzaron en la plaza pública (Burgos), frente al palacio del general, quien, a la mañana siguiente, observa que los cadáveres han desaparecido, robados durante la noche. Lleno de una cólera violentísima, llama a uno de sus oficiales de órdenes y le manda ir inmediatamente a la prisión a buscar otros tres presos para sustituir a los desaparecidos. Y como el oficial pregunta que a quiénes, contesta en un aullido: “¡A los que sea!”.*¹⁶

¹² Francisco Gallardo y Merino, *Noticia de casos particulares ocurridos en la ciudad de Valladolid, año 1808 y siguientes: la Guerra de la Independencia*, edición facsímil de Juan Ortega y Rubio, Salamanca, Caja Duero, 2009, ed. 1989, pp. 144-145.

¹³ Sobre los sufrimientos de la población durante la guerra y la ocupación puede citarse entre otros a Manuel Moreno Alonso, *Los españoles durante la ocupación napoleónica: la vida cotidiana en la vorágine*, Málaga, Algazara, 1997; Jean-René Aymes, *La Guerra de la Independencia: héroes, villanos y víctimas (1808-1814)*, prólogo de José Álvarez Junco, Lleida, Milenio, 2008; Jacobo Sanz Hermida, con la colaboración de M^a Leticia Sánchez Hernández, *Monjas en guerra: 1808-1814, testimonios de mujeres desde el claustro*, Madrid, Castalia, imp. 2009, Daniell Yépez Piedra, “Víctimas y participantes. La mujer española en la Península War desde la óptica británica”, en *Revista HMiC: Història Moderna i Contemporània*, n^o 8, 2010.

¹⁴ Para una visión general de la invasión, ocupación y resistencia en las provincias y ciudades de Castilla se debe consultar el Catálogo de la Exposición coordinado por Luis Miguel Enciso Recio y Celso Almuiña (coord.), *La Nación recobrada. La España de 1808 y Castilla y León*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2008.

¹⁵ Oscar R. Melgosa Oter, “La vida cotidiana de un gobernador francés en España: el general Dorsenne en Burgos (1810-1812)”, en Cristina Borreguero Beltrán (coord.), *La Guerra de la Independencia en el Mosaico Peninsular (1808-1814)*, Burgos, 2010, pp. 733- 752.

¹⁶ Georges Roux, *La guerra napoleónica de España*, Madrid, Espasa Calpe, Austral, 1971, p. 171.

Las respuestas de la población a la dominación francesa fueron muy diversas y la historiografía de los últimos años se ha ocupado con interés de ellas: desde el fenómeno de los alzamientos populares que se extendieron por todo el territorio peninsular y la creación de Juntas en las capitales de provincia, hasta la formación de ejércitos regulares e irregulares, el desarrollo del espionaje, la difusión de gacetas patrióticas, etc. etc.

El volumen, que tengo el gusto de presentar, se propone ahondar en diversos aspectos políticos, militares, sociales y culturales de la ocupación francesa en el territorio del valle del Duero, incluyendo también la región del Douro portugués. Para ello, se ha estructurado en tres grandes capítulos que tratan de abarcar los aspectos más relevantes de la conquista y ocupación francesa. En el primero, se analiza “El territorio, la estrategia y el liderazgo”, de la pluma de especialistas como Emilio de Diego García, Charles Esdaile, Miguel Ángel Martín Mas, Agustín Guimerá Ravina, Tomás Pérez Delgado, Luis Oliveira Ramos, Donald Horward, David Gates, António Pedro Vicente, Jean René Aymes, Sergio Pardo, Miguel Ángel Sánchez Gómez, Joaquim Tenreira Martins, Cristina Clímaco, Catalina Soto de Prado y Leonor Pérez.

El segundo capítulo, dedicado al tema del “Gobierno, Juntas y Actores Internacionales”, ha sido abordado por grandes expertos en la guerra de la Independencia como Emilio La Parra López, Francisco Ribeiro Da Silva, Enrique Martínez Ruiz, Antonio Moliner Prada y Francisco Javier Iglesia Berzosa.

Parecía necesario incluir un tercer capítulo muy significativo en el desarrollo de los acontecimientos en el valle del Duero, que hemos titulado “Patrimonio de la Guerra, cultura popular y vida cotidiana”, con estudios muy novedosos y enriquecedores de Ricardo García Cárcel, Alexandre María de Castro de Sousa Pinto, Gabriela Gândara Terenas, Bertha María Gutiérrez Rodilla, Tereza Caillaux de Almeida, Ángel Luis Calabuig, Françesc Pintado i Simó, José Ramón Cid Cebrián, Jean-René Aymes, Raúl Velasco Morgado, Óscar Raúl Melgosa Oter, Dionisio Fernández de Gatta Sánchez y Josefa Montero García.

4. La estrategia francesa en el valle del Duero

La estrategia francesa para la conquista y ocupación del territorio del valle del Duero fue dirigida en todo tiempo por el mismísimo Napoleón quien comenzó con la utilización de maniobras e intrigas en relación a la monarquía española.¹⁷ Sobre este tema preliminar, **Emilio La Parra** López presenta el capítulo titulado “La titularidad de la Corona española. Reacciones europeas”, una de las aportaciones más sustanciosas de este libro, en el que expone el ambiente de confusión que se creó sobre la titularidad de la corona española como consecuencia de las extraordinarias circunstancias que

¹⁷ Sobre este tema, vid. Emilio Diego García, *España, el infierno de Napoleón: 1808-1814, una historia de la Guerra de Independencia*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2008.

rodearon el acceso al trono de Fernando VII en 1808 y las consiguientes abdicaciones de Bayona. Esta confusión afectó de manera notoria a la imagen de la monarquía española en Europa, ya muy desdibujada como consecuencia de las disputas internas anteriores al estallido de la guerra. La desorientación aumentó debido a las actuaciones de Napoleón dirigidas a utilizar en su provecho la estancia de Fernando VII en Valençay, convirtiéndola en instrumento de la propaganda imperial de cara a las cortes europeas.¹⁸

La entrada en España del ejército galo, al mando de Dupont para conquistar Portugal, confirmó las sospechas de que se trataba de un ejército invasor más que de unas fuerzas aliadas. Tras un periodo de vacilación, los levantamientos en las distintas ciudades españolas no se hicieron esperar. Sobre este tema, destaca el capítulo de **Antonio Moliner Prada**, “El levantamiento y formación de las Juntas Provinciales castellanas: la Junta de Soria”, en el que ilustra cómo la presión popular obligó a las autoridades municipales y a las elites provinciales a constituir las Juntas de Defensa y de Gobierno y posteriormente las Juntas Superiores provinciales. Todas ellas organizaron la resistencia de sus territorios respectivos en difíciles circunstancias con mayor o menor éxito (y todas ellas fueron desapareciendo cuando se crearon los ayuntamientos constitucionales y las diputaciones provinciales al final de la guerra).

A partir del estallido de la contienda, la estrategia francesa priorizó la capacidad de maniobra sobre la intendencia, reducida al mínimo para no estorbar la velocidad de movimientos. En el capítulo “El valle del Duero: eje estratégico de primer orden en la guerra contra Napoleón al sur de los Pirineos”, **Enrique de Diego** hace un análisis de cómo la capacidad de desplazamiento se fue ralentizando con el desarrollo de la contienda, pues si en el otoño de 1807, Dupont como aliado tardó cuarenta y dos días en recorrer el camino Irún-Lisboa, en 1810, Massena como enemigo hubo de invertir más de cinco meses, la mayor parte de ellos en conseguir atravesar la frontera luso-española. Razón tenía Wellington cuando aseguraba que la insurrección en España le garantizaba sus posibilidades de resistir en Portugal las ofensivas francesas y, en última instancia, la victoria.

Con el paso del tiempo, los ejércitos de Napoleón se encontrarán con una dificultad añadida: la falta de abastecimientos en una Castilla asolada y destruida por la guerra, por lo cual los franceses se vieron abocados a sufrir un desgaste considerable. A falta de almacenes, el soldado se entregaba, individualmente o en grupo, al merodeo. La logística francesa trató de extraer todo de la tierra ocupada, de los pueblos y campos agrícolas. Esta práctica iba a resultar muy gravosa para el frágil equilibrio agrícola de amplias regiones de la península y, especialmente, del valle del Duero. Mucho más

¹⁸ Sobre el tema de la propaganda y opinión pública en la guerra de la Independencia es obligado mencionar aquí la obra coordinada por Emilio La Parra López, (coord.) *La guerra de Napoleón en España: reacciones, imágenes, consecuencias*, San Vicente del Raspeig, Publicaciones Universidad de Alicante, D.L. 2010.

cuando se sobrepasó la búsqueda del sustento, y el pillaje unido al afán devastador arruinó a los pobladores, que paralelamente sufrieron en su persona o en la de sus familiares multitud de vejaciones y violencias. Así, Castilla se convirtió en una sociedad rural invadida y ocupada, sin ejércitos protectores, asolada en lo material y afrentada en lo humano.¹⁹ Además, en 1812 y 1813, ante sus repetidos repliegues, Francia utilizó la estrategia de tierra quemada, consumada en pueblos, campos de labranza, puentes, castillos y fortalezas para evitar su utilización por el enemigo. La quema de villas y caseríos fue una práctica habitual; entre los numerosos ejemplos destaca el incendio de la villa de Almazán el 10 de julio de 1810 realizado por las tropas al mando del general Régis Barhélemy Mouton-Duvernet, con motivo de la tenaz resistencia que dentro de sus muros hizo el guerrillero Jerónimo Merino con 1.600 hombres. Pero fue en su repliegue final en 1813, cuando las tropas francesas procuraron destruir todo lo que podían a su paso.

*Los desafortunados refugiados de las aldeas cercanas a Burgos vinieron por docenas ayer y esta mañana a Villa Sandino... Acabo de oír que el enemigo está destruyendo todas las aldeas y arrasando todo en un radio de diez kilómetros de Burgos. Esperamos a los habitantes aquí inmediatamente, ahora están en los campos a unos pocos kilómetros, en un estado de lo más deplorable.*²⁰

Contribuyó también al desgaste francés el grave problema de las comunicaciones. Las órdenes del mando imperial para garantizar la seguridad y regularidad de las comunicaciones llegaron a ser papel mojado.²¹ La inmensa dificultad de la tarea estribaba en que los caminos estaban infestados por una nube de combatientes irregulares dedicados a asaltar correos y convoyes, lo que obligaba a viajar con enormes precauciones y una considerable escolta, amén de procurar itinerarios donde hubiera municipios con guarnición acantonada.²² Estas indicaciones se hicieron imprescindibles desde finales de 1808, cuando un oficial enviado por Napoleón con un valioso despacho fue asesinado en la casa de postas de Valdestillas, en Valladolid. Tras el pago correspondiente, los británicos lograron apropiarse del despacho y descubrir no sólo las órdenes de Napoleón al mariscal Soult para que se dirigiera a tomar León, Benavente y

¹⁹ Jorge Sánchez Fernández, *Valladolid durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Tesis Doctoral, Universidad de Valladolid, 2002, p. 308.

²⁰ Diario de George Woodberry, *The idle companion of a young Hussar Officer during the year 1813, diario manuscrito*, Londres, National Army Museum, ref. 6807-267, citado por Santacara, p. 589.

²¹ Orden del cuartel general francés en la Alta España, Valladolid, 24 de febrero de 1809. “Los señores generales y comandantes de armas cuidarán además: 1. De que los correos y despachos que lleven sean protegidos y respetados. 2. De que las personas que hayan obtenido licencia para correr, no puedan alejarse del camino real ni pasar en la misma carrera al postillón ni obligarle a que corra más que su posta respectiva. 3. Finalmente, de que los precios de la carrera sean pagados de antemano según tarifa.” B.S.D.VG., Ayala, Colección, 2557-19, citado por Jorge Sánchez Fernández, *Valladolid durante la Guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, ob. cit., p. 343.

²² *Ibíd.*, p. 343.

Zamora, sino también la posición de la mayor parte de las tropas francesas en España.²³ Tras el suceso, Napoleón aprendió la lección; en adelante todos los mensajeros irían con una fuerte escolta, en algunos casos de hasta 200 hombres.

La información del enemigo se lograba no sólo interceptando correos, sino también pagando a informantes y espías que pululaban por las ciudades castellanas.²⁴ El británico James Penman Gairdner, a su paso por Salamanca, describió su encuentro con una mujer española,

Quien estaba mejor informada y me dio más información de la que hasta ahora había encontrado o esperado en una mujer española. Dijo (...) que los oficiales decían, hablando de los británicos, que eran buenos soldados y peleaban bien, pero que si perdían 20.000 hombres no los podían reemplazar. (...) También decían que si los británicos no estuvieran en el país, 8.000 hombres podrían tomar posesión de toda España. Le pregunté si creía eso, y me dijo que sí; los soldados españoles eran bravos, pero sus oficiales no valían nada. También dijo que los franceses le habían dicho que tenían órdenes del emperador de retirarse detrás del Ebro sin pelear, si lo podían evitar, y esperar el resultado de la campaña de los rusos. También le aseguraron que estarían de vuelta en Salamanca en tres meses... Otra observación sensata que hizo era que en el Ejército británico sólo había un jefe, Lord Wellington. Entre los franceses, cada general tenía su propio ejército.”²⁵

El espionaje militar inglés estuvo bien organizado en manos de George Murria, quien destacó a oficiales, suboficiales y soldados en esta misión y realizó informes periódicos para sus superiores. Entre los espías, sobresalió el reverendo irlandés Patrick Curtis, rector del Colegio Irlandés, que controlaba una red de espías en España y Francia. Los mensajes franceses redactados en códigos secretos fueron descifrados por el capitán Scowell, quien creó un servicio de contraespionaje postal. Los ingleses consideraban que la censura postal era el medio adecuado para constituir un moderno servicio de inteligencia militar o político-militar.

Muy especialmente, los guerrilleros se dedicaron a la transmisión de informaciones. Dentro de la nube de combatientes irregulares que operaban en Castilla destacó Julián

²³ Santacara, ob. cit., p. 119.

²⁴ Para este tema vid. Andrés Cassinello, “Aventuras de los servicios de información durante la Guerra de la Independencia”, en *Revista de Historia Militar*, núm. extraordinario, 3, 2005, pp. 59-80.

²⁵ Diario de James Pennan Gairdner, *Diario manuscrito* sin numeración de páginas. Microfilm en el National Army Museum, Londres, ref. 6902/5, citado por Santacara, pp. 571-572.

Sánchez “El Charro”.²⁶ **Miguel Ángel Martín Mas** en el análisis que presenta en su capítulo sobre Julián Sánchez “El Charro”, parece desmitificar, si no lo estaba ya, a este militar y guerrillero charro que ha dejado tras de sí no sólo hazañas sino también miserias y deslealtades.

Pero además del continuo freno a los guerrilleros, Napoleón hubo de tener en cuenta la geografía y la inclemencia del clima de Castilla, de tanto calor en verano y tan riguroso frío en invierno, así como la dureza y mal estado de las carreteras y caminos; de ahí la dificultad de conseguir hacer avanzar su Ejército tan rápidamente como lo permitía el mal tiempo y el estado lamentable de los caminos.

*Pero, aun reconociendo que el resultado de la campaña dependía, ante todo, de la velocidad de sus movimientos, tuvo que renunciar a exigir de sus tropas que marchasen todavía más deprisa, al comprobar durante el trayecto de Arévalo a Tordesillas que sus hombres se hallaban exhaustos.*²⁷

La información geográfica siempre ha sido clave en la historia de la guerra, pues el conocimiento del terreno es imprescindible en campaña, tanto en las batallas como en los asedios y escaramuzas. Por ello, saber la disposición de los elementos que conformaban el paisaje, y saberlo mejor que el enemigo fue la clave en la batalla de Arapiles. Así concluye con rotundidad **Sergio Pardo** en el capítulo que aquí presenta titulado “Los sistemas de la información geográfica como herramienta en la metodología historiográfica militar” cuando afirma que en la victoria de Arapiles, uno de los factores decisivos fue el ventajoso conocimiento del terreno que tuvo Wellington frente al desconocimiento francés.

Son muchas las referencias al mal estado de los caminos y puentes que aparecen en las memorias de los oficiales franceses e ingleses, lo que significa que debió impresionar y abatir tanto a ellos como a sus tropas, y muy especialmente a los que transportaban los

²⁶ Para el caso de las guerrillas en Castilla, vid. José María Álvarez de Eulate y Peñaranda, *Las guerrillas en la región de Pinares Burgos-Soria durante la Guerra de la Independencia*, Madrid, Fundación Cultural de la Milicia Universitaria, 2007.

²⁷ J. Priego López, *Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Madrid, 1972- 1988, 7 vols. vol. 3, p. 210.

trenes de artillería.²⁸ En su capítulo sobre “El sitio de Ciudad Rodrigo (junio-julio de 1810): la versión francesa de los contemporáneos”, **Jean-René Aymes** ofrece testimonios elocuentes para ilustrar las dificultades de avance de los franceses. La realidad del mal estado de los caminos debía ser clamoroso, pues era reproche habitual incluso entre los españoles.²⁹

En el curso de la ocupación francesa, las fuerzas de Napoleón se encontraron a menudo constreñidas y hostigadas en las ciudades conquistadas, puesto que muchas de ellas eran militarmente indefendibles. Por ello, en estas localidades, los franceses tuvieron que levantar ciudadelas de defensa no sólo como plazas de refugio sino también como cuarteles generales del alto mando militar.³⁰ A menudo, para el levantamiento de estas ciudadelas, se utilizaban castillos o monasterios, pero en ocasiones las defensas tuvieron que ser construidas *ab initio* en áreas extensas y convenientes.³¹ En Burgos se aprovechó el magnífico enclave del castillo y durante tres años, con órdenes bien precisas del propio Napoleón, los franceses lograron reconstruir la fortaleza y ponerla en las mejores condiciones posibles de defensa.

²⁸ Agustín Sánchez Rey, “Los puentes en la Guerra de la Independencia, 1808-1814”, en *Revista de Obra Públicas: Órgano profesional de los ingenieros de caminos, canales y puertos*, nº 3507, 2010, pp. 41-54.

²⁹ Un ejemplo nada sospechoso es el ofrecido en octubre de 1814 por el receptor de la Chancillería Juan Lobo Zorita quien se negó a trasladarse a Aranda de Duero, a fin de instruir unas diligencias, porque, aunque *la distancia que hay desde esta ciudad (Valladolid) a la villa de Aranda, no es mucha, son dos días de jornada, el camino es el más malo y peligroso que hay en toda la carretera de cuarenta leguas por los montes, páramos y valles que ocupa. Si en los tiempos de más tranquilidad se hace respetuoso y temible su transitar, mucho más se hace en el día, en que los caminos en general están interceptados por tantos malvados, ladrones y forajidos que, sin temor a Dios ni a la justicia, cometen todo género de delitos y atropellamientos, como es público, y de que hay en Valladolid ejemplares modernos de personas a quienes han tocado tal desgracia (...)*. A.R.Ch.V., Sala de lo Criminal, Causas Secretas, 34-7, vid. Jorge Sánchez Fernández, ob. cit.

³⁰ Este fue el caso de la ciudad de Salamanca, estudiado por Nieves Rupérez Almajano, “La construcción de los fuertes y su incidencia sobre el patrimonio arquitectónico salmantino”, en *Revista de Estudios*, Salamanca, nº 40, 1997.

³¹ Muchas de estas construcciones francesas no sobreviven hoy. Los fuertes en Madrid, Salamanca o Sevilla se han desvanecido sin dejar huella y sólo en Granada y Tudela quedan algunos restos. Burgos, por el contrario, ofrece un ejemplo intacto de una ciudadela francesa y, por tanto, un magnífico caso de estudio.

5. La estrategia inglesa en el valle del Duero

La estrategia británica en la península Ibérica formó parte de una guerra más amplia y más larga contra Napoleón y sus aliados en Europa. En ese contexto, explica **David Gates** en el capítulo que presenta en este volumen, titulado “La estrategia de Gran Bretaña en la península Ibérica”, que el conflicto en la península tuvo mayor repercusión por su impacto en la historia de España y Portugal que por sus efectos en el conjunto de las guerras Napoleónicas. Además de redoblar la resistencia de ambos países ante Francia, el compromiso inglés y los éxitos cosechados en la península contribuyeron a aumentar la influencia diplomática británica especialmente sobre Rusia y Austria. La presencia inglesa en España y Portugal dio, sobre todo, un margen sin precedentes para iniciar operaciones *ofensivas* en tierra que suponían la esperanza del fin de la contienda.

Para los ingleses, la guerra en la península y, más concretamente en el valle del Duero, representaba la oportunidad de medirse con Napoleón en un escenario favorable. Como resalta Emilio de Diego en su capítulo antes citado, el contexto era propicio a los ingleses debido, sobre todo, a su dominio del mar y a la colaboración de dos aliados, españoles y portugueses, en un plano de clara subordinación, decididos a luchar hasta el sacrificio extremo. Su meta, derrotar al emperador, admitía una guerra de desgaste al ritmo que fuese más conveniente pues combatían sin que el territorio propio sufriera las consecuencias de la guerra. Este tipo de conflicto permitió la estrategia de debilitamiento progresivo aplicada por un maestro de la táctica, como fue Wellington.

La actuación defensiva de los ingleses en Portugal obligaba a los franceses a alargar sus líneas cientos de kilómetros, mientras las bases de aprovisionamiento propias (los barcos de su armada) se hallaban siempre cerca. El resto, la erosión permanente de la capacidad militar del enemigo, su hostigamiento constante, mediante la actuación de las fuerzas, regulares e irregulares, la imposibilidad de asegurarse abastecimientos y comunicaciones, corrió a cargo de los españoles y portugueses.

Pero los ingleses también tuvieron grandes dificultades logísticas. Sus líneas de comunicación y abastecimiento se extendían, en última instancia, por toda la península

y de vuelta hasta las Islas Británicas. Esto acarrea inmensos problemas. Wellington, gracias a la experiencia logística adquirida en las inhóspitas tierras de la India, comentó en una ocasión que era necesario “rastrear una galleta (...) desde la boca de un [soldado] en la frontera, y proporcionar su retirada de un punto a otro, por tierra y agua, o no podría llevarse a cabo ninguna operación militar.”

Si para Wellington, Portugal fue su centro de operaciones o su “headquarters”, el valle del Duero fue el escenario adecuado para el desarrollo de su estrategia y la victoria definitiva. Una vez frenado al ejército francés en las líneas de Torres Vedras, cerca de Lisboa, y liberado Portugal, inició la reconquista peninsular del valle del Duero de suroeste a nordeste. El único obstáculo a su estrategia lo encontró en el otoño de 1812 en Burgos, más concretamente en su castillo, la llave de entrada a la meseta castellana.

Como intenta demostrar **Charles Esdaile**, en su capítulo “Wellington a las puertas: un balance de la Guerra, 1811-1812”, ni el ejército regular español ni las guerrillas estaban preparadas en aquellas fechas para efectuar grandes cambios en la situación. Sólo la retirada de fuerzas francesas del teatro peninsular para utilizarlas en la invasión inminente de Rusia, en la primera semana de enero de 1812, hizo posible que el ejército anglo-portugués se pusiera en marcha hacia Ciudad Rodrigo y tomara por asalto la ciudad el día 19. Se comprende, pues, que sea justo llamar a la reconquista de Ciudad Rodrigo ‘el fin del comienzo’. Desde aquel momento, en adelante, la iniciativa quedó casi enteramente en manos de Wellington.

El ejército de Wellington contó no sólo con fuerzas inglesas y portuguesas, gracias a las buenas relaciones entre ambos gobiernos estudiadas por **Francisco Ribeiro da Silva** en su interesante capítulo sobre “El Pacto de familia en las relaciones luso-británicas”, sino también con fuerzas alemanas, como la King’s German Legion, estudiada por **Catalina Soto de Prado y Leonor Pérez** en su trabajo “Presencia Anglogermana en el valle del Duero durante la guerra de la Independencia”. Gracias a esta conjunción de fuerzas, para la defensa de Torres Vedras frente al ataque de Massena, el ejército de Wellington llegó a estar constituido por 33.000 británicos, 30.000 portugueses y 6.000 españoles del ejército del Marqués de la Romana, que acudió de manera voluntaria.

6. Sitios y bloqueos

El valle del Duero fue escenario de batallas campales singulares, pero también de sitios y bloqueos excepcionales.³² Existía una importante diferencia entre las plazas fuertes o “ciudades fortificadas, rodeadas de murallas, dotadas de baluartes y batería permanente”, como Ciudad Rodrigo y Almeida, y las fortalezas construidas ex profeso para esa función, como la de Burgos, y fuera de Castilla, Figueras, Hostalrich, Jaca, etc.³³ Los sitios representaban la estrategia del más débil, dado el enorme fracaso cosechado durante los enfrentamientos con los franceses en campo abierto en los años 1808-1809. Como expone **Agustín Guimerá** en su capítulo, “Los sitios en la Guerra Peninsular”, Napoleón, defensor de la guerra relámpago, no deseaba asedios en sus campañas europeas. Pero en la península Ibérica promovió este tipo de operaciones debido a las singularidades del territorio ibérico: un espacio fragmentado, con un sistema de comunicaciones deficiente, que dependía de una red de plazas fuertes y fortalezas. Así se comprende el gran número de sitios que se desarrollaron en la península, como el de Gerona y el bloqueo de Cádiz, estudiados por Guimerá en este volumen, el de Ciudad Rodrigo y Almeida, analizados por **Donald D. Howard** y, finalmente, el de Castro Urdiales, examinado por **Miguel Ángel Sánchez Gómez**, el único asedio francés en Cantabria durante la guerra de la Independencia.

7. El sitio de Ciudad Rodrigo de 1810

Uno de los asedios más significativos en el ámbito del valle del Duero fue el de Ciudad Rodrigo en 1810, pues tuvo una enorme repercusión en la guerra peninsular y también en la historiografía.³⁴ Por su ubicación fronteriza y su perímetro amurallado fue una

³² Para la cuestión de los asedios, sitios y bloqueos durante la guerra, vid. Gonzalo Butrón y Pedro Rújula (ed.), *Los sitios en la Guerra de la Independencia: la lucha en las ciudades*, Universidad de Cádiz, 2012. Fernando Sánchez-Moreno del Moral, “Aspectos militares de la Guerra de la Independencia en Burgos: El castillo y su asedio”, en Cristina Borreguero Beltrán (coord.), *Burgos en el camino de la invasión francesa: 1807-1813*, Burgos, Ayuntamiento, Instituto Municipal de Cultura, 2008, pp. 58-71.

³³ Andrés Cassinello Pérez, “Evolución de las campañas militares”, en Antonio Moliner Prada (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, Nabla Ediciones, 2007, pp. 73-122, p. 121.

³⁴ Sobre el sitio de Ciudad Rodrigo hay una abundante bibliografía: VV.AA., *La Ciudad frente a Napoleón, Bicentenario del Sitio de Ciudad Rodrigo de 1810*, Salamanca, Diputación, 2010; Miguel Ángel Martín Mas, *Ciudad Rodrigo 1810: el desafío de Herrasti*, Madrid, Almena,

plaza fuerte relevante y estrechamente relacionada con Almeida, de similares características, al otro lado de la frontera.³⁵

En los meses anteriores al asedio, Ciudad Rodrigo vivió dos procesos simultáneos que **Martínez Ruiz** desarrolla en su capítulo “Ciudad Rodrigo: preparación defensiva y actividad política”. Uno fue el proceso militar que se desplegó en el eje estratégico que cruzaba Castilla en dirección a Portugal y el otro un proceso político – ciudadano que se desarrolló dentro de Ciudad Rodrigo, donde las autoridades marcaron la pauta de la resistencia urbana, la cual dio lugar a una nueva fisonomía ciudadana.

Sobre el asedio a Ciudad Rodrigo, el capítulo de **Jean-René Aymes** resulta no sólo ilustrativo sino altamente interesante por cuanto estudia el sitio desde la perspectiva del análisis de diferentes memorias y diarios franceses. Además de las *Memorias* de Masséna, príncipe de Essling, y las de Marbot, Aymes ha recurrido también a los testimonios, menos conocidos, de Pelet-Clozeau, Lagarde, Sprünglin, Delagrave, Marcel, Giraud, Barrès, Béchet de Léocour, Hulot y Noël. Gracias a estas fuentes, su capítulo arroja nueva luz a un tema ya clásico que sólo había sido analizado desde la perspectiva de los aliados.

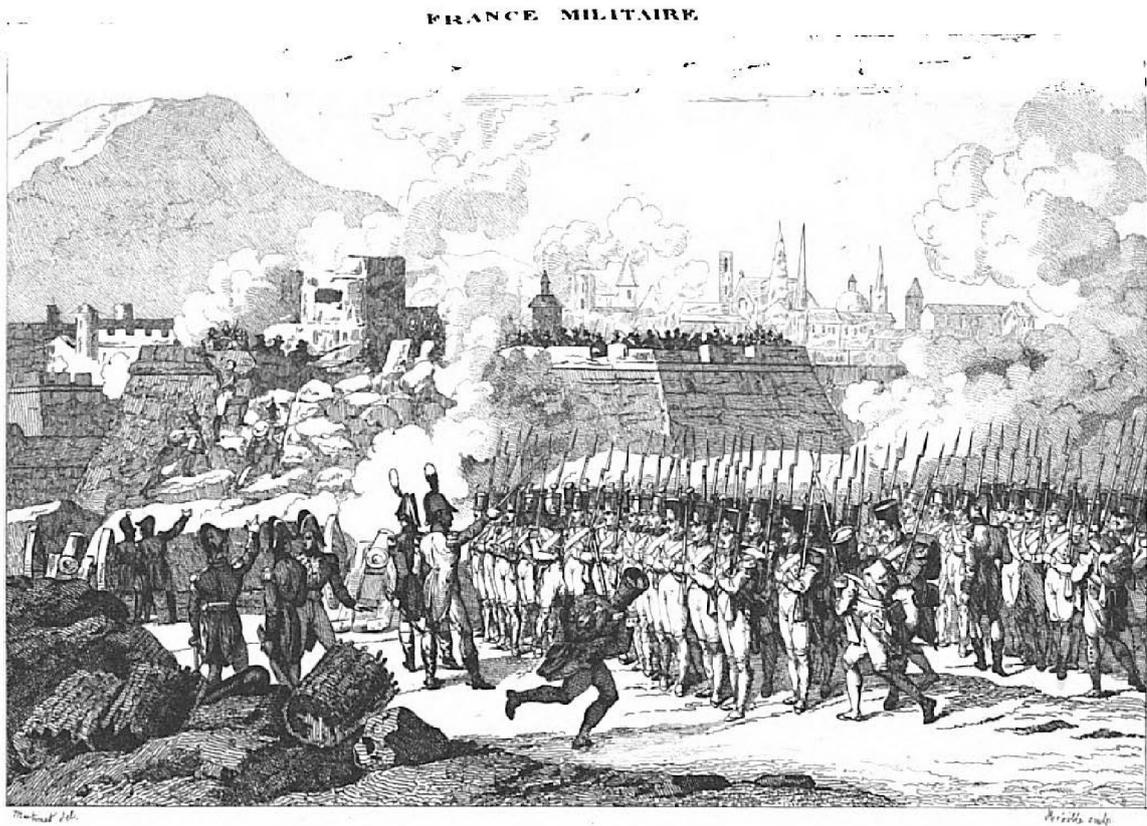
El enorme interés que los historiadores han mostrado por el asedio a Ciudad Rodrigo ha desembocado en muy diferentes estudios, entre otros, el del protagonismo de las viejas murallas de la ciudad. **Ángel Luis Calabuig** en su capítulo, “La pervivencia de las

2007; Donald David Howard, *Napoleón y la Península Ibérica: los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida, 1810*, traducción de Miguel Ángel Martín Mas, Salamanca, 2ª ed. Diputación de Salamanca, 2006; J. Craufurd Hayle, “El asedio de Ciudad Rodrigo en 1810”, en *Researching and Dragona*, vol. III, nº 6, 1998, pp. 98 y ss.; Miguel Alonso Baquer, “El asedio de Ciudad Rodrigo en 1810”, en *MILITARIA, Revista de Cultura Militar*, nº 1, Servicio de Publicaciones, UCM, Madrid, 1995, pp. 97-100; E. Becerra y F. Redondo, *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia*, Ciudad Rodrigo, Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, 1988; Policarpo Anzano, *El Sitio de Ciudad-Rodrigo, ó relación circunstanciada de las ocurrencias sucedidas en esta plaza, desde 25 de abril de este año, en que empezaron su sitio los franceses al mando del Mariscal Massena, hasta 10 de julio del mismo, que entraron en ella á las siete de aquella tarde* Cádiz, Imprenta de la Junta Superior de Gobierno de Cádiz, 1810, etc.

³⁵ Sobre el sitio de Almeida, vid. António Pedro Vicente, *Côa – Prólogo de uma Invasão Improvisada, O Tempo de Napoleão em Portugal. Estudos Históricos*, Comissão de História Militar, Lisboa, 2000, p. 384; David BATTERY, *Wellington Contra Massena. A Tereceira Invasão de Portugal (1810-1811)*, Gradiva, Lisboa, 2008. Cristina Borreguero Beltrán y Alberto Ausín Ciruelos, “Almeida (1810): último obstáculo hacia la conquista de Lisboa”, en Gonzalo Butrón y Pedro Rújula (ed.), *Los sitios en la Guerra de la Independencia: la lucha en las ciudades*, Universidad de Cádiz, 2012, pp. 153-172.

fortificaciones mirobrigenses, legado histórico excepcional”, analiza las reformas de modernización de la muralla medieval llevadas a cabo durante la Guerra de Sucesión, concretamente en 1710. Aquellas murallas obsoletas cien años después fueron, sin embargo, capaces de detener durante 70 días al formidable ejército del mariscal Massena. Calabuig se pregunta cómo aquella ciudad amurallada fue capaz de provocar tantas tensiones entre Ney (jefe del VI Cuerpo) y Junot (del VIII) y entre ambos y el príncipe de Essling, comandante en jefe del Ejército de Portugal. Gracias a la pertinaz resistencia de la plaza, Wellington pudo perfeccionar y ampliar sus fortificaciones en las Líneas de Torres Vedras.

Para comprender la función de freno de las murallas al avance francés y la entrega final de la ciudadela por parte del general Herrasti, **Francesc Pintado i Simó** en su capítulo “Armamento utilizado por las tropas imperiales en el asedio de ciudad Rodrigo de 1810” ha realizado un estudio del tipo de armas empleado por el ejército imperial, donde analiza y describe el magnífico armamento que portaban los soldados de infantería y caballería y sus oficiales, así como el sistema de artillería de campaña y de sitio, sus piezas y el modo de transporte.



Ciudad-Rodrigo . - Reconnaissance de la brèche .

Si alguien fue protagonista en el asedio a Ciudad Rodrigo este fue André Masséna, quizá uno de los mariscales más sobresalientes de Napoleón. **Donald D. Howard** en su magnífico estudio sobre “Masséna, guerra de asedios y el sitio de Ciudad Rodrigo” ofrece una visión humana del mariscal que al mismo tiempo que asedió con ímpetu Ciudad Rodrigo, preservó la ciudadela y su población de la destrucción total. Masséna, hábil en la táctica y especialmente en el arte del asedio como lo demostró en Génova, se encontró con graves problemas en su última misión en la península Ibérica: conquistar Portugal y expulsar a Wellington por mar, tras asediar y tomar Ciudad Rodrigo y Almeida. El tiempo que empleó en la captura de estas dos plazas fuertes fue suficiente para que Wellington construyera las Líneas de Torres Vedras, las cuales impidieron definitivamente los planes de Napoleón, la expulsión de Wellington y la conquista de Portugal.

Para completar esta visión, **António Pedro Vicente** detalla en su capítulo los diversos errores de Masséna en su incursión en Portugal (1810-1811). El mariscal francés se equivocó al perder un tiempo muy valioso en la conquista de la plaza de Ciudad Rodrigo. Lo mismo ocurrió en Almeida, donde al principio la suerte le sonrió; el 26 de

agosto de 1810, la explosión del polvorín bien pertrechado de la fortaleza le permitió una rendición más rápida.³⁶ Lo cierto es que fracasó por el dispendio de tiempo y el esfuerzo para conquistar una fortaleza que no era necesaria ni práctica corriente de la época. Bastaba el asedio para prevenir cualquier ataque en la retaguardia de un ejército en desplazamiento. La penetración en el país en dirección a su objetivo – la conquista de Lisboa– , por la margen derecha del Mondego fue otro grave error que podría haberse evitado si se hubieran conocido los estudios de Boucherat, uno de los ingenieros de Junot. Boucherat había elaborado una memoria en Portugal en la que afirmaba que el camino a la capital nunca debería realizarse por dicha margen, explicando las razones.³⁷ Otro aspecto que resultaría retardador fue la orden de Massena para que los cuerpos del ejército recolectaran la cosecha que los habitantes habían dejado atrás al abandonar la región. Massena calculaba que serían necesarios víveres para 17 días hasta la llegada y conquista de Lisboa. Otro error de graves consecuencias fue la falta de servicios de intendencia, lo que necesariamente llevó a que su ejército se dedicara al pillaje. El mariscal parecía haber olvidado que se acercaba el otoño y, con él, los caminos se hacían más difíciles. Pero fue en Bussaco donde se marchitaría la gloria del victorioso Príncipe de Essling.

8. Prisioneros, heridos y enfermos.

En el sitio de Ciudad Rodrigo de 1810, la guerra manifestó una gran crueldad no vista antes en la península. **Tomás Pérez Delgado** en su capítulo “La deportación a Francia de los defensores de Ciudad Rodrigo (1810-1814)” expone cómo esa ferocidad anticipó muchos de los componentes de la *guerra total* del siglo XX,³⁸ entre otros, los campos de concentración para prisioneros. El autor analiza el camino que tomaron los 3.860 hombres presos tras el asedio francés de Ciudad Rodrigo en 1810, su estancia en los

³⁶ António Pedro Vicente, “Almeida em 1810, 1ª etapa de uma invasão improvisada”, en *O Tempo de Napoleão em Portugal*, ob.cit.

³⁷ António Pedro Vicente, *Le Génie Français au Portugal sous l'Empire. Aspects de son activité à l'époque de l'occupation de ce pays para l'armée de Junot, 1807-1808*, Lisboa, Serviço de História Militar do Estado Maior do Exército, 1984.

³⁸ Señala Jean Starobinski, refiriéndose a *Los fusilamientos del 3 de mayo*, que el elemento aparentemente racional constituido por el pelotón francés encarna la destrucción indiscriminada y profetiza la total deshumanización de las víctimas de Auschwitz, realidad y emblema supremo de la *guerra total*.

campos de prisioneros de Amberes y Flessinga y el regreso de los supervivientes a Ciudad Rodrigo al final de la contienda.

La ferocidad de la guerra se puede apreciar también en el considerable número de heridos y enfermos que trajo consigo. El capítulo de **Bertha M. Gutiérrez Rodilla** sobre la sanidad militar en Salamanca, titulado “Cuando al perro flaco todo se le vuelven pulgas: heridas de guerra, enfermedades y sanidad militar durante la guerra de la Independencia”, plantea los problemas sanitarios que tuvo que sufrir Salamanca como consecuencia de su emplazamiento geoestratégico. Uno de los más graves, debido a la precariedad en que se vivía en la provincia, fue la carencia de unas infraestructuras sanitarias mínimamente adecuadas para atender el desbordante número de heridos y enfermos.

Raúl Velasco Morgado, en su capítulo titulado “Hospital Stations”: la evacuación hospitalaria de heridos y enfermos británicos por el valle del Duero durante la guerra Peninsular”, analiza el sistema sanitario militar británico comparándolo con el francés. Entre otros interesantes datos expone cómo la asistencia inglesa se mostró en continuo cambio al adoptar los métodos novedosos de sus oponentes en relación a la evacuación de los enfermos: el *triage* y la convalecencia.

9. La guerra en Portugal

Si Burgos fue la llave de entrada en el valle del Duero, la provincia de Salamanca, y muy especialmente Ciudad Rodrigo, se convirtieron en la puerta de entrada a Portugal.

³⁹ Tras la victoria francesa del asedio mirobrigense en 1810, el ejército de Massena pudo, por fin, penetrar en Portugal y marchar hacia Lisboa, igual que tras la victoria de Gamonal en 1808, el ejército imperial avanzó en dirección a la capital. La primera embestida fue a la villa fortificada de Almeida. **Gabriela Gândara Terenas** ofrece un capítulo sobre “El cerco de Almeida en las narrativas portuguesas y británicas de la guerra Peninsular”. Utilizando una serie de relatos británicos y portugueses, la autora analiza la reconstrucción, reinterpretación y (re)fabulación que dichos relatos ofrecieron del asedio y explosión de Almeida en 1810. La falta de consenso en relación a las

³⁹ Sobre la guerra en Salamanca vid. Ricardo Robledo Hernández, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada: la Guerra de la Independencia*; prólogo de Ronald Fraser, Salamanca, Librería Cervantes, 2003.

verdaderas causas de la catástrofe ofreció la posibilidad de introducir la ficción y los británicos la aprovecharon para crear una narrativa cautivadora que, independientemente del grado de fidelidad a los acontecimientos, respondía ciertamente al gusto y sobre todo a la memoria colectiva de un público lector.

Muy cerca de Almeida, el combate en el río Côa formó parte de la estrategia británica.

⁴⁰ **Alexandre María de Castro de Sousa Pinto** en su capítulo “La estrategia de Wellington en la batalla del Côa, 24 de julio de 1810” señala que no sólo los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida, también la batalla de Côa fue una de las acciones en el área del río Duero retardadora o morosa que obligó al enemigo a perder tiempo, a sufrir un número considerable de bajas y, en definitiva, a debilitar su moral.

Cristina Clímaco se adentra en Portugal y estudia en su clarificador capítulo, “El valle del Duero y las Líneas de Torres Vedras: o como Napoleón perdió Portugal”, las fases de la construcción de las Líneas y concluye que fue en los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida donde se decidió la victoria de Torres Vedras, por la cual Massena perdió Lisboa y Napoleón sufrió la primera gran derrota, primicia de la del imperio.

Joaquim Tenreira Martins, en su capítulo “A duas últimas tentações de Massena” completa el análisis de la retirada de Massena hacia España, el cual al constatar la imposibilidad de conquistar Lisboa sufrió una tremenda desilusión. La sensación de haber realizado una campaña completamente inútil le llevó a acometer lo que el autor ha llamado sus “últimas tentaciones”. La primera ocurrió en Celorico, donde Massena pensó dirigirse al sur, hacia Coria y Plasencia, para posteriormente encaminarse a Lisboa. La segunda tuvo lugar después de la batalla de Sabugal, cuando Massena intentó movilizar todo lo que tenía a su alcance para transformar la plaza de Almeida en un trampolín para la conquista de la capital del reino de Portugal.

Finalmente, a modo de conclusión sobre la guerra en Portugal, el trabajo de **Luís A. de Oliveira Ramos** presenta una serie de “Analogías y diferencias en la situación de Portugal y de España en el curso de la guerra Peninsular entre 1811 y 1814”. Al comparar la participación portuguesa y española en el rechazo a las invasiones francesas

⁴⁰ Para la batalla del río Côa, vid. Gabriel Espírito Santo, *O Combate do Côa*, Lisboa, Tribuna da História, 2010.

expone que aunque es cierta la presencia de tropas y generales españoles en el ejército aliado, fue sin duda mucho mayor el número de fuerzas portuguesas. Impresiona el elevadísimo número de oficiales y soldados anglo-portugueses que murieron en combate entre 1811 y 1813. La crudeza de las distintas batallas a lo largo de esos años se hizo patente en batallas como la de Albuera, donde cayeron, entre muertos, heridos y prisioneros, 4.159 ingleses, 3.339 portugueses, 1.368 españoles y 5.500 franceses.

10. La vida cotidiana y el reflejo de la guerra en la cultura y en la memoria colectiva

A pesar de las batallas, asedios y bloqueos, la vida cotidiana siguió adelante durante el curso de la guerra. Y en esa normalidad, más aparente que real, no faltaron las fiestas religiosas y civiles, el teatro y los bailes populares, los recibimientos, fuegos artificiales y los Te Deum, etc. y como elemento esencial las corridas de toros y novillos, que continuaron celebrándose por toda España. Dionisio Fernández de Gatta hace un estudio de las fiestas taurinas antes y durante la guerra de la Independencia. Óscar R. Melgosa Oter expone los recibimientos a Wellington a su paso victorioso por las ciudades de Castilla. Francisco Javier Iglesia Berzosa estudia la tortuosa vida de la Junta Superior de la Provincia de Burgos durante la guerra de la Independencia. Josefa Montero García presenta un estudio sobre la “Música e intercesión divina: rogativas y Te Deum en la Salamanca de la Guerra de la Independencia”.

La contienda dejó una inmensa huella en gran número de diarios y memorias, no sólo de ingleses y franceses, quizá las más conocidas, sino también de españoles. Ricardo **García Cárcel** expone en su elocuente capítulo “Las memorias personales y las historias de la guerra de la independencia”, como la generación de 1808 vivió una experiencia traumática en la gestación de la guerra y en el desarrollo de la misma. Los sufrimientos de la contienda, el desarrollo de la opinión pública y la propia naturaleza de aquellos “tiempos líquidos”, en los que nadie sabía hacia dónde se iba, estimularon la necesidad de dejar textos escritos de memorias personales. El aluvión cuantitativo de memorias personales de la guerra escritas por españoles fue enorme. Fernando Durán, su mejor estudioso, que en un principio había registrado 114, maneja hoy un catálogo de 600. Ronald Fraser, por otra parte, utiliza cerca de un centenar de estas memorias en su

libro sobre “La maldita guerra de España.”⁴¹ Tras el análisis de la tipología de estas memorias y el estudio de su posible parcialidad, García Cárcel se plantea qué es realmente la memoria colectiva que en ocasiones se erige en memoria impuesta.

Junto a las memorias, La guerra de la Independencia dejó también una importante huella en la literatura y el folklore.⁴² En la provincia de Salamanca y especialmente en Ciudad Rodrigo se ha encontrado buen número de letras de canciones tradicionales y bailes que **José Ramón Cid Cebrián** ha recogido y presentado en su capítulo titulado “La guerra de la Independencia en las canciones tradiciones de la provincia de Salamanca”. La contienda legó también muchas expresiones orales y escritas.⁴³ **Tereza Caillaux de Almeida** en el sugestivo trabajo “Anda Maria que já abalaram os franceses”: la expresión oral y pictórica del pueblo portugués sobre las campañas napoleónicas”, estudia la expresión «¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses» la cual permaneció en la memoria colectiva portuguesa, entre el valle del Duero y el valle de Côa, tras la ocupación de las tropas de Massena en 1810. La expresión, que anunciaba al pueblo escondido el fin del peligro, no fue un caso aislado en Portugal, en referencia a las manifestaciones ligadas al miedo y los escondites, sino que estas temáticas se repiten en varios dominios (orales, escritos e iconográficos) y se encuentran de norte a sur del país y, traspasando el aspecto factual, se insertan en la esfera simbólica y mítica portuguesa.

11. La salida del valle del Duero: 1812 -1813

A pesar de la victoria aliada en Torres Vedras, hubo que esperar al verano de 1812 para que los anglo-hispano-portugueses pudieran lanzar una gran ofensiva y derrotar a los franceses en la batalla de los Arapiles. Aquella gran victoria obligó al ejército

⁴¹ Ronald Fraser, *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006.

⁴² Una referencia clásica es la de Ana Freire López, *Entre la Ilustración y el Romanticismo: la huella de la Guerra de la Independencia en la literatura española*, San Vicente del Raspeig: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2008.

⁴³ Conviene recordar aquí el interesante estudio de Francisco Javier Guillamón Álvarez, *La Guerra de la Independencia en los pliegos de cordel*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo y Murcia, Real Academia Alfonso X El Sabio, D. L. 2009. En él se recogen y analizan 14 pliegos de cordel, como por ejemplo, “El fin de napoladrón”, “El diablo predicador”, etc.

napoleónico a evacuar definitivamente Andalucía y forzó a José Bonaparte a huir temporalmente de Madrid.

En la ofensiva de 1812, Wellington llegó hasta Burgos donde se vio frenado por una pequeña guarnición francesa acantonada en el castillo. El asedio a la fortaleza, del 19 de septiembre al 21 de octubre de 1812, escasamente tenido en cuenta en la historiografía, supuso para Wellington uno de los mayores reveses de su carrera militar. La climatología, la inexpugnable ciudadela y la escasez de artillería condujeron al fracaso del ejército aliado. Las fuerzas napoleónicas reagrupadas pudieron contraatacar y obligarle a retroceder hasta las posiciones fronterizas portuguesas. El terrible asedio costó a Wellington 2.000 hombres y la retirada hacia Ciudad Rodrigo otros 5.000 muertos, heridos y desaparecidos y una gran crisis en las relaciones anglo- españolas. El asedio al castillo de Burgos significó muchas cosas, pero sobre todo una circunstancia clave en la historia de la guerra de la Independencia que hizo demorar el final de la contienda.⁴⁴

Finalmente, en enero de 1813 se inició el verdadero principio del fin. La campaña de Rusia fue absorbiendo el grueso de los recursos franceses y en la primavera de 1813, el ejército galo fue retirándose y perdiendo territorio en la península. El rey José Bonaparte, obligado a evacuar de nuevo Madrid y Valladolid, ordenó la retirada general de sus tropas hacia Burgos. Wellington llegó también a esta ciudad en junio de 1813 persiguiendo a los franceses con la ayuda de la guerrilla. El 4 de junio de 1813 todo el ejército aliado se encontraba en la orilla norte del Duero. En la parte sur solamente quedaba la división española de Carlos de España como guarnición en Salamanca. La situación era distinta a la de un año antes. El general, escarmentado del fracaso anterior en el castillo de Burgos, llegaba ahora con una gran potencia artillera y 3.000 hombres expertos en su manejo dirigidos por Gardiner. Con estas fuerzas, el ejército aliado volvió a poner sitio a la fortaleza hasta que se agotasen sus recursos. Pronto se convencieron los franceses de la necesidad de abandonar la ciudad y replegarse hacia el norte haciendo volar antes el castillo con todas las municiones y efectos difíciles de transportar para que no pudieran ser utilizados por los enemigos. La voladura tuvo lugar el 13 de junio a las seis de la mañana. Los zapadores franceses permanecieron

⁴⁴ Charles J. Esdaile, “Burgos (1812). El asedio de Wellington”, en Gonzalo Burtrón y Pedro Rújula (ed.), *Los sitios en la Guerra de la Independencia: la lucha en las ciudades*, Universidad de Cádiz, 2012, pp. 319-334.

trabajando durante toda la noche colocando las minas en los fondos del castillo. “A las seis de la mañana, según los testigos, fue reventada la mina de la que fue volado el Castillo estando en las Casas Consistoriales sus individuos que lo presenciaron causando mucho estruendo.” Los estragos fueron inmensos, la explosión dejó tras de sí un gran número de víctimas francesas en las inmediaciones, por lo que no está claro la causa de la voladura antes de la salida de las tropas. Pero además hubo considerables destrozos en las vidrieras de la catedral, y la iglesia de Nuestra Señora La Blanca, que había dado nombre a la fortaleza, quedó destruida. Los británicos, situados lejos de la ciudad, reflejaron en sus memorias la tremenda explosión:

“Sobre las seis de esta mañana oí una explosión, y como se había rumoreado entre los campesinos que Burgos sería volado, ...”⁴⁵

Por su parte, el lugarteniente George Woodberry, otro testigo inglés, que había pernoctado en Isar montando la guardia en las cercanías, dejó constancia en su diario del sobresalto que les produjo la explosión:

“Esta mañana a las seis y cuarto, estaba volviendo a Isar con la guardia, cuando nos quedamos atónitos con el temblor ocasionado por una terrible explosión. La tierra parecía temblar de verdad por un momento, y nos quedamos mudos de asombro con el estruendo.”⁴⁶

Con aquella explosión y retirada precipitada se puso punto y final a la ocupación francesa en el valle del Duero. La partida de las tropas de la última capital castellana preconizaba la salida definitiva de los franceses más allá de los Pirineos.⁴⁷ Las derrotas de Vitoria y San Sebastián fueron decisivas para el final de la guerra. Atrás quedaba el territorio del valle del Duero exhausto y deprimido.

⁴⁵ Diario de James Pennan Gairdner, *Diario manuscrito* sin numeración de páginas. Microfilm en el National Army Museum, Londres, ref. 6902/5, citado por Santacara, p. 589.

⁴⁶ George Woodberry, *The idle companion of a young Hussar Officer during the year 1813*, *diario manuscrito*, Londres, National Army Museum, ref. 6807-267, p. 136, citado por Santacara, p. 589.

⁴⁷ Un estudio del final de la guerra es el de Emilio de Diego García, *Para entender la derrota de Napoleón en España*, Madrid, Arco/Libros, D.L. 2010.

CAPÍTULO I: TERRITORIO, ESTRATEGIA Y LIDERAZGO

***EL VALLE DEL DUERO: EJE ESTRATÉGICO DE PRIMER ORDEN EN LA
GUERRA CONTRA NAPOLEÓN AL SUR DE LOS PIRINEOS***

Emilio de Diego García
Real Academia de Doctores de España
Universidad Complutense de Madrid

La relectura de la contienda desarrollada al Sur de los Pirineos, de 1808 a 1814, efectuada con motivo de cumplirse el bicentenario de aquellos acontecimientos, ha producido, como no podía de ser de otro modo, desiguales resultados, cuantitativa y cualitativamente considerados, según los distintos aspectos objeto de estudio: la información disponible; los planteamientos teóricos desde los que se la aborda y, por último, en función de la metodología empleada. Con todo, a las alturas de 2010 podemos establecer ya un primer balance, en el cual, por encima de tales diferencias, se aprecia algo especialmente significativo. Las últimas aportaciones historiográficas han potenciado de manera notable la historicidad de la lucha mantenida, a todo trance, contra los planes napoleónicos; es decir, han cuestionado muchos de los tópicos anteriores y han superado, en buena parte, los componentes míticos de aquella pugna, o lo que es lo mismo, han ensanchado el campo de la historia en la misma medida que han reducido el dominio de la literatura épica y del relato heroizante, tan atractivo, en ocasiones, como alejado de la realidad⁴⁸.

De este modo hemos avanzado, sin duda, en el campo de la comprensión a través del acercamiento intelectual, sin desprecio de lo emocional, a los protagonistas del proceso militar y político que la historiografía liberal romántica española acabó denominando guerra de la independencia; mientras la británica acuñaba el término “The Peninsular War” en clave confrontativa. Los hombres y mujeres, los militares y la población civil que padecieron aquella ola de violencia han ido adquiriendo, al hilo de no pocos de los nuevos trabajos, su verdadera dimensión; la de seres humanos, con sus sombras y miserias (miedos y mezquindades, ...) y sus luces y grandezas (valor, capacidad de sacrificio, etc.). Podemos sentirnos así, a través de la historia, más cerca de aquellos sujetos que se debatían entre la hipertensión espiritual, positiva o negativa que les atrapaba, y las difíciles condiciones materiales para sobrevivir en situaciones de excepcional exigencia, en ambos planos. Protagonistas, a su pesar en la mayoría de los casos, de una historia dramática, siempre, y con frecuencia trágica.

⁴⁸ A este respecto señalaría algunas obras de interés como, por ejemplo: José María Cuenca Toribio, *La Guerra de la Independencia: un conflicto decisivo*, Madrid, 2008; Enrique Martínez Ruiz, *La Guerra de la Independencia (1808-1814): claves españolas en una crisis europea*, Madrid, 2007; Antonio Moliner Prada (coord.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, 2007; Emilio de Diego García y José Sánchez-Arcilla, *¡España se alza! La Guerra de la Independencia contada a los españoles de hoy*, Madrid, 2008; Emilio de Diego García, *España, el infierno de Napoleón. 1808-1814, Una historia de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2008.

Por otro lado se han ido perfilando los referentes espacio-temporales dentro de los que se desarrollaron esos mismos actores, cuya representación adquiere verdadero significado en función del escenario que la condiciona. En este sentido la nueva perspectiva histórica, a la que nos venimos refiriendo, se impone sobre otras lecturas, a partir de la imprescindible estimación metronómica y metrológica, en la conjugación propia de la época. Pero también atendiendo a las posibilidades y dificultades para cubrir las necesidades básicas: alimentación, vestuario, etc. de aquellos hombres y mujeres.

Además, salvo empecinamientos trasnochados, queda atrás la controversia historiográfica nacionalista acerca de los viejos clichés de “*The Peninsular War*” o guerra de la Independencia, a la que antes aludíamos. La conexión entre lo sucedido a uno y otro lado de la “raya”, durante el periodo 1808 y 1814, y la importancia decisiva de la intervención británica nos obligan a hablar de la guerra en la Península como un hecho común, incardinado en el horizonte más amplio de las guerras de la revolución y del Imperio. Obviamente, ingleses, portugueses y españoles combatieron contra un mismo enemigo; sin embargo, los desafíos a los que se enfrentaban eran esencialmente distintos. Para los británicos la guerra en la Península representaba la oportunidad de medirse a Napoleón en un escenario favorable, debido sobre todo a su dominio del mar y a la colaboración de dos aliados, en un plano de clara subordinación, decididos a luchar hasta el sacrificio extremo. Su meta, derrotar al Emperador, admitía una guerra de desgaste al ritmo que fuese más conveniente pues combatían sin que el territorio propio sufriera las consecuencias de la guerra. Este tipo de conflicto permitió la estrategia de debilitamiento progresivo aplicada por un maestro de la táctica, como fue Wellington. La actuación defensiva de los ingleses en Portugal obligaba a los franceses a alargar sus líneas cientos de kilómetros, mientras las bases de aprovisionamiento propias (los barcos de su armada) se hallaban siempre cerca. El resto, la erosión permanente de la capacidad militar del enemigo, su hostigamiento constante, mediante la actuación de las fuerzas, regulares e irregulares, la imposibilidad de asegurarse abastecimientos y comunicaciones, correría a cargo de los españoles y los portugueses. Importaba poco que estos, particularmente los españoles, desearan liberar su país cuanto antes y conseguir la vuelta inmediata de Fernando VII, arrojando incluso el riesgo de afrontar batallas decisivas.

Guerra en la Península pero, en puridad, eso no significaría guerra peninsular, si por este último concepto entendemos algo más que una dimensión espacial. Las decisiones fundamentales se adoptaron en Londres, no de forma colegiada entre miembros iguales de una alianza tripartita. El gobierno de Jorge III no permitió siquiera un pacto formal entre españoles y portugueses; aunque éstos llegaron a un tratado, en la primavera de 1810, que la propia Inglaterra se encargaría de impedir que se hiciera efectivo⁴⁹. El Reino Unido impuso su forma de conducir la guerra, seguramente la más eficaz, a pesar de la incompreensión y el disgusto, en varios momentos, de sus “aliados”. Sin embargo, el éxito final, cuyo protagonismo en las acciones campales de mayor entidad correspondería a las tropas de Wellington, hubiera sido inalcanzable sin el esfuerzo del ejército y de los guerrilleros españoles, así como del aportado por los portugueses. El mismo Wellesley lo señalaba en los meses iniciales de 1810, la defensa de Portugal y con ella la guerra en la Península sólo sería posible contando con la resistencia a ultranza de España.

A estos logros, acerca del mejor conocimiento de los intereses, no siempre idénticos de los “aliados”; de los actores, individuales y colectivos, y su espacio de actuación, habría que añadir la construcción de un nuevo discurso, que rompe la linealidad, “unificadora” de la historiografía tradicional y supera, simultáneamente, la “intrascendencia” de las historias locales, de corte descriptivo; es decir, la elaboración de un “libreto” de nueva redacción. La guerra de la Independencia sería todo, o casi todo, menos un conflicto uniforme en su desarrollo cronológico y geográfico, bien sea dentro del marco peninsular, en su conjunto, o exclusivamente español.

Ciertamente, la lucha derivada del rechazo de los planes napoleónicos fue, sin duda, una guerra nacional, en todos los sentidos. Ya Metternich destacaba esta característica inmediatamente después de Bailén.⁵⁰ Pero aunque el esfuerzo en aras de la defensa de la independencia y la identidad española involucró a las diversas regiones del país y a sus gentes, resulta incontestable que la intensidad y duración del conflicto fueron muy

⁴⁹ Ver *Gaceta de la Regencia de España e Indias*, marzo, 1810.

⁵⁰ Ver príncipe de Metternich, *Memoires, documents et écrits divers laissés par le prince de ... chancelier du cour et d'Etat publiés par son fies le prince Richard de Metternich ...* París, 1880, Tomo II: Sur les éventualités d'une guerre avec la France. Deux Memoires de Metternich, redigés a Vienne le 4 décembre 1808.

distintas de unas zonas a otras. Cataluña, acaso más que ninguna otra parte de España, Aragón, las provincias vascongadas (especialmente Guipúzcoa y Álava), Navarra, Extremadura, Castilla-La Mancha, Castilla-La Vieja y León soportaron de manera más acusada los rigores de aquella guerra. Y dentro de esta última región la provincia de Salamanca vendría a ser acaso el máximo exponente de la lucha mantenida en el conflicto que nos ocupa. En su suelo se sucederían batallas, como las de Tamames, Alba de Tormes, Fuentes de Oñoro, los Arapiles, etc.; sitios como los de Ciudad Rodrigo; saqueos, expolios, ...; en resumen, guerra de movimientos o estática, según las ocasiones; guerra regular e irregular, en su mayor dimensión; violencia reglada y simples ejercicios delincuenciales. Pero nuestro propósito en este trabajo es situarnos en un plano de referencia más amplio que el provincial, sin el que tampoco se entendería lo ocurrido en Salamanca; es decir, el regional al que ésta pertenece.

El valle del Duero convertido en eje de los grandes objetivos de Napoleón

Como sabemos, la entrada de las tropas napoleónicas en España se produjo, con la doble finalidad, oficialmente expuesta y pactada, de ocupar Portugal y Gibraltar. Metas ambas, plenamente coherentes dentro de la guerra económica, declarada por el Emperador al comercio británico, apoyada en el “bloqueo continental”. Sin embargo, la ocupación de Madrid y de otras posiciones claves desde el punto de vista militar, junto a las maniobras políticas culminadas en Bayona, pusieron al descubierto los verdaderos propósitos bonapartistas, llevando a franceses y españoles de la alianza a la guerra y convirtiendo a la Villa y Corte en el principal objetivo, inmediato, de lo que se había transformado en una alevosa invasión. Así, el valle del Duero, tanto en sentido nortesur, como este-oeste, que ya podía considerarse espacio clave en el marco de la fallida alianza, signada en Fontainebleau, se convirtió en el principal eje estratégico de la contienda.

No podía ser de otro modo en aquellas circunstancias. El itinerario más asequible de Irún a Lisboa discurría, en su parte española, por tierras de Castilla y León. El camino entre ese mismo paso fronterizo y Madrid, también. Aquél al hilo del Duero, por una u otra margen; éste último atravesándole. Los dos podrían coincidir durante un trecho más o menos largo para bifurcarse después; bien, al principio, desde Burgos; o, más tarde, desde Valladolid para dirigirse al oeste (Salamanca o Zamora) o hacia el sur (por tierras de Segovia hasta la Corte) bien por Somosierra o Guadarrama. Por si fuera poco los

posteriores movimientos de tropas convirtieron también a las rutas que discurren por tierras de Zamora y Salamanca, paralelamente a la frontera portuguesa, en el paso clave entre el valle del Duero y el del Tajo.

Finalmente, otros caminos de mayor dificultad orográfica, en comunicación con Galicia, Asturias y Cantabria, al Norte; o con el Valle del Tajo por algunos otros puertos del Sistema Central, y aún de Soria a tierras castellano-manchegas o al valle del Ebro completarían el marco al que nos enfrentamos. Hasta el punto de que la guerra, particularmente en tierras cántabro-astures y alguna parte de Vascongadas, se ajustaría en gran medida a su papel de flanco septentrional de la meseta castellano-leonesa⁵¹.

Además, a la vista de lo acaecido entre 1808 y 1813, resulta especialmente apropiada la expresión con la que Atahualpa Yupanqui tituló una de sus más bellas canciones. El valle del Duero, como todo camino tuvo dos puntas en cualquiera de los itinerarios que le cruzan. Del corazón de Castilla a Portugal y desde la “raya” hispano-lusa a los confines nororientales del espacio castellano-leonés. De Pancorbo al Guadarrama o a Somosierra y del mismo Sistema Central hasta el pie de la llanura alavesa. De Zamora al valle del Tajo y a la inversa. De Galicia a León y viceversa ... Un ir y venir continuo de tropas napoleónicas y aliadas, unas en pos de otras, avanzando y retrocediendo, en una especie de baile de dos pasos: la ofensiva y la defensiva que, según veremos, venía produciéndose ya desde principios del Ochocientos.

1) Espacio y tiempo referencias fundamentales de toda guerra

Aunque de forma breve será conveniente que recordemos un apunte básico en relación con el primero de estos factores, a propósito de lo que denominamos valle del Duero. Hablamos de un territorio de 95.000 km.², aproximadamente, el 18'6 % del territorio nacional, un espacio basculado hacia el oeste, con dos planos contrapuestos, (al norte y al sur), inclinados hacia un río de 937 km. (de los cuales más o menos 2/3 corresponden

⁵¹ Algunos de los principales itinerarios recorridos una y otra vez, entre 1808 y 1813, por tierras del valle del Duero serían por ejemplo los de: Irún-Burgos-Lerma-Aranda-Madrid; Irún-Burgos-Valladolid-Arévalo-Madrid; Irún-Burgos-Valladolid-Cuéllar-Segovia-Madrid; Valladolid-Medina del Campo-Salamanca-Ciudad Rodrigo-Fuentes de Oñoro; Valladolid-Olmedo-Coca-Segovia-Madrid; Soria-Valladolid-Zamora- Portugal por sus diferentes pasos de las “rayas”; Soria-San Esteban de Gormaz-Aranda-Madrid; Soria-Almazán-Medinaceli-Madrid; Zamora-Salamanca-Béjar-Plasencia (Ruta de la Plata); Valladolid-Ávila-Cáceres; León-Astorga-Villafranca del Bierzo a Orense o a Lugo; León-Benavente-Puebla de Sanabria a Orense o a Braganza.

a España) y que incluye, en nuestro país, hasta nueve provincias contando Soria, parte de cuyas aguas, como en el caso de Burgos, vierten al Ebro, y Ávila, que en su zona suroeste desagua al Tajo.

Un escenario, el de la superficie que acabamos de mencionar, semejante en su forma a la de un cuadrilátero irregular, con su eje mayor en sentido de los paralelos y más abierto en su parte occidental, que impone unas distancias relativamente importantes: alrededor de 250 kms., en línea recta, desde el comienzo de las estribaciones de la Cordillera Cantábrica a las del Sistema Central y otros tantos al menos entre los puntos más próximos del pie de las montañas galaico-leonesas a las del Sistema Ibérico; aproximadamente cuatrocientos desde el norte de Burgos hasta Fuentes de Oñoro; a los que habría que añadir, cuando se tratara de invadir Portugal, los más de cuatrocientos de Fuentes de Oñoro a Lisboa; los más de doscientos ochenta de San Martín del Pedroso (Zamora) a Oporto por Braganza; los ciento ochenta, aproximadamente, del mismo Fuentes de Oñoro a Coimbra y los ciento noventa y siete de aquí a Lisboa; o los algo más de 300 que separan Segura de Lisboa, en la ruta seguida por Junot en noviembre de 1807. Caminos sencillos en unos tramos y difíciles en otros servirían para desplazarse por un territorio más complicado de lo que la imagen simplificadora de la “llanura castellana” haría suponer.

Una meseta de planicies elevadas (700 a 1.100 metros de altitud), con un suelo en el que se alternan los materiales emergentes del zócalo paleozoico (principalmente pizarras, cuarcitas, granito, neis) junto a los materiales sedimentados al correr de millones de años. Tierras surcadas por los afluentes del Duero en sus dos márgenes: un conjunto de ríos que, en ocasiones, no resultan fáciles de vadear durante gran parte del año, debido a su caudal, y que, en otras, corren a veces por gargantas profundas y de complicado tránsito. Un problema agravado entonces por la escasez de puentes, lo que hacía precisa la búsqueda de vados en los cursos fluviales de cierta entidad. Así se entiende, por ejemplo, que el ejército francés contara con una compañía de “nadadores” cuya misión era descubrir los pasos franqueables. Añádase, a lo que acabamos de apuntar, la incidencia de un clima continental extremado; cuya amplitud térmica, entre los límites estivales (alrededor de 40° C) e invernales (hasta -20° C), es una de las mayores de Europa. Un cuadro completado por la pluviosidad más bien escasa durante la mayor parte del año y que se traduce en unos 500 l/m² anuales, desigualmente repartidos según

las zonas. Factores condicionantes, casi determinantes absolutos en esa época, de las posibilidades agrícolas y ganaderas de la región.

Sobre las distancias y demás características señaladas debemos proyectar la capacidad de desplazamiento de un ejército por aquellas fechas; tanto por lo que concierne al movimiento de las tropas como al de la artillería y bagajes; estos últimos efectuados, casi siempre, por rutas paralelas con escolta de caballería. La infantería, referencia básica, vendría a recorrer entre 20 y 30 kms. diarios, según los obstáculos a salvar y el conjunto de factores que podían influir en la velocidad de su marcha.

Un elemento más, digamos “técnico”, contribuía a incrementar la dificultad no tanto en los desplazamientos entre los principales núcleos de población, sino del despliegue de los soldados sobre el territorio. Nos referimos a la deficiente cartografía utilizada habitualmente por el ejército francés. El llamado “mapa López”⁵² constituía con frecuencia un auténtico rompecabezas. A esto deberíamos añadir no sólo la hostilidad violenta de las fuerzas regulares e irregulares “patriotas”, sino la escasa o falsa información que podían obtener de la población civil.

En todo caso, un ejemplo nos ilustra acerca de dos cuestiones claves, la de la propia distancia y la del factor decisivo de la relación hispano-francesa. en el otoño de 1807, Dupont, como aliado, tardó cuarenta y dos días en recorrer el camino Irún-Lisboa; en 1810, Massena, como enemigo, hubo de invertir más de cinco meses, la mayor parte de ellos hasta conseguir atravesar la frontera luso-española. Razón tenía Wellington cuando poco antes aseguraba, como dijimos, al gobierno Perceval que la insurrección en España le garantizaba, prácticamente, sus posibilidades de resistir en Portugal las ofensivas francesas y, en última instancia, la victoria.

A la vista de los datos expuestos adquiere su verdadero alcance la afirmación con la que abríamos este epígrafe: la dimensión del escenario y las condiciones para su dominio ejercerían una influencia decisiva en una actividad como la guerra, por cuanto su desenlace acaba obedeciendo a una concatenación de factores cuya conjugación, acertada o desacertada, conduce finalmente al éxito o al fracaso. Un resultado que depende de saber y poder estar, en el sitio y el momento más favorable. No siempre

⁵² Santiago López, *Atlas geográfico que comprende el reino y las particulares provincias*, Madrid, 1787.

ambos componentes se saldan, a la vez, con el mismo signo. Ciertamente que puede ganarse tiempo y espacio simultáneamente. Pero, en ocasiones, se debe perder uno de ellos para aprovechar el otro. En este aspecto Wellington fue un maestro y el valle del Duero, un marco adecuado para su victoria.

Napoleón había dicho que, en determinadas circunstancias, se podía ceder espacio, sin que ello aparejase necesariamente la derrota, pues el terreno era susceptible de recuperación. Sin embargo, el tiempo –advertía– no debe perderse, en ningún caso, porque no se recupera jamás. No era el sentimiento “ignaciano”, seguramente, el que informaba las palabras de Bonaparte, al menos en sentido estricto, pero, en cualquier caso, la realidad iba a encargarse de confirmarlas, para martirio del Emperador; tanto como protagonista directo del episodio definitivo, (Waterloo, 1815); como indirecto (por ejemplo, la invasión de Portugal dirigida por Massena en 1810). En ambas oportunidades las tropas del Emperador no llegaron a tiempo para conseguir la superioridad sobre el enemigo que, él mismo, había definido como el fundamento de toda estrategia.

2) Precedentes inmediatos: la llegada de nuestros aliados

Ya en 1801, con motivo de la llamada “guerra de las naranjas”, el paso de las tropas francesas, camino de Portugal, había dado pie a numerosos incidentes, a consecuencia de la obligada entrega de abastecimientos que los campesinos debieron afrontar. El propio obispo de Salamanca tuvo que pedir tranquilidad a sus fieles ya en aquella ocasión. Aquel episodio quedaba un poco alejado en el tiempo, pero no olvidado en las zonas afectadas.

En 1807 el cuerpo de Ejército de Junot, que había cruzado la frontera hispanofrancesa el 18 de octubre, entraba en Salamanca a primeros de noviembre. El 12 de ese mes, acelerando al máximo su marcha, salió de la capital charra camino de Alcántara. El 30 el que sería duque de Abrantes se hallaba en Lisboa. A su paso por tierras salmantinas, particularmente cerca de la “raya”, sus tropas cometieron una serie de excesos contra los habitantes de los pueblos encontrados en su recorrido, provocando no pocos problemas y la muerte de algunos soldados franceses a manos de los pobladores agredidos,

(Marbot dice en sus “memorias” que, al menos, 150)⁵³. Y eso que España todavía era un país amigo. En Portugal los abusos fueron lógicamente mucho más graves.

La cuestión no había hecho más que empezar. A los 25.000 soldados de Junot les seguirían, desde el 22 de diciembre del mismo 1807, otros 24.000, aproximadamente, que a las órdenes de Dupont hicieron el camino hacia Valladolid y, desde aquí, una parte de ellos se desplazaría hacia Salamanca, aparentemente en apoyo de Junot. Las requisas de víveres para alimentar a los hombres y al ganado de este cuerpo de Ejército, y de animales para el transporte de sus bagajes, iniciadas en tierras vascas, continuaron y aún se incrementaron en Castilla. Las fricciones entre las tropas imperiales y la población se fueron multiplicando en las semanas siguientes.

Por si fuera poco, no tardarían en llegar nuevos contingentes. El 9 de enero, el Cuerpo de Observación de las Costas del Océano, alrededor de 25.000 combatientes, bajo el mando de Moncey, entraba también en España. A ellos se añadiría el Cuerpo de Ejército de los Pirineos Orientales, con Duhesme al frente, asentado en tierras catalanas, desde febrero de 1808. Pero para nuestro propósito, es decir para la situación en Castilla y León, el que vendría realmente a sumarse a los tres primeros citados sería el Cuerpo que, a las órdenes de Bessiers, entró por los Pirineos Occidentales en marzo de 1808.

Según estas cifras, sólo en los primeros meses de ese año, las provincias del valle del Duero habían soportado ya el paso de más de 70.000 soldados franceses, supuestamente amigos pero que procedían de manera poco amistosa y se apropiaban de cuantos alimentos y bienes diversos podían obtener. Además el cuerpo de ejército de Bessiers quedó establecido entre Vitoria-Burgos y varios puntos más de la misma provincia en el camino de Madrid.

3) La guerra: soldados y más soldados

La situación sufriría un cambio decisivo a partir de finales de mayo y comienzos de junio de 1808.

Primer tiempo: José I viaje de ida y vuelta

⁵³ Barón de Marbot, *Mémoires du général baron de Marbot*, Paris, Mercure de France, 1983. Préface de Jean Dutourd. Edition présentée et annotée par J. Garnier. 2 vols.

Iniciada la guerra se produciría la llegada al valle del Duero de las tropas francesas de Loison, que se dirigieron hacia Ciudad Rodrigo. Pero la principal afluencia de soldados, tanto españoles como franceses, tuvo lugar en torno a la línea de comunicación de la frontera con la Corte, en tierras vallisoletanas. Un mes después del combate de Cabezón (12.VI.1808, Lasalle vs Cuesta) habría de producirse la batalla de Medina de Rioseco (14.VII.1808), realmente la primera gran acción de aquella guerra, en la cual se encontraron casi 22.000 españoles, 15.000 de ellos llegados de Galicia frente a 13.400 hombres de Bessiers. La victoria francesa abrió a José I el camino de la Corte.

No obstante, a consecuencia de la derrota de Dupont en Bailén, el “intruso” con las tropas de Moncey salía de Madrid, el 1 de agosto, en retirada hacia el norte. De este modo, el 9 de aquel mes, José I estaba en Burgos en su repliegue hacia el otro lado del Ebro.

Segundo tiempo: Napoleón y los ingleses en España

La reorganización militar posterior a Bailén llevó a la ubicación del llamado ejército de reserva español en Burgos (conde de Belveder). La respuesta francesa situaba a su ejército de la derecha (Bessiers) al norte de esa provincia. La presencia de Napoleón, a primeros de noviembre, vino a unirse a los más de 125.000 de sus hombres que se hallaban en Vascongadas y Navarra (240.000 en toda España). Rápidamente dispuso el avance hacia Madrid. El 7 de noviembre el 2º Cuerpo (Bessiers) marchó sobre Burgos. El día 10, ya bajo el mando de Soult, aquellas tropas entraron en la capital castellana, que fue saqueada, y, al día siguiente, lo hacía Napoleón. En la misma fecha se completaba la victoria francesa (unos 21.000 soldados) en Espinosa de los Monteros sobre el ejército español de la izquierda (Blake). Derrotado Castaños en Tudela (23.11.1809), el Emperador ordenó a sus fuerzas marchar hacia Madrid. Una avalancha de miles de soldados pasó por Burgos hacia Lerma, Aranda y Somosierra y otros puntos de Castilla la Vieja, para tomar la villa y Corte que cayó en manos de Bonaparte el 4 de diciembre. Unos días después habían llegado a Madrid y sus alrededores más de 70.000 soldados franceses.

Mientras las tropas británicas, mandadas por Moore, alcanzaban Almeida para unirse a las españolas, el 8 de octubre de 1808 y el 11 estaban en Ciudad Rodrigo, camino de Valladolid. Diversos motivos retrasaron su avance, pero lo cierto es que en las semanas posteriores se hallaban en el valle del Duero más de 30.000 soldados británicos. A ellos

se sumarían algunas unidades del ejército español, más la división del marqués de la Romana.

Napoleón, por su parte, en rápida contramarcha hacia el noroeste, cruzó el Guadarrama en la Nochebuena de 1808 a la cabeza de unos 42.000 soldados que, junto a otros 18.000 mandados por Soult operarían contra Moore en tierras de Castilla y León. Los británicos, en retirada, entraron en Galicia a finales de diciembre de 1808 y comienzos de enero de 1809. Es decir, durante la última semana de 1808, más de 100.000 soldados habían deambulado por el valle del Duero en dirección N-NO. Mientras las tropas de Lapisse lo hacían en dirección sur a lo largo de la raya hacia el Guadiana.

Tercer tiempo: fracaso de Soult en Portugal (marzo /mayo 1809)

En esta ocasión el principal campo de operaciones de la guerra se hallaba en el otro extremo del valle del Duero, en tierras portuguesas; pero, en menos de tres meses, los británicos (Wellesley desde el 22 de abril), en combinación con los españoles, obligaron a los franceses a retirarse de Portugal y, seguidamente, a abandonar Galicia. Soult (2º Cuerpo del ejército imperial) y Ney (6º) se situaron en la zona occidental de Castilla y León.

Cuarto tiempo: ofensiva aliada por el valle del Tajo (Talavera) y contraofensiva francesa (junio/agosto 1809)

Tampoco entonces nuestra región quedó al margen de las operaciones claves de la contienda. Soult (2º), Mortier (5º) y Ney (6º), desde Salamanca, debían caer por el puerto de Baños a la espalda de Wellesley y de Cuesta. Un movimiento que pudo decidir la suerte de la guerra y que, como mal menor, obligó a la retirada de las fuerzas anglo-portuguesas y españolas.

Quinto tiempo: los españoles de nuevo hacia Madrid (otoño 1809)

En un intento por retomar la iniciativa, la Junta Central decidió que el ejército español de la izquierda ocupara desde Ciudad Rodrigo hacia Salamanca. Con ese propósito el duque del Parque se enfrentó el 6º Cuerpo francés –ahora a las órdenes de Marchand, en Tamames (18-X-1809) –donde unos 22.000 españoles batieron a unos 13.000 franceses. Las tropas españolas consiguieron así entrar en Salamanca. Aunque, poco después, el mismo duque del Parque fue batido por Kellerman en Alba de Tormes (28-XI-1809).

Sexto tiempo: preparativos franceses sobre Portugal (enero 1810/mayo 1811)

Nuevamente el valle del Duero se convertía en el eje principal de la lucha contra Napoleón. Tras la ocupación francesa de Andalucía y el fracaso ante Cádiz, el objetivo prioritario seguía siendo Portugal. El número de soldados imperiales en Castilla llegaba a una de sus cotas más altas. Entre ellos el 8º Cuerpo de Ejército, Junot en Burgos (35.000 hombres, enero 1810), Ney en tierras de Salamanca (6º Cuerpo), Loison en Benavente y Reynier (2º Cuerpo) que vendría de Extremadura. Sobre esta base se articularía el Ejército de Portugal (Decreto Imperial, 17-IV-1810) puesto a las órdenes de Massena. A ella se sumarían de febrero a mayo de 1810 las divisiones Roguet y Dumostier (Joven Guardia), unos 4.500 gendarmes y 33.000 hombres de refuerzo. Poco después se les unirían, poco después, 20.000 del 9º Cuerpo (Drouet d'Erlon). Como apoyo otros 9.000 hombres de la división Seras (León-Zamora) y los efectivos de Kellerman (Valladolid, Zamora, Toro).

Así tendríamos que hasta un total de 130.000 hombres, aproximadamente, entraron en España desde finales de 1809 a septiembre de 1810, elevando la cifra de las tropas francesas a 320.000 soldados. Gran parte de ellos se situaron o pasaron, como hemos apuntado, por tierras de Castilla y León.

Simultáneamente con los preparativos para invadir el país vecino, y como operación básica, se desarrollaría lo que cabría denominar “batalla de los sitios”:

a) Astorga (21-III/23-IV-1810). Clauzel vs Santocildes

b) Ciudad Rodrigo (25-IV/12-V se completaría el cerco que tras varias semanas de sitio daría lugar a la rendición de la plaza (10-07-1810).

c) Almeida (24-VII/28-VIII-1810)

El subsiguiente avance francés de Bussaco a Torres Vedras (septiembre/octubre, 1810) y la retirada a Santarem-Abrantes-Thomar, desde noviembre hasta el 4-III-1811, gravitó sobre las posibilidades de enviar abastecimientos y refuerzos desde Castilla. Aquella empresa concluiría en la batalla de Fuentes de Oñoro 5-V-1811

Séptimo tiempo: operaciones en la segunda mitad de 1811

Durante los meses posteriores se mantuvo en el valle del Duero una notable actividad militar y un importante despliegue de tropas, tanto francesas como españolas y angloportuguesas. Las comunicaciones de los hombres de Napoleón con Madrid y la frontera portuguesa seguían expuestas a los ataques aliados en la meseta Norte. Así el 6º Ejército español (Castaños) y el 7º (Mendizábal) operaron en Castilla-León. El principal objetivo, el bloqueo de Ciudad Rodrigo (agosto 1811) concluyó sin éxito. La respuesta de Marmont y Dorsenne (cerca de 60.000 hombres) forzó el repliegue angloportugués.

Octavo tiempo: Ofensiva de Wellington (enero/septiembre 1812)

Un periodo particularmente agitado para los combatientes y penoso para la población civil del valle del Duero, tendría lugar en torno a lo que acabaría resultando el ecuador de la contienda. El nuevo avance angloportugués conseguiría la reconquista de Ciudad Rodrigo (8/15-I-1812) y, también, aunque en otras latitudes la de Badajoz (16-III/7-IV-1812)

La contraofensiva francesa no se haría esperar, con la vuelta de Marmont al valle del Duero (marzo 1812) y la amenaza a Ciudad Rodrigo y Almeida (Clauzel). Se aproximaba la gran batalla.

A primeros de junio la mayor parte del ejército aliado (Wellington) estaba en los alrededores de Fuenteaguinaldo. Mientras el 6º Ejército español (Abadía) se situaba sobre Astorga y Silveira, al frente de los portugueses, lanzaba su ataque a Zamora. El 13-VI-1812 Wellington pasó el Águeda camino de Salamanca y el 17 entraba en la ciudad. Durante semanas se produjeron una serie de movimientos de Wellington y Marmont (19-VI/17-VII) buscando el descuido del adversario. Bonet se unía a Marmont y, al fin, Sir Arthur Wellesley encontró la ocasión favorable: Los Arapiles, 52.000 hombres de Wellington frente a los 50.000 de Marmont.

Noveno tiempo: Retirada angloportuguesa (septiembre/noviembre 1812)

Tras la expedición a Madrid y la nueva retirada de José I, Wellington se replegaría hacia el norte pretendiendo tomar Burgos (35 días de asedio fallido (17-IX/22-X). Con el invierno, la vuelta a los cuarteles portugueses (Freineda)

Décimo tiempo: la campaña decisiva, 1813

Sexto año de guerra y otra vez, esta definitiva, el esfuerzo por cortar el camino de Madrid. Liberada Andalucía y abandonada la Corte por José I un nuevo esfuerzo aliado coincidiendo con la retirada francesa: Oeste-Este en el valle del Duero y de Sur a Norte (marzo 1813). La ofensiva aliada llevó a la concentración de tropas en Miranda de Duero hacia Zamora y Toro, en tanto el ejército de Galicia pasaba el Esla. El 22-V-1813, Wellington cruzó la raya hacia España por última vez. Los castigados pueblos del valle del Duero sufrirían la carga que representaban unos 80.000 soldados aliados marchando en pos de los franceses. Entre ellos unos 28.500 soldados españoles. A mediados de junio ambos contendientes habían cruzado el Ebro hacia el Norte. La guerra se alejaba por fin.

La logística: los abastecimientos y los transportes

Pero el carácter estratégico del valle del Duero habría que contemplarlo no sólo desde la perspectiva de su significado geográfico y en consecuencia de los movimientos y acciones efectuadas sobre su territorio; sino también, desde la óptica de la logística, es decir como base a aprovisionamiento y plataforma de aquellas actividades⁵⁴. Esta última nos hará entender aspectos tales como las propias operaciones bélicas, principalmente en cuanto a su cronología y al volumen de las masas de maniobra involucradas en las grandes batallas. Pero también a las condiciones de la vida diaria de los ejércitos; las fuerzas guerrilleras y la población civil. Las limitaciones propias de un trabajo de esta naturaleza nos obligan a enunciar apenas este decisivo apartado, pero no queremos dejarlo al margen.

El valle del Duero soportó como hemos visto la presión de decenas de miles de combatientes regulares a los que habría que sumar los irregulares. Todos aprovisionándose sobre el terreno a costa de una población que, en condiciones normales, apenas disponía de excedentes alimentarios y que ante cualquier contratiempo (1803-1804, p.e.) se veía abocada al hambre⁵⁵. Ávila no llegaba a cubrir sus necesidades de trigo (500.000 fanegas año producidas 560.000 consumidas). Burgos igual o peor. Zamora y León, lo mismo. Valladolid, Segovia y Palencia mostraban excedentes de

⁵⁴ A propósito de lo sucedido en el caso del ejército de Portugal en 1810 puede verse Donald D. Howard, *Napoleón y la Península Ibérica. Ciudad Rodrigo y Almeida dos asedios análogos 1810*, Salamanca, 1984, Cap. 11: La guerra logística.

⁵⁵ Ver Román Perpiñá, "Población española y censo de riqueza en 1790", en *Revista Internacional de Sociología*, Año XIX (abril-junio 1961), nº 74, pp. 225-242.

cierta importancia; Salamanca y Toro, algo menores, unas 700.000 fanegas en conjunto en años de cosecha regular⁵⁶. El descenso de producción durante la guerra complicaba la situación ya de por sí difícil.

Tengamos en cuenta la carga que representaba el mantenimiento de decenas de miles de hombres, a partir de las difíciles condiciones existentes. La ración de un soldado se estimaba en 750 gramos de pan al día lo cual supone que las 700.000 fanegas apenas serían suficientes para abastecer a unos 100.000 soldados. Pero si descontamos el grano para la siembra y consideramos la disminución de la producción el panorama se complica extraordinariamente.

Los episodios de desabastecimiento serían abrumadores: Bessiers ya en 1808 se quejaba de no haber recibido ración alguna en dos semanas. Nada extraño ya que, en marzo de ese año, Murat, camino de Madrid, había tenido que publicar un bando comprometiéndose a pagar los suministros recibidos, porque la ocultación de víveres y la resistencia de los campesinos hacía muy difícil el aprovisionamiento de sus tropas. El catálogo de ejemplos sería inabarcable.

Los soldados de Moore en su retirada hacia La Coruña y los soldados franceses que les perseguían se quejaban del hambre a que se veían sometidos en los últimos semanas de 1808 y comienzos de 1809. Las tropas de ambos países acusarían los mismos problemas en los meses siguientes. Wellington justificaría su retirada tras la batalla de Talavera por falta de abastecimientos. Ney pasaría cinco meses del otoño/invierno 1809-1810 recorriendo las tierras salmantinas para poder sobrevivir. Pero los soldados españoles padecieron mayor desabastecimiento y soportaron toda clase de penurias⁵⁷. Las requisiciones de mulos, asnos, bueyes y caballos, además del trigo, la cebada y otros productos, para el abastecimiento y los transportes del ejército francés se traducían, como siempre, en una oposición campesina generalizada, pues sin animales de labor resultaban inviables las tareas agrícolas.

⁵⁶ Ver Eugenio Larruga, *Memorias Políticas y Económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, Madrid, 1794.

⁵⁷ Emilio de Diego García, “El problema de los abastecimientos durante la Guerra (I): la alimentación de los combatientes”, en Emilio de Diego García (dir.), *El comienzo de la Guerra de la Independencia*, Actas del Congreso Internacional, Madrid, 2009.

El fracaso de Massena en la invasión de Portugal se debería en no pequeña medida al retraso en solventar sus problemas logísticos y en la insuficiencia de los recursos obtenidos.

Cuando en marzo de 1812 entró Durán en Soria lo que más destaca en su informe es que ha tomado a los franceses de 12.000 a 14.000 fanegas de trigo, con las que pudo alimentar algunos días a sus hombres y a la población civil. Un confidente anónimo manifestaba el mismo entusiasmo por tal motivo. Sobre la hambruna generalizada de 1812 no se necesita gran ponderación y así, como decíamos, hasta infinidad de referencias.

Acerca de las carencias de vestuario cabría decir algo similar y sobre el calzado, o mejor de su falta, podría escribirse un amplio tratado. Tengamos en cuenta que las botas de un soldado de infantería apenas aguantaban los 400 km. de marcha y no era fácil reponerlas en la mayoría de los casos. Los transportes resultaban claramente insuficientes para atender a la demanda de aquellos ejércitos y los problemas de alojamiento y las deficientes condiciones sanitarias completaban un cuadro desolador. Todo repercutiría finalmente sobre la población civil de un territorio como el valle del Duero, eje estratégico de primer orden en la guerra contra Napoleón al sur de los Pirineos.

WELLINGTON A LAS PUERTAS: UN BALANCE DE LA GUERRA, 1811-1812

Charles J. Esdaile
University of Liverpool

‘Esto no es el fin. Ni siquiera es el comienzo del fin. Pero lo que sí es, quizás, es el fin del comienzo.’ Con esas palabras famosas, el primer ministro británico Winston Churchill saludó la victoria de El Alamein en noviembre de 1942, pero la verdad es que, con igual razón, su predecesor, Spencer Perceval, habría podido echar mano precisamene de la misma frase al recibir la noticia de la conquista de la fortaleza de Ciudad Rodrigo por las fuerzas anglo-portuguesas de Lord Wellington en enero de 1812. Aunque muy importante, la victoria de El Alamein no constituyó un momento decisivo en la historia de la Segunda Guerra Mundial, pero, en contraste, la caída de Ciudad Rodrigo en manos aliadas sí fue un momento decisivo en la historia de la Guerra Peninsular. Sin esa victoria hubiera sido posible una Guerra Peninsular bien diferente, incluso una Guerra Peninsular ganada finalmente por los franceses. Así, Ciudad Rodrigo (junto con su contraparte extremeña, Badajoz), fue verdaderamente el fulcro, el sostén de la lucha contra Napoleón, lo cual es una razón más para agradecer la conservación tan afortunada de su ambiente histórico.

Curiosamente, la importancia de la conquista de Ciudad Rodrigo, como mucho del esfuerzo bélico del ejército anglo-portugués, no figura suficientemente en la historiografía española de la Guerra de la Independencia o Guerra Peninsular. Tomando unos ejemplos más o menos al azar, encontramos, incluso, una tendencia a minimizar la importancia de aquel hecho. Por ejemplo, en la versión de José Manuel Cuenca Toribio: ‘Ganado, todavía momentáneamente, por el espíritu ofensivo, Wellington se decidirá [...] a cercar a Ciudad Rodrigo, que [...] conquistará [el] 12 [sic] de enero de 1812, recibiendo por ello por parte [...] de las cortes gaditanas el ducado de aquel título.’¹ Y, de una sentencia sin comentarios, solamente podemos pasar a un párrafo o, como máximo, una página, sin comentarios. Así, en las historias sumarias de la lucha publicadas por Enrique Martínez Ruiz y Emilio de Diego, se encuentra poco más que un breve resumen de los hechos:

Por su parte, Wellington decide pasar a la ofensiva en los primeros días de 1812, empezando el día 8 de enero a reunir las divisiones de su mando para cargar contra

¹ José Manuel Cuenca Toribio, *La Guerra de la Independencia: un conflicto decisivo*, Madrid, 2006, p. 95; se notará el error respecto a la fecha, cosa que nunca habría sucedido, por ejemplo, con la batalla de Bailén. Es igualmente escueto Andrés Casinello. Cf. A. Casinello, “Evolución de las campañas militares”, en A. Moliner Prada (ed.), *La Guerra de la Independencia en España, 1808-1814*, Alella, 2007, p. 113.

Ciudad Rodrigo, acelerando las operaciones del sitio para evitar ser sorprendido por el regreso del ejército francés [...] Las brechas abiertas en la muralla parecían propicias para el asalto, que se produce el día 19, dando como resultado la conquista de la plaza y un brutal saqueo.²

Sin embargo, a pesar de la naturaleza mínima de esas referencias, al lado de lo que se encuentra en otros libros representan una gran generosidad, pues hay historias de la Guerra de la Independencia en que el asedio ni siquiera es mencionado³. Y, aún cuando se reconoce que lo que pasó en Ciudad Rodrigo merece más reconocimiento que un breve resumen de los hechos militares, los escritores suelen reducir el lustre de la victoria mediante críticas a Wellington. Por ejemplo, aunque Becerra y Redondo admiten que ‘la toma de Ciudad Rodrigo tuvo amplia resonancia en España y en toda Europa’, también escriben que ‘lo que más ha sorprendido a la hora de enjuiciar [la] victoria en Ciudad Rodrigo’ ha sido la salida de Wellington ‘de las reglas habituales de la época’, y, especialmente, ‘su prodigalidad en vidas humanas’.⁴ Así, son muy pocos los historiadores españoles que han escrito sobre la reconquista de la fortaleza sin reservas o como algo que merece más que una cita a pie de página, siendo una de las excepciones Carlos Canales Torres: ‘La toma de Ciudad Rodrigo fue, militarmente hablando, un notable éxito para Wellington, ya que, aparte de las bajas producidas a los franceses [...] lo cierto es que se había logrado algo muy importante, ganar tiempo.’⁵

Algo es algo, pero en realidad la causa aliada había ganado mucho más que tiempo en Ciudad Rodrigo. Una de las principales razones para el tratamiento tan sumario del asedio, es que lo que Napoleón llamó el *coup d'oeil* ha sido cosa ajena a la mayoría de las personas que se han dedicado a la historia de la Guerra Peninsular. Aún cuando son especialistas de la época napoleónica, los más son historiadores políticos – incluso

² Enrique Martínez Ruiz, *La Guerra de la Independencia, 1808-1814: claves españolas en una crisis europea*, Madrid, 2007, p. 148. Es muy parecida, aunque algo más larga, la versión de Emilio de Diego, si bien pone mucho más énfasis sobre el saqueo, al que trata de una manera algo exagerada: ‘El pillaje y el saqueo duró hasta que no quedó nada que mereciera la pena al alcance de los asaltantes.’ Es típico que la referencia al saqueo no se equilibre con una discusión del significado de la victoria. Sin embargo, al menos reconoce de Diego el precio humano - en total, unas 1.121 bajas - que la reconquista de Ciudad Rodrigo supuso para el ejército anglo-portugués. Vid. Emilio de Diego, *España: el infierno de Napoleón*, Madrid, 2008, pp. 404-405.

³ Vid. Miguel Artola, *1808: la revolución española*, Madrid, 2008, pp. 38-53.

⁴ Emilio Becerra y Fernando Redondo, *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia*, Ciudad Rodrigo, 1988, pp. 120-121.

⁵ Carlos Canales Torres, *Breve historia de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2006, p. 228.

historiadores políticos muy buenos - que se han centrado siempre en temas como las cortes de Cádiz y no se encuentran cómodos con los temas de cuartel. Pero no se trata solamente de una inocente falta de entendimiento de un campo que durante mucho tiempo se ha dejado, por razones bien entendibles, en manos de escritores militares. Así, muchos de los observadores que sí tienen un conocimiento avanzado de la historia militar de la Guerra Peninsular se han dejado influir por cierto nacionalismo reticente a la hora de reconocer la contribución de Wellington y sus soldados a la victoria aliada. De vez en cuando, se encuentran ciertos intentos de minimizar la contribución británica de una manera más activa o incluso de negarla totalmente, siendo un buen ejemplo de esa tendencia un artículo sobre las bajas de la Guerra Peninsular que llega a llamar a los sitios de Badajoz y San Sebastián – ambos hechos de gran importancia en el desarrollo de las campañas de Wellington, y, por extensión de la lucha entera - ‘dos episodios de dudosa importancia estratégica’.⁶ Y, finalmente, otro argumento que pesa mucho es el de que había en España no una guerra sino dos, la guerra de los ingleses y sus clientes portugueses y la guerra de los españoles, conflictos tan separados que es posible contar la historia de la una sin decir nada de la otra.⁷

Hasta cierto punto todo esto es muy fácil de entender pues, en general, a pesar de los esfuerzos por canalizar la historiografía británica hacia nuevas pautas, todavía se caracteriza por una gran dosis tanto de arrogancia como de ignorancia – muchos historiadores militares británicos saben muy poco del esfuerzo bélico español, al mismo tiempo que imaginan todavía que los problemas innegables estructurales que los españoles tuvieron que sobrellevar fueron más que nada fruto de deficiencias supuestas de carácter nacional; incluso a veces llegan a atreverse a presentar la Guerra Peninsular como una lucha exclusivamente franco-inglesa.⁸ Sin embargo, en palabras de un proverbio inglés, ‘La suma de dos males no tiene como resultado el bien’. Restar importancia a las victorias de Wellington y, particularmente, a la reconquista de Ciudad Rodrigo es una historia errónea, por lo cual este trabajo intentará demostrar que la

⁶ Jorge Planas Campos, “La contribución británica en la Guerra de la Independencia: una aproximación cuantitativa”, en *Trienio*, núm. 54, noviembre de 2009, p. 7.

⁷ El ejemplo más claro de esta posición es el de Julio Albi de la Cuesta, “Guerra de la Península y Guerra de la Independencia: dos guerras distintas”, en *Researching y Dragona*, VII, núm. 17, agosto, 2002, pp. 95-98.

⁸ Para este aspecto, se puede citar Ian Robertson, *An Atlas of the Peninsular War*, Londres, 2010.

realidad fue bien otra – incluso que la liberación de España de las fuerzas de Napoleón se inició aquel frío día 19 de enero de 1812.

Para entender esta posición es necesario, en primer lugar, repasar el curso de la Guerra Peninsular en el periodo 1808-1812, en el que se puede demostrar una verdad bien patente y al mismo tiempo desagradable, que fueron cuatro años de derrota y desastre. Al comienzo de la guerra, los aliados sí obtuvieron una serie de éxitos – se rechazaron asaltos franceses en Zaragoza, Valencia y Gerona; se ganaron las batallas de Bailén y Vimeiro; se sorprendió a la columna de general Schwartz en el Bruch. Pero esos triunfos se debieron más que nada a factores transitorios – la falta de calidad de las primeras fuerzas enviadas a España, los errores de los generales franceses, la sobreconfianza de los invasores – y no constituyeron ningún reflejo del verdadero balance de fuerzas entre los protagonistas en la lucha. Al mismo tiempo, sus resultados fueron bastante exagerados. Mantener la posición francesa en Portugal fue imposible después de la batalla de Vimeiro y fue igualmente necesario adoptar una postura defensiva en Cataluña, pero en el centro de España los franceses estaban perfectamente seguros (aún después de la batalla de Bailén, quedaron unos 23.000 soldados franceses alrededor de Madrid). Sin embargo, bastante atemorizado, el rey José, en vez de hacer frente al enemigo en Madrid, decidió evacuar la capital y, no solamente la capital, sino toda España al sur del río Ebro.⁹

Si la causa aliada logró muchas victorias en 1808, fueron victorias con poca solidez. Bien enojado y determinado a rescatar su reputación como caudillo, Napoleón respondió marchando a España al frente de un gran ejército de soldados veteranos, lo que redundaría en un verdadero desastre para los aliados. Al cabo de dos meses habían ocupado Madrid y, con la capital, gran parte del centro y norte de España, habían bloqueado Barcelona y forzado al ejército británico a evacuar por el puerto de La Coruña y, finalmente, habían derrotado a los ejércitos españoles con grandes pérdidas. En aquel momento, los invasores tuvieron todo el país a sus pies, pero, justo entonces, cuando tenían la oportunidad de poner fin a la guerra, perdieron la iniciativa frente a sus oponentes. Las razones fueron varias: la decisión de Napoleón de volver a Francia, la desviación de grandes números de soldados franceses hacia el callejón sin salida de

⁹ Para un estudio de la situación en el centro de España después de la batalla de Bailén, véase Charles Oman, *A History of the Peninsular War*, Oxford, 1902-1930, I, pp. 337-8.

Galicia, el desgaste consiguiente de las marchas de cientos de kilómetros durante el invierno castellano, la resistencia desesperada de Zaragoza –que no cayó en manos de los franceses hasta el 20 de febrero de 1809- y, finalmente, la necesidad de emplear a más y más tropas en operaciones de tipo contra-insurgente. De todas formas, ya en los primeros días de 1809 la guerra asumió una cara nueva. Desde todos los puntos de la península avanzaron una sucesión de ejércitos españoles sobre las fuerzas francesas que ocupaban el centro del país. Para consolidar el prestigio, ya muy mermado, de la Junta Suprema Central, era preciso lograr grandes victorias en campo abierto, al mismo tiempo que constituía el método más obvio de echar a los franceses de España. Sin embargo, esta estrategia ofrecía muy pocas esperanzas de éxito. En primer lugar, con los franceses ocupando las dos Castillas y grandes zonas de Extremadura y Aragón, los españoles no tenían otra opción que operar sobre líneas exteriores mientras que, por extensión, los invasores gozaban de la ventaja de actuar sobre líneas interiores. (En un lenguaje menos técnico, podría entenderse mejor imaginándose España como un plato, donde los ejércitos españoles se esparcieron alrededor del borde, mientras que los ejércitos franceses formaron una masa mucho más compacta en el centro). Desde los primeros momentos, los españoles tuvieron que enfrentarse con muchos problemas entre los que se encontraban la dificultad, o incluso la imposibilidad, de coordinar los movimientos de sus fuerzas y, también, los muchos rencores existentes entre los diferentes generales. Por el contrario, los franceses podían utilizar su posición central para concentrar su *masse du manoeuvre* sobre un ejército español tras otro. Además, para adoptar una estrategia ofensiva, los españoles tenían que salir de la seguridad ofrecida por las grandes cadenas montañosas que cercan la meseta y operar en un terreno más llano y abierto. Sin embargo, este tipo de terreno no convenía a los ejércitos Patriotas de ninguna manera, y esto por varias razones, siendo la más importante, primeramente su falta de caballería - siempre una arma difícil de improvisar - y, en segundo lugar, la falta de cohesión y dificultad de maniobra de las masas de infantería que formaban el núcleo de su despliegue. Estos factores hicieron a las fuerzas españolas muy vulnerables frente a los jinetes enemigos, y, por ello, ante la posibilidad de cualquier desgracia, sólo se les ofrecía la perspectiva lamentable de una desbandada total.

Pero el problema no estaba solamente en el hecho de luchar en las llanuras. El ejército Patriota poseía deficiencias que ofrecían poca esperanza de vencer a los enemigos en

otros terrenos. Tras las grandes derrotas de noviembre y diciembre de 1808, quedaban muy pocos soldados veteranos, por lo cual las filas se llenaron con quintos no muy entusiastas. Además, faltaban suministros de todo tipo. No había bastante artillería, y para los cañones existentes se necesitaban caballos que los transportasen y conductores civiles cuyos servicios dejaban mucho que desear a la hora de encontrarse con el enemigo. Había demasiados oficiales, algunos de los cuales eran meras criaturas de las juntas provinciales y otros carecían enteramente de conocimientos militares. Por su parte, los soldados no tenían confianza ni en sí mismos ni en sus jefes. Y, finalmente, muy pocos de los generales españoles poseían un talento algo más que regular, y muy pocos tenían experiencia en mandar más de una sola brigada (con el paso de los años, la mayoría de los jefes que habían destacado en la Guerra de la Convención habían muerto o estaban demasiado achacosos para el servicio activo). En esta situación, intentar grandes batallas era una estrategia arriesgada, y así los últimos meses del invierno de 1808-1809 trajeron una serie de desastres en las batallas de Uclés, Valls, Ciudad Real y Medellín.

Sin embargo, estas derrotas no llevaron a los españoles a cambiar su estrategia. Al contrario, en el verano de 1809 ésta se reforzó por la entrada de un nuevo factor en la ecuación, en concreto, el ejército inglés del entonces Sir Arthur Wellesley.¹⁰ A pesar de la retirada a La Coruña y la evacuación subsiguiente de las fuerzas de Sir John Moore, los británicos nunca habían abandonado la Guerra Peninsular como tal. Al contrario, siempre habían mantenido una presencia militar substancial en Lisboa, y en marzo de 1809 decidieron enviar grandes refuerzos allí y dar el mando a Wellesley de la nueva fuerza expedicionaria que allí se constituyó. Nada más llegar a Lisboa, Wellington se lanzó sobre el ejército francés de Mariscal Soult que precisamente en la misma época había bajado de Galicia – ocupada desde enero de 1809 - y había conquistado la ciudad de Oporto. Tras el éxito de la operación, las tropas de Soult fueron expulsadas del país en poco tiempo, por lo cual Wellington de repente se encontró libre para intervenir en España (interpretando muy generosamente las órdenes recibidas, que le confinaban a la defensa de Portugal).

¹⁰ En este momento es todavía correcto hablar del ejército inglés, puesto que las fuerzas portuguesas no se integraron con las tropas británicas hasta el verano de 1810.

El resultado de su intervención en España fue la campaña de Talavera. El plan acordado era que Wellesley se uniera con el Ejército de Extremadura de Gregorio García de la Cuesta para luego marchar sobre Madrid por el valle del Tajo mientras que el Ejército de La Mancha de Francisco Venegas avanzaría sobre Madrid desde el sur. En teoría, este plan ofrecía grandes posibilidades, pero de hecho se malogró. Por diversas razones, la cooperación tan necesaria entre los tres ejércitos aliados falló, mientras que, en un desenvolvimiento que nadie había previsto, los franceses evacuaron Galicia y cayeron con enorme fuerza sobre la línea de comunicaciones de Wellington y Cuesta en la valle del Tajo. Wellesley y Cuesta ganaron, sí, una victoria defensiva en Talavera el 28 de julio de 1809, pero, en vez de explotar ese triunfo y avanzar sobre Madrid, tuvieron que cruzar el Tajo hacia el sur y salir corriendo para Extremadura, lo cual no se efectuó sin alguna pérdida (en el combate del Puente de Arzobispo del 8 de agosto, por ejemplo, los franceses dispersaron a la retaguardia española). Mientras tanto, el 14 de agosto, el ejército de Venegas sufrió una grave derrota en Almonacid de Toledo. A mediados de agosto, el magnífico plan que había ofrecido tantas esperanzas había fracasado, aunque cabe decir que es difícil pensar cómo habrían podido mantenerse en Madrid los ejércitos aliados aún si la hubieran liberado: los franceses no solamente habrían podido concentrar fuerzas superiores contra Wellesley y Cuesta alrededor del mismo Madrid sino también habrían tenido la opción de obrar contra las líneas de comunicación de Wellesley con Portugal.

Con el fracaso de la gran ofensiva sobre Madrid – una desgracia aún más penosa por la derrota más o menos simultánea de una segunda embestida en Aragón - quedaba clara la lección. En resumen, por una combinación de razones físicas (la dispersión geográfica de sus ejércitos), políticas (los muchos rencores y sospechas que minaron la posibilidad de una cooperación mutua) y militares (las deficiencias técnicas del ejército español), los aliados no tenían la capacidad de obrar ofensivamente contra los franceses en el centro de España. En reconocimiento de esa situación, el gobierno británico dirigió a Wellesley o, mejor dicho, ya a Wellington (se le había elevado a las filas de los pares con ese título después de la batalla de Talavera), las órdenes de mantenerse a la defensiva en las fronteras de Portugal, y, en particular, de evitar cualquier acto de cooperación directa con los ejércitos españoles. Para éstos, la opción lógica - incluso se podría decir que era la única opción - hubiera sido adoptar una postura defensiva en las sierras que rodeaban la meseta castellana y dedicarse a una guerra de desgaste. Sin

embargo, en una situación cada vez más difícil por razón de los complotos de sus muchos enemigos, la Junta Central tenía una necesidad desesperada de victorias ostensibles, y así decidió arriesgar un nuevo avance del Ejército de la Mancha desde el sur, bajo el mando de Carlos Areizaga, y del Ejército de la Izquierda del Duque del Parque – una fuerza basada precisamente en la zona de Ciudad Rodrigo – desde el noroeste. Al principio se lograron varias ventajas, e incluso una pequeña victoria en Tamames, pero de nuevo todo se malogró: el 19 de noviembre, Areizaga sufrió uno de las derrotas españolas más tremendas de toda la Guerra Peninsular en el pueblo manchego de Ocaña, y el 29 de noviembre Del Parque experimentó un revés algo menos serio, pero bastante perjudicial, en Alba de Tormes.

Con Ocaña y Alba de Tormes quedó la causa Patriota en la ruina. A partir de entonces, el problema fundamental fueron los recursos. Después de casi un año de batallas perdidas, los españoles habían gastado su capacidad de librar una guerra convencional. En cuanto a los hombres, en casi todas las batallas la superioridad de la caballería francesa, por no decir la naturaleza abierta del terreno, había conducido a grandes pérdidas, en términos de muertos, heridos y prisioneros, a las cuales había que añadir, en primer lugar, los miles de soldados muertos de frío o enfermedad a causa de la falta constante de abrigo y alimento y, en segundo lugar, los miles de soldados huidos de un servicio que aparentemente les conducía a poco más que la muerte y hacía el cual nunca habían sentido mucho entusiasmo. Aunque las autoridades habían podido renovar las filas hasta cierto punto por medio de la quinta, fue tanto el daño causado por Ocaña y Alba de Tormes, que simplemente completar los regimientos existentes, por no decir organizar nuevas unidades, era cosa impensable. La Junta Central hizo todo lo que pudo, pero su autoridad estaba ya tan mermada que sus órdenes no causaron ningún efecto. Además de hombres, también se perdieron en los campos de batallas cientos de cañones y miles de mosquetes, lo cual hizo muy difícil, aún con la asistencia de la ayuda británica, asegurar que los nuevos soldados llamados a filas tuvieran un arma en la mano.

Llegados a este punto, podría aducirse que la lucha heroica de los guerrilleros aseguraba el que España pudiera defenderse sin la ayuda de ejércitos regulares. Pero no fue así. Aún aceptando que las muchas partidas irregulares que se habían formado en las zonas de dominación francesa en el curso de 1809 estaban de veras resueltas a dedicarse a sostener la causa Patriota a ultranza – cosa que no está exactamente probada – en aquel

momento no habían llegado a un nivel capaz de distraer a los ejércitos franceses de las operaciones convencionales que hasta ahora habían dominado la guerra. Así, con sus fuerzas enormemente aumentadas por la llegada de refuerzos debido al fin temporal de cualquier peligro de conflicto en Europa central resultado de la derrota de Austria en el verano de 1809, los franceses tenían la iniciativa, una iniciativa que no tardaron en utilizar. El 19 de enero de 1810, un ejército de 60.000 hombres – bautizado en abril como el Ejército del Sur - invadió Andalucía y en una campaña relámpago que duró solamente dos semanas dispersó a las sobrevivientes de la batalla de Ocaña y ocupó todas las ciudades principales de la región. Y un poco más tarde, un segundo ejército de operaciones – esa vez denominado el Ejército de Portugal – inició otra campaña de conquista obteniendo las ciudades de Astorga y Ciudad Rodrigo y sirviendo de campaña preliminar para la invasión de Portugal que le llevó a las puertas de Lisboa, después de conquistar una Almeida devastada por la explosión accidental de su polvorín principal.

Con la caída de Andalucía y la tercera invasión de Portugal, llegamos por fin a la fase de la guerra que más nos interesa. En aquel momento, por un lado, el ejército anglo-portugués estaba totalmente neutralizado, en términos de combate, más allá de las fronteras de Portugal y, por otro, la causa Patriota se encontraba incapacitada para cualquier otra cosa que no fuera el lanzamiento de alguna operación guerrillera y la defensa estática de las pocas provincias que quedaban en manos españolas, siendo aún esa última una tarea muchas veces fuera de su alcance.

Desde finales de 1809, el arma militar más poderosa de todo el despliegue Aliado, las fuerzas anglo-portuguesas, siguiendo la estrategia de mantenerse como un ejército existente – *an army in being* en inglés – habían permanecido al margen de las campañas en España; incluso casi no habían tirado ni una sola bala. Con la nueva incursión francesa, se retiraron desde las fronteras de León hacia Lisboa, y, no obstante la victoria defensiva de Buçaco, terminaron por internarse en las famosas Líneas de Torres Vedras. Durante seis meses, allí permanecieron con las fuerzas francesas en frente, pero, finalmente, debido al estado de verdadera hambruna, el general en jefe francés, Mariscal Massena, decidió regresar de nuevo a España y, concretamente a su base principal de Ciudad Rodrigo. Sin dudarle ni un instante, Wellington ordenó a sus tropas la persecución del enemigo, logrando alcanzar casi las mismas posiciones que habían ocupado en 1810.

Sin embargo, llegar a las fronteras de España era una cosa y cruzarlas era otra. En aquel momento, Wellington tenía órdenes enteramente distintas que las de 1808-1809 pues, bastante complacido por la defensa exitosa de Lisboa, el gobierno británico había autorizado operaciones ofensivas en territorio español con el fin de echar a los franceses mas allá de los Pirineos; pero la ejecución de aquellas órdenes era muy difícil. Para entrar en España había que abrir paso conquistando las tres fortalezas fronterizas que habían caído en manos de los franceses en las campañas de 1810-1811 (es decir, Almeida, Ciudad Rodrigo y – y véase abajo - Badajoz).

Para entender ese punto hay que considerar algunas de las muchas diferencias entre las campañas que se libraron en la península ibérica y en las zonas más pobladas de Europa. Se ha dicho que una de las cosas que distinguió las Guerras Napoleónicas de los conflictos del siglo dieciocho fue la gran reducción en la importancia de las fortalezas y, por extensión, del asedio. Así en 1700, las fortalezas de zonas como Flandes o el norte de Italia habían impuesto casi un *stranglehold* sobre el modo de conducir las operaciones militares, las cuales muchas veces se redujeron a una serie de sitios. Sin embargo, hacia 1800 el aumento del tamaño de los ejércitos - fruto no tanto del incremento del número de soldados sino de la introducción de nuevos sistemas de organización militar - facilitó un estilo mucho más fluido: siempre era posible utilizar una división de soldados para imponer un bloqueo a una fortaleza mientras que el resto del ejército la rodeaba para proseguir la campaña contra las fuerzas enemigas. Sin embargo, en España esa opción no existió: ni los generales aliados ni los generales franceses tenían bastantes tropas para neutralizar las fortalezas, al mismo tiempo que las vías de comunicación eran tan escasas que no era posible encontrar carreteras alternativas.

Existían solamente dos líneas de comunicación entre el corazón de Portugal y el corazón de España, las carreteras que unían Lisboa con Madrid y Coimbra con Salamanca; cada una de esas dos vías de comunicación estaba bloqueada por un par de fortalezas opuestas, es decir Elvas y Badajoz y Almeida y Ciudad Rodrigo. Además, en el periodo 1811-1812, estas dos vías de comunicación, y con ellas sus dos pares de centinelas, se convirtieron en la verdadera clave de la victoria.

Para entender esta situación hay que conocer el esfuerzo bélico español en el periodo en el que el ejército de Wellington quedó bloqueado en el interior de Portugal, un periodo que, como resultado de las campañas infructuosas de 1811, se extendió hasta enero de 1812 y, más concretamente hasta la reconquista de Ciudad Rodrigo. Ese periodo fue poco menos que un catálogo de constantes desastres. Así, uno tras otro, los españoles perdieron el control de bastiones como Oviedo, Lérida, Tortosa, Olivenza, Badajoz, Tarragona, Sagunto y Valencia. La conquista de estas fortalezas estuvo acompañada por algunas derrotas más sobre las escasas fuerzas militares de algún tamaño que quedaban a disposición de los españoles (Baza, Vich, Margalef, el Río Géborra y Sagunto). Las bajas en esos descalabros fueron tremendas. Se puede calcular que las pérdidas humanas llegaron como mínimo a 80.000 soldados, y a esto hay que añadir el extravío de miles de mosquetes, cientos de cañones y cantidades incalculables de balas, cartuchos, pólvora y otros efectos militares, por no hablar del gran número de víctimas del hambre y la enfermedad, que se perdieron en el curso normal de los hechos.

Los estragos de esa naturaleza representaron para los españoles un problema verdaderamente insuperable. Si la ayuda de Gran Bretaña aseguró que las necesidades de armas siempre pudieran suplirse, la cuestión de hombres era otra cosa. Con el territorio en manos de los españoles cada vez más reducido, había muy pocas posibilidades de imponer la quinta y, por ende, reemplazar las bajas constantes sufridas en el curso de las campañas militares. Y aunque se hubiera podido conseguir nuevas masas de soldados, ¿cómo hubiera sido posible pagarlas y alimentarlas ante una población apática si no abiertamente hostil? También los recursos financieros y agrícolas quedaron en un estado muy reducido. El apoyo sustancial que en el curso de 1809 se había recibido de América Latina había caído a niveles mínimos como resultado de las revoluciones que estallaron en 1810 en los territorios que hoy día forman los territorios de Méjico, Venezuela, Colombia, Uruguay y Argentina. Fue tan desesperada la situación en este sentido, que muchas veces las fuerzas regulares que quedaron en manos de los españoles no pudieron marchar en campaña, al carecer de zapatos, uniformes y transportes (por ejemplo, durante la mayor parte de 1810 y 1811, el Ejército Sexto o guarnición de Galicia, quedó casi totalmente inactivo). Esto no significa que el ejército español no hiciera nada tras la caída de Andalucía. Al contrario, aparte de las defensas más o menos valerosas que se montaron cuando los franceses atacaron las fortalezas de Sagunto o Badajoz, también en León, en Asturias, Aragón,

Cataluña, Extremadura y Andalucía, pequeños ejércitos de campaña, divisiones sueltas o incluso meras columnas volantes hostigaron a los franceses con más o menos intensidad, y de esa manera les causaron notables bajas. Pero reconquistar provincias enteras era otra cosa. Aún con cierta superioridad numérica, los españoles no tenían mucha esperanza de derrotar a las fuerzas francesas de cierta envergadura y ni siquiera una victoria improbable habría podido ofrecer grandes expectativas. Ello era debido, en primer lugar, a que los ejércitos patriotas no tuvieron la artillería pesada necesaria para echar a los franceses de las ciudadelas a las que siempre podían retirarse en caso de algún revés. En segundo lugar, aún si alguna ciudad o fortaleza terminaba cayendo en manos de los españoles por medio de una estratagema, fue tanta la desorganización y falta de autoridad y dinero en el campo Patriota que asegurar los suministros necesarios para mantener una guarnición de manera permanente habría sido una tarea casi imposible (en Ciudad Rodrigo, después de la liberación se la guarneció con tropas del Quinto Ejército, pero su escasez de recursos era tanta, que Wellington temía que la fortaleza volviera a caer en manos de los franceses).¹¹

Si el ejército regular español no podía efectuar grandes cambios en la situación, lo mismo se podía decir respecto a los guerrilleros. En el periodo 1810-1812 se desarrolló un gran auge en el movimiento guerrillero, siendo precisamente en estos años cuando las fuerzas de jefes como Francisco Espoz Ilundáin (Espoz y Mina), Francisco Longa, José Joaquín Durán y Barazábal y Juan Martín Díez se convirtieron en cuerpos de ejército en miniatura y empezaron a conseguir los éxitos dramáticos que hicieron de sus comandantes verdaderos héroes de la lucha Patriota. Pero en realidad, a pesar de todo lo halagüeño, en la situación que se encontró la zona ocupada en 1810 y 1811 la gran actividad de Espoz y Mina y sus compañeros nunca hubiera podido echar a los franceses de Navarra o Aragón.

En 1809, la insurrección gallega parecía, a primera vista, haber conseguido la evacuación de los franceses de Galicia, pero un examen detenido hace ver que esto no fue debido a una victoria militar, sino a la influencia de los hechos en el resto del país y a las desavenencias de los mandos franceses. Y, aún si damos más crédito a las fuerzas insurgentes, podría decirse que Galicia fue una provincia periférica que podía

¹¹ Cf. Lord Wellington a H. Wellesley, 11 Abril 1812, Universidad de Southampton, Archivo del Duque de Wellington, 12/1/5.

sacrificarse con pocos problemas, mientras Navarra y Aragón fueron en ambos casos centrales a la dominación francesa de España. Asumiendo que los guerrilleros sí se dedicaron a la resistencia - cosa que no está bien probada - podían conseguir algunas ventajas militares fugaces, recoger dinero y reclutas, estimular la resistencia entre la población civil, dificultar la posición francesa y hacer buena propaganda para la causa Patriota, pero echar a los enemigos era un sueño imposible.

En resumen, los guerrilleros no podían sustituir al ejército regular, mientras que el ejército regular no era capaz de liberar los grandes territorios cuya reintegración al estado Patriota era la única esperanza para la recuperación del poder militar de España. Y de aquí se llega a una conclusión obvia, que el ejército inglés se convirtió en el factor clave de la lucha y, más concretamente, que todo dependió de su habilidad para salir de Portugal e intervenir en la guerra española, siendo esta última la única posibilidad de romper el estado en tablas que caracterizaba la situación más allá de la frontera lusa.

Por varias razones – la ausencia de un tren de artillería pesada adecuada en las filas de Wellington, la energía de los mandos franceses y la buena voluntad mostrada hacia el general en jefe de las fuerzas francesas en Andalucía y Extremadura, Mariscal Soult, por su homólogo en León, Mariscal Marmont - en 1811 ese objetivo no podía conseguirse. Aunque los franceses evacuaron Almeida, después del intento malogrado de romper el bloqueo impuesto por Wellington, quien nada más llegar a la frontera española en marzo de 1811 intentó la toma de Badajoz y la rendición de la guarnición de Ciudad Rodrigo por medio de la hambruna, tuvo que hacer frente a las contra-ofensivas masivas francesas (Wellington, siempre consciente de que, como se dijo de Almirante Jellicoe en la Primera Guerra Mundial, podía perder literalmente la guerra en una tarde, nunca estaba dispuesto a aceptar una batalla sin las condiciones de superioridad aseguradas). Sin embargo, en invierno la situación cambió de una manera dramática: por fin llegó a Almeida el tren de artillería pesada moderna, que Wellington había solicitado con insistencia después del asedio malogrado de Badajoz, y por otro, la posición francesa se desestabilizó ante la insistencia de Napoleón para que sus fuerzas mantuviesen una postura ofensiva en España a pesar de su decisión de retirar algunas fuerzas del teatro peninsular para utilizarlas en la invasión inminente de Rusia. Fue precisamente esta última, la oportunidad que tanto se había esperado ya que imposibilitó la concentración de las imponentes masas de fuerzas francesas en la frontera portuguesa o en León o en Extremadura - y el resultado fue que en la primera semana de enero de

1812, el ejército anglo-portugués se encontró en marcha hacia Ciudad Rodrigo, la cual se tomó por asalto el día diecinueve, éxito de gran envergadura pues se tomó no solamente la fortaleza sino todo el tren de sitio del Ejército de Portugal, algo muy difícil de remplazar en las condiciones de España en 1812.

Se comprende, pues, que sea justo llamar a la reconquista de Ciudad Rodrigo ‘el fin del comienzo’. Desde aquel momento, en adelante, la iniciativa quedó casi enteramente en manos de Wellington, la cual la utilizó para lanzar una serie de operaciones ofensivas que a finales de año habían liberado a la mitad de España. Y si parece que los españoles de hoy no reconocen el significado del momento, no se puede decir lo mismo de sus antepasados, siendo la respuesta del Consejo de Regencia y de las Cortes de Cádiz concederle el título absolutamente apropiado de Duque de Ciudad Rodrigo. Mientras tanto, la prensa Patriota se llenó con poemas y odas elogiando al caudillo británico. Por ejemplo:

Desciende o Genio, protector de Hespería,

Desciende, y de tus manos triunfadoras,

Reciba el premio, que Mavorte envía,

El gran Wellington ...

Su invicto brazo asió nuestras cadenas,

Y en mil pedazos se miraron rotas,

Oyó se estalló el pérfido de Galía,

Y extremiose.

Más, simulando intrépido coraje,

Osado, quiso defender el muro,

Dó [sic] a Extremadura, bárbaro, dictaba

Leyes feroces.

El habitante, que gimió oprimido,

Alza sus manos, y al Eterno implora
Venganza horrible contra el vil soldado
Que le esclaviza.
Ya las columnas del Bretón amigo,
Con paso firme, aliento denodado,
Vense marchando,
Sin que baste el fuego a detenerlas ...
Así el soldado, de Bretaña gloria,
Y el lusitano, hasta los muros llega;
La tierra rompen, y su fuerte brazo
Forma trincheras ...
La vigilancia Philipon redobla.
En vano, en vano: el que venció en Vimeiro,
En Talavera y [Fuentes de] Oñoro.
Triunfará siempre ...
Al fin, la furia del francés cediendo
Al invencible que triunfó en Rodrigo,
Badajoz mira los de Albión y Lisia
En su recinto ...
Heroe ilustre, tus hazañas sean
Del orbe todo con asombro oídas,

Y en vez de Fabio, de Scipion y Anibal,

A ti se imite.

Ya por tus huellas a seguir resueltos,

Al templo augusto de la Gloria vamos,

Donde a los Leivas, Cordobas, Guzmanes,

Así diremos:

‘Cuando a la Patria amenazó su ruina,

Corrió Wellington, y tornó a elevarse,

Un lugar digno entre vosotros tenga:

Es vuestro hermano’.¹²

Aunque estas líneas se refieren a la reconquista de Badajoz en abril de 1812 y no a la de Ciudad Rodrigo, y a pesar de la mala poesía, es buena historia, pues el anónimo autor entendió muy bien que se había cambiado el rumbo de la guerra. Y es bastante triste comprobar que existe hoy tanta prevención en reconocerlo.

¹² Anon, *Oda sáfica al Lord Wellington, Duque de Ciudad Rodrigo: la academia militar del Quinto Ejército en la gloriosa reconquista de Badajoz*, Badajoz, 1812, Biblioteca Nacional, Colección Gómez Imaz, R60004/8.

***DON JULIÁN SÁNCHEZ “EL CHARRO”: HAZAÑAS Y MISERIAS DE LA
LUCHA GUERRILLERA***

Miguel Ángel Martín Mas
Centro de Estudios Salmantinos

Es costumbre entre los países erigir monumentos para honrar a los soldados que murieron en tiempo de guerra sin haber podido ser identificados. Se trata de lo que todos conocemos como “tumba al soldado desconocido”, siendo ésta, sin duda alguna, una de las mayores muestras de hipocresía de los estados gozosos de enviar a sus hijos a la guerra, ya fuera en el pasado o en el presente, que de guerras siempre andamos los seres humanos bien servidos. Insisto en que ésta me parece una costumbre hipócrita, pues aun siendo cierto que los restos del soldado o soldados que reposan en el cenotafio no se han podido identificar, las palabras “soldado desconocido” resultan bastante desafortunadas en este caso. A esos hombres los conocían y amaban sus padres, sus esposas, sus hijos, sus amigos, que lloraron y lloran acongojados por la doble amargura provocada por el sentimiento de pérdida y por la ignorancia al respecto de cuáles fueron las circunstancias en las que perdió la vida el ser querido. Así que en absoluto eran esos hombres desconocidos y, si lo eran, lo eran para los impúdicos poderosos que los enviaron al matadero para poder así colmar sus ansias de gloria o llenar aún más sus corrompidas arcas.

La provincia de Salamanca, escenario principal de una de las guerras más crueles que se han sufrido en Europa, la Guerra de la Independencia, está cuajada de tumbas sin lápida de personas de las que algo podemos saber si hojearnos los libros de difuntos de las numerosas parroquias de esta tierra.

Recuerdo aquí a algunos de esos soldados “conocidos”:

En la ciudad de Salamanca, a 30 de Julio de 1810, yo el Prior Párroco de San Cristóbal, dí sepultura eclesiástica a el cadáver de un Niño llamado Luis Reyon, nacido en Brest, Reyno de Francia. Hijo de Pedro Chauvet y de Justina Livre; miembro del Ejército francés y Tambor del Regimiento nº 70, y para que conste lo firmo fecha ut supra.¹

¹ Libro de Difuntos 439/11, Parroquia de San Cristóbal, Salamanca. Archivo del Palacio Episcopal de Salamanca.

9 de agosto de 1812. Tomás de Agreda. Cabo segundo del Regimiento de la Princesa. Hijo de Ignacio de Agreda y de Antonia Valdivielso naturales del Barco de Ávila.²

9 de agosto de 1812. Antonio Paysot. Oficial portugués natural de Villarreal de Tras Os Montes. Ayudante del Rgto. de Infantería nº 12 portugués.³

23 de septiembre de 1813. Julian Welley, marido de Catherine Welley, empleado en el ejército británico. No se le dieron los sacramentos porque su estado no le permitía dar cuenta de su religión. Más tarde se halló que era católico romano apostólico y se le dio sepultura eclesiástica.⁴

23 de agosto de 1812. D. Miguel del Águila. Guardia de Corps. Hijo de los Sres. de Marqués de Espeja D. Ramón del Águila y Dña. Josefa Alvarado.⁵

El listado es interminable: militares y civiles de muchas naciones y de ambos sexos y, entre ellos, según el vocabulario de la época, muchos párvulos, niños de muy corta edad a los que el hambre, la enfermedad, la fatalidad y la locura de sus mayores les arrancaron la vida. Son tumbas cuya localización desconocemos, pero que sabemos que se cavaron, sepulturas cuya lápida solo existe escrita sobre una ajada página de un antiguo libro parroquial.

Lo curioso es que, entre tanta tumba ilocalizable o de soldados no identificados, se cuenta en Ciudad Rodrigo con la excepción del mausoleo en el que reposan los restos del brigadier Julián Sánchez, apodado “El Charro”, del cuál se han escrito cosas tales como:

De pie, con el ceño adusto,

ante Herrasti, comedido,

² Libro de Difuntos 423/26, Parroquia de San Martín, Salamanca. Archivo del Palacio Episcopal de Salamanca.

³ Ibíd.

⁴ Libro de Difuntos 420/15, Parroquia de San Julián, Salamanca. Archivo del Palacio Episcopal de Salamanca.

⁵ Libro de Difuntos 424/18, Parroquia de San Mateo, Salamanca. Archivo del Palacio Episcopal de Salamanca.

en apostura bizarra,
el rostro por la ira tinto,
los ojos lanzando fuego,
está el vaquero temido.
Ya no viste de charro;
lleva uniforme, y de lino,
oro se ve en sus hombros,
dos caponas, cuyo brillo
cabrillea ante la luz
de dos pedazos de cirios,
puestos en unos faroles
de limpios y claros vidrios.
¡Bien se ganó sus empleos,
el guerrillero atrevido!
Bajo su potente brazo
cayeron siempre vencidos
aquellos fieros soldados
que del Rhin al Nerva frío,
vencedores pasearon
sus estandartes altivos.⁶

⁶ Dolores Mateos González, *Don Julián el de las lanzas o El Sitio de Ciudad Rodrigo*, Madrid, 1908, pp. 26 y 27.

Se trata, según la creencia popular y numerosa evidencia documental, de un hombre que llevó a cabo grandes hazañas militares durante la lucha contra el invasor francés, hazañas glosadas de manera épica tanto en poemas decimonónicos como en libros de investigación modernos.⁷

Según se nos ha venido contando tradicionalmente, Julián Sánchez fue uno de los comandantes de caballería más conocidos e importantes de la Guerra de la Independencia, dada su estrecha relación y asidua colaboración con el ejército británico destacado en la península Ibérica, especialmente con su comandante en jefe, Lord Wellington.

Fue vecino de Peramato, una pequeña aldea de la comarca de Ciudad Rodrigo, en una de las provincias de España con mayor actividad militar durante la Guerra, debido a su situación geográfica, que la convertía en ruta de paso obligada para la invasión francesa de Portugal o para la penetración del ejército anglo-portugués en España.

Julián, nacido en 1774, fue el segundo hijo de Lorenzo Sánchez, de la aldea de Muñoz, y de Inés García, de Peramato, que tuvieron otros seis: María Josefa, Agustín, Juan, Viviana, María y Manuela Melchora. Demasiada prole para lo que probablemente era una familia perteneciente a la pequeña hidalguía dedicada a la explotación de unas cuantas cabezas de ganado y a trabajar la tierra con sus propias manos.⁸ En 1793 Julián Sánchez dejó su casa para incorporarse al Regimiento de Infantería Mallorca y participar en la guerra que, en aquel momento, España libraba contra Francia.⁹ El 3 de septiembre de ese mismo año llegó a la ciudad de Tolón, que por entonces sufría el asedio de los republicanos franceses, comandados por un joven capitán de artillería que, once años después, se coronaría como emperador. Derrotados los españoles y británicos en Tolón, Sánchez, herido de gravedad por la metralla, logró sobrevivir y volver a España en una pequeña flota que alcanzó el puerto de Cartagena en diciembre. El

⁷ El último trabajo dedicado a este personaje ha sido: Emilio Becerra de Becerra, *Hazañas de unos Lanceros. Diarios de Julián Sánchez "El Charro"*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 1999.

⁸ Numerosos datos al respecto de la familia Sánchez-García se pueden encontrar en los libros parroquiales de los pueblos de Muñoz y Buenamadre.

⁹ La Guerra del Rosellón, también denominada Guerra de los Pirineos o Guerra de la Convención, fue un conflicto que enfrentó a España y la Francia revolucionaria entre 1793 y 1795 (durante la existencia de la Convención Nacional francesa), dentro del conflicto general que enfrentó a Francia con la Primera Coalición.

regimiento Mallorca se reorganizó y fue destinado a la zona oriental de la frontera pirenaica. Allí, Sánchez fue hecho prisionero; su cautiverio duró dieciocho meses. Una vez recobrada la libertad gracias a un intercambio de prisioneros, se reintegró a su regimiento y terminó destinado en Cádiz, casualmente en el momento en el que Nelson estaba asediando y bombardeando la ciudad, ya que los antes aliados británicos eran en aquel momento enemigos de España.¹⁰ La historia es caprichosa por lo que se refiere a las alianzas y desavenencias entre países, pero lo es mucho más cuando interfiere en el destino de los hombres, y resulta fascinante recordar la aventura de ese salmantino que luchó como soldado raso contra dos de los más grandes comandantes de la historia – Napoleón Bonaparte y Horacio Nelson– para convertirse, con el paso de los años, en uno de los jefes de partida de guerrilla más temidos por las tropas francesas destinadas en España. Herido de nuevo en Cádiz, se le evacuó y, una vez recuperado, se le destinó a Mérida, donde, en 1801, le sorprendió la guerra entre España y Portugal.¹¹ Participó en la toma de la ciudad de Aldeia da Mata, que se saldó con un brillante triunfo español. En 1801 se licenció y volvió a su tierra junto a su esposa, Cecilia Muriel, con la que compartió la amargura de perder un bebé de pocos días:

En la Yglesia Parroquial del Señor San Pedro del lugar de Muñoz, 2 de octubre de 1805, yo el infraescrito Cura Rector de ella y sus Anexos di sepultura eclesiástica a una hija de Julián Sánchez y de Cecilia Muriel, vecinos de Peramato, mi Anexo y para que conste lo firmo ut supra. Vicente Sanz Serrano.¹²

Fueron esos primeros años del siglo XIX tiempos de miseria y hambruna en los que, además, la provincia de Salamanca se vio asolada por las temidas epidemias de fiebres tercianas.¹³ Pero era solo la antesala de desgracias aún mayores, ya que en 1807 se sufriría además la plaga que suponía el paso de un ejército francés; se trataba de los veinticinco mil hombres comandados por general Junot, que tenía encomendada la

¹⁰ En julio de 1797 una flota al mando del almirante Nelson atacó Cádiz en una expedición que terminaría en fracaso ante la obstinada resistencia de la guarnición española que defendía la ciudad.

¹¹ La Guerra de las Naranjas fue un breve conflicto militar que enfrentó a Portugal contra Francia y España en 1801.

¹² Según consta en una entrada en el Libro de Bautismos de la misma parroquia, la niña nació el 26 de septiembre, así que contaba con tan solo siete días.

¹³ Ricardo Robledo, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada*, Salamanca, Librería Cervantes, 2003, p. 31.

misión de conquistar Portugal con la colaboración del ejército español. Pocos meses después esas tropas se convertirían en enemigas, una vez iniciada la Guerra de la Independencia tras el levantamiento de los madrileños el Dos de Mayo de 1808. La comarca de Ciudad Rodrigo se situaba desde ese momento en el ojo del huracán napoleónico.

Parece claro que el Julián Sánchez que en agosto de 1808 se presentó con su caballo y equipo en la capital mirobrigense para incorporarse al recién formado 1^{er} Regimiento de Caballería Voluntarios de Ciudad Rodrigo no era un campesino ignorante que se lanzó a hacer la guerra contra el francés sin saber a qué se iba a enfrentar. Había sido un militar profesional que volvió a verse inmerso en acontecimientos que cambiarían su vida e inmortalizarían su nombre, al tiempo que era testigo de la ruina de su país. Es precisamente por su experiencia militar por lo que Julián Sánchez ascendió a cabo primero el 20 de septiembre de 1808, a sargento en octubre del mismo año y a alférez el 15 de febrero de 1809. Desde ese último ascenso, y siguiendo órdenes, se separó de su regimiento y se dedicó a hostigar a los franceses, obstaculizando sus desplazamientos y destruyendo sus comunicaciones. El valor demostrado en estas acciones le valió ser ascendido a capitán el 19 de julio de 1809, aunque no dejó de actuar en la retaguardia enemiga, interceptando correos y asaltando pequeñas guarniciones imperiales, siempre siguiendo las órdenes de los generales Vives o del Parque. El 18 de octubre de 1809 combatió en la batalla de Tamames, y siguió combatiendo luego en operaciones de guerrilla, especialmente contra los destacamentos del 6^o Cuerpo de Ejército de Ney, acantonado por entonces en la provincia de Salamanca.

Cuando los franceses hicieron su primer intento de cercar Ciudad Rodrigo en febrero de 1810, Sánchez se reincorporó con el grado de teniente coronel a su regimiento, que seguía formando parte de la guarnición de la fortaleza. Según la Relación del general Pérez de Herrasti, gobernador de la plaza, sus acciones durante el cerco y asedio fueron numerosas y todas ellas efectivas, lo que justifica que en julio de 1810 fuera ascendido a coronel.

En el año 1811 se integró en la División del general Carlos España, con la que pasó a formar parte del ejército aliado al mando de Lord Wellington, quedando al frente de una brigada mixta compuesta por el 1^{er} Regimiento de Lanceros de Castilla y dos batallones de infantería: el Cazadores de Castilla y el Tiradores de Castilla. La carrera militar de

Sánchez fue meteórica, impulsada por sus acciones militares y por las necesidades propiciadas por la guerra. Había pasado de ser cabo en 1808 a ser brigadier (coronel distinguido) en 1811. Se había convertido en la mano derecha del general Carlos España e iba a recibir muestras de aprecio del Lord inglés, que no solía prodigar elogios hacia la oficialidad del ejército español. También recibiría regalos de los aliados británicos, aunque fueran los más baratos del lote, por eso de que lo consideraban un jefe guerrillero de “segundo rango e importancia”:

8 de abril de 1812 – Milord, hace algún tiempo informé a Sir Howard Douglas de mi intención de enviar a La Coruña algunos sables y pistolas de la mejor manufactura y magníficamente adornados para que los regalara, en nombre del gobierno británico, a los líderes más distinguidos de las guerrillas, que han cooperado con celo y eficiencia durante la última campaña. Pero se me ha ocurrido que puede ser más aconsejable que estos regalos se hagan en nombre de su Señoría, mejor que en el del gobierno del príncipe regente, y se enviarán instrucciones en consecuencia a Sir Howard Douglas para que espere a recibir las órdenes de su Señoría antes de entregar las armas a los diferentes líderes.

Las armas están ya listas para su envío, y se transportarán hasta La Coruña a la primera oportunidad. Consisten en dos pares de pistolas de doble cañón ricamente ornamentadas y de la mejor manufactura, y seis pares de pistolas de doble cañón de fabricación menos costosa. También dos sables espléndidamente montados con vainas de plata ricamente trabajadas, y seis más de muy buena factura pero más baratos. Todas estas armas son de lo más adecuado para el servicio, al mismo tiempo que de magnífica apariencia. Cuando se las encargó, en principio era mi intención regalar los dos sables más ricos y las pistolas de diseño más caro a Mina y al Empecinado y regalar las otras a Don Julián Sánchez, Don Francisco Longa, Campillo y otros de segundo rango e importancia. Pero habiendo ahora determinado poner estas armas a disposición de su Señoría, tengo que rogarle que haga lo que mejor le parezca respecto a su distribución, y que dé las instrucciones oportunas a Sir Howard Douglas.¹⁴

¹⁴ Lord Liverpool [carta a Wellington], Londres, 8 de abril de 1812, Public Record Office, WO 6/36.

Es por entonces cuando comienzan a aparecer testimonios que nos hablan de un Julián Sánchez muy distinto al héroe descrito tradicionalmente. ¿Son producto de la envidia provocada por sus ascensos? ¿Acaso el héroe se había vuelto soberbio y se aprovechaba de las ventajas que ofrecía su nueva situación para asegurarse una buena jubilación? ¿Ejecutaba El Charro órdenes de su superior Carlos España, que a la postre demostraría que no era precisamente un hombre de principios y que fue descrito por Benito Pérez Galdós como sigue?

Tocóme servir a las órdenes de un mariscal de campo llamado Carlos Espagne, el que después fue conde de España, de fúnebre memoria en Cataluña. Hasta entonces aquel joven francés, alistado en nuestros ejércitos desde 1792, no tenía celebridad, a pesar de haberse distinguido en las acciones de Barca del Puerto, de Tamames, del Fresno y de Medina del Campo. Era un excelente militar, muy bravo y fuerte, pero de carácter variable y díscolo. Digno de admiración en los combates, movían a risa o a cólera sus rarezas cuando no había enemigos delante. Tenía una figura poco simpática, y su fisonomía, compuesta casi exclusivamente de una nariz de cotorra y de unos ojazos pardos bajo cejas angulosas, revueltas, movibles y en las cuales cada pelo tenía la dirección que le parecía, revelaba un espíritu desconfiado y pasiones ardientes, ante las cuales el amigo y el subalterno debían ponerse en guardia.

Muchas de sus acciones revelaban lamentable vaciedad en los aposentos cerebrales, y si no peleamos algunas veces contra molinos de viento, fue porque Dios nos tuvo de su mano; pero era frecuente tocar llamada en el silencio y soledad de la alta noche, salir precipitadamente de los alojamientos, buscar al enemigo que tan a deshora nos hacía romper el dulce sueño, y no encontrar más que al lunático España vociferando en medio del campo contra sus invisibles compatriotas.¹⁵

Son testimonios que describen a los hombres de El Charro –entre los que se contaban muchos miembros de su parentela– más como cuatreros y extorsionadores que como luchadores por la libertad.

¹⁵ Benito Pérez Galdós, *La Batalla de Los Arapiles*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 2002, p. 14.

Fue el teniente August Schaumann, un alemán que sirvió bajo bandera británica durante la Guerra Peninsular, el primero que me habló, a través de sus memorias, de unos Lanceros de don Julián de los que no me habían hablado nunca antes:

Eran muy temidos. Ningún alcalde de un pueblo español se hubiera atrevido a negarles nada. Incluso los habitantes de las pequeñas ciudades se sometían a sus órdenes sin quejarse. Permítanme que les dé un ejemplo de esto. Uno de mis muleros tenía una joven novia extremadamente hermosa [...] Una tarde [...] pasó un apuesto guerrillero que se paró de repente y [...] le ordeno de forma imperiosa a la muchacha que se subiera a la grupa de su caballo para luego marcharse a todo galope con ella. El novio no se atrevió a pronunciar una sola sílaba para quejarse ante tamaño desplante.¹⁶

El corneta Francis Hall, del 14º de Dragones Ligeros británico, también escribió sobre los Lanceros charros:

Justo después de la cena se oyó la alarma anunciando que se aproximaba una unidad de caballería desconocida. Desde la torre de la iglesia se pudo ver que se trataba del destacamento al mando de Don Julián Sánchez, un aventurero que de pastor había pasado a ser cabo del ejército español y desde el comienzo de la guerra capitán de un cuerpo independiente que vivía de saquear tanto a amigos como a enemigos y que no se mostraba muy predispuesto a la lucha salvo que se encontrara en una superioridad de uno a diez, aunque prestaba un muy buen servicio atacando a pequeños destacamentos y capturando convoyes de provisiones. Entraron en Fuenteguinaldo con el aspecto fiero y con las patillas propias de unos bucaneros. Iban armados con lanzas, sobre monturas de aspecto miserable y uniformados al estilo de los húsares.¹⁷

El caso es que si sumamos estos testimonios y lo que nos cuenta el teniente británico William Grattan al respecto de su actuación en la Batalla de Fuentes de Oñoro, los Lanceros de don Julián parecían resultar más temibles para sus paisanos en los pueblos que para los franceses en el campo de batalla:

¹⁶ Anthony Ludovici (ed.), *On the Road with Wellington (facts)*, Londres, William Heinemann LTD, 1924, p. 355.

¹⁷ Charles Esdaile, *Peninsular Eyewitnesses. The Experience of War in Spain and Portugal 1808-1813*, Londres, Pen&Sword, 2008, p. 181.

[...] pero Don Julián Sánchez, el jefe guerrillero, guiado más por el valor que por la prudencia, atacó con sus guerrilleros a un regimiento francés de primera clase, acabando el asunto con la total derrota del héroe español; creo que era la primera vez que estas tropas cargaban en el campo de batalla contra un regimiento francés y confío, por su propio bien, en que no lo vuelvan a intentar.¹⁸

Todo esto resulta poco heroico, desde luego, pero no era nada comparado con lo que me habría de encontrar después. Debo mi conocimiento del personaje de Tomás García Vicente a las maestras Consuelo Hernández Estévez y Delfina Álvarez Cenizo, ambas naturales de Masueco (Salamanca), que hace unos años llevaron a cabo una investigación sobre la historia de los centros educativos de su pueblo y de algunos más de su comarca. En un momento dado, las tenaces investigadoras dieron con el dato que daba cuenta de la primera escuela de primaria creada oficialmente en su pueblo por el Ministerio, en el año 1834 –antes de esa fecha estaban sostenidas por el municipio– descubriendo, además, que en ese mismo año se había creado la primera Junta Local de Primera Enseñanza. De esa Junta formaba parte un tal Brigadier Tomás García Vicente, así que preguntaron a personas del pueblo que, por sus apellidos, pudieran tener algo que ver con el personaje. Hubo suerte, pues todavía quedaban descendientes del Brigadier, y sabían que éste había sido un hombre valiente que había luchado contra los franceses durante la Guerra de la Independencia. Fue José Mesonero Velasco quien profundizó en la historia de tan insigne personaje de Masueco.¹⁹ El Archivo Militar de Segovia, que facilitó la hoja de servicios del Brigadier, hizo el resto.

Tomás García Vicente, nacido en Masueco el 21 de diciembre de 1779, fue uno de los muchos civiles que se enfrentaron a las tropas francesas durante el levantamiento del Dos de Mayo de 1808 en Madrid, ciudad en la que el salmantino había prosperado como comerciante con la colaboración de sus dos hermanas. Apenas se declaró la guerra contra las tropas napoleónicas, Tomás se echó a los campos para reclutar tercios y partidas con la firme determinación de luchar sin cuartel contra la soldadesca invasora.

¹⁸ William Grattan, *Adventures with the Connaught Rangers 1809-1814*, Londres, Greenhill Books, 2003, p. 65.

¹⁹ José Mesonero Velasco, D. Tomás García Vicente [en línea, ref. de 20 de septiembre de 2010]. Disponible en Web: <http://masueco.com/web/index.php?option=com_content&task=view&id=36&Itemid=48>

Es Tomás García un charro de Las Arribes menos famoso que "El Charro", pero su historia no es, en absoluto, menos fascinante –aparte de que, como veremos, ambos personajes se convertirían en enemigos irreconciliables.

La hoja de servicios de Tomás García da cuenta de hazañas que nada tienen que envidiar a las llevadas a cabo por Julián Sánchez, así que resulta un misterio por qué en la provincia de Salamanca se ha tenido desde siempre como héroe al segundo y nunca al primero. Y, ¿por qué hemos llegado a saber tanto de los Lanceros de don Julián y tan poco de una unidad llamada Legión de Honor de Castilla? Para remediar esto, nada mejor que echar mano de la base de datos de unidades de la Guerra de la Independencia, monumental obra del coronel Sañudo publicada por el Ministerio de Defensa.²⁰

La 1ª Legión de Honor de Castilla, comandada por el comandante Tomás García Vicente, estaba formada por cuatro compañías de infantería con cuatrocientos hombres y por tres escuadrones de caballería con trescientos jinetes. En diciembre de 1810, en la villa salmantina de Lumbrales, donde tenía establecido su cuartel general Carlos España, comandante en jefe de la división española integrada en el ejército aliado al mando de Wellington, se decidió que las tropas del comandante García Vicente se integraran en el Regimiento Lanceros de Castilla, al mando de Julián Sánchez, con lo que la Legión quedaba disuelta. Tomás García se negó a cumplir las órdenes y terminó dando con sus huesos en un calabozo del cuartel general de Carlos España. Al año siguiente, 1811, dicha Legión volvió a resurgir, pero ésta vez comandada por el coronel don Pablo Mier. Las principales acciones militares que se conocen de esta unidad fueron llevadas a cabo en Almendra (Salamanca), Pedrezuela (Madrid) y Manganeses de la Lampreana (Zamora). El 15 de septiembre de 1811 la 2ª Legión de Castilla desapareció definitivamente al integrarse en el Regimiento Cazadores de Galicia en El Bierzo.

Pero, ¿por qué se insubordinaría Tomás García negándose a integrarse con su unidad en las tropas de Julián Sánchez? ¿Se trataba de una rabieta por haber perdido el mando absoluto de la unidad que él mismo había formado con tanto sacrificio? ¿Era acaso una cuestión de principios? ¿Conocía algo de El Charro o del general Carlos España que le predisponía contra estos personajes?

²⁰ Juan José Sañudo Bayón, *Base de datos sobre las Unidades Militares en la Guerra de la Independencia Española* [CD], Madrid, Ministerio de Defensa, 2007.

Alguna respuesta pude encontrar en un volumen con el título *Documentos relativos a las operaciones de la Legión de Honor de Castilla que mandaba en 1808 y 10 el Brigadier don Tomás García Vicente que la creó*, publicado en Madrid en el año 1843.²¹ La mayoría de los testimonios contenidos en el mismo fueron escritos en el año 1813, tras haber sufrido Tomás García la pérdida de su tropa, unos meses de arresto en el cuartel general de Carlos España en Lumbrales y un humillante destino a Cádiz, donde vivía en la indigencia pero esforzándose por recuperar su buen nombre por medio de la recopilación de testimonios procedentes de los ayuntamientos de los pueblos salmantinos y zamoranos que le conocían a él y a su Legión de Castilla.

Dejemos entonces que hablen los viejos papeles:

[...] y como no está Vmd. enterado de lo sucedido con mis vacas, con nuestro redentor Don Julian, que en dos veces me mandó por la tropa recogerlas, y una que yo se la mandé, porque dixo hacian falta para el exercito, llevaron en las tres veces mas de 750 reses, y hasta el día no se sabe el destino; Dios quiera que nuestro gobierno se cerciore de estas verdades y otras, y ponga órden en tantos desórdenes, pues hasta el día se estan cometiendo nada menos males que en toda la campaña. Para la brigada de Don Julián se le ha contribuido, por un reparto, 1600 raciones diarias, y tendrá poco más de 800 plazas, y mas de la mitad del tiempo se han estado manteniendo fuera del territorio de donde se les estan detalladas las 1600 raciones dichas; y además, la tropa la mayor parte del tiempo a media ración; yo no se donde va tanto sobrante, pero Vmd. bien conocerá el destino que puede tener; yo estimo a VMD. mucho los buenos deseos del alivio de estos habitantes de su Patria, y suplico que no dexé de ilustrar á ese nuestro gobierno con sus noticias, para que enterado pueda darnos órdenes, que si no remedian nuestros males pasados, no nos acaben de imposibilitar en lo sucesivo.²²

²¹ *Biblioteca Virtual de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación* [en línea, ref. de 20 de septiembre de 2010]. Disponible en Web:

<http://bvrajyl.insde.es/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1000527>

²² Manuel García Serrano, [carta a Tomás García], Salamanca, 8 de junio de 1813, en *Documentos relativos a las operaciones de la Legión de Honor de Castilla que mandaba en 1808 y 10 el Brigadier don Tomás García Vicente que la creó*, pp. 93 y 94. (Vid. nota 21).

[...] Don Tomás no nos impuso contribuciones; Don Tomás no nos quitaba la vida, Don Tomás y su tropa se contentaban con lo que buenamente le podíamos suministrar: Don Tomás García Vicente nos defendía, mereciéndose, por este proceder sin exemplo, el amor de sus soldados, la confianza de los pueblos y el aplauso general; siendo todo esto la causa, sin duda, de las crueles persecuciones que sufrió de algunos xefes hasta privarle de su Legion, con sentimiento de los pueblos.²³

En el lugar de Monleras, jurisdicción de la villa de Ledesma, diócesis de la ciudad de Salamanca, se presentó repetidas veces la tropa del insigne Don Tomás García con toda la moderación y el honor que requiere el estado militar, qual no se presentaba otra del mismo modo sino atropellándonos, robándonos y haciéndonos victimas de su atrocidad, pues según son los gefes, son los soldados: como el gefe mayor que mandaba estas tropas sin honor, no trabata mas que estafarnos y sacrificarnos, así eran sus soldados y demas corsarios que traia, asolando no solo los pueblos, sino hasta los campos, yeguas, reses, ovejas y toda clase de ganados que encontraban; y esto ¿para que era? para venderlo en Portugal ó á otra persona que se lo comprase, vociferando que se lo quitaban al enemigo, y si alguno le decia alguna cosa, al instante le sentenciaban a doscientos palos, atándolos á los alamos ó patibulos, pues sus patibulos era alguna cruz que había en el lugar en que hacian el sacrificio; lo mismo le ataban que aun Jesucristo; el pueblo llegó a temerlos tanto mas que á los franceses. Y ¿que tropas eran estas? Las de Don Julian Sanchez, pues si este era antes uno que andaba por aquí comprando cerdos y en todavia deve los mas: estos son los hechos de la partida de Sanchez.²⁴

Y D. Julián Sánchez que no se sabe que tuviera finca alguna, ni de qué vivía, que empezó su guerrilla por mejorar su suerte, que era bien adversa: que no se ha visto en la centésima parte de riesgos: que se ha hecho poderoso él y su parentela arruinando millares de familias honradas y muy patriotas: que no ha quedado clase de males que no ha ocasionado en el país, que por cada francés que ha

²³ Ayuntamiento de Cerezal de Peñahorcada [carta], Cerezal de Peñahorcada, 30 de noviembre de 1815, en *Documentos Relativos [...]*, p. 101. (Vid. nota 21).

²⁴ Ayuntamiento de Monleras y cura párroco [declaración], Monleras, 12 de marzo de 1816, en *Documentos Relativos [...]*, p. 109. (Vid. nota 21).

muerto ha quitado la vida civilmente á 40 españoles, se le condecora con grados excesivos. Por un cálculo prudente se le gradúa haber sacado de las provincias de Toro, Zamora, Salamanca, Ciudad-Rodrigo y Plasencia 50 millones sin contar lo que ha quitado á los franceses que era de los pueblos. El número de su tropa el año de 1811 (que lo pasó regalándose en Plasencia y Lagunilla 8 leguas del enemigo lo más cerca, aunque había grandes batallas de pluma, mientras en los peligros los que no tenían tiempo para dar parte de lo verdadero) era muy corto, y para hacerle brigadier quitaron á García la suya nombrando coronel de ella al hermano del Sr España y oficiales de la misma algunos que cooperaron con su infidelidad al sacrificio.²⁵

[...] el señor Don Julián Sánchez era antes pobre, y que ahora asciende su caudal a más de quince millones, puestos en los bancos de Londres y otras partes; y que lo que sacó en las provincias de Salamanca, Zamora, Toro, Ciudad Rodrigo, Plasencia y Portugal pasa de cincuenta millones que parte ha repartido para conservar los que tiene; esto no lo dirá el señor Caballero, porque... Avergüencense los partícipes de estos bienes, extraídos por la violencia de las manos de tantos honrados castellanos que han muerto de miseria, cuyas cenizas están pidiendo justicia al cielo, viendo que en la tierra no se hicieron antes de morir.²⁶

[...] Afligido este pueblo con semejantes procedimientos, acudió su justicia a implorar el auxilio de García Vicente, para que lo libertase de una contribución que nos pidió don Julián Sánchez, por la cual nos había causado varios perjuicios; más como García viese que el don Julián Sánchez era protegido por los que debían contener sus excesos nos dijo que el oponerse a sus ideas, sería formar una guerra civil entre nosotros, pero que nos salvaría por otro medio aunque fuese contra sí.²⁷

Quando García compraba los caballos para inspirar confianza e inflamar a los Castellanos a la defensa, decían algunos individuos de don Julián Sánchez: él los comprará y nosotros los venderemos. Y así era la verdad, pues a pocos días de

²⁵ *Documentos Relativos [...]*, pp. 41 y 42. (Vid. nota 21).

²⁶ *Documentos Relativos [...]*, p. 62. (Vid. nota 21).

²⁷ *Documentos Relativos [...]*, p. 70. (Vid. nota 21).

decir esto le quitaron una partida de caballos en el lugar de Fuentes de Béjar, que vendieron según noticias a los portugueses bien baratos, diciendo los habían quitado a los enemigos. A esto añadían otras expresiones burlescas contra García llamándole loco, diciendo que más le valía cuidar de su casa que destruirla por una cosa quimérica. Siempre aciertan los más necios cuando la razón no existe.²⁸

Y para completar el cuadro, nos encontramos con declaraciones en las que se afirma que Julián Sánchez “El Charro” hizo requisiciones en los pueblos salmantinos para proveer al ejército del mariscal Masséna, que había invadido Portugal tras la caída de Ciudad Rodrigo en 1810, justo por la misma época en la que el gobernador militar de Salamanca, como veremos más adelante, nos habla de que Sánchez mantuvo conversaciones con sus enviados para pasarse a las filas del rey José Napoleón I.

[...] Las órdenes que el gobierno intruso circulaba para los alistamientos y para la reunión de todos los carros y caballerías que debían conducir víveres al ejército sitiador de Lisboa, no solo no eran interceptadas por las partidas de Sánchez, sino que estas se ocupaban en hacer almacenes de víveres en la villa de Lagunilla, situada en medio de las guarniciones francesas, destacadas en el Barco de Ávila, Puente del Congosto, Salvatierra, Alba de Tormes, Salamanca, Matilla y Martín del Río. Estas guarniciones podían llegar todas en una noche a Lagunilla, no habiendo más tropas en cincuenta leguas que las referidas de Sánchez. Así fue que luego que tuvo barridos todos los graneros de aquel país, y reunidos en la referida villa, fueron los franceses a recogerlos sin que nadie se lo estorbase.

Aquellos naturales publicaban que los tales almacenes eran para el enemigo, mas no por eso podían excusarse a dar todo lo que les pedían, porque sino eran acusados de traydores y tratados con inhumanidad.²⁹

Y así muchas más declaraciones prestadas por las autoridades de numerosos pueblos y por particulares en contra de Julián Sánchez y en favor de Tomás García Vicente que, por haberse atrevido a denunciar los excesos y la supuesta trama de corrupción

²⁸ *Documentos Relativos [...]*, p. 82. (Vid. nota 21).

²⁹ Vocal de la Junta de Agravios [carta al Señor Don Juan María Herrera, Diputado de Cortes], en *Documentos Relativos [...]*, p. 97. (Vid. nota 21).

orquestrada por el general Carlos España y ejecutada por Julián Sánchez, fue vilipendiado e incluso denunciado por sus enemigos, que terminaron saliéndose con la suya. Los *Documentos* ocupan un poco más de cien páginas de lo más esclarecedoras al respecto de lo que fueron algunas partidas de guerrilla y la vida en la provincia de Salamanca durante la Guerra de la Independencia, un asunto que parece mucho más complejo y enfangado que lo que se nos ha contado.

Pero todavía me queda dar cuenta de otro personaje que nos habla largo y tendido de Julián Sánchez: el general francés Paul Thiébault, cuya obsesión desde que fuera nombrado gobernador de Salamanca en el año 1811 sería acabar con las fuerzas insurrectas que campaban a sus anchas por la provincia. Don Julián había logrado escapar del cerco de Ciudad Rodrigo el día 23 de junio de 1810 con una tropa de apenas doscientos hombres, aunque en unas pocas semanas había logrado reunir una fuerza de unos setecientos jinetes, que, sumados a unos mil efectivos de infantería, constituía un peligro para la retaguardia de la *Armée de Portugal*, además de una constante amenaza para los destacamentos franceses que transitaban entre Ciudad Rodrigo y Salamanca. Uno de los primeros enfrentamientos directos entre don Julián y el general Thiébault se produjo cuando Madame Junot, la Duquesa de Abrantes, pretendió trasladarse desde Ciudad Rodrigo –donde la había dejado su esposo antes de proseguir la marcha hacia Portugal– a Salamanca. La Duquesa, informada de que las fuerzas de don Julián prácticamente habían bloqueado la fortaleza fronteriza, temiendo quedarse aislada y sobre todo preocupada por el bienestar de su hijo –prácticamente un recién nacido– se puso en camino hacia Salamanca con una pequeña escolta. Thiébault recibió la noticia de este imprudente viaje casi al mismo tiempo que un informe de uno de sus espías advirtiéndole de que don Julián pretendía capturar a tan valiosa rehén al paso de la comitiva por un bosque cercano al pueblo de Matilla. El gobernador se puso al frente de dos batallones de infantería y dos escuadrones de caballería y marchó desde Salamanca para encontrarse con la Duquesa en el camino y frustrar así los planes del caudillo charro. En un par de meses, Thiébault fue capaz de reunir una fuerza digna de enfrentarse a las tropas de don Julián y, para ello, lo primero que hizo fue reforzar las guarniciones de Alba de Tormes y Ledesma. Después envió una columna de refuerzo a Ciudad Rodrigo que acampó en Matilla de los Caños, en el camino entre Salamanca y la ciudad fortificada. A la hora acordada, según nos cuenta Thiébault, la columna de Matilla se dividió en cuatro fuerzas, mientras que otras diez columnas salían de

Ledesma, Alba de Tormes y Salamanca. Dos de estas columnas bloquearon los cruces de caminos al Este y al Oeste de Salamanca a lo largo del río Tormes; las restantes avanzaron a través de la zona boscosa que se extendía entre el Tormes y el río Huebra. Dos de los destacamentos de don Julián fueron cogidos completamente por sorpresa en sendos pueblos. El resto se vieron forzados a abandonar los campamentos que tenían establecidos en los encinares y salir a campo abierto, donde la caballería francesa se les echó encima causándoles grandes bajas. Según Thiébault, que es seguro que exagera, se rindieron casi dos mil guerrilleros, y unos mil doscientos fueron muertos y heridos, quedando la brigada de don Julián prácticamente reducida a la mitad.

Después de este éxito, Thiébault decidió dar otra vuelta de tuerca: se dispuso a negociar con don Julián para conseguir que éste se pasara al bando de los partidarios del rey José Napoleón I:

Aunque había conseguido una victoria sin precedentes frente a la guerrilla, ésta era solamente la primera parte de mi plan. En el momento de máxima desesperación de Don Julián, uno de los emisarios que el prefecto me había enviado, un hombre de gran astucia, se le acercó y le dijo: «Estuve hablando sobre usted ayer con el gobernador». Luego se refirió a una supuesta conversación en el curso de la cual yo había expresado mi sorpresa ante el hecho de que un hombre de la valía de Don Julián, que había exhibido tanto coraje e inteligencia, sirviera a una causa tan deplorable y contribuyera al incremento de las desgracias de su país, cuando bien podía hacer algo para poner fin a tanto infortunio. Luego añadió que estaba convencido de que todo el mundo le haría justicia, el gobernador más que nadie. Tras un buen rato halagándole, mi hombre añadió, «Si decide unirse a la única causa que puede traer la felicidad a España y abandona por fin ese bando en el que nunca será considerado como nada más que un jefe de campesinos; si, en resumen, comienza usted a desempeñar el papel que corresponde a su mérito, se aprovecha de su buena fortuna y contribuye a dar ejemplo, el gobernador le otorgará el rango de general». Todo esto se había tratado con el Ministerio de la Guerra, incluso la concesión de una condecoración.³⁰

³⁰ Paul Thiébault, *The Memoirs of Baron Thiébault* (vol. 2), Londres, Smith, Elder & Co., 1896, pp. 306-307.

Más tarde, Antonio Casaseca, prefecto de Salamanca, hombre de probada lealtad al rey José Napoleón I, se hizo cargo de las negociaciones. Según Thiébault, éstas alcanzaron el punto en el que don Julián aceptó el rango de general de brigada y el mando de una fuerza regular de seis mil españoles en la que se integrarían sus antiguos soldados y cuyos sueldos estarían sufragados por los franceses. Lo que pasó después de ese punto será mejor que nos lo cuente el mismo Thiébault, porque yo casi no me atrevo, dada la admiración que se siente por “El Charro” entre muchos de mis paisanos:

Mi propuesta le dejó estupefacto. Se sintió halagado por la oferta que le hice y porque algunos le habían dicho que yo le tenía en gran estima. Lo que él sabía de mí, sobre mi conducta y sobre la forma en la que trataba a los españoles, acabó con sus reticencias. Los términos de la propuesta estaban claros y solamente teníamos que esperar tres días para la reunión en la que se firmaría el acuerdo. Luego llegaron las noticias de que el Ejército de Portugal avanzaba hacia Salamanca en completa retirada. Esta noticia significó el final de todos mis sueños.³¹

Es este un episodio que, por el momento, no se ha encontrado relatado en ningún otro escrito, y mucho menos documentado. ¿Realmente ocurrió lo que nos cuenta Thiébault o se trata de una mera invención con el objeto de ensalzarse a sí mismo y mitificar su lucha contra la guerrilla? Evidentemente, en el historial del 1^{er} Regimiento de Lanceros de Castilla, tan magistralmente presentado por Emilio Becerra con el título *Hazañas de unos Lanceros*,³² para nada se trata este episodio que, de haber sucedido, se habría considerado como de alta traición a la causa patriótica española. Ante un relato que podría causar grandes acaloramientos entre los admiradores del héroe mirobrigense, solamente nos queda plantearnos preguntas que cada uno responderá según su juicio, intentando dejar a un lado el apasionamiento que estas cuestiones suelen suscitar. ¿Qué necesidad tenía Thiébault de desprestigiar una figura como la de El Charro cuando escribe sus *Mémoires*, casi treinta años después de la guerra, y tan lejos de la tierra donde supuestamente aconteció todo? ¿Es posible que el conflicto que se produjo entre los aliados españoles y británicos, cuando Wellington se negó a auxiliar a Ciudad Rodrigo durante el asedio de los franceses apenas unos meses antes, hiciera que

³¹ *Ibíd.*, p. 306.

³² *Vid.* nota 7.

hombres como El Charro terminaran prefiriendo a los franceses que a los británicos? ¿Se vio todo perdido cuando los anglo-portugueses cedieron ante el imparable empuje de las tropas de Masséna, pareciendo que iban a evacuar la Península y dejar a su suerte a los españoles que se habían alzado contra Napoleón? ¿Ante esa situación, hombres como don Julián decidieron en el último momento apostar al caballo ganador? A esas alturas de la guerra ¿no habría cierto hartazgo entre las gentes y muchos, entre ellos don Julián, concluyeron que lo inteligente sería aceptar de buen grado el cambio de dinastía de los Borbones a los Bonaparte, tolerar la presencia de las tropas francesas y vivir en paz? ¿Es todo el episodio una invención de Thiébault? ¿No estaría don Julián tendiéndole una celada al gobernador francés? ¿Era Julián Sánchez, el héroe de la Guerra de la Independencia, un oportunista y un corrupto que en un momento dado vio mayores oportunidades de progresar en el bando josefino?

No tengo respuestas, pero se me antoja que la guerra, aparte de tumbas, deja tras de sí una estela de dudas, medias verdades y mentiras descaradas que seguramente no se puedan nunca desvelar, pero que dan cuenta del hecho de que ésta, definitivamente, tiene más que ver con la manipulación del pueblo y la corrupción de los poderosos que con las historias de héroes lanza en ristre montados sobre briosos corceles en un bonito atardecer en el campo charro.

SITIOS Y BLOQUEOS EN LA GUERRA PENINSULAR

Agustín Guimerá Ravina
Centro Superior de Investigaciones Científicas, Madrid

“El luchador habilidoso se sitúa en una posición que haga imposible la derrota y no pase por alto el momento para derrotar al adversario”

(Sunt-Zu, siglo V a.C.)

El bicentenario de los sitios de Ciudad Rodrigo y Almeida constituye una excelente oportunidad para seguir reflexionando sobre esta forma de guerra, que alcanzó en la Península Ibérica un gran protagonismo durante la invasión napoleónica. Las páginas que siguen tratan de un aspecto menos conocido de estos hechos, como es la existencia o no de un verdadero liderazgo en los jefes militares españoles que dirigieron la defensa de una plaza fuerte.

Son algunas reflexiones, centradas en dos ejemplos concretos: el sitio de Gerona, arquetipo de ciudad fortificada del interior; y el bloqueo de Cádiz, plaza fuerte marítima por excelencia. Se insertan en esa larga etapa de la guerra, caracterizada por el predominio francés: entre octubre de 1808, fecha de la llegada de Napoleón a España, y julio de 1812, cuando tiene lugar la derrota gala en Arapiles, el principio del fin.

Liderazgo militar

Representa un vasto terreno de investigación, casi sin explorar. Son meritorios los trabajos recientes de Aymes sobre los jefes franceses en las campañas peninsulares y Esdaile sobre Wellington. Estamos necesitados de un análisis semejante en relación a los jefes españoles o portugueses.³³ Pero más allá de la mera biografía, las teorías modernas del liderazgo nos señalan un camino innovador.

Quizás el primer teórico del liderazgo fue Sunt-Zu, el estratega que escribió hace dos mil quinientos años una serie de máximas relacionadas con la guerra, que hoy se siguen

³³ Véanse, por ejemplo, los estudios recientes de Jean-René Aymes, “Les maréchaux et les généraux napoléoniens. Pour une typologie des comportements face à l’adversaire”, en *Actas de la Guerra de la Independencia, Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. 38, 2008, pp. 71-93; Jean-René Aymes., “El general Duhesme tiene la palabra, Barcelona, 1808-1810”, en *Las fuerzas combatientes en Cataluña durante la Guerra de la Independencia española, Cuadernos del Bicentenario*, núm. 7, diciembre 2009, pp. 5-20; Charles Esdaile, “El Ejército británico en España, 1801-1814”, en *La Guerra de la Independencia (1808/1814). El pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*, Madrid, 2007, pp. 299-321 ; Richard Hocquelllet y Stéphan Michonneau, «Le héros de guerre, le militaire et la nation», en Emilio la Parra López, (coord.), *Actores de la Guerra de la Independencia*, dossier de *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série*, núm. 38, 1, 2008, pp. 95-14.

estudiando en las escuelas empresariales.³⁴ Dotado de una visión muy humanista y avanzada de todo conflicto, sentenciaba: “la guerra es como el fuego; si no te apartas de él, acabará quemándote”, una máxima aplicable a Napoleón y su guerra peninsular, a la que nunca dotó de medios necesarios para su rápida terminación.

Para evitar daños en lo posible, Sun-Tzu aconsejaba al verdadero líder guerrero que tuviese muy claro cuándo combatir y cuándo no, evitar combates que pudiese perder y situarse más allá de la posibilidad de la derrota, para luego construir paso a paso su victoria. Así, la estrategia de un líder auténtico quebraba la resistencia del adversario sin luchar, venciendo así antes de combatir: “el estratega victorioso sólo busca la batalla después de haber obtenido la victoria”.

Recomendaba la innovación constante, la sorpresa, el engaño, el adelantarse al enemigo con el fin de neutralizar sus planes. Todo ello llevaba aparejado un orden en la mente del líder, un cálculo preciso, una organización perfecta antes de la batalla.

En otras ocasiones he insistido en la teoría moderna del liderazgo y su aplicación a la historia naval.³⁵ El liderazgo trasciende a la autoridad, el carisma, el genio o la buena gestión. Por esta razón, hay jefes militares, directivos o administradores que no son líderes.

El líder desafía a sus colaboradores –que no meramente subordinados- a enfrentarse a los problemas que no tienen una solución simple e indolora, que exigen el aprendizaje de nuevos métodos, que obligan a cambiar actitudes, conductas y valores. Al mismo tiempo les guía en ese trabajo adaptativo, en ese proceso de innovación. El líder dota de sentido a la vida de su entorno social. Genera un propósito común. Posee una visión amplia de la situación y mira a un horizonte de cambio. Enciende las fuerzas de la transformación. Para ello, da poder a sus colaboradores, para que puedan tomar sus propias decisiones con el fin de alcanzar metas útiles para la sociedad.

³⁴ Sun-Tzu y Jack Lawson, *El Arte de la Guerra para ejecutivos y directivos*, Barcelona, 2006, sexta edición.

³⁵ Agustín Guimerá, “Métodos de liderazgo naval en una época revolucionaria: Mazarredo y Jervis (1779-1808)”, en Manuel Reyes García Hurtado; Domingo González Lopo; y Enrique Martínez Rodríguez (eds.), *El mar en los siglos modernos*, Santiago de Compostela, 2009, t. II, pp. 221-233. Sigo la teoría y metodología de Ronald Heifetz, *Liderazgo sin respuestas fáciles. Propuestas para un nuevo diálogo social en tiempos difíciles*, Barcelona, 1997; y Ronald Heifetz; Marty Linsky, *Leadership on the line. Staying Alive through the Dangers of Leading*, Boston, 2002.

La metodología del liderazgo es un proceso continuo y podría resumirse en los siguientes puntos:

- estar imbuido de valores de modernidad y servicio;
- hacer un buen diagnóstico del entorno social, la coyuntura histórica y el escenario concreto de actuación;
- a partir de ambas premisas, proporcionar a sus seguidores un mapa de futuro, una visión a largo plazo de las metas a alcanzar;
- elaborar una guía para un trabajo eficiente de adaptación;
- extraer el máximo partido a los recursos humanos –un equipo eficiente- y materiales disponibles;
- los problemas técnicos debe dejarlos en manos de los técnicos, pues su misión es negociar entre las partes e incentivar el cambio;
- regular el ritmo de trabajo y forjar una confianza mutua;

Veremos que algunos jefes militares españoles siguieron estas máximas y otros no.³⁶

Sitios y bloqueos

No hay que perder el cuadro de conjunto en la guerra peninsular: “ese continuo tejer y destejer” –en descripción acertada de Casinello- en que se debaten las tropas españolas y portuguesas “en su lucha contra el mejor ejército del mundo de ese momento”.³⁷

³⁶ La bibliografía general de la guerra es amplia: Miguel Artola, *La Guerra de la Independencia*, Madrid, 2008; Jean-René Aymes, *La Guerra de la Independencia en España, 1808-1814*, Madrid, 1974; José Cayuela Fernández y José Ángel Gallego Palomares 2008, *La Guerra de la Independencia. Historia bélica, pueblo y nación en España (1808-1814)*, Salamanca, 2008; Francisco Escribano, *La Guerra de la Independencia Española: una visión militar*, Madrid, vol. I, 2009, pp. 201-217; Ronald Fraser, *La maldita guerra de España*, Barcelona, 2006; Ricardo García Cárcel, *España, 1808-1814. La nación en armas*, Madrid, 2008; Del mismo autor, *La Guerra de la Independencia (1808-1814). El pueblo español, su ejército y sus aliados frente a la ocupación napoleónica*, Madrid, 2007; Enrique Martínez Ruiz, *La Guerra de la Independencia (1808-1814). Claves españolas en una crisis europea*, Madrid, 2007; Antonio Moliner Prada (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, 2007; Juan Priego López, *Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Madrid, 1974, en varios volúmenes.

Según este autor, las plazas fuertes son “ciudades fortificadas, rodeadas de murallas, dotadas de baluartes y batería permanente”: Gerona, Badajoz, Ciudad Rodrigo, Tarragona, Almeida, etc. Las fortalezas son aquéllas construidas ex profeso para esa función: Figueras, Hostalrich, Jaca, etc.³⁷

Se distinguen dos fases en el asedio. La primera es el *bloqueo* de la plaza o fortaleza, mediante la utilización de un número mayor de sitiadores, que impediría la salida y entrada de alimentos, pertrechos o tropas. Este aislamiento logístico sólo podía conducir a la rendición por hambre o enfermedad.

La segunda es el *asedio en toda regla*, donde se intenta abrir brecha en las murallas, mediante el sistema de paralelas, aproches, batería de brecha y minas potentes. Si la brecha era abierta, se conminaba a los sitiados a capitular. Si esta oferta era rechazada se producía el asalto de la infantería por las brechas existentes. Una vez traspasada la brecha por los asaltantes, se aplicaban los métodos de la guerra total, con el aniquilamiento del adversario –militar o civil-, la violación, el pillaje y la destrucción de bienes, como ocurrió en los asaltos franceses de Tarragona y Castro Urdiales, así como en los realizados por los británicos contra Ciudad Rodrigo, Badajoz y San Sebastián.

Ambas operaciones solían venir acompañadas de un bombardeo artillero sobre la fortaleza o plaza fuerte.

Entre mayo de 1808 y abril de 1814 se contabilizan casi cincuenta operaciones de sitio y bloqueo, relacionadas con fortalezas y plazas fuertes en la Península Ibérica. Nos encontramos con un fenómeno de mucha tradición en España. Como señala García Cárcel, los sitios de la Guerra de la Independencia resaltarían la épica de la resistencia a ultranza, donde el patriotismo convertiría a sus protagonistas en ciudadanos dignos, no

³⁷ Robert Bruce, *Técnicas bélicas de la época napoleónica, 1792-1815*, Madrid, 2008, pp. 197-211; Andrés Casinello Pérez, “Evolución de las campañas militares”, en Antonio Moliner Prada (ed.), *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Barcelona, 2007, pp. 73-121; Francisco Escribano, *La Guerra de la Independencia Española*; Ronald Fraser, *La maldita guerra de España*, Barcelona, 2006; Jean Marc Lafon “La poliorcética napoleónica durante la Guerra de la Independencia y lo sitios de Cataluña”, en *Las fuerzas combatientes en Cataluña durante la Guerra de la Independencia española, Cuadernos del Bicentenario*, num. 7, diciembre 2009, pp. 121-41; Priego López, *Guerra de la independencia*, cita de Casinello en p. 95.

³⁸ Casinello, “Evolución de las campañas militares”, ob. cit., p.121.

solamente en héroes. La ausencia de un ejército de socorro transformaba una “resistencia honorable” –a la vieja usanza militar del Antiguo Régimen- en una “resistencia patriótica”, propia de una nación en armas.

Desde el punto de vista español, los sitios representaban la estrategia del más débil, dada el enorme fracaso que se había cosechado durante los enfrentamientos con los franceses en campo abierto en los años 1808-1809. Se trataba pues de una guerra de desgaste del enemigo. Había que ganar tiempo, alargar la duración del conflicto y fijar grandes contingentes de tropas imperiales en un territorio durante meses, impidiéndoles llevar a cabo una guerra móvil, una campaña relámpago. En ello seguían las citadas máximas de Sun-tzu. Escribano mantiene que la defensa de Gerona y Hostalrich fue llevada correctamente desde el punto de vista técnico.

Sin embargo, autores como Casinello o Fraser critican esta “mentalidad de sitio”, basada en el ejemplo de Zaragoza, considerándola un error militar el encerrar todas las fuerzas en una plaza fuerte, defendiendo lo que era indefendible, en vez de desarrollar operaciones contra las vulnerables líneas de comunicaciones francesas. Se luchó por salvaguardar plazas sitiadas, a las que nunca llegó el socorro para su liberación, plazas que deberían haberse abandonado. Después de los largos sitios de Zaragoza y Gerona, todas las demás plazas sitiadas cayeron en el plazo de un mes o menos. Los costes en vidas y equipo bélico fueron muy altos. Se calculan unos 100.000 soldados españoles y portugueses durante la Guerra de la Independencia –muertos y prisioneros-, aparte de las bajas civiles, que fueron a su vez cuantiosas.

Desde el punto de vista francés, es sabido que Napoleón, defensor de la campaña relámpago, no deseaba los sitios en sus campañas europeas. Pero en la Península Ibérica promovió esta clase de guerra.

Esta contradicción quizás pueda explicarse por dos motivos. Uno se refiere a las singularidades del territorio ibérico. Se trataba de un espacio fragmentado, con un sistema de comunicaciones deficiente, que dependía de una red de plazas fuertes y fortalezas. A menudo eran regiones pobres, teniendo el invasor que depender mucho de los almacenes y los convoyes de abastecimientos, y, en consecuencia de líneas de comunicación y logística seguras. Estas líneas eran vitales para las operaciones militares destinadas tanto a la captura de objetivos clave para los designios del Bloqueo

Continental –Oporto, Lisboa, Cádiz o Valencia-, como a la protección de la retaguardia, los caminos que enlazaban con Francia, a través del País Vasco y Cataluña.

El otro motivo de esta estrategia napoleónica tiene que ver con la resistencia española -difusa y tenaz- en una retaguardia sin pacificar, donde actuaban la guerrilla y las unidades regulares, teniendo como base aquellas zonas no controladas por el ejército imperial. Dejar atrás una plaza fuerte de gran valor estratégico era impensable para el jefe conquistador.

La estrategia de sitios, desplegada por los franceses, tuvo un alto precio. Estaba erizada de dificultades. La poliorcética, o arte de tomar una plaza fuerte, demandaba grandes costes de material bélico, vidas humanas y, sobre todo, tiempo.

No era fácil tomar una plaza fuerte por sorpresa. La toma francesa de Montjuich y la Ciudadela en Barcelona, Figueras y Pamplona, durante los primeros meses de 1808, se llevó a cabo mediante engaños, utilizando su condición de aliada de la monarquía española. Pero ello fue la excepción.

Las fuerzas requeridas para asediar una plaza fuerte eran numerosas, dado que se necesitaba un ejército sitiador y otro que protegiese la retaguardia, bloqueando al mismo tiempo los posibles socorros que dicha plaza demandase. La logística necesaria era impresionante. Absorbía recursos materiales ya de por sí limitados: alimentos, municiones, tren de sitio, medios de transporte, hospitales, etc. El control de mando en una operación de este calibre constituía una tarea de titanes, como pudieron comprobar amargamente los generales franceses. Por último, fue una estrategia que impidió a los franceses simultanear las campañas de Portugal, el Mediterráneo y Cádiz en los años 1810-1811:

Los franceses no pudieron llevar a cabo los designios estratégicos de su Emperador porque la resistencia en puntos inicialmente secundarios (Astorga, Ciudad Rodrigo, Badajoz...) retardaba las operaciones en profundidad, haciendo perder las mejores épocas para la ofensiva.³⁹

El dominio peninsular, que nunca fue completo, requirió varios años.

³⁹ Francisco Escribano, *La Guerra de la Independencia de España*, ob. cit., p. 21.

El sitio de Gerona (6 junio-10 diciembre 1809)

Situada estratégicamente en el camino de Francia, el corredor natural que unía la frontera francesa con Barcelona, la ciudad de Gerona, con sus 8.000 habitantes, poseía un valor militar y simbólico. Así lo atestigua el comisionado de la Junta Central en Cataluña en el otoño de 1809, durante la fase final del sitio:

El de dejar de hacer esfuerzos, para sostener la Plaza, es lo mismo, que abrir toda la Provincia al enemigo, perder enteramente la esperanza de recobrar a Barcelona, y acabar de una vez con el aliento de estos naturales, que sostiene la idea de que va a intentarse el levantamiento de aquel sitio.⁴⁰

Esto mismo pensaba Napoleón. Concedía a Gerona la misma importancia que otras plazas fuertes fronterizas con Francia, como San Sebastián o Jaca. De ahí su insistencia en que fuese tomada.

Emplazada en la confluencia de los ríos Ter y Oñar, la ciudad escalaba la ladera de unas colinas que la protegían por el sector norte y oriental, mientras que por el sur y el oeste el Oñar actuaba como un foso natural ante un posible ataque enemigo. En el sector occidental se extendía además una llanura, frecuentemente anegada en el invierno. Allí existía el barrio de Mercadal, más allá del Oñar. Una serie de baluartes, a modo de estrella, salvaguardaba Gerona por este sector. La urbe propiamente dicha estaba rodeada de una muralla y torres medievales, obsoletas para un asedio moderno. Por esta razón, se había edificado una fortaleza respetable en el sector norte, sobre la colina de Montjuich, que estaba protegida a su vez por tres torres –San Narciso, san Daniel y San Luis- emplazadas en su vanguardia. El anillo defensivo se completaba con unos fuertes y reductos en la colina que dominaba Gerona por el naciente: Condestable, Ciudad, Cabildo, Santa Ana y Capuchinos.

⁴⁰ Declaración de Tomás Veri, comisionado de la Junta Suprema en Cataluña, otoño de 1809; en Fraser, *La maldita guerra de España*, p. 493. Me he basado en los estudios de César Alcalá, *Los sitios de Gerona 1808-1809*, Madrid, 2009; García Cárcel, *El sueño de la nación indomable*, pp. 160 y siguientes; José Gómez de Arceche, *Discurso en elogio del Teniente General Don Mariano Álvarez de Castro... Real Academia de la Historia... Por... Académico de Número*, Madrid, 1880; Fraser, *La maldita guerra de España*, ob. cit., pp. 159-175, 277, 353, 469-478 y 491-502; Joaquín Pla Cargol, *La Guerra de la Independencia en Gerona y sus comarcas*, Gerona, 1953; Priego López, *Guerra de la Independencia*, Vol. II, 1972, pp. 98-115, 303-327 y Vol. IV, pp. 253-270.

En definitiva, no era una presa fácil para los franceses. Tras dos amagos de sitio en junio-agosto de 1808, inician el cerco de la plaza en abril- mayo de 1809. El asedio en toda regla dará comienzo el 6 de junio, que se prolongará hasta el 19 de septiembre.

Las operaciones militares en la Península se han restringido ese año, debido a la guerra con Austria (marzo-octubre). Así pues, el ejército napoleónico, tras la caída de Zaragoza, decide concentrar todos sus esfuerzos en la captura de Gerona. El general Verdier manda el cuerpo de sitio, con unos 12.000 hombres, y el general Saint-Cyr, como jefe del Séptimo Cuerpo de Ejército, dirige el cuerpo de observación, con unos 17.000 hombres, que garantizaba las labores de Verdier, protegiendo su retaguardia.

Las fuerzas españolas en Gerona suman más de cinco mil soldados, a los que unen refuerzos durante el verano, llegando a sumar 9.371 hombres: efectivos de infantería, caballería y artillería; migueletes; marineros; zapadores y granaderos.

En junio Verdier decide atacar por el norte de Gerona, para tener asegurada su línea de comunicaciones con Francia y contar con unos flancos protegidos por buenas posiciones en su avance hacia la ciudad. Su objetivo es la fortaleza de Montjuich. Como suele suceder en muchos sitios anteriores, se busca ocupar una posición más alta que el recinto amurallado de Gerona, para ofenderla mejor con su artillería.

Álvarez de Castro

El gobernador de Gerona es Mariano Álvarez de Castro, que cuenta con sesenta años de edad. Es una figura histórica controvertida. Priego lo considera un gran general, el mejor gobernador de una plaza fuerte en los anales de la historia militar española.⁴¹ Sin embargo, todos los autores coinciden en la definición de su carácter “severo, taciturno e inflexible en el cumplimiento de su deber”.⁴²

Más aún, Fraser le tacha de fanático, imbuido de una idea de “martirio” en una irreductible defensa de la ciudad, demostrando una “extremada confianza en la Providencia, casi en los milagros”. Atribuye este “fanatismo” en la lucha contra el francés a sus experiencias en la Guerra de la Convención y la servil rendición de

⁴¹ Priego, *Guerra de la Independencia*, ob. cit., p. 369.

⁴² Fraser, *La maldita guerra de España*, ob. cit., p. 473 y Priego, *Guerra de la Independencia*, ob. cit., pp. 262-263.

Montjuic, en Barcelona, a la que fue obligado en los inicios de 1808 cuando estaba al mando de dicha fortaleza.

Hay numerosas pruebas que avalan esta actitud de sacrificio extremo, impuesto a sí mismo y a sus subordinados, sin concesión alguna. A comienzos del cerco francés de Gerona, dicta el famoso bando de abril que condena a muerte a quien profieran las palabras “rendición” o “capitulación”. Cuando el 19 de junio caen las torres de San Luis y San Narciso, que defienden Montjuich por el sector norte, ante la presión imperial, suspende de empleo a sus dos comandantes por abandonar sus puestos sin su autorización. En la noche del 4 de agosto la guarnición de la media luna que protege el frente septentrional de Montjuich es exterminada durante el asalto. Al día siguiente Álvarez de Castro exhorta personalmente a los defensores de la fortaleza a resistir hasta el último aliento, siguiendo el ejemplo de sus compañeros.

Esta mentalidad lleva aparejada el exterminio, en mi opinión innecesario, de muchos subordinados. Montjuich cae seis días más tarde, el 11 de agosto, tras 65 días de asedio, 37 de ellos con brecha abierta. El precio pagado en sangre es muy alto en términos militares: un 57,5% de bajas, de una guarnición que sumaba 900 hombres. Otro ejemplo es la aislada defensa de la ermita de Nuestra Señora de los Ángeles, que es pasada a cuchillo por los franceses, durante su asalto final del 6 de septiembre. Lo mismo sucede con los defensores del reducto Ciudad el 6 de diciembre.

En consecuencia, Álvarez de Castro se comporta como un jefe militar, pero no como un verdadero líder. Como veremos, según avanza el asedio, comete errores a la hora de realizar un buen diagnóstico de la situación estratégica y el escenario concreto de actuación, proporcionar a sus seguidores un mapa de futuro y una visión a largo plazo de las metas a alcanzar. Ello traerá consigo una pérdida de la confianza mutua.

Guarnición y defensa civil

Sin embargo, tanto Fraser como Priego lo consideran lo bastante profesional para organizar la defensa civil voluntaria en términos militares. Las compañías de Cruzada, formadas por estudiantes y clero, defienden las partes menos vulnerables. Las compañías de carpinteros, albañiles y labradores se encargan de reforzar y reparar las murallas, amén de apagar los incendios. Otros voluntarios se ocupan de la guardia y tareas menores de la guarnición. Finalmente, la gran novedad es el apoyo del

gobernador a la constitución de la “Compañía de Santa Bárbara”, integradas exclusivamente por 120 mujeres, que despliegan una labor extraordinaria durante el asedio, llevando comida, agua, aguardiente y municiones a los defensores, amén de ayudar al traslado de los heridos a los hospitales.

Por otra parte, Álvarez de Castro no basa su defensa sólo en el uso de la artillería y utiliza el ingenio para retardar los trabajos del sitiador, mediante frecuentes salidas, y aplicar los medios necesarios para la defensa de las brechas. En definitiva, tiene éxito a la hora de llevar a cabo un trabajo eficiente de adaptación, extrayendo el máximo partido al terreno, las fuerzas propias y el equipo bélico disponible.

Su plana mayor está a la altura de las circunstancias: su segundo, el brigadier Bolívar; su tercer jefe, el coronel Fournás, eficaz defensor de Montjuich, junto con el coronel Nash; el brigadier O'Reilly, su mayor general; el coronel de artillería Mata; y el coronel de ingenieros Minali. Otros mandos perecerán bravamente en la lucha, como el teniente coronel Marshall –un irlandés aventurero- o el teniente coronel Fitzgerald.

Como hemos visto, el pueblo participa de forma activa en la defensa durante aquellos largos meses. Son ciudadanos dignos, que se enfrentan a un poderoso enemigo. Hay testimonios de este espíritu de resistencia a ultranza, imitando al propio gobernador de Gerona.⁴³

La guarnición y los civiles se entregan al máximo en la defensa de Gerona, durante esta primera fase del asedio (6 de junio-19 de septiembre). Los franceses han tomado sucesivamente los puertos de St Feliú de Guixols, Palamós y la caleta de Bagur. Consiguen con ello un doble objetivo: impedir la llegada de víveres, municiones y refuerzos por mar; cerrar la puerta marítima a una posible evacuación de la plaza. Sin embargo, la resistencia es tenaz.

Tras la toma de Montjuich, los franceses logran abrir cuatro brechas en las murallas de Gerona, en el sector nororiental. El 19 de septiembre los generales Saint-Cyr y Verdier

⁴³ Fraser, *La maldita guerra de España*, ob. cit., p. 475. Allí transcribe una carta de una mujer, escrita el 6 de julio, que prefiere morir antes que rendir la plaza, aunque los sitiados se sientan abandonados a su suerte por las autoridades y los socorros no vengan a tiempo.

deciden asaltar la ciudad a través de estas cuatro brechas, desde Montjuich. No confían demasiado en el éxito de la empresa, por las dificultades del terreno objeto del asalto, pero desean terminar un asedio de meses. Esa tarde, cuatro columnas, que suman un total de 2.810 hombres, llevan a cabo la operación. Pero hay un fuerte desnivel en el valle que separa Montjuich y las murallas medievales gerundenses, donde fluye el arroyo de Galligans.

Todo favorece a los defensores. Los sitiados han construido además una segunda línea de defensa a retaguardia de las brechas, colocando asimismo tiradores en los tejados y campanarios. El mando español es llevado con acierto y valentía. Según Priego, la presencia y exhortaciones de Álvarez de Castro animan a los españoles, que repelen a los franceses con descargas nutridas y enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Los sitiadores se retiran con un 69% de bajas -624 hombres- una cifra muy elevada. Los españoles han tenido 266 muertos y heridos.

Esta jornada se conoce como “El Gran Día de Gerona”. Álvarez de Castro ha organizado la defensa de las brechas convenientemente y ha corrido un riesgo calculado, consciente de que los franceses se han precipitado en su ataque. La moral de combate todavía es alta entre los sitiados. Durante el verano se han ido incorporando más de tres mil soldados a la plaza fuerte. El primero de septiembre Gerona ha recibido un importante socorro de provisiones, munición y ganado, tras ser burlados los franceses por el ejército de Cataluña, mandado por Blake, mediante una excelente estratagema militar.

Pero las cosas no iban a continuar de esta manera. En las semanas siguientes la autoridad de Álvarez de Castro va a ser puesta a prueba.

La agonía de Gerona

Los generales franceses cambian de estrategia, abandonando las labores de asedio e instaurando *un bloqueo riguroso* a la plaza fuerte. Los senderos que surcan las colinas orientales, una vía privilegiada de contacto con el exterior, quedan clausurados. El 14 de octubre el mariscal Augerau toma el mando del Séptimo Cuerpo de Ejército, sustituyendo a Saint-Cyr. El nuevo jefe aumenta los efectivos que rodean la ciudad a 14.000 hombres y continúa el cerco estricto de Gerona, combinado con bombardeo y golpes de mano.

El fantasma del hambre está presente en octubre. La comida alcanza precios exorbitantes. La lluvia y el frío otoñales hacen el resto: escorbuto, disentería, fiebres, etc. No hay medicinas. Los muertos se amontonan.

La esperanza de socorro se agota. El último intento de socorro por Blake tiene lugar el 17 de octubre, a la cabeza de 6.500 hombres. Pero es derrotado por los franceses en Santa Coloma de Farnés y se retira a las montañas. Más aún, el ataque imperial a Hostalrich el 7 de noviembre obliga al general español a refugiarse en Vich, muy lejos de Gerona.

La situación de la ciudad es ya desesperada a comienzos de noviembre. En ese momento, la ausencia de liderazgo en la figura de Álvarez de Castro se hace patente a la ciudad y su guarnición. Su espíritu de defensa numantina le lleva a rechazar todas las propuestas de capitulación. Quiere transformar una resistencia honorable en una resistencia heroica, un martirio. Escribe una carta a Blake el 3 de noviembre, conminándole a una contestación categórica a su petición de envío de socorros a la plaza, en sentido positivo o negativo. Le informa en ella de conversaciones no autorizadas con el enemigo, la aparición de un pasquín donde se ataca su jefatura y diversas conspiraciones de sus jefes y oficiales.⁴⁴

A mediados de ese mes el general responde airadamente a una persona distinguida – probablemente un civil- que le argumentaba la necesidad de una capitulación honorable. Le llama cobarde y vuelve a publicar el bando de primero de abril, donde imponía la pena de muerte a quien sugiriese tal medida. El 19 de noviembre desertan ocho oficiales al enemigo y Álvarez de Castro da orden de disparar a los prófugos. Pero su salud se quebranta por esas fechas, cayendo gravemente enfermo. En medio de la fiebre sigue manteniendo la idea de no rendirse. El 8 de diciembre entra en una especie de delirio, que le obliga finalmente a renunciar al mando al día siguiente, nombrando gobernador a su segundo, el brigadier Bolívar.

Es sintomático de su pérdida de autoridad el hecho de que la junta militar, presidida por Bolívar, decide iniciar inmediatamente las negociaciones para una capitulación. Esto sucede el 10 de diciembre. Los franceses han estrechado el cerco, la guarnición está

⁴⁴ Gómez de Arteche, *Discurso en elogio del Teniente General Don Mariano Álvarez de Castro*, ob. cit., pp. 111-115.

enferma y el mando es consciente que las defensas no aguantarán un nuevo asalto. Si éste triunfase la población y guarnición corrían el riesgo de ser pasadas a cuchillo. Esa misma tarde la asamblea cívica acuerda finalmente la capitulación.

Balance de un mando militar

El cuadro era desolador. La guarnición había sufrido 4.284 muertos y 1.000 enfermos y heridos, lo que representaba el 56% de bajas, una cifra muy alta en términos militares. Unos 3.200 soldados y migueletes partieron prisioneros a Francia. La población civil también sufrió mucho. Un 20% de los habitantes de Gerona murieron, principalmente a causa del hambre, la enfermedad y las condiciones infrahumanas de vida, sobre todo en los meses de octubre a diciembre. Se calcula en 15.000 personas el número de bajas por cada bando en el largo asedio de la ciudad.

Algún autor, como Priego, defiende al general Álvarez de Castro, alegando que la plaza se hubiese salvado si hubiese llegado un socorro suficiente a tiempo. Un chivo expiatorio fue el general Blake. Es cierto que perdió un tiempo precioso en Aragón, tratando de salvar Zaragoza durante su desastrosa campaña de septiembre-octubre de ese año, momento en que Gerona estaba sufriendo el asalto a sus brechas y el posterior rigor del bloqueo. Después no quiso arriesgarse a otro enfrentamiento desfavorable con un enemigo que le duplicaba en número, máxime después del ya citado fracaso de Santa Coloma de Farnés.

Pero la realidad es mucho más compleja. Cuando Blake tomó el mando del ejército de Cataluña en agosto de 1809, sólo contaba con unos 20.000 hombres y argumentaba la necesidad de disponer 25.000 efectivos para levantar el sitio de Gerona. La Junta de Cataluña tampoco estuvo a la altura de las circunstancias, por diversas razones, largas de explicar aquí.

Lo cierto es que un ejército no se improvisa y en ello los franceses llevaban mucha ventaja:

“... es una concentración de hombres, armas, vestuario, cuadros de mando, instrucción y disciplina de las tropas, víveres y caudales para alimentarles y

pagarles... formar un ejército y ponerlo en condiciones de eficacia es una tarea lenta.”⁴⁵

Los franceses jamás hubiesen dejado a sus espaldas una plaza fuerte tan estratégica para sus intereses, como era el caso de Gerona, en el camino natural de la frontera pirenaica.

La pregunta que nos hacemos es porqué Álvarez de Castro no capituló a comienzos de noviembre, tras la derrota de Blake y la aparición del hambre a lo largo del mes anterior. No existía razón alguna para mantener esa actitud numantina, ese “sublime estoicismo”.⁴⁶ Sin embargo, prefirió condenar a Gerona y su guarnición, aferrándose al deber y el honor militar que había satisfecho con creces. No fue un líder en el sentido moderno de la palabra.

El bloqueo de Cádiz (febrero 1810-agosto 1812)

Este hecho de armas representa la antítesis del sitio de Gerona. A pesar del predominio francés en Andalucía durante dos años y medio, la defensa de lo que se consideró el último bastión de la monarquía de Fernando VII fue eficaz. Cádiz nunca capituló ante Napoleón durante el largo bloqueo terrestre. La plena utilización del terreno, la superioridad en el mar y el desarrollo de un verdadero liderazgo constituyen las razones de esta victoria.⁴⁷

Acontecimientos

⁴⁵ Casinello, “Evolución de las campañas militares”, ob. cit., p.90.

⁴⁶ Priego, *Guerra de la Independencia*, p.368.

⁴⁷ Este apartado se basa en el *Diario de las operaciones de la Regencia desde 29 de Enero de 1810 hasta 28 de octubre del mismo año*, por D. Francisco de Saavedra, Isla de León, 18.12.1810; editado por Francisco de Paula Quadrado y De-Roo, *Elogio histórico del Excelentísimo Señor Don Antonio de Escaño, Teniente General de Marina... por Don.... ministro plenipotenciario, etc., etc.*, Madrid, 1852, pp. 215-448. Asimismo me baso en la bibliografía existente: José María Blanco Núñez, “La Armada en la Guerra de la Independencia”, en *La Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Madrid, 2007, pp. 81-105; Cesáreo Fernández Duro, *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*, edición facsímil de 1900, Madrid, 1972, t. IX, pp. 6-35; Christopher D. Hall, *Wellington's Navy. Sea Power and the Peninsular War, 1807-1814*, London, 2004; C. Martínez Valverde, *La Marina durante la guerra de la Independencia*. Madrid, 1974; José Quintero González, “El bloqueo de la Isla de León”, en *La Marina en la Guerra de la Independencia II y III*, Madrid, 2009; A. Rodríguez González, “Cádiz en la estrategia naval de la guerra de la Independencia, 1808-1814”, en Alberto Guimerá Ravina y José María Blanco Núñez (coords.), *Guerra naval en la Revolución y el Imperio: bloqueos y operaciones anfibia, 1793-1815*, Madrid. 2008, pp. 321-340.

Tras las derrotas campales del ejército español en 1809, las fuerzas imperiales invaden Andalucía en enero de 1810, en el transcurso de una campaña relámpago que les lleva a la conquista de Sevilla, Granada y Málaga en un mes. La Junta Central y los restos del ejército del duque de Alburquerque –unos 7.000 hombres- se refugian en Cádiz, dimitiendo la primera y creándose el Consejo de Regencia el 29 de enero. Las tropas francesas, al mando del mariscal Víctor, llegan al Puerto de Santa María el 4 de febrero y ocupan Chiclana.

Fue un momento decisivo para la nación española, con aquel “simulacro de monarquía” –expresión de los propios regentes- pendiente de un hilo. Los franceses, tras varios intentos frustrados de negociación, bloquean toda la bahía de Cádiz por tierra, desde Rota hasta la desembocadura de Santi Petri.

La Primera Regencia (29 enero-28 octubre 1810)

Esta institución, establecida en esos días dramáticos, en que todo parecía perdido, demostró su capacidad de liderazgo. De los cinco miembros que la formaban, dos de ellos eran grandes figuras militares: el capitán general Francisco Javier Castaños (1758-1852), vencedor de Bailén; y el teniente general Antonio de Escaño (1752-1814), héroe de Trafalgar y secretario de Marina en la Junta Central. Los otros tres miembros eran personajes relevantes: Pedro Quevedo -obispo de Orense-, Francisco de Saavedra y Miguel Lardizábal.

Objetivos

El diagnóstico político y estratégico de la Regencia no podía ser más pesimista. La máxima representación de la soberanía española no disponía de ejército –destruido en las campañas del año anterior- ni medios materiales y financieros –gastados también en las mismas operaciones-, ni posibilidad alguna de recibir auxilios desde otras partes de la Península.

Debían hacer frente a una herencia malhadada, con las más altas instituciones del Estado desprestigiadas, concretamente la finiquitada Junta Central. La necesidad de inspirar confianza a otras naciones extranjeras era urgente, pues se necesitaban muchos recursos externos.

Los objetivos de la Regencia son claros, según sus propias palabras: “consolidar la autoridad del gobierno”; “organizar una fuerza armada capaz de contener los primeros ímpetus del enemigo, prefiriendo el sistema de una defensiva prudente”; “buscar los medios de proveer a la subsistencia de esta fuerza armada”; “sostener los ramos indispensables en el corto dominio” de la monarquía, es decir Cádiz; y “activar la reunión de las Cortes, ya convocadas por la Junta Central, manteniendo hasta entonces los fragmentos de nuestra constitución.”

Pero lo más perentorio es hacer frente a los compromisos navales y militares.

Fuerzas en presencia

En febrero de 1810 la desigualdad de las fuerzas enfrentadas es notoria. Los franceses suman unos 15.000 hombres, mejor pertrechados y abastecidos. Cádiz, a su vez, cuenta con una guarnición escasa. Los siete mil hombres de Alburquerque significan un alivio para la plaza sitiada, pero llevará un tiempo dotarles de armamento y equipo. En pocas semanas los voluntarios civiles llegan a sumar casi cinco mil hombres, divididos en cuerpos diferentes, pero no es suficiente. El gobierno español es reticente con la ayuda prestada por los británicos, un aliado de último hora. La Armada atraviesa una penuria económica y no puede armar sus numerosos navíos. Sus artilleros e infantes de marina han sido destinados a otros frentes. El número de efectivos de marina en Cádiz es sólo el imprescindible.

Una estrategia sensata

Ante la desigualdad de fuerzas, la Regencia se ciñó entonces a un plan defensivo, sacando partido a dos factores: el teatro de operaciones terrestre y la superioridad naval británica en el mar.

El entorno gaditano era vital para la resistencia frente al invasor, tal como se enunciaba, quizás con demasiado optimismo, como consta en el Diario de la Regencia el 14 de febrero:

El punto de la Isla debe mirarse como centro de una gran posición, cuya ala derecha está en el campo de Gibraltar y la serranía de Ronda, y la izquierda en Ayamonte, costas de Huelva y Moguer y las serranías de Andévalo y Aracena. Teniendo en la Isla de León y Cádiz 30.000 hombres, los 2.000 de caballería -y

6.000 de infantería con 1.000 caballos en cada una de las alas-, la posición sería inexpugnable. Por la derecha se amenaza a Málaga, Granada y aún Jaén; por la izquierda a Córdoba, Sevilla y la Mancha; desde ambas se provee el centro de víveres y reclutas, y éste por su parte suministra a las alas dinero, armas y vestuarios. Sostenida con inteligencia esta posición, puede burlar los esfuerzos de 100.000 hombres, los cuales es imposible se mantengan mucho tiempo unidos en ninguna parte de la Península.

Tal diseño estratégico demandaba una serie de acciones previas. Lo primero era aumentar rápidamente las fuerzas existentes en Cádiz. Lo segundo era restaurar la moral de la tropa, tras los fracasos del año anterior. Para ello debía de contarse con un buen equipo de oficiales, entre otras medidas. Estos efectivos militares y navales –unidos a los facilitados por los aliados británicos y portugueses- debían distribuirse de manera racional en el perímetro defensivo de la bahía y la ciudad.

La mejora de las fortificaciones era asimismo una tarea urgente, así como la consolidación de las denominadas “fuerzas sutiles” para la defensa marítima de la bahía, las marismas y caños de la Isla de León –hoy San Fernando-, la puerta natural de Cádiz. Ello representaría un gran esfuerzo logístico.

Al menos, la Regencia contaba con una ventaja en estas difíciles circunstancias: la unidad de mando en la lucha contra los franceses. Esto representaba una gran diferencia con las campañas de 1808-1809, en donde las disputas entre los distintos generales habían traído funestas consecuencias. En mayo se instituye asimismo un Estado Mayor del Ejército.

Medidas defensivas

A costa de grandes esfuerzos, largos de enumerar aquí, se constituye un ejército fuerte en Cádiz: en julio de 1810 la plaza gaditana cuenta ya con 18.000 españoles, junto a 8.000 británicos y portugueses. Estas cifras aumentarán en los meses siguientes.

Una serie de medidas restablecen pronto la moral de la tropa: pago de jornales a la maestranza del arsenal de la Carraca –vital para el mantenimiento de las fuerzas sutiles-, política sensata de ascensos, alimentación y abono de jornales a la tropa que trabaja en

la fortificación de la isla de León –la llave de la defensa gaditana- y presencia constante de los regentes en la primera línea de fuego.

La Regencia cuenta además con un excelente equipo de oficiales. En el caso de la Armada, muchos de ellos habían participado en las campañas navales más importantes de su tiempo. En el equipo formado por Escaño figuran marineros de la talla de Ignacio María de Álava, Juan María Villavicencio, Francisco Javier Uriarte, Antonio Pareja, José Quevedo, José de Gardoqui, Cayetano Valdés y Juan Bautista Topete. Algunos habían sido héroes de Trafalgar.

La fortaleza de las marismas

La Regencia contaba con una Naturaleza que favorecía su estrategia defensiva frente al todopoderoso ejército francés.

La doble bahía de Cádiz era un espacio geográfico muy favorable para una defensa de la plaza fuerte, debido a la dificultad de sus accesos terrestres. El istmo de arena y las marismas de la Isla de León –hoy San Fernando- con su laberinto de caños y salinas, la protegían convenientemente del exterior.

Un asalto frontal del enemigo por tierra era casi impracticable. Aquí los franceses no podían efectuar maniobras y movimientos ordenados, que tanto éxito les habían otorgado en campo abierto a lo largo de sus campañas continentales. No había posibilidad de operaciones de flanqueo o movimientos envolventes, ni por supuesto el aniquilamiento del adversario. El factor sorpresa no existía. La superior capacidad de fuego de su artillería o la maniobrabilidad de su caballería perdían también mucha eficacia en este medio hostil.

El ejército imperial debía superar varias líneas del frente antes de atacar las murallas de Cádiz. Primero, debía rodear la bahía, desde el Puerto de Santa María hasta Chiclana, pasando por Puerto Real, un largo camino de unos veintisiete kilómetros, vadeando los ríos de Guadalete y San Pedro. Pero lo peor estaba por llegar.

Entre el llamado Pinar de los Franceses, cerca de Chiclana, y el puente de Zuazo, entrada natural a la Isla de León y el istmo gaditano, había unos seis kilómetros lineales de marismas, caños y salinas, donde existían una cortadura y varias baterías. Muy cerca se hallaba el arsenal de la Carraca. En este sector el caño de Santi Petri, que se extendía

hasta la costa atlántica, constituía asimismo un verdadero foso para el invasor. Este mundo terrestre y acuático representaba la primera línea, de unos doce kilómetros de ancho, precedida por una tierra de nadie entre ambos ejércitos.

Si los franceses conseguían vencer esta resistencia tenían que avanzar por catorce kilómetros de arrecife de arena y roca, desde el puente de Zuazo a las Puertas de Tierra, en la propia Cádiz. No era tarea fácil, pues se enfrentarían también con sucesivas líneas de defensa hechas por el hombre, formadas por cortaduras, fuertes y baterías.

El asalto a Cádiz por mar era una empresa casi impracticable, pues Francia no dominaba el mar. Al arribar a la bahía no disponían de embarcaciones menores para llevar a cabo un desembarco, pues habían sido destruidas o trasladadas a la plaza por los españoles. Sus ataques podían ser neutralizados con los barcos de las escuadras española y británica, y un sinfín de buques menores, susceptibles de organizarse en flotillas, las famosas *fuerzas sutiles*. Cádiz podía mantener su comunicación con el mundo exterior a través del océano. Los franceses podían cercar la ciudad, impedirles el libre acceso a gran parte de la Baja Andalucía, pero no podían sitiarla en toda regla.

En cuanto al bombardeo de la plaza, la Punta de Santa Catalina, cerca del Puerto de Santa María, era la más cercana a la ciudad de Cádiz, pero estaba situada muy lejos – unos seis kilómetros-, para hacerle daño con los cañones de la época. Por el contrario, la boca de Puntales, que daba acceso a la segunda bahía gaditana y el arsenal de la Carraca, era un punto crítico del frente marítimo. Sólo medía un kilómetro y medio y era defendido por el castillo del mismo nombre, en el lado de Cádiz.

Si el enemigo ocupaba la costa de enfrente, podía inquietar la ciudad con el emplazamiento de baterías en el caño del Trocadero, el castillo de Matagorda y la Punta de la Cabezuela, cosa que sucedería meses después. La amenaza francesa sobre el istmo y la propia ciudad desde este sector preocupó siempre a la Regencia.

En definitiva, el dominio del medio geográfico favorecía a los aliados españoles, británicos y portugueses.

Pero existían dos requisitos previos para consolidar esta ventaja inicial: un buen sistema de fortificación y una sensata distribución de fuerzas, adecuadas a la superioridad numérica y táctica del enemigo.

Antes de la llegada de los franceses, se habían realizado algunas mejoras en la fortificación del perímetro defensivo, bajo el mando del coronel Diego de Alvear y el jefe de escuadra Francisco Javier de Uriarte. Pero el 3 de febrero de 1810, con el enemigo aproximándose, la Regencia elaboró un informe demoledor sobre el estado de las fortificaciones en la Isla de León. Lo realizado era insuficiente para detener al enemigo.

Se tomaron medidas enérgicas. El puente de Zuazo, con sus arcos de piedra, fue desmontado para impedir el paso del adversario. Se perfeccionó la cortadura del Portazgo, frente al puente de Zuazo. La construcción de baterías en toda la primera línea fue frenética, trabajando muchas veces los soldados con el agua y el barro hasta la cintura, en pleno invierno. Los temporales de marzo hicieron más penosas estas labores.

Esta dura tarea tuvo su recompensa. Según un informe de 1819, la primera línea de defensa gaditana contaba con veinte fuertes, baterías y reductos, fabricados en piedra, fango y hierba, con sus fosos y parapetos. Reunía numerosos cañones de distintos calibres, aparte de los obuses y morteros. Su tiro cruzado sobre las marismas y los caños hacía inexpugnable este sector por tierra.

La segunda línea de defensa fue construida por los británicos y se extendía desde la playa de Santa María, en el Atlántico, hasta el puente de Zuazo y la bahía de Puntales. En 1819 contaba con ocho reductos principales españoles, con numerosas piezas de artillería, y dos reductos británicos, amén de tres baterías.

La tercera línea se situaba a la altura de la Torregorda, cuya función principal siempre había sido como torre de señales entre Cádiz y la Isla de León. Poseía además seis reductos y baterías. A continuación se extendían nueve reductos y baterías, entre la fortaleza de San Fernando –conocido como la Cortadura- y el castillo de Puntales. Este último tenía capacidad para 40 piezas y estaba dotado con hornillo de bala roja para ofender las embarcaciones enemigas.

En el supuesto caso de que el ejército imperial hubiera podido atravesar las tres líneas defensivas, tomando los castillos de San Fernando y Puntales, Cádiz habría padecido un verdadero sitio por tierra, al pie de sus murallas. Pero esa circunstancia nunca se dio.

Una guerrilla anfibia

La fortificación no bastaba. Hacía falta desarrollar una fuerza sutil, que detuviese el avance del enemigo en la bahía y las marismas. Escaño brilló con luz propia en este diseño estratégico. Su experiencia en este campo era muy vasta, pues había sido mayor general de la escuadra del Océano en Cádiz y Brest, durante el bloqueo británico de 1797-1801 y la campaña de Trafalgar.

La Regencia trató de sacar el mayor partido a los efectivos de la Armada. Los escasos navíos y fragatas armables se encargarían de diversas misiones: traer caudales de América; transportar armas, víveres y dinero a las costas peninsulares; traer a Cádiz marinería y soldados; o concurrir a expediciones.

Los buques pequeños podrían formar fuerzas sutiles que defendieran puertos y costas. Estaban compuestas por distintas embarcaciones menores: lanchas cañoneras y obuseras, falúas, bombos, botes y faluchos. Los españoles destacaron en esta innovación tecnológica, mediante la conversión de las lanchas de los buques en divisiones móviles de lanchas cañoneras, con piezas de a 24, denominadas *flotilles a l'espagnole*, que desarrollarían la llamada *guerra a la holandesa*.

Estas fuerzas sutiles poseían una buena capacidad de maniobra. Iban dotadas de remos y vela latina. Su tripulación consistía en marineros, artilleros y soldados. Podían navegar en aguas poco profundas, llegando por los caños muy cerca del enemigo. Constituían una auténtica artillería propulsada. Las cañoneras tenían el tiro rasante y las obuseras el tiro curvo. Solían atacar de noche. Habían tenido mucho éxito en la defensa de Cádiz y Brest antes de 1808, donde habían usado bala roja contra los navíos enemigos. Fueron decisivas en la rendición de la escuadra de Rosily, fondeada en la bahía de Cádiz en 1808.

La Regencia desplegó una gran actividad en este terreno, con el apoyo de la Armada y la Junta de Cádiz. El mismo mes de febrero se pudo organizar dos flotillas. Una de ellas, al mando del teniente general Cayetano Valdés, agrupaba 46 embarcaciones. Su misión era la defensa de la bahía, el auxilio a los buques de cabotaje y la futura concurrencia en expediciones militares a otras costas de la Península. La otra flotilla, bajo las órdenes del jefe de escuadra Juan Bautista Topete, reunía a 34 buques. Tenía como misión la defensa de la Carraca y la Isla de León, según reza el Diario de la Regencia el 13 de febrero:

”estorbar o dificultar al enemigo su establecimiento en puntos perjudiciales, e impedirles el paso por el laberinto de caños y anegaderos, que, bien resguardados, hacen la Isla de León inexpugnable”.

Su eficacia militar fue muy superior al tamaño de sus unidades. En mayo de 1810 la flotilla de Topete, por ejemplo, agrupaba 29 cañoneras, 13 obuseras, 2 falúas, 1 lancha, 1 bombo, 10 botes y 2 faluchos. Reunía a 1.076 marineros, 101 artilleros de las brigadas de marina y 269 soldados. Dos cañoneras y dos obuseras estaban tripuladas por los británicos.

Las fuerzas sutiles y los navíos tenían un talón de Aquiles: la falta de marinería, que fue pedida con urgencia a Cartagena y Ferrol. Sin embargo era un problema difícil de resolver. No se consiguió atraer tripulaciones suficientes, pese al aumento de la paga y la promesa de premios en metálico durante la contienda.

Pero estas fuerzas, con el auxilio de la tropa, supieron estar a la altura de las circunstancias. Pronto comenzaron a dar golpes de mano en la Isla de León, desalojando al enemigo de las marismas, destruyendo refugios, parapetos y empalizadas, capturándole piezas de artillería. Con ello lograron fijar las líneas francesas tras los terrenos marismeños, protegiendo así el arsenal de La Carraca. Algunas salidas se llevaron a cabo de noche o al amanecer.

La Isla de León se convirtió así en una escuela práctica de guerra para las tropas españolas, pues su entorno ofrecía todos los casos y géneros de trabajos que podía ofrecer un escenario bélico.

El balance de esta guerrilla anfibia fue favorable a los aliados. El uso combinado de las fortificaciones, las tropas existentes y las fuerzas sutiles impidieron a los franceses un asalto frontal a Cádiz. Se limitaron a bloquearla por el continente. El mar había ganado contra la tierra.

Operaciones militares

No fue una defensa pasiva. El 23 de febrero unidades españolas y británicas llevaron a cabo una operación de cierta envergadura, capturando el castillo de Matagorda, emplazado en territorio enemigo, al otro lado del estrecho de Puntales. Desde esta posición los británicos hicieron fuego de artillería sobre los franceses que estaban

fortificando el caño del Trocadero. Recibieron apoyo de corbetas británicas, cañoneras españolas y las baterías de Puntales. Esta posición francesa constituía una gran amenaza para la defensa de Cádiz. La lucha duró dos meses en este frente. Al final los británicos se vieron forzados a abandonar Matagorda, ya desmantelado, tras haber retardado las labores de fortificación durante dos meses.

La estrategia en la bahía y los caños se combinaba con la defensa del entorno, tan necesario para su subsistencia. Por un lado, estaban Ayamonte, Moguer, el condado de Niebla y las serranías onubenses. Por otro, se encontraban las posiciones en Tarifa, campo de Gibraltar y serranía de Ronda. En 1810 también se llevaron a cabo algunas operaciones anfibias en esta zona de seguridad, para distraer al enemigo de su bloqueo gaditano y garantizar el suministro de la plaza.

Cádiz, nodriza de otros frentes

Cádiz se convirtió en un centro de redistribución para una guerra que se fue alargando cada vez más. En contraprestación a estos suministros venidos del exterior, la Regencia envió numerosos auxilios a otros frentes de la Península. Sus navíos y fragatas transportaron dineros, harina, víveres, fusiles, municiones y pólvora a Galicia, Asturias, Cataluña, Alicante y Tortosa, entre otros lugares. Los buques de la Armada llevaron azogue a Veracruz, trayendo caudales a su retorno. La colaboración británica fue útil en este sentido.

Balance de un gobierno

La actuación de la Regencia el año 1810 dio sus frutos. Cádiz no fue ocupada por los franceses, que tuvieron que destinar importantes efectivos al cerco, detrayéndolos de otras operaciones importantes. Al final se dio una situación de equilibrio estratégico. La soberanía española se mantuvo pues *in extremis*. Cádiz sería el centro político de España durante algunos años. La Regencia pudo así cumplir el mandato de la Junta Central, inaugurando las Cortes el 24 de septiembre de 1810 en la Isla de León. La Primera Regencia traspasó sus poderes el 28 de octubre a una Segunda Regencia.

La guerra continuó cuatro años más. Los franceses trataron de bombardear la ciudad ya desde diciembre de 1810, creando un clima de inseguridad entre sus habitantes. La gravedad de esta amenaza se haría tangible año y medio más tarde. Pese a todos estos

males, el ejército imperial fracasó a la larga en su empeño de doblegar a Cádiz, viéndose obligados a levantar el cerco en agosto de 1812.

Todo pudo haber sido distinto en febrero de 1810, cuando el mariscal Víctor apareció en el puente de Zuazo con sus dragones. Sin embargo, la Primera Regencia cumplió su función con bastante dignidad, siendo continuada su labor por las Cortes y las regencias siguientes. Tal y como nos indica García Cárcel, durante unos años el doble sueño de la España posible, soberana, inaccesible e indomable, esgrimido tanto por liberales como conservadores, pudo tener como escenario a Cádiz y sus Cortes. El liderazgo militar de la Primera Regencia en 1810 había marcado el camino a seguir.

*LA DEPORTACIÓN A FRANCIA DE LOS DEFENSORES DE CIUDAD
RODRIGO (1810-1814)*

Tomás Pérez Delgado
Universidad de Salamanca

Es bien sabido que el inicio del mundo contemporáneo supuso una auténtica explosión del género memorialístico. Incluso hombres y mujeres del común dejaron por escrito vivencias e impresiones, mostrándose a veces más lúcidos que autores de memorias pertenecientes a la élite social.¹ Uno de ellos, pionero y famoso, fue el sargento Lamb, que apenas llegado a Norteamérica, quedó asombrado ante el nuevo perfil *nacional* de la rebelión de los colonos, generador de una violencia desconocida hasta entonces.²

Su carácter *nacional*.³ fue lo que revistió también a la Guerra de Independencia española de una ferocidad no vista antes en la Península, que anticipó muchos de los componentes de la *guerra total* del siglo XX.⁴; entre otros, los campos de concentración para prisioneros. En ellos perecían los soldados que escapaban de ser ultimados tras el combate: víctimas del abandono -como en Cádiz y en Cabrera-, o agotados por el trabajo y la enfermedad -como los españoles que dieron con sus huesos en Amberes-.

El itinerario de la deportación

En esa guerra, Ciudad Rodrigo jugó el papel de cerrojo principal de la puerta de Portugal.⁵ Su ruptura, el 10 de julio de 1810, tras duro asedio, dio inicio a la deportación a Francia de unos 3.860 hombres: miembros de la Junta de Defensa, guarnición al completo, cabildo catedralicio y algunos otros clérigos. Y es que, si el mando francés consideraba a los combatientes como meros rebeldes, pues no

¹ Vid. Tomás Pérez Delgado, “Memoria de un convento salmantino en la Guerra de la Independencia”, *Salamanca en la Guerra de la Independencia*, Salamanca, Caja Salamanca y Soria, 1995. Asimismo, *Guerra de la Independencia y deportación. Memorias de un soldado de Ciudad Rodrigo. 1808-1814*, Ciudad Rodrigo, Centro de Estudios Mirobrigenses, 2004.

² Robert Graves, *Las aventuras del sargento Lamb*, Barcelona, Edhasa, vol. I, 1985.

³ Vid. Gaspar Melchor de Jovellanos, *Obras de Don Gaspar Melchor de Jovellanos*, Madrid, Sucesores de Sánchez Ocaña, 1956, vol. IV BAE, núm. 86, p. 343. José I lo expresó muy bien, cuando se quejó a su hermano de que, a diferencia de Felipe V, él no contaba con un verdadero partido de seguidores (José Gómez de Arceche, *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, Madrid, Imp. y Lit. de Depósito de la Guerra, 1893, T. II, p.307).

⁴ Señala Jean Starobinski, refiriéndose a *Los fusilamientos del 3 de mayo*, que el elemento aparentemente racional constituido por el pelotón francés encarna la destrucción indiscriminada y profetiza la total deshumanización de las víctimas de Auschwitz, realidad y emblema supremo de la *guerra total*.

⁵ Una opinión de autoridad, L. y A. Saint-Pierre (eds.), *Mémoires du maréchal Soult*, París, Librairie Hachette.

reconocía ningún título jurídico al gobierno revolucionario hispano, a clérigos y junteros los tenía por inductores de una *revuelta*.⁶

Agrupados, pues, en sendas columnas, todos ellos partieron hacia Francia el 11, 12 y 13 de julio, como la mayoría de soldados españoles caídos en manos imperiales. De esos deportados nos ocuparemos en las siguientes páginas, estudiando primero su *itinerario* hasta el confinamiento en Amberes y analizando, después, sus condiciones de vida en los campos de trabajo a que fueron destinados. Y lo haremos sirviéndonos de la documentación de los archivos de Vincennes y de Sully, y de la *relación* escrita por uno de aquellos hombres, el artillero Cipriano Calvo.⁷

En primer lugar, diremos que el tratamiento legal francés de la figura del prisionero de guerra venía determinada originalmente por la ley de 20-VI-1792 y por el decreto de la Convención de 25-V-1793, que colocaban a los prisioneros bajo tutela de la nación francesa. Esta legislación, muy avanzada para su época, se inspiraba en el principio de que los prisioneros no sufrían sino la suspensión temporal de alguno de los beneficios universalmente reconocidos en la *Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Con el tiempo, sin embargo, una frondosa normativa fue adaptando a la realidad –y endureciendo– aquel esquema ideal, fijando el marco al que se ajustó el traslado a Francia de los 3.860 deportados civitatenses.⁸

Según Herrasti, él y su Estado Mayor fueron en la última columna, que constaba de 1.200 hombres y que conservó durante su marcha más de 200 bagajes; incluso los hombres más débiles pudieron ir en carros y cabalgaduras, lo que era entonces raro privilegio.⁹ En la *relación* de Calvo, por el contrario, se destaca la agobiante vigilancia a que se sometió a los presos, al menos a los de la segunda cuerda, en la

⁶ Charles Oman., *A history of Peninsular War*, Oxford, Clarendon Press, 1902, Vol. III, p. 254. Horward recoge el despacho de Masséna a Berthier, en el que se achaca la resistencia mirobrigense al fanatismo del clero local, vid. Donal Horward, *Napoleón en la Península Ibérica. Ciudad Rodrigo y Almedia. Dos asedios análogos*, Salamanca, Diputación Provincial, 1984, pp. 235 y 241.

⁷ La relación memorial de Calvo, en *Apéndice*, pp. III-XXXIII, vid. Tomás Pérez Delgado, *Guerra de la Independencia...*, ob. cit.

⁸ Vid. *Reglamentos* de los años 1805, 1806 Y 1811 (C 18/64. AGV). Esos 3.860 hombres era un 3,86% del total de los 100.000 *españoles en Francia* estimados por Marañón y casi un 6% de los contabilizados por Aymes. Vid. Gregorio Marañón, *Españoles, fuera de España*, Madrid, Espasa Calpe, 1947 y Jean-René Aymes., *Los españoles en Francia. 1808-1814. La deportación bajo el Primer Imperio*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

⁹ Julio Ramón Laca, *El general Pérez de Herrasti*, Madrid, 1967, p. 158.

que iba él.¹⁰ Lo usual era que las escoltas francesas propinasen a los prisioneros un trato de efectos letales, estimulado/tolerado siempre por el alto mando.¹¹ Por eso, aunque los deportados civitatenses no fueran tratados demasiado cruelmente, Herrasti se quejó en sus partes al Ministro de la Guerra de que “hubo que ejecutar la marcha a Francia con la mayor infelicidad y atenedos a la ración que sacaban los franceses, que algunos días fue de pan sólo.”¹²

En 19 jornadas, la cuerda de presos en que iba Calvo llegó a la frontera.¹³ Las etapas del trayecto supusieron recorridos de 4 a 6 leguas/día, es decir, de 22,28 a 27,85 km. Las otras dos columnas hicieron el mismo recorrido y en el mismo tiempo y por Fuenterrabía pasaron todas a Francia, con dirección a S. Juan de Luz y Bayona. Desde allí giraron al este, para rehuir las desoladas Landas y la federalista Girona, que podían favorecer las fugas.

Las etapas españolas no arrancan a Calvo casi ningún juicio, pues los deportados marchaban *apretados* por la escolta y acampaban lejos de las poblaciones, para evitar el contacto con civiles, a menudo indistinguibles para los franceses de las guerrillas.¹⁴ Pero pasada la frontera, la vigilancia se relajaba progresivamente, permitiendo un cierto merodeo, imprescindible para la observación. De ahí que Calvo ofrezca para esa parte del itinerario algún dato acerca de lugares o

¹⁰ “El día 12 de dicho mes salimos de dicha Plaza. Binimos a Cabrillas con quatro filas de tropa, dos de cada, la una de a caballo, otre de infantería, apretándonos de todas partes, que parecía que nos querían traer a unos encima de otros y no dejaban llegar a la gente a nosotros a traer agua siquiera”.

¹¹ De los prisioneros tomados en Zaragoza, Napoleón informó a su Ministro de la Guerra, “salieron 12.000, mueren 300 ó 400 al día. No llegarán ni 6.000”, vid. la *Correspondance de Napoléon I*, núm. 14.812. Para el edecán de José I, de los 16.000 cogidos en Ocaña, sólo llegarían 6.000 a la frontera, vid. G. Clermont-Tonnerre, *L'Expedition d'Espagne*, París, Perrin, 1983, p. 315. Una muy ilustrativa recopilación de datos de *letalidad*, en Rafael Farias, *Memorias de la Guerra de la Independencia escritas por soldados franceses*, Madrid, Ed. Hispanoamericana, 1919. Es revelador el caso de Alba: en noviembre de 1809, un oficial al mando de la infantería que custodiaba un nutrido grupo de prisioneros españoles, “no quiso fusilarlos sin conocer si había orden para ello”; cuando apareció un general y decidió que no hubiera piedad, se ejecutó a 600. Vid. Nicolas Marcel, *Campagnes du capitaine Marcel*, París, 1913, p. 95.

¹² Julio Ramón Laca, ob. cit., p. 159.

¹³ La ruta seguida fue, Cabrillas, Matilla, Salamanca, Babilafuente, Cantalapiedra, Medina del Campo, Valdestillas, Valladolid, Dueñas, Celada del Camino, Burgos, Briviesca, Miranda de Ebro, Vitoria, Mondragón, Tolosa, Hernani y Fuenterrabía.

¹⁴ Así lo indica en sus memorias Lord Blayney, que cruzó España como prisionero bajo palabra, vid. Albert Savine (ed.), *L'Espagne en 1810. Souvenirs d'un prisonnier de guerre anglais*, París, Louis Michaud, 1909, p.90.

circunstancias de interés, que expondremos a continuación, agrupándolos en tres apartados:

1. Aprovisionamientos.¹⁵ El primer suministro de equipo se efectuó en Bayona, centro de reagrupamiento y abasto de las cuerdas de presos, donde los mirobrigenses recibieron “un par de zapatos”, esenciales para la conservación de la integridad y salud de los presos. Pero la jornada del 2 al 3 de agosto, transcurrida allí, se pasó “sin comer nada”, lo que debió ser achaque corriente en aquel viaje, según la referida queja de Herrasti. Calvo reitera que también el día 7, en Tarbes, pasaron otra jornada de descanso “con mucha anvre”. Podría tratarse de imprevisión logística, ya que el avituallamiento de los prisioneros de guerra debía seguir idéntico procedimiento al empleado con tropas francesas.¹⁶ Pero dado el rigor aplicado a los españoles, parece *descuido estudiado* para producir su debilitamiento físico y, con él, la sumisión necesaria para la tranquila prosecución de su marcha.

Un poco más adelante, en Orthez, “empezaron a socorrernos –dice Calvo- con 5 sus por día, que son diez cuartos”; es decir, comenzaron a recibir el *prest* a que tenían derecho los prisioneros españoles desde el 6 de octubre de 1808. Hecho importante, que explica las referencias de Calvo a mercados franceses: así, hablando de Tarbes y Moulins, señala que la primera era “una buena villa, mui completa de todos comercios” y la segunda “una gran villa, famosa y albondante de todos viveres”; y de Ynsatun [quizá Neufchâteau], localidad ubicada mucho más al norte, pasado Dijon, la *relación* apunta: “villa ermosa. Todos sus comercios, varatos”.

El que los deportados encontraran las existencias abundantes y baratas se explica porque en bastantes jornadas del itinerario no podían comprar nada, con lo que los ahorros del *prest* les permitían adquirir otras veces algún artículo con el que reforzar su parvo suministro. Lo que implica, a su vez, que gozaban en el interior de Francia de cierta libertad de movimientos y que seguían percibiendo su paga. Era frecuente también que los deportados consiguiesen dinero vendiendo a población francesa efectos de su equipo, o que trocaran estos por comida y bebida; son numerosas las disposiciones al respecto del Ministerio de Administración de la Guerra, que insisten

¹⁵ Los aprovisionamientos eran cometido del Ministerio de Administración de la Guerra, como todo lo referente al traslado de los prisioneros a sus destinos.

¹⁶ Según reglamentos *ad hoc* de 16 de pluvioso, 19 de ventoso y 1 de termidor del año XI (C 18/64. Archive Général del Vincennes, en adelante, AGV)

en cortar una práctica que forzaba a la Administración militar a reponer lo indebidamente enajenado.¹⁷

2. Alojamientos. Calvo señala que un mes antes de pisar Ynsatun/Nefchâteau, en Montauban, donde estuvieron del 14 al 16 de agosto, “nos metieron –dice- a unos en un calabozo y [a] otros en un jardín”. Era lo corriente.

Una circular de 1802 del Ministerio de Administración de la Guerra determinaba que el acomodo de los prisioneros de guerra se hiciese en locales cedidos por los ayuntamientos, quienes debían suministrar también paja y lumbre para que los cautivos pudieran dormir, calentarse y cocinar. Se trataba de pajares, cárceles, edificios desamortizados en desuso, etc., cuya disponibilidad determinaba las paradas de las cuerdas de presos. Aymes indica que fue mera imprevisión la que determinó que a menudo los deportados tuvieran que dormir al raso,¹⁸ como en Montauban los civitenses; pero quizá también en esto, como en el caso de los suministros, hubiera algo más. Porque si la burocracia castrense no *podía* prever aspecto tan básico de la marcha, mucho menos dispuestas estarían las autoridades locales a disponer a su costa albergue adecuado para quienes la propaganda presentaba como bandidos. Según Galdós, los alojamientos solían ser pésimos: en Salces y Le Perthus, a los defensores de Gerona les tocaron sucias cuadras.¹⁹

3. Estado de ánimo y problemas disciplinarios. Baroja, al informar del estado de Ignacio de Arteaga, tras unos días tan sólo de caminar hacia su confinamiento en Borgoña, hace decir a este: “prisionero, hambriento, maltratado por la barbarie del invasor, no es de extrañar que el estado de mi espíritu fuera triste y decaído.”²⁰ Como el de los mirobrigenses, mal comidos y peor alojados. Por eso, de la larga parada en Montauban, Calvo reseña únicamente esto: “*cansado*”. Al fin y al cabo, los deportados mirobrigenses habían recorrido durante un mes de marcha continua unos 1.000 km, a una media por tanto de 31 km diarios.

¹⁷ “Acabo de ser informado –dice un responsable castrense- de que, pese a las medidas de castigo, prisioneros de guerra españoles han vendido a su paso por diferentes plazas efectos de ropa que les habían sido suministrados por Administración de la Guerra” (“Circular”, 30-VIII-1812, Ministerio de Administración de la Guerra, Oficina Administrativa, 3ª Sección, Vestuario. C 18/64, AGV)

¹⁸ Jean-René Aymes, ob. cit., p. 120.

¹⁹ Benito Pérez Galdós, “Gerona”, *Episodio Nacionales*, Madrid, Aguilar, 1973, pp. 831-832.

²⁰ Pío Baroja., *Por los caminos del mundo*, Madrid, Espasa Calpe, 1933, p. 12

Habían alcanzado Montauban partiendo de Orthez y Tarbes, prosiguiendo luego hacia el noreste y en dirección a Mirande y Mauvezin. Desde aquí, tras 4 jornadas de recorrido recto y llano, de unas 5 leguas/día, es decir, de 27,20 km, alcanzaron Brive-la-Gaillarde.²¹ De allí siguieron a Moulins, a través de localidades de muy insegura atribución en la *relación*, dejando muy a la derecha el áspero Macizo Central y en marchas más largas, aunque Calvo ya no vuelve a referirse al *cansancio*.²² Sin hablar francés en plena Francia profunda, contando sólo con el enteco prest y con ropa que delataba su condición a los naturales del país,²³ es lógico pensar que nadie albergara ideas de fuga. Aunque también es cierto que la atenuación de la vigilancia, con respecto a España, estimulaba la indisciplina.²⁴

Eso es lo que creó el 26 de agosto un gravísimo problema a los deportados: durante un día de descanso en Yher [quizá Ahun], “el general de la villa nos quiso diezmar²⁵-señala Calvo- y también diré la causa: a la vera del camino está un monte. Tenía bastante leña cortada y era de la billa. Cada uno llevaba una poca para hacer de comer. Es que llegáramos, nos la quitaron. Esta fue la causa”. Es decir, el robo de leña en un bosque comunal estuvo a punto de provocar algún fusilamiento. Al final, el jefe de la escolta disuadió al comandante local de llevar a efecto el diezmo, “pues tenía mucho dolor por nosotros” –testifica Calvo-.

Destino

²¹ Leguía y Gaztelumendi hace coincidir la realidad con la ficción cuando dice que Mayoral socorrió a sus antiguos convecinos con dinero, zapatos y camisas (Francisco Mayoral, *Historia verdadera del sargento Mayoral, natural de Salamanca, fingido cardenal Borbón en Francia, escrita por él mismo*, Madrid, Espasa Calpe, 1949, p. 37).

²² Muy lejos de España, se habían resignado a su suerte. Según Alarcón, los prisioneros españoles despertaron simpatía entre algunos franceses justo por esta actitud (Pedro Antonio de Alarcón, “¡Viva el Papa!”, *Obras Completas*, Madrid, Ed. Fax, 1942, pp. 105 y 157). La información archivística sobre el pacífico comportamiento de los españoles en la marcha es abundantísima: AF IV 1, 157, 167, 622; F7 3, 312 y 313; F7 6, 515, 518; F7 8, 370, 371, 396, 766, 767, 769 y 775 (Archives Nationales de París. En adelante, ANP). Asimismo, C7/18; XE 206, 42, 53/1, 56/1, 56/2, 61, 62, 69, s.a. 8, s.a. 10 y s. a. 20 (AGV)

²³ Tenían estos la obligación de denunciar a los fugados y recibían una recompensa por ello, caso de que fueran capturados: 25 ó 50 francos, según se tratase de un soldado o de un oficial. (“Circular núm. 62. Ministerio de la Guerra. 21-IX-1811 -C 18/64, AGV-)

²⁴ Atribuida en un informe del Ministro de la Guerra a la carencia de celo de los escoltas en la observancia de sus obligaciones y a su excesiva benignidad frente a las quejas o demandas de los cautivos (XE 209. AGV).

²⁵ Desboeufs cuenta la mecánica de un diezmo de prisioneros (CH. Desboeufs, *Souvenirs du capitaine Desboeufs*, París, Alphonse Picard et fils, 1901, pp. 157-159).

Salvado el trance, los deportados alcanzaron Moulins el 30 de agosto. Ese día, el Ministro de la Guerra informaba al de la Administración de la Guerra de que acababa de “ordenar la reestructuración de algunos depósitos de prisioneros de guerra y la formación de otros, a fin de proceder a la colocación de la guarnición de Ciudad Rodrigo.”²⁶ Su idea era suprimir el de Sémur, reducir en 800 hombres el de Auxerre, ampliar en 700 el de Amiens y en 620 el de Luxemburgo, colocar asimismo 800 en Rouen, otros tantos en Reims, 500 en Vitry-le François, 600 en Toul, 300 en Quesnoy y 300 en Avesnes. Sabemos que algunos oficiales mirobrigenses fueron también destinados a Autun y a Macôn y que otros oficiales y soldados fueron confinados en Nevers, Philipville, Charleroi, Bourges y Rocroy. Todo lo cual, aparte de perfilar la geografía de la cautividad civitatense, muestra que el tránsito por Francia de los otrora peligrosos rebeldes pudo hacerse en columnas diversas, encaminadas a lugares de confinamiento también diferentes, buscando su dispersión.²⁷

La columna en la que seguía Calvo dejó Moulins y, por Bourbon-Lanq Luzy, Autun, Nolay y Beaune, arribó el 7 de septiembre a Dijon,²⁸ plaza que funcionaba como centro de distribución de prisioneros. Partió luego hacia la ya citada Ynsatun/Neufchâteau -en cuyas inmediaciones Calvo se topó con un *ghetto* judío²⁹- y continuó hasta Toul: “aquí llegamos el 18 de septiembre. Estuvimos hasta el 20 de marzo de 1811”. Larga parada, pues, en uno de los depósitos nombrados en la carta del Ministro de la Guerra. Es obvio que no todos los civitatenses llegaron a él, pero es casi seguro que allí se internó a 600 durante medio año, en condiciones muy aceptables, a juzgar por lo que agrega Calvo: “el 16 de marzo [de 1811] nos espresan una orden de que bamos a trabajar. Pues parecía que a todos, con esto, les avía dado una calentura en ver que nos yvamos de la dicha villa de Toul, pues en ella nos allávamos vien”.

²⁶ Carta de 30 de agosto (C 18/64. AGV)

²⁷ C 18/64 y XE 2909. AGV. Asimismo, F7 8/372 y 8/396 (ANP).

²⁸ En la antigua capital de Borgoñoa estuvo Arteaga, que la consideró hermosa, monumental y algo aburrida. Calvo pasó en ella cuatro días y la describió así: “*Billa hermosa y gran plaza. Bien fortalecida de sus murallas y alrededores*”.

²⁹ Pese al avance de la Revolución en la superación del viejo problema de la discriminación judía, cerca de Ynsatun/Nefchâteau pervivía un *ghetto* en 1810. No otra cosa significa lo anotado por Calvo: “tam[b]ién hay un pueblo mediatto a ella que todos sus vecinos son judíos, pues el que pillan dende que se pone el so[l] en la villa adelante, lo castigan con mucha pena”.

Y es que Napoleón acababa de decidir emplear en trabajos públicos a los prisioneros de guerra españoles. Un decreto de 23-II-1811 ordenaba crear con ellos 30 batallones, “para emplearlos en trabajos de fortificaciones y de puentes y caminos”, y en el verano siguiente dispuso la organización de otros 15.³⁰ Trataba de castigar la persistente rebeldía hispana y de suplir también la carencia de mano de obra provocada por sus continuas levadas. Ignorantes de ello, el 20 de marzo los presos civitatenses dejaron atrás Toul y, siguiendo dirección norte, cruzaron Thionville y Luxemburgo. Entraron en la Bélgica anexionada a Francia por Saint Hubert y continuaron luego hasta Namur por March-en-Famenne y Ciney. Se aproximaban a destino. Salieron de Namur el 1 de abril,³¹ pasaron luego por Lovaina y Malinas y arribaron el día 4 a Amberes, plaza integrada en la División Militar 24, con cabecera en Bruselas, perteneciente al departamento de Deux-Nethes. En nueve meses, desde el 11 de julio de 1810 al 4 de abril de 1811, habían recorrido unos 2.100 km.

Sobre Amberes, Calvo se muestra escueto, como siempre: “gran villa, la baña un brazo de mar que transitan los barcos y nabíos, donde iba el mar a la dicha villa”. Bernardo José, que pasó por la ciudad a finales de agosto de 1700, fue algo más explícito, sobre todo respecto a sus cualidades militares, coincidiendo con Calvo en apuntar el curioso fenómeno de captura fluvial que el Escalda y el Mosa ejecutan en Amberes, así como la existencia del estuario en cuyo fondo está enclavada la ciudad,³² y del que brota una delgada lengua de tierra que se ensancha en la península de Walcheren-Beveland.

³⁰ La Circular núm. 271 del Ministerio de la Guerra, 1er. Buró/Prisioneros de Guerra Extranjeros, de 18-V-1811 (AGV) daba cuenta del desarrollo reglamentario del decreto, tanto respecto al funcionamiento y administración de estos batallones, como respecto a los depósitos de prisioneros de guerra en general.

³¹ La entrada de la *relación* de 31-III- 1811 señala: “Gran villa. La baña un río muy grande. Villa de pesca, de mugeres puestas por el Rei”. Es lástima que el laconismo, y quizá también el pudor, no permitieran a Calvo ser más explícito.

³² “Situada en bella llanura a la orilla del río Escalda, que con el flujo del mar suben las más grandes embarcaciones; está rodeada de muralla y con un foso de agua largo y profundo. La muralla es la mejor que hemos visto, hecha de ladrillo de buena altura y terraplenada y muy larga [...] En la parte del mediodía se ve la nombrada Ciudadela [...] su forma es a cinco baluartes, con bello foso de agua [...] Dentro consiste en una plaza de la misma forma, donde están alojados los soldados” (José Luis Amorós y otros, *Europa 1700. El ‘Grand Tour’ de Fernando José*, Barcelona, Serbal, 1993, pp. 268-269).

Mal sitio.³³ Napoleón había ordenado emprender allí grandes obras de canalización y sus convertir a sus astilleros, junto con los de Texel y Flesinga, en centro fundamental del esfuerzo de reconstrucción de la flota imperial; mandó también ampliar y securizar su puerto y pretendía incluso hacer de toda la desembocadura del Escalda un gran campo fortificado.³⁴ De ahí que a partir de 1811 fueran destinados forzosos a trabajar allí varios batallones de prisioneros españoles, cuyo comandante hasta el final de la guerra fue el coronel de Ingenieros-Director de Fortificaciones, Sabatier, que coordinaba los campos de trabajo sitios en Amberes y en diversos puntos de Walcheren, singularmente Flesinga.

Condición de vida de los prisioneros

Las competencias sobre prisioneros de guerra se hallaban parceladas entre los Ministerios de la Guerra y de la Administración de la Guerra, dirigidos durante el tiempo de la deportación civitatense a Francia por Clarke, en el primer caso, y por Lacué y Daru en el segundo. Correspondían al primero la formación, gestión y reorganización de los depósitos de prisioneros, así como el mando de la gendarmería de vigilancia. Por su parte, al segundo le estaba reservado el mantenimiento de los prisioneros en tránsito y algunas atribuciones en la gestión de los campos de trabajo y la distribución en ellos de los deportados.³⁵

Las interferencias entre ambos departamentos las resolvió a menudo en la práctica la administración militar periférica, constituida por las divisiones o distritos militares. A su frente se hallaba un general u oficial superior y, en su directa dependencia, los gobernadores de plaza; bajo ellos, por lo que atañe a los prisioneros de guerra, se encontraban los directores de obras y comandantes de depósito, procedentes de Ingenieros. Esta cadena de mando, cuyo nódulo central era la Sección de Prisioneros de la V División del Ministerio de la Guerra, hizo frente al alud de cautivos producida por las guerras napoleónicas.

³³ Según Morvan, “Walcheren y Rochefort igualaban a Cabrera” (Jean Morvan, *Le soldat imperial (1808-1814)*, París, Plon, 1914, vol. II, p. 397)

³⁴ Vid. Conde de Las Cases, *Memorial de Napoleón en Santa Elena*, México, FCE., 1990, pp. 434-439; Ph. Masson, “Anvers”, en Jean Tulard, *Dictionnaire Napoléon*, París, Fayard, 1995, pp. 101 y ss. y Adolphe Thiers., *Historia del consulado y del Imperio*, Madrid, Mellado Editor, vol. VIII, 19148, pp. 123-124.

³⁵ Thierry Lentz, *Dictionnaire des ministres de Napoléon*, París, Christian/Jas, 1999, p. 67.

Pues bien, del 27 de marzo al 15 de abril de 1811 llegaron a Amberes sucesivas columnas de deportados españoles, a cuyos miembros se organizó en 7 batallones, de 4 compañías de a 100 hombres cada uno -2.800 en total-. Por la fecha en que Calvo dice haber llegado a Amberes -4 de abril- hay que suponer que él y sus 600 compañeros salidos de Toul fueron adscritos al 4º y 5º batallones, cuyos integrantes arribaron a la plaza entre el 2 y el 9 de abril,³⁶ pero es probable que también se destinase a otras unidades a un buen número de civitatenses procedentes de otros depósitos de tránsito.

Equipar, poner al trabajo y administrar a esas unidades laborales era tarea complicada, para la que no se disponía en Amberes ni de medios ni de directivas concretas en algunos particulares. El mando de ingenieros tuvo pues, que improvisar,³⁷ pues faltaban incluso los acuartelamientos necesarios. Se acabó ubicando a la mayoría en dos grandes conventos desamortizados de Amberes: el de los Dominicos y el de Sta. Isabel; el resto fue distribuido en dos granjas próximas, sitas en Borecht y Swindrecht.³⁸

Desde su llegada a la plaza, el equipamiento y el mantenimiento de los prisioneros tuvo que asumirlos la Dirección de Fortificaciones, debido a que no estaban listos ni el plan de trabajo ni sus previsiones presupuestarias. Cuando se suplieron las deficiencia, los trabajos ofrecieron resultados notables: a fines de 1811, se habían puesto a punto los acuartelamientos de los prisioneros y se habían realizado mejoras en los fuertes, bastiones y murallas de Amberes, en el glacis de la Ciudad Nueva, en los puentes y puertas de la plaza, y en la cuenca del Escalda. Todo ello a pesar de que un batallón fue cedido a la Subdirección de Flesinga y de que la mayoría de los hombres había llegado a Amberes en estado deplorable en lo tocante a sanidad y equipo –muchos de ellos “sin zapatos, sin camisas y cubiertos de miseria”-

³⁶ Documentación enviada a la División Militar bruselense por el coronel Sabatier, 17-X-1812. XE 209. AGV.

³⁷ Existía, sin embargo, una “*Instrucción del Ministro de la Guerra sobre Administración de los batallones de prisioneros de guerra empleados en obras de fortificación*” (C 18/64. AGV). Dictada en marzo de 1811, era coetánea a la decisión de convertir en trabajadores a los prisioneros de guerra. Vid también el “Reglamento para el reparto, policía y mantenimiento económico de los prisioneros de guerra empleados en trabajos del Estado o de particulares”, Ministerio de la Guerra, 12 de Brumario, año XIV y “Reglamento sobre prisioneros de guerra”, Ministerio de la Guerra, 6 de vendimiario, año XIV (C 18/64. AGV).

³⁸ Carta del Subdirector de Fortificaciones de Amberes al Ministerio de la Guerra, 17-III-1811. XE 209. AGV.

obligando a hacer inmediatos adelantos para su alimentación, vestuario y hospitalización.³⁹ La Dirección consideraba que lo prioritario era favorecer el bienestar de los presos y provocar así su interés por el trabajo.

Desde luego, con la llegada a Amberes, el estado de los hombres había mejorado en términos reales. No lo hizo, sin embargo, en términos contables, pues para pagar los gastos hechos a su favor por la Dirección de Fortificaciones se gravaron con fuertes retenciones no sus ganancias efectivas, pues las primeras semanas no trabajaron, sino las futuras. Pero cuando estas llegaron y se practicaron las retenciones, los prisioneros quedaron frustrados y se mostraron muy renuentes al trabajo, incumpliendo sus obligaciones y corriendo con ello el riesgo de ver reducidas las pagas y la capacidad consiguiente de proveerse de subsistencias y equipo.

Así pues, los batallones de Amberes se encontraron endeudados con respecto a la Dirección desde el principio, y esta se encontró con el correspondiente déficit. En cualquier caso, el suministro de los prisioneros españoles en Amberes tenía el siguiente perfil: se les entregaba diariamente libra y media de pan de munición – “probablemente insuficiente”, reconocía Sabatier-, y media libra de carne, dos dedos de pan blanco, sal, legumbres secas y una libra de aceite para cocinar la *sopa* o rancho.⁴⁰ Menos el pan munición, todos esos productos los tenían que comprar la presos en los almacenes del depósito, aunque a veces también los compraban a proveedores que se acercaban a los depósitos.

La jornada de un prisionero trabajador estaba pautada de la siguiente manera: a las 4,30 de la madrugada se producía el redoble de tambor de diana y, a las cinco, tras

³⁹ “Estado contable de los prisioneros españoles de Amberes, remitido a la superioridad por el Director de Fortificaciones”, 6-V-1881 (XE 209. AGV) Asimismo, “Informe sobre los siete batallones de prisioneros españoles empleados en las fortificaciones de la plaza de Amberes”, 1-VII-1811 (XE 209. AGV). En lo tocante a ropa, los prisioneros tenían derecho a dos camisas de tela, una chaqueta larga con solapas cruzadas, un pantalón, un gorro de punto o de badana, dos pañuelos, un saco para sus pertenencias y un capote, piza esencial esta para resguardarse del frío y para “ser utilizada como mantas por la noche” (“Instrucción del Ministerio de la Guerra sobre a administración de los batallones de guerra empleados en las obras de fortificación”. XE 209, AGV)

⁴⁰ “Acta de contratación de víveres, material de cama y calefacción para los prisioneros de guerra”, que abarca de julio a diciembre de 1811 y “Estado de contabilidad” de abril y mayo de 1811. Amberes. (XE 209 AGV). Ocasionalmente, en le dieta de los prisioneros también figuraba el arroz (“Balance de contabilidad enviado por el Director de Fortificaciones de Amberes a la superioridad”, de abril de 1811 (XE 209. AGV)

otro toque de llamada, todo el mundo partía hacia los tajos. Allí se pasaba la primera lista del día. A las ocho había media hora de descanso, que se utilizaba para comer parte de la ración de pan. Luego otra larga sesión de trabajo y, a mediodía, dos horas para dar cuenta de la *sopa*, cocinada en los tajos por los propios cautivos. Tras esta pausa continuaba la faena y, a las 18,30, se producía otro descanso. A las 19, una vez pasada una nueva lista, se volvía en formación al cuartel, donde se tomaba la *sopa* de la tarde, preparada por los hombres destinados a cocina, pero guisada, como la de mediodía, en marmitas alquiladas a los cautivos a razón de 0,122 fr. por día y grupo de 30 hombres. Después de este rancho y, tras una pequeña pausa, se pasaba la última lista. Los prisioneros disponían entonces de tiempo libre hasta las ocho y media, hora de llamada y recuento obligatorio previo al descanso.⁴¹

En los desplazamientos y durante el trabajo, los batallones eran supervisados por personal de ingenieros. Pero de la seguridad propiamente dicha se encargaban “gendarmes destacados en los batallones para su policía”, que no cobraban ningún suplemento de sueldo por este servicio, a diferencia de los oficiales y suboficiales de ingenieros por los suyos, cuyo montante corría a cargo de los prisioneros. Diariamente, el jefe de cada batallón redactaba una *orden del día* con “todo lo referente a administración, trabajos, disciplina, policía y conducta a observar por los prisioneros en sus trabajos”. Para facilitar las cosas, en cada depósito existía un intérprete y carteles en las paredes con la información necesaria sobre administración, normas y castigos, precios de los efectos entregados o por entregar y “resultados de las *toisés* [evaluaciones] de los trabajos, porque así cada prisionero sabía lo que había hecho y el pago que le esperaba”.

La unidad laboral era la compañía, dedicada, según los casos, a trabajos de remoción de tierras, saneamiento de terrenos, construcción de diques, dársenas y esclusas y faenas de todo tipo en talleres, astilleros y arsenales. La *toisé* del trabajo se hacía también por compañías, igual que el reparto de la ganancia obtenida por cada preso, calculada en base a la diferente forma de prestación laboral: a destajo, o simplemente a pago por día trabajado. Sobre esas ganancias, cuyo nivel lo fijaba el comandante de Ingenieros, se llevaban a cabo los descuentos o retenciones para pagar el suministro

⁴¹ C 18/64 AGV. Formalmente, la distribución del tiempo era similar a la de los campos de concentración alemanes. Quien faltaba a las listas –decía tajante un informe de Sabatier a París– no recibía ni pan ni prest.

de equipo, alimentación, hospital y calefacción. Quienes no alcanzaban un nivel de rendimiento mínimo, no recibían nada.

Una cuestión que inquietaba por igual a los presos y a la Dirección de Fortificaciones era la de la sanidad, porque dado el estado en el que los españoles llegaron a Amberes, hubo que hacer frente a un alto nivel de gasto hospitalario. Según Sabatier, el volumen de enfermos superaba en los primeros tiempos el 10% de los efectivos y el porcentaje era aún mayor en los dos batallones situados fuera de Amberes. Aún así, los prisioneros españoles pudieron ir tirando, pese a las abundantes afecciones de garganta, pulmón y piel con las que llegaron a Amberes; mostraron incluso más resistencia que muchos campesinos belgas contratados para los mismos trabajos, cuyo número de enfermos excedía normalmente al de los españoles “pues la mayor parte –indicaba Sabatier-, duerme en las mismas obras, en barracas construidas por ellos mismos, mientras que los españoles, salvo el 7º batallón, están al abrigo durante la noche en un buen local.”⁴²

Con todo, el que más de un 10% de los españoles fuera inútil para el trabajo durante meses se debía a muy ajustada alimentación, a las déficits de vestuario y de equipo –incluido el de dormir- y a la dureza de trabajos hechos al aire libre en un país húmedo y frío. Además, durante bastantes meses, no hubo en Amberes ningún oficial de sanidad encargado de atender a los españoles, pese a que era imprescindible un facultativo para discriminar a los prisioneros enfermos de los que sólo pretendían escapar del trabajo fingiendo estarlo, así como para evitar los riesgos derivados de tratar en el cuartel a los infecciosos que no podían ser acogidos en el hospital.⁴³

Hay que decir que la atención hospitalaria fue aceptable. Más reducida de lo que hubiera sido preciso, porque el Estado se negaba a correr con los gastos de hospitalización de los prisioneros españoles, a diferencia de lo que hacía con los obreros civiles empleados por los Ingenieros, siendo una demanda constante de la Dirección de Fortificaciones de Amberes el establecimiento de la equiparación. Y es

⁴² Carta de Sabatier al Ministro de la Guerra. 1-IV-1811. Amberes (XE 209. AGV). El 7º batallón era el de Swindrecht.

⁴³ Para desalentar los casos comprobados de emboscamiento de los prisioneros sanos en el hospital, los ingenieros a veces tomaron la salomónica decisión de reducir dieta y prest a todos los cautivos, debilitando así tanto a enfermos reales como a los meramente renuentes al trabajo.

que, aunque cada batallón asumía colectivamente el gasto hospitalario de sus enfermos, ninguno logró en 1811 y 1812 hacerle frente con el solo producto de las retenciones sobre las ganancias de los presos, debido al endeudamiento contraído con la Dirección de Fortificaciones nada más llegar a Amberes. En definitiva, la hospitalización de los deportados españoles era un contratiempo para la Dirección, y no sólo porque tendiese a fijar su déficit presupuestario, sino también por el retraso que ocasionaba en las obras.

En cuanto a este particular, una queja habitual dirigida por Sabatier al Ministerio de la Guerra era la de la mala selección de los prisioneros para el trabajo que tenían que realizar. Muchos estarían incapacitados por su debilidad y otros, procedentes de la sublevación de España y de la sedición danesa de La Romana, lo estarían por su “espíritu de indisciplina y rebelión”. Sin embargo, los cautivos españoles cometieron pocas faltas, castigadas, eso sí, severamente.⁴⁴ Hubo tan sólo un caso de pena de muerte, aplicada a un prisionero acusado de golpear a un oficial. Sabatier, en carta al Ministro de la Guerra, defendía la *oportunidad* de la medida, que habría mucho a mantener el orden; y concluía su misiva con una observación interesante: “estoy muy contento de los oficiales; muestran celo y firmeza.”⁴⁵

Gestión de los campos de trabajo

Pese al esfuerzo de los Ingenieros, los españoles no ganaron lo suficiente para cubrir “los gastos de una organización en la que había que pagarlo todo con el producto del trabajo”, cronificándose su deuda con la Dirección y el déficit presupuestario de esta.

Varios factores explicaban la situación.⁴⁶ El primero, el clima de la región, que rebajaba a menos de 100 el número anual de jornadas laborales. El segundo, los altos

⁴⁴ En un cuatrimestre de 1811 un prisionero fue condenado a varios meses de cárcel por el robo de un reloj; otros dos hombres a seis por merodeo; otro a 3 años por desobediencia a un oficial y un desertor a 6 años de grilletes.

⁴⁵ Carta del coronel Director de Fortificaciones al Ministro de la Guerra. 26-VI-1811. Amberes (XE 209. AGV) Como puede verse en los expedientes personales del personal de Ingenieros de Amberes, el mando les reconocía extraordinarias cualidades de celo, moralidad y preocupación por los prisioneros, pese a que algunos habían sido gravemente heridos en la Guerra de España. (Expedientes del personal remitidos la División de Ingenieros y al División Militar 24. 12-III-1813. XE 209, AGV)

⁴⁶ “Informe del Subdirector de Fortificaciones de Amberes remitido a París”. 28-IX-1812. (XE 209. AGV)

costes de hospitalización.⁴⁷ Y el tercero -desde 1812-, la simultaneidad entre estabilidad de las ganancias de los cautivos e incremento de los precios de las mercancías que consumían. De lo segundo era responsable la propia inflación que la guerra venía provocando;⁴⁸ pero además, el aumento del número de cautivos a disposición de los contratistas –como efecto de las campañas imperiales de 1812 y 1813- contribuyó a la caída de los salarios, impulsada también por la debilidad de unas finanzas imperiales que, tras el ataque a Rusia, ralentizó las obras en Amberes y elevó el *paro técnico* de parte de los prisioneros.

Pese a lo cual, los Ingenieros decían sentirse satisfechos: los españoles habían vencido su “natural aversión al trabajo” y “su carácter distraído, discutidor y perezoso.”⁴⁹ Lo cierto es que los 6 batallones presentes en la plaza en febrero de 1812⁵⁰ formaban sólo con un efectivo de 1.224 hombres: 158 habían seguido a los reclutadores de Kindelán, abrazando la causa de José I;⁵¹ 469 habían sido devueltos a sus cuarteles por debilidad física -en torno a 1/5 de los hombres disponibles-; 81 habían desertado; 103 habían fallecido –casi un 5%-; 44 habían sido trasladados a otros batallones y 5 estaban en prisión. Según Sabatier, la mayoría de bajas en la fuerza laboral se explicaban en último extremo por la existencia de raciones alimenticias “insuficientes para obreros como ellos” y por las deficiencias de un sistema cerrado en sus dificultades. No en vano, los batallones seguían endeudados con la Dirección aún en 1813;⁵² salvo el 4º, que no tuvo días en blanco, por trabajar a cubierto, y que casi siempre fue empleado bajo el sistema a destajo y no de pago por jornada.

La situación de Flesinga y la de los comandos laborales dependientes de su Subdirección era bien distinta. La razón -según los informes de Sabatier a París- era

⁴⁷ “Documentación en viada por el coronel Sabatier a la División Militar de Bruselas sobre administración de los siete batallones de prisioneros españoles de Amberes”. 17-X-1812 (XE 209, AGV). Según los Ingenieros, los cautivos españoles eran “enclenques” o no habían sido elegidos adecuadamente para el trabajo que tenían que prestar.

⁴⁸ Así lo muestran los “Mercuriales de los precios y del peso del pan” de Amberes, correspondientes a 1812 (XE 209, AGV).

⁴⁹ Según un informe del Director de Fortificaciones de Amberes enviado a París. 18-II-1812 (XE 209, AGV)

⁵⁰ El 3º había sido destinado a Amberes el año anterior.

⁵¹ XL 38 y XL 39, AGV.

⁵² Escrito de la VII División del Ministerio de la Guerra. Oficina de Material de Ingenieros. 1813 (XE 209, AGV). Al batallón núm. 4 perteneció presumiblemente Cipriano Calvo, el autor de la relación sobre el *itinerario* a Amberes.

que los prisioneros en Amberes, con independencia de su rendimiento laboral, eran atendidos en el hospital y recibían de la administración “su equipo y sus raciones de pan blanco, *sopa*, pan de munición, carne, legumbres y sal”, mientras que en Flesinga sólo recibían el pan”. En cuanto a las pagas, en Amberes los presos recibían un dinero proporcional a su rendimiento, pero de naturaleza simbólica, evaporado pronto por las retenciones que se les hacían para su suministro, con lo que el estímulo era parvo. En Flesinga, sin embargo, los cautivos obtenían ganancias significativas, con las que adquirían lo necesario para su mantenimiento -salvo el pan-, viéndose así obligados a trabajar intensamente para subsistir. El resultado era –según Sabatier- que los prisioneros de Flesinga cumplían las tareas marcadas, parecían satisfechos de sus salarios y los contratistas los preferían incluso a los trabajadores libres para realizar faenas pesadas como cavar, remover tierras o drenar terrenos. Además, en Flesinga los prisioneros estaban interesados en el trabajo a destajo, porque obtenían más ganancias con este sistema que con el de pago por jornada -este era en Flesinga sólo 1/7 de total- y la administración pagaba sólo las obras hechas realmente.⁵³

En consecuencia, Amberes tenía déficit y Flesinga no. Y lo que es más importante, en esta última plaza hubo al principio pocas hospitalizaciones. La razón no era la superior fortaleza de los hombres o su satisfacción con el sistema seguido, sino en la existencia -a diferencia de Amberes- de un médico encargado de filtrar la entrada en el hospital y de atender en los depósitos a enfermos o accidentados en las faenas, lo que era infinitamente más barato que el hospital. Incluso, el buen resultado de los trabajos facilitó la retirada de los tajos de quienes, por enfermedad o defecto de constitución, no eran útiles. Refiriéndose al 9º batallón, decía el Subdirector de Flesinga en un informe a sus superiores: “los españoles mueren en menor número y tienen proporcionalmente menos enfermos hospitalizados que las tropas de la guarnición.”⁵⁴

⁵³ Correspondencia de Sabatier. Carta de 21-VI-1811. Sabatier achacaba también parte del éxito de Flesinga a las generosas primas que oficiales y suboficiales allí destinados cobraban por vigilar y dirigir el trabajo de los prisioneros, lo que evitaba discontinuidades en su realización (Correspondencia de Sabatier sobre pagos a personal destinado en los batallones de prisioneros de guerra. Junio y Julio de 1812 –XE 209, AGV-)

⁵⁴ “Informe sobre situación y administración de los trabajadores españoles”. Flesinga. 1-X-1811 (XE 209, AGV)

Incluso la *aversión natural* de los españoles al trabajo habría sido vencida, consiguiéndose un orden casi perfecto. La Subdirección de Fortificaciones de Flesinga pudo mostrarse benévola al estimar como mero achaque de ignorancia un grave -y único- delito de insubordinación en 1811. Los españoles, pues, parecían “felices y contentos y se conducían como las tropas mejor disciplinadas.”⁵⁵ Con todo, las estancias hospitalarias, escasas en 1811 -1 en abril, 8 en mayo y 2 en junio-, se dispararon en 1812 a 75 en agosto y a 114 en octubre, lo que respondía a la creciente insuficiencia de suministros causada por la inflación y al fuerte ritmo de trabajo, causante del progresivo agotamiento de unos presos que no percibían con claridad el mecanismo de su explotación económica.

Entre la lógica de gestión burocrática de Amberes y la más *capitalista* de Flesinga, el Ministerio de la Guerra parecía optar por la segunda. Flesinga y los depósitos de Ramaskines y Terveer, integrados en su Subdirección, comenzaron a recibir un número mayor de prisioneros. A aquella zona se había destinado ya en mayo de 1811 el 3er. batallón de Amberes, y allí fueron a parar también 5 de los 15 nuevos batallones de españoles organizados a partir del verano de aquel año. Amberes siguió siendo hasta el final, sin embargo, cabecera administrativa de los depósitos extendidos por Brewskens, Middelbourg, Kamekend, Helder, Terveer, Ramaskiens y la propia Flesinga.⁵⁶ Pero al remitir a París la contabilidad de los batallones a su mando directo en Amberes, correspondiente a finales de 1812, Sabatier indicó que si permanecían allí en 1813 serían muy onerosos, “habida cuenta de las pocas obras a ejecutar ya en la plaza”, mostrándose partidario, por tanto, de la conveniencia de reestructurarlos y de enviar una gran parte a Flesinga.⁵⁷

⁵⁵ “Informe del Jefe de Batallón y Subdirector de Fortificaciones sobre administración y estado del 9º Batallón de trabajadores españoles”. Final del 2º trimestre de 1811 (XE 209, AGV) Asimismo, Correspondencia entre el Subdirector de Fortificaciones de Flesinga y el Ministerio de la Guerra sobre el reglamento provisional de prisioneros de guerra empleados en los trabajos de la plaza”. 3 y 21-IV-1811 y 9-V-1811 (XE 209 AGV)

⁵⁶ “Revista de los batallones de prisioneros españoles de la Subdirección de Flesinga”. 1-VII-1812 (XE 209. AGV)

⁵⁷ “Todos los medios extraordinarios puestos a mi disposición deben trasladarse este año a Flesinga” (Carta de Sabatier al general del División Militar 24. 18-III-1813. -XE 209. AGV-). Como afirma el fingido Mayoral, “en aquel tiempo todos los depósitos de prisioneros puede decirse que eran ambulantes, pasando de continuo de uno a otro” (FRANCISCO Mayoral, ob. cit., p. 120)

Pero al rigor climatológico de Walcheren, donde estaba enclavada la Subdirección de Flesinga y donde los cautivos estaban instalados en pobres barracones de ladrillo, había que añadir el derivado de la dureza de los trabajos que allí se realizaban, consistentes en drenaje de tierras y construcción de diques y esclusas, entre otros.⁵⁸ La experiencia aconsejaba, pues, según el Ministerio de la Guerra, “mantener en los trabajos de Walcheren a prisioneros ya aclimatados y no emplear en lo posible a hombres nuevos, que no tardarían en sucumbir a la influencia del clima”. No en vano, desde el otoño de 1812 las obras de Flesinga acabaron ocasionando tantos enfermos e incapacitados para el trabajo, que el Ministerio, para “prevenir enfermedades y evitar gastos extraordinario de hospital”, decidió retirar del trabajo “un gran número de prisioneros de guerra imposibilitados para ello.”⁵⁹

En conjunto, la fuerza laboral real de los batallones de españoles de Amberes y Flesinga quedó reducida en 1813 a 2.068 hombres.⁶⁰ Los batallones 4º y 6º permanecían en Amberes, junto con los cuadros del 7º y el 27º, pero el resto, hasta seis, se hallaban en Walcheren. El más rentable sistema de Flesinga era el responsable.

La liberación

Dada la evolución de la guerra, sin embargo, todo el espacio del que Amberes era cabeza administrativa podía convertirse en objetivo aliado.⁶¹ Pareció entonces útil endurecer el régimen de control sobre los prisioneros, aunque el problema era que la recia gendarmería de vigilancia, llamada a ejercer tareas auxiliares en los frentes, comenzó a ser sustituida por la Guardia Nacional, compuesta de veteranos y dependiente de las prefecturas civiles.⁶² De ahí que, para compensar esa carencia y securizar los depósitos, se intentase mejorar algo la condición de vida de los

⁵⁸ “Informe del Director de Fortificaciones de Amberes al Ministerio de la Guerra”, 31-VIII-1811 (XE 209. AGV)

⁵⁹ Respuesta a una consulta del coronel Sabatier. Oficina de Material de Ingenieros. VII División del Ministerio de la Guerra. 31-VIII-1811 (XE 209. AGV)

⁶⁰ XE 209. AGV.

⁶¹ Por eso el Ministerio de la Guerra había concedido en 1813 a Amberes un suplemento presupuestario de 450.000 para terminar trabajos en las murallas y fuertes de la plaza. (“Comunicación de la VII División del Ministerio de la Guerra al Director de Fortificaciones de Amberes”, 23-IV-1812, XE 209 (AGV).

⁶² “Minuta de la Secretaría de Estado”, 15-XII-1813 (C 18/64). La gendarmería era necesaria en tareas auxiliares en los frentes.

cautivos.⁶³ Pero las medidas adoptadas no bastaron para cortar cierta resistencia pasiva, denunciada por los ingenieros como *vagancia* o *impericia técnica* de los españoles. El merodeo tendió a crecer y el rendimiento laboral a disminuir.⁶⁴

No consta, sin embargo, la existencia de incidentes en Amberes, aunque sí hubo alguna protesta reglamentaria en Flesinga, tolerada por la administración.⁶⁵ Pero eso era una cosa y otra distinta los planteos laborales, que menudearon desde 1812 en Texel, Helder y Flesinga, en reivindicación de víveres y pago de atrasos o como mera expresión del rechazo ante disposiciones como la que ordenaba que a partir del 1 de enero de 1813 se redujera la ración de pan a los prisioneros, aunque aumentándoles las de legumbres y sal.⁶⁶ Era un mal cambio, ya que el pan lo recibía cada prisionero, pero no así las legumbres, que se repartían a los encargados de preparar *la sopa* en cada batallón; además, la reducción del aporte de los hidratos del pan estimuló sin duda la sensación de hambre en los prisioneros.

Desde el otoño de 1813 la tensión era visible en los depósitos.⁶⁷ No tenía, pues, mucho valor la seguridad mostrada por Sabatier, en diciembre de ese año, en la respuesta a una consulta del Ministerio de la Guerra: “yo vigilo con cuidado a los españoles –decía el coronel- y hasta el presente no he visto entre ellos más que docilidad y sumisión.”⁶⁸ Puede. Pero faltó el tiempo para comprobarlo. En abril de 1814 el gobierno provisional de Luis XVIII decidió que, “para poner fin al flagelo de la guerra y reparar en lo posible sus terribles resultados”, todos los prisioneros de

⁶³ Ya en la segunda mitad de 1812 se había elevado de 1,90 a 2,85 fr. por trimestre la “prima de trabajo” (“Circular núm. 207”, de 13-V-1812, ajustando pagos de suministros para prisioneros de guerra. C 18/64. AGV).

⁶⁴ Aymes recopila la información sobre resistencia activa o pasiva de los españoles (Jean René Aymes, *Ibid.*, p. 258 y ss.). Sobre la inclinación *españolista* de los desafectos al bonapartismo, vid. Chateaubriand, *Mémoires d’Outre-Tomb*, París, Gallimard, 1951, Bibl. de la Pléiade, vol. II, livre XXIX, pp. 188-189).

⁶⁵ 10 españoles se quejaron de la falta de equipo reglamentario, de la imposibilidad de acceso al hospital y de que los contratistas privados les adeudaban 602 jornadas de trabajo (XE, 209. AGV).

⁶⁶ “Circular núm. 268”, de 31.XII-1812, dirigida por el Director de la Administración de la Guerra, conde de Cassac, a los comisarios ordenadores de pagos de las divisiones militares (XE 209, AGV).

⁶⁷ Entre los oficiales, “las fugas se hicieron tan frecuentes, que el gobierno francés tuvo que tomar severas medidas para impedirlo” (Pío Baroja, *Ibid.*, pp. 17, 31, 37-40).

⁶⁸ “Consulta de la VII División del Ministerio de la Guerra”, 21-XII-1813 y “Respuesta del Director de Fortificaciones de Amberes”, 27-XII-1813 (XE, 209. AGV).

guerra fueran puestos “a disposición de sus potencias respectivas.”⁶⁹ El camino de vuelta a Ciudad Rodrigo estaba abierto para los supervivientes.

⁶⁹ “Circular núm. 14 del Ministerio de la Guerra”, 13-IV-1814. C 18/64. AGV.

*ANALOGÍAS Y DIFERENCIAS EN LA SITUACIÓN DE PORTUGAL Y DE
ESPAÑA DURANTE LA GUERRA PENINSULAR ENTRE 1811 Y 1814*

Luís A. de Oliveira Ramos
Universidade do Porto

En el año 1811, debido a la enfermedad mental de su madre, la Reina Maria I, el Regente de Portugal D. João, el futuro Juan VI, imperaba en Portugal y en su Imperio Ultramarino desde Río de Janeiro, Brasil. En Europa, el reino estaba a cargo de una Regencia establecida por el Príncipe y que dependía de él, en la que tuvieron asiento el embajador inglés en Lisboa y el Comandante en Jefe de las tropas anglo-portuguesas que combatían contra los ejércitos galos del mariscal Masséna. Teniendo en cuenta la distancia entre Lisboa y Río de Janeiro, contaban con regentes de autonomía, aunque limitada, para las cuestiones de fondo. En su día a día, en ella preponderaban los ingleses, gracias a su presencia militar y asistencial.

En España, como bien sabemos, Napoleón tomó el poder en Bayona, una vez reunidos allí Carlos IV, que había abdicado en su hijo Fernando VII, y les obligó a abdicar de la corona, tomándoles como prisioneros. Para sustituirlos, por decisión imperial, José Bonaparte se instala en el trono de la nueva monarquía satélite, a quien el emperador otorga la Constitución de Bayona, análoga a otras constituciones napoleónicas, es decir, con algunas disposiciones progresistas del legado de la Revolución Francesa. Los “afrancesados” españoles están del lado de los napoleónicos.

Por su parte, los españoles, frente al intercambio de monarcas, estaban indignados y se levantaron en armas y convicciones contra la insidia de su aliado francés. Proliferaron las juntas de insurgentes y, no sin dificultades, se formó una Junta Central, se convocaron elecciones para redactar una constitución, se formó una regencia y se pensó reformar el estado según los principios heredados de la gran revolución parisina.

Así pues, en la España de 1811 hay dos poderes en la cumbre de la monarquía: uno, José I, el otro, la Regencia de Cádiz, ciudad en la que funcionaban las Constituyentes y sede del ejecutivo, cuyo rey legítimo era Fernando VII, aislado en Francia por Napoleón tras forzarle a abdicar.

Los ejércitos de España que participaban en la invasión de Portugal al lado del general Junot abandonaron el país en junio de 1808, no sin antes incitar a los portugueses a la rebelión, comulgando, al igual que otros cuerpos de esos ejércitos, con el levantamiento contra los franceses, a los que de pronto combatían. Al lado del ejército regular, tanto en España como en Portugal, los militares se unieron a las Juntas.

Además, los pueblos se organizaron en bandos de guerrillas que luchaban ferozmente con los invasores durante los ataques de Soult y Massena en Portugal y durante toda la Guerra de la Independencia en España.

Posteriormente, en abril - mayo de 1810, se formaron Juntas en las colonias españolas, donde también había un anhelo de independencia, ya antes asumido insurreccionalmente en Brasil, tanto en Minas Gerais (1789) como en Baía (1806) e incluso en Goa (1788), en el lejano Oriente. Las revueltas en el ultramar portugués no tuvieron consecuencias, pero la de Goa fue duramente reprimida por la corona y la revolución minera formuló, en su origen, el deseo de independencia de Brasil, proclamada por el heredero del monarca portugués (después Pedro IV de Portugal), cuando era ya el emperador brasileño Pedro I.

Por el contrario, las insurrecciones en el Imperio americano español, aunque fueron rechazadas o combatidas por España, condujeron a movimientos que resultaron en la independencia de varios países.

En el ámbito militar resulta curioso comparar los relatos de la guerra peninsular en la historiografía de Portugal y de España. Comprobamos la falta de referencias en las obras españolas relativas a la activa participación de fuertes contingentes militares portugueses en las tropas anglo-portuguesas de Wellington e incluso a éste se le cita de una manera que no se corresponde con su papel esencial. Aún así, al analizar tan sólo las grandes batallas de los ibéricos y de los británicos contra los franceses, y yo lo he hecho en un reciente estudio, impresiona el abultadísimo número de oficiales y soldados anglo-portugueses que murieron en combate, entre 1811 y 1813, siguiendo en 1814, en batallas decisivas y victoriosas, principalmente las últimas ya en suelo francés, donde la presencia española es residual por decisión del comandante en jefe, Wellington. No se pone en tela de juicio el valor del ejército regular español, mal pertrechado y con jefes a menudo de la vieja escuela guerrera, en ocasiones insensibles a la necesidad de acordar estrategias. Resulta decisiva la actividad incesante de las guerrillas en todas las provincias de España, su valor y su eficacia en pro de la independencia, ciertamente más amplia y relevante que la laboriosa guerrilla portuguesa, a pesar de las reservas que tenía Wellington en relación a este tipo de combatientes libres y no siempre obedientes a los preceptos reglamentarios propios de un militar inglés.

Merece la pena señalar algunas cifras disponibles relativas a las bajas sufridas en combate en las grandes batallas.

Dejando de un lado la narrativa de la fuga de la guarnición francesa de Almeida, que se produjo en 1811, recordemos, en ese año, las cruentas batallas de Fuentes de Oñoro y Albuera, así como, a comienzos de 1812, la toma de Ciudad-Rodrigo.

En Fuentes de Oñoro, se peleó con valentía durante 4 días y cayeron 1.804 anglo-portugueses, de los cuales 307 eran portugueses, así como 2.192 franceses, contando, en uno y otro caso, muertos, heridos y prisioneros.

En la Batalla de Albuera lucharon en un bando hispanos, lusos e ingleses y cayeron 4.159 ingleses, 3.339 portugueses, 1.368 españoles, entre muertos, heridos y prisioneros, así como 5.500 franceses.

En la toma de Ciudad-Rodrigo, los ingleses perdieron 1.200 hombres, mientras que en el caso de los portugueses hubo 115 bajas, con 48 muertos.

En la campaña de 1812, las fuerzas aliadas entablaron la famosa Batalla de Arapiles o de Salamanca, marcharon sobre Madrid, se dirigieron a Burgos y, a un alto precio, alcanzaron la frontera portuguesa para, ya en el reino, ocuparse de la embestida de 1813. El territorio portugués, por su parte, sufrió un último y puntual ataque en la Beira organizado por el mariscal Marmont. En Arapiles, bajo el mando de Wellington, se tomaron 7.000 prisioneros franceses, con un total de 14.000 pérdidas. Incluso así, las bajas inglesas ascendieron a 3.129 y las portuguesas a 2.038. El regreso a los cuarteles portugueses, efectuado en condiciones difíciles, derivadas de la incursión hasta Madrid, tuvo éxito gracias a la resistencia española en Alba de Tormes. Pese a ello, las tropas napoleónicas hicieron 2.000 prisioneros españoles.

La batalla principal de 1813 fue la de Vitoria, seguida de la de los Pirineos, la toma de San Sebastián y Pamplona. La primera ocurrió el 21 de junio, entre 60.000 soldados napoleónicos y 80.000 ibéricos y británicos, capitaneados por Wellington. Las bajas francesas se elevaron a 7.000 soldados, las portuguesas a 917 y las inglesas a 3.398. La cifra de los franceses incluye muertos, heridos y prisioneros. Fallecieron 238 portugueses y 497 ingleses. Aún en 1813, los ejércitos conjuntos, bajo el mando del mariscal inglés, liberaron a la península ibérica.

Siguiendo con la invasión de Francia, mencionaremos las operaciones en la región de Bayona, la batalla de Orthez, la ocupación de Burdeos y la batalla final de Toulouse, en la que predominó el ejército anglo-portugués, y que coincidió con la abdicación de Napoleón.

Como demuestra la historiografía española, las victorias aliadas contaron, casi sin excepción, con importantes contingentes del ejército español, a los que Inglaterra ayudó a equipar. Sin embargo, éstos tuvieron dificultades para que sus altos mandos y Wellington se pusieran de acuerdo. Frente al espíritu altanero de los generales españoles, fue posteriormente cuando el mariscal inglés paso a ser comandante supremo de portugueses, españoles e ingleses.

Por otro lado, repito, resulta indispensable tener en cuenta el papel decisivo de la guerrilla española y de sus jefes en la ayuda a los ejércitos regulares, un asunto que pone de relieve el Prof. Miguel Artola y que sigue siendo objeto de debate.

En todo caso, parece imprescindible tener en cuenta el papel esencial del ejército inglés y de sus oficiales, destacando el mariscal Wellington, a quien Portugal, España e Inglaterra colmaron de títulos y alabanzas, así como la acción de las tropas portuguesas y de sus altos mandos como elementos de las fuerzas anglo-portuguesas, como atestigua la brevísima pero impresionante lista de bajas, heridos y muertos que presentamos. La razón por la que abordamos este tema, es porque está muy olvidado.

No voy a entrar en detalle sobre las características más conocidas de la Constitución de Bayona, de la Constitución de Cádiz ni de la legislación de este período ante este claustro internacional y selecto auditorio español y portugués. La historiografía portuguesa apunta que esta última constitución es la fuente de la que bebe nuestra Constitución de 1820, según el modelo de Cádiz, cortes que funcionaron en Lisboa durante los años 1821 y 1822. Parece necesario señalar que las Cortes de Cádiz y la Junta Central que precedió a la Regencia, pergeñaron una importantísima legislación cuando el ejército francés cercaba la ciudad y la defendían heroicas fuerzas y contingentes no sólo de Inglaterra, sino también de Portugal, que se habían desplazado expresamente.

En sintonía con los principios liberales que han quedado para siempre ligados a Cádiz, en la historia del movimiento liberal europeo característico de los años 20 no consta que

en Portugal, ni el invasor francés ni la Junta del Gobierno Supremo del Reino, formada en Oporto, ni la Regencia portuguesa o el Príncipe instalado en Brasil, durante las invasiones o la guerra peninsular en general hubieran llevado a cabo reformas innovadoras, ni a medio plazo ni tampoco inmediatamente.

Como señaló Alain Bourdon, Portugal fue el único país en el que el emperador no introdujo ninguna de las muchas reformas que identifican, en su vertiente positiva, al dominio francés.

Aunque que el rey no instaló aquí general o príncipe, lo cierto es que no otorgó una constitución similar a la de Varsovia, como lo solicitaban los partidarios de Junot en 1808. A pesar de que se comenzara a traducir el Código Napoleónico y se pensara en vender los bienes de las órdenes religiosas, no quedó nada beneficioso de las invasiones francesas, excepto la identificación de algunos “partidistas galos”, más o menos convencidos, colaboracionistas o la mayoría de las veces oportunistas.

Internamente, en una reunión de la Junta del Gobierno Supremo de Oporto, liderada por el obispo local, según la tradición, dos oficiales del ejército, Mariz y Pinheiro, presintieron la acuciante necesidad de convocar a las cortes tradicionales para resolver las apremiantes urgencias del reino. Sin embargo, dado que se sabía de la hostilidad del Príncipe Juan a dicha convocatoria en el momento de su ascensión a la Regencia, los dos oficiales fueron juzgados y sufrieron duras penas que posteriormente anularía el Regente en Río de Janeiro, atendiendo al indiscutible patriotismo de los militares en el levantamiento contra los franceses en junio de 1808. Las invasiones no promovieron ninguna constitución o conjunto de leyes contrarias al Antiguo Régimen.

¿No quedó nada salvo muerte, destrucción y sacrilegio? Persistieron, quizás, algunos mensajes republicanos y liberales que, en las mentes abiertas, volverían en 1820. Por ejemplo, se dice que entre las tropas de Soult, acantonadas en Oporto, había elementos castrenses que sembraron la semilla de la Gran Revolución, como hubo jacobinos que se volvieron napoleónicos, tal era su amor por todo lo que venía de Francia. Además, los movimientos populares antinapoleónicos, tanto en sus aspectos positivos como en los negativos, recuerdan la acción de las masas en el campo y en la ciudad durante la Revolución Francesa.

No debe olvidarse que, en público, en las Juntas Provisionales hubo miembros, pertenecientes a las tres órdenes de la nación, del Senado Municipal y de los Mesteres, que fueron elegidos entonces. De ahí que dichas Juntas se considerasen representantes de la población, y sus diputados tenían la obligación de informar a las masas sobre las decisiones más importantes y, para ellas, carecían de aprobación.

Y, con los habitantes, los miembros de las Juntas se vieron obligados a contar en ocasiones con los excesos y exigencias del pueblo amotinado.

Hemos de mencionar, asimismo, que si bien es cierto que los estamentos tradicionalmente importantes de la nación – clero y nobleza – colideraron el proceso de resistencia y lo llevaron rigurosamente, éstos quedaron siempre económicamente perjudicados puesto que en suscripciones públicas preponderó la burguesía mercantil.

Por otro lado, aunque fieles al Regente y organizados contra Napoleón, un hijo de la Revolución Francesa, los comités de resistencia usaban conceptos derivados de esa misma revolución.

En primer lugar, el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, se introdujo en la experiencia autonómica portuguesa, justamente para repeler a los franceses pseudo-libertadores.

Además de ello, dado que la Revolución teorizaba sobre la idea de nación, en Portugal, al igual que en España y en otros países, el paso de los ejércitos napoleónicos, al tratar de insuflar dicha filosofía en las monarquías derrotadas, las llevó a defender la independencia y la liberación de la patria oprimida.

De libertad e independencia nacional hablan, además, las proclamaciones antifrancesas, pregonando dos conceptos emergentes de la Revolución y que formarán parte de la historia de la Europa liberal en el futuro. Es el caso de la libertad de comercio, uno de los parámetros del ochocentismo y el derecho de representación, en este caso de los pueblos, que escogían a sus diputados y a quienes éstos rendían cuentas en los momentos cruciales. Además de ello, a veces tumultuosamente, el pueblo reclamaba tener un peso en las decisiones de sus representantes, los miembros de las Juntas.

De ese tiempo, queda, en otro ámbito diferente, el temor ante los excesos que puede cometer la turba exacerbada y que son los más bravos y, en ocasiones, incontrolables.

Ahora bien, ese recelo es uno de los gérmenes de la revolución portuguesa de 1820, cuyos agentes no querían que el poder recayera en la calle, en un reino descontento.

La intención del emperador Napoleón de invadir Rusia, para llegar a dominar Europa, desde los Urales hasta el Atlántico, implicó, durante las guerras que le enfrentaron a las tropas españolas y anglo-portuguesas, la retirada de algunos cuerpos militares de la península, para utilizarlos en la campaña rusa que culminaría en el desastre conocido. Portugal, mientras tanto, estaba liberado pero seguía presente en las ambiciones del emperador. La mengua de soldados estimuló a sus enemigos y les facilitó victorias decisivas en las campañas ibéricas y francesas de finales de 1812, 1813 y 1814, principalmente.

El manuscrito de un diario monástico portugués no sólo registra en enero de 1812 la conquista de la plaza de Ciudad Rodrigo y el abundante y variado material bélico tomado tras el éxito del ataque final sino también lo siguiente: “Varios cuerpos de tropa han salido de España a Francia, lo que anuncia que la guerra del norte está cerca (...)” [Dietario del Monasterio de Pombeiro].

Como bien es sabido, la extensa penetración en Rusia, el fracaso de las ambiciones de Napoleón y la posterior invasión de Europa por parte de las fuerzas aliadas de los grandes imperios – ruso, austríaco – al lado de monarquías como la prusiana, trajo consigo la invasión de Francia y la caída del Imperio. A esto le siguió la Restauración, el Congreso de Viena y los Cien Días, así como la derrota final del Emperador Bonaparte.

Portugal y España participaron en el Congreso de Viena y se les pidió que firmaran los sucesivos tratados que conducirían a la paz general. Se formó la Santa Alianza de los príncipes victoriosos, se organizó el equilibrio europeo, se impuso nuevamente el principio del carácter hereditario de las dinastías y se procedió a la reorganización y simplificación del mapa de las naciones europeas, puesto que se había olvidado el movimiento de las nacionalidades en fermentación. España reivindicó la conquista de Olivenza en 1801, que olvidaba el tratado. Se mantuvieron los derechos portugueses en el texto del convenio, pero la ciudad siguió perteneciendo, de hecho, a España hasta nuestros días. Portugal perdió asimismo la Guyana Francesa que había conquistado al Imperio napoleónico en 1809, en América del Sur, a favor de los Borbones.

Pese a ello, en la reformulación general de los territorios europeos, España y Portugal se mantuvieron y se les garantizaron sus imperios de 1807-1808. En Viena se desvanecieron las ambiciones de la Reina Carlota Joaquina, infanta de España en cuanto a los derechos de sucesión al trono de España. Curiosamente, años después, los liberales españoles invitarían a su hijo mayor, Pedro I, ya Emperador de Brasil, a que asumiera la Corona de España, lo que rechazó (Braz Brancato).

Si bien Portugal nunca dejó de ser una monarquía absoluta, de inclinación ilustrada, cuyo imperante y regente sentó las bases de Brasil, uno e imperial, en España volvió el absolutismo, se persiguió a los liberales y los vio en el poder en 1820, mediante una revuelta militar. El régimen, nuevamente basado en la Constitución de Cádiz, fue aniquilado por una invasión francesa tutelada por la Santa Alianza en 1823. En los años treinta del siglo XIX, se extinguió el absolutismo con la muerte de Fernando VII. Dio comienzo una regencia liberal encabezada por la reina madre en nombre de su hija Isabel, heredera del soberano fallecido. Esta princesa nació cuando se luchaba la guerra civil en Portugal, influyendo en el desenlace del conflicto que hasta el momento apoyaba Fernando VII, aliado de D. Miguel.

El 24 de agosto de 1820, Portugal, siguiendo la estela de España y estando los conspiradores en contacto verbal con los españoles, implantó el liberalismo mediante un golpe militar. Acabaría imponiéndose la constitución de Cádiz como modelo del régimen naciente.

Resulta importante estudiar hasta qué punto influyó esto en la constitución portuguesa de 1822, que despojó al monarca de sus poderes y estableció, por ejemplo, una Asamblea fuerte y única, aunque elegida por sufragio universal, al contrario de lo que estipulaba la ley fundamental de Cádiz y las normas electorales idénticas usadas en el Reino Unido de Portugal y de Brasil para elegir a los constituyentes.

Por otro lado, en la metrópolis, aún en 1823, tras el regreso del absolutismo, gracias a un movimiento endógeno conservador, el antiguo régimen cayó en 1826, debido al fallecimiento del rey. El nuevo soberano, Pedro IV, emperador de Brasil, otorgó una constitución a Portugal, a la que denominó Carta y, como hijo mayor de Juan VI, abdicó la corona portuguesa en Maria II, su primogénita. En dicha Carta, resultan notorias las influencias tanto de la constitución de 1822, de raíz franco-española, como de las

instituciones inglesas, así como de la Carta Constitucional francesa de Luis XVI, y principalmente de la Constitución del Imperio brasileño, concedida por el Emperador. Estos hechos resultan evidentes, por ejemplo, cuando el monarca volvió a acaparar un amplio cuarto poder - el poder moderador, que figuraba al lado de los tres grandes poderes, (ejecutivo, legislativo, judicial), según la doctrina del francés Benjamin Constant. En cuanto a la matriz inglesa, estableció la existencia de la Cámara de Diputados y de la Cámara de los Pares en el legislativo. Se percibe el tono conservador de la Carta al constituir una dádiva del rey, volviendo a residir en él la soberanía; soberanía que, a imagen de la Constitución de Cádiz y de la Constitución portuguesa de 1822, provenía de la nación. En consonancia con esta tendencia, los derechos de los ciudadanos sólo son mencionados al final de la Carta, mientras que en la ley fundamental de 1822 están redactados en el artículo inicial. Además de esto, los diputados son elegidos mediante sufragio indirecto censitario y los miembros de la Cámara de los Pares lo son bien por derecho propio o por elección del monarca. Desaparecen los fuertes poderes de una Asamblea única de tradición gaditana.

En conclusión, si bien es cierto que los portugueses participaron activamente en el rechazo a las invasiones francesas y en toda la guerra peninsular de independencia, hecho que volvemos a subrayar, tampoco lo es menos el hecho de que, a pesar del estado de guerra, la experiencia y el contenido de la Constitución de Cádiz y de la legislación de la Regencia redactada en ese tiempo tuvieron una influencia decisiva en el constitucionalismo y las leyes del régimen liberal portugués.

MASSENA, GUERRA DE ASEDIOS Y EL SITIO DE CIUDAD RODRIGO

Donald D. Horward
Florida State University (Emeritus)

El asedio de Ciudad Rodrigo, 200 años atrás, fue excepcional en muchos aspectos. El sitio y la defensa de la fortaleza por parte de la guarnición y de los ciudadanos durante más de dos meses tuvieron un impacto directo en la guerra de la península. Liderados por el gobernador Don Andrés Pérez de Herrasti, lograron retrasar la invasión francesa y ganar un tiempo muy valioso para que el Duque de Wellington pusiera en marcha su excelente estrategia para defender Portugal.

Otra diferencia destacable de los asedios de Ciudad Rodrigo fue la calidad del liderazgo ejercido allí. En un reciente artículo que contiene una lista con los 100 grandes generales de la historia mundial, desde Alejandro Magno, a Julio César, hasta llegar a George Patton, tres de los generales que aparecen participaron en los asedios de Ciudad Rodrigo durante la guerra de la península. Eran Sir Arthur Wellesley, Duque de Wellington y Ciudad Rodrigo; André Masséna, Príncipe de Essling, Duque de Rivoli; y Michel Ney, Príncipe de la Moskowa y Duque de Elchingen.¹

El objetivo de mi presentación es centrarme en uno de estos hombres que nació en la pobreza, sirvió a su país durante 35 años y prestó su último servicio en activo en Ciudad Rodrigo en mayo de 1811 tras el fracaso de su campaña en Portugal. Ese hombre es André Masséna, mariscal de Francia y quizás el mejor mariscal al servicio de Napoleón.

Para entender a Masséna, es necesario poner rostro humano a este enemigo de Ciudad Rodrigo, que asedió y aún así salvó a la ciudad y a su población de la destrucción hace 200 años. En este congreso rendimos homenaje a Don Andrés Herrasti, a Julián Sánchez, y al Duque de Wellington, pero deberíamos también reconocer al honorable enemigo que puso su humanidad por encima de la destrucción de la ciudad. A excepción de las gentes de Ciudad Rodrigo y Portugal, hoy en día pocos están familiarizados con el nombre de Masséna, pero sus adversarios reconocerían su dominio en el campo de batalla. Entre ellos, destacaremos al mariscal Alexander Suvorov, padre del ejército ruso moderno; el archiduque Charles von Habsburg que derrotó a Napoleón en Aspern-Essling; y el más exitoso de todos los generales aliados, el Duque de Wellington, que fue el único general que pudo proclamar una victoria decisiva sobre Masséna.

¹ Armchair General, March 2008, Thousand Oaks, California, 2008.

Resulta irónico que Masséna, nacido en Italia, alcanzara la inmortalidad como conquistador en nombre de Francia. Masséna se alistó en el ejército francés a los diecisiete años². Ascendió en varias ocasiones durante sus catorce años de servicio, pero se le negó el ascenso al rango de oficial porque era de origen plebeyo, lo que provocó que abandonara el ejército. Ocho meses después, cuando la Asamblea Nacional declaró que los ascensos se basaban en el mérito, “independientemente de la fortuna o nacimiento”³ volvió a alistarse y rápidamente fue ascendiendo en rango. En 1793, participó en el asedio histórico de Tolón, cuando secundó los exitosos esfuerzos de Napoleón Bonaparte para capturar la ciudad y expulsar a la flota británica del puerto. Esto le valió a Masséna el ascenso inmediato a general de división y demostró ser un comandante de éxito en las montañas escarpadas de Italia.⁴ En 1796 Bonaparte se unió a él, formando una pareja invencible; Bonaparte desarrolló la estrategia de campaña mientras que Masséna ponía en práctica el sistema táctico para lograr victorias sensacionales.

Sin embargo, la forma de hacer la guerra cambió con el estallido de la Revolución Francesa. La edad dorada de la guerra de asedio que había dominado Europa durante el siglo dieciocho dio paso a un nuevo sistema agresivo de guerra y batallas decisivas. Pese a ello, en el norte de Italia, las operaciones de Napoleón giraban en torno al asedio de la gran fortaleza de Mantua, en el que Masséna desempeñó un papel esencial. En doce meses, los austriacos enviaron a cuatro ejércitos para levantar el cerco de Mantua. Todos fueron derrotados; la fortaleza fue finalmente capturada y la guerra concluyó, gracias a la estrategia de Napoleón y a las tácticas de Masséna. Tras estas victorias, Napoleón elogió a Masséna describiéndole como "*l'enfant chéri de la Victoire*."⁵

Dos años después, en la Guerra de la Segunda Coalición, Bonaparte envió a Masséna para que defendiera el último bastión francés en Italia, la fortaleza de Génova. Allí fue donde Masséna perfeccionó el arte de la guerra de asedio. Defendió la fortaleza con

² Pierre Sabor, *Masséna et sa famille*, Aix-en-Provence, 1926, p. 224. ff; Archives de Masséna, MSS. Estos archivos están en posesión del 7º Príncipe de Essling, a quien el autor está inmensamente agradecido.

³ Ibid., pp. 250-51; Philip Buchez, *Histoire de l'Assemblée*

⁴ Donald D. Howard, "André Masséna, Marshal of France." *The John Biggs Cincinnati Lectures in Military Leadership and Command*, Lexington, Va., 1986, pp. 54-55.

⁵ Bonaparte modificó el texto de una balada popular de barracones para darle a Masséna su apodo. Vid. Archives Nationales, AF III, 370, dossier 1695, Edouard Gachot, *Le première campagne d'Italie*, París, 1899?, p. 241.

10.000 hombres contra el sitio de 60.000 austriacos y ante el bloqueo de la flota inglesa en el puerto. Pese al hambre, bombardeos incesantes, asaltos e incluso un motín organizado por los hambrientos ciudadanos, Masséna defendió la ciudad durante dos meses, obligando a los austriacos a seguir con el asedio mientras el ejército de Napoleón cruzaba el paso del Gran San Bernardo para atacar al grueso del ejército enemigo. Cuando las fuerzas de Masséna finalmente se retiraron de la ciudad, los austriacos no lograron llegar a Marengo antes de que su ejército principal fuera aplastado. Los resultados del asedio fueron colosales y pronto se derrumbaría la Segunda Coalición⁶. Una semana después de la batalla, Bonaparte escribió a Masséna, "Nunca se ha prestado un servicio tan importante a Francia" como la defensa de Génova que garantizó la victoria de Marengo⁷.

En el año 1807, Masséna volvía a estar en medio de una guerra de asedio, al mando del ejército de Nápoles. Se le ordenó capturar la fortaleza de Gaeta, situada en lo alto de un acantilado rocoso sobre el mar Mediterráneo. Las operaciones de asedio comenzaron en febrero. A pesar del imponente terreno y de la llegada de una flota inglesa con refuerzos y provisiones, la fortaleza acabó cayendo después de que Masséna asumiera personalmente la dirección de las operaciones de asedio⁸.

Masséna estuvo al mando de un cuerpo del ejército en la guerra de 1809 contra Austria. Su papel fue esencial para conseguir la victoria. Como resultado de ello, se le nombró Príncipe de Essling y fue homenajeado por el Imperio. Con 51 años, y tras casi treinta y cinco de campañas, Masséna había llevado a cabo asedios, luchado batallas, comandado cuerpos y había sido recibido todos los honores que el Imperio podía otorgarle; el mariscal anhelaba un largo y merecido retiro.

⁶ Gaspar Jean De Cugnac, *Campagne de l'armée de réserve en 1800*, París, 1900, I-II; Gaspar De Cugnac, *Le campagne de Marengo*, (París, 1804). De Cugnac afirmó correctamente que, al iniciar las negociaciones con el enemigo, Masséna forzó al general austriaco a formar el asedio en lugar de marchar para reforzar el ejército principal austriaco. Este retraso le dio a Bonaparte más tiempo para concentrarse en su fuerza y enfrentarse a los austriacos. Vid. John Adye, *Napoleon of the Snows*, Londres, 1931, p. 186.

⁷ André Masséna, *Mémoires de Masséna...* Ed. Jean-Baptiste Koch, París, 1848-50, IV, p. 261. Dieciséis años después, Bonaparte se negó a admitir que la notable defensa de Masséna en el sitio de Génova posibilitó la victoria francesa en Marengo y el desmoronamiento de la Segunda Coalición. "Defense de Gênes par Masséna," *Correspondance de Napoléon Ier*, París, 1858-69, XXX, 413-35; Ernest Picard, *Préceptes et juggements de Napoléon*, París, 1913, p. 483.

⁸ André Masséna, *Mémoires de Masséna*, V, pp. 1-251, 322-337.

En abril de 1810 cuando Masséna se recuperaba de una dolorosa herida que había sufrido el año anterior y de una infección respiratoria grave que arrastraba desde hacía diez años, recibió la noticia de que debía asumir el control del ejército de Portugal. Con este ejército formado por el 2º, 6º y 8º cuerpo del ejército de España, se le ordenaba capturar las fortalezas de Ciudad Rodrigo y Almeida, invadir Portugal, obligar a que las fuerzas de Wellington retrocedieran hasta el océano y acabar con la resistencia en la península⁹. Masséna alegó mala salud y rechazó el mando pero Napoleón insistió. "No te faltará ningún recurso [...] Serás jefe absoluto y realizarás tus propias preparaciones para abrir la campaña. No me hables de medios insuficientes"¹⁰. A Masséna le preocupaba el nuevo mando, los subordinados y la tarea en sí. Hacer la guerra en la península ibérica sería algo excepcional.

Cuando Napoleón colocó a su hermano José en el trono de España en 1808, los españoles se sublevaron y la resistencia violenta explotó en toda la península. En un principio, las diversas provincias españolas organizaron sus propios ejércitos, pero cuando fueron temporalmente aplastados, comenzaron a multiplicarse las fuerzas irregulares y pronto surgieron *partidas* o guerrillas para llenar el vacío dejado por los otros. Otro elemento de resistencia inesperada apareció cuando la gente de las ciudades se unió para resistir ante la ocupación francesa. Mientras que las todopoderosas fortalezas de Europa habían sucumbido o asistido impotentes ante las tácticas francesas, iba a ser en la península ibérica donde se escribiera un nuevo capítulo en la guerra de asedio. En lugar de grandes muros, medias lunas y enormes cañones, los franceses sólo encontraron viejas ciudades abandonadas y mal fortificadas dispersas por el país. Pronto se darían cuenta de que la pasión y entrega de los españoles en la península eran más importantes

A pesar de que Napoleón dirigió un ejército contra España en noviembre de 1808, lo cierto es que nunca logró entender la naturaleza de la Guerra peninsular, con su brutal guerra de guerrillas, topografía hostil, escasez de recursos y ciudades desafiantes. No podía comprender que los españoles estuvieran dispuestos a morir antes que aceptar la ocupación francesa. Finalmente se dio cuenta de que podía derrotar a los ejércitos

⁹ Imperial Décrée, 17 April 1810, *Correspondance de Napoléon Ier*, No. 16385, XX, p. 338.

¹⁰ Masséna, *Mémoires de Masséna*, VII, pp. 19-21.

españoles y forzar a las guerrillas a que se echaran al monte, pero volverían; pese a ello, no esperaba la persistente resistencia de las ciudades.

El desafío más visible vino de la ciudad de Zaragoza, que resistió al primer asedio durante el verano de 1808, infligiendo 3.500 bajas y sufriendo 5.000. Durante el segundo asedio prolongado en 1809, el mariscal Jean Lannes empleó a 44.000 soldados y 140 cañones contra la guarnición de 34.000 soldados, apoyados por 60.000 civiles y 160 cañones bajo el mando del general José Palafox. Los defensores redefinieron el significado de la guerra de asedios sufriendo casi 50.000 bajas al tiempo que infligían unas 20.000 a los franceses. Impuso un asombroso resultado tanto en los españoles como en los franceses, sirviendo como ejemplo para otras ciudades españolas. Los defensores de Gerona infligieron casi 12.000 bajas a los franceses, sufriendo ellos 13.000, mientras que hubo una resistencia similar en Tarragona y en una veintena más de ciudades.

Precisamente durante esta situación inestable fue cuando Masséna tomó el control del ejército de Portugal en Valladolid, el 12 de mayo de 1810. En unos días había viajado a Salamanca para encontrarse con el mariscal Ney y debatir las operaciones en Ciudad Rodrigo¹¹. En enero, el rey José Bonaparte le había ordenado a Ney que convocara a los defensores de la fortaleza, convencido de que se rendirían. Ney retrasó la toma de Ciudad Rodrigo hasta el 8 de febrero, cuando se acercó a la muralla de la fortaleza e hizo llamar al gobernador, Andrés Pérez de Herrasti, que inmediatamente rechazó su propuesta. Ney hizo un reconocimiento de las murallas de la ciudad, bombardeándola durante la noche y se retiró a la mañana siguiente mientras la población se apresuraba a apagar los incendios provocados¹².

A pesar de las continuas advertencias por parte del mariscal Nicolas Soult, jefe de gabinete del rey José Bonaparte, Ney se negó a iniciar el bloqueo de Ciudad Rodrigo hasta que el general Junot trasladase su cuerpo del ejército para apoyar el sitio. Le preocupaba que Lord Wellington pudiera atacar dado que estaba a tan solo veinte

¹¹ Donald D. Horward, *Napoleon in Iberia: The Twin Sieges of Ciudad Rodrigo and Almeida, 1810*, Londres, 1994, p. 59; *Napoleón y la Península Ibérica: Los Asedios de Ciudad Rodrigo e Almeida, 1810*, Salamanca, 2006, p. 88.

¹² Donald D. Horward, "Marshal André Masséna and the Siege of Ciudad Rodrigo, *British Historical of Portugal*, Lisboa, 1994, XXI, p. 97.

millas¹³. Las tropas de Ney se acercaron a Ciudad Rodrigo y el 12 de mayo éste envió a un ayudante para ofrecer condiciones favorables si Herrasti rendía la ciudad. El gobernador respondió, "Desde la respuesta que le di anteriormente [...] no se admitirá a ningún otro representante en son de paz. Sólo tenemos que hablar mediante los cañones¹⁴".

Así que Ney decidió retrasar el asedio hasta consultar con Masséna. Cuando se reunieron en el cuartel general de Ney en Salamanca, tres días después de la llegada del príncipe, Ney propuso atacar al ejército de Wellington y a continuación sitiar Ciudad Rodrigo sin problemas. Masséna escribió al rey José Bonaparte sugiriendo que atacar a Wellington podría "ser el modo más seguro de reducir el tiempo necesario para tomar Ciudad Rodrigo y Almeida," pero posteriormente aceptó los planes del rey¹⁵. Masséna pronto se vio bombardeado por las exigencias de órdenes de Ney, que si no amenazaba con retirar sus tropas a sus anteriores cuarteles temporales para conservar las raciones. Masséna ya había dado la orden de desplegar al cuerpo de Junot en apoyo de Ney, por lo que éste finalmente comenzó las operaciones de asedio en Ciudad Rodrigo, aunque la relación entre los dos hombres ya sería para siempre tirante¹⁶.

Como preparación para el sitio, Sancti Spiritus se transformó en taller para la maquinaria de guerra. En Pedrotoro, los artilleros montaron un almacén para la comitiva de asedio mientras se buscaba alimento. Cuando los pueblos españoles no podían proporcionar las provisiones exigidas, los franceses tomaban rehenes de entre los ricos terratenientes¹⁷.

Masséna se quedó en el palacio de Carlos V en Valladolid durante el mes de mayo. A pesar de compartir la residencia con su amante de dieciocho años, Henriette Leberton, se veía abrumado por los problemas logísticos en preparación del asedio. A finales de mayo, adelantó su cuartel general a Salamanca, mientras que Ney hizo lo propio con su

¹³ Ney a Soult, 2 de mayo de 1810, *Vie militaire du maréchal Ney, duc'Elchingen, prince de la Moskowa*, París, 1910-14, III, p. 315.

¹⁴ Andrés Pérez de Herrasti. *Relación histórica e circunstanciada de los sucesos del sitio de la plaza de Ciudad Rodrigo en el año de 1810*, Madrid, 1814, pp. 78-81, 18-19. Horward, *Twin Sieges*, pp. 24, 55.

¹⁵ Masséna a José, 17 de mayo de 1810, Archivos de Masséna, LI 121.

¹⁶ Horward, *Twin Sieges*, pp. 60-61.

¹⁷ Ney a Masséna, 18, 20 de mayo de 1810, Archivos de Masséna, LII. 192-93, 201; Masséna a Ney 19, 21 de mayo de 1810, LI, 133-34.

estado mayor para instalarse en el bello antiguo monasterio de Nuestra Señora de la Caridad, tres millas al sur de la ciudad de Ciudad Rodrigo. Masséna, impaciente por examinar las fortificaciones de la ciudad, visitó Ciudad Rodrigo sin anunciarse el 1 de junio. Al día siguiente inspeccionó el despliegue de las tropas de Ney. A pesar del barro que rodeaba a la ciudad, las tropas llevaban sus mejores uniformes y estaban en perfecto orden para recibir al Príncipe. Tras completar el reconocimiento, Masséna y su estado mayor se sentaron a la mesa ante las tropas para discutir la estrategia del asedio con Ney y sus ayudantes. Dado que el comandante de ingeniería del ejército no había llegado aún, Ney insistió en que su ingeniero jefe, Couche, llevara a cabo las operaciones, mientras que Junot propuso a su ingeniero jefe, Valazé. Con reservas, Masséna aceptó que Couche dirigiera el asedio. Los artilleros le aseguraron que los cañones de la fortaleza dejarían de escupir fuego en tres horas, por lo que Masséna volvió al cuartel general de Ney en La Caridad¹⁸. Una vez más, Ney mencionó el proyecto ilusorio de atacar al ejército de Wellington, pero Masséna rechazó la propuesta. El 4 de junio, cuando el Príncipe volvió a Salamanca, escribió inmediatamente una carta abatida a Soult en relación al criterio de Ney y su presión prematura para tomar la fortaleza. Masséna estaba convencido de que Herrasti, con el apoyo del ejército anglo-portugués y de los ejércitos españoles vecinos, defendería Ciudad Rodrigo hasta las últimas consecuencias¹⁹.

Mientras que el cuerpo del ejército de Ney estrechaba el cerco de Ciudad Rodrigo para limitar las misiones de combate de la guarnición, Masséna se enfrentaba a las crecientes demandas administrativas y problemas logísticos. Su preocupación más apremiante se centraba en la falta de alimentos y las continuas disputas jurisdiccionales entre los hombres del 6º y 8º cuerpo. La comisaría aumentó su tamaño, se expandieron las unidades médicas y de ambulancia, se recogió un número extraordinario de vagones para crear largos trenes de vagones y se realizaron todos los esfuerzos necesarios para minimizar la fricción entre los comandantes de brigada y de división. Sin embargo, Masséna siguió recibiendo quejas relativas a la falta de comida. Como resultado de los agotadores esfuerzos de la comisaría del ejército, el primero de una larga serie de convoyes salió de Valladolid y Salamanca hacia Ciudad Rodrigo. Pronto, cada día

¹⁸ Donald D. Horward, Ed. Trans. Annot., *The French Campaign in Portugal: An Account by Jean Jacques Pelet, 1810-1811*, Minneapolis, Minn., 1973, pp. 51-54.

¹⁹ Masséna a Berthier, 5, 9 de junio de 1810, Correspondencia: Armée de Portugal, Archives de la guerre, Service historique de l'armée, Château de Vincennes, Carton C⁷ 8.

cientos de vagones emprendían camino hacia Ciudad Rodrigo bajo la amenaza constante de las guerrillas de Julián Sánchez²⁰. Para mantener el asedio, Masséna ejerció presión constante sobre el gobernador de Valladolid, el general Étienne Kellermann, para recoger provisiones de los ciudadanos que vivían en las provincias bajo la jurisdicción de Masséna.

En ocasiones, Ney y Junot ignoraban la autoridad de Masséna, quienes solían escribir directamente a Napoleón o a su jefe del estado mayor, Alexander Berthier, para minar su influencia. La oposición, directa o indirecta, de los gobernadores de provincia, especialmente Kellermann, limitaba sus recursos y hombres, socavaba la disciplina, provocaba corrupción y actos ilícitos y solidificó la oposición española contra los franceses. Pese a ello, Napoleón se negó a actuar, convencido de que exageraban los problemas²¹.

Cuando Masséna recibió su primer despacho detallando las intenciones de Napoleón para la campaña, quedó asombrado. Napoleón minimizaba el tamaño del ejército de Wellington, ignoraba los 23.000 soldados portugueses y se negaba a tomar en consideración sus problemas logísticos. Las instrucciones de Napoleón eran simples y directas: sitiar y capturar Ciudad Rodrigo y Almeida, conquistar Portugal y obligar a Wellington a que se retirara hasta el mar, con un ejército de 65.000 hombres, pese a que había prometido recursos y hombre ilimitados. Haciendo esto, Napoleón cometió un error garrafal. Ignoró los problemas que acuciaban a Masséna, la determinación del gobernador Herrasti en Ciudad Rodrigo y el ejército de Wellington en Portugal. Al ordenar el asedio de Ciudad Rodrigo y Almeida, la estrategia de Napoleón complementaba sin darse cuenta los planes de Wellington para la movilización de Portugal y la continua resistencia en la península²².

²⁰ Ney a Masséna, 31 de mayo de 1810, Archives de Masséna, LII, 261-62; Loison a Ney 11 de junio de, 1810, Correspondance: Armée de Portugal, No. 432, Carton C⁷ 20; Lambert a Masséna 3, 5, 8 de junio de 1810, Archives de Masséna, LIII, 47, 74-75 108, 110; Masséna a Lambert, 7 de junio de 1810. Archives de Masséna, LI, 135.

²¹ Masséna a Kellermann, 31 de mayo de 1810, Correspondance: Armée de Portugal, Carton C⁷ 8; François Nicolas Fririon, *Journal historique de la campagne de Portugal...*, Paris, 1841, p. 11; Masséna, *Mémoires de Masséna ...*, VII, pp. 35-36, 63.

²² Napoleon a Berthier, 29 (dos) 1810, *Correspondance de Napoléon Ier*, Nos. 16504, 16519, XX, pp. 438-39, 447-49.

Los franceses abrieron las trincheras la noche del 15 de junio, pero Ney no estaba satisfecho. Propuso una vez más un ataque directo sobre el ejército de Wellington a lo largo de la frontera. Tras días de discusión, Masséna finalmente decidió ir a La Caridad y tomar personalmente el mando del asedio. Ney trasladó su cuartel general a un cobertizo detrás de Grand Teso²³. Sin embargo, la controversia estalló casi inmediatamente. El bombardeo estaba previsto para el 27 de junio, pero Ney abrió fuego dos días antes, con la esperanza de que la fortaleza cayera antes de la llegada de Masséna, para así llevarse el mérito de la captura. No era consciente de que el Príncipe ya había llegado. Masséna se puso furioso y ordenó al comandante de la artillería, el general Jean Baptiste Éble, que le enviara un informe cada noche detallando los acontecimientos del día. También ordenó que se construyera una barraca en Casaola, cerca de Grand Teso, donde se instalaría para asegurarse de que se cumplían sus órdenes²⁴.

Según iban avanzando las trincheras hacia las murallas de Ciudad Rodrigo, los zapadores se enfrentaron al fuego asesino de la guarnición española desde el convento y barrio de San Francisco. Cada ataque del barrio era rechazado con grandes bajas. La artillería francesa lanzó miles de proyectiles sobre la ciudad y la mañana siguiente pareció que la muralla baja del *faussebraie* había quedado reducida a escombros. Se envió a otro negociador francés para que le llevara la siguiente advertencia al gobernador, "Debe elegir entre la capitulación honrosa y la terrible venganza de un ejército victorioso." El valiente Herrasti respondió con confianza, "Tras cuarenta y nueve años de servicio, conozco las leyes de la guerra y mi obligación militar. La fortaleza no está en condiciones de capitular y no se ha abierto una brecha que lo haga necesario. Yo sabré [...] cuando las circunstancias nos obliguen a capitular²⁵".

Tras un día de bombardeos, Masséna recibió un informe de Ney en el que indicaba que iban a necesitar municiones para "ocho o diez días" más para completar el sitio. Masséna estaba enfurecido. Inmediatamente convocó un consejo de guerra para anunciar que el coronel Valazé del 8º cuerpo asumiría la dirección del asedio. El

²³ Horward, *Pelet*, p. 59.

²⁴ Masséna a Éble, 9:30 p.m., 26 de junio de 1810, Archives de Masséna, LI, 140; Horward, *Pelet*, p. 65.

²⁵ Herrasti a Ney, 28 de junio de 1810, Herrasti, *Relación histórica...*, p. 84.

ayudante de Masséna, recordaba, "En lo sucesivo, fue necesario suplicarle al Príncipe que mantuviera tanta moderación como firmeza en sus relaciones con el mariscal"²⁶.

Después de que Valazé examinara el trabajo de asedio, recomendó que se ampliara el trabajo de trincheras al glacis, lo que requeriría muchos más días de trabajos de trincheras. Un frustrado Masséna escribió a Napoleón, "Espero que la grieta [...] les fuerce a capitular sin necesidad de realizar más trabajos pero es necesario [...] coronar la contraescarpa." Admitió, "Les convocaré nuevamente y si se niegan a capitular, tomaré la fortaleza por la fuerza y pasaré a la guarnición por la espada sin perdonar la vida a los habitantes más tozudos"²⁷.

El trabajo de trincheras continuó día y noche mientras los artilleros franceses y españoles intercambiaban cañonazos de la mañana a la noche. Los ataques franceses en el barrio de San Francisco eran continuamente rechazados provocando grandes bajas y Herrasti envió misiones de combate para hostigar a los trabajadores de las trincheras.²⁸ El 28 de junio, tras veinticuatro días de abrir trincheras, los zapadores coronaron el glacis y comenzaron a construir una galería minera para hacer estallar la contraescarpa de la muralla de la ciudad. El 9 de julio había una nueva batería armada y disparando, con resultados devastadores. El bombardeo continuó durante el día, y se llenó una cámara de la mina con 800 libras de explosivos para volar la muralla y hacer una brecha. La mina explotó a las 3:00 a.m. y abrió una brecha de treinta yardas en la muralla. Las cargas se habían calculado cuidadosamente para que los escombros de la explosión formaran una rampa a través de la zanja de unos ocho pies de ancho, lo que permitiría que las tropas de asalto llegaran con relativa seguridad al pie de la brecha.²⁹

Se dieron instrucciones a cada comandante de batería para que iniciara los disparos a las 4:00 a.m. del 10 de julio. Según el ayudante de Masséna, Jean Jacques Pelet, "Las bombas caían muy rápidamente y con excelente puntería. A cada lado se alzaban espesas columnas de humo y polvo, atravesadas por llamas e incendios. Los escombros de los edificios y de las murallas se derrumbaban con gran estruendo y varias de las

²⁶ Horward, *Pelet*, pp. 68-69. Vid. Horward, *Twin Sieges*, pp. 347-49, note 22.

²⁷ Valazé a Masséna, 1 de julio de 1810, Jacques-Vital Belmas, *Journaux de sièges faits ou soutenus par les français dans la péninsule, de 1807 à 1814*, III, p. 354; Masséna a Berthier, 2 de julio de 1810, Correspondencia: Armée de Portugal, Carton C⁷ 8.

²⁸ Horward, *Twin Sieges*, pp. 155-68, 165, 168-69.

²⁹ Horward, *Pelet*, pp. 78-79.

cámaras explotaron con terribles detonaciones. La ciudad parecía abrumada con tanto fuego"³⁰.

Entre tanto, un imprevisto estalló en el cuartel general de Masséna. "Por todos los lados se hablaba de asaltos, de vengarse con la espada, de dar ejemplo [...] Los soldados, en ocasiones tan generosos, exigían la fortaleza como recompensa por su duro trabajo." La mañana del 10 de julio, Masséna escribió a Berthier, "Bombardaré al brecha de nuevo [pero] creo que no harán caso de la capitulación. Son fanáticos dirigidos por una cuadrilla de curas [...] y es imposible hacerles entrar en razón." Sin embargo, aseguró a José Bonaparte que "no descuidaría nada para provocar la capitulación que protegiera a [las gentes] y a la ciudad de la destrucción que la ley de la guerra autorizaría si se tomaba la plaza mediante el asalto"³¹.

El asalto estaba previsto para las 5:30 p.m. A las 4:00 se emplazó por última vez a la ciudad. Si la bandera española no bajaba en quince minutos, se izaría la bandera roja de asalto. Los soldados franceses avanzaron por las trincheras al son de la música de regimiento. Tres voluntarios subieron por la brecha para asegurarse de que estaba desguarnecida. Cuando la infantería francesa comenzaba a subir por la brecha, el gobernador Herrasti, que ya se había reunido con la junta de la ciudad, ordenó que se izara la bandera blanca. Apareció en lo alto vestido de civil. Le escoltaron al pie de la brecha, donde Ney le estrechó la mano, felicitándole por su excepcional defensa. Las tropas francesas marcharon rápidamente por la brecha, ocupando las posiciones estratégicas en la ciudad. Desarmaron a la guarnición y la encerraron en las barracas al anochecer.³²

En un primer momento, los franceses mantuvieron una disciplina rigurosa sobre sus tropas enviando patrullas a la ciudad, pero cuando se echaba la noche, muchos soldados entraban en la ciudad y se dedicaban a saquear. Al enterarse de la situación, Masséna se mostró decidido a conservar la ciudad. Envió a Pelet dentro de la ciudad con instrucciones de restaurar el orden. Al principio, algunos guardias franceses y suboficiales condonaban esta actividad, pero esto se restringió cuando Pelet presentó quejas ante los comandantes del puesto. "Aunque el desorden no acabara

³⁰ *Ibíd.*, pp. 77-78.

³¹ Masséna a José, 8 de julio de 1810, Archives de Masséna, LI, 123.

³² Howard, *Pelet*, p. 79.

completamente," escribió, "al menos se corrió la voz de que no se permitiría o toleraría"³³.

A la mañana siguiente, Masséna recorrió la fortaleza con su estado mayor. Se reunió con el gobernador y declaró, "Este panorama indica que usted realizó una valiente defensa, pero fue demasiado obstinado." Un miembro de su comitiva declaró que la ciudad "se rindió a su discreción, izando la bandera blanca justo cuando estábamos a punto de tomar la brecha. De ese modo, la fortaleza se abandonó a las terribles leyes de la guerra. Con tropas que no hubieran sido las francesas, la guarnición habría pagado muy caro su pasión poco razonable"³⁴. Herrasti dejó una sombría descripción de la fortaleza, "El horrible espectáculo que presentaba la fortaleza el día de la capitulación era el mejor elogio a su defensa; en medio de las ruinas, era prácticamente imposible pasar por entre las calles taponadas por ruinas. Sólo con ver el lugar se notaba la gran resistencia que habían ofrecido"³⁵.

Este último asedio dirigido por Masséna se cobró 182 vidas y 1.043 heridos del ejército de Portugal. La guarnición española, por su parte, sufrió 1.400 bajas, mientras que cientos de ciudadanos murieron durante el sitio³⁶. Pese a las pérdidas, Masséna estaba satisfecho con el resultado del asedio. Había completado la primera fase de la campaña para aplastar a Wellington y subyugar a la península ibérica. No se dio cuenta de que los meses pasados frente a los muros de Ciudad Rodrigo, seguidos del mes ante Almeida le permitieron a Wellington completar la movilización de Portugal y construir las Líneas de Torres Vedras.

Hubo otros asedios importantes en la península. En la primavera de 1812, los franceses perdieron las dos fortalezas que bloqueaban la ruta principal de Wellington hacia España. Éste asedió y capturó nuevamente Ciudad Rodrigo en enero de 1812 tras dos asaltos sangrientos que se cobraron más de 2.000 bajas en cada ejército. Dos meses después, Wellington capturó la fortaleza de Badajoz, perdiendo a casi 5.000 hombres, mientras que en el lado francés fueron 1.300. Con ambas fortalezas en manos de los aliados, Wellington invadió España, ganó la batalla de Salamanca y liberó Madrid

³³ *Ibíd.*, pp. 80-82.

³⁴ *Ibíd.*

³⁵ Herrasti al Secretario de la Guerra, 30 de julio de 1810, Herrasti, *Relación histórica*, pp. 86-91.

³⁶ Belmas, *Journal des sièges*. III, pp. 306-09; Herrasti, *Relación histórica*, p. 139.

temporalmente, poniendo en riesgo todas las operaciones francesas en el sur de España. Como resultado de ello, los franceses se vieron obligados a levantar el sitio de dos años de Cádiz.

En 1813, el ejército de Wellington marchó sobre España. Después de asaltos prolongados por parte del ejército de Wellington, cayeron las guarniciones francesas de Pamplona y San Sebastián; las barreras fronterizas fueron invadidas en otoño de 1813 y Wellington invadió Francia. A efectos prácticos, la guerra de la península había acabado.

Si evaluamos los acontecimientos de la guerra peninsular, resulta obvio que la guerra de la península desempeñó un papel importante, si no decisivo, para negar a Napoleón el control de la península ibérica. Los efectos psicológicos y materiales de los durísimos asedios destruyeron la moral y minaron la confianza de las tropas francesas. De las espantosas bajas que se aproximaron a los 300.000 hombres, puede estimarse que 100.000 víctimas fueron resultado de los asedios o de operaciones relacionadas con éstos. En última instancia, el fracaso para atravesar las Líneas de Torres Vedras y expulsar al ejército de Wellington se convirtió en el catalizador del fracaso de Napoleón en la península.

Mientras tanto, en el norte de Europa, las grandes fortalezas apenas si servían a las naciones en guerra. Muchas de ellas se transformaron en almacenes, como las de Stettin, Kustrin y Dantzig, para abastecer a los ejércitos de Napoleón durante la invasión de Rusia. Sin embargo, tras sus derrotas en Rusia y la campaña sajona en 1813, los franceses se retiraron por el Rin, dejando a 100.000 soldados para defender las fortalezas en Alemania por razones estratégicas o políticas. Todas estaban condenadas a capitular ante los aliados en penosas circunstancias.

Durante las Guerras Napoleónicas, hubo muchos asedios excepcionales, pero quizás los más destacables fueron los de la península ibérica. Sin embargo, ninguno de ellos fue tan importante como el sitio de Ciudad Rodrigo, que mostró la determinación de los españoles y su impacto en la supervivencia del ejército de Wellington tras las Líneas de Torres Vedras. Así que, durante esta semana, resulta apropiado conmemorar el bicentenario del sitio de Ciudad Rodrigo y render homenaje a los españoles que la defendieron en 1810.

LA ESTRATEGIA DE GRAN BRETAÑA EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

David Gates
University of Liverpool

Algunos episodios – en particular la llegada de la Armada Invencible en 1588 – destacan más que otros. Sin embargo, la historia moderna británica ha estado marcada por esfuerzos activos o pasivos para repeler las amenazas militares reales o aparentes provenientes del continente europeo. Independientemente de que la amenaza emanara de la España católica, la Alemania imperial o nazi, la Rusia de los zares o el Pacto de Varsovia, la política exterior y de seguridad inglesa se ha caracterizado siempre por tratar de impedir o frenar el ascenso de potencias monolíticas y hostiles en el continente europeo.

Para los británicos, en raras ocasiones su poderío militar ha demostrado ser una solución adecuada al problema. Frente a las armas nucleares, cualquier defensa basada en armas convencionales es intrínsecamente discutible. Incluso durante su período más glorioso, cuando Britania no sólo dominaba las olas sino también el imperio más grande que el mundo ha conocido, cuando gozaba de una incomparable fortaleza comercial y solvencia financiera y cuando tenía fama de ser “el taller del mundo”, la magnitud de sus compromisos potenciales o reales, así como los múltiples enemigos probables, provocaron que la adquisición y mantenimiento de lo que podría considerarse una fuerza militar suficiente, se convirtiera en una tarea imposible. Si bien el Canal de la Mancha y sus otras aguas sirvieron de barrera natural infranqueable impidiendo que prosperaran los intentos de invasión en territorio inglés, el mero control de dichas aguas no era suficiente para garantizar la adecuada seguridad de la isla, tal y como lo demostró más recientemente la Batalla de Inglaterra en 1940.

A menudo, la primera línea de defensa inglesa no estaba formada por los *wooden walls*, los famosos buques de guerra de la Marina Real, sino más bien los esfuerzos diplomáticos para tratar de mantener un equilibrio de poder y, de ese modo, usar la disuasión de recurrir a la guerra como instrumento político. No obstante, si se desencadenara un conflicto, los aliados británicos, a menudo subvencionados por ésta, contribuirían proporcionando los hombres y demás recursos necesarios para una gran guerra en tierra firme. De hecho, durante numerosos conflictos, en particular las Guerras Napoleónicas, fueron los aliados quienes proporcionaron el grueso de dichas fuerzas. Si lo medimos en número de tropas, el “compromiso continental” inglés ha sido relativamente pequeño, mientras que, muy frecuentemente, su ayuda en términos monetarios y de *matériel* ha resultado decisiva. Obviamente, la capacidad inglesa para proporcionar dicha ayuda a sus aliados dependía de la solvencia y prosperidad

económica de su propio país.

A la hora de alcanzar acuerdos bilaterales con la Francia de Napoleón, a menudo los esfuerzos resultaron ineficaces. Negociaciones e incluso tratados de paz oficiales fracasaron repetidamente en 1796-97, 1802-03 y 1806. Gran Bretaña descubrió que no podía negociar con Napoleón como lo había hecho con sus anteriores enemigos. Por otro lado, sencillamente no podía consentir que una potencia monolítica y hostil dominara las rutas marítimas y por tierra de Europa. ¿Dónde podría hallar lo en los ambientes diplomáticos se denominaba “compensación”? De hecho, la mera posibilidad de perder el Mediterráneo era tan aterradora que, en 1803, la preocupación por el estado de Malta condujo al fracaso de la Paz de Amiens y a la reanudación de la guerra entre Gran Bretaña y Francia. Como era de esperar, a Londres le inquietaba que el expansionismo francés en el Mediterráneo hiciera peligrar los intereses ingleses en la región del Levante y Egipto. Los franceses ya controlaban los puertos italianos, así como sus propios puertos mediterráneos, y la conservación de las bases de Gibraltar, Malta y, en la medida de lo posible, Sicilia, era imprescindible si los ingleses querían mantener su presencia naval en la región, por dar solo un ejemplo. De hecho, la necesidad de promover y defender los mercados, contribuir a mantener la libertad de movimiento de la Marina Real e impedir el control por parte de las fuerzas navales posiblemente hostiles de las principales zonas marítimas obligó a Inglaterra a ocupar de manera permanente varias islas, litorales y puntos estratégicos en todo el mundo, independientemente de que existiera una amenaza inmediata y perceptible a su seguridad.

Encontrar una causa común con los múltiples enemigos de Napoleón para tratar de restaurar el equilibrio de poder en el continente europeo era la opción más prometedora para la sucesión de gobiernos que dirigieron los destinos de Inglaterra durante la terrible experiencia que supusieron las Guerras Napoleónicas. Debemos reconocer que la política exterior de Napoleón con las otras grandes potencias fue, en su conjunto, de gran ayuda para Inglaterra. Sus relaciones con Austria, Rusia, Prusia y España, por no mencionar sus tratos con estados pequeños pero de gran importancia militar como Dinamarca, crearon múltiples oportunidades que los ingleses no solían desaprovechar. De igual manera, las diversas rupturas de las negociaciones entre Francia y sus aliados cambiantes durante el conflicto, garantizaban que el modo que Napoleón tenía de hacer la guerra contra “la nación de tenderos” – el sistema continental – no se aplicaba

sistemáticamente ni durante el tiempo suficiente para forzar a que Gran Bretaña aceptase una paz duradera. No obstante, todo esto implicó que la estrategia británica estaba ampliamente dictada por Napoleón. Debía ser reactiva o incluso preventiva. Durante gran parte de la guerra, Gran Bretaña adoptó una defensa estratégica, tratando de consolidar su posición en lugar de dedicarse al expansionismo, entre otras razones porque esta política hubiera multiplicado sus compromisos y, por tanto, habría provocado que la política adoptada requiriera un esfuerzo proporcionalmente mucho mayor.

A lo largo de la guerra, el mantenimiento de la supremacía naval siguió siendo la clave de la seguridad británica a nivel nacional, imperial y comercial. El Canal de la Mancha y demás aguas territoriales formaban una barrera geográfica ante las hordas francesas, pero se trataba de meras defensas pasivas; éstas y las rutas marítimas debían estar controladas por fuerzas navales adecuadas si se quería contener al enemigo, por no hablar de vencerlo. Además de la tediosa y poco glamorosa tarea de impedir el paso a los barcos enemigos en sus puertos, la eliminación de potencias navales hostiles – o que pudieran llegar a serlo – formaba parte de esta estrategia. Así, por ejemplo, las tropas británicas atacaron los litorales de Ostende en 1798 y de Portugal en los años 1800 y 1801. Del mismo modo, importantes puertos, particularmente Boulogne, Calais, Dieppe y Amberes, fueron bombardeados intermitentemente en un intento de destruir los astilleros o embarcaciones. Sin embargo, especialmente durante el período de 1803-09, cuando Gran Bretaña solía luchar sin aliados, el país recurrió a esta estratagema a una escala mucho mayor, principalmente porque no había otro modo real de asestar un golpe al enemigo.

Antes de Trafalgar en 1805 y del fracaso de la alianza franco-española en 1807, los ingleses, ante la amenaza directa de una invasión napoleónica, esbozaron un plan para atacar las instalaciones navales españolas en Cádiz y Ferrol. Del mismo modo, en 1801, intentaron anular la “Neutralidad armada” (formada por Rusia, Prusia, Suecia y Dinamarca) atacando la flota danesa anclada en Copenhague. También se planeó un ataque similar en la base naval rusa de Revel (Tallin) pero no fue necesaria, al menos por el momento, gracias a las maniobras diplomáticas. De hecho, tras la firma del Tratado de Tilsit en 1807, cuando los ingleses temían que la flota danesa cayera en manos de Napoleón, respondieron organizando un despiadado ataque anfíbio en Copenhague que garantizaba que los buques de guerra daneses quedaban fuera del

alcance de Napoleón. Por último, pero desde luego no por ello menos importante, tenemos la operación anfibia británica de 1809 contra la isla de Walcheren, que domina el estuario del Scheldt, que evitó todo movimiento de barcos entre el mar del Norte y el gran puerto de Amberes. Este ataque masivo debía suponer una ayuda indirecta a la invasión austríaca del sur de Alemania, distraendo a Napoleón y forzándole a que dividiera sus fuerzas. Sin embargo, el objetivo principal de los 40.000 soldados acantonados allí era la captura y destrucción de los astilleros locales. Desgraciadamente, acorralados por fuerzas reservistas francesas, la armada británica pronto quedó embarrada en la isla insalubre. Menos de 200 soldados cayeron como consecuencia de la acción del enemigo, pero un tipo de malaria afectó a 23.000 hombres, acabando con la vida de unos 4.000 de ellos. El resto tuvo que ser evacuado y muchos quedaron inválidos de por vida.

Podría decirse que Walcheren supuso la peor derrota sufrida por los ingleses en las Guerras Napoleónicas. No obstante, junto con las operaciones anfibias llevadas a cabo contra Estados Unidos en el conflicto de 1812-15, ilustra muchas de las ventajas y limitaciones de la expansión del poderío militar británico por mar – es decir, de hacer zarpar barcos que tratan de aprovechar los vientos y corrientes – hacia otro territorio. En primer lugar, era necesario encontrar el equilibrio entre las necesarias capacidades defensivas y ofensivas. El simple hecho de reunir a suficientes soldados y barcos necesarios para transportarlos y escoltarlos suponía un gran esfuerzo para los ingleses, vistos sus demás compromisos. ¿Podían liberar tantos recursos y por cuánto tiempo podían dedicarlos a una tarea de expedición? En segundo lugar, encontramos los problemas derivados del control y comando de operaciones desde la distancia, en una época en la que no existía la radio ni otros medios para comunicarse a larga distancia instantáneamente. Una vez que partían, resultaba difícil ordenar la retirada de la flota o redirigirla hacia otro objetivo. Entre tanto, las intenciones políticas o estratégicas podían cambiar. (De hecho, la guerra contra Estados Unidos podría haberse evitado de no ser por las dificultades que ambos gobiernos tenían para comunicarse a tanta distancia) Por ello, se preferían los golpes cortos y súbitos contra objetivos relativamente cercanos – como Walcheren – antes que las expediciones largas a Buenos Aires, Montevideo o Nueva Orleans (por mencionar tres empresas contemporáneas). En tercer lugar, había que tener en cuenta la mayor complejidad logística y de sostenibilidad. La salud y estado físico de los soldados (y caballos) amontonados en barcos de transporte o de

guerra solía empeorar muy rápidamente en alta mar, mientras que desembarcar un ejército de considerables dimensiones, incluyendo artillería y caballería, suponía un esfuerzo titánico y no menos peligroso a menos que se realizara en puertos equipados con muelles, grúas y demás instalaciones. ¿Estarían disponibles tales puertos y podrían ser defendidos y utilizados como base para las operaciones ofensivas? (La lamentable experiencia del general Sir David Baird, que trató de avanzar desde La Coruña al centro de España en 1808 señalaba los posibles problemas en este ámbito.) ¿Sobrevivirían las tropas enviadas de expedición a tierras lejanas el trayecto y las condiciones locales, o las posibles enfermedades y problemas logísticos paralizarían unidades enteras, como ya ocurriera con numerosos batallones ingleses enviados, por ejemplo, al Caribe entre 1793 y 1798?

La amenaza marítima que suponía la Francia napoleónica y sus aliados para Inglaterra fue intermitente y ampliamente neutralizada por el bloqueo de la Marina Real y en la que se sería la única batalla marítima de la guerra a gran escala, Trafalgar. Mientras que la armada española realmente nunca llegó a recuperarse de aquella derrota, Francia realizó denodados esfuerzos para reconstruir la suya. En 1811, con la mayoría de los astilleros europeos a su disposición, Napoleón estaba convencido de que, en cuatro años, los franceses podrían volver a plantar cara a la Marina Real en mar abierto. En retrospectiva, puede parecer que respondía a un deseo más que a una realidad, pero se trataba de una posibilidad que los británicos se tomaron muy en serio. Ya a comienzos de 1813, un memorándum del Almirantazgo advertía de que, si continuaba la tendencia, Napoleón podía conseguir una flota de 108 barcos capitales en tan solo tres años. Lo cierto es que la desastrosa derrota sufrida en Rusia en 1812 contribuyó, entre otras cosas, a asestar el golpe de gracia a la armada francesa para el resto de la guerra. Para proporcionar suficientes artilleros a sus fuerzas terrestres en el este de Europa, tuvo que trasladar a unos 20.000 de la flota a la armada. Aún y con todo, lo que acabó siendo decisivo fueron las políticas de Napoleón durante los años 1812-14, que le enfrentaron a una combinación de potencias hostiles que acabaría resultando incontenible.

Durante largos períodos de las Guerras Napoleónicas, Gran Bretaña combatió sola o únicamente con pequeños aliados. Pese a ello, el propio tamaño y poder real o potencial de la amenaza napoleónica aconsejaba buscar fuertes aliados si los ingleses querían salir del punto muerto estratégico que su propia superioridad en el mar y la superioridad francesa en tierra habían ido creando. La Francia de los Borbones había desplazado a

unos 330.000 soldados en la Guerra de los Siete Años de 1756-63. Sin embargo, durante el mismo largo conflicto, las tropas prusianas habían logrado contener no sólo a los franceses, sino también a rusos y austríacos, con la única ayuda de un pequeño ejército inglés y alemán destacado en Hanóver. A pesar de ello, en 1806, Francia, sin ayuda de nadie, barrió del mapa a un ejército pruso formado por 250.000 hombres en cuestión de semanas. El ejército que Napoleón envió a la campaña de Jena incluía, en un principio, un total de 160.000 hombres de primera línea. No obstante, pudo permitirse enviar a 20.000 más para amenazar Hanóver, mientras que otros 90.000 se quedaban de guardia por si Austria hacía algún movimiento y debían acudir en auxilio de Prusia. Además de ello, Napoleón contaba con amplias reservas a las que recurrir, en parte gracias al tamaño de su imperio en expansión y en parte también por el servicio militar obligatorio instaurado en el imperio. En enero de 1810, incluso si excluimos a aquellos que estaban demasiado enfermos para servir a filas, los ejércitos franceses en España alcanzaban los 300.000 soldados.

A diferencia de ellos, el ejército británico contaba con unos 150.000 soldados profesionales en enero de 1804 y, especialmente gracias a la incorporación de 54.000 soldados extranjeros, logró alcanzar los 260.000 a finales de 1813. Muchos de estos soldados debían destinarse a proteger el territorio nacional o puestos avanzados en el extranjero, como las bases navales en el Mediterráneo o en el Caribe. Aún en 1811, por ejemplo, 56.000 estaban acantonados en Inglaterra. Otros 76.000 eran necesarios para guarnecer las posesiones coloniales clave, especialmente Canadá e India, y entre 13.000 y 17.000 más estaban manteniendo los bastiones en el Mediterráneo. Con unas pérdidas medias de 17.000 hombres al año entre 1803 y 1807 y de 24.000 en los años siguientes, parece claro por qué los británicos siempre andaban faltos de tropas en sus compromisos en el continente europeo. De hecho, a finales de 1809, los ingleses tenían en marcha expediciones simultáneamente en la península ibérica y en Walcheren en los Países Bajos; aún así sólo contaban con menos de 80.000 soldados en el continente. ¿Era realista suponer que cualquier ejército que Gran Bretaña pudiera reunir podría vencer a las hordas de enemigos a los que probablemente tuviera que enfrentarse? Y, en todo caso, independientemente del éxito que cosechara tácticamente, ¿qué objetivo estratégico tendría dicho compromiso?

La experiencia de la Guerra de la Revolución francesa no pintaba un panorama muy alentador. Ni las expediciones inglesas en los Países Bajos en 1793-95 y 1799, ni los

intentos más limitados de Londres por asistir activamente en los levantamientos monárquicos franceses, en 1793, 1795 y 1800 dieron resultados de los que pudieran sacar provecho. A pesar de ello, el compromiso continental era importante para conservar a los aliados: así, se destinaron 9.000 soldados británicos en Italia en 1805, con la intención de operar junto con 25.000 rusos, mientras que, como ya señalamos, 40.000 desembarcaron en el estuario de Scheldt en 1809 en un intento de prestar apoyo indirecto a Austria. (En realidad, los británicos llegaron mucho después de lo esperado, cuando los austriacos ya habían lanzado su desafortunada ofensiva en el sur de Alemania. Por eso, ésta última supuso más una distracción para la primera que al contrario)

Gran parte de lo dicho sugiere que toda intervención militar inglesa larga y directa en algún punto alejado del continente europeo tenía amplias probabilidades de fracasar o incluso de resultar contraproducente. Así que podemos preguntarnos por qué se embarcaron en la guerra de la península ibérica. Aún así, una vez comenzado, este aparentemente discutible conflicto fue perpetuado sucesivamente por los gobiernos de Portland, Perceval y Liverpool, aunque hubo momentos, particularmente tras la derrota austriaca en Wagram y los reveses sufridos en La Coruña y Walcheren en 1809, en los que algunos ministros ingleses y figuras militares destacadas tuvieron sus dudas acerca de la política. Las súplicas iniciales de ayuda de diversas delegaciones españolas dirigidas al gobierno de Londres y a los comandantes militares británicos apelaban al pragmatismo de los partidarios de Pitt, denominados “Pittites” y a la ideología de los Whigs. Había, como George Canning, Secretario de Asuntos Exteriores dijo a la Cámara de los Comunes,

la mayor predisposición... para proporcionar toda ayuda viable [a los españoles.] Hemos de actuar según el principio de que cualquier nación de Europa que se levanta con la determinación de oponerse a... [Francia], independientemente de las relaciones políticas existentes con Gran Bretaña, [esa nación] se convierte inmediatamente en nuestro aliado esencial.

Sin embargo, con la oleada francesa en toda España en los meses finales de 1808, al conducir el ejército de Sir John Moore – la encarnación de la ayuda británica a los españoles – contra los franceses, sus superiores políticos no sólo temían por España sino

también por Portugal, el punto de apoyo británico en el continente. En un memorándum escrito en noviembre, Moore parece concluyente: 'Puedo decir que en general', escribió,

la frontera de Portugal no puede defenderse contra una fuerza superior [en número]. Es una frontera abierta, toda escarpada pero toda penetrable. Si los franceses conquistan España, será inútil intentar resistir en Portugal.... Considero que en ese caso los británicos deberíamos tomar medidas inmediatas para salir del país.

Gracias, entre otras razones, al empuje de Moore hacia Madrid y a la posterior interrupción de los planes de Napoleón en la conquista de la península, los ingleses lograron aferrarse a su base en Portugal por el momento. Sin embargo, no estaba claro durante cuánto tiempo se podría mantener esta situación, particularmente tras la derrota austriaca en Wagram. En otoño de 1809, Canning se vio forzado a preguntarle a Wellington, entonces general al mando de las tropas británicas en la península, si:

¿Es razonable esperar que un ejército británico de 30.000 hombres en cooperación con los ejércitos españoles pueda liberar a toda la península, o abrirse paso contra la fuerza aumentada que Bonaparte puede permitirse enviar contra el país?

La respuesta de Wellington, enviada en dos despachos el 14 de noviembre, fue la siguiente:

El enemigo tiene que hacer de la toma de posesión de Portugal su primer objetivo.... Imagino que hasta que España sea conquistada,... Será difícil, si no imposible, que el enemigo tome posesión de Portugal, si [nosotros]... seguimos empleando un ejército para defender al país y si el ejército portugués... sigue mejorando hasta donde sea capaz. ... El enemigo no tiene los medios ni la intención de atacar a Portugal en este momento.... [Incluso después de recibir sus] refuerzos [anticipados] podemos lograr resistir.

Justo cuando la supremacía marítima inglesa permitía y apuntalaba su compromiso en la península, también lo hacía el imperativo de conservar la supremacía que contribuyó a traer las fuerzas inglesas para que combatieran allí. Tras el desmoronamiento de la

alianza franco-española y la expulsión de los franceses de Portugal, la flota de Napoleón y las de sus aliados dejaron de tener acceso a las instalaciones de reparación, reabastecimiento y construcción que anteriormente ofrecían los puertos de la península. Además, los ingleses tomaron cinco barcos franceses en Cádiz y uno en Vigo, así como el corazón de la flota portuguesa y ocho barcos de guerra rusos en el estuario del Tajo. Al menos Lisboa y Oporto estaban abiertos a la Marina Real y a los buques mercantes ingleses. De hecho, en 1812, la península absorbía casi un quinto de todas las exportaciones inglesas. Londres también podía cambiar su enfoque respecto a las posesiones coloniales de España. Ya no tenían por qué desvincularse de España y, así, beneficiar a los ingleses directamente, sino más bien apoyar a su patria y de este modo apoyar a los ingleses indirectamente. Las colonias españolas en Latinoamérica, a pesar de no ser el mejor mercado, sí proporcionaban mercados útiles para el comercio británico y, por tanto, constituían un sustituto del sistema continental. Además, el alineamiento diplomático y militar de España con Gran Bretaña supuso la liberación de 9.000 casacas rojas que anteriormente habían estado destinados en operaciones en Argentina y que ahora se enviaban a la península. Para disgusto de Napoleón, la Marina Real también devolvió a 15.000 soldados españoles – a quienes se les había presionado para que sirvieran como parte de la guarnición del emperador en la costa del Báltico – de Suecia de vuelta a su patria.

El propio tamaño de los compromisos de Inglaterra en la península cambió y redujo considerablemente el alcance de las operaciones de expedición en otros lugares; Walcheren se convertiría en la última gran empresa de ese tipo durante varios años. Aún así, ninguno de los objetivos primarios ingleses en España y Portugal estaba en juego tras la recuperación de las naves ibéricas. No había ninguna amenaza procedente de dicho territorio. Además, en la península, al contrario que en el Báltico, tampoco se hallaban importaciones estratégicas fundamentales, o solo a nivel de entrada de las comunicaciones con el resto de grandes potencias europeas o a modo de barrera contra la amenaza que suponían los franceses para los intereses ingleses en la zona del Levante o el Lejano Oriente. En realidad, el conflicto en la península tuvo mayor repercusión por su impacto en la historia de España y Portugal que por sus efectos en el conjunto de las Guerras Napoleónicas. Por otra parte, además de redoblar la resistencia de ambos países ante Francia, el compromiso inglés y los éxitos cosechados en la península contribuyeron a aumentar su influencia diplomática especialmente sobre Rusia y

Austria, en particular en 1807, 1809 y 1813. Sobre todo, la presencia inglesa en España y Portugal dio un margen sin precedentes para iniciar operaciones *ofensivas* en tierra que suponían una esperanza para poner fin a la larga guerra contra Napoleón y sus aliados. Y esto era claramente preferible a los años de estancamiento estratégico que precedieron a la liberación de Portugal y al levantamiento de España.

En 1810, Napoleón estaba, inusitadamente, en paz con todas las grandes potencias del norte y este de Europa: Austria, Rusia y Prusia. Esto liberó recursos para emplear en las operaciones en marcha en España y les permitió lograr avances importantes, en particular contra la fortaleza de Ciudad Rodrigo. Si España hubiera sucumbido, ¿habría seguido siendo relevante, o incluso defendible el punto de apoyo inglés en Portugal? La reanudación de la guerra contra las potencias continentales en 1812-13 puso en peligro la posición de Francia tanto en Europa central como en la península ibérica. Las ayudas financieras de Gran Bretaña permitieron a Prusia, Rusia y Austria desplegar a un amplio número de soldados. Por otra parte, el éxito cosechado en la península fue a todas luces insuficiente para definir la política francesa en otros lugares. El compromiso duradero de Inglaterra en la península había provocado que los franceses desplazaran a un ingente número de soldados a combatir en España y Portugal. Aunque sólo fuera de manera indirecta, esto redujo la amenaza al conjunto de intereses ingleses. Napoleón, a pesar de desdeñar la guerra de la península como un mero asunto secundario, no adoptó una política más conciliadora frente a sus enemigos en Europa central. Éstos acabarían asestándole un golpe decisivo. Con la alienación cada vez mayor de la sociedad francesa debido al aumento de los impuestos y la conscripción, junto con la pérdida de fuentes de dinero y hombres ante sus enemigos, Napoleón no pudo reunir recursos suficientes para el extraordinario esfuerzo que le hubiera salvado de la derrota en 1814.

La península, por definición, estaba rodeada de agua, lo que la convertía en un entorno ideal para las operaciones inglesas. Sin embargo, si nos regimos por los criterios contemporáneos, se trataba de un escenario de guerra muy lejano. Las líneas de comunicación y abastecimiento del ejército se extendían, en última instancia, por toda la península y de vuelta hasta las islas británicas. Esto acarreaba inmensos problemas. Wellington, un verdadero maestro de la logística, aunque sólo fuera por la experiencia adquirida en partes inhóspitas del subcontinente indio, comentó en una ocasión que era necesario ‘rastrear una galleta... desde la boca de un [soldado] en la frontera, y proporcionar su retirada de un punto a otro, por tierra y agua, o no podría llevarse a

cabo ninguna operación militar.’ Los franceses, privados de poderío marítimo de peso, se sentían incapaces de interferir en este proceso cada vez más perfeccionado, mientras que su propia falta de apoyo logístico adecuado solía paralizar a sus ejércitos en la península. El propio tamaño de las tropas acentuaba su práctica habitual de dispersarse para vivir pero unirse para luchar. Desde el punto de vista de los ingleses y de sus aliados, esto hacía que el número de soldados franceses fuera más manejable: mientras que una gran concentración de unidades francesas era más propensa a pasar hambre, el ser más pequeñas las hacía más vulnerables al ataque y derrota.

Pero resistir, por no hablar de vencer, a las enormes fuerzas que los franceses tenían a su disposición en la península apenas podría alcanzarse con los puñados de casacas rojas disponibles. Los aliados constituían el único modo de restaurar el equilibrio. En este aspecto, Portugal, el punto de apoyo de Inglaterra en el continente, desempeñó un papel crucial. Además de las numerosas tropas regulares e irregulares españolas que arrinconaron a tantos soldados franceses, los portugueses – en gran medida equipados, organizados, entrenados y dirigidos por los ingleses – aumentaron directamente el número de soldados con los que podía contar Wellington. En octubre de 1810, eran 27.000 los soldados regulares portugueses, constituyendo un tercio del ejército de campo de Wellington. Finalmente, al menos la mitad de los soldados del bando inglés eran portugueses.

¿Cuál era la estrategia a seguir con estas fuerzas? En cuanto a los años siguientes a la incursión de Sir John Moore en el corazón de España y su retirada a La Coruña, podemos dividir la estrategia inglesa en la península en dos fases. La primera se centró en asegurar Portugal en general y Lisboa en particular como base para operaciones futuras. Durante esta fase esencialmente defensiva, se expulsó a todas las tropas enemigas de Portugal y se construyeron las famosas Líneas de Torres Vedras, como ayuda para disuadir todo intento francés de amenazar la capital (y el puerto, del que dependía la presencia inglesa en último término.) Para cuando los enemigos de Wellington reunieron las fuerzas suficientes para siquiera intentarlo, los ejércitos portugués e inglés, tal y como estaba previsto ‘lograron resistir.’ Según se acercaba el año 1812, Napoleón comenzó a sacar soldados de España para preparar la invasión de Rusia, lo que contribuyó a decantar aún más la balanza de poder en la península del lado de los aliados. Wellington, que contaba ya con un ejército anglo-portugués más numeroso y con más experiencia que antes, pasó a la ofensiva, tomando la fortaleza que

suponía el paso hacia el norte y sur de la España central: Ciudad Rodrigo y Badajoz. Su estrategia de retirarse al seguro interior cuando amenazaban fuerzas enemigas superiores en número fue desgastando a sus oponentes con una combinación de sensatas retiradas y avances que acabaron expulsándoles de la península y llevando la guerra a suelo francés.

En muchos aspectos, la campaña en la península recordaba más a las operaciones militares en Europa a mediados del siglo dieciocho que la mayoría de las vistas a comienzos de 1800. Ésta dio frecuentemente mayor importancia a la guerra de posiciones que a la de maniobras. Una característica principal del conflicto fue la ocupación y conservación de posiciones defendibles, entre ellas las fortalezas y ciudades fortificadas que servían de nodos logísticos así como puntos de apoyo para avanzar en operaciones ofensivas. De hecho, en las Guerras Napoleónicas no hubo otro escenario en el que las operaciones de asedio desempeñaran un papel tan importante. El ejército francés bajo el mando de Napoleón estaba preparado para campañas relativamente cortas e intensas, caracterizadas por rápidas maniobras destinadas a destruir al enemigo en una batalla apoteósica

No obstante, en la península el margen de maniobra de dichas acciones era limitado, entre otras razones por las complejidades logísticas del terreno y porque Wellington en concreto reducía al mínimo las oportunidades de sus adversarios. Cuando los comandantes franceses descubrían al enemigo desprevenido, apenas si lograban sacar partido de los puntos fuertes inherentes al ejército francés, dado que se veían condicionados por su también inherente debilidad. Las tropas de Wellington estaban mejor informadas sobre las disposiciones y movimientos del enemigo y solían estar mejor situadas para reaccionar ante cualquier maniobra, prevista o imprevista. Asimismo, los soldados de Wellington habían perfeccionado los procedimientos y habilidades tácticas, con lo que en el campo de batalla demostraron ser un rival más que digno ante los franceses. El general inglés solía combinar la defensa táctica y la ofensiva estratégica con muy buenos resultados, lo que obligaba al enemigo a atacar en el terreno que el primero escogía – terreno que, podríamos decir, solía explotar mejor que cualquier otro comandante durante las Guerras Napoleónicas. Su hábil uso del terreno para proteger a sus fuerzas de la mirada y fuego del enemigo explica sus notables éxitos. Wellington es uno de los pocos grandes comandantes de la Historia sobre los que se puede afirmar con seguridad que nunca sufrió una derrota en el campo

de batalla.

Aunque solo sea por este hecho, quizás no resulte sorprendente que, en 1812, España ofreciera a Wellington el papel de Comandante en Jefe de su propio ejército. Los dirigentes militares británicos y su estrategia cada vez dominaban más la guerra de la península. Existían disputas inevitables entre Wellington, el general principal en el terreno y los dirigentes políticos en Londres (de los que dependía para obtener recursos y una orientación política general), pero también entre las tres potencias aliadas en la guerra. No obstante, nada podía compararse con las tensiones que plagaban la coalición antinapoleónica en Europa central y del este. Los ingleses, en gran parte aislados de éstos, disfrutaban de una considerable independencia estratégica en la península; lo que no hubiera sido posible en una empresa militar similar junto con los inmensos ejércitos de Austria, Rusia o incluso Prusia.

La otra cara de la moneda era que Inglaterra ejercía una influencia limitada sobre el resto de socios en la coalición, especialmente cuando el imperio napoleónico comenzó a derrumbarse. No es casual que, cuando los franceses se retiraron de la península y de Alemania, Inglaterra tomó medidas para asegurar el litoral en los Países Bajos. Sin duda, hubiera preferido tener al grueso del ejército allí en lugar de en el sur de Francia para mantener su influencia sobre las grandes potencias aliadas en un momento en el que estaban rediseñando el mapa de Europa. Dice mucho de las prioridades de Inglaterra el hecho de que, cuando Napoleón escapó del exilio en 1815 y lanzó con su ejército un ataque preventivo contra los aliados en los Países Bajos, Bonaparte volviera a toparse con Wellington y su ejército.

ERRORES DE MASSENA EN SU INCURSIÓN EN PORTUGAL (1810-1811)

António Pedro Vicente
Universidade Nova de Lisboa

Allá por 1801, bajo las órdenes de Napoleón y consustanciando sus intereses, Portugal fue invadido. En aquel momento, Manuel Godoy, el poderoso dirigente español se unió al dirigente francés por su ambición personal y el temor, más que admiración, que por él sentía, partiendo igualmente del principio de que las dos potencias unidas conseguirían destronar la supremacía inglesa. Eso es lo que se entiende al leer atentamente sus *Memorias*,³⁷ redactadas en el exilio francés de 50 años y en la correspondencia de Napoleón, extremadamente clara al expresar su pensamiento de iniciar la conquista de la península ibérica por Portugal.

Sirvan estas palabras iniciales, pequeño ensayo sobre las causas de las derrotas napoleónicas en territorio portugués, para entender la razón por la que el primer asalto en Portugal, patrocinado por Napoleón, concluiría con la derrota de sus objetivos. Efectivamente, con la primera invasión, que se produjo en 1801, el dirigente francés no sólo pretendía conservar el apoyo de España para sus objetivos, sino también para, una vez conquistado el territorio nacional o parte del mismo, lo que ocurrió al conquistar la provincia del Alentejo y poder “jugar” con Inglaterra donde, por aquel entonces, trataba de celebrar un acuerdo (Tratado de Amiens). Con el intercambio de ese terreno conquistado, de crucial importancia para el enemigo, conseguiría ventajas económicas en otras regiones que poseía Inglaterra, concretamente en las Américas.³⁸ Lo que ocurrió fue que Godoy y Luciano Bonaparte, hermano de Napoleón, embajador de Francia en España, firmaron el fin de las hostilidades, aunque por un breve período de tiempo, un acuerdo que en nada beneficiaría a Francia. Efectivamente, la parte española y francesa se limitó a tomar posesión de Olivença, despreciando los demás territorios conquistados. Así, el Tratado de Badajoz favoreció los intereses portugueses y frustró todas las esperanzas que Napoleón depositaba en Portugal como “moneda de cambio”.³⁹ Resultan significativas las cartas escritas en la época por el cónsul francés a Talleyrand y a Luciano Bonaparte. Sus observaciones resultan demolidoramente concluyentes en

³⁷ António Pedro Vicente, “Godoy e Portugal, uma leitura das suas *Memórias*” en *O Tempo de Napoleão em Portugal*, Lisboa, Comissão Portuguesa de História Militar, 2ª edição, 2000.

³⁸ António Pedro Vicente, “Olivença, início da Expansão Napoleónica em Portugal”, en *Revista História*, 2001.

³⁹ Idem.

relación con los objetivos que alimentaba el dirigente francés. Así pues, esta primera incursión acabó en una derrota.⁴⁰

La historia de la epopeya napoleónica suele olvidar que Portugal fue un grandioso escenario en el que tuvieron lugar importantes combates entre 1801 y 1811. A partir de esa fecha, soldados portugueses aliados a las tropas españolas e inglesas, combatiendo al ejército francés, recorrieron la península ibérica hasta el sur de Francia. Habiendo estudiado la época con cierta profundidad desde hace años, siempre nos impresionó la denominación genérica de Guerra de España que se le dio a esta epopeya que inició la revolución francesa y que tuvo, en una fase posterior, a Napoleón como jefe militar supremo en su versión de dirigente político primero, como cónsul más tarde y convirtiéndose en el actor más significativo como Emperador. Napoleón, que nunca visitó Portugal, envió al país luso a aliados y subordinados, con el objetivo de conquistarlo, para dominar una nación de fronteras marcadas desde antiguo, de posición estratégica para el comercio internacional y de importancia fundamental para su viejo aliado – Inglaterra. Efectivamente, este país encontraba en la costa portuguesa, en sus colonias e islas, el mejor puerto de refugio para sustentar sus intereses económicos, en esa época recientemente agraviados por la independencia de Estados Unidos. Basta citar a Brasil para evaluar hasta qué punto Inglaterra aprovechaba un amplio manantial para equilibrar su economía.⁴¹ De hecho, incluso antes de que Napoleón adquiriera notoriedad política, innumerables patriotas franceses escribieron al Directorio aconsejando a sus dirigentes y sugiriendo que la única manera de derrotar a la inexpugnable Albión pasaba por la conquista de Portugal. Quedaba así demostrado hasta qué punto se consideraba a este país como el mayor apoyo en el fortalecimiento de su viejo aliado.⁴² Napoleón pronto se dio cuenta de la importancia estratégica de Lusitania y, desde siempre sopesó la conquista de la península ibérica como

⁴⁰ António Pedro Vicente, “Portugal perante a política Napoleónica dos ‘Bloqueios Continentais à Invasão de Junot’”, en *Guerra Peninsular, Novas Interpretações*, Lisboa, Tribuna da História, 2005.

⁴¹ António Pedro Vicente, “A influência inglesa em Portugal. Documentos enviados ao Directório e Consulado, 1796-1801”, en *Revista de História das Ideias*, vol. II, Coimbra, Faculdade de Letras, 1988.

⁴² *Ibíd.*

complemento fundamental para la consecución de sus objetivos de unir a Europa bajo las alas protectoras del águila imperial.⁴³

En cuanto a la segunda invasión, llevada a cabo bajo el mando militar y administrativo de Junot, que anteriormente había servido como embajador de su país en Portugal, la derrota fue flagrante y no se concretaron los objetivos que Napoleón acariciaba. Las contrariedades se produjeron desde el momento mismo de la llegada del invasor a Lisboa, al constatar que la familia real se les había escapado por poco. Junot no se apoderó del Regente ni de su corona. Así pues, Portugal, al contrario que España, mantuvo su independencia. Junot, que debía conocer el país y la mentalidad de sus habitantes, demostró una incapacidad total para gobernar la nación ocupada. En primer lugar no se dio cuenta de que Inglaterra, que hasta el momento vacilaba sobre si ayudar a Portugal, jamás consentiría que desapareciera su aliado más útil. Entre otras cosas porque poseía la colonia de Brasil que alimentaba al viejo aliado de Portugal con productos básicos para el funcionamiento de su perjudicada economía, como se afirmó tras la independencia americana. Asimismo, Junot tampoco se dio cuenta de que un país con tradición secular de independencia difícilmente soportaría una tutela, por blanda que fuera. Lo que pretendía ser una ‘protección’ contra los opresores ingleses redundó en una epopeya completamente fracasada que, al mismo tiempo, alentó los corrosivos panfletos que combatían la Revolución francesa y la política que venía de la mano y que, como afirmó el historiador Jacques Godechot, constituiría la tercera fase revolucionaria que encarnaría Napoleón.⁴⁴ Las batallas de Columbeira, Roliça y Vimeiro a las que se expusieron los generales de Junot y que impugnaron los ingleses, rápidos en prestar ayuda, son prueba rigurosa de una profunda derrota. Además de ello, la citada falta de conocimiento de Junot sobre la mentalidad del pueblo portugués queda perfectamente patente en la correspondencia intercambiada con su jefe y que mereció respuestas como la que aquí se cita. Napoleón demuestra que veía mucho mejor la situación y los riesgos que corría Junot con sus procedimientos en relación al país

⁴³ “Olivença, Início da Expansão Napoleónico na Península”, en *Revista História*, junio de 2001.

⁴⁴ *Ibíd.*

ocupado. Así, en una carta fechada el 7 de enero de 1808, respondiendo a una misiva de Junot de 21 de diciembre, afirma:⁴⁵

Recibo su carta de 21 de diciembre. Veo con pesar que, desde el 1 de diciembre, día de su entrada en Lisboa, hasta el 18, cuando comenzaron a manifestarse los primeros síntomas de insurrección, no hizo nada. Sin embargo, no ceso de escribirle diciendo: ‘Desarme a los habitantes; *despedace a todas las tropas portuguesas*; dé ejemplos duros; mantenga una actitud inflexible que haga que le teman.

Pero parece que su cabeza está llena de ilusiones y que no tiene conocimiento alguno del genio de los portugueses y de las circunstancias en que se halla. No reconozco en eso a un hombre educado en mi escuela. No quiero dudar de que, tras la insurrección, no haya desarmado la ciudad de Lisboa, mandado fusilar a unas sesenta personas y tomado las medidas oportunas. En todas mis cartas le predije lo que empezó a ocurrir y lo que ocurrirá en breve. Le expulsarán vergonzosamente de Lisboa en cuanto desembarquen los ingleses, si sigue siendo tan blando.

La expedición de Soult o la que representa la tercera incursión en el país, al servicio de los intereses expansionistas de Napoleón en Europa, debe ser analizada bajo varios ángulos para llegar a los errores cometidos, los que fueron decisivos para otra derrota más. Tras el embarque de las tropas francesas, en septiembre de 1808, tras la discutida ‘Convención de Sintra’, el país estaba naturalmente en un estado de anarquía, principalmente tras la retirada del general inglés Moore quien en cierta medida calmó los ánimos más exaltados, al norte de Portugal. Los desacuerdos entre el Obispo de Oporto y los mandos ingleses aumentaron debido a que el primero consideraba que su ciudad era sede del gobierno. La exaltación de la plebe y los rumores de una nueva invasión hicieron que el país, recientemente sometido a la tutela de extranjeros, fuera cada vez más ingobernable.

Tras la ‘Convención de Sintra’ Inglaterra no descuidó los intereses portugueses que, desde hacía mucho, jugaban a su favor frente a la amenaza francesa. Hemos de añadir

⁴⁵ Christovam Ayres, *Historia do Exército Português*, volume XII, Coimbra, Imprensa da Universidade, 1921.

que, en el intervalo entre la invasión de Junot y la de Soult, España estuvo prácticamente bajo dominio francés, excepto la región de Cádiz donde poco después se establecerían las célebres Cortes que tanto contribuyeron a que se instalara el régimen constitucional. Mientras tanto, en el breve lapso de tiempo que medió entre la salida de Junot y la nueva invasión, Inglaterra siguió auxiliando a Portugal. Así, en Oporto, el coronel inglés Robert Wilson, manteniéndose alejado de las diferencias políticas citadas, equipó y disciplinó a un cuerpo de tropas portuguesas, formando a dos batallones de infantería, dos de caballería y una batería de artillería que se conocería con el nombre de *Leal Legión Lusitana*, en contraste con el nombre dado al cuerpo militar formado por unos diez mil combatientes lusos, nombrado por Junot para luchar del lado de los ejércitos napoleónicos bajo el nombre de *Legión Portuguesa*.⁴⁶ Fue también por aquel entonces cuando Beresford vino por segunda vez a territorio nacional. Efectivamente, este oficial, que fue el encargado de organizar al ejército portugués, ya había estado en la isla de Madeira desde 1807 ejerciendo funciones de mando, cuando los ingleses se dieron cuenta, a finales de año, que se produciría la invasión francesa bajo el mando de Junot.

Ya se ha mencionado la situación política y militar que, aunque sucintamente, explica los acontecimientos relacionados con la invasión de Soult. Como bien es sabido, el general Moore, que fallecería en Galicia, consiguió desviar a los ejércitos de Junot, Ney y Soult de la frontera portuguesa. Eran unos 60.000 hombres. Napoleón ordenó a Soult que, una vez destruido el ejército inglés, fuertemente debilitado con la muerte de su comandante, marchase sobre Portugal, decretando que se ocupase de Oporto durante los primeros días de febrero de 1809.

Desde ya se afirma que Napoleón, con las órdenes que dio, demostró que poseía información deficiente y tenía un conocimiento incompleto de las pésimas carreteras y caminos de España y Portugal. La falta de recursos necesarios, en el escenario de las operaciones, para un ejército sin intendencia organizada obligó a los soldados a desplazarse en pequeñas columnas que los aldeanos armados podían atacar fácilmente, protegidos por el terreno escarpado y los montes quebrados; éstos provocaban innumerables ataques y asesinaban a los pequeños cuerpos militares necesarios para

⁴⁶ António Pedro Vicente, “A Legião Portuguesa em França: uma abertura à Europa”, Lisboa, *Actas do III Congresso da Comissão Portuguesa de História Militar* y P. Boppe, *La Légion Portugaise, 1807-1813*, París, Berger Lescault, 1897.

ocupar cada punto estratégicamente importante en el camino. Como resultado de esta situación, las tropas se dispersaban y disminuían sus contingentes. Sin embargo, a finales de enero Soult consiguió ocupar Ferrol muy fácilmente por la traición de los mandos españoles. Lo mismo ocurrió al aproximarse a la frontera portuguesa, cuando desertaron miles de soldados del ejército español la Romana. Napoleón creía entonces que, vencidos los ejércitos regulares, España no ofrecería más resistencia. En la primera quincena de febrero, Soult dispuso sus tropas en Tuy, Salvaterra y Vigo, a lo largo de la frontera portuguesa. Allí surgió el primer contratiempo que hizo equivocarse a Napoleón y a Soult. Se trataba del obstáculo que representaba la travesía del río Miño. De haber conocido la dificultad que suponía atravesarlo, nunca lo hubiera hecho y no habría perdido un tiempo tan valioso. Desde ya, el general francés debería haber procedido a desplazar a sus tropas a lugares que tendría que utilizar posteriormente y donde los obstáculos eran menores. Efectivamente, el río Miño que separa Portugal de España, desde la costa norte y hasta una distancia de 65 km, con un ancho considerable, en su desembocadura no es navegable a partir de Monção.

Soult no contó con la avanzadilla de los ejércitos anglo-portugueses, en los que destacaban las tropas de la *Leal Legión Lusitana* de Wilson y la caminata, desde el río Vouga, en la región de Aveiro, de las tropas de Wellington. Éstas llegaron a la Sierra del Pilar, frente a Oporto, en la margen izquierda del Duero que estaba completamente abandonada y naturalmente desguarnecida de defensa, por un grave descuido de Soult. A partir del 12 de mayo de 1809, mes y medio después de la conquista francesa de Oporto, en la Sierra del Pilar, Wellington aprovechó cuidadosamente la situación militar que le ofrecía el enemigo. Finalmente cruzó el río Duero, en el que tantos portugueses perdieron la vida en el famoso desastre de Ponte das Barcas con la llegada del invasor francés. Concluyó así la tercera invasión de Portugal. El general Nicolau Soult, con sus cualidades militares fuera de toda duda y a quien se le había concedido el título de Duque de Dalmacia por su denuedo y valía en las batallas en las que participó, demostró no conocer el país que pretendía conquistar. Ni siquiera había caído en por qué los ingleses se habían apresurado en socorrer a su viejo aliado en un pasado reciente, durante la ocupación de Junot.

Se entiende la insistencia de Napoleón en conquistar Portugal y la consecuente invasión de su general Masséna, ordenada pocos meses después de que Soult abandonara Oporto. Efectivamente, el dirigente francés, que ya había ocupado España, constató que Portugal

seguía siendo independiente. Recordemos que el antiguo dirigente español Manuel Godoy, entonces exiliado en Francia, inicialmente pensó y afirmó en sus *Memorias*, que las fuerzas francesas, junto con las españolas, serían suficientes para someter a Inglaterra. Algo nunca logrado hasta la fecha. Con la derrota de la fuerza naval francesa y española en Aboukir y más tarde en Trafalgar, Napoleón tomó consciencia de la imposibilidad de invadir las costas inglesas, dado su carácter inexpugnable. No obstante, como ya afirmamos, los dirigentes franceses y principalmente Bonaparte recibieron durante los primeros años de actividad política, aún como Cónsul, varias cartas de patriotas franceses en las que les aconsejaban sobre el modo de dominar a Inglaterra. Ya durante el Directorio los gobernantes habían recibido misivas de este tipo, que se guardan en los archivos de Vincennes, en Francia.⁴⁷ Curiosamente, todas ellas, escritas por habitantes de las más diversas regiones francesas, consideraban que la única manera eficaz de llevar a cabo el plan era atacar Portugal y dominarlo, asestando así un golpe mortal a la economía británica. Efectivamente, como ya afirmamos, Inglaterra tenía en Portugal un excelente puerto de refugio y de dominio económico para el florecimiento de su comercio e industria así como para adquirir materias primas, algunas de las cuales escaseaban por la independencia de Estados Unidos. La asociación con Portugal abarcaba los trayectos atlánticos, islas adyacentes y Brasil, donde Inglaterra se beneficiaba de una situación aduanera de excepción, especialmente en lo relativo a productos esenciales para su industria. Como bien lo expresaba uno de esos patriotas, Portugal era la ‘vache au lait’ de Inglaterra y, una vez conquistado el país luso, el colosal obstáculo a la expansión francesa se vería abocado a la ruina económica. Resulta pues admirable la insistencia de Napoleón en el dominio de esta parte de la península. España estaba conquistada y gobernaba un rey francés. Por esas fechas, todo el territorio español luchaba desde el célebre 2 de mayo para recobrar la independencia, con escasas excepciones, como el caso de la región de Cádiz.

Los más de 80.000 soldados que componían el ejército de Masséna (Príncipe de Essling) formaban parte de dos de los 9 cuerpos del ejército presentes en la península. Entre sus dirigentes estaba Ney, el cotizado general de caballería y los dos generales derrotados anteriormente, Junot y Soult, todos bajo el mando supremo de Masséna. Los graves problemas que surgieron entre ellos deben atribuirse a la errada elección de

⁴⁷ António Pedro Vicente, “A influência inglesa em Portugal”, art. cit.

Napoleón. Ney, dado su prestigio, deseaba estar al mando supremo de esta expedición. Junot y Soult alimentaban el malestar entre las tropas francesas, por encontrarse subordinados a un compañero que, además, no conocía Portugal. Estos y otros hechos provocaron grandes desacuerdos y resultados desastrosos para los intereses de la política francesa.

En sus memorias, el general Foy es claro al describir la acción de estos dirigentes y de otros mandos: Eblé, Fririon, Reynier, altos cargos militares que, al llegar a Salamanca se desentendieron, causando disturbios en el organismo dirigente del invasor, lo que de hecho únicamente favoreció a Portugal.

Esta inmensa mole militar entró en territorio portugués a principios de agosto de 1810. Almeida sería el primer obstáculo. Ya entonces, según la opinión de varios estrategas, Massena cometió varios errores. Efectivamente, se equivocó al perder un tiempo muy valioso en la conquista de la plaza de Ciudad Rodrigo. Lo mismo ocurrió en Almeida, donde al principio la suerte le sonrió; el 26 de agosto de 1810, la explosión del polvorín bien pertrechado de la fortaleza le permitió una rendición más rápida.⁴⁸ Lo cierto es que el dispendio de tiempo y el esfuerzo para conquistar una fortaleza no era obligatorio ni era práctica corriente de la época. Bastaba el asedio para prevenir cualquier ataque en la retaguardia de un ejército en desplazamiento. La penetración en el país en dirección a su objetivo – la conquista de Lisboa, por la margen derecha del Mondego fue otro grave error que podría haberse evitado si se hubieran conocido los estudios de Boucherat, uno de los ingenieros de Junot. Boucherat había elaborado una memoria en Portugal en la que afirmaba que el camino a la capital nunca debería realizarse por dicha margen, explicando las razones.⁴⁹ Otro aspecto que resultaría nefasto fue la orden de Masséna para que los cuerpos del ejército recolectaran la cosecha que los habitantes habían dejado atrás al abandonar la región. Masséna calculaba que serían necesarios víveres para 17 días hasta la llegada y conquista de Lisboa. Otro fallo, con consecuencias graves, fue la falta de servicios de intendencia, lo que necesariamente llevó a que su ejército se dedicara al pillaje. Este sistema de aprovisionamiento tuvo efectos trágicos y

⁴⁸ António Pedro Vicente, “Almeida em 1810, 1ª etapa de uma invasão improvisada”, en *O Tempo de Napoleão em Portugal*, ob. cit.

⁴⁹ *Le Génie Français au Portugal sous l'Empire. Aspects de son activité à l'époque de l'occupation de ce pays para l'armée de Junot, 1807-1808*, Lisboa, Serviço de História Militar do Estado Maior do Exército, 1984.

consecuencias funestas al descubrirse los responsables. El ejército pasó por Pinhel, Trancoso, Mangualde, Guarda, Celorico y Fornos. Una vez atravesado el Coa, Masséna llegó a Viseu, encontrándose la ciudad completamente desierta. El mariscal parecía haber olvidado que se acercaba el otoño y, con él, los caminos se hacían más difíciles. Sus planes se iban desmoronando y estaba siempre vigilado por el ejército anglo-portugués, bajo el mando de Wellington que, mientras tanto, aconsejó a la población que abandonara sus hogares, llevándose o escondiendo todo cuanto pudieran para evitar que el enemigo aprovechara los víveres. Pero fue en Bussaco donde se marchitaría la gloria del victorioso Príncipe de Essling. La cordillera que se extiende ocho millas desde el Mondego en dirección norte, resultaría fatal para los planes franceses. Todos los caminos que, en dirección este van hacia Coimbra, pasan por algunas sierras, dificultando el paso de cualquier ejército. Allí tropezó Masséna con las tropas desperdigadas por las cumbres de la sierra. Las tropas anglo-portuguesas estaban formadas por poco más de 70.000 hombres. El 27 de agosto, sobre las dos de la madrugada, todo el ejército se puso en marcha y, al amanecer, comenzó el ataque. Los franceses perdieron 4.500 hombres incluyendo a 223 oficiales. Frente a este fracaso, el ejército francés finalmente cambió su posición, lo que tendría que haber hecho de haber conocido la toponimia del lugar. Algunos oficiales portugueses de la *Legión Portuguesa*, que acompañaban al ejército francés, no ayudaron a Masséna; ¿por desconocimiento del terreno?, ¿por un acceso de patriotismo? Fueron necesarios casi dos días para descubrir el camino a Coimbra, que seguía por Boialvo (Águeda). En las primeras horas del día 29 se inició la marcha. Coimbra fue paso obligatorio para los dos ejércitos.⁵⁰ Desde allí a Pombal y Leiria (centro neurálgico para los contendientes). Las tropas anglo-portuguesas por delante, adelantándose a las francesas, siguieron hacia el sur, hasta refugiarse en las famosas Líneas de Torres que había preparado y construido la estrategia portuguesa e inglesa, aprovechando el tiempo que les proporcionó Masséna con su cúmulo de errores. Los memorialistas de la época atenúan algunos de esos deslices asegurando que no se le facilitaron todos los datos a Masséna (como en el caso de los estudios de Boucherat), por asuntos mezquinos y envidias. Tampoco fue culpa de Masséna el nombramiento de Junot, Soult y Ney como sus subordinados, lo que naturalmente provocó que, humillados, no proporcionaran una eficaz colaboración.

⁵⁰ Guingret, *Relation Historique de la Campagne sous le Maréchal Masséna, Prince d'Essling*, Limoges, 1817.

Masséna llegó tarde a las Líneas de Torres Vedras. Éstas frenaron sus propósitos y salvaron a Lisboa de la ocupación. El país estaba desierto, había escasez de alimentos y de condiciones para la supervivencia y no se envió ningún refuerzo, a pesar de pedirlo insistentemente. Hubo una ausencia total de colaboración por parte de los jefes militares de prestigio, como en el caso de la 2ª división del 9º cuerpo del ejército, comandado por el general Conde Drouet d'Erlon que se mantuvo en Leiria, con miles de soldados, bajo el pretexto de que obedecía órdenes del rey José Bonaparte y no de Masséna; se ocultaron los estudios a los que ya aludimos y mantuvo diferencias con su Estado Mayor que, con el aumento de los problemas surgidos, se reveló ineficaz. En un determinado momento Masséna recurrió a la ayuda de su confidente Jean Jacques Pelet, un joven de 28 años, ingeniero geógrafo. Todo un cúmulo de factores que alimentaron el desastre. Hay estudios relativamente recientes, editados en EE. UU., gracias a la compilación de Donald Horward, que nos ofrecen las *Memorias* y los estudios de su adjunto quien, posteriormente alcanzaría el generalato y la dirección de los archivos de guerra franceses.⁵¹ Foy, Gungret, Marbot y otros memorialistas mencionan algunos de estos múltiples acontecimientos que provocarían que Napoleón sufriera otra derrota.

Bussaco fue uno de los últimos combates y una de las múltiples derrotas sufridas por los ejércitos franceses en Portugal. En la retirada de Masséna se produjeron algunos combates de menor importancia (Redinha y Pombal). Se considera que, aun derrotado, Masséna demostró gran valor militar al lograr, en su retroceso, alcanzar la frontera española sin grandes pérdidas. Mientras tanto, durante este tiempo (agosto de 1810 a marzo de 1811) Soult no cumplió las órdenes de Napoleón, que eran llegar a Lisboa por la margen izquierda del Tajo, para auxiliar a Masséna, viniendo del sur por la frontera de Badajoz.

Los dos adversarios llevaban cerca de un mes vigilándose delante de las Líneas de Torres. Uno esperando refuerzos y el otro esperando que el hambre hiciese mella. Las privaciones sufridas por las tropas francesas se iban agravando día tras día. En ocasiones, los encargados del abastecimiento del ejército tardaban mucho tiempo en ir a la retaguardia a buscar provisiones. Uno de los generales se quejaba, un día, a Masséna de que sus tropas llevaban cinco días alimentándose sólo de *polenta*, una especie de

⁵¹ Donald D. Horward, (ed., translated and annotated), *The French Campaign in Portugal, An account by Jean Jacques Pelet*, Minneapolis, 1973.

papilla de harina de maíz. Hubo destacamentos que llegaron a estar ausentes de sus unidades durante 10 días, tal era la distancia que habían de recorrer para buscar alimento. Los soldados se ausentaban de sus unidades sin permiso y se aventuraban a buscar comida. En la región invadida comenzó el período más cruel de toda la guerra. Excitados por la miseria, por el deseo de venganza de una población hostil, los franceses cometieron todo tipo de atrocidades. Sus mandos no lograban dominarlos. Cuenta un historiador que los desertores del ejército francés alcanzaron tal número que se formaron grupos que robaban para las bandas de Nazaré, Alcobaça y Caldas. Organizados de este modo, atacaban a los propios destacamentos franceses, obligándolos a deponer las armas y a unirse a ellos. Fue necesario que Masséna ordenara atacarlos y desbaratar dos divisiones que habían hecho 1.600 rehenes. Los jefes de las bandas fueron fusilados y el resto volvió a sus regimientos.

La inutilización de las cosechas, aunque no se llevó a cabo con todo el rigor que había ordenado lord Wellington, sí produjo sus efectos. Este general, en una carta a Londres, declaraba no entender que Masséna pudiera vivir en una región devastada. A la escasez de provisiones se le unió la inclemencia climática, que se dejaba sentir sobre aquéllos que no tenían ni tiendas para abrigarse.

Las comunicaciones de los militares portugueses bajo el mando de Wilson y Trant con la retaguardia se veían dificultadas por los guerrilleros españoles e incluso por las tropas de guarnición de Abrantes, comandada por el coronel Lobo. Éste, vigilando a los franceses, frustraba sus intentos de atravesar el Tajo.

El aislamiento de Masséna, entre la base de operaciones frente a las Líneas y Almeida, era tan profundo que la guarnición de esta plaza estuvo dos meses sin recibir noticias de sus compañeros. Napoleón sabía lo que estaba ocurriendo con sus tropas de Portugal a través de los periódicos ingleses. Naturalmente, las noticias le llegaban con gran retraso. Los mensajeros tenían muchas dificultades para recorrer las setenta leguas que separaban Almeida del cuartel general delante de las Líneas. Masséna intentó avisar a Napoleón de lo que ocurría, mandándole más de un emisario, pero todos se quedaron por el camino. Uno de ellos, un portugués apellidado Mascarenhas Neto, que servía en el ejército francés como ayudante de campo del comandante en jefe, fue apresado por los ordenanzas cuando iba disfrazado de pastor. Se le aprehendieron documentos

comprometedores y fue ahorcado por traidor.⁵² Finalmente, Masséna envió al general Foy a París, acompañado de una escolta de 500 dragones que logró atravesar el Zêzere, atrayendo las tropas de Abrantes y llegando a Almeida. En dicha plaza, sustituyó a la fuerza que le acompañaba y siguió a Ciudad Rodrigo. De ahí partió hacia París, ciudad a la que llegó el 21 de noviembre de 1810. Bonaparte le escuchó, criticando la marcha de los acontecimientos militares. A la batalla de Buçaco la denominó «temeridad irreflexiva». No obstante, la actitud expectante de Masséna, frente a las Líneas, mereció su aprobación. Censuró la conducta de Soult, Mortier y Drouet quienes, en su opinión, perdían inútilmente el tiempo en lugar de apoyar a Masséna. Dio indicaciones para llevar a cabo una acción combinada, por parte de estos generales. Sin embargo, se hizo oídos sordos a estas órdenes. Napoleón estaba lejos del escenario de operaciones para poder apreciar la situación y ser escuchado. La posición de Masséna no mejoró lo más mínimo tras la misión del general Foy.⁵³

El día 15 de noviembre, poco más de un mes después de que los franceses alcanzaran las Líneas, se produciría un acontecimiento que sorprendió a Wellington. Una niebla densísima ocultaba a los centinelas enemigos. Sobre las 10 de la mañana la niebla se levantó y se pudo observar que, en el horizonte, no había rastro de los franceses. Tan sólo en una reducida extensión de terreno, ocupada hasta el día anterior, se veían unos muñecos de paja con uniformes militares. Era la retirada del ejército francés, tras el asedio iniciado el 10 de octubre y completado la madrugada del 15 de noviembre, sin disparar ni un solo tiro. Tras los momentos iniciales de sorpresa, Wellington ordenó a la 2ª división que avanzase a Vila Franca y a la ligera que lo hiciera sobre Alenquer. Estas tropas no consiguieron encontrar a los franceses, aunque sí había restos de su paso. Al día siguiente, al llegar a Azambuja, las tropas luso-británicas descubrieron al enemigo, que iba en dirección a Santarém y río Maior. El espectáculo presenciado por los más avanzados y sobre el que mucho oficiales ingleses dejaron testimonio en sus *diarios*, mostraba la situación calamitosa del enemigo. Piezas de vehículos abandonados, material de guerra de todo tipo, cadáveres de hombres y animales insepultos, soldados moribundos a los que el hambre y la enfermedad habían derribado en las cunetas, poblaciones otrora activas, como Alenquer, ahora desiertas, presentaban un aspecto

⁵² Botelho Teixeira, *História Popular da Guerra Peninsular*, Lisboa : Livraria Chandon, 1915, p. 421.

⁵³ Idem - *Ibíd*, p. 422.

desolador, con las casas sin puertas ni ventanas, pues habían servido para alimentar las hogueras. Se constató la profanación de algunos templos. En las calles, mobiliario despedazado y medio quemado eran testimonio de la obra de destrucción provocada por el invasor.

Los datos que recibía lord Wellington le llevaron a plantearse “las intenciones del general francés. ¿Pretendía cruzar el Zêzere y dirigirse a España por Castelo Branco? ¿Seguiría el camino del norte, retrocediendo por donde había entrado? ¿Se trataría tan sólo de un ardid para hacerle salir de las Líneas? ¿Pretendía rodear la sierra de Montejunto para atacar Torres Vedras?”⁵⁴ Sin embargo, el día 16 se disiparon las dudas. La información proporcionada por las tropas que seguían el rastro de los franceses y la suministrada por el general Fane, situado en la otra margen del Tajo, eran concluyentes. Aseguraban que Masséna y su ejército iban en dirección de Santarém. Había escogido esta ciudad para establecerse.

La madrugada del 15 de noviembre marca una fecha clave en la guerra de la península. Las leguas que median entre el Sobral [de Monte Agraço] y Santarém constituyeron, el día 15 de noviembre de 1810, la primera etapa de una retirada que no acabaría hasta llegar a territorio francés. Era el principio del fin del sueño ibérico de Napoleón. El acontecimiento alegró a Lisboa y a todo el país, así como a Inglaterra. Era un buen presagio para el prestigio de Wellington.

Los problemas de abastecimiento de alimentos y de otro tipo para el ejército francés tuvieron las mayores consecuencias durante la campaña. La correspondencia que enviaron a Masséna los comandantes de los cuerpos del ejército demuestra las carencias que sintieron las fuerzas militares a partir de Almeida.⁵⁵ Como ya se afirmó, parte de esas carencias fueron el resultado del plan de desertificación del país puesto en marcha por Wellington. El general inglés calculó que el hambre era una de las armas principales para minar a los mejores y más adiestrados ejércitos.⁵⁶ Cuanto más cerca estaban los

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ Fririon - *Journal historique de la Campagne du Portugal entreprise par les Français sur les ordres du marechal Massena, Prince d'Essling du 15 Septembre de 1810 au 12 Mai 1811*. Paris : Librairie Militaire de Leneven, 1811, p. 90. Cit. por Pereira, Ana Cristina Clímaco, *Ob. cit.*

⁵⁶ Cristovam Ayres, *História do Exército Português: Provas*, Imprensa da Universidade, 1915. Vol. II, p. 48.

militares de Coimbra, más sentían los efectos de la falta de provisiones alimentarias. No se había pensado en organizar un almacenamiento.

No sería hasta el 24 de octubre cuando Masséna diera órdenes para organizar almacenes de víveres. Asimismo, procedió al reconocimiento de Santarém en cuanto llegó allí. Esta ciudad de más de 12.000 habitantes contaba ahora con unas cien personas. Masséna escogió esta ciudad, como ya hemos dicho, para instalar hospitales y almacenes. Los edificios no estaban degradados. Santarém se convirtió en el almacén general pero sólo conseguía alimentar a la guarnición que se encontraba allí. Los demás tenían que buscarse la vida para conseguir alimento. El sistema de aprovisionamiento ocasionaba un gran desgaste de aproximadamente un tercio del ejército. La consecuencia inmediata de esta situación fue la relajación de la disciplina en el seno de las fuerzas francesas. El desorden y vagabundeo de los soldados contribuyó a sus futuras derrotas. Los oficiales encargados de mantener el orden no se hacían obedecer, la indisciplina era tal que se permitió constituir un nuevo cuerpo formado por los *maraudeurs*. En éste proliferaban los desertores, que saqueaban las regiones de Alcobaça, Nazaré y Caldas y estaban comandados por un cabo al que apodaban general y oficiales subalternos. Sus desmanes, algunos de gran crueldad, hicieron que el mariscal Ney solicitara autorización a Masséna para castigarlos severamente. Mientras tanto, el general Loison acusaba al intendente general, a los comandantes de los cuerpos y a los generales de apropiarse de las provisiones y no repartirlas.

Los desertores, muchos de ellos extranjeros que formaban parte del ejército francés, se quejaban de la escasez de alimentos y fueron noticia en la *Gazeta de Lisboa*.⁵⁷ Cuando, a principios de diciembre, Masséna recibió algunos refuerzos, éste escribió a Salamanca, su cuartel general: “creo que el gran enemigo al que me tendré que enfrentar será el hambre”.

La *Gazeta de Lisboa* describe la retirada de los franceses de los límites de las Líneas, proporcionando algunos argumentos para esta actitud, destacando, necesariamente, la ausencia de provisiones cerca de las Líneas.⁵⁸ De hecho, la existencia de estas carencias provocaba la proliferación de enfermedades. Ya a finales del año 1810 los hospitales improvisados no garantizaban su tratamiento. La indisciplina se multiplicaba e incluso

⁵⁷ De 30 de octubre de 1810, citado por Ana Cristina Clímaco Pereira, *Ob.cit.*, p. 130.

⁵⁸ 21 de noviembre de 1811, cit. por Idem – *Ibíd.* p. 133.

los oficiales se dedicaban al pillaje. Para protegerse del frío arrancaban puertas y ventanas de las casas para alimentar hogueras.⁵⁹ Los comerciantes que, a partir de Almeida, siguieron el rastro de los franceses para negociar con ellos el producto del pillaje de la soldadesca por los lugares por los que pasaban, también se desilusionaron cuando comprobaron que era imposible entrar en Lisboa y llevar a cabo allí transacciones más lucrativas.

Masséna, dando por finalizada su misión, en una misiva a Napoleón, lamentaba que las ayudas prometidas no se hubieran materializados y que el ataque a Lisboa por el sur, también acordado, nunca se llevara a cabo. Su misión concluyó al enterarse de la retirada por el Mondego cuando, efectivamente, comprueba el agotamiento absoluto de las provisiones entre el Tajo y la región de Coimbra.

Uno de los oficiales ingleses que combatió en Portugal junto con sus hermanos y un primo y que adquiriría importancia en la sociedad inglesa, afirmó un día, a propósito de las Líneas de Torres Vedras “La guerra quedó reducida a un bloqueo. Masséna sólo buscaba alimentar a su ejército hasta que llegasen refuerzos. Wellington intentó matar de hambre a los franceses antes de que llegara la ayuda”. Napier, que así se apellidaba el general, tenía razón.

Fletcher, el teniente coronel ingeniero que dirigió la construcción de parte de los reductos de las Líneas, afirmó sobre esa defensa de la capital portuguesa que constituía “el sistema de fortificación más eficaz jamás conocido en la historia militar”.

Muchas de las afirmaciones que aquí se registran, narrando la desastrosa epopeya de Napoleón en la península, son corroboradas por el francés Marbot y, en esa medida, no dejan de presentarse sus opiniones en una sucinta anotación. En sus interesantes *Memorias*⁶⁰ el General Barón de Marbot, en un capítulo que titula «Las causas generales de nuestros infortunios en la península...» afirma, tras algunos considerandos,

⁵⁹ 22 de noviembre de 1811, IDEM – *Ibíd.* p. 134.

⁶⁰ Las *Memorias del General Barão de Marbot* se escribieron en 1847 y fueron publicadas en 3 volúmenes en el año 1891. Este oficial, que alcanzó el rango de teniente general, participó en las campañas napoleónicas de Italia, Rusia, Polonia, Alemania, España y Portugal. En esta última estuvo con la invasión de Masséna, integrado en su Estado Mayor. El valor de sus *Memorias* sobre los acontecimientos en Portugal es obvio para aclarar el nuevo desaire de los ejércitos napoleónicos, entre 1810 y 1811. Cf. *General Barão de Marbot, Memórias sobre a 3ª Invasão Francesa*, introd. António Ventura, Lisboa, Centro de História da Universidade de Lisboa, 2006.

sobre las causas que llevaron a las guerras en la península, que la victoria de Bailén – un suceso inesperado, no sólo aumentó el coraje de los españoles sino que inflamó el de sus vecinos portugueses.» En él también alude a la salida de la familia real hacia Brasil «con miedo a ser detenida por los franceses.» También recuerda la derrota de Junot, así como los triunfos de Napoleón, que llevaron a que su hermano José ocupara el reino español, las victorias de Soult y la muerte del general Moore, en Galicia. Los triunfos iniciales claudicaron cuando, según este memorialista, «Inglaterra consigue que Austria entre en la alianza contra Francia, obligándola a abandonar el territorio español y regresar a Alemania «dejando a sus tenientes la difícil tarea de reprimir la insurrección». Para Marbot, cuando el maestre abandonó la península dejó de haber un centro de mando, puesto que el «el débil rey José» no tenía conocimientos militares ni la firmeza necesaria para sustituirlo. Considera que reinó la anarquía más absoluta entre los mariscales y los jefes de los diversos cuerpos del ejército francés.» También menciona la situación del mariscal Soult abandonado en Oporto, sin que el mariscal Victor ejecutase la orden emitida para unirse a él. Alude al hecho de que Soult se negó, más tarde, a socorrer a Masséna cuando éste se encontraba a las puertas de Lisboa, esperándole durante seis meses. Finalmente, recuerda que ¡Masséna no consiguió que Bessières le ayudase a luchar contra los ingleses en Almeida! El Barón se refiere a los episodios derivados de las Líneas de defensa de Lisboa que habían construido los ingleses – las célebres líneas de Torres Vedras que Masséna no logró traspasar para alcanzar su objetivo - la conquista de la capital del país y, desde allí, apoderarse del territorio nacional.

Marbot narra, con cierta minucia, escenas de egoísmo y desobediencia que llevaron al ejército francés a la perdición en la península «pero reconoce que el fallo principal procede del gobierno, en la persona de Napoleón, quien, a pesar de haber tenido que ir a Alemania, tras la victoria de Wagram no hubiera vuelto en persona a la península para «terminar esta guerra haciendo ‘recluir a los ingleses’. » Lo que más le ‘asombra’ es el hecho de que este gran genio creyese que era posible dirigir, desde París, los movimientos de los diferentes ejércitos a quinientas leguas de distancia, estando España y Portugal llenos de insurrectos que capturaban a los oficiales «portadores de cartas y que, de este modo, ¡obligaban a los jefes del ejército francés a quedarse sin noticias y sin órdenes durante meses!»

Marbot opina que Napoleón, ya que no podía ir a la península, debía castigar a los mariscales que no le obedeciesen. José Bonaparte estaba instruido pero «desconocía el arte militar», y no se hacía obedecer por los mandos superiores. De hecho, tampoco obedeció la orden de Napoleón de enviar a Francia las tropas enemigas capturadas en los choques militares evitando así la proliferación de enemigos. El rey José llegó hasta el punto de formar cuerpos militares con los adversarios capturados. Marbot insinúa, asimismo, que el sistema napoleónico de reclutamiento del enemigo que estaba combatiendo era nocivo para sus ejércitos, afirmando: «La desertión de soldados extranjeros con los que el emperador inundaba la península, junto con los españoles, tan imprudentemente armados, de nuevo por José Bonaparte, se convirtió en algo extremadamente perjudicial.» Marbot considera que la «causa principal» de los reveses en la península «fue la considerable puntería de la infantería inglesa» que «venían de su asiduo entrenamiento de tiro al blanco, así como de su formación en dos filas.»

Marbot estaba convencido de que Napoleón acabaría triunfando «si se hubiese limitado a terminar esta guerra antes de ir a Rusia.» Se basaba en el hecho de que todo el auxilio recibido en la península procedía de Inglaterra, entretanto agotada por la ayuda prestada y que la Cámara de los Comunes estaba lista para rechazar los subsidios para una nueva campaña. Alude a las derrotas de Marmont y del rey José en Vitoria «donde los franceses recibieron» tales reveses que, a finales de 1813, «... tuvieron que atravesar los Pirineos y abandonar totalmente España, que tanta sangre les había costado.»

Hemos de destacar, por la rareza de afirmaciones de este tipo en la mayor parte de los memorialistas franceses, las palabras de este narrador cuando, tras comentar las acciones de los españoles y su sacrificio afirma: «en lo relativo a los portugueses, no se les hizo justicia por la contribución que hicieron a la guerras de la península. Menos crueles, mucho más disciplinados que los españoles, con una valentía más serena, formaban varias brigadas y divisiones en el ejército de Wellington, que estuvieron dirigidas por oficiales ingleses. No deben nada a las tropas británicas, pero como eran menos «presuntuosos» que los españoles, se habló poco de ellos y de sus hazañas y su reputación fue menos conocida.

Historiadores y cronistas, como se comenzó afirmando, han descuidado la frustración de las intenciones napoleónicas en Portugal y los errores cometidos que, sucesivamente, abocarían a una plena derrota. Estos narradores suelen omitir que aquí, en este espacio

peninsular, comenzó la caída de Napoleón. No se ignora que, posteriormente, se produjo la infeliz epopeya de Rusia. Aún así, los años en los que se asistió a las acciones napoleónicas y a la derrota en la que claudicaron jefes militares de gran nivel, ocurridas entre 1807 y 1811, en Portugal, contribuyeron ampliamente, influyendo, profundamente, en el desastre final. Llevamos mucho tiempo convencidos de ello.

LA ESTRATEGIA DE WELLINGTON Y LA BATALLA DEL CÔA

24 DE JULIO DE 1810

Alexandre Maria de Castro de Sousa Pinto
Presidente de la Comisión Portuguesa de Historia Militar

1 – La estrategia británica para el continente europeo

La corona británica se sabía y deseaba seguir siendo *la potencia marítima por excelencia*. Su estrategia era global y tenía como objetivo el dominio de los mares, de los puertos y del comercio internacional. Para ello, contaba con la primera fuerza naval mundial, tanto en calidad como en cantidad, y con una pequeña fuerza terrestre, unos 100.000 hombres, que empleaba, esencialmente, en ultramar.

Francia, por su parte, deseaba llegar a ser *la potencia continental* necesitando, para ello, en primer lugar dominar el continente, lo que implicaba contar con fortísimas fuerzas terrestres, así como una capacidad naval que le permitiese atacar o al menos amenazar las islas británicas o, como mínimo, enfrentarse en el mar, con posibilidades de éxito, con su armada. De acuerdo con el general Espírito Santo «*atraer a Inglaterra a la península y derrotar allí a sus fuerzas fue el objetivo fijado para una estrategia militar basada en efectivos militares superiores y una mayor capacidad de combate terrestre, dirigida por buenos comandantes y tropas experimentada.*»¹.

Portugal estaba ante el dilema de apoyar a Gran Bretaña, vieja aliada y garantía de la continuidad de la libre navegación de nuestras flotas comerciales entre Europa, Brasil y Oriente o de, por el contrario, aliarse con Francia, cuyo poderío estaba en plena ascensión gracias a las sucesivas victorias napoleónicas contra los ejércitos de las potencias continentales rivales (Austria, Prusia y Rusia). Si se aliaba con Francia, era muy probable que perdiera su imperio a favor de Inglaterra; si se mantenía al lado de su aliada de siempre, seguramente sería invadido por los ejércitos invictos de Napoleón. Internamente, como de hecho ocurre siempre, las opiniones se dividen entre los llamados «partido francés» y «partido inglés». La decisión quedaba en manos del príncipe regente Don Juan quien, en mi opinión, demostrando una gran capacidad diplomática e intuición política, mantuvo el suspense hasta el último momento antes de declarar hacia qué lado se decantaría.

En estas circunstancias, Gran Bretaña que, en Trafalgar en 1805, había destruido casi por completo las armadas aliadas de Francia y España, no disponía de suficientes ejércitos para enfrentarse, en el continente, a los de Napoleón. Francia, por su parte, sin medios navales, los buscaba desesperadamente, decidiéndose por los más cercanos y de

¹ Gabriel Espírito Santo, *O Combate do Còa*, Lisboa, Tribuna da História, 2010, p. 31.

calidad – las armadas de los Países Bajos y de Portugal – deseo sucesivamente frustrado por la destrucción en el puerto de Copenhague de la primera y por la marcha a Brasil de la segunda.

La decisión de la corona portuguesa, en noviembre de 1807, de transferir la capital a Brasil y, finalmente, la apuesta por Gran Bretaña, hicieron posible que se creara una cabeza de playa en el continente a partir de la cual se lograra expulsar a las fuerzas francesas de la península. No obstante, en la fase inicial, D. Juan intentó ahorrar sacrificios a la población portuguesa dejando recomendado a la regencia que recibiese a los franceses como amigos. Fue a partir de la declaración de guerra de Portugal a Francia el 1 de mayo de 1808 cuando la situación comenzó a ser verdaderamente favorable para una intervención británica en el continente, lo que de hecho ocurrió con el desembarco de casi 10.000 hombres al sur de Figueira da Foz.

El general inglés Sir John Moore consideraba que Portugal no era defendible, opinión contraria a la de Sir Arthur Wellesley. El primero, en 1808, al frente de una fuerza considerable en Galicia, fue derrotado por el mariscal francés Jean de Dieu Soult y, para conseguir embarcar a sus fuerzas tuvo que empeñarse a fondo, sufriendo grandes pérdidas, perdiendo él mismo la vida y viéndose obligado a dejar en tierra los caballos de su caballería. Este desastre dificultó a Wellesley, entonces al mando, poner en marcha su estrategia, ya que el Parlamento inglés no deseaba arriesgarse a un nuevo desaire. El Parlamento le hacía constantes recomendaciones para que no involucrara demasiado al ejército, ya que no iba a ser posible enviar refuerzos, puesto que se daba prioridad a la defensa del imperio y al mantenimiento de las guarniciones.

2 – La estrategia de Wellington

Wellesley, a quien pasaremos a denominar Wellington, título que le fue concedido entre tanto, consideraba, al contrario que John Moore, que sí era posible defender Portugal² e,

² John Keegan, *A Máscara do Comando*, 2009, p. 148, menciona una carta escrita en marzo de 1809 a Lord Castlereagh en la que Wellington afirma “que era posible defender a Portugal, independientemente del desenlace del conflicto en España”, basándose en el poder marítimo, con una fuerza naval que permitiese asegurar y abastecer una base firme posicionada en la desembocadura del Tajo, a partir de la cual el ejército británico pudiese operar en seguridad y

incluso, admitió la posibilidad de que, partiendo del país luso, como si se tratase de una “cabeza de playa” podían avanzar hacia España, liberando toda la península de las fuerzas francesas. En la península ibérica llevó a cabo “una estrategia militar, según directivas políticas del Parlamento británico, que tenía objetivos militares precisos, y en la que el tiempo fue un factor esencial.³”.

Y entonces fue él quien se enfrentó, también, a otro dilema: si fracasaba, su carrera y ambiciones podían, seguramente, darse por acabadas; para ganar, tendría que encontrar los argumentos que convencieran al Parlamento de sus tesis para que le proporcionaran los recursos financieros y humanos que le permitiesen proseguir esta senda.

Estaba convencido de que el tiempo derrotaría a Napoleón. Había que hacerle perder tiempo y, mientras tanto, hacerle la vida imposible, cortando sus comunicaciones, interceptando sus correos, liquidando las pequeñas fuerzas aisladas y suprimiendo sus abastecimientos mediante una política de tierra quemada. Entre 1808 y 1810 se convenció aún más de dicha posibilidad, según iba conociendo el empeño de toda la nación, de su pueblo y de su naturaleza.

Lo vemos en el Memorando de Wellington a Fletcher, el teniente coronel jefe de su ingeniería militar, fechado el 20 de octubre de 1809. En él podemos extraer fácilmente tres grandes líneas de actuación:

- garantizar la retirada de las fuerzas británicas del territorio portugués en caso de victoria francesa (el fantasma de John Moore implicaba la garantía de dicha posibilidad ante el Parlamento);
- intercambiar espacio por tiempo (espacio portugués por tiempo británico), no permitiendo compromisos decisivos y conduciendo al enemigo a una posición estática que no podía atravesar aún en construcción acelerada, en una clásica «acción retardadora»;
- derrotar a los invasores casi sin combate, interrumpiendo sus líneas de comunicaciones, robándoles las provisiones y cortándoles el acceso a los

dentro de los límites del cinturón de protección formado por las fronteras montañosas portuguesas.

³ Santo, *ob.cit.*, p. 31.

recursos locales, base de su logística (también aquí la tierra quemada era portuguesa y no británica).

La defensa y pérdida de Ciudad Rodrigo, la batalla del Côa y la pérdida de Almeida, acciones en el área del río Duero de las que estamos hablando en este Congreso, se enmarcan exactamente en aquella segunda línea de conducta: una acción retardadora que hiciera que el enemigo perdiera el máximo tiempo posible sufriendo cuantas más bajas mejor y dejándole la moral por los suelos, con un mínimo esfuerzo de las fuerzas británicas, consideradas esenciales para llevar a cabo la trampa de Líneas de Torres entonces en construcción porque aún no se había probado la capacidad del nuevo ejército portugués recientemente creado.

Fue precisamente esta estrategia operacional la que hizo que Clausewitz pusiera a Wellington como ejemplo de general tácticamente defensivo y estratégicamente ofensivo, idea a la que yo añado la consideración de que se trata de una estrategia fácil de asumir cuando el territorio, la población y la mayoría de las fuerzas involucradas no nos pertenecen. Probablemente no la hubiera adoptado en territorio británico.

3 – La batalla del Côa

La región de Riba Côa fue, desde siempre y hasta el siglo XVII, un área de gran importancia militar. Según Pedro Vicente *“la invasión de Masséna, en 1810, recorriendo un trayecto no habitual entre los caminos elegidos en anteriores ataques a la integridad nacional, utiliza precisamente la región de Riba Côa en la última incursión napoleónica en Portugal. Entre mayo y septiembre de 1810, la porción de terreno comprendida entre los ríos Águeda y Côa será el escenario de una de las batallas más sangrientas que tuvo lugar a nivel nacional en esa época convulsa, tras la revolución francesa”*⁴.

Por otro lado, John Keegan nos dice que *“la energía de Wellington era legendaria, así como su atención a los detalles, su reticencia a delegar, su capacidad para casi no*

⁴ Vicente, *A Região do Riba Côa na visão do francês Auguste Du Fay*, Almeida, CM de Almeida, 2006, p. 13.

dormir ni comer, la indiferencia que mostraba hacia el confort personal y el menosprecio ante el peligro”⁵.

Dichas cualidades y defectos, principalmente la atención a los pormenores y la reticencia a delegar, resultarían bien visibles en su actuación durante el período que abarca desde el asedio a Ciudad Rodrigo hasta la caída de Almeida, siendo paradigmáticas en lo que se refiere a la Batalla del Côa.

También Donald Horward⁶ afirma que *“ninguna de las batallas de la guerra peninsular fue tan reñida como la que tuvo lugar en el río Côa, junto a las murallas de Almeida, ignorada o minimizada por los historiadores de los últimos 200 años y, por eso mismo, denominada por ellos mismos «combate», «acción» o «reencuentro de centinelas». Sin embargo, también tuvo graves consecuencias entre las partes beligerantes, con repercusiones en las salas de las Tullerías, en Francia, y en el Castillo de Windsor, en Gran Bretaña”*.

Estas tres citas sintetizan lo que trataremos de estudiar ahora con cierto pormenor para confirmarlas.

En Ciudad Rodrigo el brigadier Herrasti, en un prodigio de valentía y voluntad⁷, consiguió detener al ejército de Masséna desde el 28 de mayo y hasta el 9 de julio. Wellington, solicitado para socorrer a Ciudad Rodrigo sólo lo hizo mediante palabras de aliento. La finalidad de su estrategia impedía involucrar a sus fuerzas, que ni siquiera se encontraban tan lejos, por lo que podría haber acudido allí rápidamente.

Fuerte de la Concepción estaba guarnecido por la División Ligera del ejército anglo-luso, sucesora de la división británica al frente de la cual estuvo John Moore y que sufrió una grave derrota en Galicia en 1808, ahora comandada por el general Craufur, quien, con sus 2.000 británicos y 1.219 portugueses, mantenía también una serie de

⁵ Keegan, *ob. cit.*, p. 127.

⁶ Donald D. Horward, “Um Episódio da Guerra Peninsular. A Batalha do Côa (24 de Julho de 1810)”, *Boletim do Arquivo Histórico Militar*, 50º Volumen, Lisboa, AHM, 1980, p. 41.

⁷ Santo, *ob. cit.*, pp. 32-33, nos informa que el teniente general Don Andrés Pérez de Herrasti disponía de una guarnición de 5.000 hombres, con una defensa apoyada en unas 80 bocas de fuego de artillería de diversos calibres, con víveres y municiones que permitían resistir al asedio y donde un cuerpo de guerrilleros, a las órdenes de Don Julián Sánchez, *El Charro*, no daba descanso a las tropas francesas en los alrededores, con ataques inesperados, rápidos pero siempre con efectos desmoralizadores para las tropas.

puestos avanzados a lo largo de la frontera portuguesa, apoyados por 800 soldados de la caballería y una batería de artillería a caballo.

El 21 de julio, Craufurd, tras destruir Fuerte de la Concepción, se retiró a la línea del Côa, donde dispuso la división en la margen este del río, con el flanco izquierdo con vistas a Almeida y el derecho en la línea de alturas dominando el río. No parece que la situación preocupara lo más mínimo a Wellington, pues, en una misiva de aquella fecha dirigida a su representante ante la regencia portuguesa, Charles Stuart, declaraba “*aquí no hay ninguna novedad. El enemigo no ha realizado estos días grandes movimientos, a excepción de un reconocimiento profundo, efectuado el día 21, lo que llevó al general Craufurd a hacer saltar La Concepción por los aires y reunir a su guardia avanzada cerca de Almeida.*”⁸. El 23 de julio, un fraile del Monasterio de Pombeiro anotó en el Dietario “se ha hecho saltar por los aires el Fuerte de la Concepción, junto a Almeida para que no sirvan al enemigo”⁹.

Wellington recomendó a Craufurd, cuando aún estaba en posesión de La Concepción, que “*yo no quiero arriesgar nada más allá del Côa, y de hecho..., no veo por qué usted ha de permanecer a tal distancia, frente a Almeida. Sería deseable que las comunicaciones con Almeida se mantuvieran abiertas durante el mayor tiempo posible... y por eso quiero que usted no recule más allá de ese lugar, a no ser que sea necesario*» o, más adelante, «*sería conveniente que nos mantuviéramos al otro lado del Côa durante más tiempo, y pienso que conservar La Concepción nos facilita esa tarea. Pero al mismo tiempo no quiero arriesgar nada para permanecer del otro lado del río, o para conservar la fortaleza... Por eso, le pido que no tenga ningún escrúpulo en hacerlo antes de tiempo*”¹⁰.

Craufurd, infringiendo claramente dichas recomendaciones, dispuso 5 batallones de infantería, 2 regimientos de cazadores y 1 batería de artillería a caballo en un frente de 3 kilómetros (5.000 a 6.000 combatientes) en la margen este del Côa.

En la madrugada del 24 de julio, a cubierto de una tormenta, atacaron 20.000 hombres del VI CE (Ney).

⁸ Idem, *Ibíd*, p. 44.

⁹ Coutinho, *Dietário do Mosteiro de Santa Maria de Pombeiro (1807-1816)*, en Prelo.

¹⁰ Idem, *Ibíd*, p. 46.

Craufurd, cogido por sorpresa, decidió, sin embargo, involucrarse y defender el terreno y la División Ligera sufrió graves bajas, obligándolo, frente al peligro en que se encontraba su posición, a ordenar la retirada. Sus unidades corrieron hacia el único puente¹¹ que permitía el paso hacia la margen contraria, quedando el camino que hasta allí conducía, atascado de vehículos que retrasaron la retirada.

Craufurd ordenó al 43 de línea, comandado por el Mayor. Charles McLeod, y al 95 de tiradores, comandado por el Teniente Coronel Robert Barclay, que defendieran la línea de alturas que dominaba el puente durante la retirada de las restantes unidades de la División.

Al sudoeste del 43, las unidades portuguesas de Cazadores 1, bajo el mando del Teniente Coronel Jorge de Avillez, y Cazadores 3, con el coronel António Correia Leitão al mando, aguantaban el centro de la línea.

La retaguardia estaba formada por el 52 de Línea, bajo el mando del Coronel Sidney Beckwith, que estaba a punto de quedar aislado de la fuerza principal, pero un contraataque del 43 le salvó.

El apoyo de fuegos lo proporcionaba la batería de artillería bajo el mando del Capitán Ross.

Una vez cruzado el río, Craufurd dispuso la División Ligera para defender el puente habiendo Ney ordenado a uno de sus generales que atacara, siendo ejecutados y repelidos tres asaltos.

Los dos ejércitos permanecieron en sus posiciones hasta bien entrada la noche. Sobre las 23 horas, la División Ligera se retiró, siguiendo por la carretera hasta Valverde. A eso de las 4 de la madrugada, dos compañías de Loison lograron atravesar el puente del Cõa desplazándose hasta las colinas que se alzaban junto al río para observar en dirección a Valverde y Guarda.

Las pérdidas francesas se elevaron a 80 muertos y 272 heridos, en la Brigada de Loison, 5 heridos en la Brigada de Simon (ocupada con Almeida) y 53 hombres y 90 caballos de

¹¹ Construida en 1745, de piedra, tenía 100 metros de longitud, 4 de anchura y 15 de altura.

la caballería de Montbrun, siendo el total de las pérdidas reportadas por Ney de cerca de 500 hombres.

Los aliados, por su parte, sufrieron 36 muertos, 273 heridos y 83 desaparecidos, números contrariados en el informe de Loison quien, basándose en el número de cuerpos enterrados o arrojados al río por sus soldados, calcula que fueron 300 los muertos, 500 los heridos y 100 los que fueron hechos prisioneros¹².

Resulta interesante comprobar que, en esta batalla, que duró un día entero con pérdidas computadas en unos dos millares, ninguno de los dos comandantes, Craufurd y Ney, cumplieron las órdenes recibidas de Wellington y de Masséna respectivamente, que habían prohibido repetidamente cualquier acción más grave.

La acción emprendida por Craufurd escapó completamente a las dos características personales de Wellington anteriormente mencionadas: el cuidado que ponía en los pormenores (no podía haber esfuerzos decisivos en las acciones que se emprendieran) y su reluctancia a delegar (incompatible con la iniciativa personal de su general). Esta acción fue muy contestada por Wellington quien, sin embargo, tuvo que ejercer una fuerte influencia ante el Parlamento británico que también vio en ella una pérdida innecesaria de potencial humano, y ante quien Wellington reconocía ser difícil incriminarlo “*porque aunque incluso yo quedé desacreditado con todo esto, no puedo acusar a un hombre que considero actuó con buena intención y cuyo error fue de criterio y no de intención*”¹³.

El fraile del Monasterio de Pombeiro mencionado atrás, anotó en su Dietario a 24 de julio, resumiendo la acción: “*De madrugada un cuerpo considerable de caballería e infantería francesa ataca la vanguardia del ejército anglo-luso comandada por el General Caufurd. [sic], que desde el 21 se hallaba entre el Fuerte de la Concepción y Junça. Según sus instrucciones, se retiró a través del Cóa; y el enemigo que en tres ocasiones intentó tomar el puente que está sobre este río, fue constantemente rechazado. Perdimos 200 hombres entre muertos y heridos, y el enemigo de 400 a 500. La División Caufurd. [sic] era de 4.000 hombres, y la del enemigo de 10.000. Loison*

¹² Cf. Horward, ob. cit., p. 66.

¹³ Idem, Ibíd, p. 67.

intima al Gobernador de Almeida a que se rinda, pero no recibe respuesta por escrito”¹⁴.

4 – Conclusiones

1 – Wellington, a quien inicialmente Napoleón consideraba «un general de cipayos», es el autor de una estrategia propia para la península que expulsará a su opositor de Portugal en 1811 y de España en 1813, invadiendo y derrotándolo definitivamente en Francia en 1814.

2 – En la Batalla del Côa se infringieron todos los conceptos de la estrategia operacional diseñada por Wellington de acuerdo con la estrategia general del Parlamento británico. A pesar de eso, sirvió a otros propósitos y, si no hubiese ocurrido, probablemente no habrían tenido lugar acontecimientos posteriores:

- a. Fue la primera gran prueba a la capacidad operacional de las unidades portuguesas que en su camino demostraron tener conocimientos tácticos, ánimo combativo y capacidad de sacrificio; Wellington, a partir de esa batalla, se convenció verdaderamente de que su recién creado ejército portugués estaba al nivel del ejército británico y que podía combatir con él en cualquier circunstancia;

- b. Esta constatación llevó a Wellington a proponer a la Regencia portuguesa y al Parlamento británico la creación de un ejército anglo-luso, operacional, bajo su mando directo, formado por un número similar de británicos y portugueses – que llegó a alcanzar unos 50.000 hombres de cada nacionalidad – y que le acompañó hasta 1814 ya en Francia, fase en la que reconoció a los portugueses como sus «gallos de pelea». Paralelamente existirá un ejército portugués, territorial, comandado por Beresford y formado por las restantes unidades regulares, por los Regimientos de Milicias y por las Compañías de Ordenanzas, así como por los Cuerpos de Guerrilla, creados en las áreas en las que, debido a la ausencia de oficiales de ordenanzas, éstas no estaban debidamente comandadas y organizadas, con un total de cerca de 180.000 hombres.

¹⁴ Coutinho, ob. cit.

- c. Wellington se atrevió a enfrentarse en el Buçaco en un ataque frontal de Masséna por haber logrado una confianza mínima indispensable en las unidades portuguesas; si no se hubiera producida la Batalla del Côa, muy probablemente no habría ocurrido la del Buçaco o, al menos, ésta no hubiera sido del mismo modo;

3 – Las operaciones de la guerra peninsular en el área del río Duero son paradigma de la estrategia militar británica en la que el tiempo era factor esencial, pero en la que la seguridad de las tropas británicas debía preservarse para cumplir con las directivas políticas del Parlamento. Entre el inicio del cerco a Ciudad Rodrigo el 28 de mayo y la caída de Almeida el 28 de agosto, Wellington ganó tres valiosos meses, aprovechados para ultimar las obras de las Líneas de Torres, adonde pretendía conducir y vencer a las fuerzas francesas en condiciones de superioridad excepcionales. La Batalla del Côa fue la excepción, al involucrarse las fuerzas británicas, que sufrieron graves pérdidas ganando con esa acción tan sólo un día de esos tres meses.

4 – En el Côa el no cumplimiento de las directivas operacionales fue responsabilidad del general Craufurd que mereció, pese a todo, la indulgencia de Wellington por considerar su acción un error de análisis o de criterio pero no de intención. Tal vez en aquella altura ya estuviese pensando en actuar, a corto plazo, de un modo similar a Buçaco, responsabilidad que asume al correr el enorme riesgo de ir contra las directivas políticas de su Parlamento. Si las cosas le hubieran ido mal en Buçaco, Wellington no habría sido lo que llegó a ser. El Parlamento inglés jamás le habría perdonado como él perdonó a Craufurd.

5 – La estrategia de Wellington se reveló brillante tanto en su concepto como en su puesta en práctica, a pesar de ser destructiva, siendo que el propio pueblo portugués desempeñó un papel esencial, gracias a la movilización general¹⁵, sin parangón en Europa, y a una voluntad indómita que permitió crear, en un corto espacio de tiempo, un ejército capaz de hacer sombra a los mejores, principalmente al propio ejército británico. Portugal y los portugueses fueron capaces de reconocerle el mérito y subordinar sus propios intereses a una estrategia que, como vimos, era destructiva para el territorio y los bienes nacionales, pero que permitió que los portugueses pasaran de

¹⁵ Una movilización que alcanzó al 10% de la población que, en aquel momento, rondaba los 2.800.000 habitantes.

ser invadidos por el mejor y más ofensivo ejército europeo a invasores del propio territorio enemigo.

***LOS SISTEMAS DE LA INFORMACIÓN GEOGRÁFICA COMO HERRAMIENTA
EN LA METODOLOGÍA HISTORIOGRÁFICA MILITAR***

Sergio Pardo
Servicios Ambientales y Geográficos

Introducción

Desde que el ser humano comprendió que la Realidad se puede representar de manera simplificada y después se puede operar con esta Representación, no ha dejado de hacerlo. En las paredes de las cuevas todavía se puede ver, miles de años después de su creación, numerosos ejemplos de partidas de caza, planificaciones de ataques, expediciones en busca de nuevas tierras... El ser humano entendió que el mundo, *su* mundo, se podía representar. Entendió que se debía representar. La información espacial creada era de inmensa utilidad: era un modelo del mundo manejable y fácilmente entendible. Había nacido la Cartografía y, aunque todavía no se hubieran dado cuenta, los seres humanos habían puesto las bases para la invención de los Sistemas de Información Geográfica.

Según una de sus definiciones, un Sistema de Información Geográfica (SIG o GIS en inglés) es una integración organizada de hardware, software y datos geográficos diseñada para capturar, almacenar, manipular, analizar y desplegar en todas sus formas la información geográficamente referenciada (es decir, que se sabe *dónde* está con respecto a un origen de coordenadas) con el fin de resolver problemas complejos de planificación y gestión. También puede definirse como un modelo de una parte de la Realidad referido a un sistema de coordenadas terrestre y construido para satisfacer unas necesidades concretas de información. Es decir, en el sentido más estricto, es cualquier sistema de información capaz de integrar, almacenar, editar, analizar, compartir y mostrar la información geográficamente referenciada. En un sentido más genérico, los SIG son herramientas que permiten a los usuarios crear consultas interactivas, analizar la información espacial, editar datos, mapas y presentar los resultados de todas estas operaciones.

¿Demasiado complicado para los hombres de Cro-Magnon? No, en realidad. En las cuevas de Lascaux, en Francia, hace 15.000 años, los seres humanos dibujaron en las paredes los animales que cazaban, asociando estos dibujos con trazas lineales que cuadraban (según los expertos) con las rutas migratorias de los animales. Simple, tal vez, pero es un ejemplo de lo que hace un SIG: asociar elementos con atributos de información colocados espacialmente.

Más cerca en el tiempo, concretamente en 1854, John Snow, el pionero de la epidemiología, cartografió la incidencia de los casos de cólera en un mapa del distrito del Soho de Londres. Gracias a ello pudo localizar con precisión la causa del brote: un pozo de agua contaminado. El doctor analizó conjuntos de fenómenos geográficos (elementos observables que cambian rápidamente en el tiempo) dependientes.

Pero el primer SIG tal y como hoy lo conocemos fue el Sistema de Información Geográfica de Canadá (CGIS, en 1962), desarrollado por Roger Tomlinson, creado para almacenar, manipular y analizar los vastos datos de inventario de recursos naturales del país. Se guardaron estos datos junto con informaciones relativas a su uso, extensión, dueño, fecha, etcétera. Esto permitía su posterior análisis mediante técnicas informáticas. Pero lo novedoso era que la información, los datos poseían una verdadera topología integrada, es decir, se sabía *dónde* estaban y se conocían las relaciones espaciales con el resto de elementos. Por eso se considera a Tomlinson el *padre* de los SIG.

A partir de los 70 y 80 del pasado siglo el desarrollo informático fue tal que las iniciativas SIG empezaron a tomar importancia a nivel corporativo. Es entonces cuando se crean las empresas más importantes dedicadas al diseño de estas herramientas (ESRI, CARIS...). A partir de los 90 comienza su comercialización gracias a la posibilidad del uso de SIG en ordenadores personales y dejan de ser exclusivos de la vida profesional. Ya a finales de la década y comienzo de la siguiente, el crecimiento de estos sistemas se ha consolidado de tal manera que se ha restringido el número de plataformas. El usuario se ha acostumbrado a utilizar SIG, aunque no lo sepa, a través de internet (*Google Earth, MS Virtual Earth...*), lo que ha llevado a la estandarización de los formatos de datos y la creación de unas normas comunes de transferencia.

Actualmente empieza el auge del llamado “software libre”, programas gratuitos diseñados por particulares que pueden ser modificados por cualquiera sin pago previo de la patente. Gracias a ello, los SIG llegan a más usuarios, a más sistemas operativos.

Para alimentar este software se necesitan datos. Por la propia naturaleza de los SIG, esta información debe ser digital y viene, principalmente, de la digitalización de información impresa o tomada a mano sobre el terreno mediante un software de Diseño Asistido por Ordenador (DAO o CAD en inglés, acrónimo por el que es más conocido) que pueda

georreferenciar la información que se le da. Esto es, que sea capaz de posicionar los objetos espaciales (puntos, líneas, áreas, volúmenes) de acuerdo a un sistema de coordenadas determinado por un conjunto de puntos de referencia conocido.

En los tiempos que corren, la tradicional localización de formas geográficas sobre un tablero de digitalización (una especie de pizarra sobre la que se coloca la información impresa y sobre la que se pasa un lápiz digital) está dejándose de lado gracias a la amplia disponibilidad de imágenes provenientes de la fotografía aérea y satelital. Ahora mismo es de esta fuente de donde se extraen la mayor parte de datos geográficos. Por supuesto, para la “captura” de información puntual o incluso lineal, los Sistemas de Posicionamiento Global (GPS) también son muy utilizados. Este proceso, la captura e introducción de datos, es lo que lleva más tiempo y trabajo. Porque no sólo se trata de obtener la fotografía aérea o de delimitar el cercado de una parcela mediante GPS. Los datos obtenidos así no son directamente consumibles, sino que hay que adecuarlos. Y, a pesar de tomar todas las posibles precauciones, se producirán fallos de carácter topológico (de relaciones espaciales entre entidades), como pueden ser segmentos que no se unen, superposición de polígonos, cruces de líneas y otros, que deberán ser solucionados

Los datos que maneja un SIG se pueden clasificar de varias maneras, pero básicamente se puede decir que son o discretos (una casa, una parcela) o continuos (cantidad de lluvia, pendientes del terreno), y pueden almacenarse de dos formas diferentes: de modo raster o de modo vectorial.

Un raster es una malla de celdas que tienen cada una un valor. El ejemplo típico es una imagen digital en la que cada celda es un píxel. Cada celdilla de la malla tiene un valor (ya sea discreto o continuo) cuyo significado depende del tipo de información. Puede ser el valor de la reflexión de la luz en ese punto, la temperatura, la cantidad de lluvia, etc. Representando la totalidad de la malla tendremos una imagen raster. Las fotografías aéreas y satelitales se toman en este formato. Aunque es cierto que cada píxel (o celda) sólo puede tener un valor, se suele utilizar la combinación de bandas raster para formar la imagen. Esto es, formar la imagen mezclando 3 bandas de color: el rojo, el verde y el azul (RGB). Esto se puede extender a cualquier otro tipo de información sin que tenga que ser información fotográfica. A cada banda se le da una información diferente y se combinan para formar el raster. Un tema importante a tener en cuenta en los raster es

que cuanto mayor sea el tamaño de la celda, menor será la precisión de la información (la resolución).

La información vectorial está muy extendida en los SIG. Se trata de expresar las características geográficas por medio de vectores que mantienen las características geométricas de los elementos. El interés de las representaciones se centra en la precisión de la localización de los elementos geográficos sobre el espacio y donde los fenómenos a representar son discretos, ya que tiene los límites bien definidos. Cada geometría está asociada a una serie de atributos, a una fila dentro de una base de datos, de una tabla. Porque hay que tener en cuenta una cosa: los SIG trabajan con tablas de datos. Esas tablas podrán ser representadas de manera gráfica, pero siguen siendo tablas de datos con un número determinado de filas (elementos) y de columnas (atributos). Los elementos representados podrán ser puntos, polilíneas (asociaciones de líneas) y polígonos.

A su vez, por supuesto, un SIG puede transformar los datos desde un tipo a otro. Es lo que se denomina “*rasterización*” (transformar datos vectoriales a tipo raster) y “*vectorización*” (lo contrario), dependiendo de qué es lo que se desee. Porque dependiendo del objetivo que se tenga, se necesitarán los datos en un formato u otro. Los cálculos de pendientes, por ejemplo, requieren de datos raster, mientras que las consultas catastrales, por ejemplo, se llevan a cabo a partir de datos vectoriales.

Una particularidad de los SIG, ya diseñada por Tomlinson con su CGIS en los sesenta, es la posibilidad de desplegar varios tipos de datos a la vez, en un sistema denominado “por capas”. Esto es, se permite “apilar” la información desplegada. Por ejemplo se pueden representar a la vez las curvas de nivel de altitud, las carreteras, las parcelas agrarias y los núcleos de población y, con toda esa información a la vez en la pantalla, operar. De hecho, es lo normal: entrecruzar información ya existente para crear otra información nueva.

Antes se ha hablado de la georreferenciación. Es un apartado importante, pues para realizar las operaciones, los SIG necesitan que la información esté toda ella referida al mismo marco de coordenadas. Se está hablando de información espacial en la que lo esencial es la precisión en la posición y las relaciones entre los diversos elementos. Así,

lo más normal es que haya que “re-proyectar” toda la información para quede toda con la misma proyección.

En principio esto no debería ser un problema. Pero lo es. Cada organismo público o privado, cada Estado, cada continente, utiliza un sistema de coordenadas diferente. Cada uno tiene un modelo matemático diferente, preferido u óptimo para representar su porción de la superficie curva de la Tierra (un sistema válido en Europa puede no serlo Norteamérica). Además, dependiendo del uso que se quiera dar al mapa, también se preferirá una proyección a otra. Por ejemplo, una proyección que representa con exactitud *las formas* de los continentes distorsiona *el tamaño* de los mismos. Como pasa, por ejemplo, con el típico Mapamundi en proyección *Mercator* (que respeta formas pero no áreas: Alaska es en realidad mucho más pequeña que Brasil, y África mucho más grande que Groenlandia). Esto es así por la sencilla razón de que se está trabajando con una superficie hipotética como referencia, un modelo simplificado de la superficie terrestre. A veces se debe a que los ordenadores no son lo suficientemente potentes, pero también es cierto que muchas veces se distorsiona la información real para resaltar algún tipo de atributo.

Así mismo, las unidades en que se mida la posición pueden variar. Hay modelos que utilizan las clásicas “latitud” y “longitud” medidas en grados, minutos y segundos. También hay modelos que utilizan coordenadas cartesianas, esto es, en unidades de longitud según ejes X e Y (e incluso Z, la altura). En Europa, actualmente, se utiliza el *European Terrestrial Reference System 1989* (ETRS89), que utiliza coordenadas cartesianas. La cartografía española oficial, que utilizaba hasta hace relativamente poco otro sistema de referencia (el *European Datum 1950*), está pasando totalmente a ETRS89.

Con toda la información recogida y dispuesta sobre nuestra superficie ficticia de referencia, ya se puede empezar a realizar los estudios con el SIG, que pueden ser:

- Localización: preguntar por las características de un lugar concreto.
- Condición: el cumplimiento o no de unas condiciones impuestas al sistema.
- Tendencia: comparación entre situaciones temporales o espaciales distintas de alguna característica.

- Rutas: cálculo de rutas óptimas entre dos o más puntos.
- Pautas: detección de pautas espaciales.
- Modelos: generación de modelos a partir de fenómenos o actuaciones simuladas.

Claro que aunque esto parezca mucho (y lo es), no es todo. No sólo se trata de trabajar con información ya creada. Otro de sus puntos fuertes es que un SIG es capaz de crear nueva información a partir de una anterior. Esto es, combina datos para obtener nuevos productos. Se obtienen mapas de usos de suelo a través de fotografía aérea, por ejemplo, o mapas de la incidencia de una enfermedad a través de mapas de distribución poblacional.

Herramienta historiográfica

Se está hablando de información geográfica. Eso es conocimiento del terreno... una de las partes primordiales de buena parte de la historia humana: los conflictos armados. Campañas militares, batallas famosas, escaramuzas... en todas ellas era primordial saber la disposición de los elementos que conforman el paisaje, y saberlo mejor que el enemigo.

Desde hace miles de años el conocimiento del territorio ha estado limitado a observaciones totalmente subjetivas a través de herramientas poco fiables que han llevado a una representación tan tosca como simples esbozos en un suelo polvoriento. Desde el ojo humano desnudo hasta el desarrollo de las lentes de aumento, pasando por la invención de los instrumentos de navegación, la técnica ha ido innovando medios para ser capaz de representar el territorio de un modo cada vez más preciso. Claro que no sería hasta mediados del siglo XIX cuando empezarían a trazarse mapas con una precisión desconocida hasta la fecha, productos de una calidad excelente y de los que incluso ahora no se despreciaría su uso.

Este tipo de documentos creados para su uso como lienzo sobre el que planificar contiendas, esbozar estrategias o mostrar victorias ha dado mucha información. Información que los historiadores utilizan para estudiar y entender los acontecimientos. Mucho se sabe de las mentes de los grandes estrategas gracias a los mapas de los conflictos en los que se vieron envueltos. También gracias a los documentos escritos (en

papel, pergamino, piedra) que narraban el devenir de las batallas y gracias a los cuales posteriormente se ha podido dibujar la cartografía de esos momentos.

Esta información ha llegado hasta ahora o se ha reconstruido de una forma más o menos satisfactoria. Pero sigue habiendo un importante problema: los historiadores, como expertos que quieren reconstruir un momento determinado, no están presentes en el preciso momento que quieren estudiar. Sólo poseen la información registrada y su propia perspicacia particular.

Ahora los SIG pueden llevar los ojos de los historiadores hacia el pasado. Como se ha venido diciendo, se está hablando de información geográfica, de conocimiento del territorio... y el territorio, a grandes rasgos, es una de las cosas que menos cambian con el tiempo: las formaciones geomorfológicas siguen siendo más o menos las mismas desde hace cientos de años, la red hídrica sigue sin cambios sustanciales... Por lo menos si hablamos de periodos históricos cercanos. Porque aunque la geomorfología de un lugar tarda cientos o miles de años en cambiar de un modo grave, también es cierto que una inercia de cientos de años de uso humano puede nivelar lomas o rellenar pequeños valles. Pero de todas maneras se puede decir que las formas generales de un territorio a una escala no demasiado grande son eminentemente inmutables en los periodos de tiempo de los que se está hablando (cien o doscientos años). Y, si no, es posible su "reconstrucción" gracias a los registros de la época que se conserven.

Si esto es así, con la llegada de las nuevas maneras de recoger la información geográfica (la fotografía aérea o satelital) es cuando se conoce de mejor manera y con más precisión las verdaderas formas del terreno. Se conocen altitudes, pendientes, volúmenes con una precisión milimétrica. Es más, ahora se puede operar con esta información. Mientras que antes los generales y los historiadores tenían que contentarse con representar la información, desplegándola de una u otra manera pero construyendo de todas formas un documento estático, ahora la capacidad de procesamiento que brinda la informática es capaz de coger toda la información disponible y realizar con ella operaciones de diversa naturaleza. Operaciones que ya se describieron antes, pero que ahora lucen de una manera más atractiva para el historiador: se pueden generar modelos digitales del terreno (MDTs) que nos muestren lo que se ve desde un determinado punto del mapa, se pueden lanzar líneas de visión discretas para demostrar (o refutar) el

encubrimiento del enemigo, se puede conocer la pendiente de las cuestas y cómo afecta al avance de las tropas, se pueden generar vuelos sobre el terreno a vista de pájaro...

Todas estas herramientas y procesos arrojan un punto de vista novedoso en la metodología historiográfica militar.

Un ejemplo: la batalla de Los Arapiles

La batalla de Los Arapiles (conocida por la historiografía inglesa como Batalla de Salamanca) es uno de los enfrentamientos más importantes de la Guerra de la Independencia española. Se libró en los alrededores de las colinas del Arapil Chico y el Arapil Grande a menos de 10 kilómetros al sur de la ciudad de Salamanca (España), en el municipio de Arapiles, el 22 de julio de 1812.

No es este el lugar para desarrollar exhaustivamente los pormenores de la batalla, ni es el motivo de esta comunicación, así que deberán bastar unas breves notas sobre ella. El hecho es que tuvo como resultado una gran victoria del ejército anglo-hispano-luso, al mando del general Arthur Wellesley, primer gran duque de Wellington, sobre las tropas francesas al mando del mariscal Auguste Marmont. Al final de la batalla las pérdidas francesas pasaban de los 10.000 hombres, entre muertos y prisioneros, mientras que los aliados sufrieron poco más de 5.000 bajas.

Varios fueron los factores que inclinaron abrumadoramente el desenlace a favor de las tropas de Wellington, incluida entre ellos su legendaria perspicacia táctica, pero está claro que uno de los más importantes fue el propio terreno. Domina un paisaje ondulado de suaves lomas sobre las que destacan dos formaciones muy cercanas: los Arapiles, de unos 900 metros de altura. A poca distancia (y también parte importante del desarrollo del encuentro) se extiende de este a oeste una serie de alturas que culminan en el Pico de Miranda, de una cota un poco inferior a los Arapiles. Cabe destacar que la cota más baja de la zona corresponde al cauce del arroyo de Zurguén, con un poco menos de 800 metros (*Figura 01*). Enseguida resalta el hecho de que en el plano de la batalla los desniveles parecen muy pequeños (apenas 130 metros en más de 6 kilómetros), pero bastan para que la batalla se desarrollara como se desarrolló.

La disposición inicial de las tropas también fue clave, desde luego, con las tropas al mando del mariscal Marmont al sur de las elevaciones y las tropas aliadas al norte. Por

descontado, se sabe que la zona estaba arbolada, lo cual también ayudó en el ocultamiento de la disposición de las tropas.

Se sabe mucho de esta batalla. Pero hay cuestiones que pueden aguijonear la curiosidad del historiador y que no pueden solventarse salvo realizando los mismos movimientos descritos en los libros de historia pero que sí se resuelven fácilmente con el uso de los SIG.

Tres ejemplos pueden dar una idea de la versatilidad de los estudios mediante estas herramientas. Son ejemplos sencillos y ya resueltos de otras maneras, pero son vistosos y claros. Tres simples cuestiones:

- ¿Qué vio un sonriente Wellington desde la cumbre del Ararapil Chico?
- ¿Thomières no tuvo ninguna evidencia del avance de Pakenham?
- ¿Dominaba la artillería francesa desde lo alto del Arapil Grande?

Como se ha dicho, la respuesta a estas preguntas es bien conocida, ya que el desarrollo de la famosa batalla fue el que fue, pero no deja de ser curioso “ver” esas respuestas que se intuyen mediante una deducción mental. Curioso y útil, por supuesto, pues ahora se le pueden poner números, datos exactos, a esas deducciones ligeras.

Hay que decir aquí, antes de continuar, que los resultados aquí expuestos se basan en datos generalizados y faltos de rigor absoluto. La altura media exacta de los combatientes de infantería con uniforme completo, la altura de los jinetes de caballería, la disposición exacta de las piezas de artillería... Datos que si se quiere se pueden añadir pero que para esta simple comunicación, cuya finalidad es mostrar la utilidad de las herramientas SIG dentro de la historiografía militar, no son necesarios.

Lo primero de todo es preparar la información con la que se va a alimentar al SIG. Se requiere levantar un modelo digital de elevaciones (MDE), desplegar la información vectorial de apoyo (red hídrica, curvas de nivel), localizar los puntos de interés a estudiar y adecuar las vistas a las necesidades del historiador, pues este es un trabajo matemático pero también visual: interesa resaltar determinada información y ocultar otra.

1. *El observatorio del duque de Wellington*

Mientras Marmont desplegaba su artillería en la cima alargada del Arapil Grande, Wellington plantaba su tienda en el Arapil Chico. Desde allí dominaba casi toda la zona y pudo ver cómo la columna francesa se desplegaba hacia el este, camino de Miranda de Azán, con el Pico de Miranda como destino previsible. Aquí fue donde seguramente el formidable inglés sonrió, pues sabía que las tropas francesas en ruta, al mando de Thomières, desconocían que el duque de Wellington había estacionado tropas cerca de Aldeatejada (*Figura 02*). Era una orden importantísima la que se disponía a dar, por lo que él mismo se la llevó a Pakenham en Aldeatejada (*Figura 03*).

Un estudio de encaramientos entre las diversas alturas del modelo digital de elevaciones permite establecer un mapa de visión desde cualquier punto (en el ejemplo, la cima del Arapil Chico). Así mismo, como se conoce la altitud exacta de la superficie del terreno, se puede calcular una ruta óptima entre dos puntos (el Arapil Chico y las tropas estacionadas en Aldeatejada). Por supuesto que es puede haber “errores”. Uno de ellos es fácilmente observable en el perfil de la ruta trazada: pasa sobre un desmonte creado al trazar una carretera que, hace doscientos años, no estaba allí.

2. *El despiste de Thomières*

Como se ha dicho anteriormente, Wellington contaba con que la tensión de la batalla, el rápido avance francés, las nubes de polvo levantado por doquier, la diferencia de alturas y los árboles, permitieran que Thomières, en su avance hacia el Pico de Miranda, no se percatara de que Pakenham se encontraba estacionado en Aldeatejada (*Figura 04*). Es más, contaba con que el rápido acercamiento de sus tropas de reserva pasara inadvertido a los franceses, de tal modo que pudieran abalanzarse sobre y arrasarles por sorpresa (*Figura 05*).

Una vez establecidos el MDE y los puntos de interés, se pueden lanzar líneas de observación discretas para comprobar si dos puntos se ven mutuamente. Es evidente, eso sí, que hay factores aparte de los necesarios para este proceso que también juegan un papel importante: una variación de unos pocos metros (basta 2 o 3) puede cambiar mucho el panorama (como se verá a continuación). Estos factores también se pueden añadir al estudio, y de hecho se consideró la altura de un jinete montado a caballo y la altura de los árboles.

3. *El dominio de la artillería francesa*

Ya se ha dicho que Marmont consideró la cima del Arapil Grande de una importancia táctica esencial. Para asegurar su dominio sobre el campo de batalla y barrer la zona desde una posición segura, dispuso baterías de artillería en la cima (*Figura 06*). Desde allí, además, esperaba poder alcanzar la cima de la altura gemela, el Arapil Chico, desde donde los ingleses podrían imitarle al contar con una cota similar. La artillería usada tenía un radio de acción de unos 1400 metros, pero a partir de los 750 la precisión era tremendamente pobre. Cuando se utilizaba munición de metralla el alcance eran unos 500 metros. En teoría la línea de tiro de las piezas de artillería debería ser bastante amplia (*Figuras 07*), pero el hecho es que no lo era tanto. ¿Por qué? Hay que contar con que las bocas de los cañones, desde luego, están más bajas que los ojos de los operarios (*Figura 08*), lo que son unos cuantos centímetros, sí, pero son decisivos. Si se cuenta el hecho de que existían árboles de una determinada altura que impedían ver lo que había tras ellos, la línea de tiro “real” dejaba bastante que desear en comparación con el supuesto ideal inicial (*Figura 09*). En realidad, la posición adoptada sólo servía para que la infantería aliada no tomara al asalto la cima del Arapil Grande salvo a costa de grandes pérdidas.

Con la información de las alturas proporcionada por el MDE y los puntos de interés seleccionados, es fácil saber las áreas de visibilidad, como ya se ha explicado. Asimismo, también se pueden establecer áreas de influencia de diversos radios. Cruzando ambas informaciones se obtiene la respuesta a la incógnita planteada.

Palabras finales

Todo lo explicado hasta este punto son meros ejemplos de la versatilidad y potencia de los Sistemas de Información Geográfica y su uso como herramienta historiográfica. Describir la totalidad de los usos que darle sólo en el ámbito de la historiografía militar sería una tarea tediosa y larga. En realidad, sólo la imaginación es el límite. No obstante, hay que reincidir en que estas herramientas son útiles y otorgan una perspectiva nunca vista. Si están, han de usarse.

***LA TROYA INCENDIADA. EL SITIO DE CASTRO URDIALES. ÚNICO ASEDIO
FRANCÉS EN CANTABRIA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.***

Miguel Ángel Sánchez Gómez
Universidad de Cantabria

Introducción

El asedio y conquista de Castro Urdiales el 11 de mayo de 1813, ya en las postrimerías de la Guerra de la Independencia, constituyó el hecho de armas más destacado del conflicto en suelo cántabro – junto con el asedio de la gran plaza fuerte de Santoña, ocupada por los franceses, por parte de los ejércitos aliados - . Lo más llamativo, no obstante, del asedio y conquista de Castro Urdiales por las fuerzas napoleónicas, fue su ensañamiento con la población que causó varios centenares de muertos, además de una intensa polémica centrada en la actuación del comandante de la plaza, el teniente coronel Pedro Pablo Álvarez.

El asedio de Castro Urdiales participa de algunas de las características de los asedios más famosos de la Guerra de la Independencia. Así en relación con los sitios de Zaragoza, debe recordarse que la capital aragonesa fue sitiada dos veces una entre junio y agosto de 1808 y otra, la definitiva, entre noviembre de ese año y febrero de 1809 y que concluyó con la conquista de la ciudad. Castro Urdiales fue asediada tres veces.

En el caso de Tarragona las similitudes son más grandes. Ambas son poblaciones costeras, en ambos casos el apoyo marítimo de las naves británicas no impidió que los imperiales ocuparan la ciudad con lo que, tercera coincidencia, se dio paso a unas terribles represalias contra la población civil y al saqueo de la ciudad. Incluso aparece en la iconografía de los abusos galos imágenes coincidentes en ambas poblaciones. El sitio de Tarragona comenzó el 3 de mayo de 1811 y concluyó casi dos meses más tarde, el 28 de junio. Las bajas fueron numerosas por ambos bandos, pero es la población civil la que más sufre, porque además de las bajas durante el asedio, fueron asesinados más de 6.000 civiles durante la entrada de los hombres de Napoleón. El comandante en jefe de los españoles Marqués de Campoverde fue acusado de ser el responsable de la pérdida de la ciudad.

En diferente escala, la toma de Castro Urdiales por los hombres de los generales Foy y de Palombini, tiene muchas similitudes con la situación que se dio en Tarragona.

I. La toma de una villa cantábrica en las postrimerías de la Guerra de la Independencia.

Dentro de la estrategia británica de entretener y molestar a la retaguardia francesa que en la geografía de la Península y ya en 1812 y 1813 estaba situada en torno a la Cordillera Cantábrica, ocupando las Provincias Vascongadas, Burgos y Cantabria, Castro Urdiales tenía que ser limpiada de tropas galas para que pudiera ser utilizada como base para la pequeña escuadra inglesa al mando del comodoro Home Riggs Popham y para las crecientemente organizadas fuerzas guerrilleras de Longa y las tropas de Mendizábal. Los primeros movimientos para expulsar a los imperiales tuvieron lugar a primeros de julio de 1812. El 8 de ese mes, la acción coordinada de las fuerzas británicas y de la infantería española bajo la dirección de Francisco de Longa consiguen la rendición de la guarnición francesa. Para los ingleses la posesión de Castro Urdiales era vital en su intento de controlar el Cantábrico oriental.

En el periodo de tiempo comprendido entre la toma de Castro Urdiales por los aliados y mayo de 1813, los barcos ingleses impidieron la llegada de refuerzos franceses por mar mientras que el esfuerzo bélico terrestre, después de la batalla de los Arapiles, se centró en la Meseta Norte. En el Cantábrico el centro de gravedad estaba situado en Santoña donde las fuerzas francesas se encontraban sitiadas por los barcos ingleses y por los guerrilleros españoles.

A principios de 1813 hubo una intentona por parte del general Demestre de recuperar Castro Urdiales, pero fue desbaratada por los defensores de la villa. Hasta mediados de marzo no ponen en marcha los franceses nuevos planes para recuperar Castro Urdiales que se estaba convirtiendo en una buena base de operaciones para los españoles y de suministros para los ingleses. Un mes antes, el general Caffarelli había sido sustituido por Clauzel como jefe del Ejército del Norte. Así se inició una primera aproximación el 19 de marzo al mando del general Palombini que tuvo como consecuencia el repliegue de las avanzadas españolas hacia el interior de la villa. Los franceses siguieron incrementando la presión a pesar de las intervenciones de distracción de las fuerzas del guerrillero Campillo. Pero la llegada de noticias de que el general Mendizábal pensaba atacar a los sitiadores hizo a estos replegarse antes de lanzar un ataque en toda regla, a pesar de que se reconocía la necesidad de contar con artillería de sitio. La lucha se centró en los alrededores de Castro Urdiales. Finalmente tanto los franceses como las

fuerzas españolas que ayudaban desde el exterior a la guarnición se retiraron el 25 de marzo.

Francisco de Longa se encargará a partir de esa fecha de fortalecer las defensas de Castro Urdiales, llegando incluso a aumentar los impuestos y a gravar las transacciones comerciales lo que provoca descontento, no sólo en la villa sino en la propia Junta de Santander.

A mediados de abril comienzan otra vez los preparativos franceses para hacerse con Castro Urdiales. Esta vez no podría disponer del apoyo de las fuerzas de Mendizábal ni de las de Longa por estar más ocupadas en los preparativos que Wellington estaba haciendo para copar a los imperiales en Vitoria. Después de cuidadosos trabajos, el cerco francés al mando del general Foy quedó cerrado, llegando incluso a cortar el abastecimiento de agua. Ello pese a las frecuentes salidas de los defensores que estaban al mando del teniente coronel Pedro Pablo Álvarez y del apoyo de barcos británicos que procuraban incomodar con su artillería a los sitiadores.

Tras diversas maniobras de aproximación y a pesar de los esfuerzos de los españoles, los franceses comenzarían su ataque al amanecer del 11 de mayo abriendo brecha en el muro del convento de San Francisco. El general Foy invitó a la guarnición a rendirse pero el comandante de la plaza se negó. Los ingleses retiraron las piezas de artillería y Álvarez decidió resistir en el interior de la villa, pese a que había recibido la orden del general Mendizábal de salvar la mayoría de sus tropas. La lucha en algunos lugares fue casi cuerpo a cuerpo y la población civil se unió al esfuerzo por rechazar el asalto.

Cuando ya era de noche, la mayoría de los defensores se había puesto a salvo por mar en los barcos británicos o en pequeñas embarcaciones rumbo a Santander. Sólo se resistía en la peña de Santa Ana donde estaba situado el castillo, resistencia que cesaría en la madrugada. Esta última fase de la lucha fue aprovechada para inutilizar parte de la artillería, de las municiones y a destruir los almacenes.

Mientras asediaban el castillo, los ocupantes tomaron terribles represalias contra la población, circunstancia inexplicable porque el asedio ni había sido largo ni especialmente sangriento para los atacantes. Las escenas que describen los testigos recuerdan las que tuvieron lugar en Tarragona: mujeres de cualquier edad violadas, niños ensartados en las bayonetas de los soldados, ancianos arrojados desde sus casas a

la calle o al interior de los edificios en llamas, destrucción de enseres como las redes de pescar, quema de edificios, destrucción de los archivos – del ayuntamiento, del cabildo y los de los escribanos -. La destrucción del caserío llegó a más del 60% del existente antes del asedio, siendo destruidas entonces 309 de las 563 que tenía Castro Urdiales. Según testigos franceses, la ingesta de alcohol agravó el comportamiento de los vencedores, la mayoría de los cuales eran italianos.¹⁶

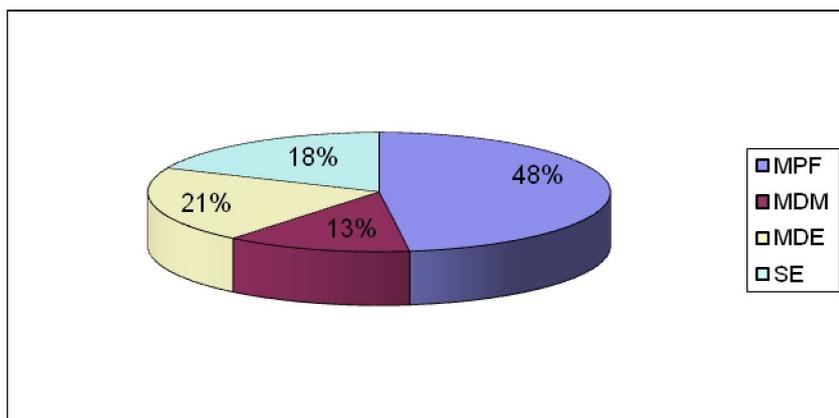
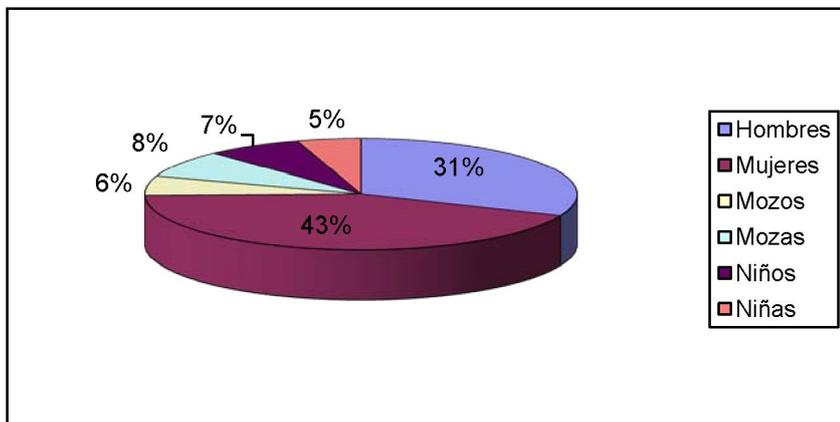
Más del 40% (109) de las muertes producidas por la oleada de violencia que se desató en las horas siguientes a la entrada de los imperiales a la villa fueron mujeres adultas, si a éstas le sumamos las 20 “mozas” y las 12 niñas, vemos que la población femenina significó casi el 50% de las muertes. La mayor parte de los 309 fallecidos fueron por “*muerte violenta por el enemigo*” (casi el 50%, 148 sobre 309); esta expresión expresa los asesinatos realizados en las horas inmediatas después del asalto. Menores fueron las muertes “*a manos violentas por malos tratamientos, heridas y golpes*”, de las que fueron víctimas sobre todo mujeres y que tuvieron fatal desenlace en los días inmediatamente posteriores a la batalla.

El caserío quedó destrozado. En algunas calles, como la de San Juan, casi todos los edificios quedaron abrasados. Incluso la calle del Horno, perdió su nombre para tomar el de “calle del Barrio Quemado”. La mayoría de las familias tuvieron que alojarse en

¹⁶ Las operaciones militares y el turbulento asalto a la villa pueden verse en: José Simón Cabarga, *Santander en la Guerra de la Independencia*, Santander, 1968. Es un libro muy detallado, pero con el inconveniente de que el autor no citó prácticamente ni una sola de las fuentes que utilizó. También muy pormenorizado es el reciente libro de José Pardo de Santayana y Gómez de Olea, *Francisco de Longa. De guerrillero a general en la Guerra de la Independencia*, Madrid, Leynfer, Siglo XXI, 2007. Un libro clásico sobre la historia de Castro Urdiales, pero que apenas aporta nada al conocimiento de los acontecimientos acaecidos en la toma de la villa es el Javier Echevarría, *Recuerdos Históricos Castreños*, Bilbao, 1954. Tiene no obstante el mérito de no repetir el relato de los hechos por el capitán Marcel – *Campagnes du capitaine Marcel du 69e de ligne*, utilizado en este trabajo - que se publicó en París en 1913, sino que utilizó la *Storie delle campagne e degli assedi degli italiani in Ispagna dal 1808 al 1813*, publicada por otro testigo de los hechos, el ingeniero militar italiano Camilo Vacani, y publicada en Milán en 1823 – aunque luego habría una segunda edición en 1843. En las abundantes páginas que Vacani dedica a las jornadas que discurrieron en los tres asedios y conquista de Castro Urdiales, se deshace en elogios ante la actuación de las tropas italianas, pero pasa como sobre ascuas por los abusos de los soldados con la población civil, cuestión que ofrece más detalladamente el capitán Marcel.

los meses siguientes en el Hospicio de las monjas, en la Hospedería de los religiosos, en alguna de las tres ermitas de la villa, en las bodegas o en casas de amigos y parientes.¹⁷

Muertes según sexo y edades



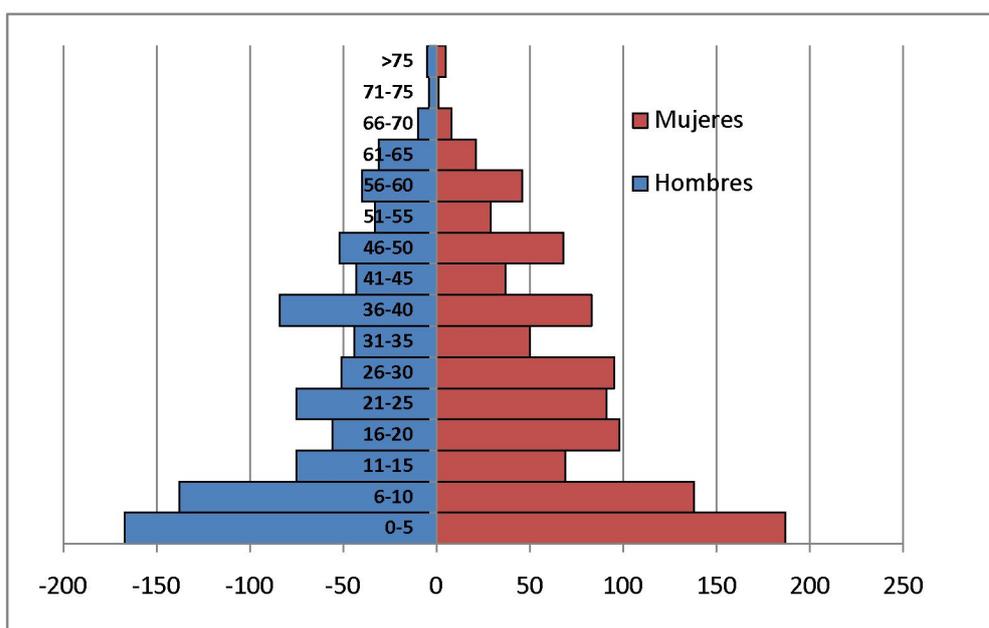
MPF: Asesinato. MDM: Malos tratamientos (violaciones, heridas, quemaduras,... MDE: Muerte por epidemia. SE:

El duro golpe que sufrió la villa significó un serio revés demográfico para una población que había soportado varias reclutas de sus hombres de mar a lo largo del siglo XVIII. La dinastía borbónica había intentado rehacer la maltrecha flota española y el poder militar español, en unas ocasiones en aguas mediterráneas y en otras en los mares americanos, con resultados muy dispares. En la mayoría de las ocasiones los enfrentamientos con los barcos ingleses se habían resuelto con derrotas. En cada una de

¹⁷La reconstrucción del número de muertes, sexo de los fallecidos y causas de la muerte a partir de los datos ofrecidos en el Legajo H 55, conservado en el Archivo Municipal de Castro Urdiales.

ellas, cientos de marineros se habían ido al fondo del mar. En Castro Urdiales tenemos constancia de tres de estas debacles que se habían saldado con la pérdida de cientos de varones jóvenes.

El desastre de 1813 se superponía a la reducción de la población masculina joven que se dio a lo largo de casi todo el siglo XVIII y que condujo, entre otras consecuencias, a la decadencia del sector pesquero y de las actividades marítimas en la villa, aunque estos efectos también se notaron en las villas costeras de la Cantabria de la época, excepción hecha de la ciudad de Santander.



Reconstrucción a partir del Censo de Policía de 1824. Archivo Histórico Regional de Cantabria. Sección Diputación. Leg. 1.313, libro 3.

Si en 1787, según el censo de Floridablanca, Castro Urdiales tenía 2.243 habitantes de los que 1.013 eran varones y 1.230 mujeres, lo cual implicaba una tasa de masculinidad del 82,35, en 1824 – según el Censo de Policía - la población había descendido hasta los 1.883 habitantes (es decir, un importante descenso del 16,04%), con una tasa de masculinidad de 88,48, de los más altos de todos los que hemos obtenido entre las villas costeras. En la pirámide de población – correspondiente a 1824 - puede observarse claramente el corte de la franja de edad entre 11 y 15 años, que corresponden al descenso de nacimientos en el periodo 1809-1813.

Si comparamos estos datos con los de San Vicente de la Barquera, una villa en el extremo occidental de Cantabria, que estuvo también involucrada en el conflicto por ser la base de operaciones francesa de la línea que marcaba la separación entre el Principado de Asturias y la Cantabria de la época, pero sin llegar a ser asediada, ni mucho menos ser víctima de una masacre como la de Castro Urdiales, recogemos estos datos: en 1787 esta villa tenía 1.040 habitantes, con 470 varones y 570 mujeres, cifras que habían ascendido ligeramente en 1824 hasta 1.103 almas con 531 hombres y 572 mujeres. Estas cifras nos indican unos índices de masculinidad en 1787 y 1824 de 82,45 y 92,83 respectivamente, si bien es verdad que en el caso de San Vicente de la Barquera no contamos con datos segregados de la propia villa, sino que en la documentación manejada se añaden los núcleos rurales que quedaban englobados en la jurisdicción de San Vicente de la Barquera: La Acebosa, Barcenal, Gandarilla, Ortigal, La Revilla y Santillán, lo cual, probablemente desvirtúa los datos finales.

Santander con 7.255 habitantes en 1787, tenía 3.324 hombres y 3.499 mujeres de lo que se deduce un índice de masculinidad del 94,99, mientras que en 1824 esta cifra la población había aumentado hasta los 12.770 habitantes (aunque en esta cifra pueden estar ya incluidos los habitantes de los Cuatro Lugares: Cuento, Monte, San Román y Peñacastillo) con 5.822 varones y 6.948 mujeres; es decir, una tasa de masculinidad del 83,79, ligeramente superior a la de 1787.

Contrastando los datos de las tres poblaciones, no parece descabellado afirmar que una decena de años más tarde Castro Urdiales no se había recobrado de la catástrofe de 1813. Al brusco descenso de población se unía el hecho de una baja población femenina, circunstancia que no contribuía a la recuperación de la población, lo que no tendría lugar hasta bien entrada la primera mitad de siglo XIX. En cambio, Santander que seguramente había recogido la afluencia de refugiados de las zonas rurales durante la Guerra de la Independencia y la mayor parte de los emigrantes que anteriormente se dirigían a las colonias americanas y San Vicente, en menor medida, crecieron después de concluidas las hostilidades con Francia.¹⁸

¹⁸ Miguel Ángel Sánchez Gómez, “El impacto demográfico de la Guerra de la Independencia en Cantabria”, en Francisco Miranda Rubio, (coord.), *Guerra, sociedad y política (1808-1814)*, Vol. II, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, Gobierno de Navarra, 2008. pp.1143 – 1166.

II. La polémica en torno a la caída de Castro Urdiales.

Uno de los aspectos más interesantes surgidos a raíz de la caída en manos francesas de Castro Urdiales fue la polémica que surgió desde distintos ámbitos en torno al comportamiento, actitud y eficacia que mantuvieron los jefes militares de la villa; en especial la trayectoria del teniente coronel Pedro Pablo Álvarez al frente de la villa.

Su actuación como jefe militar de la villa mereció la reprobación de los representantes de la población apenas estos consiguieron ponerse a salvo de los franceses huyendo por mar a Santander. En un “*Manifiesto en compendio del despotismo, y tropelias de los gobernadores de la abrasada villa de Castro una de las cuatro de la Costa de Cantabria. Desde el 8 de julio de 1812, hasta el 11 de mayo de 1813*”, se cuestionó agriamente su actuación como comandante militar de la plaza, tanto en su esfera militar como en su comportamiento como responsable político.¹⁹ El documento estaba firmado por Mateo de Olazarry el 23 de mayo de 1813, menos de dos semanas después del asalto francés, cuando aún debían humear las ruinas de Castro Urdiales.

Este es el primer documento de una pequeña serie de ellos donde se acusaba a Pedro Pablo Álvarez o donde éste se descargaba de estas acusaciones, destila algunas exageraciones. Este fue el primero de los documentos que alimentaron una polémica que se centró no sólo en la actuación en la esfera militar del teniente coronel del regimiento de húsares de Iberia, sino en sus comportamientos con la población. En primer lugar, se reseña que el primer Gobernador y Comandante de Armas de Castro Urdiales, una vez conquistada la plaza por las tropas españolas el 8 de julio de 1812 fue Juan Bautista Brodet, capitán de la misma unidad que Pedro Pablo Álvarez, el Regimiento de Húsares de Iberia. Según los firmantes del Manifiesto Brodet se hacía llamar “Rey de Castro”, teniendo un comportamiento despótico con la población. Otra de las acusaciones fue la de alimentar abundantemente a su caballo con maíz a pesar del alto precio de este grano. También se le acusaba de arrestar al ayuntamiento constitucional y de apalear con 100 palos a los patrones de lanchas que no se presentaron a un requerimiento suyo. Quizá la mayor acusación que se le hacía en el documento, era ser contrario a la Constitución y autodenominarse Rey de Castro, lo que a mediados de 1813 significaba que Brodet no iba a tener el apoyo de las autoridades

¹⁹ Archivo Municipal de Castro Urdiales, Leg. H 5.817.

centrales. Sin embargo, a pesar de todas estas acusaciones, la destitución le sobrevino cuando mató al Comandante de Artillería, D. José Boster, posiblemente en un incidente en que el alcohol nubló el entendimiento de los dos oficiales.

Fue sustituido por D. Joaquín Gómez, teniente coronel jefe del Estado mayor de la misma unidad que logró una “*gran armonía con el pueblo*”. Su paso por Castro Urdiales fue muy breve, siendo reemplazado por D. Pedro Pablo Álvarez, teniente coronel de los Húsares de Iberia. Con este nuevo jefe militar volvieron a reproducirse los malos modos, los abusos e, incluso, el maltrato a algunos vecinos. En primer lugar, sustituyó a los dos administradores de rentas locales por dos personas de su confianza a los que los firmantes del Manifiesto consideraban “*ignorantes de cosas de Hacienda*”. Acusaciones más graves eran las de robar con lanchas armadas a los barcos que traían abastecimientos a la villa, así como de arrestar a los municipales cuando le pedían recibos por sus exacciones. Se le acusaba también de rodearse de una pequeña corte formada por 18 ó 20 personas, además de tener sirvientas.

En lo que respecta a las actividades militares, los regidores le acusaron de destruir más de 200 casas en los alrededores del castillo para mejorar su defensa, además de derribar las tapias de la plaza, del hospital y de parte del Convento de San Francisco.

Por último se le acusaba de no haber preparado adecuadamente la defensa, siendo el culpable de que más de 1.600 habitantes fueran pasados a cuchillo y de preferir evacuar a los caballos antes que al pueblo, lo que produjo que mucha gente se quedase en los muelles siendo alcanzados posteriormente por los soldados imperiales y masacrados.

Evidentemente el tono del Manifiesto es exagerado y feroz con la actuación de Pedro Pablo Álvarez. Ello se demuestra en lo desorbitado de las escasas cifras que se vierten en este documento. En primer lugar, el dato de las “*más de 200 casas*” derribadas para evitar que los franceses las pudieran utilizar contra los defensores del castillo significa que simplemente en ese lance, Pedro Pablo Álvarez hubiera ordenado destruir más del 35% de las 563 casas de las que constaba el caserío de la villa, según un informe que enviaron los regidores a Fernando VII.²⁰ Más exagerada resulta la cifra de “*más de 1.600 habitantes pasados a cuchillo*”, lo que hubiera significado que en unas pocas horas de desenfreno la soldadesca napoleónica acabó con más del 70% de la

²⁰ Archivo Municipal de Castro Urdiales, Leg. H 55, p. 3.

población.²¹ En ese mismo informe municipal, más moderado y ecuaníme, se concreta que “*las casas destruidas para mejorar las fortificaciones*” fueron 9 y no 200 como mantenían los firmantes del Manifiesto contra el teniente coronel Álvarez. La misma exageración que hemos visto en el número de muertos por la “francesada”. Con estos presupuestos es difícil considerar ajustados a la realidad el resto de los datos e informaciones contenidos en el Manifiesto suscrito por los munícipes castreños.

Esta campaña de difamación provocó una respuesta del propio Pedro Pablo Álvarez en su “*Manifiesto que en su defensa y en contextacion al que publico una cabeza exaltada de la villa de Castro Urdiales da a luz el teniente coronel del Regimiento de Usares de Iberia D. Pedro Pablo Álvarez, gobernador que fue de aquella plaza durante los sitios que sufrió hasta su abandono*”.²² El teniente coronel comienza su defensa desacreditando a los firmantes a los que denomina “*infelices e ignorantes marineros*”. Continúa extrañándose de que los firmantes no expresaran quejas de la época en que los franceses dominaban la villa: “*sin duda Castro es el único pueblo de la Península que no sufrió hasta entonces los insultos de un enemigo que todo Español aborrece*”. Niega que las exigencias a la población fueran más allá de lo que exigía el esfuerzo de guerra. Niega igualmente que buscara en sus criadas tener un serrallo e indica al respecto que vivió en Castro Urdiales la mayor parte del tiempo de su estancia con su esposa.

Respecto a la remoción de los cargos del ramo de Hacienda que tuvo que hacer, dice haberlo hecho – y muestra en unos apéndices documentales las órdenes recibidas – porque el Consejo de Regencia había ordenado la remoción de todas las personas que hubiesen ocupado los cargos bajo la dominación francesa. Similar razonamiento expone frente a otra de las acusaciones contenidas en el Manifiesto acerca de sus interferencias en la actividad comercial de la villa, con el añadido de que detrás de las protestas contra los gravámenes que impuso a los comerciantes que descargasen sus mercancías en Castro Urdiales, estaban los intereses de los comerciantes de Santander que pretendían desviar hacia su puerto las mercancías que se descargaban en Castro. Relata también algunos enfrentamientos por cuestiones de jurisdicción con el comandante de Marina de

²¹ Para este porcentaje partimos de la base de 2.243 habitantes que tenía Castro Urdiales en 1787. Cito por la edición del Instituto Nacional de Estadística publicada en 1990.

²² Pedro Pablo Álvarez, *Manifiesto que en su defensa y en contextacion al que publico una cabeza exaltada de la villa de Castro Urdiales da a luz el teniente coronel del Regimiento de Usares de Iberia D. Pedro Pablo Álvarez, gobernador que fue de aquella plaza durante los sitios que sufrió hasta su abandono*, Burgos, 1813.

la plaza D. Francisco de Echazarreta, al que finalmente acusa poco menos que de cobardía por ausentarse días antes del definitivo asalto francés con la disculpa de recibir órdenes de la Regencia. Sería sustituido en el cargo como comandante accidental de Marina por Eugenio Ocharan, comerciante de la villa. Álvarez acusa a Ocharan poco menos que de colaboración con el enemigo al permitir que pequeñas embarcaciones desembarcasen provisiones para los franceses en calas y ensenadas, lejos del puerto de Castro Urdiales, lucrándose de este comercio ilícito que beneficiaba a los sitiados en Santoña. También le acusa de haber permitido la huida de las lanchas de los pescadores poco antes de los momentos finales del asedio.

Niega también que haya exigido desmesurados abastecimientos a la población, ya que gran parte de los víveres los aportaba el propio Longa que había pactado el aprovisionamiento de la villa con los pueblos de los alrededores. También niega o justifica los malos tratos dados a algunos vecinos de la población, llegando al arresto del propio regidor municipal que el teniente general justifica por negarse el alcalde a ejecutar obras que mejorasen las posibilidades de defensa de la villa.

Finalmente responde a las acusaciones de cruel arbitrariedad contra el alcalde de Sámano y contra un anciano y un niño a los que mandó apalear en el primer caso y en el segundo colocar en el asta de una bandera “colgado por los sobacos” al niño y atar a un cañón al anciano. El comandante de la plaza expone que se trataba de espías que estaban al servicio de los franceses, cosa que las autoridades locales niegan.

A esta extensa defensa del comandante defensor de Castro Urdiales, contestará finalmente el aludido Comandante de Marina, Francisco de Echezarreta en su “*Manifiesto que en contextacion á varios párrafos del publicado por el Teniente Coronel D. Pedro Pablo Alvarez, Gobernador que fué de la Plaza de Castro-Urdiales, y que van insertos al final / dá á luz el Teniente de Navío de la Armada Nacional, y Ayudante Militar de Marina de aquel distrito D. Francisco de Echezarreta*”.²³

El opúsculo de Echezarreta trata de echar por tierra los argumentos de Álvarez en lo que se refiere a sus relaciones mutuas, en la invasión de competencias propias del ámbito de

²³ Francisco de Echezarreta, *Manifiesto que en contextacion á varios párrafos del publicado por el Teniente Coronel D. Pedro Pablo Alvarez, Gobernador que fué de la Plaza de Castro-Urdiales, y que van insertos al final / dá á luz el Teniente de Navío de la Armada Nacional, y Ayudante Militar de Marina de aquel distrito D. Francisco de Echezarreta*, Bilbao, 1813.

la Marina, en las verdaderas causas del apresamiento de barcos – que no tenían sólo el sentido de abastecer a las tropas sino que tenían un interés más personal -, rechaza la huida de la mayor parte de las lanchas en que hubiera, según Álvarez, podido ponerse a salvo la mayor parte de la población y se reafirma en que su marcha a Santander fue por órdenes superiores, añadiendo que tampoco tenía sentido quedarse ya que las funciones de Ayudante de Marina también las había asumido Álvarez. El texto está firmado el 13 de julio de 1813, dos meses después de la sangrienta entrada de los franceses en Castro Urdiales.

Conclusiones

En los estertores de la Guerra de la Independencia en suelo peninsular, Castro Urdiales fue objeto de varios asedios, el último de los cuales constituyó, una vez vencida la resistencia de los defensores, una masacre para la población civil. Esto llevó a la villa a una seria decadencia de la que tardaría décadas en recuperarse. El asalto y la muerte de cientos de personas en unas pocas horas se superponían a la sangría – y en cierto modo es la trágica culminación - que Castro Urdiales y las otras tres Villas de la Costa de la Mar de Cantabria sufrían desde los inicios del siglo XVIII merced a la política internacional de los Borbones españoles que llevó a cientos de marineros cántabros a dejar sus vidas en el Mediterráneo o en el Caribe, entre otros mares y océanos, siendo Castro Urdiales el puerto más perjudicado en este sentido.²⁴

Las acusaciones contra el comandante militar de la plaza acerca de su comportamiento tiránico con la población civil y de su incompetencia – rayana en la traición y en la cobardía – en la defensa de la villa, han creado hasta el presente una idea muy distorsionada de la realidad.²⁵ Todo indica que, a pesar de los esfuerzos del teniente coronel Pedro Pablo Álvarez, Castro Urdiales no podía ser defendida eficazmente ante una tropa aguerrida, numerosa y bien armada, dotada de un tren de artillería de sitio como la que asaltó Castro Urdiales el 11 de mayo de 1813. Las débiles murallas – en realidad poco más que tapias de casas y conventos -, la falta de apoyo eficaz por parte

²⁴ Miguel Ángel Sánchez Gómez, “Las gentes de mar de las Cuatro Villas de la Costa de Cantabria en el siglo XVIII”, en Isidro Dubert y Hortensio Sobrado Correa (eds.), *El mar en los siglos modernos*, Tomo I. A Coruña, A Coruña, 2009, pp. 178-180.

²⁵ Aún recientemente se ha publicado algún trabajo que asume los planteamientos los críticos coetáneos de los hechos. Victoriano Punzano, *Los Gobernadores de Armas de Castro Urdiales*, Santander, Estudio, 1982.

de los buques británicos que patrullaban la costa cantábrica y las órdenes de Wellington de no movilizar tropas aliadas en la zona para fijar a las fuerzas imperiales ante la batalla de Vitoria, impidieron auxiliar a Castro Urdiales por lo que la población estaba condenada. Las acusaciones contra Pedro Pablo Álvarez no parecían tener en cuenta las circunstancias militares que debían preponderar sobre todas las demás, en un momento, además, en que se estaba jugando el futuro del largo y sangriento conflicto. Las consecuencias dramáticas para la población castreña entran dentro de la lógica y de los habituales comportamientos de la soldadesca después de entrar victoriosa en una villa asediada, sobre todo si entre los soldados corrió el alcohol del que pareció estar muy bien abastecida Castro Urdiales. En todo caso, los documentos emanados por Francisco Longa, permiten afirmar que en todo momento Pedro Pablo Álvarez estuvo estrictamente a las órdenes dadas por su jefe directo – Longa – y por el jefe del Ejército del Norte, Gabriel de Mendizábal.²⁶

Sabemos que Pedro Pablo Álvarez tuvo algunas actuaciones similares en otros puntos, por lo que estuvo encausado. De los hechos acaecidos en Castro Urdiales fue absuelto el 15 de agosto de 1821. Había permanecido arrestado desde el final de la Guerra de la Independencia hasta esa fecha, siete años. Pocas semanas después fue nombrado Comandante de Armas de la villa burgalesa de Poza de la Sal. Los habitantes de esta villa le acusaron de malos comportamientos para con la población civil, además de ser acusado de saquear el Monasterio de Oña, fue apartado del servicio y encausado. Juzgado en 1827 quedó libre merced al indulto de 1824, dado que sus actuaciones en Poza de la Sal se habían realizado en “tiempo revolucionario”. Fue sometido a un proceso de depuración que no superó quedando obligado a residir en cualquier población de Castilla la Vieja, excepto Valladolid. Sería amnistiado en 1832.²⁷

Pudiera ser que el comportamiento de Álvarez en Poza de la Sal, pero sobre todo el saqueo del monasterio de Oña, estuviese vinculado a su primera desamortización en el Trienio Liberal. También el hecho de que fuera apartado del servicio tras el juicio de purificación, nos lleva a la sospecha de que parte de las tribulaciones de Pedro Pablo Álvarez pudieran tener que ver con sus simpatías políticas, las que sin convertirle en

²⁶Carmen Gómez Rodrigo, “Diez meses en la historia de Castro Urdiales”, en *Altamira, Revista del Centro de Estudios montañeses*, XL (1976-1977), Santander, 1977, pp. 295-368.

²⁷Victoriano Punzano, ob.cit., pp. 143-144.

liberal le podría haber llevado a un cierto filoliberalismo que le hizo penar por los tribunales militares durante casi una docena de sus 37 años de carrera militar.

A DUAS ÚLTIMAS TENTAÇÕES DE MASSENA

Joaquim Tenreira Martins
ISCSP - Univ. Técnica de Lisboa

Dentro da estratégia global de Napoleão, que consistia na subalternização do império britânico, a conquista de Portugal era uma parte essencial no xadrez europeu. A sua chave passava necessariamente pela conquista de Lisboa. Massena, ao constatar a impossibilidade de tomar Lisboa, sofreu um grande choque e uma tremenda desilusão que o paralisaram, por alguns meses, às suas portas. Ao tomar a decisão de se retirar para Espanha, e antes de entrar definitivamente neste país, foi assaltado por intensos remorsos motivados pela sensação de ter tido feito uma campanha totalmente infrutífera e indigna de um guerreiro da sua estirpe. Por isso, no final da retirada, que coincidia com o fim da sua carreira, e desta vez às portas da Espanha, foi acometido por aquilo que poderíamos chamar as suas duas últimas tentações. A primeira, aconteceu em Celorico: Massena pensou dirigir-se para sul, para Cória e Plasência e posteriormente encaminhar-se para Lisboa. Na segunda, não conformado em ser empurrado para a Espanha, depois da batalha do Sabugal, Massena tentou mobilizar tudo o que tinha ao seu alcance para transformar a praça de Almeida num trampolim para conquistar a capital do reino de Portugal.

I. Em Celorico, Massena pensa conquistar Lisboa, dirigindo-se para sul, através de Cória e Plasência

Massena constatou que era impossível atacar Lisboa, devido às inexpugnáveis Linhas de Torres Vedras. Depois de alguns meses de hesitação em Santarém, decidiu começar a retirada no dia 9 de Março de 1811 e, a 22, chegou a Celorico da Beira. A frustração era imensa de não ter cumprido o grande desejo de Napoleão, isto é, de não ter podido conquistar Lisboa.

Em Celorico, estava a dois dias de marcha de Almeida e a três da Cidade Rodrigo. Com grande espanto de todos, recusou dirigir-se para Espanha, Salamanca ou Valhadolide porque a sua ambição ainda não tinha morrido e sabia que, com o General Bessières, recentemente nomeado comandante da região militar do Norte, ocuparia ali um lugar subalterno, contrário ao carácter de Massena.

Apesar de notar um certo desânimo da parte dos comandantes dos três corpos do exército - Junot, Reynier e Ney - estava consciente de poder dispor de um exército de 44 mil soldados, mal alimentados, é verdade, mas obedientes às suas ordens, capazes de

travar os combates que fossem necessários para fazer a conquista de Lisboa, com ajuda do exército de Sout.

Em vez de estar sempre à defesa, a fugir constantemente de Wellington, poderia mostrar-se mais ofensivo, enfrentar o inimigo numa grande batalha, para subir em consideração aos olhos do Imperador, pois até agora nada de importante lhe tinha mostrado. Tentaria reabilitar o seu glorioso passado e orgulho pessoal, a áurea do exército que Napoleão lhe tinha confiado pois não queria chegar a Paris de mãos vazias. Enfim, no seu espírito, recusava obstinadamente uma derrota.

Constatando uma desaceleração do exército anglo-luso devido à falta de víveres, e tendo ouvido falar das dificuldades de Wellington e das hesitações do parlamento inglês e da regência portuguesa, motivadas pelos custos elevados em manter uma guerra ruinosa para as finanças públicas, pensou que seria o momento de revigorar o seu exército, com um objectivo de atacar novamente Portugal, enviesando para sul, em vez de se colocar a salvo em Espanha. Desceria para Cória e Plasência, continuando pela linha do Tejo e tentaria novamente atacar Lisboa. Para isso, projectava enviar os doentes e feridos para Almeida e Cidade Rodrigo, dirigir-se até à Guarda, Sabugal e Penamacor, pela Serra das Mesas até ao rio Erges, através de um planalto despovoado do norte da Estremadura espanhola. Teria certamente o apoio de Sout, que não se encontrava longe, e contaria com a ajuda de rei Joseph que, para esta decisiva operação, reforçaria, sem dúvida, o seu exército.

O “Exército de Portugal” tinha chegado a Celorico esfomeado e mal vestido. A maior parte dos soldados já não tinha nem farda nem calçado. Utilizavam peles das vacas que iam matando para se sustentarem e com ela faziam rudimentares sapatos. A farda limitava-se, no final da retirada, a um mero capote. O moral estava de rastos, tanto o dos soldados como o dos generais. Mas Massena queria provar que o seu exército tinha ainda mais capacidade do que os comandantes imaginavam e gostaria de lhes dar a última lição, para lhes mostrar que ainda não era um Marechal gasto e derrotado.

Por isso, no dia 22 de Março, deu ordem aos três Corpos do Exército para marcharem em direcção à Guarda, Sabugal e depois para Sul. Às portas da Espanha, todos estavam à espera que o caminho natural da retirada fosse por Almeida e Cidade Rodrigo. Esta ordem provocou uma grande cólera no seio do exército. Ney assumiu a chefia do

descontentamento e no espaço de quatro horas escreveu a Massena três cartas de protesto e de irritação com a decisão tomada.

Na primeira, mesmo não dispondo dos pormenores da ordem de Massena, Ney pretendia verificar se ele tinha a autorização do Imperador para mudar assim de planos de um momento para o outro.

Depois de já ter conhecimento das intenções de Massena, redigiu uma segunda carta, informando-o que sem ordens expressas de Paris, as suas tropas, isto é, o 6º Corpo do Exército não participaria nessa marcha. “V.Exa. engana-se ao pensar que na região de Cória e Plasência se encontram mantimentos em abundância. Quando eu andei por lá, pelos lados de Talavera, a bater-me contra Wellington, em 1809, pude observar a falta de alimentos e o mau estado em que se encontravam as estradas... Tenho plena consciência da responsabilidade que tomo, ao fazer uma oposição formal às vossas ordens. Mesmo que tenha de ser destituído ou condenado à morte, não poderei executar esta marcha sobre Cória e Plasência, salvo se ela for ordenada pelo Imperador” .¹

Perante um tal acto de insubordinação, Massena foi implacável e comunicou-lhe por escrito as suas disposições: “Em resposta à sua carta das dez e meia desta manhã, previno-o de que, pela sua obstinada recusa em conformar-se com as ordens que lhe transmiti, ...deve seguir imediatamente para Espanha e ali aguardar as ordens de Sua Majestade” .²

O marechal Ney manifestou em voz alta o que os outros dois comandantes pensavam, em surdina, desta incompreensível decisão de Massena, agora que se encontravam tão perto do fim da campanha, a uns trinta quilómetros de Almeida e a pouco mais da Cidade Rodrigo.

Reynier não quis tomar a atitude de Ney, mas achou que era o momento de mostrar também o seu descontentamento a Massena, tentando persuadi-lo de desistir da nova invasão através de uma região que ele conhecia bem, por ter ali acantonado as suas tropas durante vários meses, no Verão anterior. Informava-o de que, embora as margens

¹ Sir Charles Oman, *A History of the Peninsular War*, Vol. IV, ed. Greenhill Books, 2004, p. 176.

² General Koch, *Memórias de Massena, Campanha de 1810 e 1811 em Portugal*, Lisboa, Livros Horizonte, 2007, p. 209.

direita e esquerda do Guadiana fossem férteis, era necessário assegurar a alimentação do 5º Corpo do Exército e abastecer a praça de Badajoz. Deste modo, o “Exército de Portugal” não poderia sobreviver naquelas paragens porque não havia nada da Guarda até Plasência.

Reynier fornecia-lhe ainda alguns elementos de informação para o dissuadir do projecto aventureiro e mal preparado e lembrava-lhe que o exército tinha de atravessar o Tejo e que a tarefa não seria fácil.

Em toda essa parte do seu curso, o Tejo só é realmente acessível – afirmava Reynier – em Alconetar, onde passa o caminho de Cáceres para Plasência; mas este vau só é bom para as viaturas quando o rio vai baixo... Ora se for preciso construir uma ponte de barcas e de cavaletes, a região não forneceria materiais para isso. Só se poderia contar com a ponte de Almaraz. ... O mais seguro seria pois atravessar o Tejo em Alcântara. Ali, o arco está cortado ... e será preciso tempo para reunir os materiais necessários para a sua reparação... Entre este Rio e o Guadiana a região é desprovida de recursos.³

Entretanto, Massena recebeu um ofício do general Drouet a informá-lo de que as praças de Almeida e da Cidade Rodrigo se encontravam com mantimentos apenas por alguns dias, pelo que lhe rogava para suspender a deslocação para Còria e Plasência. Almeida e Cidade Rodrigo – afirmava ele – não podem ser suficientemente providas de mantimentos e de tudo quanto é necessário para a sua defesa sem o socorro do exército confiado ao seu comando.⁴

Massena começava a hesitar e, por isso, decidiu aproximar-se do Còa. Nas suas margens férteis poderia encontrar alimentos para refazer as suas tropas. Depois se veria.

A partir do dia 29 de Março, Massena parece ter posto de parte o projecto de invadir de novo Portugal através da linha do Tejo. Mas, no fundo, o general francês estava hesitante e decidiu aproveitar a melhor ocasião para se dirigir ou sobre Còria e Plasência ou sobre a Cidade Rodrigo. Só os acontecimentos da Guarda e sobretudo os do Sabugal

³ Koch, ob. cit. p. 212

⁴ Koch, ob. cit. p. 211

foram decisivos para varrer da mente de Massena a ideia de enviesar para sul e dali ir conquistar Lisboa.

O Combate da Guarda

Havia já há algum tempo que Wellington não tinha dado sinais de vida e a sua chegada em peso veio perturbar os planos do final da retirada de Massena. Após alguns reconhecimentos para saber onde se encontrariam os franceses, deu-se conta que ocupavam a Guarda e arredores.

Wellington quis mobilizar quase todo o seu exército e atacar em forma de semicírculo, para se apoderar da Guarda, agora que se encontrava reforçado com a 7ª. Divisão, recentemente formada. Foi também abastecido com suficientes mantimentos transportados através do rio Mondego e fortalecido moralmente com o encorajamento do seu governo e da regência portuguesa.

Picton foi o primeiro a chegar, pelas nove horas da manhã à Guarda. Assentou posições a uns trezentos metros do quartel-general dos franceses e esperou que as outras divisões chegassem à cidade.

Os ingleses iam preparados para travar uma grande batalha, mas os dois exércitos constataram a ausência do grande estratega dos combates da retirada, o marechal Ney. Os franceses foram apanhados de surpresa. Loison estava a preparar o seu exército para partir no dia seguinte. Picton pôde observar que as divisões de Marchand e de Marmet ocupavam ainda a cidade, e a Divisão de Ferrey se encontrava na parte oriental da cidade, para encetar a marcha a caminho do Adão.

A acção inesperada e em grande número das forças aliadas provocou uma enorme agitação e os franceses não encontraram outra solução senão sair a toda a pressa da Guarda. Loison, com os seus 17 mil homens, ficou paralisado e não ofereceu combate. Massena censurou-lhe vivamente esta negligência que poderia ter sido fatal, pois não estava habituado a assistir a reacções tão moles do seu exército.

As tropas aliadas também não agiram da melhor maneira, pois se tivessem sido mais empreendedoras, o 6º Corpo poderia ter-se visto em graves dificuldades. Ao retirarem-se a toda a pressa, os esquadrões da cavalaria britânica fizeram duas ou três centenas de

prisioneiros, sobretudo forrageadores que não tiveram tempo de se juntar às suas unidades.

O exército francês dirigiu-se a caminho do Côa, seguindo uma coluna pelo Adão e Pega e a outra por Vila Mendo e Marmeleiro.

No dia 30 de Março, os corpos do exército de Loison e Reynier encontravam-se ainda mais ou menos juntos, entre o Marmeleiro e o Sabugal, mas o 8º Corpo de Junot continuava isolado em Belmonte, o que constituía uma verdadeira preocupação para Massena. Se Wellington tivesse tido conhecimento desse isolamento, teria impedido a sua retirada para o Côa. No dia seguinte, de manhã cedo, e calcorreando caminhos de montanha, Junot passava pela Urgueira e no dia 31 pelo Sabugal, a caminho de Alfaiates, com os seus homens completamente exaustos.

Batalha do Sabugal

Aliviado com a retirada de Junot, a poucas horas de marcha da Cidade Rodrigo, Massena quis pôr o seu exército a repousar nas margens do Côa, não tendo ainda abandonado a ideia fixa de se dirigir para Côria e Plasência. Mandou acantonar o 6º Corpo em Valongo, Vilar Maior, Ruvina, Rapoula do Côa, Bismula e vigiar a passagem da ponte de Sequeiros. O 2º Corpo de Reynier ficaria na margem direita do Côa, perto do Sabugal e o 8º Corpo encontrava-se em Alfaiates onde ele próprio também já se encontrava com o seu estado-maior.

Massena pretendia acantonar o seu exército alguns dias nas férteis margens do Côa, à espera que o general Bessières, actual comandante da região militar de Espanha, preparasse os mantimentos e os alojamentos necessários, para evitar pilhagens e distúrbios incontrolados, quando os homens ali chegassem cansados e famintos.

A linha de defesa de Massena distribuía-se por cerca de 30 quilómetros compreendidos entre as alturas do Gravato, onde se encontrava o 2º Corpo de Reynier até à ponte de Sequeiros.

Lord Wellington tinha imenso desejo de escorraçar os franceses de Portugal, de uma vez para sempre, agora que se encontravam quase às portas de Espanha. Estava pois disposto a mobilizar todo o seu exército para conseguir esse objectivo.

Os generais ingleses passaram os dois dias antes da batalha a observar as posições das tropas de Reynier e a fazer o reconhecimento dos caminhos e dos vaus a montante do rio Côa, a partir do Sabugal. Fino estratega, Wellington imaginou uma excelente tática para destroçar o 2º Corpo de Reynier que consistia em contorná-lo pela sua esquerda e impedi-lo de se retirar para Alfaiates onde já se encontrava o 8º Corpo de Junot e também Massena.

A Divisão Ligeira de Erskine passaria o Côa a cerca de três quilómetros depois do Sabugal e as duas brigadas de cavalaria comandadas por Slade deviam atravessá-lo um pouco mais adiante. Passariam pelas Peladas, iriam até à Torre e tentariam bloquear o caminho de acesso a Alfaiates que seria a estrada que Reynier seguiria ao retirar-se do Sabugal. Picton, na Senhora da Graça e Dunlop à entrada da ponte do Sabugal, entrariam em combate, logo que a Divisão Ligeira de Erskine tivesse começado a sua acção contra as forças de Reynier. A 1ª. e a 7ª. assegurariam a reserva, um pouco recuadas.

Por outro lado, colocaria 2 divisões em frente do 6º Corpo de Loison, que se encontrava na ala direita, para lhe barrar o caminho e assim impedir o socorro às tropas de Reynier.

Nos dias 1 e 2 de Abril preparou meticulosamente o seu exército. A 6ª Divisão ficaria na Cerdeira, em frente do general Loison e um batalhão da 7ª Divisão seria colocado abaixo de Vilar Maior, para vigiar a ponte de Sequeiros. O resto do exército, cinco divisões e duas brigadas de cavalaria, num total de 30 mil homens atacariam o Corpo de Exército de Reynier.

Massena, que se encontrava em Alfaiates, não acreditava num ataque de Wellington, apesar das advertências que Reynier lhe tinha enviado, ao constatar as numerosas fogueiras na noite do dia 2 de Abril.

O nevoeiro da manhã do dia 3 de Abril veio complicar o plano tão bem concebido por Wellington. Também o mau comando da Divisão Ligeira veio colocar por terra a estratégia inicial do general inglês. Felizmente que o coronel Beckwith soube valorizar os bons hábitos de combate e a disciplina desta unidade face aos elementos naturais, bem adversos nesta ocasião.

Perdido no nevoeiro e nos meandros do Côa, o coronel Beckwith, em vez de se informar junto de Wellington sobre a posição exacta em que devia atravessar o rio, fiou-se na ordem de um ajudante de campo de Erskine que, ao vê-lo hesitante, o interpelou num tom peremptório: “Por que é que não atravessa?” Influenciado pela exortação, passou o rio num lugar errado, com a água pela cintura dos soldados. Em vez de fazer o longo movimento envolvente e atacar o 2º Corpo de Reynier pela retaguarda, atravessava o rio na curva do Côa, cerca da Quinta da Granja. Os postos de vigilância de Reynier, que estavam perto do rio, deram o alerta, mas a Brigada de Beckwith, composta pelos Regimentos de Infantaria 43 e 95 e pelo Batalhão de Caçadores 3, puderam fazer a travessia e, protegidos pelo nevoeiro, dirigiram-se na direcção de onde vinham os tiros, subindo campos e transpondo muros. Avançando um pouco à toa, os homens de Beckwith desconheciam que se dirigiam directamente contra a Divisão Merle. Este, advertido pelos vigias, conseguiu fazer frente aos aliados movimentando o 4º Regimento de Infantaria Ligeira. Porém as forças de Beckwith, então em número superior, conseguiram empurrar os franceses até ao cimo de uma colina de castanheiros e carvalhos, tendo encontrado pela frente os batalhões 2 e 36 da Divisão Merle que acorreram em socorro do Regimento 4 de Infantaria Ligeira.

Seguiram-se ataques e contra-ataques executados de ambos os lados e os homens de Beckwith protegidos por muros de pedra tentavam não perder o terreno conquistado, ameaçados pelas forças francesas, agora em maior número. Mais uma vez repeliram os franceses até ao cimo da colina e o Regimento 43 foi embater contra a unidade de bateria de Merle, desorientados pelo nevoeiro, tendo caído ao chão numerosos soldados.

Reynier tinha colocado a maioria do seu exército numa parte mais baixa, oposta à vertente da montanha em que a batalha tinha começado, pois estava convencido que não o atacariam.

Os homens de Beckwith estavam a ficar já numa posição de fraqueza quando foram apoiados pela 2ª Brigada, comandada por Drummond. Era constituída por cerca de 2 mil homens, onde se encontravam os batalhões 52, 95 e Caçadores 1. Drummond tinha sido interpelado pelo barulho dos tiros que vinham da sua esquerda e passou o rio Côa um pouco mais à direita do lugar onde Beckwith o tinha atravessado, envolvido pela chuva e pelo nevoeiro, e sem ter a noção da gravidade em que se encontrava o seu camarada de armas. A decisão de avançar foi da responsabilidade apenas de

Drummond, já que o comandante da Divisão Ligeira, o general Erskine, que se encontrava com a cavalaria um pouco mais atrás, o dissuadiu de avançar.

As duas brigadas conseguiram deslocar as suas posições até à crista da colina e embrenharam-se num combate feroz com as tropas da divisão Merle, e cometeram a façanha de ter capturado um obus francês.

Reynier mandou avançar a brigada Heudelet, com os Regimentos de infantaria 17 e 70 e começaram a atacar o flanco esquerdo da Divisão Ligeira. Os soldados de Beckwith, já deveras sacrificados, foram resistindo conforme podiam. O combate foi renhido, na tentativa de conseguirem recuperar a boca de fogo. Felizmente que as tropas de Beckwith tinham recebido o apoio dos batalhões de Drummond.

Entretanto, chegaram em auxílio dos aliados duas peças de artilharia que conjugadas com as forças dos dois batalhões 52 de Drummond conseguiram enfraquecer o flanco da infantaria francesa. Por fim, veio também em socorro o esquadrão de cavalaria 16 de Erskine que, por inépcia ou mau comando, se tinha desgarrado no nevoeiro. O conjunto das tropas aliadas, então em acção, conseguiu semear a desordem e enfraquecer fortemente o exército francês.

Pelas onze horas, o sol tinha dissipado o nevoeiro e tanto Wellington como Reynier puderam fazer o ponto da situação. Quando o comandante francês constatou que a Divisão Picton estava a atravessar o rio nos vaus da Senhora da Graça e que a Divisão Dunlop já tinha passado a ponte do Sabugal e que ambas se preparava para tomar posições e atacar o exército francês, ficou convencido que deveria pôr fim à batalha. As forças de Dunlop e as de Picton, num total de 10 mil soldados, dirigiam-se a toda a pressa para os montes do Gravato e, antes que fosse tarde, o general Reynier ordenou então a retirada do 2º Corpo para leste, a caminho de Alfaiates, passando pelo Soito, Rendo e Pocafarinha.

A batalha do Sabugal foi bastante sangrenta para os franceses que perderam, além de um canhão, cerca de 760 soldados. Foi também uma das batalhas onde o exército francês perdeu, proporcionalmente, mais oficiais, quase todos da Divisão Merle,

adiantando-se o número de 61, entre mortos, feridos e desaparecidos. Os anglo-lusos perderam apenas 162 praças, quase todos da Divisão Ligeira.⁵

II. Massena pretende destruir o exército anglo-luso e transformar a praça de Almeida num trampolim para assegurar a conquista de Portugal

Depois da batalha do Sabugal, Massena fugiu a toda a pressa para se abrigar em Espanha, vencido mais uma vez pelas tropas anglo-lusas, mas não convencido que deveria abandonar Portugal.

A partir da praça-forte de Almeida, último reduto do poder militar francês, onde se encontrava o General Bernier com uma guarnição de perto de 1.300 homens, poderia concretizar o seu sonho de invadir de novo Portugal e, assim, não se apresentar ao Imperador Napoleão de mãos vazias.

A intenção de Massena era esmagar o exército anglo-luso e impedi-lo de avançar para Espanha. Uma vez libertada a praça de Almeida e enfraquecido aquele exército, o sonho da conquista de Portugal poderia tornar-se uma realidade.

Informado de que Wellington se tinha deslocado para Elvas para ajudar Beresford no cerco de Badajoz, Massena começou logo a reforçar o exército francês pedindo ajuda ao Marechal Bessières, Comandante da Região Militar do Norte de Espanha.

Quando o General Spencer, que tinha assumido o comando interino, lhe fez chegar a mensagem, no dia 25 de Abril, de que Massena estava reunindo o seu exército na Cidade Rodrigo para marchar sobre Almeida, Wellington galgou a toda a pressa e, quatro dias depois, a 29 de Abril, encontrava-se a postos no quartel-general de Alameda.

Massena tinha um exército e uma cavalaria superiores em número, num total de 47 mil soldados. Wellington tinha mais peças de artilharia e dispunha de 37 mil homens. Por isso, este poderia apenas responder com a habilidade da sua tática e a superioridade moral dos seus homens, como já o tinha demonstrado no Sabugal, sem se expor a grandes riscos, tendo em conta que se encontraria numa posição difícil, com um grande exército pela frente e ameaçado pela retaguarda com a guarnição de Almeida e o perigoso desfiladeiro do Côa para onde Massena tanto o desejaria empurrar.

⁵ Sir Charles Oman, ob.cit. p. 617

As tropas francesas, reunidas na Cidade Rodrigo, empreenderam a caminhada, no dia 2 de Maio, para vir socorrer Almeida, mas Wellington decidiu não só conservá-la cercada, como também impedir a sua passagem, distribuindo o seu exército por um espaço de 4 léguas que se estendia desde o Forte da Concepción até ao Poço Velho e Nave de Haver. Massena percebeu que não poderia recuperar Almeida sem primeiro vencer o exército anglo-luso.

Massena decide atacar Wellington

Com o seu estado-maior, Massena tinha começado a localizar as posições de Wellington a partir do dia 2 e pareceu-lhe, à primeira vista, que o general inglês não teria feito a melhor escolha. Constatou que as tropas se concentravam sobretudo na aldeia de Fuentes de Oñoro e que a única ponte de passagem do Côa, que assegurava a principal via de comunicação de Wellington com Portugal, se situava em Castelo Bom. A intuição inicial de Massena era de se apoderar da estrada que conduzia àquela ponte e de empurrar o exército anglo-luso para o precipício do Côa, concretizando, deste modo, o seu objectivo inicial que era o aniquilamento das tropas de Wellington.

Massena guardava na mente a sua falta de ponderação que lhe fora fatal na batalha do Buçaco e não pretendia agir precipitadamente. Porém, ao princípio da tarde do dia 3, tinha concluído que “a posição chave se encontrava na aldeia escondida de Fuentes de Oñoro”,⁶ A norte de Fuentes, o terreno era demasiado irregular e de difícil acesso. A estratégia seria quebrar a linha do exército aliado no lugar de Fuentes de Oñoro e, simultaneamente, atacar a norte para tentar dispersar as forças de Wellington.

Pelas duas horas da tarde, Massena deu ordem à Divisão de Ferey, num total de 4.200 soldados, pertencente ao 6º Corpo de Loison, para assaltar a aldeia. O 9º Corpo do Conde d’Erlon reforçaria a Divisão de Ferey. A cavalaria de Montbrun e a de Fournier iriam manter-se em reserva.

Batalha no dia 3 de Maio

Enquanto a Divisão de Ferey transpunha o rio Dos Casas que, nessa altura, levava pouca água, Reynier atacava a 5ª Divisão, no norte da linha de defesa, comandada por

⁶ John William Fortescue, *A History of the British Army*, Vol. VIII, p. 158

Erskine, perto do forte da Concepción. Wellington desconfiou que se trataria de uma manobra de diversão e enviou em socorro a Divisão Ligeira que constatou uma série de escaramuças, de pouca importância e sem necessidade de intervir.

Quando as tropas de Ferey começaram a subir pela ladeira em direcção a Fuentes, depararam com o fogo intenso dos homens comandados pelo coronel Williams, os quais, escondidos detrás dos espessos muros de pedra e das casas da aldeia, lançavam saraivadas de chumbo sobre os franceses. Ferey tinha ordenado o ataque em três colunas. O Regimento de Infantaria de Linha 26 seguia pela estrada principal. A Legião do Midi contornava a aldeia pela direita e Regimento de Infantaria de Linha 82 avançava pela esquerda. Não foi difícil conquistar a parte baixa de Fuentes de Oñoro, mas quando pretendiam entranhar-se na aldeia, as tropas de Ferey tiveram de se defender à baioneta, corpo a corpo, num combate verdadeiramente renhido. As tropas anglo-lusas tiveram alguma dificuldade em afrontar a superioridade numérica dos franceses e recuaram até à igreja.

Wellington, ao dar-se conta do perigo em que se encontrava, enviou-lhe três batalhões da 1ª Divisão de Spencer, o 71 e o 79 e o 24, sob o comando de Cadogan.⁷ Recuperaram assim o terreno perdido e obrigaram os franceses a recuar até ao rio Dos Casas. Apesar do coronel Williams ter ficado gravemente ferido, o combate dos aliados continuou com a mesma força e coragem.

Massena, ao ver a dificuldade em que se encontravam as suas tropas, ordenou novo ataque, reforçando os soldados de Ferey com quatro batalhões da divisão Marchand. Arrancaram com toda a força pela aldeia acima e nada parecia resistir-lhes. Os ingleses iam cedendo terreno, abandonando as hortas e as casas onde estavam emboscados.

Os franceses estavam prestes a apoderar-se da aldeia. Wellington reforçou as suas tropas com dois regimentos escoceses e oito peças de canhão. O major Chamberlain,⁸ comandando o 24 de linha britânico e apoiado pelo 71 e 79 atacou a linha francesa que, um pouco enfraquecida, foi obrigada a recuar de novo até perto do rio Dos Casas.

⁷ René Chartrand, *Fuentes de Oñoro, Wellington's liberation of Portugal*, Osprey Publishing, 2002, p.69

⁸ Koch, ob. cit. p. 264

O coronel Béchaud replicou ainda com quatro novos batalhões da divisão Marchand, conseguindo controlar algumas casas na parte leste de Fuentes, mas os escoceses impediram-nos de avançar.

Era já noite. Os combates cessaram, embora se tivessem ouvido alguns tiros esporádicos pela noite fora. A maior parte da aldeia era dominada pelas tropas aliadas, excepto a parte de baixo. Na manhã seguinte, foram ainda travadas algumas escaramuças junto ao rio Dos Casas, mas foi acordada uma trégua para se poderem recolher os mortos e assistir os feridos.

A Divisão de Ferey sofrera 652 baixas, contando mortos, feridos e prisioneiros. Nestes números estão incluídos 3 oficiais e 164 soldados capturados, quando as tropas comandadas por Cadogan reconquistaram a aldeia de Fuentes. As perdas dos aliados cifraram-se em 259 mortos ou feridos entre os quais se incluíam 48 portugueses.⁹

Movimentos do dia 4 de Maio

Massena deu-se conta que não tinha atacado pelo melhor sítio. O embate frontal não fora bem sucedido. Na madrugada do dia 4 de Maio, ordenou ao general Montbrun para fazer reconhecimentos na parte norte e sul de Fuentes de Oñoro, a fim de verificar os eventuais pontos fracos da defesa dos aliados. As observações da parte sul da aldeia revelaram que entre Poço Velho e Nave de Haver a defesa era constituída por um conjunto de tropas relativamente reduzido que pertenciam às forças irregulares de Don Julián Sánchez. O terreno era de acesso mais fácil, sobretudo para a cavalaria, apesar de em certas zonas ser um pouco pantanoso.

Na noite do dia 4 de Maio, Massena reposicionou as tropas e tentou fazê-lo com toda a cautela, sem dar a entender a Wellington os seus movimentos. Assim, Reynier, com as divisões Merle e Heudelet fariam, como no dia 3, um ataque de diversão sobre o forte da Concepción e Alameda, a fim de fixar as tropas de Erskine e Campbell. A Divisão de Ferey deveria conservar-se em frente de Fuentes, protegida pela retaguarda do 9º Corpo de Drouet. As divisões de Marchand e de Mermet, do 6º Corpo, apoiadas pela divisão de Solignac do 8º Corpo deveriam dirigir-se durante a noite em direcção a Poço Velho e começariam a atacar os aliados pela madrugada. A cavalaria de Montbrun seria apoiada

⁹ René Chartrand, ob. cit., p. 72

pelas brigadas de Fournier e de Wathier para envolver Nave de Haver. Cerca de 17.000 homens foram mobilizados nesta grande manobra. Este plano, digno de um perspicaz chefe de guerra, se fosse bem sucedido, obrigaria Wellington a retirar-se em direcção à ponte de Almeida e poria em perigo definitivamente o exército dos aliados.

Mas Wellington apercebeu-se das movimentações de Massena. Tinha passado a noite a cavalo, observando as novas posições das tropas francesa. Reagiu rapidamente e adaptou as suas em consequência. Assim, deixou Picton com a 3ª Divisão no ponto alto de Fuentes de Oñoro. Spencer ficaria um pouco mais atrás com a 1ª. Divisão. Houston tinha colocado o regimento nº 85 e o Caçadores nº 2 na aldeia de Poço Velho. A 7ª. Divisão e o regimento de dragões nº 14 de Slade foram reforçar as tropas irregulares de Julián Sánchez, em Nave de Haver. Wellington deu-se conta que a sua direita estava quase desprotegida e os reforços que acabava de enviar seriam insuficientes para conter os 17 mil homens que Massena acabava de dirigir contra ela.

A Batalha do dia 5 de Maio

Na parte sul

Na madrugada do dia 5 de Maio, Loison lançou as divisões de Marchand e de Mermet em direcção a Poço Velho. A Divisão de Solignac asseguraria a reserva. A cavalaria de Montbrun, com mil dragões seguiria pela esquerda, em direcção a Nave de Haver onde encontraria os guerrilheiros do *bravo* Don Julián Sánchez, a postos desde o dia 3 de Maio. Wellington tinha-os reforçado com o regimento de dragões nº 14, na noite do dia 4 de Maio. O general Fournier atacou Nave de Haver pela esquerda e Wathier pela direita. Don Julián, ao constatar o elevado número de combatentes que se aproximavam, ordenou aos seus guerrilheiros para não se envolverem em confrontos que os levariam inevitavelmente à catástrofe e retiraram-se em direcção à Freineda. Os franceses aproveitaram para carregar sobre eles e se vingarem das numerosas emboscadas que lhes tinham armado.

A divisão de infantaria do general Marchand, chegada a Poço Velho, começou a atacar o regimento nº 85 e o Caçadores nº 2, de Houston que vigiavam aquela aldeia. Ao serem obrigados a sair desordenadamente daquele lugar, foram atacados de novo por uma forte unidade de cavalaria francesa e, num curto espaço de tempo, perderam cerca de 150 soldados. Graças ao auxílio dos hussardos da Legião Germana do Rei e dos

Rifles nº 95, aquelas unidades conseguiram protecção junto da 7ª. Divisão de Houston que se encontrava bastante longe, a cerca de dois quilómetros de distância.

Uma unidade de cavalaria francesa composta de 2.700 soldados ameaçou a 7ª. Divisão que teve o reflexo de formar em quadrado para melhor se defender, embora retardassem, deste modo, o movimento da retirada e a sua concentração a expusesse aos alvos da artilharia que vinha ao seu encontro.

Wellington mediu o perigo em que se encontrava a 7ª. Divisão que corria o risco de ficar cortada do exército britânico e ordenou a Craufurd, que tinha chegado na véspera a Fuentes, para a trazer para uma posição elevada que se encontrava à altura de uma linha que ia de Fuentes de Oñoro até à Freineda. A 7ª. Divisão encontrava-se um pouco isolada e brevemente iria ser atacada pela cavalaria francesa de Montbrun. Craufurd ordenou então à 7ª. Divisão de Houston para começar a retirada, formando em três quadrados, apoiados por uma boa unidade de cavalaria e quinze peças de artilharia. Era um movimento deveras arriscado e a encosta rochosa onde iriam ficar encontrava-se ainda distante, a cerca de cinco quilómetros. As duas divisões fizeram a sua notável retirada através da planície, constantemente atacados pelas tropas francesas.

Montbrun deu instruções ao general Fournier para atacar o quadrado da esquerda e ao general Wathier para carregar sobre o da direita. Ele próprio se lançaria sobre o quadrado do centro. Os quadrados aliados resistiram obstinadamente à massa vigorosa da cavalaria francesa. A artilharia inglesa, colocada entre os quadrados, participava nos violentos confrontos contra as tropas inimigas, que, num constante vaivém, tentavam impedir-lhes, a todo o custo, a retirada. O general Fournier, com os seus dois regimentos, conseguiu penetrar no quadrado do centro, e o seu cavalo foi atingido mortalmente. Foi um momento de alguma confusão e um grupo de prisioneiros ingleses aproveitou para fugir. Montbrun viu aproximar-se a cavalaria inglesa e pediu reforços a Massena, sobretudo que lhe enviasse sem tardar a cavalaria da Brigada Imperial do general Lepic. Este foi o momento mais decisivo da batalha, pois o marechal francês estava prestes a apoderar-se da estrada de Castelo Bom aos aliados, concretizando assim a sua ideia inicial. Mas o general Lepic recusou-se a enviar os 800 cavaleiros da guarda, respondendo de uma maneira insolente: “só recebo ordens do duque de Áustria”. A localização do general Bessières sobre este vasto campo de batalha demorou algum tempo, um tempo infindo, precioso e decisivo para a cavalaria francesa. A infantaria de

6º Corpo também não prestou atenção às dificuldades em que se encontrava o general Montbrun. Os ingleses aproveitaram este tempo de fraqueza e a 1ª Divisão de Spencer veio juntar-se à Divisão Ligeira de Craufurd. Picton, que assegurava a defesa de Fuentes de Oñoro, socorreu a Divisão de Houston. Reforçados com a artilharia, os aliados apresentavam agora um sólido muro de defesa que constituía um autêntico desafio para Massena. No seu ímpeto avassalador, tentou mobilizar quase todas as divisões do 6º Corpo – as do general Marchand, Mermet e também a Divisão Solignac, do 8º Corpo, para virem em socorro de Montbrun. Mas no momento que se preparavam para encetar o movimento, o general Eblé veio anunciar que o exército dispunha de poucos cartuchos e de poucos carroções para transportar as bocas de fogo. Massena não se importava de recomeçar no dia seguinte. Não se resignava de maneira nenhuma a abandonar o campo de batalha. Mandou buscar cartuchos e víveres à Cidade Rodrigo com os atrelados de Bessières e distribuiu uma parte do comboio de mantimentos destinado a Almeida.

Mas mais uma vez a cooperação entre Massena e Bessières não funcionou. Este, sob pretexto que os cavalos estavam demasiado cansados e que não aguentariam tamanho esforço, recusou-se a colaborar. Noutras circunstâncias, tamanha desobediência teria terminado mal, mas Massena não queria repetir a mesma cena que tinha acontecido, havia pouco tempo, com o marechal Ney.

Na aldeia de Fuentes de Oñoro

Com a deslocação da cavalaria de Montbrun para norte, a linha de defesa dos aliados encurtou-se de cinco quilómetros e concentrou-se quase toda em Fuentes de Oñoro. Massena estava consciente da superioridade do seu exército e esperava atacar o ponto central de Wellington. As tropas em frente de Fuentes tinham ficado inactivas, mas pelo meio da manhã, Massena deu ordem para que as seis divisões comesçassem a atacar a aldeia. A Divisão de Ferey atravessou o Dos Casas e Claparède, do 9º Corpo, contornou Fuentes pela esquerda, enquanto a artilharia apoiava o avanço que os franceses iam fazendo pelas pequenas ruas até ao cimo da aldeia, em direcção à igreja. Os regimentos 71 e 79, que asseguravam a defesa, não resistiam e iam recuando à frente dos franceses, o que levou Wellington a reforçá-los imediatamente com o Regimento 24 e o Caçadores 6. O general Drouet decidiu enviar dez mil homens, que incluíam as tropas de elite da guarda imperial. Seguiu-se uma luta encarniçada pelas ruas da aldeia e dentro do próprio cemitério, por entre as lápides, perto da igreja, com alguma vantagem para os

franceses que já quase se encontravam no cimo da colina. O objectivo de Massena era precisamente partir ao meio o exército dos aliados para o enfraquecer totalmente.

Mas no planalto, atrás da aldeia para oeste, de onde Wellington dirigia as operações, encontravam-se a 1^a. Divisão de Spencer, a 3^a. de Picton e a Brigada portuguesa de Ashworth. Além disso, as Divisões de Houston e de Craufurd já tinham terminado a notável retirada de Poço Velho e encontravam-se agora a oeste da Fuentes. A cavalaria de Montbrun estava a perder força e Wellington percebeu que a sua posição na aldeia se encontrava perante um momento decisivo e imediatamente enviou a brigada de Mackinnon, com os seus dois regimentos, o 88 e o 74. Pouco tempo depois, o regimento irlandês 88 desceu furiosamente do planalto e travou uma sangrenta refrega, perto da igreja, contra o regimento francês n^o 9, com homens já cansados de terem lutado pelas ruas acima. Pouca resistência opuseram à ferocidade das suas baionetas. Mesmo os elementos da guarda imperial que vieram em seu auxílio tiveram de recuar. Na confusão da retirada, uma centena de guardas encurralou-se numa rua sem saída e os desenfreados irlandeses passaram-nos todos à baioneta. Também o regimento n^o 74, tendo descido por uma outra rua, se aproveitou do cansaço dos franceses, perseguiu-os furiosamente e empurrou-os para lá do Dos Casas, obrigando a artilharia de Massena a abrir fogo para os impedir de avançar.

Nas ruas, nas soleiras e janelas das casas os combates continuavam a lutar corpo a corpo e à baioneta. Massena tinha sido informado da falta de cartuchos. Um destacamento correu a buscá-los à Cidade Rodrigo. Mas alguns comandantes recusavam continuar o combate. Estavam exaustos, como as Divisões de Ferrey, Claparède e Conroux. Outros pouco tinham colaborado, como Reynier, que na parte norte, tentou apenas evitar o avanço das duas divisões aliadas. Perante esta situação, alguns generais tentaram convencer Massena a não continuar mais a batalha.

Depois de ter tomado as disposições relativas à sorte de Almeida, optando por mandá-la dinamitar, acedeu às suas solicitações.

Uma trégua foi acordada à tardinha para proceder à remoção dos mortos e feridos. As ruas, as casas e os campos estavam juncados de corpos de ambas as partes. Nos hospitais de campanha que se tinham improvisado em muitas aldeias circunvizinhas, operava-se de dia e de noite. Foi uma batalha muito sangrenta. A dezenas de soldados

tiveram de ser amputados os membros superiores ou inferiores. Outros tiveram de ficar enterrados nas cercanias. Centenas de prisioneiros teriam de ir para longe das suas terras.

Os números falam bem alto sobre a carnificina que constituiu a batalha de Fuentes de Oñoro, nos dois dias 3 e 5 de Maio de 1811. Os aliados tiveram 241 mortos, 1.247 feridos e 316 desaparecidos ou prisioneiros, num total de 1.804 combatentes. Na parte francesa houve 343 mortos, 2.287 feridos e 214 prisioneiros ou desaparecidos.¹⁰

A destituição de Massena e a sua substituição pelo marechal Marmont, logo depois da batalha de Fuentes de Oñoro, no dia 10 de Maio, marcaram o fim de um sonho que, apesar de várias tentativas, não conseguiu concretizar.

¹⁰ Sir Charles Oman, ob.cit. p. 622 - 630

***O VALE DO DOURO E AS LINHAS DE TORRES VEDRAS: PREPARATIVOS E
CONSTRANGIMENTOS DE UMA EXPEDIÇÃO EM 1810-1811 OU COMO
NAPOLEAO PERDEU PORTUGAL***

Cristina Clímaco
Universidad de París VIII

Portugal, país pequeno, pobre e periférico, pouca importância teria no xadrez de inícios do século XIX, se não fossem as relações privilegiadas com a Inglaterra e a sua posição geoestratégica, que o transforma em porta de entrada dos produtos ingleses numa Europa submetida ao bloqueio continental. Em 1810, esta ligação tinha-se de tal modo tornado evidente que o 1º ajudante de campo de Masséna justifica a invasão pelo facto de ser *em Lisboa que se decidiria o futuro da Península, porque se os ingleses fossem obrigados a abandonar esta capital, perderiam toda a sua influência em Espanha, (...) Portugal submeter-se-ia e a Espanha, cansada e desanimada, seguiria em breve o seu exemplo, quando se visse abandonada à sua sorte. Então, a Inglaterra encontrar-se-ia isolada e bloqueada na sua ilha e podia perder a esperança de recomeçar com as suas manigâncias nos governos ligados pelo sistema continental. A França conservaria assim a sua preponderância na Europa.*¹ A península ibérica será o palco da guerra pela supremacia no Velho Continente. Um dos episódios decisivos deste confronto dá-se em 1810-1811 com a campanha comandada por Masséna, no qual as regiões do Vale do Douro e da península de Lisboa assumem grande protagonismo. Regiões cuja história é escrita em comum em 1810, unidas por um plano de defesa posto em prática por um comandante em chefe obrigado a uma guerra defensiva: as Linhas de Torres Vedras. É esta ligação que se pretende demonstrar.

1 – As primícias do plano de defesa de Portugal

Ignora-se o momento exacto e as circunstâncias em que a ideia de fortificar a península de Lisboa surgiu em Wellington. Mas em Março de 1809 o engenheiro topográfico português, Neves Costa, tinha apresentado o fruto de 4 meses de reconhecimento do terreno adjacente a Lisboa a partir do qual elaborara um projecto de defesa da capital. Esse projecto, acompanhado por um mapa, é completado em Maio por um memorando, e nele se reflectem as observações do francês Vincent, com quem colaborara em 1807-1808 no reconhecimento da península de Lisboa.² Wellington não pode ter deixado de

¹ AD, M.R. 920, pp.361-362.

² São de Vincent os primeiros trabalhos sobre as vantagens defensivas da região a norte de Lisboa. O engenheiro francês redige, a partir das observações no terreno, algumas notas sobre as vantagens defensivas naturais da região e os obstáculos que o inimigo teria de transpor para entrar na capital, e identifica uma linha que apoiando-se simultaneamente no Tejo e no mar seria intransponível. Vincent considera a península de Lisboa como um dos mais poderosos campos entrincheirados, cujo trunfo repousa na irregularidade do terreno, extremamente acidentado.

tomar conhecimento deste projecto quer ainda durante a sua estadia em Lisboa, em Abril de 1809, quer posteriormente por intermédio do secretário do Conselho de Regência, Miguel Pereira Forjaz, quer ainda por outras vias.³ Em Agosto de 1809 o plano de defesa de Portugal está ainda em estado embrionário; equacionam-se várias possibilidades estratégicas, reflecte-se nas suas consequências, estando apenas decidido, e de modo definitivo, que seria centrado na defesa de Lisboa, a que Wellington chama a “ alma de Portugal”. O abandono do território até à capital é desde logo equacionado face à impossibilidade de defender a fronteira em toda a sua extensão. Hesita-se ainda entre sacrificar a cidade à navegação do Tejo, ou seja, ao ponto de embarque das tropas inglesas, ou vice-versa,⁴ dilema que será resolvido em favor da manutenção da cidade. Um primeiro esboço deste plano é enviado logo a 12 de Agosto para Beresford, para o ministro inglês em Lisboa, Villiers, e para os comissários gerais Dunmore e Murray.⁵ O plano será afinado com a deslocação de Wellington ao terreno das futuras Linhas, em meados de Outubro, que levará à elaboração final do plano de defesa de Lisboa, cujos princípios são enunciados no memorando de 20 de Outubro enviado a Fletcher, no qual é proposta a construção de uma linha fortificada que isolasse a península de Lisboa do resto do país.

2 – Concretização e construção das Linhas de Torres Vedras

1ª Fase

No Memorando, Wellington indica as posições a fortificar a norte de Lisboa entre o Tejo e o mar. A linha atravessa as cumeadas de Montachique e Bucelas, e é reforçada com posições avançadas em Torres Vedras, Sobral e Castanheira. As obras de fortificação iniciam-se antes mesmo da deslocação de Wellington a Lisboa, a 3 de

Apresenta em Julho de 1808 um plano de defesa através da ocupação de posições fortificadas, mas ao qual os responsáveis pela expedição não darão crédito.

³ O coronel Fletcher entrega a Wellington uma carta com um projecto de defesa do Tejo, da qual segue a 3 de Junho uma cópia para Beresford, apesar de o considerar mau. *The Dispatches of field-marshal the duke of Wellington, during his various campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, the Low Countries and France, from 1799 to 1818*, compiled by lieut. colonel Gurwood, London, J. Murray, 1837-1839. Ofício de Wellington para Beresford, Coimbra, 3 de Junho de 1809.

⁴ Gurwood, *Recueil... op. cit*, ofício de Wellington para Castlereagh, Mérida 25 de Agosto de 1809.

⁵ *Ibid*, ofício de Wellington para Villiers, Jaraicejo, 12 de Agosto de 1809.

Outubro em S. Julião, a 4 no Sobral e a 8 Torres Vedras,⁶ seguindo-se depois as de entrenchamento dos desfiladeiros destinados a proteger o embarque das tropas.

Contudo, o ritmo das obras foi lento até inícios de 1810. A situação na fronteira parece afastar de momento o perigo de uma nova invasão, pelo menos até que os franceses recebessem reforços significativos, o que virá a acontecer após a segunda campanha austríaca. O ritmo das obras não se coaduna com as certezas de Wellington, pois como escreve a Lord Liverpool ainda em Novembro de 1809: *Penso que os franceses olharão a ocupação de Portugal como uma das primeiras operações quando os reforços chegarem a Espanha.*⁷ Em Janeiro de 1810, com tropas disponíveis, Napoleão começa a pensar numa nova expedição a Portugal, tal como Wellington o previra. E a posição das tropas francesas no terreno nos inícios de 1810 indiciam essa intenção.⁸ Contudo, o próprio imperador hesita entre a expedição a Portugal e a ocupação de Valência, porém optando-se por esta a primeira não era abandonado mas apenas remetida para o Outono.⁹ Napoleão acaba por dar prioridade a Portugal.

2ª Fase

A concentração de tropas em Castela a Velha reforça em Wellington a convicção de que a invasão se fará pela Beira. Nos inícios de Fevereiro de 1810, Wellington regressa à região das Linhas para verificar o avanço das obras. A visita será breve (de 5 a 10 de Fevereiro) mas decisiva para o impulso a dar à construção das Linhas. Wellington aperfeiçoa o plano de defesa e remodela o projecto anterior, de modo a que as Linhas

⁶ A notariade do seu desfiladeiro e o facto de aqui se terem iniciado as obras acabarão por legar o nome da vila às Linhas. As obras tinham-se iniciado em Torres Vedras logo em Abril de 1809, quando a regência decide avançar com a construção de fortificações, decisão provavelmente ligada à apresentação do projecto de Neves Costa no mês anterior.

⁷ Gurwood, *Reccueil... op. cit.*, ofício de Wellington para lord Liverpool, Badajoz 14 de Novembro de 1809.

⁸ A disposição no terreno das tropas francesas faz-se em função dos interesses franceses e em detrimento dos do rei de Espanha. E no caso de Portugal as ordens são de ocupação do território fronteiriço espanhol de modo a preparar o terreno para uma nova invasão. Escreve Napoleão a 21 de Fevereiro: *Informe o general Suchet que é possível que os meus interesses e os da França não estejam de acordo com os dos ministros de Madrid. (...) Ordene ao duque de Abrantes que, em caso de necessidade, socorra o duque de Elchingen, mais que não se desloque para os lados de Madrid, dado que a necessidade de guardar as minhas fronteiras e reconquistar Portugal me dá um interesse diferente daquele que podem ter os ministros espanhóis. Correspondance de Napoléon 1^{er} publiée par ordre de l'empereur Napoléon III, Paris, imprimerie Impériale, 1867, t. XX. Ofício para Berthier, major-general, de 21 de Fevereiro de 1810, pp. 234-235.*

⁹ AN, AF IV 1630, s/d [anterior a Abril de 1810].

possam ser defendidas por um contingente de tropas menos numeroso.¹⁰ Esta série de construções vai pouco a pouco dando lugar a uma linha contínua de fortificações. As novas obras iniciam-se de imediato após a vista de Wellington. Napoleão ocupado com outros afazeres, nomeadamente o casamento com Maria Luísa, vai retardando o início da expedição. Delonga que não escapa a Wellington e que será aproveitada para avançar e aperfeiçoar as fortificações. Escreverá a este propósito: *o casamento austríaco é um terrível acontecimento que deve impedir de momento qualquer movimento de importância no continente,*¹¹ acrescentando *ignoro se o estado de tranquilidade em que se encontram desde há algum tempo os negócios é profícuo para os franceses, é no entanto providencial para nós.*¹² Será apenas pelo decreto de 17 de Abril que Napoleão cria o “exército de Portugal”, comandado por Masséna e composto por três corpos de exército. Se é certo que as tropas do marechal Ney não tinham esperado pela campanha portuguesa para uma primeira tentativa de cerco de Ciudad Rodrigo, a verdade é que a partir de agora a tomada da praça se insere no processo de abertura da fronteira portuguesa.

As instruções enviadas por Napoleão a Masséna a 27 de Maio são de empregar o Verão na tomada de Ciudad Rodrigo e Almeida, após a conquista das quais considera que o exército está em condições de marchar sobre Portugal. Vencidas as condicionantes logísticas, nomeadamente a falta de artilharia de cerco, Masséna encarrega o marechal Ney e o 6º corpo da tomada de Ciudad Rodrigo. A investida inicia-se a 11 de Junho, começando-se a abrir trincheiras a 15 e o fogo a 24, acabando a praça por cair a 10 de Julho. Ainda que considerando ter boas probabilidades de impedir a investida e o cerco de Ciudad Rodrigo, Wellington recusa-se a correr qualquer risco que pusesse em perigo o plano de acção delineado anteriormente.¹³ Ciudad Rodrigo é deste modo sacrificada

¹⁰ Como vimos uma das grandes preocupações de Wellington é a inferioridade numérica do seu exército face ao francês, tanto mais que o recrutamento português não lhe fornece os contingentes esperados. Wellington estimava em 30 mil portugueses a necessidade em homens para a defesa das Linhas (de modo a ter 20 mil efectivamente presentes), mas o recrutamento fornece-lhe um contingente inferior às necessidades. Wellington, “Correspondência existente no arquivo Histórico-Militar”, *Boletim do Arquivo Histórico-Militar*, t. II, Lisboa, Oficina militar, 1931. Ofício para Forjaz, Viseu, 8 de Março de 1810, pp.129-131.

¹¹ Gurwood, *Reccueil... op. cit.*, ofício de Wellington para Crawford, Viseu, 4 de Abril de 1810.

¹² *Ibid*, ofício de Wellington para Crawford, Viseu, 20 de Abril de 1810.

¹³ *Creio que teria podido retardar por mais algum tempo a investida completa da praça, e que as chances da guerra (...) ter-me-iam impedido até o cerco (...). Mas penso que não devo arriscar uma batalha em planície para socorrer a praça dado dispor de um exército bastante inferior em números, composto em grande parte por tropas duvidosas e recém formadas, e*

às Linhas de Torres Vedras¹⁴. Atitude que é mal compreendida pelos espanhóis, que em retaliação cessam momentaneamente de colaborar com Wellington.

3ª Fase

A queda de Ciudad Rodrigo é pesada de consequências para os Aliados. Wellington pensa que os franceses não porão cerco a Almeida e que por conseguinte entrarão de imediato em Portugal. Ainda antes da queda da praça, Wellington tinha dado ordens para que se ultimassem os trabalhos nas Linhas. Até 1 de Julho tinham sido construídas 108 fortes e redutos,¹⁵ mas as Linhas estavam longe de ter atingido uma força suficiente para parar o inimigo. O ritmo das obras de fortificação acelera-se, trabalhando-se até finais de Setembro a um ritmo frenético, ditado pela urgência de completar a linha fortificada, cadência particularmente intensa no período que se segue à queda de Almeida.

Após a queda de Ciudad Rodrigo, Wellington preocupa-se particularmente com o reforço das fortificações do ponto de embarque e com os flancos das posições avançadas, levando à construção de uma série de redutos e fortes que transformarão as posições avançadas de Alhandra, Sobral e Torres Vedras numa linha de defesa mais ou menos contínua,¹⁶ que se transformará em primeira Linha, passando a 2ª linha a que se tinha construído no seguimento da vista de Wellington em Fevereiro. Jones estima nos finais de Julho serem precisos entre seis semanas a dois meses de trabalho para criar uma frente razoavelmente forte.¹⁷

tendo em face um inimigo com três vezes mais cavalaria. *Ibíd*, ofício para Richard Wellesley, Celorico, 11 de Junho de 1810.

¹⁴ Wellington justificará a recusa de travar batalha pelo facto do campo onde teria sido obrigado a operar oferecer maiores vantagens ao inimigo, pela superioridade numérica da cavalaria. Wellington, “Correspondência existente no arquivo Histórico-Militar”, *Boletim do Arquivo Histórico-Militar*, t. II, ofício de Wellington para Forjaz, Alverca, 11 de Julho de 1810, pp. 186-187.

¹⁵ Francisco de Sousa Lobo, “As Linhas em Torres Vedras”, *Linhas de Torres Vedras, XII encontros Turres Veteras*, Lisboa, Colibri/Univ. de Lisboa/Torres Vedras Município, 2010, p. 189.

¹⁶ Aquando da chegada do exército francês às Linhas de Torres Vedras havia ainda espaços vazios, nomeadamente o desfiladeiro do Barrigudo e a região da Patameira.

¹⁷ John T. Jones, *Mémoire sur les Lignes de Torres Vedras élevées pour couvrir Lisbonne en 1810 (faisant suite aux Journaux des sièges entrepris par les alliés en Espagne)*, Paris, Anselin, 1832, correspondência para Fletcher, Alhandra, 25 de Julho de 1810, p. 226.

Do lado francês, a ocupação da ponte do Coa, o avanço do 6º corpo no terreno a 25 de Julho dispendo as tropas em torno da praça, e finalmente o reconhecimento efectuado a 28 de Julho por Masséna, em companhia de Ney¹⁸ e dos comandantes da artilharia e do corpo de engenheiros, desvendam a intenção de a cercar, sendo no dia seguinte estabelecido o plano de ataque.¹⁹ A informação não podia chegar em melhor ocasião para os aliados, significando o alargamento do prazo para término das Linhas.

Contudo, a investida da praça arrastar-se-á até 15 de Agosto, resultado dos poucos recursos que a região oferece em termos de materiais de cerco, nomeadamente madeira e transportes.²⁰ No dia de S. Napoleão, 15 de Agosto, ouve-se missa cantada no exército francês, e inicia-se a abertura das trincheiras durante a noite²¹. O terreno é rochoso e o barulho de pás e picaretas a abrir rocha não deixaria de despertar a atenção da praça, pelo que se prepara uma manobra de diversão, que consiste num falso ataque a norte da praça duas horas antes do principal, marcado para as 8 horas da noite, e que ocupará os defensores durante três horas.²² Começava finalmente o cerco, depois de um mês de expectativas para os Aliados. Desde logo se concebe esta bênção em termos de novas edificações.²³

A abertura das trincheiras revela-se um trabalho árduo e moroso devido à natureza rochosa do solo. As partes onde não é possível escavar são provisoriamente marcadas por uma fileira dupla de gabiões. A 18 de Agosto os generais Eblé, Ruty et Lazowski determinam a posição das 11 baterias a colocar na frente da 1ª paralela, que receberão 60 bocas de fogo, e cuja construção se inicia nessa mesma noite. Na noite de 21 para 22 inicia-se a abertura das duas trincheiras que partem da 1ª paralela e se dirigem para o bastião de S. Pedro, onde deveria ser aberta a brecha, estes trabalhos prolongq-se até 24.

¹⁸ Junot solicita a Masséna que o cerco de Almeida seja confiado ao 8º corpo, que contudo é preterido em favor do 6º corpo. Masséna justifica esta escolha pelo facto do 6º corpo ter um maior número de efectivos. O 8º corpo constitui a reserva, com a missão de apoiar o 6º corpo, que para isso se desloca para Ladesma e San Felices.

¹⁹ O plano de cerco é concebido conjuntamente pelo comandante da artilharia, general Eblé, e do corpo de engenheiros, general Lazowski. A maior quantidade de terra na vertente sul da praça leva à sua escolha para o ataque. AD, 7C 9, Jornal do cerco de Almeida, s/d.

²⁰ A falta de transportes obriga a que uma grande parte da madeira, rara e que é preciso ir buscar a 4 léguas de distância, seja transportada às costas até Almeida.

²¹ O ataque é dirigido pelos engenheiros Nempde, Bruley et Morlet. Na abertura das trincheiras trabalham diariamente 2500 soldados, apoiados por sapadores.

²² A manobra de diversão é dirigida pelo capitão do corpo de engenheiros, Vincent. AD, 7C 9, Jornal do cerco de Almeida, s/d.

²³ *Ibid*, correspondência de Fletcher para Jones, Alverca da Beira, 24 de Agosto de 1810.

Contudo, a existência de nascentes obriga a obras suplementares, nomeadamente a abertura de uma comunicação em zig-zag com a nova trincheira. Na noite de 24 para 25 são abertas duas meias paralelas à direita e à esquerda das novas trincheiras, levando à constituição de uma linha contínua (2º paralela).²⁴ O dia 25 e a noite são passados no aperfeiçoamento das obras. O fogo inicia-se ao despontar do dia 26 de Agosto. Às 7 da noite explode o paiol da praça; a deflagração é de tal modo violenta que atulha de terra e de pedras a 2º paralela. Os franceses aproveitam a confusão para prolongar as trincheiras. À meia noite os defensores recomeçam o fogo que dura toda noite. Às 9 da manhã de 27, Massena intima o governador de Almeida a render-se, abrindo-se uma trégua para negociações que se arrastarão durante todo o dia. Às 8 da noite, sem resultados, Masséna recomeça o fogo.²⁵ Às 9 h da noite a 3º paralela estava a 15 toesas da praça.²⁶ Às 11 h Cox assina a capitulação. O exército francês entre em Almeida às 9 horas da manhã de 28 de Agosto.²⁷

Compreende-se o choque que terá sido para Wellington a queda precipitada de Almeida, frustrando-se a esperança que a praça oferecesse uma resistência prolongada. Segundo Beresford a praça caiu *15 ou 20 dias mais cedo do que esperávamos*.²⁸ A bomba lançada pelo artilheiro Hermans, do 1º regimento a pé,²⁹ a partir da bateria nº 4, foi certa e devastadora, arrasando a fortaleza e dando aos franceses uma vantagem, que contudo não estarão em condições de explorar, pois os preparativos para a entrada em Portugal estavam longe de estar terminados.

Wellington prepara-se desde logo para retirar para a retaguarda e avançar para as Linhas. Nas instruções que envia pontuam os acabamentos e aperfeiçoamentos de última hora. Mas, contrariamente às expectativas, a queda de Almeida não se traduz por uma entrada imediata do exército francês em Portugal e dará a Wellington o tempo que necessitava para terminar as obras em curso, que se limitavam nos inícios de Setembro a

²⁴ A 1º paralela é aberta a 200 toesas da praça e a 2º a uma distância média de 50 toesas. AD, 7C 9, Jornal do cerco de Almeida, s/d.

²⁵ AN, AF IV 1626, plaqueta 4^{II}, ofício de Masséna para Berthier, 28 de Agosto de 1810.

²⁶ AD, 7C 9, Jornal do cerco de Almeida, s/d.

²⁷ AN, AF IV 1626, plaqueta 4^{II}, ofício de Masséna para Berthier, 28 de Agosto de 1810.

²⁸ Coleção das ordens do dia de Beresford, ordem de 6 de Setembro de 1810 *in* Valente, “O cerco de Almeida e as Linhas de Torres Vedras”, *História*, nº55, Julho/Setembro, S. Paulo, 1963, p.130.

²⁹ AN, AF IV, 1626 4^{II}, ofício de Ney para Berthier, de 9 de Setembro de 1810.

Alhandra³⁰ e que Jones estimava que poderiam estar prontas em 15 dias se lhe fossem fornecidos os 1000 trabalhadores que a conclusão exigia.³¹

Com o tempo a esgotar-se, Wellington dá ainda ordens, a 2 de Setembro, para a fortificação do terreno na esquerda do vale de Alhandra cujas obras se iniciam a três dias depois³² e a 30 do mesmo mês, já com os aliados em Coimbra, aceita a proposta de Jones de construção de um forte na direita da 1^o Linha, entre o Calhandriz e a Serra de Serves.³³ Os últimos retoques são ordenados a 2 de Outubro. A correspondência de Jones do mês de Setembro dá conta dos detalhes finais e elabora a lista das tarefas que pouco a pouco se vão terminando. Finalmente, a 6 de Outubro escreve: *Posso agora assegurar sem receio que todos os preparativos para a defesa das Linhas estão terminados.*³⁴ As Linhas estão prontas para serem testadas pelo inimigo. Os aliados começam a entrar nas Linhas a 7 de Outubro, seguidos de perto pelos piquetes da avançada francesa que nelas esbarram a 10 e 11 de Outubro.

Conclusão

Se o sucesso das Linhas de Torres Vedras se deve ao arrastar dos cercos de Ciudad Rodrigo e Almeida é contudo necessário ter em conta que este é consequência das dificuldades logísticas e materiais que o exército francês encontra na região do Vale do Douro na Primavera/Verão de 1810. A análise desta situação deve ser abordada na perspectiva do atolar da Guerra de Espanha e do desgaste de guerra. O servir em Espanha era sentido como uma despromoção, só compensada pelo proveito pessoal que se pudesse retirar.³⁵ Num desabafo para a esposa, o general Marchand, comandante da 1^o divisão do 6^o corpo, expressa o que lhe vai na alma relativamente a Espanha: *Não há um único francês que, do fundo do coração, não quisesse acabar com ela. Pela minha parte, parece-me que se tivesse na mão uma mecha para a fazer desaparecer de*

³⁰ AHM, 1^o div., 14^o secção, cx. 20, p. 3, ofício de Jones para Miguel Pereira Forjaz, Lisboa, 5 de Setembro de 1810.

³¹ *Ibid.*, 10 de Setembro de 1810.

³² Jones, *Les Lignes...* ob. cit., correspondência de Fletcher para Jones, Celorico, 2 de Setembro de 1810.

³³ *Ibid.*, correspondência de Fletcher para Jones, Coimbra, 30 de Setembro de 1810.

³⁴ *Ibid.*, Jones para Fletcher, Alhandra, 6 de Outubro de 1810.

³⁵ *O objectivo é fazer dinheiro a qualquer preço. Esta cupidez devoradora desce das altas esferas do exército até às mais baixas. Confessa-se que é a única compensação à desgraça de servir em Espanha.* Nicole Gotteri, *La Mission de Lagarde, policier de l'Empereur, pendant la Guerre d'Espagne (1809-1811)*, Paris, Publisud, 1991, p. 282.

*repente, ela não existiria nem mais um minuto.*³⁶ Sentimento que é partilhado por muitos soldados.

Quando Almeida cai as linhas ainda não estavam prontas para receber os aliados e impedir a passagem do inimigo. Se Masséna tivesse dado início à invasão de Portugal imediatamente após a queda de Almeida, o resultado da expedição teria sido outro, como se tentou demonstrar. Mas as ordens de Napoleão eram de não se apressar, segundo a lição tirada das anteriores invasões. Mas, contrariamente ao passado, o factor tempo era agora determinante e o êxito da campanha estava profundamente dependente da rapidez com que as tropas chegassem a Lisboa. Masséna deixará Almeida apenas a 16 de Setembro, o que terá consequências importantes para o desenrolar e para o resultado da campanha, permitindo aos aliados reforçar as fortificações.

Ao adoptar uma tática defensiva, Wellington opta por um tipo de guerra onde dificilmente poderia brilhar. Mas ao brilhantismo prefere a eficácia. Vidente, tinha prevenido logo em Novembro de 1809: *No decurso desta guerra que deve ser obrigatoriamente defensiva da nossa parte, não haverá certamente qualquer feito brilhante.*³⁷ E após Talavera não houve qualquer feito de notoriedade, nem o Buçaco nem Fuentes de Oñoro foram vitórias indiscutíveis.

A cedência no terreno, consubstanciada em Ciudad Rodrigo, Almeida e no território que se estende da fronteira até às Linhas, é afinal a pedra angular da vitória. Foi no Vale do Douro que se decidiu o sucesso das Linhas de Torres Vedras, que Masséna perdeu Lisboa e que Napoleão sofreu a primeira derrota, primícia da queda de um império.

³⁶ AN 275AP/3, carta de Marchand para a esposa, de 2 de Junho de 1809. O general Marchand pertencia ao 6º corpo e tinha participado na 2ª invasão de Portugal.

³⁷ Gurwood, *Reccueil... op. cit.*, ofício de Wellington para lord liverpool, Badajoz, 28 de Novembro de 1809.

***PRESENCIA ANGLOGERMANA EN EL VALLE DEL DUERO DURANTE LA
GUERRA DE LA INDEPENDENCIA: JOHN MOORE Y LA KING'S GERMAN
LEGION COMO EJEMPLO DE COOPERACIÓN.***

Catalina Soto de Prado
Universidad de Valladolid

Leonor Pérez Ruiz
Universidad de Valladolid

“Hah! Du vielleicht? Mein alter Kriegsgefährte, mit dem ich einst meinen letzten Bissen theilte, als uns Alles mangelte -oder Du, dem ich in der Schlacht vom Tumibamba das Leben rettete? –oder Du, dessen Sohn ich befreyte, als eben die Feinde ihn niederhauen wollten?”

“¡Ja! ¿Tú quizás? Mi antiguo compañero de guerra, con quien compartí en primer lugar mi último bocado, cuando no teníamos nada. ¿O tú, a quien salvé la vida en la batalla de Tumibamba? ¿O tú, a cuyo hijo liberé cuando los enemigos le querían matar?”.

(August von KOTZEBUE)

Introducción

A través de esta breve presentación queremos destacar la presencia y cooperación de 3 ejércitos de origen extranjero, a saber, dos alemanes –la King’s German Legion y la Black Legion- y otro inglés, a cargo del Gral. John Moore.

El hilo conductor de nuestra ponencia es el periplo de estos soldados desde Lisboa hasta La Coruña atravesando las tierras del Valle del Duero que comparten España y Portugal, y destacar entre otras cosas sus impresiones con el fin de reflejar su visión de nuestro país y de sus gentes, así como sus preocupaciones: la situación política, la economía, la orografía y, en especial, el carácter de sus habitantes.

La presencia alemana en el Valle del Duero

Antes de introducimos de lleno en este trabajo, conviene explicar que es muy escasa la bibliografía en español sobre los cuerpos militares de origen alemán que lucharon en La Guerra de la Independencia. Los textos fundamentales para nuestra investigación se remontan a fuentes principalmente en alemán e inglés de finales del siglo XIX y principios del XX como son Beamish (1906), Kortzfleisch (1896) y Schwertfeger (1907). Hay que destacar también la presencia de algunas páginas web con contenido de gran calidad, muchas de ellas fruto del trabajo de grupos de estudio e investigación como son la www.kgl-linie.de, www.kgl.de, www.kingsgermanlegion.org.uk, www.bexhillhanoveriankgl.co.uk y www.peninsularwar200.org. En lengua española hay que mencionar a Miguel Ángel Martín Mas y su apreciado blog sobre la Guerra de la Independencia <http://miguelangelmartinmas.blogspot.com>, así como la web gestionada por F.J. Giganto del Corral sobre Napoleón Bonaparte

www.napoleonbonaparte.es. También es interesante visitar el siguiente portal www.1808-1814.org, aunque éste último lleva más de 2 años sin actualizar.

Para poder situar a estas formaciones militares alemanas en el Valle del Duero, comenzaremos con una breve explicación del origen de su presencia en La Guerra de la Independencia Española; para su comprensión hay que remontarse a los primeros años del siglo XIX, concretamente al verano de 1803, cuando tras la ocupación del Principado de Hannover, se disuelve su ejército tras la batalla de Borstel el 2 de junio de 1803 y los destinos de este principado pasan a formar parte del botín napoleónico. Muchos exoficiales y soldados que componían su ejército huyeron de la ocupación francesa en Hannover y se refugiaron en Inglaterra; Jorge III, Príncipe de Hannover, era a su vez también Jorge III, Rey de Gran Bretaña. El 28 de julio de ese mismo año, el duque de Cambridge –uno de los hijos pequeños de Jorge III, que ostentaba el cargo de General tanto en el ejército de Hannover como en el británico- junto con su ayudante el coronel Johann Friedrich von der Decken y el mayor Colin Halkett emitieron órdenes para crear un cuerpo de infantería ligera, que se denominaría "Regimiento alemán del Rey", la famosa King's German Legion¹, en alemán *des Königs Deutsche Legion* (cf. Hofschröer, P. 2005: 83). La infantería KGL estaba emplazada en Bexhill on Sea - situada en la costa del canal de Inglaterra- y la caballería en Weymouth, Dorset.

Como detalla Bernhard Schwertfeger en la 1ª parte de su obra (1907), las expectativas de reclutamientos fueron superadas con creces cuando en otoño de ese mismo año se decidió agrupar a todas las unidades en un cuerpo de todas las armas y con fecha de 19 de diciembre de 1803 nace con patente real la King's German Legion. En 1805 la KGL tenía regimientos de caballería ligera y pesada, baterías de artillería a pie y a caballo, su propio cuerpo de ingenieros más dos regimientos de infantería ligera y pesada. Se estima que alrededor de unos 14000 hombres estuvieron sirviendo en la Legión y que en total más de 28000 hombres formaron en sus filas.

Los británicos les suministraban los uniformes, las armas y equipamiento pero algunos de los uniformes, especialmente los del 1º batallón ligero, preservaron el estilo germánico. El Uniforme y equipamiento seguían el modelo británico y de Hannover con

¹ En adelante abreviaremos el nombre de esta formación por sus siglas en inglés KGL.

el color rojo como ingrediente principal. Junto a ellos venían uniformados de verde los dos batallones ligeros con el efectivo reglamentario.

Los alemanes no lucharon en España por su propia causa, sino del lado francés -sobre todo en los regimientos de la Confederación del Rin o *Rheinbund* (1806-1813)-, al cual pertenecían casi todos los estados, salvo Prusia, Austria, Braunschweig y Kurhessen y del lado inglés -en la ya nombrada King's German Legion, así como en la Black Legion-, o en los diferentes regimientos suizos (cf. Friederich-Stegmann, H., 2008:169). Por ello en España lucharon alemanes contra alemanes, a veces hermanos contra hermanos. No se sabe con exactitud cuántos de ellos perdieron su vida en esta guerra, pero se calcula que entre unos seis y ocho mil de la KGL y unos veinte mil de los regimientos del *Rheinbund* (cf. Friederich-Stegmann, H., 2003: 361).

Según varios testimonios, los soldados alemanes, por lo general, gozaban de buena reputación en España, como se puede leer, por ejemplo, en las memorias escritas por Robert M. Felder (1837:92): “Un alemán» [...]. Esta denominación salvó la vida a miles de mis compatriotas que lucharon en esta guerra. «Napoleón ha llevado forzosamente a sus alemanes a España» dijeron los españoles —y les trataban bien—.“²

Como explica el administrador y responsable del portal www.napoleonbonaparte.com, aunque la KGL nunca luchó de manera autónoma, sus unidades participaron en las principales campañas en el centro y norte de Europa, así como en la campaña Peninsular del General Sir John Moore, y la famosa retirada hacia La Coruña. Concretamente 3º Regimiento de húsares y los dos batallones ligeros tomaron parte en este famoso episodio, también conocido como la “Expedición de Sir John Moore”. Posteriormente participaron en la Guerra de la Independencia Española bajo el mando del Duque de Wellington, y estuvieron presentes en las batallas de Bussaco, La Barrosa, Fuentes de Oñoro, La Albuera, Ciudad Rodrigo, Salamanca, García Hernández, Burgos, Venta del

² Por ejemplo, sólo del pequeño Reino de Westfalia, que formó parte de la Confederación del Rin, 7.000 soldados murieron en España y 21.000 en Rusia. Véase: Benedikt Erenz: «Ideal, Modell, Satellit. Eine Ausstellung in Kassel rekonstruiert den ersten modernen deutschen Staat: Das Königreich Westphalen», en *DIE ZEIT*, 14, 27 de marzo de 2008, p. 58, cit. por H. Friederich-Stegmann, 2008, p. 169.

Pozo, Vitoria, San Sebastián, Nivelles, Sicilia y la zona oriental de España, el norte de Alemania y Gohrde. En la Campaña de la Guerra de la Independencia Española, la presencia de los alemanes mejoró la calidad media del ejército británico destinado en España y Portugal. En la Batalla de García Hernández, los Dragones realizaron la hazaña inusual de romper dos formaciones francesas en cuadro, en cuestión de minutos.

Organización

La organización de esta formación la detalla a fondo Bernhard H. Schwertfeger (1907: 18-180) en la primera parte de su *Geschichte der königlich deutschen Legion von 1803 – 1816* (Historia de la KGL de 1803 a 1816). Se trata probablemente de la mejor y más completa obra de referencia sobre esta formación junto con la de Ludlow Beamish, *History of the King's German Legion*, publicada en 1832-37. Para tener una visión esquemática de los diferentes cuerpos de esta formación proporcionamos el siguiente esquema obtenido de F. J. Giganto del Corral:

CABALLERÍA

1º Regimiento de Dragones (1804-1812, chaqueta roja),
posteriormente: 1º Regimiento de Dragones ligeros (1812-1816, chaqueta azul)

2º Regimiento de Dragones (1805-1812, chaqueta roja),
posteriormente: 2º Regimiento de Dragones ligeros (1812-1816, chaqueta azul)

1º Regimiento de Húsares

2º Regimiento de Húsares

3º Regimiento de Húsares

INFANTERÍA

1º Batallón de Infantería Ligera

2º Batallón de Infantería Ligera

1º Batallón de Línea

2º Batallón de Línea

3º Batallón de Línea

4º Batallón de Línea

5º Batallón de Línea

6º Batallón de Línea

7º Batallón de Línea

8º Batallón de Línea

ARTILLERÍA E INGENIEROS

La artillería alemana KGL

2 baterías a caballo

3 baterías a pie Ingenieros alemanes

La Black Legion

Otra formación de origen alemán que combatió bajo el mando de Wellington fue la llamada *Herzoglich Braunschweigisches Korps* o *Schwarze Legion* (Legión negra) y, posteriormente al servicio inglés, conocida como Black Brunswickers –en alemán, *Schwarze Braunschweiger-*, también conocida por el título de *Black Legion* o *Schwarze Schar* (La banda negra) debido al color negruzco de sus uniformes.

Esta formación constituía un cuerpo militar creado el 1 de abril de 1809 por el „Duque negro“ Friedrich Wilhelm von Braunschweig-Lüneburg-Oels para luchar contra Napoleón y sus invasiones por toda Europa durante los años expansionistas de Bonaparte. Friedrich Wilhelm tenía un odio enfermizo a Napoleón por todas las desgracias que éste había provocado a su familia de modo que, como expresión de esta venganza, decidió vestir a sus tropas con uniformes completamente negros y adoptó la calavera como distintivo. A causa de esta indumentaria fue conocido como *Der Schwarzer Herzog*, el duque negro, y sus tropas como *Die Schwarze Schar*, la banda negra (cf. F.J. Giganto del Corral). Esta formación sería muy conocida en Europa durante las primeras décadas del siglo XIX, tanto es así que hubo un tiempo que se puso

de moda “vestirse a la brunsvic“. Durante mucho tiempo se glorificaron sus hazañas en canciones, poesías y leyendas.

Miguel Ángel Martín Mas explica en su conocido blog sobre la Guerra de la Independencia que la familia real de Brunswick tenía parentesco con la familia real británica y, por ello, tropas procedentes de este ducado alemán habían formado parte del contingente extranjero del ejército británico desde hacía años. El duque Friedrich Wilhelm (1771-1815), sobrino de Jorge III, que había perdido Brunswick tras la invasión napoleónica, formó en 1809 la Legión de Brunswick, la cual puso al servicio de Austria. Una vez que Austria fue derrotada ese mismo año, el duque marchó a Westfalia donde, al no encontrar los ánimos dispuestos para un levantamiento contra Napoleón, se abrió paso hacia la costa. Allí fue evacuado por una flota británica para ponerse finalmente al servicio de su tío.

Sobre esta formación hay bastante bibliografía al respecto, aunque sin duda una de las más recientes es la obra publicada en 2002 por Detlef Wenzlik *Unter der Fahne des Schwarzen Herzogs 1809*. Otras obras importantes de referencia son las de Kortzfleisch (1896-1903), Mentzel (1974), von Pivka (1973) y Spehr (1861).

Caidos alemanes en tierras del Duero

Ya hemos explicado al inicio de esta pequeña investigación como el número de bajas alemanas durante la Guerra de la Independencia española fue bastante significativo. Nos ha parecido interesante rescatar los nombres de aquellos hombres –y en ocasiones también mujeres y niños- que se dejaron la vida en nuestro país luchando contra Napoleón. El grueso de la información procede fundamentalmente de la contribución de Karin Offen (2007) al proyecto *online* www.denkmalprojekt.org que se inició en el año 2003 con el objeto de homenajear a todos los caídos y desaparecidos alemanes en diferentes contiendas, así como hacer accesible a los investigadores aquellos lugares donde se encuentran monumentos y placas conmemorativas de estas personas.

- **Lista de Bajas procedentes del Regimiento de Infantería Nr.92 de La legión Negra (1809-1815):**

Como acabamos de apuntar, la fuente principal para la elaboración de la siguiente lista es la página web: http://www.denkmalprojekt.org/Verlustlisten/vl_hzgl-braunschw_inf-reg_92_1809-1815.htm, en la que Karin Offen (2007) rescata y ensambla la información procedente de las siguientes fuentes secundarias: Kortzfleisch (1896: Vol. 1 y 2) y Krampe (1815).

Grado	Apellidos	Nombre	Fecha de Nacimiento	Fecha de Defunción	Unidad/Ejército	Observaciones
Alférez	ELTERLEIN	Ludwig August von		08. 09.1811 en Ciudad Rodrigo	Engl.-brschw. Rgt. 2. Comp.	Muerto
Teniente	HARTWIG	Karl		25.10.1812 Villa Muriel	Engl.-brschw. Rgt.	Caído
Capitán	LÜDER	Franz von	07.1777 Zweibrücken	23.07.1812 Salamanca	Engl.-brschw. Rgt.	22.07.1812 cerca de Salamanca, + por las heridas
Jefe	RADONITZ	Wilhelm Leopold von	10.1775 Schlesien	14.10.1812 Monasterio, antes de Burgos	Engl.-brschw. Rgt., 1. Komp.	Se pega un tiro
Capitán	REICHE	Johann Heinrich von		28.06.1812 Salamanca	Engl.-brschw. Rgt.	22.06.1812 en Morisco, + por las heridas, enterrado en Salamanca
Capitán y Jefe	STERNFELD	Georg David von	1787 Grafsch. Hoya	25.10.1812 en Villa Muriel	Engl.-brschw. Rgt.	Caído

- **Listas de Bajas procedentes de La Legión Alemana del Rey (Fundamentalmente Oficiales) 1803-1815:**

Como venimos señalando, la información para elaborar las siguientes listas la hemos obtenido gracias a la contribución de Karin Offen (2007) en internet http://www.denkmalprojekt.org/Verlustlisten/vl_kgl_1803-15_offiziere.htm a través de las siguientes fuentes: Schwertfeger (1907: vol. 1 y 2), Bexhill Hanoverian Study Group (2003) y Laudi (2002).

29.12.1808 Batalla de Benavente (Spanien):

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Comandante	BURGWEDDEL	Ernst von	3. Regimiento Husar	Herido grave, + 16.11.1832 en Goldberg, Mecklenburg
Corneta	BRÜGGEMANN	Heinrich	3. Regimiento Husar	herido

27.09.1810 Batalla de Busaco (Portugal)

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Teniente	STOLTE	Wilhelm	2. Batallón ligero	Herido grave
Teniente	DÜRING	Christian Heinrich von	1. Batallón de línea.	Herido
Comandante	WURMB	Adolf Wilhelm von	2. Batallón de línea	Herido (también en Burgos)

01.10.1810 Paso sobre el Río Mondego (en Busaco, Portugal)

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Capitán de Caballería	KRAUCHENBERG	Georg, Barón von	1. Rgt. Húsar	Herido grave, + 14.05.1843 (también en Fuentes de Oñoro)
Corneta	SCHAUMANN	Gustav	1. Rgt. Húsar	Herido

05.05.1811 Batalla de Fuentes de Oñoro (Frontera España-Portugal)

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Alférez	BACHELLÉ	Georg Ernst, Wilh. le	7. Batl. De línea	Herido grave
Comandante	BECK	Adolf von der	1. Batl. De línea	Herido
Capitán	DECKEN	Wilhelm von	2. Batl.	Herido grave

		der	De línea	
Capitán Caballería	de GRUBEN	Philipp von	Moritz Húsar	1. Rgt. Herido
Capitán Caballería	de KRAUCHENBERG	Georg, von	Barón Húsar	1. Rgt. Herido
Teniente	KRAUCHENBERG	Ludwig	1. Rgt. Húsar.	Herido grave
Comandante	MEYER	Friedrich Ludwig	1. Rgt. Húsar	Herido(también en Waterloo)
Capitán	MÜLLER	Georg	2. - Batl. De línea	Verwundet

09.-18.01.1812 Asedio de Ciudad Rodrigo

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Teniente	HÜNICKEN	Joh. Carl Christoph	1.batallón de línea.	Herido grave, pierde las 2 piernas, +04.06.1824
Alférez	WITTE	Ludwig von	1.batallón de línea.	herido, + 21.06.1823

16.06.1812 En Salamanca

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Corneta	BEHRENS	Heinrich	2. Rgto. De Húsares	Herido leve
Corneta	HOLTZERMANN	Friedrich	2. Rgto. De Húsares	Herido
Corneta	LEONHARDT	Georg	2. Rgto. De Húsares	Herido

09.-18.01.1812 Asedio de Ciudad Rodrigo

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Teniente	HÜNICKEN	Joh. Carl Christoph	1.batallón de línea.	Herido grave, pierde las 2 piernas, +04.06.1824
Alférez	WITTE	Ludwig von	1.batallón de línea.	herido, + 21.06.1823

16.06.1812 En Salamanca (Spanien)

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Corneta	BEHRENS	Heinrich	2. Rgto. De Húsares	Herido leve
Corneta	HOLTZERMANN	Friedrich	2. Rgto. De Húsares	Herido
Corneta	LEONHARDT	Georg	2. Rgto. De Húsares	Herido

18.07.1812 En Cañizal (Zamora)

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Capitán de Caballería	ALY	Wilhelm	1. Rgt. Húsar	Herido grave, +26.03.1833 Osnabrück
Capitán de Caballería	KRAUCHENBERG	Georg, Freiherr von	1. Rgt. Húsar	Herido
Capitán de Caballería	MÜLLER	Moritz von	1. Rgt. Húsar	Herido
Teniente	WISCH	Hieronimus von der	1. Rgt. Húsar	Herido

22.07.1812 Asedio del Fuerte y batalla de Salamanca

Grado	Apellido	Nombre	Fecha defunción	Unidad	Observaciones
Comandante en jefe	ALTEN	Viktor von		2. Rgt. Húsar.	Herido grave
Corneta	BEHRENS	Heinrich		2. Rgt. Húsar.	Herido
Teniente	BRANDIS	Eberhard von		5. Batl.	herido (también en

				De línea	Talavera)
Teniente	CORDEMANN	Ernst		1. Rgt. Húsar.	Herido
Capitán de Caballería	DECKEN	Gustav von der		1. Rgt. Húsar	Herido
Teniente	FINCKE	W. Philipp Aug. von	22.07.1812	2. Batallón ligero	Muerto
Capitán	HAASMANN	Georg		2. Batallón ligero	Herido
Teniente	HARTWIG	Friedrich von		1. Batallón ligero	Herido grave
Capitán	HÜLSEMANN	Heinrich Friedrich		1. Batallón ligero	Herido grave (también en Bidasoa y Bayona)
Capitán	LANGREHR	Friedrich Ernst Philipp	12.09.1812 Salamanca	5. Batallón ligero	herido, muerto
Teniente	MIELMANN	Heinrich		Artillería	Herido
Capitán de Caballería	MÜLLER	Moritz von		1. Rgt. Húsar.	Herido, +18.02.1835 Hameln
Teniente	RYPKE	August	30.07.1812	2. Batallón en línea.	Herido y muerto como consecuencia de las heridas
Capitán	SCHARNHORST	Ernst		2. Batallón en línea	Herido (también en Talavera y Burgos)
Teniente	SCHARNHORST	Wilhelm von		Artillería	herido
Teniente	TEUTO	Bernhard		1. Rgt. Húsar	Herido grave

23.07.1812 Batalla de García-Hernández (Salamanca)

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Teniente	FÜMETTY	Johannes Justinus	2. Rgto. De dragones ligeros	Herido, + 21.10.1861 Northeim
Teniente	HEUGEL	Carl von	1.Rgto. De dragones ligeros	Muerto
Corneta	TAPPE	Carl	1. Rgto. De dragones ligeros.	Herido grave (+21.09.1843 Salz-hausen b. Lüneburg)
Capitán de Caballería	USLAR	Friedrich von	2. Rgto. De dragones ligeros	Muerto
Teniente	Voß	August von	1. Rgto. De dragones ligeros.	Muerto
Teniente	FÜMETTY	Johannes Justinus von	2. Rgto. De dragones ligeros	Herido
Capitán de Caballería	USLAR	B. von	2. Rgto. De dragones ligeros	Muerto

19.09.-19.10.1812 Asedio y toma del Castillo de Burgos

Grado	Apellido	Nombre	Fecha de defunción	Unidad	Observaciones
Capitán	BACMEISTER	Joh. W.	02.11.1812	5.Batallón	Herido, muerto

		Lukas	Peñaranda	en línea.	por las heridas
Teniente	BOTHMER	Ludwig von	05.01.1813 en cautiverio.	1. Batallón en línea.	Herido el 18.10.1812, Muerto por las heridas
Capitán	BREYMANN	Friedrich Leopold		2. Batallón en línea	Herido
Teniente	GOEBEN	Christian von		5. Batallón en línea	Herido grave
Teniente	HANSING	Adolf	22.09.1812	2. Batallón en línea	muerto
Teniente	HESSE	Adolf		2. Batallón en línea	Herido grave (muere en Bidasoa)
Capitán	LANGREHR	Carl Wilhelm		2. Batallón en línea	Herido grave el 08.10.1812 (muere en Tolosa)
Capitán	LAROCHE de STARKENFEL S (LA ROCHE)	Heinrich	31.10.1812	1. Batallón en línea	Herido, muerto
Capitán	LODDERS	Friedr. Aug. Joh. Ludwig		5. Batallón en línea.	Herido grave (muere en Grijo)
Teniente	MEYER	Conrad Viktor	18.10.1812	1. Batallón en línea.	Herido el 04.10.1812, muerto.
Teniente	QUADE	Friedrich		2. Batallón en línea.	Herido grave el 18.10.1812
Teniente	RÖSSING	Ferdinand Christian von		1. Batallón en línea	Herido grave el 22.09.1812 en la toma de Burgos
Capitán	SAFFE	Wilhelm von	08.10.1812	1. Batallón en línea	Muerto
Capitán	SCHARNHORST	Ernst	22.09.1812	2. Batallón en línea	Muerto
Teniente	SCHAUROTH	Georg von		5. Batallón en línea	Herido (muere en Bayona)
Teniente	SCHLAEGER	Carl		5. Batallón en línea	Herido
Comandante	WURMB	Adolf Wilhelm von	18.10.1812	2. Batallón en línea	Muerto

Teniente	WYNEKEN	Ernst Klaus Heinrich		2. Batallón en línea	Herido grave
MOLEK	Erasmus	April 1769 Naskau	1812 en Burgos	2. Batallón en línea	Dinamarca
ZIEHR	Henrich	Juni 1872 Hamburg	20.10.1812 Burgos	2. Batallón en línea	Dinamarca 4 años

Barco de transporte "Smallbridge"

Hundido en enero de 1809 cerca de la isla de Quessant regresando de Vigo a Inglaterra

Grado	Apellido	Nombre	Unidad	Observaciones
Alférez	AUGSPURG	Carl August	2. Batallón ligero	Ahogado
Teniente	HEIMBRUCH	Georg von	2. Batallón ligero	Ahogado
Alférez	RIDDLE	Wilhelm	2. Batallón ligero	ahogado
Capitán	WILKEN	Bodo	2. Batallón ligero	ahogado
Maestro de Regimient o	WILLAN	James	2. Batallón ligero	ahogado

Apellido	Nombre	Edad y origen	Fecha de defunción	Unidad	Observaciones
HANSEN	Friedhelm	22 años, Hamburgo	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	4. Lin. Batl.	Ahogado
HOBER	Hans Joachim	26 años, Hamburgo	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
JANSON	Ludewig	21 años, Lübeck	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
KARNER	Johann	24 años, Hamburg	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
MÜLLER	David	30 años, Hamburg	Jan 1809 Transportschiff „Smallbridge“ (*)	2. lei. Batl.	Guarnecedor, Ahogado
OSTMAN N	Martin	28 años, Rendsburg	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
SCHWAR Z	Johann	27 años, Schleswig	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2 lei. Batl.	Ahogado
THEIBEN	Andreas	20 años, Hamburg	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
VOCKER OTH	August	30 años Ratzeburg	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
HOBER	Hans Joachim	26 años, Hamburgo	Enero de 1809, Barco de	2. lei. Batl.	Ahogado

			transporte „Smallbird“		
JANSON	Ludewig	21 años, Lübeck	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
KARNER	Johann	24 años, Hamburg	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
MÜLLER	David	30 años, Hamburg	Jan 1809 Transportschiff „Smallbridge“)	2. lei. Batl.	Guarnecedor, Ahogado
OSTMAN N	Martin	28 años, Rendsburg	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
SCHWAR Z	Johann	27 años, Schleswig	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2 lei. Batl.	Ahogado
THEIBEN	Andreas	20 años, Hamburg	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado
VOCKER OTH	August	30 años Ratzeburg	Enero de 1809, Barco de transporte „Smallbird“	2. lei. Batl.	Ahogado

EL EJÉRCITO BRITÁNICO

Introducción

Tenemos que indicar en este punto que la presencia británica en la Guerra de la Independencia Española fue mucho más amplia y extensa en el tiempo pero, en esta pequeña investigación, la hemos acotado al inicio de la Guerra de la Independencia, ciñéndonos a John Moore, a las órdenes de cuyo ejército, como ya hemos señalado, participó la KGL. Durante esta guerra, Sir John Moore tomó parte en una de las retiradas más conocidas e inteligentes de la historia militar, que finalizó con el embarque de sus tropas para Gran Bretaña, costándole la vida, a resultas de una bala de cañón cerca de La Coruña el 13-I-1809.

Tras su huida hacia La Coruña, las tropas británicas estaban esperando su turno para embarcar en navíos que habían sido enviados desde Inglaterra con este fin. Pero cuando se dieron cuenta de que esta operación no podría finalizar con éxito antes de la llegada de sus perseguidores franceses, Moore diseñó una retaguardia enérgica para proteger el puerto y salvar a sus hombres de una muerte segura. Tenemos que señalar que aunque consiguieron huir en barcos, algunos perecieron al poco de zarpar, como es el caso de algunos miembros de la KGL, que murieron ahogados en el Barco de transporte “Smallbridge”, hundido en enero de 1809 cerca de la isla de Quessant regresando de Vigo a Inglaterra³.

Pero ésta no es más que la última etapa de un viaje que llevó el comandante en jefe del ejército Británico en Portugal, desde Lisboa hasta la Coruña pasando por Abrantes, Castelo Branco, Guarda, Almeida, Ciudad Rodrigo, Salamanca, Toro, Castronuño, Sahagún, Benavente, Astorga y La Coruña, entre otros lugares, entre el 24-8-1808 y el 13-I-1809, día de su muerte. El viaje fue una sucesión de altos y bajos, problemas, tomas de decisión, que Moore fue reflejando en sus cartas y diario, que fue publicado por su hermano pequeño, James Moore, unos meses después de su muerte y que fue dedicado a su madre como un gesto de consuelo por la pérdida de su hijo.

³ Véase la última tabla con el nombre de los fallecidos al respecto.

Datos biográficos

Sir John Moore nacido en Glasgow (Escocia) en 1761, y con una carrera militar que comenzó a los 15 años, para cuando se embarcó en la gloriosa, pero para él fatal, campaña en la península ya había tomado parte como comandante en jefe en muchas otras campañas, como La Guerra de Independencia Americana, o las campañas de Córcega y Egipto. Además había sido miembro del Parlamento y había sido nombrado Caballero en 1804.

Hay que destacar en su biografía el dilatado viaje por Europa a la edad de 13 años junto con el duque de Hamilton. John Moore, estudia en Estrasburgo y Karlsruhe donde profundiza en el idioma alemán ingresando en el colegio militar de Braunschweig donde se instruye en la ciencia militar. En Berlín conoce a Federico II de Prusia y posteriormente, en Austria, tienen ocasión de presentarle al Emperador José II. En 1777, después de un periplo de tres años regresa a Glasgow y se incorpora a su Regimiento de guarnición en la isla de Menorca, por lo que empieza a entrar en contacto con el idioma español.

Presencia británica en la península ibérica

Ya al principio de la Guerra de la Independencia, en 1808, las autoridades británicas decidieron incrementar su presencia en la Península Ibérica, debido a las preocupantes noticias que llegaban de Portugal referentes a la amenaza que suponía la presencia del ejército francés en el país. Por esto el 21 de Julio una flota partió de Porstmouth (Inglaterra) siendo el tercero al mando Sir John Moore. Tras su desembarco en Lisboa, y debido a que se precipitó el regreso a Inglaterra de los más altos mandos del ejército inglés en la zona, al haber provocado un gran enfado la firma del tratado de Sintra tras la victoria a los franceses en Rolica y en Vimiero, Sir John Moore fue nombrado comandante en jefe de las tropas británicas en Portugal, unos 30.000 hombres, con órdenes de dirigirse con el ejército a España para ayudar a las fuerzas españolas en su lucha contra los franceses.

La idea era que el ejército de Moore fuera reforzado con 13.000 hombres que atracarían en La Coruña bajo el mando de Sir David Baird. La primera etapa del viaje fue la marcha desde Lisboa hasta Salamanca, tras esto su intención de encontrarse con Baird y

llevar el ejército a Burgos, al noroeste de Madrid y junto con el ejército español intentar hacer retroceder al ejército de Napoleón a Francia.

John Moore por tierras del Duero

A continuación pretendemos revisar esta etapa inicial, la parte portuguesa del recorrido, que fue sobre un terreno muy difícil y una distancia de más de 300 millas. Analizaremos el elemento humano, más que el militar, las impresiones de Moore y sus opiniones como viajeros en cuanto al carácter y las costumbres de los portugueses y los españoles, la geografía de ambos países y las condiciones sociales del momento.

Lo que queda claro tras examinar las características de este comandante en jefe es que la personalidad de Sir Jonh Moore inspira tanto a un gran número de admiradores como de detractores. En el largo viaje que llevó a Moore desde Lisboa hasta La Coruña, éste cometió muchos errores importantes, pero éstos son inseparables de las enormes dificultades que halló desde el primer momento. La falta de disciplina de un gran número de soldados supuso un tema muy preocupante para Moore, quien a cada oportunidad buscaba desarrollar altas cualidades morales y buen comportamiento entre sus soldados:

This the General hopes will be returned with equal kindness on the part of the soldiers, and that they will endeavour to accommodate themselves to their manners, be orderly in their quarters and not shock, by intemperance, a people worthy of their attachment, and whose efforts they are come to support in the most glorious of causes- to free themselves from French bondage, and to establish their national liberty and independence.⁴ (Moore, 1809:7)

Esta no era una tarea fácil, pues había heredado un ejército muy indisciplinado y muy mal instruido. No había habido preparativos previos para el traslado de las tropas de Portugal a España y además los soldados que no tenían órdenes específicas para realizar y con nada que hacer, cometía múltiples excesos. Moore estableció una lista de

⁴ En esta cita así como en las sucesivas de este apartado ofreceremos a pie de página una traducción del original en inglés: “Esto espera el General que sea devuelto con igual amabilidad por parte de los soldados y que intenten acomodarse a sus costumbres, sean disciplinados en sus alojamientos y no escandalicen por borracheras a una gente merecedora de su apego y cuyos esfuerzos han venido a apoyar en la más gloriosa de las causas, para ser liberados de los franceses y establecer la libertad e independencia de su nación”.

“Órdenes Generales” con la intención de enderezar los excesos de sus soldados. Esto era necesario puesto que parece ser que los soldados se dejaban llevar en exceso por el vino local y debido a la falta de costumbre y al clima muchos se pusieron malos y otros tuvieron que ser abandonados en un estado lamentable:

Directions will be given with respect to the sick. The Lieut. General sees with much concern the great number of this description, and that it daily increases. The General assures the troops, that it is owing to their own intemperance, that so many of them are rendered incapable of marching against the Enemy: and having stated this, he feels confident that he need say no more to British soldiers to insure their sobriety.⁵ (Moore, 1809:6)

El 11 de Noviembre cuando estaba en Ciudad Rodrigo una vez más tuvo que hacer patentes sus deseos:

The army is sent by England to aid and support the Spanish nation, not to plunder and rob its inhabitants. And soldiers who so far forget what is due to their own honour, and the honour of their country, as to commit such acts, shall be delivered over to justice: the military law must take its course, and the punishment it awards shall be inflicted.⁶ (Moore, 1809:18-19)

Además de todas las dificultades en términos humanos que este ejército mal adiestrado presentaba a Moore, éste también se vio asaltado por una multitud de problemas técnicos con relación al movimiento de sus tropas. Problemas en cuanto al tiempo, pues las lluvias comenzarían en sólo unas semanas y era imperativo partir lo antes posible. Pero tenía un ejército que debía trasladar de Lisboa a través de Portugal a Salamanca y carecía de la información sobre el estado de los caminos. Tenía mapas que mostraban

⁵ “Se darán indicaciones con respecto a los enfermos. El teniente general ve con preocupación el gran número de éstos y como incrementa diariamente. El general asegura a las tropas que es debido a su falta de contención con la bebida, que tantos de ellos se vean incapaces de marchar contra el enemigo: y habiendo dicho esto, confía en que no necesitará decir nada más a los soldados británicos para asegurarse de que permanecerán sobrios”.

⁶ “El ejército ha sido enviado por Inglaterra para ayudar y apoyar a la nación española, no para saquear y robar a sus habitantes. Y los soldados que olviden lo que se debe a su honor y al honor de su país, hasta el punto de cometer tales actos, serán entregados a la justicia: la ley militar debe seguir su curso, y se impondrá el castigo merecido”.

buenas rutas, pero no las condiciones del terreno. Le informaron de que en las rutas del norte, los caminos más directos hacia el Noreste, no soportarían armas o caballería.

He found the Portuguese at Lisbon incredibly ignorant of the state of the roads of their own country; but all agreed that cannon could not be transported over the mountains... Even British Officers, who had been sent to examine the roads, confirmed the Portuguese intelligenc.⁷ (Moore, 1809:9)

Confrontado con estos dilemas. Moore decidió dividir sus fuerzas y propuso cuatro rutas distintas desde Lisboa:

1. El teniente general Hope lideraría la artillería con dirección sur, desde Elvas por Badajoz, Trujillo, Talavera y el Espinar hasta Madrid.
2. El general Fraser cogería tres brigadas de infantería por una ruta central, desde Abrantes, por Castelo Branco hasta Ciudad Rodrigo.
3. El general Pager llevaría la caballería en dirección norte desde Elvas, por Alcántara hasta Ciudad Rodrigo.
4. El general Beresford con el resto de las divisiones de infantería viajaría en dirección norte, por Coimbra y Almeida hasta Salamanca.

Moore partió de Lisboa el 27 de Octubre y siguió la ruta de Abrantes, Castelo Branco a Ciudad Rodrigo. Cruzó la Sierra de la Estrella y al llegar a Atalaya el 5 de Noviembre descubrió, a diferencia de lo que le habían dicho, que “The roads, though very bad, were practicable for Artillery. But the ignorance of the Portuguese respecting their own country is such, that the road was found out only from stage to stage by the British Officers”.⁸ (Moore, 1809:18)

⁷ “Se dio cuenta de que los Lisboetas tenían una extrema ignorancia con respecto al estado de los caminos de su propio país, pero todos estuvieron de acuerdo en que los cañones no podrían ser transportados por las montañas... Incluso los oficiales británicos, que habían sido enviados a examinar los caminos, confirmaron lo dicho por el servicio de información portugués”.

⁸ “Las carreteras, aunque muy malas eran adecuadas para la artillería. Pero la ignorancia de los portugueses respecto a su propio país es tal, que el estado de las carreteras solo se adivinaba de etapa en etapa por los oficiales británicos”.

Se llevó una gran decepción al saber esto pues, si lo hubiera sabido antes, no habría ordenado al general Hope que fuese por la ruta del sur, con el consabido retraso que esto conllevaba. Otro problema que se le presentó fue que el ejército estaba muy poco acondicionado y no tenía transporte adecuado. También resultó que no tenía dinero, tan solo unas 25.000 libras que no cubría el coste de alquiler de transporte.

The Treasury refused to finance a regular transport system and so the army was obliged to rely upon the hire or requisition of arts from civilian sources. In the Peninsula, that meant Spanish or Portuguese wagons crudely constructed from a few rough planks bolted together with three or four upright wooden stakes to form the sides. A long pole harnessed a bullock team by its horns. Progress was infuriatingly slow, but since the animals' hooves were shod in iron a team could drag quite heavy loads over the rough tracks with considerable ease.⁹ (Richards, 2002:6-7)

El gobierno español había nombrado al Coronel López, que estaba muy familiarizado con la frontera entre España y Portugal, para ayudar a Moore en las operaciones de mover y avituallar a las tropas. Cuando se explicaron la cantidad de raciones necesarias para abastecer un gran ejército, el coronel López hizo cálculos rápidos y contestó: "That, were they to be supplied with the rations specified, in three months all the oxen would be consumed, and very few hogs would be left in the country" (Moore, 1809:7).¹⁰

Uno de los comentarios de los sargentos, como reflejo del sentimiento general de la tropa en cuanto a la ración, que con toda seguridad era inadecuada para ellos, fue que "When a man entered upon a soldier's life, he should have parted with half his stomach."¹¹ (Richards, 2002:10)

⁹ "El Tesoro rehusó financiar un sistema de transporte regular y por lo tanto el ejército se vio obligado a alquilar o requisar material de fuentes civiles. En la Península, eso suponía que los vagones españoles o portugueses estaban muy pobremente contruidos con unas cuantas tablas atornilladas con 3 ó 4 estacas para formar los laterales. Un palo largo sujetaba a una cuadrilla de bueyes por los cuernos. El avance era desesperadamente lento..."

¹⁰ "Que si les suministraran las raciones especificadas, en 3 meses todos los bueyes se habrían consumido y quedarían muy pocos cerdos en el país".

¹¹ "Cuando un hombre entraba en la vida de un soldado debería prescindir de la mitad de su estómago".

Tanto en Portugal como en España, Moore tuvo que soportar que los suministradores se echaran atrás en sus acuerdos o, en el mejor de los casos, que solicitaban el pago en efectivo: “Setaro, a contractor at Lisbon, had agreed to supply the divisions with rations on the march through Portugal. But this man failed in his contract; and the divisions of Generals Fraser and Beresford were obliged to be halted”.¹² (Moore, 1809:12-13)

También debido a la gran necesidad de dinero surgieron grandes inconvenientes. Se había supuesto que las facturas del Gobierno serían aceptadas; pero los pagarés no servían para obtener crédito en España y Portugal. En Guarda, el magistrado jefe rehusó dar provisiones sin un pago previo, y los campesinos tenían terror al dinero de papel.

Al llegar a la ciudad fortificada de Almeida, situada en la frontera entre Portugal y España, a todos les admiró el cambio en el entorno que les hizo comparar a la gente de un país con los del otro: “For both early and later arrivals, the change in environment was immediately noticeable in the cleaner houses and improved appearance of the villagers.”¹³ (Richards, 2002:26)

El general Moore hace algunas reflexiones interesantes en su diario sobre la gente que conoce en las distintas zonas de Portugal y España de la forma en que es recibido por portugueses y españoles, la forma en que se comportan y su actividad general. De los portugueses dice:

The Commander of the Forces was usually entertained with politeness at the houses of Nobility. He saw little appearance of a French party, but was surprised to observe the slight interest the Portuguese took in public affairs. They were generally well inclined, but luke-warm.¹⁴ (Moore, 1809:12-13)

¹² “Setaro, un contratista de Lisboa, había acordado abastecer las divisiones con raciones en su marcha por Portugal. Pero este hombre no cumplió su contrato; y las divisiones de los Generales Fraser y Beresford se vieron obligadas a pararse”.

¹³ “Para todos, los primeros en llegar y los últimos, el cambio en el ambiente les llamó la atención en cuanto a las casas más limpias y una mejora en la apariencia de los habitantes”.

¹⁴ “El comandante de las fuerzas a menudo era invitado y tratado con educación en las casas de la nobleza. Vio poca presencia de una inclinación hacia los franceses, pero se sorprendió al observar el poco interés que los portugueses mostraban hacia los temas políticos. Por lo general tenían buenos deseos pero eran poco entusiastas”.

Con respecto a los españoles, hace las siguientes observaciones:

The troops will generally be received by the inhabitants. The Spaniards are a grave, orderly people, extremely sober; but generous and warm in their temper, and easily offended by any insult or disrespect which is offered them; they are grateful to the English, and will receive the troops with kindness and cordiality.¹⁵ (Moore, 1809:7)

A los británicos les cuesta creer que haya unas diferencias tan evidentes entre portugueses y españoles en cuanto a sus características físicas y costumbres o comportamiento. Esto es cierto incluso entre aquellos a ambos lados de la frontera: “That it could be possible for people living so near to one another to be so dissimilar in complexion, custom, and manners (...) even when inhabiting respectively the banks of a narrow stream”.¹⁶ (Richards, 2002:26)

El 11 de Noviembre, el general Moore cruzó el arroyo que marcaba la frontera entre Portugal y España y entró en Ciudad Rodrigo. Esta fecha coincidía con su 47 cumpleaños. Una vez más señala la gran diferencia que nota entre la gente de una nación y de la otra, pero aunque en un principio se inclina a favor de los españoles, una vez que penetra más en España y tuvo que afrontar dificultades reales, esta inclinación no será tan positiva.

The appearance of the country, and the manners of the people, change most remarkably, immediately on crossing the boundary between Spain and Portugal; and the advantage is entirely in favour of Spain. We were received, on

¹⁵ “Las tropas generalmente son recibidas por los habitantes. Los españoles son un pueblo grave y metódico, y extremadamente sobrio, pero generosos y cálidos en temperamento, y se ofenden fácilmente con cualquier insulto o falta de respeto hacia ellos. Están agradecidos a los ingleses, y reciben a las tropas con amabilidad y cordialidad”.

¹⁶ “...que puede tan solo llegar a ser un arroyo que pudiera ser posible para gente viviendo tan cerca unos de otros ser tan distintos en complejión, costumbres y maneras (...) incluso cuando habitan a ambos lados de un estrecho arroyo”.

approaching Ciudad Rodrigo, with shouts of “Viva los Ingleses. This agreeable reception was gratifying.”¹⁷ (Richards, 2002:26)

En este punto del viaje, esto es, a su llegada a España, estaba lleno de optimismo por la forma en que fue recibido, como lo confirma en su diario: “The Governor of this town met Sir John two miles off; a salute was fired from the ramparts, and he was conducted to the principal house of the town, and hospitably entertained”.¹⁸ (Moore, 1809:20)

Incluso el sacerdote del pueblo le ofrece la hospitalidad de su casa, como había hecho anteriormente con los franceses. Así describe Moore el incidente:

The General proceeded next day to San Martín, a village seven leagues distant, where he lodged at the house of the Curate, a sensible, respectable man, who, in the course of the conversation, told him, that on the same day the preceding year he had lodged the French General Loison, on his march to Portugal; and that Junot and the other French Generals had slept there in succession.¹⁹ (Moore, 1809:20)

El 19 de Noviembre, en una carta a Mr. Frese, el embajador inglés en Madrid, Moore, que estaba en Salamanca, escribe para informarle de que la Junta de Ciudad Rodrigo le ha otorgado un préstamo de \$20.000 y continúa narrándole la bienvenida que recibió en Salamanca y la forma en que estaban deseosos de ayudar con regalos de dinero:

The Junta of this town are endeavouring to get money for us. Nothing can exceed the attention of the Marquis Cinalbo, the President; the Clergy, with Dr. Cutis at their head, exert themselves; and even a Convent of Nuns have

¹⁷“ La apariencia del país y el comportamiento de su gente, cambian de una forma destacada, nada más cruzar la frontera entre España y Portugal: y es a favor claramente de España. Fuimos recibidos al aproximarnos a Ciudad Rodrigo con gritos de “Viva los ingleses”. Esta agradable recepción fue gratificante”.

¹⁸ “El gobernador de esta ciudad salió al encuentro de Sir John a dos millas de la misma; un saludo fue disparado desde las murallas y fue llevado a la casa principal de la ciudad y atendido con hospitalidad”.

¹⁹ “El general marchó al día siguiente a san Martín, un pueblo a una distancia de siete leguas, donde se hospedó en la casa del cura, un hombre sensible y respetable que en el transcurso de la conversación le dijo que el mismo día el año anterior había hospedado al general francés Loison, en su marcha a Portugal y que Junot y los otros generales franceses habían dormido allí sucesivamente”.

promised five thousand pounds; all this shows great good will. The funds, however, which it can raise, are small and very inadequate to our wants.²⁰

(Moore, 1809:38)

Pero en este preámbulo de lo que realmente ocurrió en el resto de su viaje a través de España, y que no iba a ser tan agradable como esta primera experiencia, y algo que cambiaría la forma de pensar de Moore, lo resume la siguiente cita de Richards:

A commissary of the King's German Legion, however, had serious doubts about Spanish co-operation with the British after several conversations with the tradesmen of Lisbon. Almost every Portuguese with whom Schaumann came into contact told him: "Do not trust the Spaniards and their promises; for all they tell you about ample stores and large armies are lies... if things go wrong, they will vanish in the twinkling... and leave you to your fate in the heart of Spain, surrounded by your enemies, and exposed to every possible privation." It was advice which, unhappily for Moore, was to prove remarkably accurate in the months ahead.²¹ (Richards, 2002:22)

Fue un consejo que, desgraciadamente para Moore, iba a probar ser muy preciso en los meses venideros.

²⁰ "La Junta de esta ciudad están intentando por todos los medios conseguir dinero para nosotros. Nada puede exceder la atención del marqués de Cinalbo, el presidente; el clero, con el Dr. Cutis a la cabeza e incluso un convento de monjas han prometido 5.000 libras; todo esto muestra una gran buena voluntad. Los fondos sin embargo, que se pueden recaudar son pequeños e inadecuados para nuestras necesidades".

²¹ "Un comisario de la King's German Legion, sin embargo, tenía serias dudas sobre la cooperación española con los británicos tras varias conversaciones con los comerciantes de Lisboa.... Casi todos los portugueses con los que habló Schaumann le dijeron "No te fies de los españoles y sus promesas; pues todo lo que te dicen sobre amplios almacenes y grandes ejércitos son mentiras... Si las cosas van mal, se desvanecerán en un abrir y cerrar de ojos... y te dejarán a tu suerte en el corazón de España, rodeado de tus enemigos y expuesto a toda privación posible".

BIBLIOGRAFÍA

- Beamish, N. L. (1906): *History of the King's German Legion*. 2 tomos. London: Thomas & William Boone.
- Bexhill Hanoverian Study Group (2003): „*The King's German Legion*“, *from Bexhill to the Battle of Waterloo*.
- Detlef Wenzlik, D. (2002): *Unter der Fahne des Schwarzen Herzogs 1809*, Hamburg: VRZ Verlag.
- Esdaile, Ch. (2002): *The Peninsular War*. London: Penguin.
- Felder, R. (1837): *Der Deutsche in Spanien, oder Schicksale eines Württembergers während seinem Aufenthalt in Italien, Spanien und Frankreich*. Tres partes en un tomo, Stuttgart, Hausmann, 1837.
- Friederich-Stegmann, H. (2003): “Memorias de alemanes en España durante la Guerra de la Independencia. La estancia de Philipp Schwein en la isla de Cabrera”. EN: *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV, Hª Moderna, t. 16: 359-390.
- Friederich-Stegmann, H. (2008): “Más textos de alemanes sobre la guerra de la Independencia. El dos de Mayo de Madrid y el primer sitio de Zaragoza en las memorias de Johann Konrad Friederich, llamado ‘el Casanova alemán’ ”. EN: *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie IV, Hª Moderna, t. 21: 167-207.
- Giganto del Corral, F.J. En: <http://www.napoleonbonaparte.es/cuerpos-militares/62-unidades-napoleonicas-de-los-estados-alemanes/361-king-german-legion.html>. Última consulta: 14 de septiembre de 2010.
- Griffon de Pleineville, N. (2009): *La Corogne - Les Aigles en Galice*. Paris: LCV.
- Gurwood, J. (1838): *The dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington*. vol. V. London: J. Murray.
- Hofschröer, Peter (2005): *Waterloo*. Barcelona: Ariel.

Krampe, Fr. (ed) (1815): *Vorläufige Liste der toten und verwundeten Officiere vom 16. und 18. Junius 1815*

----- (1815): *Vollständige Listen von dem Herzogl. Braunschweigischen Truppen-Corps in der Schlacht am 16. 17. und 18. Juny d. J. (1815). Gebliebene, verwundete und bis jetzt vermisste Unteroffiziere und Soldaten.*

Kortzfleisch, G. Von (1896-1903): *Geschichte des Herzoglich Braunschweigischen Infanterie-Regimentes und seiner Stammtruppen 1809-1902*, 3 tomos. Braunschweig. Vol. I: *Das schwarze Korps und das Englisch-Braunschweigische Infanterie-Regiment bis 1814.*

Vol. 2: *Von der Errichtung des neuen Truppenkorps 1813 bis zum Ausbruch des Krieges 1870.*

Laudi, J. (2002): „Familienkundlichen Jahrbuch Schleswig-Holstein“, Band 41, Jahrgang 2002.

Martin Mas, M. A. En: <http://miguelangelmartinmas.blogspot.com/2009/09/que-era-la-king0s-german-legion.html>. Última consulta: 10 de octubre de 2010.

Mentzel, F. (1974): „Der Vertrag Herzog Friedrich Wilhelms von Braunschweig mit der britischen Regierung über die Verwendung des Schwarzen Korps (1809“), en: *Braunschweigisches Jahrbuch*, Band 55, 230-239. Braunschweig.

Moore, J. (1809): *A Narrative of the Campaign of the British Army in Spain, commanded by his Excellency Lieut.-General sir John Moore*, K. B. London: J. Johnson.

Moore, J. C. (1834): *The Life of Lieutenant-General Sir John Moore*. London: John Murray.

Offen, K. (2007): http://www.denkmalprojekt.org/Verlustlisten/vl_hzgl-braunschw_inf-reg_92_1809-1815.htm. Última consulta: 2 de octubre de 2010.

Pivka, O. Von (1973): *The Black Brunswickers*. Oxford: Osprey Men-at-Arms.

***Poten, B. v. (1905): Des Königs Deutsche Legion 1803-1816. Militär-Wochenblatt
1905, Beiheft 11. Berlin.***

Richards, D.S. (2002) *The Peninsular Years*. Barnsley: Leo Cooper.

Schwertfeger, B. v. (1907): Geschichte der Königlich Deutschen Legion 1803-1816. 2 tomos. Hannover und Leipzig: Hahn'sche Buchhandlung.

Spehr, L. F (1861): Friedrich Wilhelm, Herzog von Braunschweig-Lüneburg-Oels, Braunschweig.

Summervilles, C. (2003): *March of Death: Sir John Moore's Retreat to Corunna, 1808-1809*. London: Greenhill Books.

Tänzer, M-A. (2004) en: <http://www.kgl.de/>. Última consulta: 12 de octubre de 2010.

www.kgl-linie.de. Última consulta: 21 de septiembre de 2010.

www.kingsgermanlegion.org.uk. Última consulta: 25 de septiembre de 2010.

www.bexhillhanoveriankgl.co.uk Última consulta: 27 de septiembre de 2010.

www.peninsularwar200.org. Última consulta: 4 de octubre de 2010.

<http://miguelangelmartinmas.blogspot.com> Última consulta: 20 de septiembre de 2010.

www.napoleonbonaparte.es Última consulta: 21 de septiembre de 2010.

www.1808-1814.org Última consulta: 21 de septiembre de 2010.

CAPÍTULO II: GOBIERNOS, JUNTAS Y ACTORES INTERNACIONALES

LA TITULARIDAD DE LA CORONA ESPAÑOLA. REACCIONES EUROPEAS

Emilio La Parra López
Universidad de Alicante

Las extraordinarias circunstancias que rodearon en 1808 el acceso al trono de Fernando VII y las consiguientes abdicaciones de Bayona crearon un ambiente de confusión sobre la titularidad de la Corona española que no puede quedar reducido a la dicotomía Fernando VII-José Bonaparte. Hay que tener en cuenta, además, la denuncia por parte de Carlos IV de su abdicación del 19 de marzo de 1808 y las aspiraciones al trono español expresadas por otros miembros de la Casa de Borbón (las ramas de Francia, Nápoles y Portugal). Por otra parte, la confusión aludida afectó de manera notoria a la imagen de la monarquía española en Europa, ya muy desdibujada como consecuencia de las disputas internas anteriores al estallido de la guerra. Napoleón, a su vez, intentó utilizar en su provecho la estancia de Fernando VII en Valençay, convirtiéndola en instrumento de la propaganda imperial de cara a las cortes europeas.

El acceso al trono de Fernando VII el 19 de marzo de 1808 fue un hecho anormal, al menos por dos razones: la renuncia de Carlos IV se produjo en un ambiente de violencia (motín de Aranjuez.) y no se guardaron las formalidades al uso, que exigían el pase de la abdicación del rey al Consejo de Castilla para su consulta y el anuncio de convocatoria de Cortes en las que el nuevo monarca prestara juramento.¹

Todo esto estuvo precedido, además, por una situación conflictiva en la corte española. Desde años antes (al menos desde finales de 1806) venía librándose una dura y agria disputa entre dos bandos irreconciliables: los partidarios de Godoy y los del príncipe de Asturias. Los primeros lo cifraban todo en la continuidad de Carlos IV como rey de España, mientras los segundos (conocidos en la época como “el partido fernandino”) pretendieron por todos los medios eliminar a Godoy. Formalmente estos últimos no pusieron en duda la continuidad en el trono de Carlos IV, pero lo hicieron de hecho, pues dada la organización de la monarquía española y las relaciones personales entre el rey y Godoy, acabar con este suponía el debilitamiento de Carlos IV y abocaba a su destronamiento en un plazo más o menos largo. La disputa llegó hasta tal extremo que se pensó que solo una autoridad exterior podría resolverla. Tanto el rey como el príncipe de Asturias buscaron la protección de Napoleón, a quien convirtieron en árbitro o mediador de las querellas internas de la Casa Real española y de esta manera le

¹ Este texto ha sido elaborado en el marco del Proyecto de Investigación “La Corona en la España del siglo XIX”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación con referencia: HAR2008-04389.

otorgaron una amplia capacidad de intervención en los asuntos internos hispanos, circunstancia que el emperador no tardó en aprovechar².

El enfrentamiento entre las dos facciones señaladas trascendió el ámbito cortesano. La gravedad de las acusaciones contra Godoy, difundidas a través de una intensa actividad propagandística organizada por los fernandinos, generó la impresión en la opinión pública de que como consecuencia del mal gobierno de Godoy, la monarquía española había llegado a un estado extremo de descomposición. Esto proporcionó argumentos a Napoleón para cambiar la dinastía y perjudicó seriamente la imagen exterior de España.

Las renunciaciones de Bayona y la posición internacional de los monarcas españoles

En el tratado suscrito por Carlos IV y Fernando VII en Bayona el 5 de mayo de 1808, ambos cedieron a Napoleón sus derechos a la corona española. De esta forma aceptaron el hecho o pacto imperial, basado en el principio de que la fuerza militar, política y diplomática otorgaba a Napoleón “soberanía” en España³. Los Borbones españoles, pues, renunciaron formalmente a sus derechos y reconocieron la soberanía de Napoleón, lo que, como es obvio, suponía que aceptaban al nuevo rey designado por este. En cuanto Fernando VII, instalado ya en Valençay, tuvo noticia de que el señalado era José Bonaparte, no tardó en felicitarle⁴. Pero no fue el único en asumir la nueva legalidad establecida en Bayona. También lo hicieron en ese momento las instituciones españolas más significativas, en particular el Consejo de Castilla -según Artola la pieza fundamental del gobierno de la monarquía⁵-, y una parte importante de españoles, aunque no todos, pues como es bien sabido, los que se levantaron en armas contra Napoleón lo hicieron en nombre de Fernando VII. Esta división de pareceres en la

² Acerca del enfrentamiento entre godoyistas y fernandinos, Vid. Emilio La Parra, *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona, Tusquets, 2002, capítulo 6, y del mismo autor: “De la disputa cortesana a la crisis de la monarquía. Godoyistas y fernandinos de 1806 a 1807”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, VI, 2007 y “El mito del protector. Napoleón y la crisis de la monarquía española”, en António Ventura (coord.), *Napoleão. História e mito*, Lisboa, Caleidoscopio, 2008.

³ Alberto Navas-Sierra, “El tratado de Valençay o el fracaso del pacto imperial napoleónico”, *Jarbuch für Geschichte Lateinamerikas=Anuario de Historia de América Latina*, 27, 1990, p. 264.

⁴ Alberto Navas-Sierra, “El tratado de Valençay...”, cit., p. 269) reproduce la carta De Fernando VII felicitando a José Bonaparte como rey de España.

⁵ Miguel Artola, *La Guerra de la Independencia*, Madrid, Espasa Calpe, p. 48

sociedad española originó un estado de confusión acerca del titular de la corona y fue la causa fundamental del levantamiento militar contra Napoleón⁶.

Así pues, la disputa sobre el monarca español estuvo en el origen de la guerra. Pero la resolución de esa disputa quedó pendiente, a su vez, del resultado de la propia guerra, pues el bando vencedor debería imponer su propia dinastía. Durante los primeros meses pareció lo más lógico que Napoleón ganara la guerra –la victoria española de Bailén, a pesar de su enorme impacto en la opinión pública, no tuvo consecuencias militares determinantes⁷-, de modo que la vuelta al trono de la Casa de Borbón en España era muy insegura. Esta impresión no fue exclusiva, como se suele mantener, de los llamados “afrancesados” o “josefinos”. Algunos de los “patriotas” también pensaron lo mismo, aunque es difícil saber, a juzgar por las escasas investigaciones sobre este asunto, qué alcance tuvo. En cualquier caso, existen algunos indicios. Por ejemplo, un desconocido, que firmó con las iniciales F.M.D.S.J., propuso a la Junta Central que ofreciera la corona de España al gran duque Constantino de Rusia, hermano del zar Alejandro I. Partiendo de la premisa de que resultaba imposible que Fernando VII y su casa volvieran a reinar, pues Napoleón se había propuesto eliminarlos, argumentaba que el principio fundamental que debía guiar a los españoles era: *Salus populi suprema lex esto*. Y extraía la siguiente consecuencia: la presente guerra no puede entenderse como defensa de los derechos de familia; “los tales derechos se establecieron para el bien del Pueblo. ¿Será buena consecuencia decir: pues perezca el Pueblo por conservar, sin esperanza, estos derechos? Entonces la suprema ley sería sacrificada en obsequio de una particular y lo que es peor, sin fruto alguno.”. Había, pues, que buscar un nuevo monarca y el más apropiado era el gran duque Constantino, el cual sería apoyado por Rusia y aceptado por Inglaterra y también por los españoles. Incluso Fernando, “nuestro adorado”, lo bendecirá, pues “su principal satisfacción debe ser que España no sea subyugada por el ladrón...”⁸

⁶ Como ha demostrado la historiografía actual, la guerra comenzó cuando los españoles tuvieron constancia, mediante la *Gazeta de Madrid*, de que Napoleón pretendía cambiar la dinastía reinante en España. Entre las últimas aportaciones, Vid. las contribuciones de Ronald Fraser y Emilio La Parra en *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, imágenes, consecuencias*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2010.

⁷ Véanse las observaciones de Manuel Moreno Alonso, *La batalla de Bailén. El surgimiento de una nación*, Madrid, Silex, 2008.

⁸ El texto, manuscrito, se encuentra en AHN, Estado, 52 H. Entre los muchísimos folletos y textos impresos aparecidos en España durante la Guerra en el bando que luchó contra Napoleón

Ahora bien, en caso de que Napoleón perdiera la guerra no quedaba completamente resuelto quién debía ser el titular de la corona de España. Para los “patriotas” -las Juntas y, más tarde, las Cortes de Cádiz- no había duda alguna: el rey era Fernando VII, en cuyo nombre hacían la guerra a Napoleón. Sin embargo, quedaba en el aire la cuestión de la legalidad de la abdicación de Carlos IV hecha el 19 de marzo, pues el propio monarca la había denunciado cuatro días más tarde, alegando, en un escrito que la propaganda imperial napoleónica difundió con toda intención, que la hizo contra su voluntad. De aquí derivó un serio problema, que los españoles de la época no desearon plantearse en serio (tampoco –que yo sepa- lo han hecho los historiadores): si la abdicación de Aranjuez había sido forzada y carecía de validez, el rey de España durante las negociaciones de Bayona era Carlos IV, de modo que si la guerra invalidaba lo allí acordado, solo él mantenía el derecho a ocupar el trono. Este fue un asunto que preocupó seriamente a Fernando VII mientras vivió su padre⁹ y Napoleón, a su vez, lo tuvo muy presente, pues no reconoció como rey a Fernando hasta diciembre de 1813, cuando en situación extrema se vio obligado a entenderse con él (me refiero a la firma del tratado de Valençay). Con todo, Carlos IV no hizo nada por mantener sus derechos e incluso dio a entender a Godoy a comienzos del exilio que había asumido la pérdida de la corona¹⁰. No obstante, durante los seis años de la guerra no se disipó en Europa la idea de que Carlos IV era el legítimo soberano de España. Juan Antonio Llorente anota en su *Historia de la revolución española* que en el verano de 1813, durante las conversaciones para la paz general en Europa, “muchos que leyeron en las gacetas públicas las condiciones que se proponían por base de la futura paz general, pensaron que Carlos IV reynaría en España segunda vez porque los soberanos aliados en Europa no tomaban interés personal por Fernando VII, importándoles únicamente la dinastía, y

no cabe buscar opiniones de esta naturaleza, pues lo impedía el general entusiasmo a favor de Fernando VII. Sin embargo, es posible que una investigación paciente de manuscritos pueda constatar que el testimonio del anónimo traído aquí no fue quizá un caso aislado.

⁹ Una de las razones de la enconada persecución de Fernando VII a Godoy cuando este residía en Roma junto a los reyes Carlos IV y María Luisa fue el temor a que Godoy urdiera alguna maniobra ante otros soberanos europeos para hacer valer el derecho de Carlos IV al trono español (Emilio La Parra, *Manuel Godoy...*, cit., pp. 433-452)

¹⁰ Manuel Godoy, *Memorias*, edición de Emilio La Parra y Elisabel Larriba, Alicante, Universidad de Alicante, 2008, p. 109. Sin embargo, tras la guerra, una vez quedó derogada la legalidad establecida en Bayona, Carlos IV no hizo expresa renuncia al trono (en el acuerdo con Fernando VII firmado el 15 de febrero de 1815, conocido como “tratado de alimentos”, ratificó su renuncia, pero no de forma expresa, con lo cual dejaba abierta la vía a posibles interpretaciones).

por otra parte no parecía verosímil que Napoleón le prefiriese a su padre, mediante la declaración hecha en 1808 de haber sido nula por violencia indirecta y miedo justo la renuncia de Carlos IV. Pero no sucedió así; Napoleón tuvo presente la voluntad de los españoles declarada a favor de Fernando VII”¹¹.

La observación de Llorente recoge los puntos esenciales en torno a la titularidad de la monarquía española: la escasamente favorable opinión de los soberanos de Europa sobre Fernando VII, la notable confusión creada en torno a la persona que debía ocupar el trono español y la fuerza de la opción de los “patriotas” españoles, esto es, que el único rey posible de España era Fernando VII, de quien, por lo demás, habían construido una imagen completamente irreal, mítica.

Ahora bien, el pronunciamiento sin reservas de los patriotas españoles a favor de Fernando VII tenía un inconveniente para las cortes europeas: tras su renuncia en Bayona, el derecho de Fernando a ocupar el trono derivaba de la voluntad popular. En rigor, no era rey de España por derecho sucesorio (su padre todavía vivía y había denunciado su abdicación), sino únicamente porque así lo proclamaron las Juntas, organismos que por su origen y su carácter de poderes locales levantaron sospechas en muchos lugares, sobre todo en Inglaterra. Más tarde, el derecho al trono de Fernando VII quedaría formalizado por una Constitución, la de 1812, elaborada por una asamblea revolucionaria (las Cortes de Cádiz), muy similar a la Convención francesa. Ni las Juntas, ni la Constitución eran del agrado de las cortes europeas. Esta circunstancia suscitó un serio problema al final de la guerra, pues de acuerdo con la legalidad de la España patriota, la que había luchado contra Napoleón y despertado la admiración en muchas partes de Europa, Fernando VII solo podía volver al trono si juraba la Constitución revolucionaria de 1812. El problema se resolvió, como es bien sabido, eliminando la Constitución, operación en la que se empleó a fondo Fernando VII y sus consejeros, pero a la que no fue ajeno Wellington. Más tarde, en 1823, cuando de nuevo los españoles habían restablecido el sistema político basado en la Constitución de 1812, el legitimismo europeo actuó en España por la fuerza (la expedición francesa de los Cien Mil Hijos de San Luís) para eliminar por segunda vez la Constitución de 1812 y devolver a Fernando VII todas sus facultades. Los aires contrarrevolucionarios

¹¹ Nellerto (anagrama de Juan Antonio Llorente), *Memorias para la historia de la revolución española*, París, Plassan, 1914, tomo I, p. 190.

Europeos, pues, resultaron decisivos en 1814 y 1823 para Fernando VII, evitando que fuera rey constitucional como habían deseado muchos españoles.

En definitiva, la España constitucional fue incapaz de defender su sistema en Europa en los momentos críticos. En ello tuvo mucho que ver, aunque no sea la razón principal, el desbarajuste de la diplomacia española ocasionado por la guerra y su falta de autonomía, circunstancias ambas que se dieron tanto en la España gobernada por José I, como en la contraria¹².

El gobierno de José Bonaparte despertó pocas simpatías en Europa. En Madrid quedó una escasa representación diplomática y solo en París contaba José con un representante con el título de embajador. Pero la ocupación de buena parte de Europa por Napoleón no favoreció tampoco el reconocimiento de Fernando VII. Aunque las autoridades patriotas españolas intentaron firmar un tratado con el imperio austriaco, y a punto estuvieron de lograrlo en 1809, las relaciones con Viena no se formalizaron hasta 1814. Constantinopla no reconoció a José ni a Fernando y a pesar de los esfuerzos desplegados, tampoco Estados Unidos ni Suecia lo reconocieron. En el tratado con este último país no se puso artículo especial de reconocimiento de Fernando VII para evitar hacer lo mismo con Bernardotte, a quien no había reconocido oficialmente Inglaterra. Por su parte, el zar Alejandro I, cuya figura gozaba de un considerable prestigio en los medios diplomáticos de la época, tuvo una postura confusa: reconoció a José, pero permitió que actuaran en San Petersburgo representantes de los sublevados (Antonio Colombí y tras su muerte en 1811, Zea Bermúdez). Solo en 1812, tras la ruptura del zar con Napoleón, se formalizó un tratado hispano ruso, el de Weliky Louky (20 de julio), por el que Rusia reconoció a Fernando VII y la Constitución y se procedió al nombramiento de embajadores (por España lo fue Eusebio Bardaxí y por Rusia, Tatischeff). Evidentemente, Inglaterra reconoció a Fernando VII desde el comienzo, pero como se verá más adelante, las autoridades británicas tuvieron una actuación cuando menos confusa respecto a la constitución de la Regencia española. En cualquier

¹² M^a Victoria López-Cordón, “Intereses económicos e intereses políticos durante la guerra de la independencia: las relaciones hispano-rusas”, cit., p. 93

caso, por el tratado hispano-británico de enero 1809, Inglaterra se comprometió a no reconocer otro rey de España que Fernando VII.¹³

El desbarajuste diplomático de España durante los años de la guerra se acentúa si se tiene en cuenta que la mayoría del personal diplomático español destinado en Europa prestó juramento a José I y al desaparecer la administración del Antiguo Régimen quedó desarticulada o descompuesta la representación diplomática en el exterior¹⁴. En realidad, ninguno de los dos gobiernos españoles pudo actuar de forma autónoma. El de José I todo lo hizo a través de Francia, mientras que los patriotas actuaron a través de Inglaterra, país al que las Juntas de Asturias, Galicia y Sevilla se apresuraron a enviar representantes nada más comenzar el conflicto bélico. Ejemplo elocuente de la ausencia de autonomía de la diplomacia española fue la considerable dificultad para la firma del mencionado tratado con Rusia, el cual no se concluyó hasta que Inglaterra formalizó sus relaciones con ese imperio. Lo mismo pasó en la otra parte: Federico Guillermo III de Prusia deseó disponer de embajador en Madrid, pero lo impidió Napoleón, quien no estaba dispuesto a que se supiese cual era exactamente la suerte de las armas francesas en España.¹⁵

Aspiraciones de los Borbones de Francia, Nápoles y Portugal

Al conocerse las abdicaciones de Bayona, los Borbones europeos se apresuraron a hacer valer sus derechos a la corona de España. En julio de 1808, aprovechando la estancia en Londres de los enviados por las Juntas de Asturias, Sevilla y Galicia, se

¹³ Sobre la actuación internacional de la España “patriota” Vid., entre otros, Jerónimo Becker, *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, Madrid, 1924, vol. I; Fernando de Antón del Olmet, *El cuerpo diplomático español en la Guerra de la Independencia*, Madrid, Juan Pueyo, 1914, 6 vols.; Miguel Ángel Ochoa Brun, “Las relaciones internacionales de España, 1808-1809. Aliados y adversarios”, en *Seminario Internacional sobre la Guerra de la Independencia, Madrid, 24-26 de octubre de 1994*, Madrid, 1996, pp. 19-79 y el trabajo, incluido en el mismo volumen, de Jesús Pradells, “La diplomacia y los diplomáticos españoles en la Guerra de la Independencia”, pp. 81-123.

¹⁴ M^a Victoria López-Cordón, “Intereses económicos e intereses políticos durante la guerra de la independencia: las relaciones hispano-rusas”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, VII-1986, p. 90. Sobre el personal diplomático y su actuación en Europa sigue siendo una fuente de información extraordinaria la extensa obra de Fernando de Antón del Olmet, *El cuerpo diplomático español en la Guerra de la Independencia*, cit., tomo 3.

¹⁵ Remedios Solano Rodríguez, “La guerra de la independencia en el mundo germano”, *Cuadernos Dieciochistas*, 8, 2007, p. 103.

presentó ante ellos el conde de Blacas, quien reclamó para el conde de Provenza (el futuro Luis XVIII) el derecho a ocupar el trono de España. En la misma ocasión, el conde de Castelcicala, embajador en Londres del rey de Nápoles-Sicilia, presentó una nota con idéntica pretensión a favor de su soberano Fernando IV, según Toreno redactada en términos poco atentos, pues daba a entender que no reconocía la autoridad de las Juntas españolas. A uno y otro se les respondió que “nuestras instrucciones – como dijeron los enviados de Sevilla- no se extendían a los puntos que solicitaban.”¹⁶

Nápoles, sin embargo, no abandonó sus pretensiones y decidió pasar al terreno de los hechos. Alegando que la Junta de Sevilla había hecho un llamamiento a la familia real napolitana para que integrara la regencia española en ausencia de Fernando VII, el gobierno solicitó a la armada británica que trasladara a España a un príncipe de la familia de Nápoles. El ministro británico del War Office, Castlereagh, ordenó el 28 de julio de 1808 al vicealmirante Collingwood, comandante de la flota británica en el Mediterráneo, que no se pronunciara sobre las pretensiones de la casa de Nápoles, para “evitar, tanto como sea posible, una aparente interferencia en los asuntos internos de España”, pero no cerró la puerta al posible traslado del príncipe, siempre que se hiciera con muchas precauciones: “...si las autoridades españolas solicitasen al almirante inglés que aparejase un barco para trasladar de Sicilia a España al príncipe heredero de Nápoles, está autorizado a hacerlo, pero antes debe indicar que sería más conveniente que esto lo hiciera un barco español. Pero si le insisten, debe dejar claro que Inglaterra se limita a jugar un papel ejecutivo y deben enviar a Sicilia comisionados españoles para transmitir los deseos de la nación al príncipe heredero de Nápoles y trasladarlo a España.”¹⁷

Según el conde de Toreno, la idea de formar una regencia con el heredero al trono de Nápoles-Sicilia fue apoyada en España por el conde de Montijo y los aristócratas articulados en torno a él, grupo muy activo en Sevilla en 1808. Amparada en este apoyo, la corte siciliana envió a España al príncipe Leopoldo, segundo hijo varón del

¹⁶ Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, edic. de Pamplona, Urgoiti, 2008, pp. 250-251; Manuel Moreno Alonso, *La Junta Suprema de Sevilla*, Sevilla, Alfar, 2001, pp. 167-168.

¹⁷ Castlereagh a Collingwood, Londres, 28-7-1808 (reproducida en Alicia Laspra, *La Guerra de la Independencia en los archivos británicos del War Office. Colección documental, Vol. I (1808-1809)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2010, pp. 110-111).

rey Fernando IV, de 18 años de edad, a quien acompañó el duque de Orleans, quien había ido a Nápoles para solicitar la mano de la princesa María Amalia. Ambos arribaron a Gibraltar el 9 de agosto, pero el gobernador del peñón, Darlymple, impidió que circularan los papeles de que eran portadores. Leopoldo quedó en Gibraltar, sin pasar a España, hasta noviembre, en que regresó a Sicilia, y Orleans se trasladó a Inglaterra¹⁸. Tras el fracaso de esta operación, debido, sobre todo, a la decisión de las Juntas españolas de no permitir que ningún miembro de una casa real actuara en España en nombre de Fernando VII y, también, al escaso interés por parte de Inglaterra de mezclarse en negocios que pudieran obstaculizar la lucha contra Napoleón, el asunto de Nápoles quedó en el olvido¹⁹.

Por las mismas fechas, otro miembro de la Casa de Borbón, la infanta Carlota Joaquina, hermana mayor de Fernando VII, intentó hacer valer sus derechos a la corona española. El 19 de agosto de 1808 publicó una *Proclama de la princesa de Brasil, infanta de España, regenta de Portugal*²⁰. Iba dirigida “a los leales y fieles vasallos del rey católico de las Españas e Indias”, sin consignar el nombre de este rey, con el expreso deseo de que circulara “de la misma forma y modo como hasta aquí han circulada las órdenes de mi augusto padre”, formalidades todas estas que resultan muy indicativas de sus intenciones.

¹⁸ Conde de Toreno, *Historia del levantamiento ...*, cit., p. 261; Harold Acton, *I Borbón di Napoli*, Firenze, Giunti, 1988, pp. 632-634.

¹⁹ En esa coyuntura era vital para las Juntas que todo se hiciera solamente en nombre de Fernando VII, sin interferencias de otra persona real. En cuanto al proyecto de Montijo, se enmarca en las operaciones de este para formar una regencia en la que la aristocracia de su entorno, tan distinguida en la lucha contra Godoy, adquiriera el control del levantamiento español mediante una regencia de la que, naturalmente, el propio Montijo pensaba formar parte (en torno a este asunto se desarrolló un complejo debate, del que dan cuenta José María Portillo Valdés, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000, pp. 193-205, y Claude Morange, *Siete calas en la crisis del Antiguo Régimen*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990, pp. 33-44) Cuando se formó la Regencia, en 1810, todo se calmó porque se supuso –sobre todo del lado británico– que respondía al deseo de Fernando VII. Al menos, esto es lo que da a entender el teniente coronel Doyle en carta al general Steward desde Astorga (12 y 13 de agosto de 1808): “se da por sentado” que el duque del Infantado –cuya elección como regente celebra– “está llevando a cabo los deseos de su soberano.” Doyle considera a Infantado representante de Fernando (en Alicia Laspra, *La Guerra de la Independencia en los archivos británicos del War Office*. cit., p. 165).

²⁰ Carlota Joaquina había casado con dom João, regente del reino por enfermedad de su madre la reina doña Maria I de Portugal. En noviembre de 1807, tras la invasión de este reino por Junot, la casa real portuguesa había abandonado el territorio europeo y trasladado la corte a Brasil.

En su proclama, la Regente de Portugal consideraba nulas las cesiones de Bayona y se declaraba depositaria de los derechos a la corona española mientras –según decía– quienes lo tenían con preferencia a ella estuvieran sometidos por Napoleón. Carlota Joaquina se consideraba “suficientemente autorizada y obligada a ejercer las veces de mi augusto padre y real familia de España existentes en Europa” y se hacía depositaria de esos derechos “para restituirlos al real representante de la misma augusta familia que exista o pueda existir independiente en la época de la paz general.” De nuevo, la ambigüedad del lenguaje da pie a suposiciones, pues no mencionaba expresamente a su hermano Fernando al aludir a ese “real representante” de la familia. Pero Carlota Joaquina fue más lejos. Atribuyéndose una potestad de la que carecía, instaba a las autoridades españolas a continuar “la recta administración de justicia, con acuerdo a las leyes, las que cuidaréis y celareis se mantengas ilesas y en su vigor y observancia, cuidando muy particularmente de la tranquilidad pública y defensa de estos dominios [los americanos], hasta que mi muy amado primo el infante D. Pedro Carlos²¹ u otra persona llegue entre vosotros para arreglar los asuntos de gobierno de esos dominios durante la desgraciada situación de mis muy amados padres, hermanos y tío...”²²

Esta proclama estaba acompañada de otro texto, cuyo largo título declara suficientemente su contenido: *Justa reclamación que los representantes de la Casa Real de España doña Carlota Joaquina de Bourbon princesa de Portugal y Brazil y don Pedro Carlos de Bourbon y Braganza, infante de España, hacen a su Alteza Real el Príncipe Regente de Portugal para que se digne atender, proteger y conservar los sagrados Derechos que su Augusta Casa tiene al Trono de las Españas e Indias y que el Emperador de los Franceses por medio de una abdicación o renuncia ejecutada por la violencia más atroz y detestable acaba de arrancar de las manos del Rey Don Carlos IV y de sus Altezas Reales el Príncipe de Asturias e Infantes don Carlos y Don Antonio.* El objeto de este escrito era recabar la protección de dom João para conservar los derechos

²¹ Pedro Carlos de Borbón y Braganza era hijo del infante don Gabriel (hijo de Carlos III) y de Mariana Victoria de Portugal. Así pues, nieto por vía paterna de Carlos III y por la materna de Doña. María I. Huérfano de padre y madre a los 2 años, Carlos IV lo envió a Portugal, donde se crió con doña María. Las relaciones de Pedro Carlos con Carlota Joaquina, su prima hermana, fueron excelentes, de ahí la misión que le encarga. Murió en 1812.

²² El texto, publicado originalmente en castellano con el siguiente pie de imprenta: En Rio de Janeiro, por la Impressão Regia en 1808, fue editado también en Londres el 5-4-1810 en el periódico *El Colombiano*. Lo reproduce Nellerto, *Memorias para la historia de la revolución*, cit., tomo II, pp. 277-282. Existe un ejemplar en AHN, Estado, 56 B.

de sus firmantes a la corona española y, con el concurso de los británicos, “impedir a los Franceses que con sus ejércitos practiquen en América las mismas violencias y subversiones que cometieron sobre quasi toda la extensión de la Europa.” Los dos firmantes del texto aludían, además, a su convencimiento de que tal paso merecería la aprobación del rey de las Dos Sicilias y de las demás personas interesadas en la materia y confiaban asimismo que su proceder recibiría la aprobación de los miembros de su familia cautivos.²³

En su respuesta, que como era de esperar fue positiva, dom João afirmaba que al llegar a Brasil denunció el proceder de las autoridades españolas por permitir la entrada de tropas francesas en España, pero nunca perdió la esperanza de luchar juntos contra Napoleón. “Ahora juzgo como VV.AA.RR –proseguía- que ha llegado el tiempo de esta unión para obrar contra un enemigo común y espero que de concierto con mis aliados, entre los cuales debe entrar la Sicilia... podremos poner una barrera a la extensión (sic.) de las conquistas que contra nosotros pueda intentar la Francia.”²⁴

Don Pedro Carlos, a su vez, publicó un manifiesto en términos muy parecidos a los de Carlota Joaquina, a quien se refería como “mi muy querida prima”. Expresaba su deseo de que se conservase, tras las abdicaciones de Bayona, “el derecho de antelación y preferencia, que pertenece a los individuos de mi real familia, incluida la de mi muy amado tío, Rey de Nápoles y de las dos Sicilias, según el orden de sucesión prefixado por las Leyes Fundamentales de la Monarquía Española... hasta que la Divina Providencia se sirva restituir a su antiguo estado a los Individuos de mi Real Familia de España a quienes profesamos el mejor y primer derecho”²⁵

Como se puede constatar, la rama Borbón portuguesa pretendió evitar roces con la de Nápoles-Sicilia, pero dejó bien sentado su derecho preeminente al trono español. No cabe duda de que las aspiraciones de Carlota Joaquina eran muy amplias (abocaba hacia la formación de un reino en América, a cuyo frente quedaría ella) y desplegó gran actividad con el fin de difundir al máximo sus manifiestos. Entre otros, mantuvo una

²³ AHN, Estado, 56 B. El texto, firmado por Carlota Joaquina y don Pedro Carlos “en el Palacio de Río, 19 de agosto de 1808”, tiene el mismo pie de imprenta que el anterior y está también en castellano.

²⁴ AHN, Estado, 56 B. Es, asimismo, un texto impreso, fechado en el Palacio de Río el 19 de agosto de 1808.

²⁵ AHN, Estado, 56 B. Fechado en el palacio de Río, 20 de agosto de 1808

asidua correspondencia con el general Francisco Javier Elío, gobernador de Montevideo. En una de esas cartas, del 16 de septiembre de 1808, la princesa agradecía la disposición de Elío a mantener los derechos de su Real Casa. Por su parte, Elío confirmó que había enviado los manifiestos a todas las autoridades, como le había indicado Carlota Joaquina²⁶. La reacción del cabildo de Buenos Aires, en primer lugar, dio al traste con estas operaciones.

Las aspiraciones de Carlota Joaquina fueron renovadas en 1809 por el embajador portugués en España, Sousa Coutinho. En nota a Martín de Garay, encargado de los negocios extranjeros en la Junta Central, fechada el 24 de septiembre de 1809, insistía en que Carlota Joaquina tenía prioridad a ocupar la Regencia por ser la pariente más próxima de Fernando VII²⁷. Sousa además pretendió firmar un tratado hispano portugués en el que se reconociera el derecho de Carlota a la sucesión al trono de España (además pedía la devolución de Olivenza). La Central lo rechazó. Pero continuaron las tensiones sobre la designación de los integrantes de la Regencia, con Inglaterra al fondo. En las instrucciones a John Frere, al ser nombrado embajador en España a finales de 1808, se indicó que el Reino Unido deseaba dejar constancia de que no tenía nada que ver con las pretensiones de la corte de Sicilia ni la de Portugal, pero mantenía los derechos de Carlota Joaquina y no rechazaba la posibilidad de que un príncipe napolitano ocupara la Regencia si España lo deseaba. Por lo demás, la diplomacia británica insistió en la conveniencia de formar una Regencia con un miembro de la casa real española y al respecto se mencionó el nombre del cardenal Borbón.²⁸

²⁶ Copias de la correspondencia entre Elío y Carlota Joaquina (AHN, Estado, 56 B). Elío tuvo problemas por este motivo con las autoridades peninsulares españolas: Vid. Encarna García Moneris y Carmen García Moneris, *La nación secuestrada. Francisco Javier Elío. Correspondencia y Manifiesto*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008, pp. 16-19.

²⁷ Gerardo Lagüens, *Relaciones internacionales de España durante la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, 1959, p. 24 (Separata del III Congreso de la Guerra de la Independencia y su época).

²⁸ Gerardo Lagüens, *Relaciones internacionales de España durante la Guerra de la Independencia*, cit, pp. 26-27. Como es sabido, el cardenal formó parte, posteriormente, de la Regencia, en calidad de presidente de la misma.

Fernando VII, baza de la política imperial

Tras los acuerdos de Bayona, Napoleón quedó convencido de que había eliminado a los Borbones españoles, pero no por eso dejaron de ser una fuente de problemas para él, sobre todo Fernando VII, por ser el referente principal de los españoles levantados en armas. Al margen de este hecho, sin duda el más relevante, la situación de Fernando VII, confinado en el château de Valençay junto a su hermano Carlos y su tío Antonio, era una circunstancia que afectaba notoriamente a la imagen de Napoleón ante las cortes de Europa.

El emperador no solo se había apoderado de un reino, sino que también había osado disponer de la persona de su rey. Este último extremo resultaba especialmente sensible para los monarcas europeos, quienes no podían consentir que una persona real fuera objeto de castigos personales o sufriera cualquier tipo de vejaciones, aunque, sobre todo, temieron que Napoleón actuara con otros soberanos europeos de la misma forma como lo había hecho con los españoles. El ministro británico de Exteriores, Canning, calificó la actuación de Napoleón con Fernando VII como expresión de “la perfidia y atrocidad sin paralelos”, que debía constituir un aviso a los monarcas europeos aliados del francés: “debía enseñar al emperador de Rusia y al rey de Dinamarca que cualquier conquista que puedan conseguir (...) es solamente un paso (...) hacia la exterminación de sus dinastías respectivas.”²⁹ La propaganda antifrancesa en Austria y otros Estados alemanes insistió en ello, aunque al mismo tiempo y en sentido contrario, instó a los alemanes a hacer lo mismo que los españoles, esto es, sublevarse, unidos tras la figura de un rey³⁰. Esto último fue un problema añadido, nada despreciable, para Napoleón.

Así pues, Napoleón puso un cuidado extremo en evitar que su imagen quedara enturbiada por cualquier contratiempo ocurrido a Fernando y a los otros dos miembros de su familia residentes en Valençay. De ahí su empeño en dar a entender que los príncipes españoles no estaban allí en calidad de prisioneros, sino por su propia voluntad. Para confirmar este hecho, Napoleón utilizó hasta cuanto le fue posible al propio Fernando VII. Entre otras cosas, consiguió que firmara cartas en las que mostraba su agradecimiento al emperador por el trato recibido y lo felicitaba por sus

²⁹ Carta de Canning a W. Thornton, 10-6-1808 (cit., por Charles Esdaile, “La repercusión de la guerra de la independencia en Gran Bretaña”, *Cuadernos Dieciochistas*, 8, 2007, p. 67)

³⁰ Remedios Solano Rodríguez, “La guerra de la independencia en el mundo germano”, cit., pp. 113-114.

victorias; dio órdenes para que los príncipes asistieran en Valençay de forma bien visible a los festejos públicos con motivo de la boda imperial con María Teresa de Austria y mandó dar la máxima publicidad al “asunto Kolli”, para demostrar que Fernando rehusó el plan de evasión por propia iniciativa³¹. No olvidó el emperador, asimismo, dar publicidad en *Le Moniteur* a la denuncia de Carlos IV de su abdicación, para dejar bien sentado que la causa fernandina, tan esgrimida por los españoles, carecía de base legal.

Con ello, Napoleón pretendió sacar el máximo provecho a la situación de Fernando VII, tanto de cara a los españoles, como a Europa. Ante los españoles, para confirmar que la renuncia de Fernando a sus derechos al trono había sido un acto libre y, en consecuencia, era incuestionable el cambio de dinastía. Ante Europa, para dar a entender que, atendiendo el llamamiento de la casa reinante en España, salvó una monarquía en descomposición y otorgaba a sus representantes el trato más exquisito. Además, la propaganda imperial insistió en que solo los fanáticos (el clero y el pueblo bárbaro influido por él) sostenía la guerra en España³².

La propaganda imperial se vio abonada por la actitud de Fernando VII. Durante su estancia en Valençay este se mostró siempre sumiso al emperador, aceptando cuantas sugerencias llegaban de su parte, aunque fueran contrarias a los intereses de los españoles, como demostró en sus cartas. Por lo demás, debido a su carácter, marcado por la cobardía y el miedo y por una acusada desconfianza hacia todos, rechazó cuantos planes de evasión le fueron propuestos, con lo cual manifestó una escasa disposición al riesgo y dio a entender su escasa disposición a luchar por sus derechos al trono. Fernando, en consecuencia, no pudo ser ejemplo de nada para los europeos, aunque sí lo fue para los españoles, porque estos hicieron de su persona un mito y no se pararon a examinar la realidad.

³¹ El fracasado intento para facilitar la evasión de Fernando VII de Valençay protagonizado por el llamado barón de Kolli, quien contó con ayuda británica, fue para Napoleón un serio contratiempo, pero una vez desbaratado fue explotado al máximo por el emperador francés para, por una parte, demostrar los métodos de que se valía Inglaterra para hacer política y, por otra, dejar bien sentado que Fernando estaba voluntariamente en Valençay (sobre el plan de Kolli, Vid. Léonce Grassilier, *Le baron de Kolli*, París, Société d'Éditions Littéraires et Artistiques, 1902).

³² Sobre todo esto insistió la propaganda napoleónica en los Estados alemanes. Por su parte, algunos medios, como la revista *Minerva*, criticaron al idolatrado Fernando y defendieron las razones de los afrancesados (Remedios Solano Rodríguez, “La guerra de la independencia en el mundo germano.2, cit., p. 108)

Conclusión

La confusión creada en torno a la titularidad de la corona española tras las abdicaciones de Bayona fue un factor esencial en el inicio y desarrollo de la Guerra de la Independencia española y, además, tuvo una relevante repercusión en Europa, pues abundó en el desprestigio de la monarquía española, ya palpable meses antes debido a las maniobras del príncipe de Asturias contra su padre el rey. Si se tienen en cuenta de forma conjunta los debates suscitados en el interior de España y los que surgen en Europa, parece claro que el problema de la titularidad de la corona española no puede quedar reducido a la dualidad Fernando VII-José Bonaparte. Si bien esto fue lo fundamental, hay que considerar, asimismo, la situación de Carlos IV (desde un punto de vista formal se podía mantener que seguía siendo rey de España) y las aspiraciones al trono español expresadas por los miembros de la Casa de Borbón que no estaban prisioneros de Napoleón. Ante esta compleja situación, la diplomacia española, tanto la josefina, como la “patriota”, se mostró inoperante y estuvo mediatizada por las dos grandes potencias (Francia e Inglaterra), lo cual contribuyó a la pérdida de influencia de la monarquía española cuando llegó la paz y mermó posibilidades, asimismo, a los constitucionales para defender el sistema construido por las Cortes de Cádiz.

Por otra parte, la estancia de Fernando VII en Valençay no cabe interpretarla como una simple “cautiverio” a manos de Napoleón, ni como mera anécdota. El rey imaginario, como lo definió Flórez Estrada, mitificado por los españoles levantados en armas contra Napoleón, fue un instrumento que la propaganda imperial francesa utilizó con profusión para fortalecer la imagen de Napoleón ante las cortes europeas. Sin embargo, debido a la pasividad y sumisión de Fernando VII, su caso no sirvió como ejemplo para movilizaciones similares a la española en otras partes de Europa.

*LAS RELACIONES LUSO-BRITÁNICAS ENTRE EL PACTO DE FAMILIA Y EL
BLOQUEO CONTINENTAL*

Francisco Ribeiro da Silva
Universidade do Porto

1 -Introducción

A pesar de que mi conferencia no trate directamente sobre aspectos concretos de la guerra de la independencia en el valle del Duero, sí abordaré un problema de fondo que es anterior a la propia guerra, pero que está enlazado con ella por tener que ver con los posicionamientos diplomático militares y económicos derivados del doble desafío de Francia a los países continentales europeos, particularmente a Portugal, para tratar de impedir y, si fuera posible, destruir los factores que favorecían la hegemonía inglesa en Europa y en América.

El primero fue el Pacto de familia de 1761, mientras que el segundo sería el Bloqueo continental de 1806.

Glosando la máxima de Heráclito de Éfeso, entendemos que, así como nadie se baña en el río dos veces, tampoco la Historia se repite. Pero hay situaciones verificadas y hechos ocurridos en vivencias históricas separadas en el tiempo que, no sólo son muy similares, sino que proceden de circunstancias interconectadas, siendo similares los resultados finales, aunque los actores sean diferentes.

2- ¿Cuáles son los hechos que ocurrieron y cuáles las vivencias históricas?

2.1- Pacto de familia

Acordadas las negociaciones para establecer un tratado de paz entre Francia e Inglaterra, que pondría fin a la guerra que comenzó en 1756, Su Católica Majestad, Carlos III de España, Su Majestad Cristianísima, Luis XV de Francia, basadas en los «estrechos vínculos de sangre que unen a los dos Monarcas reinantes en España y Francia y la singular propensión del uno para el otro» (en francés la expresión tiene más fuerza: “les sentiments particuliers dont’ils sont animés l’un pour l’autre”,¹ invocando la figura de Luis XIV, su bisabuelo común y queriendo seguir “su insigne modo de pensar”, acordaron, el 15 de agosto de 1761, en París, la firma de un acuerdo al que dieron el nombre de Pacto de familia. Según dicho tratado de “amistad e unión”,

¹ *Colección de los Tratados de Paz, alianza, comercio etc ajustados por la Corona de España con las potencias extranjeras desde el reinado del Señor Don Felipe Quinto hasta el presente*, tomo I, Madrid, Imprenta Real, 1796, p.115. Consultamos el texto del Acuerdo *online*.

“mirarán en adelante como enemigo común a la potencia que llegue a serlo de una de las dos Coronas”.²

De lo que verdaderamente se trataba era de la, para ellos inaceptable, hegemonía británica, no sólo en Europa sino también en América del Norte. Para hacer frente a los ingleses, era preciso conseguir que los Borbones reinantes en las Casas Reales de Europa se pusieran de acuerdo y se comprometiesen con un mismo proyecto. Por eso, además del tratado de amistad y unión, el Pacto de familia incluía un segundo tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva, en el que se combinaba la unión de las fuerzas de ambas Coronas y se establecía un acuerdo para las operaciones militares y para la paz. Incluía también una disposición relativa a Portugal. En este sentido, en 1761, Carlos III declaró la guerra a Inglaterra. Ahora bien, según Alberto Gil Novales, el objetivo de Carlos III al entrar en la guerra, en una altura en la que ya estaba perdida, era conservar el imperio español que corría peligro frente a la expansión inglesa en América.³ Y esto, a pesar de que los comerciantes españoles hubieran preferido la neutralidad.

Por lo que yo mismo he podido observar y averiguar en los papeles del antiguo Public Record Office, los ingleses eran conscientes de que el Pacto de familia se firmó para ayudar a que los Borbones ejecutaran su plan de someter a Europa⁴. Choiseul, a quien muchos consideran el instigador francés del Pacto de familia, partía del principio de que las exigencias de la guerra debilitarían las capacidades económicas de Inglaterra. Si, por un lado, se obligaba a que dicho país realizara un esfuerzo bélico en Europa y si, por otro, se conseguía impedir el comercio de Inglaterra con la Europa continental, aboliendo los productos británicos de España, Nápoles, Sicilia, Holanda y naturalmente de Francia, el imperio inglés se desmoronaría.

Aún así, quedaba un problema y óbice para la concretización del plan: era Portugal y su alianza con Inglaterra. Por un lado, la situación geográfica de este país propiciaba la posibilidad de abastecimiento fácil en caso de guerra. Por otro lado, constituía una puerta abierta para el comercio inglés y, adicionalmente, las colonias portuguesas, sobre todo Brasil, garantizaban el suministro de materias primas para la industria británica.

² *Colección de los Tratados de Paz...*, ob. cit., p.117.

³ Alberto Gil Novales, *Política y Sociedad*, en *Historia de España*, Manuel Tunõn de Lara (dir.), tomo VII, 2ª ed, 8ª reimpresión, Barcelona, 1988, p. 218.

⁴ The National Archives, Secretaries of State. State Papers Foreign Portugal, SP 89/55, fl. 22.

Ese obstáculo, que al contrario que el país, no era pequeño, tenía que extirparse. Pero, ¿cómo? ¿Cuál sería, entonces, el papel de Portugal?

Es sabido que el rey de Portugal, José, aunque no era Borbón, estaba casado con una hija de Felipe V, Mariana Victoria, con lo que entraba en la familia por esa vía. De hecho, su padre, Juan V ya había estrechado las relaciones con los Borbones españoles de algún modo porque su hija María Bárbara de Braganza se casó con el Príncipe de Asturias, D. Fernando, que se convertiría en Fernando VI de España. Pero entonces, las razones de la doble aproximación de Portugal a la Corona de España tenían más que ver con los problemas fronterizos en América del Sur que propiamente con problemas europeos.⁵ En Europa, Portugal hacía todo lo posible para mantenerse neutral. Pero, en el fondo, a Francia tampoco le agradaba dicha neutralidad. Para conseguir atraer a Portugal a su terreno, primero intentó negociar. Ya en 1756 Choiseul encargó a su embajador en Lisboa, el Conde de Merle, que negociara un tratado comercial con Portugal que garantizara a los franceses las mismas ventajas de las que disfrutaban los ingleses en Brasil.⁶ Pero el llamado «caso de Lagos» en 1759 (Francia exigía que Portugal obligase a los ingleses a devolver los prisioneros tomados en Lagos, en el Algarve) impidió que el acuerdo llegara a buen puerto. Y de la negociación se pasó a la imposición.

Como ya dijimos anteriormente, la convención secreta del tratado del Pacto de familia incluía una cláusula que obligaba a Portugal a cerrar sus puertos a los ingleses: he aquí el texto del artículo VI:

O rei de Portugal será convidado a aceder a esta intervenção, pois não é justo que S.M.F. permaneça como espectadora tranquila das dissensões das duas Cortes [França e Espanha] com a Inglaterra e continue a ter os seus portos abertos aos ingleses e a enriquecer assim os inimigos dos dois soberanos, enquanto estes se sacrificam pelo proveito comum de todas as nações marítimas.

7

⁵ António Álvaro Dória, “Bourbons e Portugal”, en *Dicionário de História de Portugal*, vol. I, Lisboa Iniciativas Editoriais, 1971, p. 361.

⁶ António Álvaro Dória, “Intervenção de Portugal na Guerra dos Sete Anos”, en *Dicionário de História de Portugal*, vol. III, Lisboa, Iniciativas Editoriais, 1968, p. 849.

⁷ Extraímos la cita de António Álvaro Dória, *Intervenção de Portugal...*, ob. cit., p. 849. Álvaro Dória sitúa el texto de esta transición como perteneciente al artículo VI del Pacto de familia. Tal vez sea el artículo VI de dicha convención secreta. Porque en el texto principal del tratado de unión y amistad no hay ninguna alusión a Portugal.

Precisamente el 10 de febrero de 1762 llegó a Portugal Jacques O'Dunne para, junto con el embajador español José Torrero, conseguir que el rey se adhiriera a la Liga que se formó como consecuencia del Pacto de familia. Adhesión que pretendían conseguir por las buenas o por las malas. De hecho, O'Dunne recibió instrucciones para amenazar con un "ultimátum", en caso de que fracasara la vía diplomática y Portugal rechazase unirse al Pacto de familia y renunciar a su alianza ofensiva con Inglaterra.⁸

Pero las cosas fueron mal desde el principio para el embajador francés, ya que el rey de Portugal estaba fuera de la capital, precisamente en Salvaterra de Magos y no mostraba prisa alguna en volver a Lisboa. Portugal jugaba con la baza del tiempo para evitar la guerra abierta contra Francia y España. (Carta de 20.2.1762).⁹ No fue hasta el 12 de marzo, casi un mes después, cuando se anunció la llegada de la familia real a Lisboa. (carta de Hay a Earl of Egremont de 12.3.1762).¹⁰ Evitar la guerra durante el mayor tiempo posible era un propósito declarado, como lo sería más tarde en el contexto del bloqueo continental.¹¹

Del mismo modo, tal y como ocurriría en 1806-1809 Francia, mediante presiones diplomáticas, de exposiciones escritas o *Memorias*, intentaba convencer a Portugal de que la tutela inglesa era nociva y opresiva para el país y que el reino sólo obtendría ventajas al cambiar a los ingleses por sus aliados preferenciales en la Europa continental. La respuesta de José, a través del Secretario de Estado Luís da Cunha Manuel, estuvo dictada por razones pragmáticas: Inglaterra no le había hecho nada malo que justificara la ruptura unilateral de la antigua alianza por parte de Portugal, por lo que proponía ejercer un papel de mediador en lugar de beligerante.¹² El rey "padre de sus súbditos, no consentirá nunca exponerlo a las calamidades de una guerra ofensiva."¹³

Los dos embajadores negaron al rey de Portugal el papel de mediador que reivindicaba y le informaron, antes de retirarse a finales de abril,¹⁴ de hecho sin despedida formal,

⁸ Francis David, *Portugal 1715-1808 Joanine, pombaline and rococo Portugal as seen by British diplomats and traders*, Londres, Tamesis Book, 1985, p. 147.

⁹ The National Archives, Portugal, *SP 89/55*, fl.97.

¹⁰ The National Archives, Portugal, *SP 89/55*, fl.118.

¹¹ The National Archives, Portugal, *SP 89/55*, fl.120.

¹² Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal (1750-1807)*, vol. VI, Lisboa, Verbo, 1982, p. 57.

¹³ António Álvaro Dória, *Intervenção de Portugal...*, cit., p. 850.

¹⁴ David Francis, *Portugal...*, cit., p. 147.

que las tropas españolas atravesarían la frontera portuguesa, y que tenía la opción (y las consecuencias en cada caso) de recibirlas como amigas o como enemigas. Curiosamente en 1807, 1809 y 1810 los generales franceses repitieron ad nauseam la misma cantinela: las tropas francesas vienen como amigas, no pretenden hacer ningún mal ni causar perjuicio alguno al país ni a los portugueses, el verdadero enemigo es el inglés.

El rey José no ignoraba que objetivamente Portugal no podía librarse del dramático dilema: unirse al Pacto de familia (lo que implicaba enemistarse con Inglaterra, con las consecuencias nefastas para su imperio ultramarino) o ser conquistado por las tropas españolas. A menos que Inglaterra cumpliera con su parte, que era la de proteger a Portugal y protegerse de este modo a sí misma. Y esto último fue lo que acabó ocurriendo, como veremos.

Aunque no sea mi intención entrar en pormenores sobre las operaciones militares en Portugal en la Guerra de los Siete Años, sí recordaré que en Lisboa, en 1762, se llegó a temer que la capital fuera atacada y, por eso, había naves preparadas para transportar a la corte portuguesa a Brasil en caso de que fuera absolutamente necesario.¹⁵ Lo que no debe olvidarse cuando se intenta interpretar negativamente la salida real de la corte a Brasil en 1807.

2.1 – Bloqueo continental

Napoleón, más adelante, concebiría una filosofía y objetivos similares a los de la Guerra de los Siete Años, al decretar el bloqueo continental. Es decir, para Napoleón, el modo de derrotar a Inglaterra e impedir que siguiera reforzando la ya antigua talasocracia, pasaba por asfixiarla económicamente en Europa, cerrándole los mercados europeos, prohibiendo que todo navío procedente de Inglaterra o de sus colonias amarrara en cualquier puerto continental.

No deja de ser curioso (y esto puede señalarse como una diferencia en relación a 1761) que, en el decreto de Berlín de 21 de noviembre de 1806, Bonaparte pretendiera obligar a Inglaterra a probar su propia medicina. Es decir, según la explicación del emperador en el preámbulo del decreto, Inglaterra fue la primera en ejercer injusta e injustificadamente la práctica del bloqueo, considerando enemigo a todo aquél que perteneciese a un estado enemigo, tomando como prisioneros de guerra a navíos puramente comerciales y a sus mercaderes que nada tenían de guerreros a no ser su

¹⁵ António Álvaro Dória, “Intervenção de Portugal”..., cit., p. 851.

pertenencia a un país no amigo. Ese “monstruoso abuso del derecho de bloqueo, como se dice en el decreto, tenía como objetivo impedir las comunicaciones entre pueblos y erguir el comercio y la industria de Inglaterra sobre las ruinas de la industria y del comercio del continente”.

Cet abus monstrueux du droit de blocus n'a d'autre but que d'empêcher les communications entre les peuples et d'élever le commerce et l'industrie de l'Angleterre sur la ruine de l'industrie et du commerce du continent.¹⁶

De ahí que se decretase que las islas de Inglaterra se consideraban inmediatamente en estado de bloqueo, prohibiéndose todo contacto de los continentales con dichas islas. Súbditos de Su Majestad encontrados en los territorios dominados por las tropas francesas o de sus aliados, mercancías, propiedades, tiendas, todo debía ser confiscado. Y los navíos que vinieran directamente de Inglaterra o de las colonias inglesas no podían ser recibidos en ningún puerto. En suma, quedaba prohibido en el continente el comercio de mercancías inglesas así como el comercio con los ingleses.

Y, nuevamente, Portugal tuvo que enfrentarse a la creciente presión diplomática francesa, que intentó por todos los medios demostrar a Portugal la inutilidad de la alianza inglesa¹⁷ y la conveniencia de situarse del lado de Francia. Como afirma Borges de Macedo, Portugal no tenía ninguna posibilidad de escapar del bloqueo integral¹⁸. Y si se negaba a cumplirlo, eso le llevaría a la ocupación militar, lo que resultó más claro e inevitable tras el tratado de Fontainebleau del 27 de octubre de 1807. Pero las medidas preventivas, entre las que destaca la retirada del rey, ya se habían decidido cinco días antes mediante un tratado secreto entre Inglaterra y Portugal¹⁹. Portugal, al igual que en 1762, después de intentar mantenerse neutral hasta el último momento y, como bien analiza António Pedro Vicente, después de tratar de “agradar a griegos y troyanos”,²⁰

¹⁶ Artículo 5 del Decreto de Berlín.

¹⁷ Jorge Borges de Macedo, *História Diplomática Portuguesa. Constantes e linhas de força*, s/l, Instituto de Defesa Nacional, s/d., p.341.

¹⁸ Jorge Borges de Macedo, *História Diplomática Portuguesa...*, cit., p. 342. Jorge Borges de Macedo, *O bloqueio continental. Economia e Guerra Peninsular*, 2ª ed., Lisboa, Gradiva, 1990.

¹⁹ Jorge Borges de Macedo, *História Diplomática Portuguesa...*, cit., p. 350-351. El acuerdo se firmó el 22 de octubre de 1807.

²⁰ António Pedro Vicente, *O tempo de Napoleão em Portugal. Estudos Históricos*, 2ª edição, Lisboa, Comissão Portuguesa de História Militar, 2000, p. 14.

comprende que tiene que decantar la balanza y, dados sus intereses más profundos, se decide por el lado inglés.

Considero que tenemos que retroceder al Pacto de familia y a la segunda mitad del setecientos para comprender cabalmente la postura de Portugal en el tablero europeo en el contexto de las invasiones francesas.

3- ¿Cómo apreciar y evaluar la actitud de Portugal frente a Inglaterra? ¿Habrá sido Portugal un juguete en manos de su vieja aliada?²¹ ¿Cómo trataba Inglaterra a Portugal?

3.1 – En el año 1750, cuando José I subió al trono, la dependencia de Portugal frente a su vieja aliada resultaba innegable y la discriminación negativa que habían sufrido los negocios portugueses por parte del gobierno inglés había incomodado e incluso indignado al antiguo Enviado Extraordinario de Portugal y del rey Juan V a la corte de Jorge II, que era precisamente Sebastião José de Carvalho e Melo, futuro Conde de Oeiras y Marqués de Pombal.²²

La época ministerial de Carvalho e Melo parece haber estado marcado por una voluntad de cambio en la relación de Portugal y de su gobierno con los ingleses, para lograr una mayor afirmación de Portugal. Los británicos lo sintieron, se extrañaron y parece que lo temieron. Prueba de eso puede ver si se investiga en el antiguo Public Record Office: nunca, hasta entonces, los servicios diplomáticos de Inglaterra en Portugal habían estado tan activos y presionando tan continuamente ante la corona portuguesa, por las razones que exponemos a continuación.

Lo cierto es que a veces Portugal era maltratado en Inglaterra. En una conferencia de Edward Hay, embajador inglés en Lisboa, con el Conde de Oeiras en marzo de 1767, se habló de un panfleto surgido en Londres, meses atrás, cuya autoría se atribuía a los

²¹ Sobre este asunto, Vid. Francisco Ribeiro da Silva, Os ingleses e as circunstâncias políticas do negócio dos vinhos do Douro e Porto (1756-1800) en *Douro. Estudos & Documentos*, Actas del «2º Encontro Internacional de História da Vinha e do Vinho no Vale do Douro», núm.18, Porto, 2005, pp. 93-111.

²² Vid. sobre el asunto, Sebastião José de Carvalho e Melo, *Escritos económicos de Londres (1741-1742)*, selecção, leitura e notas de José Barreto, Lisboa, Biblioteca Nacional, 1986. Joaquim Veríssimo Serrão, *O Marquês de Pombal, o Homem, o diplomata e o estadista*, Lisboa, 1987, pp. 34-36.

jesuitas y partidarios de Francia y España en los que se injuriaba a la persona de José I. El Conde de Oeiras aprovechó para censurar veladamente la libertad de prensa de Inglaterra. Y lo hizo recordando que, mientras que en Reino Unido circulaban dichos panfletos, en Francia y España se escribía que Portugal, esclavo de Inglaterra, estaba gobernado por el Consejo británico y que sus riquezas y recursos provenientes de Brasil iban derechos a los cofres de Londres. Por cierto que, en 1756 se publicó en Francia un libro titulado *Discours politique sur les avantages que les portugais pourraient retirer de leur malheur et dans lequel on developpe les moyens que l'Angleterre a mis en usage pour ruiner le Portugal* traducido al castellano en 1762 con el título *Profecía política verificada en lo que está sucediendo a los portugueses por su ciega afición a los ingleses*.²³ Ya se habían enviado a Portugal varias copias, pero habían sido aprehendidas.

Sebastião José de Carvalho e Melo sacó a colación estas ocurrencias en su conferencia con el embajador británico para sacar réditos en el sentido de aliviar la presión inglesa que se venía ejerciendo a favor de sus comerciantes de vino.

De todos modos, creo que las relaciones diplomáticas entre Portugal y Gran Bretaña pasaron por momentos críticos, sobre todo tras la Guerra de los Siete Años. Aún así, las circunstancias del comercio del vino de Oporto y de los comerciantes ingleses en Portugal, además naturalmente de la importancia estratégica de los puertos portugueses, llevaron a Inglaterra a apoyar militarmente a Portugal, mediante la acción del Conde de Lippe y de otros jefes militares de reconocida envergadura. Más aún: bajo el punto de vista del Conde de Oeiras, Inglaterra al defender a Portugal se protegía también a sí misma. Es decir, Portugal, al solicitar el auxilio británico, no lo hacía de rodillas ante Inglaterra, a pesar de la arrogancia e incluso de la grosería de algunos diplomáticos ingleses, grosería que, según algunos autores, fue muy utilizada por los embajadores de los países con pretensiones hegemónicas (Francia e Inglaterra) como arma psicológica para dar fuerza a sus exigencias.²⁴

²³ The National Archives, Portugal, SP.89/63, fls. 22-27. Apuntan en el mismo sentido las *Observations Politiques sur le Portugal*, Informe redactado en 1796 por Quantan St. Dominique, descubierto y divulgado por António Pedro Vicente, *O Tempo de Napoleão...*, ob. cit., pp. 133- 44.

²⁴ Jorge Borges de Macedo, *História Diplomática Portuguesa...*, ob. cit., p. 346.

Me explicaré mejor: creo que para el Secretario de Estado Carvalho e Melo las relaciones de Portugal con Inglaterra estaban concebidas en varios niveles, adquiriendo expresión y trato diferente dependiendo del nivel que se tratara. Para él una cosa eran las relaciones de un estado con otro, en las que se incluían las relaciones bilaterales, frente a intereses de terceros (en este caso Francia y España) y otra muy diferente la relación del poder instituido en Portugal con los intereses de los comerciantes británicos instalados en nuestro país, principalmente en las factorías de Lisboa y Oporto, pero también en las de Madeira y Coimbra. Por el contrario, los gobernantes ingleses, haciendo hincapié en los sucesivos tratados históricos, pretendieron meter todos los asuntos en el mismo saco, incluyendo los intereses privados de los comerciantes y los trató a todos como asuntos de estado. Y el descontento de los comerciantes ingleses se convirtió fácilmente en materia importante de la agenda del Foreign Office.

3.2 – Ahora bien, en la coyuntura de mediados de siglo, los ingleses, establecidos en Portugal, se sintieron fuertemente agraviados y opinaban que se atacaban sus intereses. Y, aparentemente tenían motivos para ello. ¿Por qué?

Porque Portugal, ejerciendo su derecho soberano, decidió fundar la Compañía General de la Agricultura de las Viñas del Alto Duero, con privilegio de monopolio, y demarcar un territorio preciso para la producción del vino de embarque que era la expresión usada para designar el vino de Oporto. Mediante dicha creación trató de sacudirse la tutela inglesa.

Los ingleses se alarmaron, protestaron ante las autoridades portuguesas y apelaron para que el Foreign Office les auxiliara.

Para comprender la situación, es necesario entender que los británicos dinamizaron y dominaron el comercio del vino del Alto Duero con Inglaterra desde el tercer cuarto del siglo XVII y, alrededor del negocio, habían urdido toda una red que incluía no sólo la comercialización sino también la producción. El propio transporte de la bebida pasó a efectuarse generalmente en barcos ingleses. El Tratado de Methuen de 1703 confirmó y

reforzó la excelencia de este comercio y abrió perspectivas de futuro para los comerciantes que negociaban con los vinos en Portugal.

Ahora bien, cuando surgió la *Companhia dos Vinhos*, los súbditos de Su Majestad presintieron la inminencia de la ruptura de dicha red y esto parece que les preocupó mucho. ¿Temían perder el dominio de las exportaciones a su país? Es cierto que muchos portugueses así lo deseaban e incluso lo declararon. Y ese temor por parte de los ingleses aparece manifiesto en algunos documentos, los días que siguieron a la publicación del decreto de la Compañía, pero en las décadas siguientes y hasta final de siglo únicamente se vio como un obstáculo que era preciso destruir. En 1763, Edward Hay, embajador británico, reflexionando sobre los objetivos del Conde de Oeiras en la fundación de las *Companhias Monopolistas de Comércio*, concluyó que ese propósito obedecía a un gran esfuerzo estratégico para suscitar en Portugal una clase de comerciantes capitalistas que eventualmente fuera capaz de sustituir, al menos parcialmente, a los extranjeros, en especial a los ingleses, que entonces dominaban el comercio exterior de Portugal.²⁵

De cualquier modo, Portugal y el Duero dependían demasiado del mercado inglés para que los gobernantes portugueses intentasen cualquier medida que pusiera en peligro el mantenimiento de ese mercado. Al contrario, era preciso recuperar el prestigio que, por diversas razones, había perdido el vino de Oporto ante los consumidores ingleses. Sería ingenuo pensar que los portugueses podrían encargarse del negocio. Para ello, era preciso que los ingleses dejaran (tenían muchos medios para impedirlo) y que los portugueses dispusiera de capital suficiente – lo que no se verificaba.

Lo que me parece que temían realmente los mercaderes británicos, más que su expulsión del negocio de los vinos, era la pérdida del control que ejercían sobre el negocio del vino del Duero, desde la producción hasta el comercio, con los beneficios que de ahí obtenían.

De hecho, la letra y el espíritu del largo permiso de fundación de la compañía les quitaba ese control a favor del proveedor y diputados de la nueva institución. Les

²⁵ The National Archives, Portugal, *SP 89/ 58, fl.* 120-122.

quedaba luchar por todos los medios para que la *Companhia dos Vinhos* cerrara o fracasara. Y lo hicieron de varios modos. Aquí únicamente señalaremos la oposición tenaz y duradera a través de la presión diplomática que, vía Londres, ejercieron sobre el gobierno de Portugal, intentando demostrar que los estatutos de la compañía eran contrarios a los acuerdos celebrados durante el siglo anterior entre ambos países. Y escribieron manifiestos que eran verdaderos tratados jurídicos contra la compañía.

No era raro que la Corte de Londres interviniera, escribiendo directamente al rey de Portugal, enviando embajadores especiales o simplemente mandando instrucciones limitadas a su embajador en Lisboa.

Ante las primeras arremetidas, Carvalho e Melo tuvo el cuidado de informar al embajador inglés de que la nueva compañía tenía como objetivo únicamente impedir la adulteración de los vinos y recuperar su crédito, pero en modo alguno pretendía perjudicar a los ingleses.²⁶ Idea ésta que sería recuperada en el prólogo del permiso y repetida una y mil veces.

3.3 – A comienzos de 1760 vino el primer enviado especial. Fue el Conde de Kinnoull, que llegó a Portugal como embajador extraordinario y plenipotenciario, y fue así recibido con todos los honores por la Corte portuguesa.²⁷

Su cometido principal fue forzar y reforzar hasta el descaro la protección a los súbditos británicos, para lo que presentó ante la cancillería de José I, en este caso al Secretario de Estado de los extranjeros y de la guerra, Luís da Cunha Manuel, dos largas exposiciones ambas fechadas el 13 de mayo de 1760, en las que denunciaba «nuevas e injustificadas dificultades». No llegando al atrevimiento de exigir la extinción de la propia compañía, se limitó a llamar la atención sobre puntos concretos y específicos que suscitaban objeciones y, por eso, debían revisarse. El embajador se permitía opinar «respetuosamente» que dichos puntos eran penosos e incompatibles con la libertad de

²⁶ The National Archives, Portugal, *SP 89/50*, fl. 320 (11.10.1756)

²⁷ The National Archives, Portugal, *SP 89/52*, fl. 27(29.3.1760)

comercio que se había consagrado mediante el Tratado de 1654 y confirmada por el de 1661.

Al final, se permitió añadir una observación final sutil pero discretamente irónica y chantajista: que era raro que una nación considerara favorable para sus intereses poner restricciones a la salida de sus propios productos y que, por eso, sería un halago por el favor e indulgencia que ciertamente se les daría a los británicos, especialmente porque Inglaterra era prácticamente el único país extranjero que consumía la mercancía en cuestión, un comercio finalmente tan útil para Portugal!²⁸

La respuesta portuguesa, que se vino a llamar «Deducción», desarrollada en 40 párrafos, fue preparada por los servicios del Secretario de Estado de los extranjeros, Luís da Cunha Manuel y resulta interesante por los argumentos que presenta sobre todo por la actitud. Una vez más, Portugal rechaza servilismos y responde con el mismo tono a la arrogancia británica. El documento luso remata invitando a los ingleses a desistir de la causa por falta de consistencia y de razón: el asunto era de naturaleza económica y no política y, por eso, no contradecía los Tratados celebrados.

La firme respuesta del Secretario de Estado debería haber calado o exasperado a los ingleses. Pero ni una cosa ni la otra. Lord Kinnoull hizo saber que replicaría. Sea como fuere, las quejas de los británicos contra la compañía y las autoridades portuguesas no cesaron, sino que más bien continuaron como si nunca se hubieran aclarado.

3.4 - El Conde de Oeiras, por su parte, seguía situando las relaciones diplomáticas de los dos reinos en un plano de interés mutuo a largo plazo y no en el de la intermediación oportunista de conveniencias ocasionales. Para él era indigno que los ministros de los dos gobiernos se ocuparan de «niñerías y bobadas» como llamaba a las quejas de los comerciantes británicos contra la *Companhia dos Vinhos*.²⁹ Pero los ingleses jamás hicieron tabula rasa con los intereses de sus comerciantes. Esta preocupación es bien

²⁸ The National Archives, Portugal, *SP 89/52*, fls. 141-146.

²⁹ The National Archives, Portugal, *SP 89/ 58*, fl. 206V.

visible, en nuestra opinión, en la evolución de las negociaciones relativas a la Guerra de los Siete Años.

Ante la probabilidad de un ataque español, tras la firma del Pacto de familia el 15 de agosto de 1761,³⁰ Sebastião José no dudó en solicitar a Inglaterra un fuerte y rápido auxilio naval y militar, sugiriendo el número de 45.000 a 50.000 hombres. Lo hizo en enero de 1762,³¹ convencido de que la invasión sería inminente. Pero, al dirigir su petición, recordaba sin rodeos que «gran desgracia acontecería a Inglaterra si Portugal fuera conquistado».³² ¿Qué desgracia? Declara que, si no se le prestaba auxilio, Portugal, que no contaba con recursos debido al terremoto de 1755 y a las luchas en América, no tendría más remedio que refugiarse en Lisboa y defender la capital. Parece evidente que lo que el político portugués pretendía decir a los ingleses es que la ciudad de Oporto, donde las familias e intereses británicos eran muy sensibles, serían dejadas a su suerte.

Pombal sabía que Inglaterra no sería indiferente frente a este escenario. Esa cuasi certeza de auxilio ayuda a explicar la calma que aparentaban los ministros portugueses, para escándalo del diplomático británico que consideraba que «los pobres portugueses están en las más lamentables condiciones – expuestos a una invasión española en Portugal y a un ataque inglés en Brasil si capitulan ante los españoles».³³ Aún así, en la misma época, el embajador inglés reconocía y elogiaba la firmeza y el valor de José I y del Conde de Oeiras en un escenario de crisis, así como su fidelidad a la alianza inglesa.³⁴

Inglaterra respondió y mandó inicialmente un cuerpo de 6.000 infantes y un escuadrón de dragones, bajo el mando del célebre Lord Tyrawly que en su corto paso lo único que hizo fue denigrar a Portugal y a los portugueses. Pero Gran Bretaña procuró señalar claramente que se ofrecía a ayudar a Portugal, no en virtud de cualquier «causa común», expresión muy apreciada por el Conde de Oeiras, sino por fuerza de los Tratados de

³⁰ Joaquim Veríssimo Serrão, *História de Portugal*, ob. cit., p. 57

³¹ The National Archives, Portugal, SP 89/55, fls. 22-25 (Carta de E. Hay al Conde de Egremont)

³² The National Archives, Portugal, SP 89/55, fl. 25.

³³ The National Archives, Portugal, SP 89/55, fl. 38.

³⁴ The National Archives, Portugal, SP 89/55, fl. 71.

1661 y 1703.³⁵ Es obvio que esta argumentación se destinaba a forzar el mantenimiento e incluso el incremento, si fuera posible, de los privilegios supuestamente consagrados en dichos Tratados bilaterales que, como decimos, estaban amenazados. Por cierto que el rey no tenía ningún pudor en mandar decir al Conde de Oeiras que esperaba que la ayuda militar hiciera que los ministros portugueses fueran más favorables a los intereses ingleses. Intereses sobre todo en el sector de los vinos.³⁶

Por su parte, en este interminable juego de ajedrez, el Enviado Plenipotenciario de Portugal a Londres reafirmaba al Conde de Egremont que la potencia que tenían en mente Francia y España era Inglaterra. Por consiguiente, la colaboración de este país era condición indispensable para evitar la «ruina de millares de familias británicas».³⁷

Es en este marco en el que el enviado a Portugal el Conde de Schaumbourg-Lippe llegó a Lisboa el 22 de junio de 1762.³⁸ Este oficial fue desde el inicio capaz de descubrir virtudes y cualidades donde Tyrawly sólo había visto atrasos y defectos incorregibles. Tal vez por eso fue tan eficaz, tan celebrado por los portugueses y tan premiado por el rey de Portugal.³⁹ Lo mismo ocurriría más adelante con el duque de Wellington.

3.5 – En el punto álgido de la refriega, afloraron visiblemente las quejas de los mercaderes británicos, que nunca habían desaparecido y, al menos aparentemente, se reforzaron las relaciones entre estados. Pero, una vez aliviada la presión de la guerra sobre Oporto por la retirada de las tropas españolas de Trás-os-Montes, los comerciantes ingleses quisieron retomar el tema de los “excesivos” privilegios de la *Companhia*, invirtiendo con fuerza a partir de julio de 1762. El propio rey inglés se mostraba sensible a las quejas de los comerciantes británicos y mandó avisar de que desearía hacer «serias demostraciones» a la Corona portuguesa si la situación no fuera

³⁵ The National Archives, Portugal, *SP 89/55*, fl. 159 (Carta de Edward Hay al Conde de Egremont)

³⁶ The National Archives, Portugal, *SP 89/56*, fl. 1. (carta de Egremont a E. Hay).

³⁷ The National Archives, Portugal, *SP 89/55*, fls. 174-176 (Carta de Melo e Castro al Conde de Egremont)

³⁸ The National Archives, Portugal, *SP 89/56*, fl. 234

³⁹ Fue muy homenajeado en Oporto (The National Archives, Portugal, *SP 89/59*, fl.65-66) y por la Corona de Portugal (The National Archives, Portugal, *SP 89/57*, fls. 148-149).

tan crítica. Y aprovechaba para declarar que esperaba que esta crisis hiciera que el Conde de Oeiras se mostrara más razonable.⁴⁰

Éste, sin embargo, parece no ceder en rigurosamente nada. En 1763 reafirmó sin rodeos que las quejas de los comerciantes contra la compañía no tenían razón de ser y que, aun en el supuesto de que el tratado de 1703 estableciera total reciprocidad, en realidad, los comerciantes británicos en Portugal gozaban de más privilegios que los portugueses en Inglaterra,⁴¹ denuncia que, de hecho, no era nueva.⁴²

Inglaterra seguía argumentando sobre la incompatibilidad entre los Tratados y las nuevas leyes que iban saliendo en Portugal. E intentaba sacar provecho de las carencias del reino en esta coyuntura, poniendo de un lado la rápida y eficaz protección y ayuda suministrada por Gran Bretaña no sólo en Europa sino también en América, en la zona de Río de la Plata y del otro, la inflexibilidad de Portugal.

La tensión subyacente a las respuestas lusas no impedía que el Conde de Oeiras cultivara con los ingleses las normas adecuadas de cortesía: en 1762 los oficiales británicos quisieron subrayar sus buenos modales:

“was particularly polite and attentive to them”.⁴³

Sin desistir jamás, Inglaterra fue esperando, incluso cuando el resultado fuera nulo.

“I have not been to gain one step” - informa desolado el embajador inglés Edward Hay escribiendo a Londres sobre el resultado de otra conferencia con el Conde de Oeiras.⁴⁴

3.6 - En breve, “el firme pero amigable lenguaje”⁴⁵ de los británicos se endurecería. En 1767 William Lyttelton fue nombrado Enviado Extraordinario y Plenipotenciario ante el rey de Portugal, recibiendo instrucciones para proteger los intereses de los británicos costase lo que costase, durante su estancia.

⁴⁰The National Archives, Portugal, *SP 89/56*, fl. 8-9 y *SP 89/55*, fl. 174.

⁴¹The National Archives, Portugal, *SP 89/58*, fl. 40-42.

⁴²Joaquim Veríssimo Serrão, *O Marquês de Pombal...*, **cit.** p. 33.

⁴³The National Archives, Portugal, *SP 89/56*, fl.253-254.

⁴⁴The National Archives, Portugal, *SP 89/58*, fl. 40-42.

⁴⁵The National Archives, Portugal, *SP 89/60* (Carta del Conde de Halifax a E. Hay de 5.3.1765).

Las relaciones de Lyttelton con la Corte portuguesa, al menos al principio, no estuvieron marcadas por la delicadeza. A la dura *Promemoria* del 14 de abril, contra la *Companhia dos Vinhos*, Sebastião de Carvalho e Melo respondió por escrito el 7 de julio del mismo año, usando el mismo tono. Como él mismo escribió, las quejas de los comisarios ingleses en Oporto que el Enviado de Inglaterra reproducía eran “afectadas y maliciosas”, debiendo sus autores calificarse de “inícuos y perturbadores del orden público y de la buena armonía que los intereses recíprocos consideran necesaria entre las dos Cortes”.⁴⁶

Dicha respuesta no debió ser del agrado del Enviado. Pero, a juzgar por los escritos de Sebastião José, hasta 1772 las quejas inglesas se calmaron un poco.

3.5 – Esto no era todo. La rudeza máxima y la arrogancia de los viejos aliados de Portugal alcanzaron una situación extrema, olvidándose las buenas maneras y superando los límites de lo aceptable. Esto fue lo que ocurrió con el Enviado extraordinario Robert Walpole, descendiente por cierto del Primer Ministro de Jorge I y tan bruto como su antepasado,⁴⁷ que asesorado por el cónsul John Hort (a quien el Marqués de Pombal define como “orgullosa, inquieto y arrogante”) fue recibido el 8 de abril de 1772. Ahí no tuvo reparos en enfurecerse o hacer que se enfurecía «contra las injusticias y violencias que la junta de la compañía cometió contra los ingleses en la ciudad de Oporto». Ante la recomendación de que mantuviera la calma, declaró que sólo lo haría si el ministro portugués enviaba inmediatamente a Oporto un correo con órdenes para que cesaran “dichas injusticias y violencias cometidas contra los ingleses”. Pero lo peor era que el Enviado británico no se cohibió en afirmar que quien tenía razón era Lord Tyravly al aconsejar que “en Lisboa no se debía negociar, sino amenazando y ordenándonos lo que debíamos hacer; porque él así lo había hecho siempre con el éxito de obligarnos por miedo si no podía persuadir razonando”.⁴⁸

¿Cómo reaccionó Sebastião José al desplante de este “mozo verde y mal instruido ministro británico”? Él mismo nos lo aclara:

⁴⁶ British Library, *Add*, 20.847, fl. 57-57v.

⁴⁷ A Robert Walpole, Ministro de Jorge I, le “apasionaba la mesa, la bebida y la caza, despreciando a escritores y artistas”. Denis et Blayau, *Le XVIIIe siècle*, París, 1970, p. 101.

⁴⁸ British Library, *Add*, 20.847, fls. 58-58v.

depois de ouvir o dito Enviado com o semblante mais sezudo e serio de que me pude revestir, sem o interromper nas suas exclamações puéris e fgozas, lhe respondi em hum tom suave e por termos curtos e decizivos.

Lo que le dijo fue que él acababa de llegar y que no había tenido tiempo para informarse convenientemente; que Oporto quedaba lejos de Lisboa, a más de 50 leguas, que los comerciantes de los que hablaba eran unos simples particulares que osaban acusar a los ministros de un tribunal respetable erigido por su majestad para el bien recíproco y común de ambas naciones. Y que las quejas estaban siendo debidamente sopesadas. Y así despidió al Enviado.

Creo que este episodio arroja luz sobre la relación del Marqués de Pombal con los ingleses en lo relativo a asuntos económicos: cortés pero firme en la disposición de contener a los ingleses en límites razonables, tratando de restituir cierto protagonismo perdido a los portugueses. La defensa de la *Companhia Geral da Agricultura das Vinhas do Alto Douro* fue una tarea a la que parece que jamás renunció. Por otro lado, la idea de la necesidad de la “reciprocidad” de ventajas y de igual trato para los comerciantes de las dos naciones fue una nota en la que siempre insistió y que siempre se invocaba cuando los ingleses denunciaban la violación de los Tratados.

Resulta de todo cuanto se dijo sobre los ingleses que al vino de Oporto, además de su valor económico, se le debe acreditar un gran papel diplomático.

3.6 – Otro tema que se plantea es si, en este marco, la alianza luso-británica estuvo en peligro por iniciativa del Conde de Oeiras.

Pensamos que no fue así. Los intereses de Portugal, que no sólo se referían al peso del vino en la economía, sino también al mantenimiento de la propia independencia nacional, no permitían veleidades...

Lo cierto es que el problema surgió y los ingleses sospecharon de las intenciones de Portugal en aquella coyuntura. En la documentación que revisamos, al menos en dos

momentos la corte británica planteó la cuestión de la fidelidad portuguesa: la primera fue a propósito de la reanudación de la correspondencia, a partir de septiembre/octubre de 1762, entre la reina de Portugal, Mariana Victoria, y la reina madre de España, Isabel de Farnesio. Se explicó oficialmente que se trataba de correspondencia puramente familiar y que no ponía en peligro la alianza.⁴⁹

El segundo fue en febrero de 1766. El Conde de Oeiras hubo de enfrentarse a una pregunta incómoda en una entrevista confidencial que concedió a Edward Hay. El embajador quiso saber el fundamento del rumor que corría de que Portugal se uniría al Pacto de familia. La reacción que obtuvo fue una negativa indignada por parte de Carvalho e Melo, a pesar de la información de que Portugal mantuvo muchos contactos con las cortes de París y Madrid entre 1766 y 1768.⁵⁰ Pero la respuesta de Sebastião José convenció al diplomático inglés quien, en su correspondencia, transmitió a Londres que mientras el ministro portugués intentase minar el comercio británico, era señal de que no quería abandonar la alianza anglo lusa.⁵¹

3.7 – La actitud activa de rechazo ante cualquier servilismo por parte de Portugal también se manifiesta en otros aspectos que llamaría simbólicos, pero no despreciables: El primero era el idioma que se utilizaba en las relaciones bilaterales. Sabemos que la lengua de comunicación oficial entre la corte portuguesa y los ministros ingleses era el francés. Lo cierto es que no conseguimos encontrar ningún protocolo bilateral en el que se estipulara dicho uso, pero era así como ocurrían las cosas y los Archivos ingleses están llenos de papeles redactados en francés en los *dossieres* relativos a Portugal. Ahora bien, lo que ocurrió fue que Sebastião José rechazó utilizar cualquier otra lengua que no fuera ésa con el Conde de Laundon que sustituyó a Lord Tyrowly al mando de las tropas inglesas en Portugal en el verano de 1762. Inicialmente no parece que hubiera ningún tipo de malentendido. El comandante militar inglés dirigía peticiones de apoyo logístico al gobernante portugués que éste satisfizo, con mayor o menor dificultad.

⁴⁹ The National Archives, Portugal, SP 89/57, fl. 208-209.

⁵⁰ Susan Schneider, *O Marquês de Pombal e o vinho do Porto. Dependência e subdesenvolvimento em Portugal no século XVIII, Lisboa A Regra do Jogo, 1980*, p. 189 (citando a Dauril Alden, *Rival Government in Colonial Brazil*, Berkeley, 1968, pp. 106-108).

⁵¹ The National Archives, Portugal, SP 89/62, fl. 35.

Pero en una ocasión en la que el comandante le solicitó la entrega de una gran cantidad de mulas, el ministro portugués le respondió con gran retraso, justificándose del modo siguiente: miró con atención su carta, pero como venía escrita en inglés, no la entendió y tuvo que pedir a alguien que la tradujera.

La correspondencia entre ambos se fue haciendo cada vez más mordaz, no sólo a causa de una cuestión del idioma sino también porque no siempre fue posible corresponder totalmente a las exigencias de Lord Laundon en materia de apoyo logístico. Fue necesaria la intervención del embajador en Lisboa, Edward Hay, que parece haber conseguido restablecer el entendimiento entre ambos.⁵²

Otro tema fue el del emplazamiento físico de las tropas portuguesas frente a las inglesas: ¿cuál de los grupos debía ocupar la derecha y cuál estaría a la izquierda? En Portugal, todos estaban de acuerdo en que las tropas inglesas debían estacionarse a la izquierda de las portuguesas. ¿Pero en España? En julio de 1762, el Conde de Oeiras defendía vigorosamente que debía ser igual en ambos sitios, mientras que había otros que querían ver las tropas portuguesas a la izquierda, cuando se encontraran en territorio español. El mismo asunto fue de nuevo discutido el 31 de agosto de 1762, sin que se alterase la postura de Sebastião José.⁵³

En el mismo orden de preocupaciones debemos situar finalmente la pretensión pombalina de reservar para Portugal el comando de la flota anglo-portuguesa de protección a los navíos que regresaban de Brasil el verano de 1762.⁵⁴

4 - Conclusión

A pesar de que, en términos económicos y geoestratégicos, la alianza de Portugal con Inglaterra favoreció mucho más a la isla, Portugal también se benefició. La historia del vino de Oporto, principalmente de su comercialización, así lo atestigua, a pesar de las

⁵² The National Archives, Portugal, *SP 89/57*, fls. 136-138.

⁵³ The National Archives, Portugal, *SP 89/57*, fl. 6/6v. y fl. 95.

⁵⁴ The National Archives, Portugal, *SP 89/56*, fl. 223.

continuas reclamaciones de los británicos contra la compañía fundada por el Marqués de Pombal. Portugal era consciente de que sufría de varias dependencias, pero también que podía ofrecer éxitos importantes a su aliado. Durante las décadas que van del Pacto de familia al bloqueo continental, pese a ser consciente de las debilidades y de la necesidad de apoyo, los gobernantes portugueses dieron múltiples muestras de rechazo ante cualquier actitud de servilismo frente a su tradicional aliado. Al pedir auxilio a Inglaterra, Portugal invocaba las conveniencias de una «causa común» e insistía en el argumento de que Inglaterra sufriría una gran desgracia si Portugal fuese vencido y subyugado. Sabemos que no todo funcionó bien en esta alianza. El abandono al que Inglaterra sometió a Portugal en la negociación de los tratados de paz, principalmente el de 1763, exasperó al embajador de Portugal en Londres, Martinho de Mello. Pero, pese a las quejas de uno y otro lado y de la arrogancia inglesa, la alianza sobrevivió y Portugal se mantuvo independiente, a pesar de los negros nubarrones que suponían el Pacto de familia y el bloqueo continental.

*CIUDAD RODRIGO: PREPARACIÓN DEFENSIVA Y ACTIVIDAD POLÍTICA*⁵⁵

Enrique Martínez Ruiz
Universidad Complutense Madrid

⁵⁵ Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación HAR2009-11830, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

La estratégica posición de Ciudad Rodrigo –comparable a la de Almeida al otro lado de la frontera-, en una de las vías de comunicación más accesibles entre España y Portugal, no había pasado desapercibida a Napoleón, que la convierte en una de las principales bases logísticas del Primer Cuerpo de Expedición de La Gironde, que para invadir el reino luso en otoño de 1807 había cruzado España mandado por Junot y en su marcha el general francés pudo comprobar la excelente posición de la plaza; por eso, en cuanto tiene noticia de la sublevación española es plenamente consciente de la importancia de la ciudad.⁵⁶

En las fechas que siguen a ese otoño podemos ver dos procesos simultáneos en lo que a Ciudad Rodrigo se refiere. Uno es el marcado por los acontecimientos militares, en los que la “peculiaridad” mirobrigense está unida a la de Almeida: dos plazas fuertes de distintos países que los planes napoleónicos y los ingleses relacionan estrechamente hasta el punto de imponerles –casi- un destino común. El otro proceso es el que podemos denominar político-ciudadano y se desarrolla dentro de Ciudad Rodrigo, cuyas autoridades marcan la pauta en la resistencia urbana y en la nueva fisonomía ciudadana que se deriva de ella. Ambos procesos están íntimamente relacionados entre sí. Una vez que llegan las tropas de Ney el 25 de abril de 1810 y se inicia el asedio, el proceso castrense se impone claramente, reclamando todas las energías de los mirobrigenses. El análisis de ese espacio temporal es nuestro objetivo en esta ocasión. Veamos la dinámica de dichos procesos.

Ciudad Rodrigo y Almeida en el marco de las operaciones en el eje del Duero.

La significación de Almeida y Ciudad Rodrigo en el plano militar ha sido puesta de relieve reiteradamente, por lo que aquí bastará con hacer una somera recapitulación.⁵⁷

⁵⁶ Empezaban a ser premonitorio el contenido del informe del general Buernonville enviado a Napoleón a principios de 1808, donde le advertía respecto a España y no sin exageración: “No hay carreteras, no hay medios de transporte, no hay casas, no hay tiendas, no hay recursos en un país donde la gente sólo se calienta al sol y vive de la nada. El español es bravo, audaz y orgulloso. Es un perfecto asesino. Esta raza no se parece a ninguna otra. Solamente se dan valor a sí mismos y únicamente aman a Dios, al que sirven muy deficientemente”, vid. en Miguel Martín Mas, *Ciudad Rodrigo 1810. El desafío de Herrasti*, Madrid, Almena, 2007, p. 12.

⁵⁷ Sírvanos como referente el párrafo que sigue: “Los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida [...] llevados a cabo por los franceses ante la sorprendentemente cercana presencia de un ejército aliado anglo-portugués, tuvieron un desenlace que, sin duda, influyó en el resultado final del conflicto. Aunque no infligieron bajas cuantiosas, el tiempo empleado en ellos constituyó un factor decisivo para ambos contendientes. Para los aliados, la ganancia de tiempo gracias a estos asedios significaría la posibilidad de poder llevar a cabo una férrea defensa de

La cordialidad del recibimiento que la ciudad y su gobernador militar, el Brigadier D. Luis Martínez de Ariza, habían dispensado al ejército francés con destino a Portugal, había desaparecido y cuando el 9 de mayo llegaron a Ciudad Rodrigo noticias de lo sucedido en Madrid días antes, una multitud de sus habitantes se reunió ante la casa del gobernador instándole a la acción, pero éste pedía calma hasta que las noticias fueran confirmadas. Actitud que exasperó a los reunidos, próximos al motín, gritando acusaciones contra el brigadier, quien consintió en que se repartieran armas a la gente y se artillaran las murallas para apaciguar los ánimos, lo que consiguió durante un tiempo; pero cuando ordenó la retirada de los cañones y la recogida de las armas alegando que habían llegado noticias desde la capital desmintiendo lo sucedido en los primeros días de mayo, de nuevo comenzaron los tumultos. La guarnición de la ciudad por aquellos días estaba compuesta por una compañía de artilleros y dos de la Primera División de Granaderos Provinciales.⁵⁸

El resto del mes de mayo discurrió sin mayores problemas hasta el día 30, festividad de San Fernando, onomástica del rey que el gobernador no hizo nada por celebrar, por lo que los ánimos volvieron a subir de punto y lo hicieron aún más a medida que llegaban noticias de los levantamientos que se producían en diversos lugares hasta acabar en abierto motín al ver que el gobernador seguía sin reaccionar, lo que llevó a los naturales a constituir el día 5 de junio una Junta, reestructurada al día siguiente, presidida por el también Brigadier D. Ramón Blanco Guerrero y de la que formaban parte el obispo y 34

Portugal. Por otro lado, una pérdida de tiempo por parte francesa daría al traste con su estrategia en la Península. Siendo así las cosas, es evidente que la demora causada por el sitio de Ciudad Rodrigo trastocó seriamente los planes de conquista de Portugal por parte de los franceses, mientras que la caída prematura de Almeida amenazó la estrategia aliada para la defensa del territorio luso”, en Donal D. Horward, *Napoleón y la Península Ibérica. Los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida, 1810*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 2006, p. 29. Un relato bastante “fresco” y ameno de los sucesos que sintetizamos a continuación, en Tomás Pérez Delgado, *Guerra de la Independencia y deportación. Memorias de un soldado de Ciudad Rodrigo (1808-1814)*, Salamanca, Centro de Estudios Mirobrigenses, 2004; vid. también José Manuel Sánchez Arjona, *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia*, Salamanca, imprenta Núñez, 1957

⁵⁸ No hay unanimidad entre los diversos autores al referirse a las cifras de la guarnición mirobrigense y a las movilizaciones de efectivos, posiblemente por el trasiego de hombres y recursos que se registra en Ciudad Rodrigo como consecuencia de la dinámica de las campañas, lo que explica que se produzcan variaciones significativas de unos meses a otros y diferencias en las estimaciones que se hacen de los recursos humanos defensivos, estimaciones que están en función del momento en que se realicen. Nosotros hemos elegido las cifras que nos parecen más “estables”, que al margen de su exactitud consideramos bastante indicativas de la situación, pues pensamos que constituyen el núcleo fundamental del contingente que asumirá la defensa de la plaza contra los franceses.

vocales más; a ella le correspondió aplicar una de las primeras medidas: obligar a todos los varones comprendidos entre los 17 y los 40 años a alistarse para formar varias compañías de Milicias Urbanas, al tiempo de iniciar los preparativos para la defensa de la plaza contra los franceses. También la Junta estableció contacto con localidades próximas (Zamora, Alba, Salamanca, Badajoz, entre otras) y organizó patrullas armadas que vigilaban y recorrían la ciudad.

Cuando le llegaron noticias de las revueltas españolas, Napoleón le ordenó a Junot que colocara 4.000 hombres y 60 cañones en la fortaleza de Almeida, desde donde vigilarían Ciudad Rodrigo, Salamanca y Valladolid, además de mantener las comunicaciones con Bessières. El 5 de junio llegaba a Almeida el primer contingente francés al mando del veterano general Louis Henri Loison, quien ese mismo día envió a Ciudad Rodrigo unos oficiales a pedir alojamiento para su División y paso libre en su marcha para unirse a Bessières, que intentaba pacificar la rebelión surgida en varios lugares de Castilla La Vieja. Los emisarios fueron detenidos y para evitar represalias, el obispo Fray Benito Uría y Valdés los protegió en su palacio. La Junta cedió todos los poderes a D. Ramón Blanco, que como nuevo gobernador militar decidió la formación de una nueva Junta con menos vocales, llamada de Armamento y Defensa, cuya presidencia asumió. Unos días después llegaron otros dos oficiales franceses para indagar lo sucedido, pues Loison deseaba saber el resultado de la gestión que le había encomendado a los anteriores y de los que no tenía noticia. Todos oficiales franceses regresaron informando que la ciudad estaba dispuesta a luchar y así constaba en la carta que Blanco envió al jefe francés por medio de los oficiales liberados.

Por esas fechas empezaron a llegar a Ciudad Rodrigo gente que huía de Salamanca, Zamora y Cáceres, con cuyo concurso se pudo reunir un contingente de unos 7.000 hombres mejor o peor armados, pero dispuestos a acabar con los traidores amigos del francés. Una vez más, la encolerizada masa se amotinó y cargó contra el anterior gobernador, que fue linchado, lo mismo que un comerciante francés allí establecido, un militar y un maestro de postas, acusados de espionaje a favor del invasor. El obispo logró detener aquella locura desatada el 10 de junio sin que se produjeran más desgracias.

Como la sublevación de los españoles progresaba, Loison recibió orden de avanzar y penetrar en España, dirigiéndose a Aldea del Obispo, esperando contar con la

colaboración de los soldados que guarnecían el fuerte de la Concepción, pero estos huyeron de noche y se refugiaron en Ciudad Rodrigo. Hecho que unido a la distancia que le separaba de Bessières, determinó a Loison a retroceder a Almeida, como medida precautoria, volando los baluartes septentrionales del fuerte de la Concepción; en Almeida –cuya guarnición reforzó- estaba el 15 de julio cuando el general francés recibió orden de replegarse hacia Oporto, donde fue rechazado por los portugueses sublevados y decidió entonces unirse al grueso del ejército napoleónico en Lisboa.

Estos hechos fueron un revulsivo eufórico para los mirobrigenses, que recibían a diario refuerzos, armamentos y vituallas, permitiéndole al gobernador Blanco Guerrero continuar con sus esfuerzos de movilización de gente para organizar varios batallones de infantería, un escuadrón de caballería, tres compañías de artilleros y una de zapadores. Mientras tanto, las noticias no cesaban de llegar y como en muchos casos eran contradictorias, la confusión crecía, pero la euforia estalló de nuevo cuando conocieron que los franceses habían sido derrotados en Bailén el 18 de julio. Un mes después, se supo la derrota francesa en Vimeiro el 21 de agosto a manos del ejército inglés que había desembarcado en Portugal, tras la cual se firmó la convención de Cintra, por la que los soldados franceses prisioneros fueron enviados a Francia en barcos británicos. La guarnición francesa de Almeida fue trasladada a Oporto y embarcada hacia Francia; tropas inglesas y portuguesas se encargarían de guarnecer la plaza fuerte que dejaban los franceses.

El 8 de octubre de 1808 el general inglés sir John Moore se ponía en movimiento, dejando tropas de infantería para defender Almeida antes de penetrar en España; tres días más tarde llegaba con el resto de la gente bajo su mando a Ciudad Rodrigo, prosiguiendo la marcha hacia Salamanca. Por esas fechas, el día 4 noviembre, Napoleón entraba en España con otra *Grand Armée* –cuyos efectivos no tenían la experiencia, instrucción y equipamiento comparable a *Grand Armée* imperial-, pues fracasada la ocupación de la Península, era necesaria la conquista: una avalancha francesa recorrería incontenible las tierras hispanas.

Por lo pronto, Napoleón reorganizó las fuerzas destinadas en España, a las que iba a reforzar hasta alcanzar los 250.000 hombres, a los que una orden de 7 de septiembre distribuía en 7 cuerpos de ejército, que puso a las órdenes de Victor (el 1º), Bessières (el 2º), Moncey (el 3º), Lefebvre (el 4º), Mortier (el 5º), Ney (el 6º) y Saint-Cyr (el 7º).

Moore no reunió en Salamanca más de 20.000 efectivos y allí permanecieron hasta el 10 de diciembre, en que estaba claro que su progresión hacia el interior peninsular quedaba descartada por los triunfos de Napoleón sobre los ejércitos españoles que pretendían cerrarle el paso en los alrededores de los Pirineos. Una vez rendida Madrid, la principal preocupación de Napoleón era el ejército inglés de Moore, que acabaría replegándose hacia La Coruña donde la marcha acabaría trágicamente para el general.

Ocupada Salamanca por los franceses, la guarnición mirobrigense se vio apoyada: por la caballería del Teniente Coronel D. Carlos de España,⁵⁹ que era ayudante del General Juan Miguel Vives, por la partida montada de Julián Sánchez y por Legión Lusitana, al mando del General inglés Wilson, que estaba actuando en la zona. Estas fuerzas hostilizaron durante el mes de febrero de 1809 a la división gala de Lapisse en los entornos de Vitigudino, Bogado, Ledesma y Yecla. Un mes más tarde, a fines de marzo, Lapisse atacó Ciudad Rodrigo al tiempo que Soult preparaba e iniciaba su ofensiva sobre el norte de Portugal, de manera que el 25 de ese mes las fuerzas francesas tenían que contener los ataques de la Legión Lusitana y comprobaban que los mirobrigenses se aprestaban a la defensa, animados por el General Juan Miguel Vives, que como gobernador había sucedido a Blanco al frente de la ciudad desde el 16 de marzo de 1809 y por aquellos días organizó algunos batallones de Tiradores de Ciudad Rodrigo. El 27 de marzo, Vives rechazó en una proclama la rendición que le proponía el francés, que se vio obligado a retirarse hacia Extremadura, temiendo una derrota si se internaba en Portugal sin que Ciudad Rodrigo y Almeida hubieran capitulado.

Soult compartía el parecer de Napoleón de que los ingleses eran los únicos que podían entorpecer sus planes peninsulares, por lo que era necesario caer sobre Lisboa y empujarlos al mar. Tras la batalla de Talavera, a mediados de marzo de 1809, pasó a primer plano el proyecto de Soult de invadir Portugal por el valle del Tajo, plan entorpecido por José I que lo aplazó indefinidamente hasta que Napoleón, al año siguiente volvió a retomar el plan de invasión portuguesa por la ruta de acceso más septentrional, es decir por Ciudad Rodrigo y Almeida, ruta que parecía más asequible

⁵⁹ Carlos de España tendría una participación destacada más adelante, en 1812, siendo ya mariscal de campo y segundo Comandante General de Castilla, en el abastecimiento de víveres y fortificación de Ciudad Rodrigo, como se comprueba en su correspondencia con la Junta Superior de Hacienda de la provincia de Salamanca. Vid. Archivo Histórico Nacional, Nobleza, 107, Archivo de los Duques de Valencia, Valencia, c. 10, D. 235-239 y 243-251.

geográficamente por no tener grandes ríos que cruzar y resultar más fácil mantener abiertas las comunicaciones con Francia. Un plan que el Duque de Dalmacia quiso reanimar cuando recibió el 12 de junio de 1809 el mando del 2º, 5º y 6º Cuerpos de ejército, concentrando sus efectivos entre Astorga, Salamanca y Valladolid, dispuesto a conquistar Ciudad Rodrigo y caer sobre Lisboa desde el río Águeda, pero se vio estorbado también por la dudas que este plan generaba en José I, de forma que cuando envió a Loison contra los miróbrigenses, su movimiento no fue más que una maniobra intimidatoria fracasada.

Mientras tanto, Ciudad Rodrigo se había visto beneficiada al convertirse en almacén de importantes recursos destinados a las tropas de Moore y base de las tropas del Duque del Parque, sucesor del Marqués de la Romana en el mando del ejército de la Izquierda, que había ido acumulando hombres procedentes de Extremadura y Galicia, aunque no estaban suficientemente organizados. Una previsión acertada, ya que las victorias francesas en 1809 en el valle del Tajo, en La Mancha y en Castilla la Vieja, hacían creer a los mandos napoleónicos que la aniquilación de las tropas españolas y la expulsión de las inglesas era posible, máxime al permitir la victorias en Europa (Wagram y Aspern-Essling) enviar más fuerzas francesas a España desde los frentes europeos. La ofensiva francesa se orientaría, pues, a la consecución de dos objetivos fundamentales: las conquistas de Lisboa y de Sevilla-Cádiz y como los ingleses eran más amenazantes, Lisboa será el objetivo primordial. Lo que situaba a Ciudad Rodrigo y Almeida a la cabeza de las prioridades militares francesas en esta zona. El 1 de noviembre de 1809, el Mariscal de Campo D. Andrés Pérez de Herrasti abandonaba el ejército de Galicia para ocupar la comandancia de Ciudad Rodrigo, su nuevo destino.⁶⁰

A lo largo de esos meses se había producido un cambio cualitativo en la ciudad, tanto en el plano político administrativo, según veremos después, como en el castrense, terreno en el que no gozaba de gran respeto, pues era considerada militarmente como una “plaza de tercer orden”, cuyas defensas no ofrecían mayores dificultades a militares

⁶⁰ Para este personaje, remitimos a los trabajos de Julio de Ramón Laca, *El General Pérez de Herrasti Héroe de Ciudad Rodrigo: el noble, el guerrero, el gobernante (Estudio bibliográfico, genealógico e histórico-crítico)*, Madrid, Rascar, 1967. La justificación de su comportamiento en el asedio y defensa, Andrés Pérez de Herrasti, *Relación histórica y circunstanciada de los sucesos del sitio de la plaza de Ciudad Rodrigo en el año 1810, hasta su rendición al ejército francés mandando por el príncipe de Slingh el 10 de julio del mismo*, Barcelona, imprenta de Repullés, 1814.

expertos en el arte de la fortificación, toda vez que salvo el lado del río –donde presenta un fuerte desnivel-, el resto del perímetro lo constituían suaves pendientes, la escarpa y la contraescarpa no eran muy firmes y sólo contaba con una obra moderna, la falsabraga, que precedía a la antigua muralla carente de baluartes, si bien antes del asedio francés se construyó el revellín de San Andrés.⁶¹ Más importancia tenía su ubicación estratégica, cercana a la frontera con Portugal y sin caminos de la calidad que suponían los franceses, por lo que no les resultó tan fácil como esperaban el transporte del tren de artillería y de los convoyes de municiones y vituallas.

La plaza, bien abastecida, estaría en condiciones de resistir las primeras intentonas francesas, como el mismo Ney pudo comprobar cuando el 12 de febrero de 1810⁶² se presentó ante ella con 20.000 infantes y en torno a 2.500 jinetes, viéndose obligado a retirarse al día siguiente hacia San Felices. Este amago francés mostró a Herrasti la conveniencia de realizar una serie de obras que le dieran más garantías de éxito a la resistencia en un futuro asedio. Y así, se hicieron mejoras en el foso, en el parapeto y en los apostaderos que dificultaban el acceso a los grandes conventos, uno de los cuales –el de la Trinidad- fue demolido aprovechando sus materiales en la construcción de un revellín para reforzar la falsabraga; se alzaron estacadas por la parte del río, se hicieron cortaduras, se construyeron pozos de tiradores y se reforzaron algunas bodegas y la catedral para que sirvieran de almacenes de pólvora y provisiones. Y no hubo tiempo de más, pues los franceses regresaron antes de que se pudiera afirmar la línea de menor consistencia, la más vulnerable, que era la que unía el arrabal y teso de San Francisco con el del Calvario.

La guarnición de la ciudad la componían un total de 5.781 hombres, de los que 297 eran sargentos, 154 oficiales, 88 capitanes y 29 jefes; de ese total hay que descontar 350 efectivos destinados en otros lugares, 400 bajas por heridas o enfermedad y el personal dedicado a atender a los hospitales, asistentes, cocineros, etc., lo que dejaba una cifra en

⁶¹ Sobre las fortificaciones, remitimos a Luis Miguel Mata Pérez, *Ruta de las fortificaciones de frontera*, Salamanca, Asociación para el Desarrollo de la Comarca de Ciudad Rodrigo, 2006 y Ángel de Luis Calabuig, *Ciudad Rodrigo. Las fortificaciones*, Ciudad Rodrigo, Asociación para el Desarrollo de la Comarca de Ciudad Rodrigo, 2009.

⁶² Para las operaciones de este año, además de las conocidas y ya “clásicas” obras de Toreno y Gómez de Arteche, puede verse entre otros, la de Juan Priego López, *Guerra de la Independencia 1808-1814*, vol. 5., *La Campaña de 1810*, Madrid, San Martín, 1981.

torno a 3.000 hombres -entre los que había sólo unos 1.000 realmente veteranos- para aplicarse a las tareas defensivas y a rechazar al enemigo.⁶³

El 17 de abril de 1810, Napoleón ponía al mariscal Massena al frente del ejército que marcharía sobre Lisboa, designación que tuvo que aceptar por más excusas y pretextos que manifestó, incluidas sus reservas respecto a Junot, Duque de Abrantes y Ney, Duque de Elchingen, sus subordinados directos desde entonces y ambos decepcionados por su postergación. El ejército que se ponía a las órdenes del Príncipe de Essling y Duque de Rivoli estaba compuesto por los cuerpos 2º, 6º y 8º de los que estaban en España; unos 110.000 hombres en total, cuyo avance sería flanqueado por los 20.000 hombres de dos cuerpos de ejército de observación distribuidos por Castilla la Vieja, por los 13.000 de la división de Bonnet que guarnecían Santander y 20 escuadrones de la gendarmería militar, que mantendrían las comunicaciones con Francia. Simultáneamente, se emprenderían acciones para pacificar Cataluña –a cargo de Augereau- y limpiar Navarra de guerrillas –tarea encomendada a Suchet-.

Con objeto de que no hubiera entorpecimientos en el lado derecho de la progresión de Massena, se efectuaron movimientos desde Castilla y León hacia Asturias y Galicia para acabar con las tropas españolas desperdigadas por aquellas tierras y rendir Astorga, a la que no habían reducido las divisiones de Carrier y de Loison y tuvo que ser Junot – que llegó ante sus muros con el 8º cuerpo y la artillería el 17 de abril de 1810- quien la rindiera el 22 de ese mes finalizando un largo asedio que entorpeció la progresión de los movimientos franceses. La misma finalidad protectora por el lado derecho tenían las operaciones en Extremadura, que además cubrirían el ejército francés de Andalucía, cuyos objetivos eran Sevilla y Cádiz, de forma que mientras Junot estaba empantanado en Astorga, el 2º cuerpo de Reyner bloqueaba Badajoz y al ejército del Marqués de la Romana, que en esa ciudad y en tierra portuguesa encontraba el apoyo para mantenerse activo. Mientras el 9º cuerpo completaba su organización, Massena lanzaría los cuerpos 6º y 8º contra Ciudad Rodrigo y Almeida y el 2º se mantendría entre el Tajo y el Guadiana.

Por su parte, Wellington, basándose en el informe de la inspección realizada por el mayor portugués José María das Neves Costa en junio de 1809, prepara su famoso

⁶³ Un desglose de estas fuerzas por Armas, cuerpos y unidades puede consultarse, por ejemplo, en Miguel Martín Más, *Ciudad Rodrigo 1810*, ob. cit., p. 56.

memorando de octubre donde establecía las directrices para levantar las impresionantes y grandiosas fortificaciones de Torres Vedras y en los primeros meses de 1810 dedicó atención preferente a la movilización y adiestramiento de los portugueses, ya se tratara de partidas de guerrilleros, de compañías de ordenanza o de tropas regulares, tareas en las que también los progresos fueron evidentes hasta el punto de consentir el general inglés que los regimientos portugueses se integraran en las divisiones inglesas, moviendo a la infantería hacia las líneas del frente, en particular para la defensa de Almeida y su zona, una tarea con la que esperaba que esas tropas portuguesas empezaran a curtirse en campaña. En el puerto de Lisboa se concentraba una nutrida flota británica para poder evacuar sus tropas si fuera preciso. Wellington sorteaba como podía la falta de dinero y algunas dificultades políticas surgidas en su relación con los gobernantes portugueses, pero la gran preocupación por aquellos meses era la posición y los movimientos de las tropas francesas, sobre los que recibía información gracias a una red de espías bastante activa, cuyo centro estaba en Almeida, gobernada por el inglés William Cox.

Wellington tardó algún tiempo en cerciorarse de que Massena atacaría Lisboa por Ciudad Rodrigo y Almeida, de forma que cuando tuvo clara esa percepción, situó el grueso de sus tropas en torno a la plaza portuguesa y la vanguardia en Carpio, registrándose frecuentes escaramuzas en la zona de Ciudad Rodrigo. En esa tesitura aparecieron los recelos del general británico respecto a Pérez de Herrasti, cuyas relaciones con Cox eran bastante frías a causa del incidente surgido en torno a un prisionero francés, el teniente Vernon de Farincourt, que Wellington quería utilizar en un intercambio de prisioneros y Herrasti lo impidió, provocando un agrio intercambio de cartas entre los gobernadores de las dos plazas amuralladas, considerando desde entonces el británico al español como hombre poco capaz e indeciso para dirigir la defensa de Ciudad Rodrigo, una ciudad que estaba adquiriendo creciente importancia como consecuencia del desarrollo de los acontecimientos militares; parecer que – posiblemente por influencia de Cox- compartía Wellington, quien le dedicó frases muy duras cuando supo que Herrasti no estaba enterado de los movimientos de las tropas francesas que aparecieron en marzo en las inmediaciones de Ciudad Rodrigo y cuando, al parecer, solicitó ayuda inglesa al presentarse Loison ante la ciudad. Los hechos demostrarían que los dos mandos ingleses estaban equivocados en sus juicios sobre el

gobernador mirobrigense, quien, en cambio, si confiaba en la ayuda inglesa, si la situación lo exigía.

Massena no se decidió a cargar sobre Ciudad Rodrigo hasta haber conquistado Astorga; pero había perdido un tiempo precioso, aprovechado en la ciudad mirobrigense, como hemos visto, para reforzar sus defensas, lo que le permitió resistir hasta julio de ese año. El 25 de abril de 1810, avistaban Ciudad Rodrigo tropas de un impaciente Ney por alcanzar el mariscalato, aspirando a una rápida conquista y un inmediato avance sobre Portugal para enfrentarse a Wellington, por lo que pensaba dejar una parte reducida de sus tropas en el cerco de la ciudad y cargar con el resto sobre el inglés, pero cuando manifestó su plan a Massena, éste consideró que era preferible reducir Ciudad Rodrigo antes de buscar el enfrentamiento con Wellington, por lo que ordenó que Ney con el 6º ejército estableciera el cerco y Junot con el 8º se estableciera en la orilla izquierda del Águeda, para proteger al 6º de un posible ataque inglés y mantener las comunicaciones con Valladolid, Salamanca, Zamora, Toro y Astorga.

El cerco francés de Ciudad Rodrigo había comenzado. La defensa reclama toda la atención y todas las energías de los mirobrigenses.⁶⁴ Pues bien, parece como si los movimientos que acabamos de resumir hubieran acaparado toda la atención de la historiografía, dejando en un segundo plano cuanto sucedía en la ciudad, que sólo ha despertado referencias en función de la dinámica que acabamos de ver y de los jefes militares que participaron en la sucesión de los hechos.

La actividad política mirobrigense.

En todos estos meses, las alternativas militares y la agitación política había alterado la vida en la ciudad, condicionando la conducta de sus ciudadanos a impulsos de lo que estaba sucediendo en el país. De entrada conviene señalar los elementos institucionales

⁶⁴ Aquí detenemos nuestro relato sobre las operaciones militares, simultáneas a la actividad política y social dentro de Ciudad Rodrigo. El lector que lo desee puede conocer la continuación de lo aquí expuesto en Emilio Becerra y Fernando Redondo, *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia*, Ciudad Rodrigo, Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, 1988; J. Craufurd Hayle, "El asedio de Ciudad Rodrigo en 1810", en *Researching and Dragona*, vol. III, núm. 6, 1998, pp. 98 y ss.; Policarpo Anzano, *El Sitio de Ciudad-Rodrigo, ó relación circunstanciada de las ocurrencias sucedidas en esta plaza, desde 25 de abril de este año, en que empezaron su sitio los franceses al mando del Mariscal Massena, hasta 10 de julio del mismo, que entraron en ella á las siete de aquella tarde* Cádiz, Imprenta de la Junta Superior de Gobierno de Cádiz, 1810, etc.

presentes en la ciudad, pues no sólo nos encontramos con los que habitualmente presiden y dirigen la vida mirobrigense, sino también otros aparecidos entonces como consecuencia de la guerra y del ascenso político-administrativo que registra Ciudad Rodrigo, un ascenso que en cierto modo culmina cuando la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino, al ver la pasividad de Salamanca ante la ocupación francesa, la desposee de su condición de cabeza de provincia, concediéndosela a Ciudad Rodrigo, que se convertirá también en sede de la Capitanía General en febrero de 1809 y como el capitán general en ese momento, D. Juan Miguel Vives, era presidente de la Junta Superior de Castilla la Vieja, las actuaciones de ésta se dirigirán también desde la ciudad. Vives, además, sería el sucesor de D. Ramón Blanco, nombrado corregidor interino, lo que constituye la mas clara concentración de poderes en un militar.

El hecho de ser una plaza fuerte importante por su ubicación fronteriza y su perímetro amurallado, le concede al gobernador militar una especial relevancia en el marco institucional de Ciudad Rodrigo y hace que este personaje sea un referente importante en situaciones excepcionales de peligro, como hemos podido comprobar en los primeros momentos de la reacción contra la dominación francesa, pues el vecindario se arremolina ante su residencia pidiéndole que actúe. Desde ese momento, la importancia de los mandos militares de la plaza va en aumento con un protagonismo creciente. Algo en consonancia con lo que ha sido la tendencia de la administración borbónica en la España del siglo XVIII.⁶⁵ Por otra parte, la actitud del vecindario al reaccionar con

⁶⁵ Nos hemos referido en varias ocasiones anteriores a que en el siglo xviii se producen dos ascensiones muy significativas en la sociedad y en la política española: la de la burguesía y la de los militares. mientras aquella acrecienta significativamente su poder económico en el siglo xviii y acaba reclamando el poder político en el xix, los militares se sitúan en puestos muy destacados de la administración del estado y las altas jerarquías se convierten en las autoridades con más experiencia en el manejo de hombres y recursos en el siglo xviii, no dudando en participar o hacerse –incluso por la fuerza– con la dirección política de la nación en el siglo siguiente. de ambas ascensiones, la burguesa ha sido la que más ha atraído la atención, pasando la militar del setecientos de manera soterrada y hasta época reciente con escasos ecos historiográficos, de manera que el militarismo decimonónico español se explicaba casi como un fenómeno espontáneo, nacido en el siglo xix de la dinámica de la vida nacional, ignorando en esas explicaciones las conexiones con lo sucedido en la milicia durante el siglo xviii. Vid. al respecto, Enrique Martínez Ruiz, *“el ejército español de la ilustración. caracteres y pervivencia de un modelo militar”*, en Agustín Guimerá y Víctor Peralta (coords.), *el equilibrio de los imperios: de utrecht a trafalgar*, Madrid, 2005; pp. 419-446 y *“el largo ocaso del ejército español de la ilustración: reflexiones en torno a una secuencia temporal”*, en revista de historia moderna, núm. 22, 2004, pp. 431-452.

Los Capitanes Generales disfrutaron siempre de una enorme autoridad y desde la guerra de Sucesión (1702-1713) –uno de cuyos resultados es la supresión de los virreyes por estas jerarquías

violencia ante las reticencias o pasividad de las autoridades asemeja el comportamiento de los mirobrigenses a los de tantos pueblos y ciudades de España en tesitura semejante.

Dado que el gobernador militar es quien controla y decide la utilización de los recursos militares de la plaza, los vecinos se dirigen a él para que arme al pueblo y coloque la artillería en las murallas, en una jornadas en las que la pasión urbana deja en un segundo plano al Ayuntamiento, aunque las circunstancias imponen la colaboración de las autoridades civiles y militares, si bien se nota una mayor relevancia de estas, pues en aquellos momentos las preocupaciones fundamentales son mostrar la fidelidad a Fernando VII, conocer los movimientos y situación de las tropas francesas y acabar con cualquier muestra interna de traición.

Respecto al primer punto, los cauces habituales de relación exterior serán Salamanca, que era la capital de la provincia y el jefe militar de mayor graduación que actuaba en la zona, que en los momentos iniciales sería Cuesta. En este sentido, es de destacar que las autoridades mirobrigenses tienen escasa relación con la Junta de los Reinos de Galicia, Castilla y León, que se constituye el 10 de agosto de 1808 en La Coruña, determinando que sea su sede la ciudad de Lugo; el objetivo de tal reunión era la defensa conjunta de sus respectivos territorios contra los franceses. Desde Ciudad Rodrigo advierten tiempo

militares- irán acentuando su significación en la vida española, de modo que a fines de siglo el balance de su trayectoria no podía ser más concluyente: habían gobernado el país en paz y en guerra, los funcionarios civiles les estaban subordinados, los tribunales provinciales o Audiencias y las Chancillerías los habían aceptado como presidentes, podían declarar el estado de sitio y asumir todos los poderes civiles en el territorio de su mando y desde 1784 tenían jurisdicción sobre los bandidos.

Por otro lado, en la corona de Aragón, sobre todo, nos vamos a encontrar en el siglo XVIII con unos corregidores que en número nada desdeñable eran militares y a sus tareas al frente de los concejos unían las de gobernador militar en su distrito, se les nombraba con carácter vitalicio sin posibilidad ser revocados, salvo por el rey; además, protegidos por el Capitán General, podían prescindir del Consejo y de la Cámara de Castilla. Tal situación, auténticamente excepcional bajo Felipe V -pero explicable a causa de la guerra de Sucesión y sus derivaciones-, era normal a fines del siglo XVIII.

Estos dos elementos, capitanes generales y corregidores militares, hacen frecuente en el siglo xviii la figura del militar administrador, con una gran autoridad y enorme poder, protagonista de una ascensión espectacular en el ramo administrativo. vid., por ejemplo, Enrique Giménez, “Los corregidores de Alicante. perfil sociológico de una elite militar”, en *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, núm. 6-7, 1987, pp. 67 y ss.; “Militares en la administración territorial valenciana del siglo XVIII”, en *Estado y fiscalidad en el Antiguo Régimen*, Murcia, 1989 y especialmente *Militares en Valencia (1707-1808)*, Alicante, 1990 y *Los servidores del rey en la Valencia del siglo XVIII*, Valencia, 2006. Pues bien, a menor escala, en Ciudad Rodrigo durante la guerra de la Independencia podemos ver reflejado el fenómeno que aquí señalamos, personificado en sus mandos militares.

después que no se habían relacionado con ella antes, por no conocer el lugar donde residía.⁶⁶ La posterior formación de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, dejaría en un segundo plano a la Junta unificada de Galicia, Castilla y León, pues por los avatares bélicos, la relación de Ciudad Rodrigo con el exterior y en los temas militares se hará a través de la Junta Suprema.

También hay que tener en cuenta en esta dinámica que las preocupaciones más inmediatas son comunes a todo el entorno cercano, de ahí los contactos más estrechos con Salamanca, que se establecen muy pronto, especialmente desde que el 5 de junio se constituye en Ciudad Rodrigo la primera manifestación del “nuevo poder” con la creación de una Junta, como ya sabemos, reestructurada al día siguiente y presidida por un militar con el obispo como uno de sus vocales más cualificados, en demostración palpable de la vigencia de la alianza entre los dos soportes fundamentales del trono del monarca expoliado y en el caso concreto mirobrigense el papel secundario del elemento civil: además de las dos personalidades citadas se daban cita en la Junta 16 eclesiásticos, 14 militares y 4 civiles. Esa Junta, ese “nuevo poder”, es la cara que Ciudad Rodrigo ofrece al exterior y el que se relaciona con las ciudades del entorno, sobre todo con Zamora, Ávila, Badajoz y Salamanca para intercambiarse información y colaborar en la defensa mutua.

Como ya se ha señalado, la Junta cedió todos los poderes a D. Ramón Blanco, que como nuevo gobernador militar en sustitución del brigadier D. Luis Martínez de Ariza, decidió la formación de una nueva Junta con menos vocales, llamada de Armamento y Defensa, cuya presidencia asumió; La nueva institución va a tener un reconocimiento generalizado en el otoño de 1808 convirtiéndose en uno de los referentes de Ciudad, siendo una Junta similar en su funcionamiento y aspiraciones a tantas otras que jalonaban la geografía española y con los mismos pruritos de preeminencia que sus homónimas. La Junta se mantendrá hasta el asedio francés, siendo denominada cada vez con más frecuencia como la Junta de Ciudad Rodrigo

Una buena muestra de la colaboración con las Juntas de ciudades próximas la tenemos en el escrito que envía a la salmantina para informarle que una persona de confianza les

⁶⁶ Archivo Histórico Nacional, Estado, leg. 68 A, fols. 2-79. La documentación que se cita a continuación se encuentra en este archivo y en la sección indicada, por lo que en adelante solo referiremos el legajo y la fecha del escrito que utilizemos en cada ocasión.

advertía lo siguiente: “El espía que deje haber en Ávila para que observara los movimientos de los enemigos acaba de avisarme ahora que son las ocho de la mañana, diciendome que los mil y quinientos soldados franceses de caballería que entraron ayer en la ciudad acaban de salir della dirigiéndose por Cardeñosa a Salamanca”.⁶⁷ Ante esa noticia, la Junta de Salamanca acuerda “después de haber oído el dictamen de tres coroneles que con sus regimientos de hallan en esta ciudad y van a salir della por no tener cavallos, el remitir los fusiles que había en esta ciudad a esa plaza escoltados por un destacamento de dichos cuerpos y juntamente los Bestuarios que havia dispuestos para remitirlos al exercito”. Al recibir tal notificación la Junta de Ciudad Rodrigo advierte a la de Salamanca que “ha principiado a dar las providencias oportunas para la defensa de esta Plaza”.⁶⁸

El escrito mirobrigense lo firman D. Ramón Blanco, como gobernador presidente y D. Manuel León Huerta García, Alcalde Mayor y Corregidor interino de la ciudad, quien se va a ver envuelto en un desagradable asunto, que muestra no sólo lo encendido de los ánimos, sino también los conflictos de preeminencias que originaba situación tan compleja.⁶⁹ En efecto, la Junta de Ciudad Rodrigo se dirige a la Central en un escrito de 26 de diciembre de 1808 para explicar los problemas surgidos con el Alcalde Mayor de la ciudad, al que la Junta había dirigido un oficio notificándole “las ocurrencias que se participaban desde Salamanca”, que motivó la respuesta del interesado en un papel

en el qual se nota poco miramiento a la representación de una Junta que en los tiempos más borrascosos ha contribuido en no pequeña parte a conservar la independencia de la Patria, ni los nombres siempre respetables del Rey Nuestro Señor Don Fernando Septimo ni el de esa Suprema Junta Central y Gubernatiba del Reyno, ni el de las Superiores de España y Portugal, ni el de los Exmos. Señores Capitanes Generales de las tres Naciones amigas que o sancionan sus decisiones o las respetan tienen la fuerza bastante para que el Alcalde mayor imite los modos decorosos con que la ofician; el le niega unos miramientos que la prodigan nacionales y extranjeros.

⁶⁷ Leg. 65 G; escrito fechado en 22 de diciembre de 1808, en Ciudad Rodrigo, núm. 228.

⁶⁸ El escrito salmantino es del mismo día 22 de diciembre, mientras que el mirobrigense es del día siguiente.

⁶⁹ Los escritos que citamos a continuación relacionados con este asunto, pertenecen al legajo 65 G, por lo que sólo daremos su fecha, autor y destinatario.

Para que la Suprema comprobara la certeza de lo que decía, la mirobrigense le remitía copia de los dos oficios aludidos, el enviado al Alcalde Mayor y la contestación de éste, para que fuera ella la que dictaminara. Explicaba la Junta de Ciudad Rodrigo que a principios de junio se reunió en la ciudad un crecido número de jóvenes procedentes de Salamanca, Ledesma, Condado de Miranda, Torrejoncillo y Coria y “que se escuchaba un sordo murmullo en que se anunciaba el Asesinato del Alcalde Mayor, un pasquín que amaneció fijado en una calle pública pedía venganza contra él y fulminaba su muerte”. Ante la amenaza, la Junta decidió actuar para salvar al Alcalde, acordando que el mejor medio para ello en “aquellas tristes circunstancias” era él que se marchase de la ciudad hasta que se serenaran las cosas.

Dos vocales de la Junta fueron comisionados para ver al P. Guardián del convento de San Francisco, Fray Josef Diez Bascones, quienes pondrían en antecedentes al franciscano y le informarían de la conveniencia de la pronta ausencia del Alcalde Mayor, que el fraile debía procurar por el medio que considerara más oportuno “y este es la salida que deviendo excitar en él un eterno reconocimiento a la Junta que se la aconsejó parece que sirve para insinuar algo de resentimiento según que se deja conocer en su oficio”. Como la Junta entendía que no había gran confianza en el Alcalde por parte del pueblo, consideró que podría restablecerse esa confianza “manifestando él su patriotismo con un donativo de doscientos ducados para la manutención de las tropas [...] surtiendo esta providencia los efectos más felices pues después que se divulgó este Donativo dejaron de escucharse las voces que pocos días antes se oían perjudiciales”. Tal fue el motivo de exigírsele por la Junta dicha cantidad de lo que en el citado oficio daba a entender D. Manuel León Huerta que no estaba muy satisfecho. Firmaban el escrito de la Junta Ramón Blanco, como gobernador y presidente de ella y José María del Hierro como secretario de la misma. Por su parte, el Alcalde Mayor se quejaba en su escrito de 23 de diciembre a la Junta de la ciudad de haber sido objeto de la exigencia de 200 ducados,

habiéndome tenido tres meses fuera de mi casa con abandono del Tribunal de Justicia que el Rey tenía puesto a mi cuidado, y aunque con providencia superior me restituí y presenté en ella como consta a V.S., por si se le ofrecía cosa importante al Real servicio o a cualquiera individuo en particular de los que componen su tabla, hasta ahora no se ha acordado de mi para nada; con todo dejando esto al olvido contesto al papel de V. S. [...] que estoy presto a

quanto disponga para defensa de nuestra Religión Santa, del Rey nro. Señor y de la Patria, hasta acabar la vida.

Al recibir los escritos, la Central por medio de su secretario D. Martín de Garay escribe el 9 de enero al obispo mirobrigense, Fray Benito Uría, para que informara sobre el problema suscitado entre el Alcalde Mayor y la Junta de la ciudad, en particular preguntaba por el proceder del Alcalde Mayor, que podía haber actuado con esa falta de consideración hacia ella que dice la Junta por cuanto el escrito que le dirigiera Ramón Blanco sólo lo firmaba él y el Alcalde Mayor podía considerar que no actuaba como presidente de la Junta, sino a título particular. El obispo contestó:

En la falta de miramiento, i decoro que halló la Junta en el oficio del Alcalde mayor, yo no hallo más que un desahogo natural i sencillo de haberse visto expulso de la Ciudad i obligado a contribuir con doscientos ducados. Además de esto veo que en el oficio remitido al Alcalde mayor no se halla más firma que la de D. Ramón Blanco como Gobernador Presidente, y asi pudo conceptuarlo el Alcalde mayor como oficio privativo de él, i no de la Junta, i en esta conformidad contestarle [...] como a un particular Magistrado haciéndole presente su pena i sonrojo pasado; ofreciendose sin embargo hasta perder la vida [...] A la determinación de la Junta para la ausencia i exacción de los doscientos ducados, asistí yo (i fue la unica vez) [...] i asi puedo informar con cierta ciencia lo que paso, y fue que habiendose fixado un pasquín en la plaza pedía entre otras cosas la expulsión del Alcalde Mayor (no la muerte) i la referida multa; se acordó que se le encargase, o intimase su ausencia para aquietar al pueblo alterado.

Efectivamente, el Alcalde Mayor abandonó la ciudad, pero la relación con el militar quedó dañada para el futuro; cuando regresó unos meses después los conflictos rebrotaron y en el plano institucional empezaron los roces hasta trascender por cuestiones de precedencia en los actos públicos entre la Junta de Alistamiento y Armamento y el Ayuntamiento hasta el punto de que el asunto es puesto en conocimiento de la Junta Suprema, a la que la corporación municipal dirige un escrito firmado por el regresado Alcalde Mayor D. Manuel León Huerta y García, los capitulares D. Manuel Ramón de las Casas y D. Francisco Cuadrado y el secretario D.

José Sánchez de Villalobos.⁷⁰ En el escrito se informaba a la Suprema que para defender la ciudad y su territorio se creó la Junta de Alistamiento y Armamento.

Con este motivo el Teniente de Rey, su Presidente por fallecimiento del Gobernador, reasumió en sí la Jurisdicción Real ordinaria y Militar, y se confundieron las diversas funciones de los dos Juzgados y los del Ayuntamiento. Pasado algún tiempo reclamó este la celebración de sus consistorios, y se celebraron presididos de dicho Gobernador interino, hasta que restituido el Alcalde Mayor y Teniente de Corregidor, aquel se ciñó a los negocios de la Junta y demás Militares; y este procedió en el ejercicio de la competente Jurisdicción Real ordinaria, entendiendo en los ramos de policía, Gobierno y economía del Pueblo con el Ayuntamiento.

Mientras la presidencia de la Junta y del Ayuntamiento estuvo ejercida por la misma persona no hubo lugar a dudas ni disputas en lo relativo a las precedencias.

Pero separados los dos cuerpos con el regreso del Alcalde Mayor pareció a la ciudad que el suyo era el primero y principal y por lo mismo no debía ser presidido de otro. Mas no pareció así a la Junta de Armamento [...] y por esto no asistió a una fiesta pública para la que la ciudad lo convidó.

No comprende esta por que haya de presidirla una Junta erigida y autorizada por solo la necesidad y únicamente para el Alistamiento, Armamento y defensa del País contra el propio Emperador de los Franceses [...] ni sobreponerse a las autoridades que los Reyes, y las Leyes han establecido como los Ayuntamientos Representantes del Pueblo, y los Magistrados Públicos, a quienes prohíben dejarse presidir por otros.

La corporación municipal, sobre ese planteamiento, solicita a la Junta Central que arbitre la solución a los extremos sobre las que hay discrepancia entre las dos instituciones mirobrigenses.

Es uno, que habiendo la Junta ejercido sus funciones en la casa consistorial quando procedía en unión del Ayuntamiento; separadas las dos comunidades, sigue apoderada de ella, sin embargo de haberle oficiado este para dejarla

⁷⁰ Escrito de 9 de diciembre de 1808, núm. 222.

espedita y libre y así poder la ciudad practicar las capitulares donde siempre, y no en otra particular, como lo hace para huir de ruidosas contestaciones.

El segundo motivo lo exponen de manera resumida porque adjuntan una certificación redacta por D. Esteban Antonio Vélez Escalante, escribano del número y “supernumerario del ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, titular del Regimiento Provincial de ella.”⁷¹ Según el relato del escribano, se recibió en la ciudad la real orden de 19 de noviembre para que se hicieran unas rogativas durante nueve días por “el buen éxito de las Armas Españolas” y el asunto se trató por el ayuntamiento en su sesión extraordinaria de 28 de ese mes, comisionando a los capitulares D. Manuel Ramón de las Casas y D. Francisco del Águila para que visitaran al obispo y concertaran con él los nueve días de las rogativas. Cuando llegaron ante Fray Benito, éste les comentó que ya habían estado allí dos comisionados de la Junta de Armamento

a practicar igual diligencia y solicitud y que había de ser en la catedral, por lo que encontrándose la dificultad, por parte de dha. Junta, sobre el puesto que había de ocupar, respecto que el Ayuntamiento tiene de costumbre y por concordia, con el cabildo, el asistir siempre a estos actos en la catedral y capilla mayor, le parecía a su Ilma. que a el Ayuntamiento le pertenecía el puesto preferente qual es el del lado del Evangelio, y que para evitar toda etiqueta, o disputa comisionase el Ayuntamiento dos de sus Individuos, que con otros dos de la Junta, acordasen en su presencia los puestos que cada cuerpo debía de ocupar en las concurrencias a dhas. rogativas.

Los dos capitulares informaron al Ayuntamiento en la sesión del día siguiente, notificando que el Obispo había propuesto que “se hiciese la alternativa de puesto preferente entre los dos Cuerpos de Ciudad y Junta en la capilla mayor, cediendo el Ayuntamiento, como por política, en el primer día su puesto para que los ocupe la Junta, y en el segundo lo haga la Ciudad y así alternando hasta concluir”. El Ayuntamiento admitió la solución propuesta por el Obispo y así lo comunica a la Junta Central en demanda de un arbitraje.

⁷¹ Escrito de 4 de diciembre de 1808, núm. 233

La versión de la Junta se encuentra en un largo escrito firmado por D. Ramón Blanco, como gobernador y presidente y D. José María del Hierro, como secretario.⁷² En él, además de manifestar las congratulaciones de rigor al saber por la *Gaceta de Madrid* el establecimiento de la Junta Central,

Dispuso se cantase un *Te deum* en acción de gracias a Dios por tan singular beneficio implorando por ocho días consecutivos en solemnes funciones religiosas su asistencia para el acierto de las Reales Providencias de V.M., no permitiéndole su Patriotismo, esperar ordenes para ello. Pero teniéndolas el Ayuntamiento convido a la Procesión y Rogativa a esta Junta, la qual sin embargo de haver cumplido antes con tan sagrado dever huviera aceptado su convite si el Ayuntamiento huviera condescendido en que cada Cuerpo fuese presidido asi en la Procesión, como en el templo por sus respectivos Presidentes, ocupando el Govor. de la Plaza como Presidente de la Junta el lado derecho, y el siniestro el Alcalde Mayor a la caveza de su Ayuntamiento. Nada parecía mas justo, ni mas puesto en el orden, pero no lo reputó tal el Ayuntamiento.

El escrito sigue después con el relato de las gestiones realizadas con el Obispo respecto a la celebración de las rogativas por el éxito de las armas españolas y solicita igualmente una solución a la cuestión de las preeminencias para que sea tenida en cuenta en el futuro, argumentando que

Esta Junta a cuiá cabeza está el primer Xefe del Pueblo que lo es su Govor., que cuenta entre sus Individuos al digno prelado el Ilmo. Señor Obispo de esta ciudad, a lo más distinguido de su clero y Nobleza, a Xefes Militares de graduación, y otros oficiales de mérito, y a la mayor parte de los Individuos, que en la actualidad componen el Ayuntamiento, esta Junta que en el tiempo proceloso en que estuvo amenazada la Ciudad por los Franceses, consagró sus días y sus horas al bien de la Patria [...] y la salvó de su ferocidad, que exerció toda la autoridad en toda su extensión, esta Junta que no contenta en obrar militarmente para su defensa, veló por la más exacta Policía en guardar la tranquilidad intestina, esta Junta en fin a la que volvió los ojos el Pueblo en los

⁷² Escrito de 5 de diciembre de 1808, núm. 235.

días de su amargura, y aflicción parece Señor ser acreedora a la Preeminencia, respecto del Ayuntamiento cuías funciones ordinarias quedan mui atrás, si se comparan con las sagradas que han ocupado a la Junta, como son las vidas de los Ciudadanos, su libertad [...] sus fortunas y últimamente la independencia de qualqª autoridad que no sea la de su Rey dn. Fernando.

La Junta Central por medio de su secretario D. Martín de Garay se dirige al obispo de Ciudad Rodrigo⁷³ para “que procurase poner de acuerdo por medios pacíficos los dos Cuerpos de esta Ciudad, el Ayuntamiento, y Junta de armamento, discordes sobre la precedencia en las concurrencias públicas, y sobre la ocupación de la sala capitular por esta”. Y si no fuera posible el acuerdo, “informe sobre el particular lo que se le ofrezca y parezca para la resolución que corresponda”. Algo más tarde contesta el Obispo: “He practicado ya algunos Oficios y no dudo que se allanarán las dificultades y conciliarán los ánimos”.⁷⁴

Sin embargo, al margen de la solución que tuvieran, estas cuestiones de preeminencia no iban a entorpecer el curso de los acontecimientos, en los que la Junta de la ciudad se mueve en pos de un mayor protagonismo y reconocimiento, al mismo tiempo que su gestión dejaba mucho que desear en el orden interno de la ciudad, por lo menos en consideración de algunos sectores y personalidades, lo que resultará nefasto para su presidente, como veremos. Por lo que se refiere al afán de mayor protagonismo y reconocimiento de su labor, es claro un escrito fechado el 11 de febrero de 1809⁷⁵ donde hace una larga exposición de su labor, presentada como mérito, señalando su patriotismo, su disconformidad con la situación que Napoleón quiere imponer, la formación de la Junta, la elección de D. Ramón Blanco como presidente de la misma, la movilización de los varones útiles, su oposición a Loisson y sus trabajos en orden a la fortificación de la plaza y a la preparación de tropas,

que no duda la Junta merecerán la Real aprobación, suplica a V. M., si lo tiene a bien, se digne declararla única Superior en Castilla, en lo que no lleva ningunas miras de ambición ni de engrandecimiento, sino el objeto de poder con más

⁷³ Escrito de 7 de enero de 1809, núm. 236.

⁷⁴ Escrito de 10 de febrero de 1809, núm. 231

⁷⁵ Representación a la Junta Central, núm. 283; un resumen de la misma presentada a la Junta Suprema, al que pertenece el entrecomillado, núm. 257.

energía desenvolver su celo y patriotismo y contribuir mejor a la defensa común de la Patria.

En la consideración por la Junta Central si era conveniente o no acceder a la petición de la de Ciudad Rodrigo, va a jugar un papel significativo D. Juan Miguel Vives, nombrado por aquellas fechas, como hemos dicho, Capitán General de Castilla la Vieja, quien avisa a la Junta Central de su llegada a Ciudad Rodrigo para asumir el cargo siendo recibido calurosamente por la Junta y los mirobrigenses.⁷⁶ Los trabajos de la nueva autoridad militar comenzaron de inmediato, pues el mismo día de su entrada en la ciudad, desde Sevilla salía un oficio de contenido cuando menos inquietante.⁷⁷

Enterada la Junta Suprema Gubernativa del Reyno del contenido del papel [...] dirigido desde Ciudad Rodrigo por dn. Antonio Cornels y Prat, en que expone que en aquella ciudad entran diariamente muchas espías sin que la Junta cele sobre ellas y también los recelos que tiene de que encierra en su seno alguno que los protege, se ha servido acordar S.M. se pase V. E. para que con reserva tome las providencias que convengan.

Vives inició las pesquisas de inmediato y unos días más tarde comunicaba a Martín de Garay que no había ningún vecino de ese nombre en Ciudad Rodrigo, por lo que el escrito es un anónimo de dudoso fundamento, “sin embargo procuraré averiguar lo que refiere”, aunque en el retén de la única puerta abierta en la ciudad “existe desde que se abre hasta que se cierra un Eclesiástico y un seglar de condición para examinar a cuantas personas entran y si se halla alguna sospechosa se le pone en la cárcel y forma sumaria para que se justifique”.⁷⁸ Vives había ordenado cerrar todas las puertas de la muralla menos la de la Colada, por lo que los controles de las entradas y salidas eran fáciles.

Entre las pesquisas realizadas por Vives en este sentido están las relacionadas con otro escrito firmado por Antonio Amarillas, que se dice vecino de Ciudad Rodrigo, donde declara que “la plaza esta vendida a los franceses”, el Capitán General ha podido comprobar que no hay ningún mirobrigense que se llame así, por lo que considera que

⁷⁶ Escrito fechado a 21 de marzo de 1809, núm. 271.

⁷⁷ Escrito de 21 de marzo de 1809, núm. 272.

⁷⁸ Escrito a Martín de Garay de 3 de abril de 1809, núm. 281.

es un escrito hecho por el mismo individuo que ya ha circulado otros similares buscando desestabilizar la plaza amparándose en el anonimato y la clandestinidad.⁷⁹

Simultáneamente a sus investigaciones sobre estos asuntos y al ejercicio de las funciones propias de su cargo, Vives va a ser requerido en relación a la solicitud formulada por la Junta mirobrigense para que se la declarara Superior de Castilla, pues en 24 de marzo⁸⁰ se le informa y ordena que dicha Junta

solicita se le declare por única Junta Superior en Castilla, en atención a ser sola la que ha quedado en ella y a los saludables efectos que puede producir esta medida aun en los pueblos conquistado por los enemigos [...] se ha servido resolver que, tomando V. E. noticias del oydor de la Real Chancillería de Valladolid, D. Miguel Modet, comisionado en ese pais y de las demas personas de confianza que tenga por conveniente informe reservadamente lo que se le ofrezca y parezca sobre esta solicitud para la soberana determinación que estime oportuna.

Vives responde unas semanas más tarde comunicando que Modet no se encontraba ya en Ciudad Rodrigo desde mucho antes de que él llegara, que ha considerado y visto lo realizado por la Junta, así como el ambiente de la ciudad, por lo que consideraba justa esa petición “por estar en poder de los enemigos la capital de esta Provincia que es Valladolid, y Salamanca que es de este partido”.⁸¹ El asunto se resuelve favorablemente a la petición de la Junta mirobrigense días más tarde, en un oficio que la Central envía a la de Ciudad Rodrigo⁸² para notificarle que ha decidido “acordar que esa Junta sea la Superior de Castilla por ahora y hasta que las circunstancias no exijan varíe esta determinación”.

La solución de este tema se produjo en un momento en que Blanco había perdido todo su protagonismo, como consecuencia del desarrollo de los acontecimientos dentro de la propia ciudad. El presidente de la Junta parecía imponerse en su pugna con el Ayuntamiento, máxime cuando el 7 de febrero asume interinamente el cargo de corregidor. Pero tal circunstancia no impide que la oposición que se había suscitado

⁷⁹ Escrito a Martín de Garay de 7 de abril de 1809, núm. 280.

⁸⁰ Orden de esa fecha dirigida a D. Juan Miguel de Vives, núm. 273.

⁸¹ Escrito dirigido a Martín de Garay de 9 de abril de 1809, núm. 282.

⁸² Escrito fechado en Sevilla el 23 de abril de 1809, núm. 285.

contra él prosperara. Una carta del Obispo Fray Benito a Jovellanos, miembro de la Central, para que la presente, si lo estima oportuno, a la consideración de la Suprema, nos descubre el panorama interno con graves carencias de una autoridad cuestionada. La carta no tiene desperdicio y es el comienzo de la ruina de Blanco. Veamos lo más significativo:⁸³

Nos hallamos aquí como en anarquía, expuestos a trágicos sucesos porque esta Junta, y su Presidente están ocupados del temor del pueblo y no se atreven a hacer justicia con los delincuentes, ni desertores, que, quando y como quieren se van de sus casas, sin temor de ser castigados. No hemos visto en ocho meses de sucesos punibles un castigo, solamente la prisión de algún delincuente. De esto nace la insolencia de la que se llama tropa de defensa de la Plaza, y es de temer sea la de su perdición. No hay cabeza que la gobierne para su defensa [...] El Governor. Interino Presidte. de la Junta ha sido Marino, y no tiene inteligencia en lo que pertenece a la defensa de Plazas y dirección de tropa de tierra; está, además de esto, como he dicho, lleno de sustos y por lo mismo, como el me ha confesado, quien manda es el pueblo [...] que se deja llevar de las primeras aprensiones de su recalentada imaginación y no oye razones, y assi no tenemos tanto temor de la invasión de los enemigos, como de la furia de los domésticos. Si aquellos nos acometen, no oygo otra cosa a los sensatos, que la Junta hará lo que las de Zamora y Salamca. que después de tanto discurrir, tanto providenciar y tanto molestar a toda clase de ciudadanos, al momento que se presentó un despreciable número de enemigos y aún antes, sacaron banderas de paz y les convidaron a tomar possn. de las ciudades.

Y concluye con referencias a las posibles actitudes que pueden surgir en la ciudad si llegan los enemigos, incluyendo la intervención o mediación inglesa:

Algunos de la Junta, quando no todos, están expuestos a perecer por la insubordinación y falta de castigos y porque, según se puede rastrear, los de la Ciudad quieren, lo que no quieren los Paisanos auxiliares, unos resistir hasta más no poder; y otros rendimto. y pronta sumisión a la primera vista del enemigo. Esta perjudicial desavenencia, solo la puede conciliar un General de

⁸³ Escrito fechado en Ciudad Rodrigo a 10 de febrero de 1809, núm. 287.

peso, de tino, de inteligencia, y valor, a quien seguramte obedecerán con gusto, pues de entre ellos mismos se oyen voces, de que falta quien los mande. Por aquí anda el Gefe Wilson, inglés, a quien debemos la defensa de los lugares hacia Zamora y Salamca. y actualmte. se acerca a esta última ciudad [...] es hombre valeroso, e inteligente, y que no ahorra incomodidades propias y seguramente sería utilísimo a esta plaza y país, si esa Junta le confiriese el mando como Genl. en Gefe de esta tropa, no habiendo otro sugeto nacional que pueda serlo. A esta Junta no se puede proponer porque seguramente se opondrá a que se minore su auttord. y facultades.

La carta es una muestra de la contestación creciente que sufre Blanco, en la que no podía faltar el Ayuntamiento, que se sentía desconsiderado y postergado por él. Estamos en la fase crítica de la ofensiva contra el Brigadier. Al estar ocupado el cargo de gobernador interinamente, hay un sentimiento generalizado sobre la conveniencia de que se cubra en propiedad y por la persona adecuada, algo que se comprueba incluso a nivel particular, como vemos en el escrito que D. Joaquín Alvarado envía a la Junta Central por esas fechas ⁸⁴ pidiendo la reducción del número de vocales de las Juntas Provinciales y añade:

La Suprema Jta. no ignora que ciudad Rodrigo carece de gobernador, Castilla la Vieja de General; y nadie puede dudar que Zamora fue entregada por Gobernador interino, y de este modo otras ciudades. Todo esto pide pronto remedio y de ese modo podra confiar esa Suprema Jta. que esta Ciudad sea una Segunda Zaragoza.

También el Ayuntamiento se dirige a la Junta Central en demanda de que el cargo se cubriera en propiedad y buscó la mediación del General D. Gregorio de la Cuesta, jefe del ejército de Extremadura, para que apoyara su petición, siendo los regidores D. Francisco Cuadrado y D. Juan Antonio de Atienza encargados de hacer llegar los escritos a sus destinatarios respectivos. La petición del Ayuntamiento coincide sustancialmente con la del Obispo, en el sentido de la conveniencia de nombrar un gobernador adecuado a la plaza y a la situación en que se encontraba. La Junta Central se dirigió al General D. Gregorio de la Cuesta para que

⁸⁴ Escrito de 15 de febrero de 1809, núm. 249 bis.

proponga V.E. lo que tenga por conveniente [...] sobre el sugeto que podrá ser a propósito por su valor, inteligencia y patriotismo en mando y defensa de dha. plaza y hacer que los habitantes de ella sometidos a la autoridad militar se esfuercen y sacrifiquen en su defensa.⁸⁵

Por otra parte, la propuesta del Obispo de que asumiera el mando en Ciudad Rodrigo un militar extranjero no iba a ser considerada en aquellas fechas por la Central y lo que hace es enviar el escrito del Obispo mirobrigense al General Cuesta el 22 de febrero, quien en su respuesta se manifiesta en el mismo sentido, al señalar:⁸⁶

Hace mucho tiempo, o por mejor decir desde su creación, que aquella Junta disimula, si es que no protege, la insurrección y desórdenes consiguientes. Aquel pueblo empezó por asesinar a su gobernador, a un Ayudante de la Plaza, con otras personas, sin qe. el Teniente del Rey dn. Ramón Blanco, que se ha revestido de su mando y graduación hasta la de Brigadier escudado de la Junta para sus miras, haya hecho la menor diligencia ni indagación de los causantes de dhos. asesinatos. Así mismo despojó y persiguió al Alcalde mayor para hacer su mando más absoluto y con este y otros antecedentes que pudiera citar, no puedo prometerme una regular defensa de aquella Plaza ni permite esperarla su ignorancia en el servicio de tierra, habiendose exercitado solo en la Marina; agrégase a esto una carta que acabo de recibir del Brigadier General Roberto Wilson, Comandante de las tropas españolas y portuguesas que ha reunido en las inmediaciones de aquella plaza en que manifiesta su desconfianza de que el Pueblo ni el Gobierno de ella se conduzca con la firmeza y regularidad necesaria en esta ocasión.

Con semejante planteamiento, la conclusión de Cuesta parece obvia:

Considero, pues, muy urgente el que pase a Ciudad Rodrigo inmediatamente un Gobernador inteligente, activo y de buen concepto a tomar el mando con toda independencia de aquella Junta de Partido la qual deviera suprimirse en la mayor

⁸⁵ Escrito de 22 de febrero de 1809, núm. 250.

⁸⁶ Escrito dirigido a D. Martín de Garay el 2 de marzo de 1809 desde el cuartel general de Cuesta, establecido en Jaraicejo.

parte y que al Teniente del Rey dn. Ramón Blanco se le mande venir a esta Provincia para formarle los cargos correspondientes y para que no interrumpa allí con sus intrigas al nuevo Gobernador [...] y mientras la Suprema Junta Central [...] resuelve lo conveniente, he determinado que el Brigadier dn. Josef Gabriel Gobernador de la Plaza de Valencia de Alcántara, y Coronel que era del Rl. Cuerpo de Ingenieros, que actualmente manda interinamente la plaza de Alcántara, se ponga en marcha para la de Ciudad Rodrigo, y que el Teniente Coronel Dn. Miguel Orbaneja Comandante del Tercio reunido de Castilla se dirija también a la misma para servir bajo de sus órdenes [...] y ponga respectivamente en posesión de aquella plaza, bien en propiedad o por interinidad [...] que en el caso de no hallar en Ciudad Rodrigo fuerzas imparciales con que restablecer el orden, puedan pedir auxilios para el efecto al Brigadier General inglés Roberto Wilson.

Las propuestas de Cuesta son aprobadas por la Central⁸⁷ y ello da lugar a la apertura de una investigación sobre Blanco, en la que Garay se dirige a D. Antonio Cornel, ministro de la Guerra, para que le comunique los antecedentes que tenga del mirobrigense, a lo que Cornell contesta⁸⁸ que en su ministerio

No hay contra dn. Ramón Blanco sino la resolución de S. M. que V. E. me comunicó con fecha de 5 deste mes, y el habersele conferido el mando político de aquella ciudad del resultas del arribo a esta de un Diputado de la misma Junta, que vino solicitando se le concediera por creerlo más útil al mejor servicio.

La llegada de los dos militares comisionados por Cuesta a Ciudad Rodrigo despierta la inquietud de los miembros de la Junta, que se reúnen la noche del 19 de marzo para redactar una representación dirigida a la Central alabando las cualidades de Blanco antes de pedirle “se digne expedir la correspondiente Rl. Orden para que sin embargo de la ocurrencia representada [la llegada de dichos jefes] continúe en este Gobierno el Brigadier Presidente Dn. Ramón Blanco Guerrero, que lo es interino”.⁸⁹ La

⁸⁷ Carta a Cuesta desde Sevilla fechada el 5 de marzo de 1809. núm. 274.

⁸⁸ Escrito fechado el 12 de marzo de 1809 núm. 275.

⁸⁹ El escrito lo firman Francisco Ruiz Gómez como vicepresidente de la Junta, los vocales D. Sebastián Gallardo, D. Vicente Ruiz Alvillos y D. Antonio Rodríguez, y el secretario D. Antonio Esteban Serra. Está fechado el 9 de marzo de 1809 núm. 290.

representación la entregan a Vives, para que actuara de intermediario. Por su parte, Vives, nada más incorporarse a su destino, escribe a D. Antonio Cornel notificándole que dos días antes había recibido la real orden fechada el 7 de marzo por la se ordenaba que Blanco entregara el mando a D. José Gabriel “y que pasase a Extremadura para que el general D. Gregorio de la Cuesta le mandase formar los cargos correspondientes”. Esa orden fue leída en la sesión de la Junta de la noche del 19 y su contenido es el que motiva la representación antes aludida y que Vives adjunta a su escrito,⁹⁰ explicando que no ha encontrado ningún desorden ni en la Junta ni en la ciudad y sí un gran afecto popular hacia el gobernador “por su actividad y buen modo de portarse”, por lo que concluye:

creo que el señor Cuesta ha sido mal informado por algunos malevolos que no faltan en los Pueblos, y que esto daría motivo al parte que en 2 de este mes al Sor. Dn. Martín de Garay de resultas del qual resolvió S. M. lo que queda expresado; pero hallandome ya con la presidencia de esta Junta y con tribunal competente para juzgar al Gobernador si hay cargos que hacerle, que no creo, he considerado conveniente suspender el cumplimiento de la expresada real orden [...] de lo expuesto se digne aprobar dha. suspensión y mandar se retire a su gobierno de Alcántara [...] Sin embargo de lo que tengo manifestado por lo que he visto en el corto tiempo que hace he llegado a este Ciudad decidiese S.M. se lleve a debido efecto lo mandado se pondrá en ejecución menos la presidencia de la Junta que como Capitán General me corresponde.

A este escrito responde en nombre de la Central D. Martín de Garay reiterando el cumplimiento de la orden en cuestión, por lo que insiste en que D. José Gabriel debe asumir la presidencia de la Junta, pues considera de máxima importancia la conservación de Ciudad Rodrigo, por lo que dicha medida “no lleva otro fin [...] que el de proporcionarle los medios de que sus habitantes y esa Junta empleen con buena dirección todos los que han preparado con tantos afanes, lealtad y patriotismo para su heroyca defensa.”⁹¹

Pronto queda de manifiesto que las discrepancias del Obispo con Blanco iban más allá de de lo meramente personal, pues la carta enviada por el prelado a Jovellanos resultaba

⁹⁰ Fechado el 21 de marzo de 1809 núm. 292.

⁹¹ Comunicado fechado en Sevilla el 28 de marzo de 1809, núm. 293.

tendenciosa en su contenido y por debajo de tal proceder subyacía la diferente estimación sobre la conducta de la ciudad cuando se presentara el enemigo, ya que de acuerdo con la información⁹² que remite a la Central D. José Gabriel, ésta decide

que se forme sin la menor demora la sumaria sobre la Junta que tubo el Rdo. Obispo de esa diócesis de Curas y Prelados de las Religiones sobre persuadir al Pueblo a la entrega de la Plaza en el caso de presentarse los enemigos; condescendiendo S.M. a que el Brigadier dn. Ramón Blanco continúe de Gobernador interino, y ha resuelto que Gabriel vuelva inmediatamente a las órdenes del Capitán General dn. Gregorio de la Cuesta.

La cuestión, pues, se resolvía a favor de Blanco y la Junta que presidía, pero sus componentes deseaban lavar su imagen y que su reputación quedara limpia totalmente, por lo que entregaron a Vives una carta que habían redactado el día anterior,⁹³ en la que tras protestas de patriotismo, desinterés, invocaciones a la justicia y razonamientos por el estilo, manifestaban que deseaban

el Presidente de esta Junta y sus vocales sea juzgado su proceder desde que fue formada hasta el día, y sus individuos están resignados a sufrir gustosos los resultados, bien convencidos del justo fallo del Tribunal Supremo de la Nación que tan dignamente nos gobierna a nombre de nro. amado Soberano [...] En estos sentimientos abundaron todos los individuos de la sesión de anoche acordando manifestarlos a V.E. como el primer Xefe de esta provincia.

A la muerte de Vives, D. Diego de Cañas y Portocarrero, duque del Parque-Castrillo fue nombrado Capitán General de Castilla la Vieja y el 20 de mayo de 1809 llegó a Ciudad Rodrigo;⁹⁴ días antes ya se le había enviado un escrito recomendándole estuviera atento y actuara oyendo el parecer de D. Miguel Modet, comisionado regio en la ciudad.⁹⁵ En septiembre, en virtud de una real resolución, Parque nombra con carácter interino como Gobernador a D. Pedro Quijano, Coronel del Regimiento de infantería de Mallorca relevando en ese cargo a D. Ramón Blanco. La resolución no es del agrado de la Junta

⁹² Carta de Martín de Garay a Vives, desde Sevilla a 22 de abril de 1809, núm. 296.

⁹³ Escrito de 20 de marzo de 1809, núm. 291.

⁹⁴ Estas cuestiones, en Dionisio Nogales Delicado y Rendón, *Historia de la muy noble y leal ciudad de Ciudad Rodrigo*, Salamanca, Asociación de Amigos de Ciudad Rodrigo, 1982; p. 123 y ss.

⁹⁵ Escrito fechado en Sevilla el 18 de mayo de 1809, núm. 298.

lógicamente y deciden sus vocales escribir a la Central con el ánimo de que se les aclare la razón de tal relevo. En su escrito⁹⁶ defienden el patriótico y leal proceder del presidente de la Junta mirobrigense y su gobernador interino, siempre preocupado por la salvación de la Patria, consideran que no hay ni una sola providencia de la Central “que no esté marcada por el sello de la Justicia” y creen que para tomar esa medida “havra precedido un conocimiento de justos motivos que la hayan hecho de rigurosa necesidad”, por lo que concluyen que

con este conocimiento la Junta celosa de su propio decoro considera un dever sagrado dirigirse a V. M. lejos del deseo de que la última resolución de V. M: se varie y con solo el objeto de suplicarle se digne mandar juzgar al referido Dn. Ramón Blanco a fin de que examinada su conducta experimente la suerte a que sus defectos o su inocencia le hagan acreedor.

Tres semanas más tarde, la petición de la Junta de Ciudad Rodrigo es presentada a la consideración de la Central, que contesta diciendo que no hay motivo para dudar de la honorabilidad de Blanco “qe. el nombramiento de otro General es parte de aquel principio de economía política qe. autoriza los nuevos nombramientos de empleados qdo. es util o necesario”⁹⁷ y así lo comunicará a los vocales mirobrigenses días después reiterando que no había “el menor motivo para dudar del zelo” de la Junta de Ciudad Rodrigo “ni del patriotismo del Brigadier Blanco”,⁹⁸ pero antes de recibir tal comunicado, la Junta de Ciudad Rodrigo hace otra petición en un escrito fechado el 13 de octubre,⁹⁹ donde manifiesta su satisfacción porque Blanco va “a ser oído en Justicia”, lo que a la Junta

la ha llenado de la mayor satisfacción, viendo en ello un testimonio nada equívoco de lo grata que ha sido a S. M. una solicitud cuyo origen es solo clamar a la Justicia y que prueba hasta la evidencia que el triunfo de esta virtud es el único objeto de las ansias de la Junta, cuyos sentimientos puede decir sin

⁹⁶ Fechado en Ciudad Rodrigo, a 25 de septiembre de 1809 núm. 318, lo firman los vocales Francisco Rui Gómez, Pedro Trellez, Manuel Ramón de las Casas y José María del Hiero como secretario.

⁹⁷ Escrito fechado el 11 de octubre de 1809, núm. 317.

⁹⁸ Escrito de 22 de octubre de 1809, núm. 321.

⁹⁹ Firmado por Francisco Rui Gómez (por ausencia del Presidente) y Tomás Diez Rodríguez, como secretario, núm. 320.

jactancia han brillado siempre en sus operaciones desde el momento de su erección.

Las referidas salidas descabezan a la Junta de Ciudad Rodrigo, que en esa misma fecha y firmado por los mismos individuos envía a la Central una petición o ruego:¹⁰⁰

Habiendo salido de la Plaza el Exmo. Señor Capitán General a ponerse a la caveza del ejército de su mando, ha quedado esta Junta sin presidente, faltándoles también el Vicepresidente, por trasladarse a la plaza de Badajoz, el Brigadier Dn. Ramón Blanco que ejercía esta funciones en cumplimiento de lo mandado por V.M.

Reducida la Junta a estas circunstancias faltaría a un dever exencial y no miraría debidamente por su decoro si dilatase un momento dirigir a V. M: su súplica para que se digne si lo tubiere a bien nombra en clase de Presidente interino de ella, o como fuere su soberana voluntad al Gobernador que es o sea de esta plaza, medio que reuniendo las autoridades proporcionará el más pronto y feliz despacho de los importantes asuntos que forman la materia de sus atribuciones.

La propuesta de la Junta es, en definitiva, aunar el mando en la Ciudad con vistas a lo que parecía inevitable: la llegada de los franceses. Eso iba a exigir luchar y en ese momento, lo más adecuado era que el mando estuviera unificado y en manos de un militar, de un profesional de las armas. La Central acepta la propuesta de la mirobrigense, de manera que el gobernador de la plaza será presidente interino de la Junta, para hacer las veces del presidente cuando el Capitán General, titular de la presidencia, estuviera ausente,¹⁰¹ decisión de la que acusa recibo la Junta de Ciudad Rodrigo ya a principios de noviembre.¹⁰²

La persona elegida por la Central para ocupar la Comandancia militar mirobrigense y la vicepresidencia de la junta fue el Mariscal de Campo D. Andrés Pérez de Herrasti, que el 1 de noviembre de 1809 abandonaba el ejército de Galicia para ocupar su nuevo destino. La Junta lo aceptó sin ningún problema y con él llegaba a la escena el personaje

¹⁰⁰ Escrito de 13 de octubre de 1809, núm. 319 y núm. 322.

¹⁰¹ Escrito fechado en Sevilla a 30 de octubre de 1809, núm. 323.

¹⁰² Escrito de 6 de noviembre de 1809, núm. 324.

que sería el alma de la defensa de la ciudad contra el francés y quien pusiera fin a las disensiones internas.

Mientras tanto proseguían las investigaciones sobre la muerte del que fuera gobernador de Ciudad Rodrigo D. Luis Martínez de Ariza en una causa que sustanciaba por orden del Duque del Parque el Alcalde Mayor de Salamanca D. José María Puente, quien iba a llamar a declarar a cinco vocales de la Junta mirobrigense para que dijeran lo que supieran sobre el asunto y esa declaración tendrían que hacerla en el Cuartel General del Ejército de la Izquierda, sobre lo que dice la Junta a la Central.¹⁰³

Este llamamiento, que según se dice, pone a estos vocales a nivel de un negro, lacayo que fue de Ariza, igualmente que con otros del bajo Pueblo, citados indistintamente del mismo modo y con el mismo objeto, anima a la Junta celosa del decoro de sus Vocales a exponer a la alta consideración de V.M. que no puede mirar sin sentimiento, el que habiéndose estos adquirido tan justamente el respeto y la consideración pública en defensa de la Patria, vayan decayendo por este medio de los miramientos que les corresponden y que la urbanidad hermanada con la Justicia no suele negar en iguales casos a las personas de algún respeto en los Pueblos.

Y añade la Junta de Ciudad Rodrigo que no desea crear entorpecimiento alguno en el progreso de la causa y reconoce la obligación de todo individuo de inclinarse ante la ley y responder todo lo que sepa sobre lo que fuere preguntado y añade:

Pero ¿se demoraría mucho esta causa, si en lugar de llamarlos a diez y siete leguas de distancia, se les mandare declarar delante de las autoridades de Ciudad Rodrigo? V.M. ha nombrado nuevamente Gobernador Militar de esta Plaza y este acaba de llegar a el Pueblo; toméñseles, pues, en su Tribunal quantas declaraciones juzgue Puente necesarias para fallar [...] y así se conciliará la Justicia con el decoro.

El escrito lo firman Fray Nicolás Patiño, D. Antonio de Castro como vocales y el secretario D. José María del Hierro, quedando a la espera de la decisión de la Central, sin embargo las citaciones del Alcalde Mayor a los vocales llegan antes y en la sesión

¹⁰³ En su escrito de 6 de noviembre de 1809, núm. 325.

que la Junta de Ciudad Rodrigo realiza en la noche del 14 de noviembre, dos vocales Fray Nicolás Patiño, prior de la comunidad de los dominicos y D. Esteban Mexia, oficial retirado con destino en el estado mayor de la plaza, estaban citados judicialmente por D. José María Puente “señalándoles el término de tercero día a fin de que verificasen la comparecencia, y conminándoles en el caso de no realizarla en el tiempo señalado con el último rigor del castigo”. Ante tal hecho, la Junta decide escribir un oficio al Duque del Parque alegando los mismos razonamientos de decoro y dignidad para sus vocales que presentó ante la Central, su afán de no entorpecer el funcionamiento de la justicia y el perjuicio que se derivaría de la marcha de los vocales “teniendo a su cargo importantes comisiones de diaria y continua atención”, cuya citación, además, se había hecho junto con la de “varias personas de la clase común del Pueblo” sin tenerles las consideraciones debidas y concluía así su alegato explicativo de porqué tras escribir a la Central había esperado su respuesta antes de atender el requerimiento del Alcalde Mayor:

Y finalmente, que estando establecida así por las Leyes civiles, como por las militares la diferencia en el modo de exigir reclamaciones con proporción a el carácter y representación de las personas, que deven prestarlas, y señalado el medio y modo de que se realicen sin atraso en la expedición de las causas ni violación aun indirecta de la consideración debida a los declarantes.

Algo que la Junta señalaba porque pensaba que el Alcalde Mayor había procedido con conocimiento de quienes eran los que citaba “al no espresar en el exorto estos destinos y aun respecto de alguno que también esta citado la condición de Eclesiástico como canónigo que es [...] habiendolo comprendido en el dirigido a la Justicia Real ordinaria”, es decir sin tener en cuenta las diferentes jurisdicciones que correspondían a los citados.¹⁰⁴

Al recibir la representación de la Junta de Ciudad Rodrigo, la Central estudió el caso y acaba atendiendo su petición y así lo comunica a la Junta y en el mismo sentido escribe al Duque del Parque ordenando que “se tomen las declaraciones a estos vocales con el

¹⁰⁴ Escrito de 16 de noviembre de 1809, núm. 327 y 326.

decoro que les corresponde por sus destinos sin obligarles a salir de la ciudad al efecto”.¹⁰⁵

Mientras tanto Parque se había quejado a D. Antonio Cornell, Secretario de Guerra, de que la Junta mirobrigense “no deja expeditas [...] sus funciones al Alcalde Mayor de Salamanca para la conclusión de las causas de infidencia de que está conociendo” y Cornell pasó el escrito a D. Pedro Rivero;¹⁰⁶ finalmente llega a conocimiento de todos la decisión de la Central y así se acepta.

En todo el proceso no han faltado la defensa de Blanco por la Junta y así figura en un escrito de 6 de noviembre dirigido a la Central, cuyo contenido ésta considera y lo comunica a los mirobrigenses¹⁰⁷ y al Ministro de la Guerra, Cornell, para que se conozca su resolución y “se tenga presente el mérito de este sugeto y la recomendación de la espresada Junta”.¹⁰⁸

A principios de 1810 Parque fue destinado a asumir el mando del ejército de la Izquierda; el marques de la Romana vuelve a hacerse cargo de las tropas reunidas por Parque, unos 26.000 hombres y los distribuye por la frontera desde Olivenza al puerto de Perales, quedando en la ciudad un contingente similar al que tendrá que afrontar el asedio, que empieza el 25 de abril y que tiene en Herrasti su hombre clave, quien desde fines de febrero está llevando a cabo no sólo un fortalecimiento de las defensas y recursos de la ciudad, sino también una labor de exaltación de los ánimos para resistir a los franceses sin desfallecer, algo que se comprueba palmariamente en el escrito que dirige “La Junta Suprema de Castilla a los hombres buenos de sus provincias”.¹⁰⁹ Es una alocución de gran interés, cuyo objetivo primero es neutralizar la labor propagandística francesa, pues incapaz el invasor de dominar por la fuerza a la nación, “su política ha tenido por blanco someter los ánimos por la opinión; mas la Patria [...] sabrá oponer a sus falacias la verdad, a su política la sinceridad, y a sus fuerzas otras fuerzas superiores”. Después se extiende en explicaciones sobre el proceso político

¹⁰⁵ Escrito de 19 de noviembre de 1809, núm. 337.

¹⁰⁶ Escrito de 26 de noviembre de 1809, núm. 336 y 338.

¹⁰⁷ Escrito de 22 de noviembre de 1809, núm. 334.

¹⁰⁸ Escrito dirigido a Cornell el 22 de noviembre de 1809, núm. 335.

¹⁰⁹ El escrito circuló en forma de folleto editado por el impresor D. Juan de Vallegera, fechado el 27 de febrero de 1810 y va firmado por Herrasti como presidente de la Junta y por José María del Hierro, como vocal secretario de la misma. Un ejemplar se encuentra en La Biblioteca Nacional de Madrid, R/60899.

general de la Nación que lleva desde la sublevación contra el invasor hasta la reunión en Cádiz de las Cortes y la constitución de la Regencia y termina con una invocación a la resistencia:

¡Castilla! ¡Castilla! ¡Quan diferentes parecen tus hijos, de aquellos que en tiempos más felices no solo sostuvieron en las sienes de sus Monarcas las Coronas de tu Reyno y de León, sino que tambien añadieron otras nuevas [...] Haced hombres buenos un esfuerzo [...] Reanimad el espíritu público amortiguado en muchos de vuestros pueblos; imite su juventud el ilustre ejemplo de las demás Provincias, que lejos de acobardarse con las desgracias, se presentan con nuevo valor y nuevo brío a morir si es necesario, baxo el estandarte sagrado de la Patria.

La presencia de los franceses ante los muros de la ciudad supeditaría la política a la defensa, el verdadero objetivo de la comunidad mirobrigense en aquellas fechas. Todo lo demás era algo baladí cuya solución podía esperar.

***EL LEVANTAMIENTO Y FORMACIÓN DE LAS JUNTAS PROVINCIALES
CASTELLANAS: LA JUNTA DE SORIA***¹

Antonio Moliner Prada
Universidad Autónoma de Barcelona

¹ Este trabajo forma parte del proyecto de investigación HAR2009-13529 de la Secretaría de Estado de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación.

La presión popular obligó a las autoridades municipales y a las elites provinciales a constituir las Juntas de Defensa y de Gobierno y después las Juntas Superiores provinciales. En Castilla la actitud del capitán general Gregorio de la Cuesta originó numerosos conflictos con las juntas, que se vieron sometidas a sus dictámenes autoritarios. Como hecho particular se debe destacar la existencia de la Junta de León y Castilla unidas. Todas las juntas organizaron la resistencia de sus territorios respectivos en difíciles circunstancias y su obra de gobierno finalizó cuando se crearon los ayuntamientos constitucionales y las diputaciones provinciales, aunque con numerosas dificultades. La Junta de Soria es un referente del movimiento juntero español por su espíritu numantino de resistencia.

Introducción

Las circunstancias particulares de cada ciudad configuraron un escenario diferente pero con un sentimiento mayoritario de sus habitantes, reprobando las abdicaciones de Bayona y la ocupación militar francesa. En Castilla, como en el resto de provincias españolas, el *leitmotiv* del levantamiento fue la reafirmación de los valores supremos que unían entonces a todos los españoles de las diferentes ideologías: la defensa de la Religión, la Monarquía y la Patria. Es cierto que las autoridades oficiales y los ayuntamientos fueron reacios en su mayoría a ponerse al frente del levantamiento y fue la presión popular la que les obligó a cambiar de actitud. El capitán general de Castilla la Vieja D. Gregorio de la Cuesta, que al principio había manifestado su clara posición favorable al gobierno intruso, es un ejemplo claro de esta actitud.

En medio de la crisis política y de la guerra surgieron también profundas rivalidades entre los diversos municipios y territorios por el control del poder político y militar, formándose juntas paralelas, como sucedió en León, o abarcando territorios más amplios que sus provincias respectivas, como en Burgos y Soria. Y cuando las ciudades cayeron en manos de los franceses, hubo entonces colaboración activa o pasiva de muchas personas relevantes, de manera que al finalizar la ocupación las nuevas autoridades velaron para que los ayuntamientos no estuvieran contaminados por ellas, lo que generó muchas veces odios y venganzas. La historia de las juntas sitúa en primer plano el conflicto entre el poder civil que ellas encarnaban y el poder militar en manos de los capitanes generales.

El levantamiento de Valladolid

En Valladolid la estancia prolongada de las tropas imperiales provocó un clima de alarma social y se produjeron diversos disturbios callejeros durante los meses de enero y febrero.² El 24 de marzo tras recibir la noticia de la proclamación de Fernando VII en Madrid a través de las gacetas y cartas particulares, el pueblo pidió el retrato de Godoy y lo quemó junto con sus atributos de almirante.³ La hostilidad con las fuerzas de ocupación se incrementó aún más tras las noticias del Dos de Mayo madrileño y cuando se conoció las abdicaciones de Bayona por la *Gaceta de Madrid* del 13 y 30 de mayo. Tanto el Ayuntamiento, controlado por el partido fernandino a través del marqués de Revilla, como el capitán general Gregorio de la Cuesta, de carácter terco y autoritario, celoso de las ordenanzas militares y de la disciplina y al principio partidario del gobierno intruso, se mostraron reacios a dar armas al pueblo y a hacer un alistamiento forzoso. Y ante los pasquines distribuidos el 17 de mayo exhortando al pueblo a no permanecer impasible, Gregorio de la Cuesta exigió la subordinación para preservar el orden. Sin embargo el levantamiento se precipitó por los tumultos populares que culminaron el 31 de mayo cuando los paisanos recogieron unos 250 fusiles que los franceses habían dejado en San Francisco, Carmen Calzado y Hospital General.⁴ El motín se convirtió el 1 de junio abiertamente en revolución. En un bando publicado ese mismo día, el capitán general explicaba cómo tuvo que convocar al Ayuntamiento para este fin, “*de resultas del aumento que tomó el clamor popular*”.

Gregorio de la Cuesta se vio obligado por fin a formar el 2 de junio una Junta de Armamento y Defensa, aunque con facultades estrictamente militares, compuesta por dos representantes de cada corporación bajo su presidencia (Real Acuerdo, Universidad, Ayuntamiento, Cabildo y Gremios). El 4 de junio dirigió una proclama a todas las provincias y dos días después distribuyó otra autorizando la creación de juntas semejantes a la de Valladolid en las ciudades donde existiera intendente y la realización de un alistamiento general. Esta Junta central de armamento y defensa la

² Jorge Sánchez Fernández, *Valladolid durante la Guerra de la Independencia española, 1808-1814*. Diputación de Valladolid, Valladolid, 2002, p. 46,

³ *Noticia de los casos particulares ocurridos en la ciudad de Valladolid. Año de 1808 y siguientes*. Valladolid, 1808. Archivo Real Chancillería de Valladolid, p. 1 y s.

⁴ Celso Almunia Fernández, *De la vieja sociedad estamental al triunfo de la “burguesía harinera en Valladolid en el siglo XIX*, en *Valladolid en el siglo XIX*, Historia de Valladolid, vol. VI, 1985, p. 32.

presidiría un intendente o en su caso el jefe militar de mayor graduación o los corregidores y alcaldes. En cuanto a su composición, contempla dos regidores, el diputado del común, el cura párroco, dos canónigos si hubiese y dos oficiales del ejército, más otros sujetos de luces y de acreditado patriotismo. Los ayuntamientos respectivos debían de realizar la elección de estos miembros de la Junta y las juntas municipales estaban subordinadas a las de la Provincia. El método que utilizó en Valladolid Cuesta lo desvela en unas instrucciones que dio a los representantes del Ayuntamiento de León:

(...) en cuyas circunstancias, no pudiendo resistir al torrente del público, parece conveniente ceder a su fuerza, adoptando medidas y providencias para dirigir su impulso de manera que sea menos funesto. Esto es, permitir su alistamiento y armamento, coordinar los alistados y, por medio de la disciplina militar, contener y dirigir su entusiasmo hacia el mejor orden posible. Este método estamos adoptando en esta ciudad (Valladolid) que de tres días a esa parte se hallan en iguales circunstancias.⁵

Llama la atención que Cuesta considera a la Junta vallisoletana como General o Superior de las otras juntas castellanas, aunque éstas no tuviesen ningún representante en aquella, cuyas competencias solo debían centrarse en la organización de la defensa. Entre el 3 y el 8 de junio se llevó a cabo en Valladolid el acopio de artillería, armas y municiones y el 12 sobrevino el desastre de la batalla de Cabezón, que se debió sin duda a la impericia de Cuesta y a su cobardía, y posteriormente se produjo el descalabro de Rioseco el 14 de julio.⁶ La Junta de Armamento sufrió una remodelación a mediados de agosto, cuando Cuesta designó como presidente al militar frey José Cabeza de Vaca, y su jurisdicción se circunscribe solamente al territorio de la Intendencia de Valladolid. En la segunda quincena de septiembre ordenó un nuevo alistamiento general de mozos útiles para el ejército de Castilla

⁵ Oficio de Gregorio de la Cuesta al vizconde de Quintanilla y a José Guadalupe Palacios de la Junta de Leían, 2 de junio de 1808. Citado en Jorge Sánchez Fernández, *Valladolid durante la Guerra de la Independencia española, 1808-1814*, cit., p. 58. Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, legajo 64G-1888.

⁶ Celso Almunia Fernández, *De la vieja sociedad estamental al triunfo de la "burguesía harinera en Valladolid en el siglo XIX*, cit., p. 43

Cuando se formó la Junta de León y Castilla el 23 de julio de 1808, en la que se nombró como representante de Valladolid a José Morales, el general Cuesta utilizó todos los medios para dominarla. Al trasladarse la Junta a Ponferrada, por la ocupación de la capital leonesa, se abrió un proceso nuevo que culminó con el tratado de unión entre los reinos de Castilla, León y Galicia (19 agosto de 1808). El autoritario Cuesta se negó a aceptar esta Junta Reunida y no dudó en formar otra nueva Junta Superior de León. El conflicto se recrudeció cuando aquélla designó representantes para formar la Junta Central y fueron detenidos en el camino por orden suya. Por su parte la Junta de Armamento vallisoletana nombró a Cabeza de Vaca y al canónigo Ugarte como sus representantes, que no pudieron acreditarse cuando llegaron a Aranjuez, limitándose el primero a denunciar la injusta representación de las dos Castillas y León en la nueva institución creada frente a otros territorios.⁷ A partir de enero de 1809 Valladolid sufrió el peso de los franceses, convirtiéndose en parada, fonda y hospital,⁸ y la Junta de Armamento desapareció oficiosamente.⁹

El levantamiento de Zamora

En Zamora se produjo a lo largo del mes de mayo un claro distanciamiento entre las autoridades del Ayuntamiento, que se habían plegado al poder francés por miedo o por adulación, y el pueblo, que mantuvo una postura firme contra la ocupación. Éste, tras conocer la abdicación de Fernando VII el 31 de mayo, exigió al gobernador militar las armas que estaban en el Castillo.¹⁰ El 2 de junio se impidió la lectura en el Ayuntamiento de la R. O. circulada por el Consejo de Castilla, y esta misma tarde por la presión popular se estableció una Junta presidida por el obispo y 15 vocales, cinco representantes del clero, cuatro del ejército, tres de la antigua administración y tres individuos del tercer estado. Enseguida se formó una Junta de Armamento que

⁷ Jorge Sánchez Fernández, *Valladolid durante la Guerra de la Independencia española, 1808-1814*, cit., pp. 70-71.

⁸ Celso Almunia Fernández, *De la vieja sociedad estamental al triunfo de la "burguesía harinera en Valladolid en el siglo XIX*, cit., p. 68.

⁹ Jorge Sánchez Fernández, *Valladolid durante la Guerra de la Independencia española, 1808-1814*, cit., p. 71. Cuando en junio de 1815 el Consejo de Castilla pidió a las chancillerías y audiencias que informaran sobre los miembros de sus respectivas juntas, la de Valladolid solicitó a su Ayuntamiento la información al respecto. Al final el 28 de junio de 1816 se reseña que no hubo ninguna Junta Superior salvo la de Armamento y sólo ejerció su poder durante 15 días en la época de la batalla de Cabezón. *Ibid.*, p. 69.

¹⁰ *Parte del Corregidor de Zamora relativo a la reclamación de armas por parte de la población*. Zamora, 31 de mayo de 1808/ 4 de junio de 1808. AHN, Consejos, 17791, Exp.52.

buscó la colaboración eclesiástica para dotar de vestuarios a los soldados y a la Milicia Urbana.¹¹ La ciudad fue ocupada por los franceses el 10 de enero de 1809 que duró hasta 1813. También las ciudades de Toro, Medina del Campo, Nava y Villalón proclamaron como rey a Fernando, establecieron juntas de gobierno y organizaron un alistamiento general.¹²

Ya al final de la contienda, surgió un problema entre diversas autoridades, por un lado la Junta provincial y el jefe político, y por otro el Ayuntamiento constitucional de Alcañices y el gobernador de Zamora. La Junta de Zamora y el jefe político Francisco Martínez de Galisonda denunciaron que Juan Manuel Domínguez, que había sido coronel del regimiento de Orense, se había autoproclamado gobernador de Zamora y ejercía la jurisdicción en Alcañices sin la autorización requerida y en contra de lo dispuesto por la Constitución. Por ello pedían a la Regencia que tomase las providencias oportunas,

(...) a fin de cortar semejantes abusos y tropelías, para que la Constitución sea llevada a efecto en todas su pares, ejerciendo cada autoridad lo que en la se le confiere, quedándose más otros el decoro que les caracteriza, como así lo espera, de su probidad y justificación.¹³

El levantamiento de Salamanca

Salamanca se convirtió en una ciudad de paso para las tropas francesas en dirección a Portugal, siendo ocupada desde noviembre de 1807 hasta agosto de 1812.¹⁴ El antigodoyismo salmantino se puso de manifiesto tras los sucesos de Aranjuez. El 22 de marzo se produjo una revuelta promovida por los universitarios, que apedrearon el medallón esculpido con el busto de Godoy que había en el arco del Prior de la plaza

¹¹ Ricardo Prieto, Zamora en la transición del Antiguo Régimen, en *Historia de Zamora*, Tomo II, (*Historia Contemporánea*), Zamora, 1995, pp. 69-75.

¹² *Gazeta Ministerial de Sevilla*, núm. 11, miércoles 6 julio 1808, p. 83.

En la ciudad de Toro se produjeron diversos alborotos como atestigua el Corregidor. *Parte del Corregidor de Toro relativo a los alborotos en la villa*. Toro, 21 de abril de 1808/ 4 de junio de 1808. AHN, Consejos, 17791, Exp.48.

¹³ *Expediente de la Junta Provincial Superior de Zamora*. Ceadea, 21 de enero de 1813. Consejos, 49806, Exp.2Bis.

¹⁴ Ricardo Robledo, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada. La Guerra de la Independencia*, Salamanca, Librería Cervantes, 2003.

Mayor. Los ecos del Dos de Mayo conocidos cuatro días después provocaron en los estudiantes salmantinos un movimiento patriótico, pidieron armas al gobernador pero el Ayuntamiento presidido por el Marqués de Zayas impuso el orden. A primeros de junio se acabaron las ambigüedades y se formó una Junta el 4 de junio presidida por el Marqués de Cerralbo y 11 vocales, representantes de la Iglesia (el obispo), Ayuntamiento, Común, Universidad, Cabildo y Capilla Real de San Marcos. Pero como el gobernador no se aprestó a la defensa de la ciudad y fue tildado de afrancesado, el pueblo lo destituyó y formó una numerosa Junta de 35 miembros, la mitad de ellos eclesiásticos. La primera medida fue proceder al armamento de las murallas y oponerse al paso de tropa del general Loison estacionada en Almeida. La llamada a los pueblos tuvo el efecto deseado y muy pronto se juntaron más de 8.000 hombres para la defensa de la ciudad, aunque poco proclives al orden y a la disciplina. El 10 de junio se volvieron a producir varios tumultos que la Junta intentó acallar.¹⁵

En Ciudad Rodrigo se formó una Junta el 5 de junio compuesta de 35 miembros, que procedió al armamento de las murallas para oponerse al paso de las tropas del general Loison estacionadas en Almeida. El 10 de junio el gobernador Luis Martínez de Ariza, amigo de Godoy, y varios simpatizantes de los franceses perdieron sus vidas en medio de un tumulto popular que la Junta y el obispo intentaron apaciguar.¹⁶ El dominio y control de esta ciudad se convirtió en el objetivo prioritario de ambos ejércitos contendientes, sufriendo dos asedios, el de Massena del 25 de abril al 10 de julio de 1810 y después el de Wellington del 7 al 19 de enero de 1812. Desde enero de 1809 Ciudad Rodrigo albergó a la Junta Suprema de Castilla la Vieja, que presidió el mariscal de campo Andrés Pérez de Herrasti, el cuartel general del ejército español y depósito de suministros militares.

El levantamiento de Segovia

En Segovia se formó el 3 de junio una Junta Civil y Militar compuesta por el comandante y jefe de armas, intendente y corregidor, regidores y procurador del común y otras personas distinguidas de la ciudad, con el objeto de efectuar un

¹⁵ Ricardo Robledo, "La crisis del Antiguo Régimen", en *Historia de Salamanca, Vol. IV, Siglo XIX* (dirigida por Ricardo Robledo y José Luis Martín). Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos, 2001, pp. 57-59.

¹⁶ Emilio Becerra y Fernando Redondo, *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia*. Salamanca, 1988, pp. 23-26.

alistamiento de todos los varones comprendidos entre los 16 y 40 años, y notificó este acuerdo a las ciudades de Ávila, Sigüenza y Osma.¹⁷ Cuellar aportó sobre todo artículos de vestir para los voluntarios segovianos, lo mismo que Segovia que producía también excelentes paños en sus fábricas además de tener la Casa de la Moneda. El 7 de junio Segovia cayó en manos de los franceses del general Frére (3ª división del general Dupont), a pesar de los desvelos de los artilleros del Colegio que habían colocado varias piezas en sus calles y avenidas para contenerlos. Los paisanos, mal armados e inexpertos, huyeron poco después de comenzado el ataque. El director don Miguel de Cevallos, los alumnos y casi todos los oficiales del citado Colegio se trasladaron a otras provincias para enrolarse en sus ejércitos. Poco después Cevallos fue asesinado por la multitud en Valladolid por “traidor”, imputándole injustamente haber entregado la ciudad de Segovia.¹⁸ La ocupación de la ciudad segoviana de forma reiterada por los franceses a lo largo de la guerra dio lugar al fenómeno del colaboracionismo, en el que tuvo un papel destacado varios miembros del Cabildo catedralicio.

El levantamiento de Palencia

Las noticias de la represión de Murat tras el Dos de Mayo y los rumores y comentarios de los viajeros que llegaban a la ciudad causaron gran impresión entre los palentinos y el corregidor Ortiz de Ribeira reunió el Ayuntamiento el nueve de este mes con el objeto de sosegar al pueblo y se decidió realizar rondas nocturnas. También propuso que una comisión formada por los regidores Ramírez y Giraldo y el procurador síndico Mozo Bustamante se trasladara a Valladolid para solicitar del capitán general Gregorio de la Cuesta tropas nacionales para preservar el orden público y al efecto envió un destacamento de carabineros reales. La presencia en la ciudad del bailío Antonio Valdés, que había huido de Burgos, y su actuación sobre su huésped y confidente José María Ramírez, sirvió para que éste solicitase de la Corporación Municipal la formación de una Junta, tal como había previsto el general Cuesta. Al fin celebró una reunión extraordinaria a la que asistieron personalidades civiles y eclesiásticas y el mismo día

¹⁷ *Colección de documentos interesantes que pueden servir de apuntes para la historia de la revolución de España por un amante de las glorias nacionales*. Madrid, 1808, Vol. 1, pp. 184-194.

¹⁸ José María Queipo de Llano, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Barcelona, 1974, Tomo 1, Libro III, pp. 168-169.

1 de junio se constituyó una Junta de Armamento para la defensa de la provincia que presidió el anciano general Diego de Tordesillas y como vocales Luis Gómez de Cárdenas (Intendente), el deán de la catedral, Felipe de Bedoya, José María Ramírez, el doctor Vicente Ron y Cipriano de la Calzada. Los dos últimos se trasladaron a Valladolid y recibieron las instrucciones del general Cuesta y a su vuelta el 3 de junio la Junta de Armamento decretó la movilización de los hombres útiles para las armas. El obispo Francisco Javier Almonacid instó a los clérigos menores que se alistaran en el ejército y todos debían defender la Patria, la Religión y el Estado. Por su parte el general Tordesillas pidió al Cabildo que realizara un novenario en honor de la Patrona de la ciudad, Nuestra Señora de la Calle, como así se hizo. Cuando se realizaba la procesión, llegó un edecán francés del duque de Istria, con pliegos para el corregidor, lo que originó protestas que derivaron en serios incidentes. Los alborotadores pidieron armas para atacar a los franceses que se hallaban refugiados en el Ayuntamiento, y asaltaron el comercio del italiano Julio Messina, robando en él puñales y cuchillos. La violencia popular se dirigió contra el director de la fábrica harinera José Ordóñez, proveedor de la Intendencia del ejército francés, y por ello fue asesinado.¹⁹

Tras los enfrentamientos con los franceses en Torquemada, que fue saqueada e incendiada el 6 de junio, los palentinos recibieron al día siguiente a las tropas de Lasalle de buen grado, aunque ello no les salvó de entregarles la cantidad de 4.800 reales. El 23 de junio tuvo lugar el reconocimiento de José I como rey de España. Y aunque el 12 de julio quedó la ciudad libre de franceses, de nuevo volvieron en agosto. El trasiego de soldados franceses obligó a crear una Junta de Subsistencia en 1809 que actuó hasta 1812 cuando se inició la progresiva retirada de los invasores.²⁰

El levantamiento de Ávila

A diferencia de Valladolid, Burgos y León, en Ávila no se produjeron incidentes destacados. El 27 de abril aparecieron varios pasquines en la Plaza Mayor contra el comisionado de consolidación José Piqueras, conminándolo a que abandonara la ciudad. El 1 de julio el intendente informó al Consejo de Castilla que el pueblo se conmovió al difundirse una proclama de Napoleón y le pidió alistarse para defender sus

¹⁹ Severino Rodríguez Salcedo, *Palencia en 1808* (dialnet.unirioja.es), pp. 34-40.

²⁰ Alfredo Ollero de la Torre, "La guerra de la Independencia y la crisis del Antiguo Régimen en Palencia", en José González, en *Historia de Palencia*, Vol. II (*Edades Moderna y Contemporánea*), Palencia, Diputación Provincial, 1912, pp. 159-163.

derechos. El desasosiego popular resurgió de nuevo tras la publicación de la pastoral del obispo el 2 de julio.²¹

Siguiendo las instrucciones del capitán general Gregorio de la Cuesta el 6 de junio de 1808 se constituyó la Junta de Armamento y Defensa de Ávila y en septiembre se creó el Regimiento de Voluntarios de Ávila, formado por 500 hombres. La ciudad fue saqueada el 4 de enero de 1809 y el dominio sobre ella lo ejercieron los franceses con suma dureza entre el 1 de enero de 1810 y el 12 de julio de 1812.²² El 14 de agosto de 1811 se creó una Junta Militar Permanente que actuó como una Junta Superior, formada por siete individuos con representación de los partidos de Arévalo, Madrigal y Piedrahita.²³ Dicha Junta fue de un lado para otro para evitar caer en manos de los franceses y salvar los caudales y documentación y algunos vocales buscaron refugio en los bosques, cuevas y chozas. En noviembre de 1811 se refugió en Riofrío, en noviembre de 1812 en Piedrahita, en enero de 1813 en el Valle del Tiétar y en mayo de este año en Oropesa (Toledo).²⁴ Con todo, sus miembros estaban seguros de haber fomentado en los pueblos “la ilusión santa que les inspira la Patria” y evitar que los ciudadanos fueran seducidos por los “pérfidos Españoles”:

Y con efecto solemnísimo ha sostenido la Junta su resolución, combatiendo con la inclemencia de los elementos con las necesidades y mil veces expuesta que ni pueden pintarse por la imaginación más exaltada los trabajos que ha sufrido la corporación ni enumerarse sin llenar mucho papel.²⁵

La Junta proclamó la Constitución en Ávila el 18 de julio de 1812 y se leyó en un acto oficial celebrado en la catedral el 2 de agosto. En noviembre de este año se produjeron varios altercados en la ciudad y el nuevo Ayuntamiento llegó a anunciar que no permitiría que la Junta ejerciera sus funciones cuando retornara a la capital. Las relaciones entre ambos fueron muy tirantes, como lo demuestra el memorial presentado

²¹ *Parte del Intendente de Ávila informando de la ausencia de incidentes en la ciudad*. Avila, 6 de julio de 1808. AHN, Consejos, 17791, Exp. 24.

²² Claudio Sánchez Albornoz, “Ávila desde 1808 hasta 1814”, en *Nuestro Tiempo*, Madrid, núm.. 153, set. 1911, p. 321.

²³ José Belmonte Díaz, *Ávila Contemporánea*, Bilbao, Editores beta, 1988, p. 42.

²⁴ *Representaciones de la Junta Superior Provincial de Ávila*. Riofrío, 11 de noviembre de 182; Valle del Tiétar, 14 de enero de 1813; Piedralavés, 19 de febrero de 1813. AHN, Consejos, 49620, Exp.2.

²⁵ *Sucesos políticos, Junta de Ávila*. AHN, Consejos, 49620, núm. 2.

a la Secretaría de Despacho para las Gobernación en el que se incluye copia del Ayuntamiento quejándose de las injurias vertidas contra ellos por la Junta Superior en una circular de 28 de mayo de 1813.²⁶ En el mes de junio la Junta denunció al Gobierno de la nación que tras su retorno a la capital, cuando la abandonaron los enemigos a finales de este mes, el Ayuntamiento se resistió a su autoridad y al sistema constitucional.²⁷ El 31 de agosto de este año se instaló la Diputación provincial con el objeto de vigilar “la observancia de la Constitución”.

La Junta Superior de León y Castilla

En León el motín de Aranjuez tuvo honda repercusión el 28 de marzo, cuando un grupo de personas pidió al administrador de la caja de consolidación de vales, Felipe de Sierra y Pambley, el retrato de Godoy, y éste, al parecer, arrojó por la ventana una hogaza de pan²⁸. El día 30 las autoridades le pidieron explicaciones para evitar nuevos desórdenes y el Ayuntamiento se manifestó proclive a suprimir el impuesto sobre el vino, que había impuesto Godoy. El 24 de abril se produjeron incidentes en la ciudad a favor de Fernando VII que nada tienen que ver con el levantamiento contra los franceses.²⁹ Éste se produjo el 27 de mayo ante la noticia de la creación de la Junta de Asturias y la llegada a la capital de su enviado el canónigo Ramón del Llano Ponte. El pueblo, de forma espontánea, fue el principal protagonista. Ante las conmociones y para preservar el orden público y evitar una revuelta generalizada, las autoridades eclesiásticas, el Ayuntamiento y algunos civiles se reunieron en Junta ese mismo día y al efecto nombraron presidente de la misma al gobernador militar de la provincia, Manuel Castañón. La Junta del Reino de León se constituyó el 30 de mayo y estaba compuesta por 37 vocales (eclesiásticos, miembros del Ayuntamiento, nobles y propietarios), presidida primero por Castañón, hasta que llegó a León D. Antonio Valdés, antiguo ministro de marina que consiguió fugarse de Burgos. La Junta acordó el alistamiento y el armamento del pueblo y accedió a que éste tuviese una pequeña

²⁶ *Memorial*. Ávila, 12 de junio de 1813. AHN, Consejos, 49620, Exp.2.

²⁷ *Representación de la Junta Provincial Superior de Ávila*. Ávila, 14 de junio de 1813. AHN, Consejos, 49620, Exp.2.

²⁸ El mismo Felipe Sierra y Pambley informó al Consejo de Regencia de los hechos. En la tarde del día 28 fue insultado por el Pueblo y perseguido junto con su familia, viéndose obligado a salir de la ciudad, “quedando los negocios de contaduría y tesorería entorpecidos”. AHN, Consejos 17791, Exp. 32.

²⁹ *Parte del Corregidor de León relativo a unos alborotos*. León, 13 de marzo de 1808/30 de abril de 1808. AHN, Consejos, 17791, Exp.32.

representación en ella, seis vocales elegidos por los compromisarios de las 13 parroquias de la capital.³⁰ Después el 1 de junio señaló que asumía la soberanía en ausencia de Fernando VII y declaró la guerra a Napoleón y la unión con Asturias. En Astorga se produjeron diversos incidentes, los estudiantes quemaron el retrato de Godoy y a principios de abril se difundieron unos pasquines contra el subdelegado de venta de heredades y obras pías³¹. El 4 de junio se formó una Junta, compuesta por 28 individuos: los miembros del Ayuntamiento, 12 eclesiásticos y párrocos de la ciudad y cuatro representantes elegidos por los vecinos.³²

Cuando el 22 de junio el capitán general D. Gregorio de la Cuesta llegó a León y presidió su Junta al día siguiente, planteó la necesidad de transformarla en una Junta de las provincias que integraban la capitanía y reducir el número de sus miembros. El 27 ordenó su disolución y la instalación de otra, denominada Junta de León y Castilla, compuesta por 13 representantes de León y siete de las provincias de Palencia, Burgos, Valladolid, Ávila, Segovia, Soria y Zamora, presidida por Valdés. Fueron designados José Valdés, Claudio Quijada, Francisco Álvarez Acebedo (por Burón), Francisco Javier Caro de Torquemada, catedrático de leyes (por Salamanca), el prior Lorenzo Bonifaz (por Zamora), José Morales (por Valladolid) y José Jiménez de la Morena (por Ávila).³³ Entre junio y julio se produjeron diversas agitaciones populares en varios pueblos, como el linchamiento del corregidor de La Bañeza el 5 de junio, y el 1 de julio en la misma capital, fruto del malestar de la población y del descontento social existente por la sospecha de traición de las autoridades y la débil respuesta de la Junta.

Al ocupar los franceses la ciudad leonesa el 18 de julio la Junta de León y Castilla se trasladó a Ponferrada desde donde dirigió la resistencia y acordó enviar a Tadeo Manuel Delgado para ajustar un tratado de unión con la Junta de Galicia y de Asturias, que quedó ultimado el 10 de agosto de 1808. El impulsor de esta genial idea fue sin

³⁰ Sobre la formación de la Junta leonesa remito a mi estudio “Guerra de la Independencia y revuelta social: la Junta Superior de León”, *El pasado histórico de Castilla-León*, Vol. III. Burgos, 1983, pp. 379-392. Vid. también el capítulo tercero del libro de Patrocinio García Gutiérrez, *La ciudad de León durante la Guerra de la Independencia*, Junta de Castilla y León, 1991, pp. 157-187 y el estudio de Francisco Carantoña Álvarez, *El levantamiento de León en 1808*, León, Ayuntamiento de León, 2008.

³¹ *Parte del alcalde de Astorga sobre incidentes con los estudiantes*. AHN, Consejos 17791, Exp. 23.

³² Francisco Carantoña Álvarez, *El levantamiento de León en 1808*, cit., p. 40.

³³ Patrocinio García Gutiérrez, *La ciudad de León durante la Guerra de la Independencia*, cit., p. 171.

duda Antonio Valdés y su objetivo era la defensa del territorio y la expulsión de los enemigos.³⁴ Fusionadas las tres juntas, celebraron sesiones en Lugo a partir del 29 de agosto y la última el 12 de septiembre en La Coruña cuando se disolvió. Dentro de la misma Junta Reunida aparecieron diferencias ostensibles entre los vocales gallegos, leoneses y castellanos, por negarse aquéllos a distribuir entre Castilla y León cantidad alguna de los diez millones de reales recibidos de Inglaterra.³⁵

En la primera sesión se determinó que cada Reino nombrara dos diputados para que se dirigieran a Ocaña y formaran la Junta Central Suprema de Gobierno.³⁶ El 30 de agosto los vocales que representaban a Zamora, Palencia, Salamanca y Ávila eligieron a los castellanos Francisco Javier Caro y Lorenzo Bonifaz, y los que representaban al Reino de León eligieron a Antonio Valdés y al Vizconde de Quintanilla. Por su parte la nueva Junta Superior de León, creada por su Ayuntamiento con la connivencia de Cuesta a primeros de septiembre, que declaró nulo el tratado de unión con Castilla y Galicia, designó a Rafael Daniel y al vizconde de Quintanilla. Al no aceptar la orden del general Cuesta de trasladarse a Salamanca, se generó gran confusión entre las juntas provinciales subordinadas.

Los enfrentamientos entre Gregorio de la Cuesta y Antonio Valdés escondían dos concepciones diferentes de las juntas, mientras el primero era partidario de suprimirlas y en su lugar establecer una Regencia, el segundo quería potenciarlas en todos los sentidos. La arbitrariedad de Cuesta se manifestó cuando ordenó detener el 14 de septiembre en Tordesillas al propio Valdés y al vizconde de Quintanilla cuando se dirigían a formar parte de la Junta Central en representación de León y Castilla. La Junta Central ordenó liberar a los detenidos y se incorporaron a ella el 3 de noviembre y Cuesta fue destituido, aunque posteriormente fue repuesto a solicitud de la Junta de Extremadura.³⁷

³⁴ *Tratado de Unión entre los Reynos de Galicia, Castilla y León para la defensa de sus respectivos territorios, conservación de su anterior gobierno y expulsión de sus enemigos de toda la monarquía*. La Coruña, 10 agosto 1808. AHN, Sección Estado, Legajo 68, núms. 3, 4 y 5. La Junta de Asturias, que había elegido cuatro diputados, abandonó el proyecto.

³⁵ AHN, Sección Estado, Leg. 68 A.

³⁶ *Actas de las sesiones de la Junta Reunida de Castilla, León y Galicia*, AHN, Sección Estado, Leg. 76, B, 10.

³⁷ Francisco Carantoña Álvarez, *El levantamiento de León en 1808*, ob. cit., p. 52.

El dominio de los franceses sobre León se extendió desde el 30 de diciembre de 1808 al 28 de julio de 1809, y después hasta finalizar la guerra fue alternativo entre patriotas e intrusos. El vizconde de Quintanilla, comisario designado por la Junta Central, a su llegada a León disolvió la Junta el 25 de diciembre y designó otra nueva, integrada por dos miembros del Ayuntamiento y otros que habían formado parte de la Junta anterior y habían sido elegidos por los vecinos de la capital o por las comarcas. Ante la ocupación de la capital por los franceses, la nueva Junta se trasladó el 29 de diciembre a Ponferrada y durante tres años y medio residió en tierras del Bierzo, incluso se trasladó a Oviedo en enero de 1809. Se disolvió definitivamente en marzo de 1813 cuando se constituyó la Diputación provincial, aunque aparecieron problemas entre las autoridades. La tensión política se puso de manifiesto entre la recién constituida Diputación provincial y el jefe político y presidente, José María Cienfuegos, y la Junta provincial cesante representada por el vocal encargado de custodiar su documentación Lino Alambra, apoyado por el intendente interino Felipe Sierra Pambley.³⁸ El asunto quedó zanjado a finales de agosto.

El levantamiento de Burgos

El 18 de abril se produjo en Burgos un altercado con las tropas francesas que provocó la muerte de tres artesanos (Manuel de la Torre, Nicolás Gutiérrez y Tomás Gredilla), fruto del hondo malestar que reinaba entre la población por la ocupación militar. El correo fue detenido por la guardia francesa y un grupo de personas “de la ínfima plebe”, entre ellas mujeres y muchachos, exigieron al intendente que tomase las medidas oportunas, amenazándole de muerte, por lo que buscó refugio en la catedral y en el palacio arzobispal. Los sacerdotes no consiguieron acallar los ánimos y al fin varias personas desarmaron al oficial de guardia que ordenó disparar a los soldados provocando la tragedia citada.³⁹

Tras el eco del Dos de Mayo y el levantamiento de las provincias numerosos burgaleses se unieron a las fuerzas españolas, entre ellos el marqués de Barriolucio y Manuel García del Barrio. Ocupada la ciudad por las tropas francesas, éstas abandonaron la ciudad con el repliegue de José I hacia la línea del Ebro iniciado tras la derrota de

³⁸ *Expediente sobre la documentación de la extinta Junta Provincial Superior de León*. León, 31 de julio de 1813. AHN, Consejos, 49807, Exp.2.

³⁹ *Partes de las autoridades de Burgos sobre varios sucesos ocurridos en 1808*. Burgos, 30 de abril de 1808. AHN, Consejos, 17791, Exp.26.

Bailén. El 22 de septiembre abandonaron los franceses el campamento de Gamonal y el castillo de la ciudad y casi inmediatamente se creó una Junta local de Defensa y Armamento formada por las autoridades (intendente corregidor, regidor perpetuo, un militar retirado, el procurador síndico general y el tesorero). Su objetivo fue lograr el mayor número de hombres, armas y otros enseres y sobre todo dinero.⁴⁰ Muchos voluntarios se incorporaron al ejército de Cuesta o al de Blake y a la ciudad llegaron también otras tropas españolas. Tras las derrotas de Zornoza (31 de octubre), Gamonal (10 de noviembre) y Espinosa de los Monteros (10- 11 de noviembre) que desbarataron los planes de Blake, volvieron los franceses a Burgos. El general Lassalle consintió que sus tropas saquearan a placer durante dos días la ciudad, que además fue incendiada. El 11 de noviembre se instaló en la ciudad Napoleón y permaneció hasta el día 22, donde organizó el gobierno y régimen de la ciudad y ordenó la ocupación de Lerma, Aranda, Palencia y Valladolid.

La Junta de Burgos, que se autodenominó Superior de la Provincia, no se atribuyó como otras juntas el carácter de soberana en representación del rey. Se constituyó el 13 de junio de 1809 en Salas de los Infantes, villa a la que algunos documentos de la época califican de “nueva Covadonga” para la reconquista de Castilla, bajo la presidencia del noble burgalés marqués de Barriolucio.⁴¹ La Junta impulsó *La Gazeta de la provincia de Burgos*, que fue el órgano de la resistencia, y al estar ocupada la ciudad prácticamente hasta el 13 de junio de 1813, se vio obligada a refugiarse en diversos pueblos para huir del enemigo. El incidente mayor se produjo cuando un afrancesado llamado Moreno traicionó a la Junta delatando su ubicación en el pueblo de Grado. En la madrugada del 21 de marzo las fuerzas francesas cercaron el pueblo y apresaron a varios miembros de la Junta que fueron conducidos a Soria. El Tribunal Criminal Extranjero procedió a la formación de causa y cuatro de sus vocales (José Ortiz de Cobarrubias, Pedro Gordo, Eugenio José Muro y José Gregorio Navas) fueron ahorcados el 2 de abril de 1812. Las Cortes de Cádiz, impresionadas por esos hechos,

⁴⁰ Cristina Borreguero Beltrán, *Burgos en la guerra de la Independencia: Enclave estratégico y ciudad expoliada*, Burgos, Cajacírculo, 2007, p. 87.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 154- 155; Eloy García de Quevedo, *Las víctimas burgalesas de la Guerra de la Independencia*. Burgos 1937, pp. 20-21. (Biblioteca Nacional de Madrid 3/115869).

promulgaron un decreto el 19 de mayo y les concedió a los ajusticiados el título de “Beneméritos de la Patria”.⁴²

La Junta Provincial de Burgos tuvo que afrontar diversos problemas, entre ellos la representación de diversos territorios de la provincia de Segovia y de Santander y su oposición al nuevo jefe político de la provincia Antonio Ramírez de Villegas, que autorizó la permanencia de las Juntas de Santander y Moneo por no haberse formado los ayuntamientos constitucionales y la Diputación⁴³. La Junta de Santander presentó numerosos obstáculos a la elección de vocal a la Junta Superior de Burgos por el partido de Liébana, cuya renovación era necesaria hacer tras el ahorcamiento por los vocales citados. Por eso consideró a la junta burgalesa como intrusa, como la de Moneo, que habían reunido numerosos caudales. Ramón Luis Escobedo, intendente interino de la provincia de Segovia, remitió un informe al Gobierno tras la aprobación por parte de la Junta de Burgos de la agregación de la provincia de Segovia a la misma.⁴⁴

En el caso del jefe político Antonio Ramírez de Villegas se debe señalar que la Junta de Burgos no lo reconoció como presidente e incluso procedió a la elección de diputados a Cortes extraordinarias por Burgos prescindiendo de su asistencia.⁴⁵ La tirantez entre ambos volvió a manifestarse en los momentos finales de su existencia, cuando la Junta iba a ser sustituida por la Diputación provincial. En todo caso el Consejo de Regencia no emitió ninguna resolución al haberse realizado la renovación institucional prevista en la Constitución.⁴⁶

Los vocales de la Junta de Burgos, cansados de tantas peripecias, pidieron a la Regencia cesar de sus cargos después de haber cumplido su misión y haber padecido tantas necesidades, apuros y saqueos:

Han sido tan grandes los males que ha tenido que sufrir esta infeliz Provincia todo el tiempo de esta revolución, que solo la constancia castellana sostenida

⁴² Cristina Borreguero Beltrán, *Burgos en la guerra de la Independencia: Enclave estratégico y ciudad expoliada*, cit., pp.155-158.

⁴³ *Representación de la Junta Superior de Burgos al Consejo de Regencia*. Burgos 6 de julio de 1813. AHN, Consejos, 49619, núm. 2.

⁴⁴ *Expediente*, 7 de octubre de 1812. AHN, Consejos, 49619, Exp.2 Bis.

⁴⁵ *Expediente sobre la representación de Antonio Ramírez de Villegas*. Burgos, 6 de julio de 1813. AHN, Consejos, 49619, Exp.2.

⁴⁶ *Expediente general sobre la cesación de la Junta provincial Superior de Burgos*. Burgos 7 de julio de 1813. AHN, Consejos, 49619, Exp.2.

por su adhesión a la religión ha podido hacerse superior a todos y por la división que genera el intruso. (...) Esta Junta Superior que jamás ha ambicionado otra cosa que el exacto cumplimiento de las órdenes de S.A., el amor a las nuevas instituciones, y el celo porque los castellanos se penetren de los verdaderos intereses de la Monarquía Española, está ya en los últimos instantes de la honrosa carrera, pero muy deseosa de que llegue el día de retirarse a sus hogares a descansar con gusto entre los despojos que ha dexado el enemigo por su adhesión a la buena causa.⁴⁷

La Junta Suprema Gubernativa y Militar y la Junta de Armamento y Defensa de de Soria

La Junta Suprema Gubernativa y Militar de Soria se constituyó por la presión popular el 3 de junio de 1808, bajo la presidencia del comandante de los reales ejércitos F. de Paula Carrillo.⁴⁸ El pueblo soriano, concentrado en la plaza Mayor y calles cercanas en la mañana de ese mismo día, pidió a los corregidores del Ayuntamiento su establecimiento, indicándoles las personas de su confianza que debían formar parte de la Junta. Su objeto principal debía ser tomar las medidas más eficaces para mantener el orden, la tranquilidad pública y la seguridad individual contra cualquier violencia. Lo cual se interpreta como “pruebas de lealtad a la Nación y de acreditar con entusiasmo su amor a su Santa Religión y a la observancia de las leyes y costumbres”.⁴⁹ De entre los veintiún miembros que la conforman, en su mayoría representan el mundo del Antiguo Régimen. Hay una representación de los cargos institucionales: corregidor e intendente general de la provincia (Francisco González de Castejón), regidores de la ciudad, provisor general, diputado de abastos, procurador del Estado del común, provisor de la Universidad de la Tierra y eclesiásticos. Entre éstos destacan el deán de la iglesia Colegial de San Pedro, el abad del Cabildo general, el prior y el guardián de los conventos de San Francisco y San Agustín. Por último, se

⁴⁷ *Ibíd.*, Burgos 6 de julio de 1813.

⁴⁸ *Libro de Actas y Acuerdos, Acta 3 de Junio de 1808.* Archivo Municipal de Soria. Citado en M^a. Concepción García Segura, *Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, vol. II, Tesis doctoral, Univ. Complutense, Madrid, 1987, (reproducción facsímil), pp. 117- 178; *Id.* vol. III pp. 296-297.

⁴⁹ José Antonio Pérez Rioja, “Soria en la Guerra de la Independencia”, en *Estudios de la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, 1964, Vol. 1, pp. 247-267.

encuentran los representantes nobiliarios y del estamento militar; un brigadier de los reales ejércitos, caballeros militares y caballeros del estado noble.

Que tales nombramientos fueran sugeridos por el pueblo, convocado al efecto en la Plaza Mayor de la ciudad, como afirman las actas del Ayuntamiento y de la Junta, se debió a la inquietud y desasosiego existente, como pasó en otras ciudades españolas. En un momento de peligro no se vacila en buscar el apoyo de las instituciones establecidas y de los estamentos más fuertes y dominantes, como la nobleza y el alto clero. No hay duda de que el movimiento es popular en su arranque, pero vinculado al poder y a la tradición, como se explicita en el juramento que prestaron los vocales: “*Juramos a Dios por esta señal de la Cruz, defender unánimemente la Patria, la Religión, el Rey y el Estado* “. ⁵⁰ El Acta constitutiva de la Junta del 3 de junio lo expresa de forma reiterada con estos términos:

(...) y acordaron conformarse con la voluntad del Pueblo, aceptando como aceptaron cada uno de por sí y todos unidos el encargo que les había conferido, dando en consecuencia por establecido la Suprema Junta Militar Gubernativa que el Pueblo deseaba se formase. ⁵¹

Después al pueblo sólo le quedó manifestarse o recelar de las actuaciones de la Junta. Su presencia en el nuevo organismo creado es indirecta, en tanto en cuanto se celebraron reuniones o Juntas tradicionales de barrio, en las 16 cuadrillas existentes que colaborarán estrechamente con el Ayuntamiento y con la Junta y en ella tuvieron una exigua representación. La Iglesia y la nobleza se sumaron al movimiento para canalizarlo, evitando con ello el desbordamiento revolucionario. Según M^a. Concepción García Segura funcionó un cierto pacto político entre el pueblo de Soria y las instituciones controladas por esas clases dirigentes, lo cual neutralizó cualquier tipo de política revolucionaria. ⁵²

Del 3 al 9 de junio las sesiones de la Junta se realizaron de forma continuada a las 11 horas de la mañana y a veces de forma extraordinaria por la tarde e incluso por la

⁵⁰ M^a. Concepción García Segura, *Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, vol. II, cit., p. 121.

⁵¹ *Acta 3 de junio de 1808*. En *Actas Junta Superior Provincial de Soria 1808-1813*, Archivo Histórico Provincial de Soria, Caja 4992.

⁵² M^a. Concepción García Segura, *Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, *Ibíd.*, p. 178.

noche. En la primera sesión del día 4 la Junta procedió al nombramiento de cargos (tesorero, vicesecretario) y al establecimiento de las distintas comisiones (militar, de alistamiento y de recaudación de fondos). Aceptó como vocal al Alcalde de la Hermandad, en representación de los Alcaldes de Barrio o Jurados de las 16 cuadrillas constitutivas de la ciudad y solicitó 40.000 reales de la Intendencia de Renta Reales para los gastos y procuró la lista de los vecinos aptos para las armas y ordenó cerrar todas las puertas de la ciudad. El 6 de junio la Junta recibió cartas e informes de Calahorra y Alfaro, donde se habían producido “conmociones populares” y se había constituido una junta para garantizar el orden. Por su parte la Junta de Logroño solicitó su ayuda ante la llegada de las tropas francesas.⁵³ Entre los temas abordados en las primeras sesiones se trató la cuestión relacionada con la exención de algunas personas del alistamiento general.

El 9 de junio el Ayuntamiento y la Junta conocieron por el corregidor la orden del general Cuesta de crear un Junta de Armamento y Defensa de la Provincia. A partir de entonces la Junta Suprema Gubernativa y Militar cesó y se formó la nueva Junta de Armamento y Defensa que llevó a cabo el alistamiento general ordenado por el capitán general, la formación de batallones nacionales compuestos cada uno de ellos por seis compañías y el nombramiento de oficiales. Cada soldado percibiría diariamente cuatro reales de vellón. Era una Junta más institucionalizada, que dependía totalmente de la autoridad militar, no de la popular como la que se había formado el 3 de junio, conformada con menos personas. En todo caso, declaró nulo y sin valor alguno todo lo acordado por la extinguida Junta de Gobierno y le exigió que entregase toda la documentación⁵⁴. La mayoría de los miembros de la nueva Junta habían formado parte de la anterior: el intendente y oficial del ejército Francisco de Paula Carrillo, los regidores Mateo Luengo y Roque Tutor, los canónigos Vicente Casquete y Ángel Andino, el párroco Tomás López, el brigadier Francisco González de Castejón, los representantes de “la Tierra” Manuel Casildo y Andrés Hernández, y el secretario Luis Martínez Aparicio.⁵⁵

⁵³ *Acta 6 de junio de 1808*. *Ibíd.*

⁵⁴ *Libro de Actas de la Junta Central de Armamento y Defensa de la capital de Soria en el año de 1808*. Sesiones 9 y 10 de junio de 1808. Archivo Histórico Provincial de Soria, Caja 4992.

⁵⁵ M^a. Concepción García Segura, *Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, vol. II, cit., p. 137.

La Junta de Armamento y Defensa actuó en consonancia con el Ayuntamiento con el objetivo de asegurar la paz ciudadana y la defensa ante la posible ocupación francesa. Así en la sesión municipal del día 11 de junio, de común acuerdo, el corregidor, los alcaldes de barrio y la Junta decidieron armar a 150 hombres con este fin. La Junta eximió a los mozos de realizar las rondas nocturnas, mandó hacer acopio de pólvora y caballos, ordenó que se presentaran todos los militares de oficio y la realización del alistamiento general sin ninguna dilación y exigió a sus vocales que acudieran todos a las sesiones. Entre otros donativos recibió del brigadier Francisco González de Castejón entre dos mil y tres mil medias de trigo y ganado⁵⁶.

La Junta tuvo que salir al paso de rumores infundados que provocaron la intranquilidad entre el pueblo y aceptó en la sesión del 24 de junio que asistieran a la Junta dos representantes suyos, José López, Alcalde de la Sta. Hermandad, y Juan Bautista Ugarte, jurado de la cuadrilla de San Salvador, nombrados por el Ayuntamiento⁵⁷. De acuerdo con el consistorio y en aplicación del mandado de Cuesta del 6 de junio, el 2 de julio se creó una nueva Junta Central de Armamento, presidida por el intendente Mateo Díaz y Durán, mucho más numerosa, formada por dos militares, tres regidores, diputado del común, síndico general, dos canónigos y un párroco, tesorero de rentas, administrador de justicia, prior general de tierra, dos representantes de las cuadrillas, dos ciudadanos y dos secretarios.⁵⁸ La Junta respondió a las consultas de varios municipios sobre la formación de juntas subalternas, manifestando que tan solo era de su competencia el alistamiento general y la recogida de armas, y trató otros asuntos de urgencia como el tema de los desertores, el apoyo económico solicitado a las autoridades eclesiásticas, el pago puntual de las soldadas y el nombramiento de un recaudador de fondos.

En estos meses se produjeron diversos desórdenes a consecuencia de las guardias y patrullas nocturnas por la falta de disciplina y la Junta veló para que se cumpliera en todo momento las órdenes mandadas por Cuesta, no aceptando en cambio las que desde Zaragoza les señalaba el general Palafox.⁵⁹ El más importante de estos alborotos se produjo en la noche del 14 de julio en el cuerpo de guardia, según denunció el síndico

⁵⁶ Acta Sesión 14 de junio de 1808. *Ibíd.*

⁵⁷ Acta Sesión 24 de junio de 1808. *Ibíd.*

⁵⁸ Acta Sesión 4 de julio de 1808. *Ibíd.*

⁵⁹ Acta Sesión 17 de julio de 1808. *Ibíd.*

personero del común. También le informó de la no asistencia sistemática de algunos vocales a las sesiones de la Junta.⁶⁰ El 26 de julio designó a Andrés Martínez Aparicio como representante en la Junta de León.⁶¹ A partir de la llegada de los franceses el 20 de noviembre la Junta organizó la resistencia desde otras poblaciones.

A principios de septiembre de 1808 se incorporó el primer Batallón de Voluntarios Numantinos de 800 hombres al Ejército de Castilla la Vieja y a finales del mismo mes el Segundo y Tercer Batallón y se formó un Cuerpo de Caballería con la aportación de caballos por parte de las juntas municipales.⁶² La Junta pidió el mayor respeto y armonía entre las tropas nacionales y el paisanaje, evitando cualquier voz sediciosa que se levantase “en nombre del Pueblo”, pues desde el principio éste se había distinguido por su “docilidad, lealtad y patriotismo”.⁶³ Organizado por el Ayuntamiento en la tarde del 8 de octubre, tuvo lugar en Soria el acto de proclamación del Rey Fernando VII, que se hizo con el boato acostumbrado y acabó con un refrigerio popular, repique de campanas, iluminación general y fuegos artificiales.⁶⁴ A dicho acto asistió el presidente de la Junta y dos vocales, el Marqués de Vadillo y Manuel Casildo González.⁶⁵

Conocido el levantamiento de Soria y para tranquilizar la tranquilidad pública y el bien de la nación, el Ayuntamiento del Burgo de Osma decidió el 7 de junio constituir una Junta, presidida por el obispo Garnica, dos diputados del Cabildo, dos jueces, procuradores y personero por parte del Ayuntamiento, dos representantes del común y tres por el pueblo. El Ayuntamiento ordenó que se formasen patrullas por las noches para preservar el orden público y controlar a los que entraban y salían de la ciudad. Al día siguiente, siguiendo la orden del general Cuesta remitida por la Junta de Soria, llevó a cabo el alistamiento general de los hombres comprendidos entre los 16 y los 40 años

⁶⁰ Acta Sesión 15 de julio de 1808. *Ibíd.*

⁶¹ Acta Sesión 26 de julio de 1808. *Ibíd.*

⁶² Acta Sesión 29 de setiembre de 1808. *Ibíd.*

⁶³ Acta Sesión 29 de agosto de 1808. *Aviso al Público.*

⁶⁴ Acta del 8 de octubre de 1808, fs. 119 y s. La reproduce M^a. Concepción García Segura, *Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, vol. III, cit., pp. 311-313.

⁶⁵ El acta del 7 de octubre se refiere a este acto en el que la Junta desea que sea solemne “con todos los requisitos de autoridad, ostentación y lucimiento”. *Ibíd.*, Sesión 7 de octubre de 1808. El 18 por la noche los miembros de la Junta prestaron juramento solemne a favor de Fernando VII, en defensa de la Religión y de la Junta Central.

y el 10 ordenó la práctica de ejercicios militares, la fabricación de balas y destacó a un vecino a Calatañazor para traer y llevar la correspondencia.⁶⁶

El desastre de Cabezón incomodó mucho a los burgenses, sobre todo porque las tropas de Cuesta se retiraron hacia tierras de León, dejando aisladas las tierras de Soria, y los franceses se adueñaron del eje de comunicación Burgos-Aranda-Madrid. En estos días tuvieron que seguir aprovisionando al ejército francés y lo hicieron hasta el 12 de julio, como consta en el Acta del Ayuntamiento en que se lee “Valga por el gobierno del lugarteniente del Reino”.⁶⁷ El 17 los patriotas volvieron a dar señales de vida y el Ayuntamiento se puso en contacto con la Junta de Soria para tratar sobre el alistamiento. El 19 de agosto se volvió a constituir una nueva Junta Municipal que acordó que fuera su presidente el obispo Garnica y como vocales dos jueces, dos regidores, un párroco y dos canónigos y dos vecinos de la misma. Los estudiantes de la Universidad de Santa Catalina se ofrecieron para formar una compañía, aunque se negaron a recibir el adiestramiento militar con otros mozos de oficios, como menestrales y labriegos. Consultada esta cuestión a la Junta de Soria, su respuesta fue tajante. Otro problema se planteó cuando los clérigos menores exigieron su exención del alistamiento y la Junta los amenazó con una multa.⁶⁸

Durante el mes de septiembre la ciudad tuvo que soportar el alojamiento de las tropas españolas, el batallón de Numantinos y las tropas de Cuesta. El apoyo del obispado, cabildo y carmelitas fue total. La ofensiva militar que se preparaba para frenar a los franceses camino de Tudela exigía la colaboración económica. Napoleón había ordenado al general Ney un plan con el objeto de impedir la retirada del ejército del Centro de Castaños. Los 20.000 soldados de Ney entraron en el Burgo el 20 de noviembre y lo saquearon, permaneciendo en la villa una guarnición. El ejército francés ocupó el 21 Almazán y el 22 Soria, que también saquearon. La importancia estratégica de Soria, antes de la batalla que tuvo lugar en Tudela el 23 de dicho mes, era de primer

⁶⁶ José Luis Gómez Úrdañez, *El Burgo de Osma durante la Guerra de la Independencia, Universidad de la Rioja* (www.gomezurdañez.com), p. 16. Vid. también M^a Concepción García Segura, “La villa de el Burgo de Osma en la Guerra de la Independencia (junio a noviembre de 1808”, en *Celtiberia*, 85 /1993), pp. 335-348; *Ibíd. Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, vol. III, p. 303

⁶⁷ José Luis Gómez Úrdañez, *El Burgo de Osma durante la Guerra de la Independencia*, cit., p. 18.

⁶⁸ *Ibíd.* p. 20; M^a Concepción García Segura, *Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, vol. II, cit., pp. 166-168.

orden. Gracias a que las tropas de Ney permanecieron durante tres días, se evitó el descalabro total del ejército de Castaños.⁶⁹ Soria reunía dos cualidades principales: era paso obligado entre Aranda de Duero (cuartel general francés) y los frentes de la Rioja, Navarra y Aragón, y por su situación escondida y resguardada era también un excelente almacén para el aprovisionamiento de las tropas.⁷⁰ La capital soriana y El Burgo estuvieron ocupados casi de forma permanente hasta septiembre de 1812 y sometidos al nuevo orden josefino impuesto, con nuevos ayuntamientos y alcaldes, el afrancesado José María Cejudo y Juan de la Torre respectivamente.⁷¹

La Junta Superior Provincial de Soria

En el tiempo que estuvo ocupada la ciudad la Junta de Armamento y Defensa de Soria se refugió en la sierra y organizó la resistencia como pudo, hasta que dejó de actuar. La última Acta de la Junta es del 7 de noviembre de 1808. En junio de 1809, cuando solo unas pocas partidas vagaban por la provincia, apareció en Molina de Aragón el oidor de Valladolid José Antonio Colmenares, comisionado regio para la provincia y territorios limítrofes, completó las milicias provinciales y los Voluntarios e impulsó la creación de una Junta Superior Provincial. Ésta se constituyó el 22 de marzo 1810 en el pueblo de Villed. Los vocales los había nombrado Colmenares, ya fallecido, según las normas de la Junta Central de 16 de noviembre y 14 de diciembre de 1809 y de 20 de enero de 1810. La presidió el comisario regio José Alonso Conejares, como vicepresidente el presbítero Juan Narciso de Torres, y como vocales los señores Raimundo Bernardo de Oria (vicario del Cabildo de Ágreda), Juan Ruiz (párroco de Cigudosa), José Roldán (capitán), Antonio de Gante y Salcedo (vecino de San Pedro Manrique), Pascual Martínez de Azagra (vecino de Almazán), Pedro Clemente de Lignes y como secretario José Chaza Berrueca⁷². Posteriormente se agregaron a la Junta como vicesecretario Pedro Pascual Moreno y Francisco Fabián. No aceptaron en

⁶⁹ José Antonio Pérez Rioja, "Soria en la Guerra de la Independencia", en *II Congreso histórico Internacional de la Guerra de la Independencia y su época*. Zaragoza, 1964, vol. 1, p. 253-255.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 264.

⁷¹ José Luis Gómez Úrdañez, *El Burgo de Osma durante la Guerra de la Independencia*, cit., p. 26.

⁷² Decreto de instalación y Acta primera. *Actas y decretos de la Junta Superior Provincial de Soria que empiezan en le día 20 de marzo del año de 1810*. Archivo Histórico Provincial de Soria, Caja 4992.

cambio formar parte de ella Francisco de Paula Carrillo, que había presidido las dos anteriores, y el canónigo del Burgo de Osma Domingo de Gregorio y la Hoz.⁷³

La nueva Junta tuvo un papel muy importante en la organización de la resistencia y de la defensa. A diferencia de la anterior, la Junta tenía un carácter plenamente provincial y para mayor seguridad suya cambió continuamente de residencia. Permaneció en Villel hasta el 6 de abril. Después se trasladó a pueblos más cercanos a la capital, para poder tratar mejor los asuntos, primero a San Gregorio y el día 10 de ese mes al Santuario del Stmo. Cristo de los Olmedillos, después regresó a Villel el 7 de mayo y de aquí se trasladó el 30 de este mes a Amaluez, que era el lugar más seguro, donde estuvo hasta el 22 de junio y después una parte de julio. El 5 de este mes se reunió en Chércoles. El 19 de agosto la Junta se refugió en Enciso y después el 3 de septiembre en Yanguas. El 1 de febrero de 1812 la Junta celebró de nuevo una sesión en Amaluez y constató la imposibilidad de renovar los miembros de la Junta como era preceptivo según el Reglamento de las Cortes.⁷⁴

La Junta, por su novedad, tuvo que darse a conocer y envió una proclama a todos los pueblos, fechada el 22 de marzo de 1810. En ella recuerda el espíritu de resistencia que habían manifestado los sorianos, descendientes de los numantinos y la necesidad de formar un nuevo gobierno para libertarlos del yugo opresor impuesto por los franceses. Su propósito principal era controlar los desórdenes que afligían a todo el territorio las guerrillas, esquilmando a los pueblos. Así se evitarán “las estafas con que han devastado vuestra substancia hombres viles que á la sombra de un patriotismo que no tienen en vez de hacer la guerra al enemigo la han hecho mas bien a la Nación agotando los recursos que ésta debía emplear en continuar la lucha honrosa que ha jurado no dexar”.⁷⁵ Todos debían de desoír la seducción de los franceses, de los “agentes ocultos” que se encontraban en los pueblos; declaraba la guerra y odio eterno al egoísmo, la cobardía y la infidencia, y a todos les exigía subordinación y obediencia para salvar a la Patria.

El impulso que dio la Junta a la organización de la defensa fue muy importante. Durante el mes de junio organizó el segundo Batallón de Voluntarios Numantinos, comenzando con la compañía de los Tiradores de Soria, y nombró a los oficiales

⁷³ M^a. Concepción García Segura, *Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, vol. II, cit., pp. 228-230.

⁷⁴ Acta Sesión 1 de febrero de 1812. *Ibíd.*

⁷⁵ *Ibíd.*, pp. 322-323.

correspondientes a su frente, sargentos, tenientes y capitanes. Ordenó enviar dos comisionados al Gobierno de la nación para que aprobara la organización militar hecha en el primer Batallón de Voluntarios Numantinos: la creación del 1º de Infantería Ligera de Soria y el escuadrón de Dragones Voluntarios de Soria y el nombramiento como comandante general de la provincia al brigadier José Joaquín Durán.

A su vez la Junta organizó las finanzas, muy deterioradas porque la Junta Superior de la Rioja se había atribuido de forma unilateral competencias en territorios sorianos contiguos a la Rioja. Por eso se trasladó a Yanguas, donde tras reunirse con la Junta de la Rioja a primeros de septiembre llegaron al acuerdo de que ésta se disolviera. A partir de entonces las fuerzas militares riojanas dependieron de ella. La situación económica de la provincia era crítica estos años por la presión fiscal excesiva a la que fue sometida por el ejército francés y español. Tomó medidas extraordinarias para recaudar los impuestos tradicionales (tercias reales, noveno, diezmos, excusado, etc.), e invirtió un total de 1.280.722, 02 reales de vellón hasta noviembre de 1812 en el sostenimiento de las tropas⁷⁶.

Entre los acuerdos tomados por la Junta el 5 de julio de 1810 en Chércoles destacamos la petición que realizó al Consejo de Regencia para que declarase nula la jurisdicción de la Junta de Burgos en la provincia de Soria y solicitó el apoyo económico, armas, municiones y caballos, para los nuevos cuerpos que había creado. También propuso someter a su autoridad todas las guerrillas que actuaban en esta provincia.⁷⁷

La presión del ejército francés provocó cambios importantes en la resistencia durante el verano de 1810. El 10 de julio los franceses tomaron Almazán, a pesar de la defensa realizada por el Batallón de Voluntarios Numantinos, los Dragones de Soria, la Caballería de Merino y la Infantería de Tapia. El mayor desastre se produjo el 6 de septiembre en Yanguas donde los 6.000 soldados del general Roget sorprendieron a las fuerzas españolas allí concentradas (el Batallón de numantinos, 100 caballos de Dragones de Soria, unos 500 infantes del Batallón de la Rioja y 160 caballos de

⁷⁶ *Inversión caudales públicos Junta de Soria*. AHN, Consejos, Legajo 49619, núm.. 1.

⁷⁷ *Ibíd.*, pp. 238-240.

“Que las guerrillas que andan vagantes por la misma provincia cometiendo todo género de excesos, reconozcan la debida sumisión y dependencia de esta Junta”. Acta, Chércoles, sesión 5 de julio de 1810. *Actas y decretos de la Junta Superior Provincial de Soria que empiezan en le día 20 de marzo del año de 1810*. *Ibíd.*

Húsares de la Rioja). El descalabro fue total y la crueldad del general francés desmedida al ordenar numerosos fusilamientos en la propia localidad que provocó la deserción de las tropas españolas.⁷⁸

En momentos tan críticos, el 11 de septiembre fue designado presidente de la Junta Superior Provincial el general José Joaquín Durán y Balazaga, que prestó el juramento de fidelidad a Fernando VII en la Iglesia Colegial de Berlanga. Nombrado comandante general de Soria, se prestó a reorganizar la 6ª División soriana, que estuvo tutelada por la misma Junta y recibió el apoyo de los sorianos y de los guerrilleros (Merino, Amor y El Empecinado). A lo largo de 1811 sus acciones militares se desarrollaron en la Rioja e incluso en tierras aragonesas. Mediante una operación bien preparada el 18 marzo de 1812 consiguió asaltar la ciudad de Soria abandonándola el día 26. La ciudad estaba exhausta en todos los sentidos y vivió después hechos desagradables, como el ahorcamiento el 2 de abril de 1812 de cuatro vocales de la Junta Provincial de Burgos.⁷⁹ De nuevo las tropas de Durán iniciaron el cerco de la ciudad el 6 de agosto y, tras abandonarla los franceses el 15 de septiembre, entraron en ella el 17.

Durante los primeros días de agosto la Junta celebró sus sesiones en Calahorra y pidió asistencias y socorros para la División Provincial, “por los méritos contraídos de la defensa de nuestra causa justa, sus sacrificios, fidelidad y ejemplo que han dado a otras, con su singular constancia, fomento del entusiasmo público y aumento de fuerzas”.⁸⁰ Con el mismo fin comisionó a Raimundo de Oria para que se trasladara a Cádiz y obtener el apoyo del Gobierno de la nación.⁸¹

Reconquistada la ciudad, el 19 de septiembre tuvo lugar el acto de juramento de la Constitución por parte de los miembros de la Junta Provincial⁸² y fue designado José Rojo y Guillén como nuevo corregidor interino, que tomó posesión de su cargo el día 20. La preocupación principal de la Junta fue que se publicara la Constitución y el clero y todo el pueblo la jurase. El día 23 por la mañana tuvo lugar en las Salas Consistoriales la publicación de la Constitución y su juramento por parte de los miembros del Ayuntamiento y el domingo 27 se hizo una función religiosa en la

⁷⁸ *Ibíd.*, pp. 242-243.

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 273.

⁸⁰ Acta Sesión de 3 de agosto de 1812. *Ibíd.*

⁸¹ Acta Sesión de 3 de agosto de 1812. *Ibíd.*

⁸² Acta Sesión de 19 de septiembre de 1812. *Ibíd.*

Colegiata de San Pedro y al finalizar el acto se procedió al juramento por parte del clero y del pueblo, concluyendo el acto con un *Te Deum*. Ese día y los tres siguientes hubo repique de campanas, refrescos, bailes generales y los dos últimos novilladas.

El 2 de octubre se formó el nuevo Ayuntamiento constitucional, siendo designado como alcalde Vicente García de Leaniz, seis regidores y el síndico del común. Días después el pueblo eligió a otros seis regidores que se incorporaron a la institución a finales de noviembre. Entre los acuerdos del Ayuntamiento resalta el de 13 de octubre relativo a las exequias de los cuatro vocales ahorcados de la Junta de Burgos ya mencionados, la demolición de la horca y la colocación en su lugar de una pirámide con una inscripción de los mártires.⁸³ La Junta y el Ayuntamiento prepararon de forma conjunta las elecciones de los cuatro diputados a Cortes y un suplente que le habían correspondido a Soria, realizándose en el mes de diciembre⁸⁴. Al efecto se nombró una Junta Preparatoria que puso en marcha todo el proceso electoral. La Junta denunció después las irregularidades que se produjeron en las elecciones, alegando que no se excluyeron de las elecciones parroquiales a los “cantoneros”, o españoles nombrados por el enemigo, hecho que no había sido investigado por el jefe político interino.⁸⁵ También ordenó que se realizara en los pueblos un control exhaustivo de todos los alistamientos hechos desde 1808 hasta noviembre de 1812 para descubrir los fraudes, engaños y sobornos que se hubiera producido.⁸⁶

En fecha 28 de diciembre la Junta Superior Provincial se dirigió al Consejo de Regencia solicitándole instrucciones acerca del modo de proceder a su disolución ante la inminente constitución de la Diputación provincial. En una circular de ese mismo día, dirigida a los “habitantes de la provincia de Soria”, apeló a sus ascendientes heroicos,

⁸³ M^a. Concepción García Segura, *Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, vol. II, cit., p.323.

⁸⁴ La primera acta escrita de la Junta es del 26 de septiembre. Trata sobre el procedimiento a seguir en el nombramiento de los diputados a Cortes, mediante el proceso electoral señalado en el reglamento.

⁸⁵ “(...) en este partido de esta ciudad y de Agreda no se han excluido de las Elecciones Parroquiales a los cantoneros, quiere decir Españoles nombrados por el enemigo o por los pueblos de orden de aquel para la recaudación y entrega en esa capital al enemigo de las contribuciones que este impone a la Provincia”. El alcalde y tres regidores de Soria habían sido designados por los franceses. *Representación de la Junta Superior de la Provincia de Soria al Consejo de Regencia*. Soria, 1 de enero de 1813. AHN, Consejos, 49619, Exp.1Bis.

⁸⁶ *Alistamiento de mozos*. Soria noviembre de 1812. AHN, Leg. 49619, 1Ter.

numantinos y caligurretanos, por haber prestado toda la ayuda necesaria aún a pesar de la miseria y pobreza extendida pro doquier:

Continuad prestando auxilio a los defensores de la patria, que de su cuenta corre humillar la activa cerviz del antisocial redentor: que diga el mundo entero en medio de la escasez y miseria quando se mantenían los españoles con yerbas y labraban los desiertos y desolados los campos, cubiertos sus carnes con andrajosos vestidos, subministraban los sorianos abundantes alimentos a sus hijos para que llevasen en sus fuertes hombros las armas con que satisficieron su VENGANZA.⁸⁷

El 4 de enero de 1813 la Junta cesó de manera oficiosa en sus funciones, aunque realizó consultas ante el Consejo de Regencia y algunos de sus miembros continuaron en activo durante algún tiempo más. El Acta de ese día recoge los motivos legales por los que la Junta tomó tal decisión, pues ya funcionaban las nuevas autoridades previstas en la Constitución.⁸⁸ Lo cierto es que había algunos desacuerdos entre los miembros de la Junta y el Ayuntamiento, y en especial con el jefe político interino, el mariscal de campo José Joaquín Durán. Éste había comunicado a la Junta el 22 de diciembre que debía de cesar en sus funciones el 7 de enero de 1813 por instalarse la Diputación Provincial, cuyos siete miembros ya habían sido elegidos.⁸⁹ Pero la elección se hizo de forma irregular, cuando el jefe político interino había acudido a defender Aragón de los ataques del enemigo, y los electores fueron los mismos de las Cortes ordinarias, por lo que la Regencia comunicó que no eran válidas y debían de volver a realizarse, entretanto subsistía la Junta provincial en sus funciones.⁹⁰ También informó el jefe político interino al secretario de Estado y de Despacho de Gobernación del suceso que se produjo en la noche del 19 al 20 de febrero de 1813 en que fue borrada la placa del

⁸⁷ *Habitantes de la provincia de Soria*. Junta Superior Provincial de Soria, 28 de diciembre de 1812. AHN, Consejos, Leg. 49619, 1 Ter.

⁸⁸ Acta Sesión de 4 de enero de 1813. *Libro de Actas y Acuerdos de la Junta Superior Provincial de Soria*, Archivo Histórico Provincial de Soria Caja 4992.

⁸⁹ *Oficio del jefe político interino de Soria a la Junta Superior Provincial*. Soria, 22 de diciembre de 1812. AHN, Consejos, 49619, Exp.1Bis.

En un comunicado oficial del 7 de enero la Diputación se propuso aplicar escrupulosamente la Constitución y solicitó a los pueblos los datos necesarios para preparar los censos y estadísticas. También exigió a los miembros de la Junta que entregasen toda la documentación disponible, aunque no accedieron a ello, mostrando una desconfianza total hacia la nueva institución.

⁹⁰ *Representación de José Joaquín Duran al Consejo de Regencia* (Soria, 12 de diciembre de 1812; *Oficio de la Regencia* (Cádiz, 1 de febrero de 1813). AHN, Consejos, 49619, Exp.1. Ter.

monumento “la Pirámide” erigida en honor de los miembros de la Junta de Burgos que habían sido ahorcados en Soria.⁹¹ La Junta tomó las medidas para “averiguar la causa impulsiva que había motivado el tildar y borrar la expresada inscripción”.⁹²

La Junta envió dos representaciones al Consejo de Regencia el 8 de enero. En la primera solicitaba un informe escrito respecto a la aprobación de sus servicios prestados, los pasaportes para sus miembros y disponer lo necesario para su subsistencia tras cesar en sus funciones; en la segunda pedía a quién debía de entregar toda la documentación de la Junta.⁹³ La Diputación Provincial se constituyó oficialmente el 15 de mayo de 1813, cuyos miembros habían sido elegidos el día 3 por los siete partidos de la provincia (Soria, Logroño, Calahorra, Arrendó, Villoslada, Ágreda y Berlanga). Definitivamente entonces la Junta Superior Provincial quedó extinguida y sus competencias pasaron a la nueva institución.

La obsesión del jefe político en esos meses fue averiguar las personas que se habían adherido al gobierno intruso y habían participado en su gobierno durante la ocupación de la capital para que no pudieran ostentar ningún cargo político. Algo similar ocurrió en todas las ciudades castellanas que estuvieron sometidas al poder francés. Pero había que olvidar los sufrimientos de la guerra y por eso el Ayuntamiento acordó el 11 de junio de 1813 que se celebren las fiestas de San Juan y las corridas los novillos según la antigua costumbre.

La ciudad de Soria celebró con un *Te Deum* y repique de campanas el 12 de marzo de 1814 el anuncio de la próxima venida de Fernando VII y el día 18 del mismo mes el aniversario de la publicación de la Constitución. Llama la atención que el Ayuntamiento soriano comisionara a su alcalde y dos regidores para que cuando tuvieran la noticia exacta de la llegada del rey salieran a la carretera y le ofrecieran en nombre de la ciudadanía el sentimiento común de la población:

⁹¹ *Informe de José Joaquín Duran, jefe político interino al Secretario de Estado*. Soria 14 de abril de 1813. AHN, Consejos, 49619, Exp.1Bis.

⁹² *Junta de Soria, 14 de abril de 1813* (Sucesos políticos), AHN, Consejos, Legajo 49619 1 Bis.

⁹³ *Representación de la Junta Provincial Superior de Soria al Consejo de Regencia*. Soria, 8 de enero de 1813. AHN, Consejos, 49619, Exp.1Bis; *Representación de la Junta Provincial Superior de Soria al Consejo de Regencia*. Soria, 8 de enero de 1813. AHN, Consejos, 49619, Exp.1Ter.

(...) que a pesar de que el dilatado tiempo que ha durado la gloriosa y Sta. Insurrección en que se halla empeñada la Nación y los inmensos sacrificios que ha ofrecido en su obsequio la han dejado en esqueleto, si las gotas de sangre que aunque débil conservan las venas de estos míseros habitantes fuesen útiles las hallará siempre S. M. dispuestas a derramarse en su obsequio y en le de la Patria a quien constantemente aman proporcionándole quantas comodidades y felicitaciones permita la miseria del país, acompañándoles al efecto el depositario de los propios con los criados que se estimen conducentes probeyéndoles de todo lo necesario.⁹⁴

El 6 de mayo el Ayuntamiento hizo público de nuevo una felicitación al rey en los mismos términos, para demostrar la lealtad y nobleza de los sorianos, herederos de los invictos numantinos. Y como era costumbre tuvo lugar las fiestas de rigor: *Te Deum*, corridas de toros, fuegos artificiales, bailes públicos... Días después, al conocerse el decreto real de 4 de mayo de Valencia, el mismo Ayuntamiento ordenó quitar la inscripción de la plaza mayor “Plaza de la Constitución” y reemplazarla por “Plaza Real”. Por su parte, la Diputación Provincial fue suprimida el 15 de junio y el 30 de julio se rehabilitó el Ayuntamiento de 1808. El pueblo, en medio, se quedó mudo y sojuzgado.

⁹⁴ *Provisiones del Ayuntamiento de la Ciudad de Soria en orden al reclutamiento del Rey Fernando VII*. Libro de Actas y Acuerdos. Acta 23 de Marzo de 1814, Archivo Municipal de Soria. Cit. en M^a Concepción García Segura, *Soria, veinticinco años críticos de su historia, 1789-1814*, vol. III, cit., p. 374.

***LA TORTUOSA TRAYECTORIA DE LA JUNTA SUPERIOR PROVINCIAL DE
BURGOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.***

Francisco Javier Iglesia Berzosa
Universidad de Burgos

Son escasos los trabajos dedicados hasta la fecha a analizar el papel que jugó la Junta Superior Provincial de Burgos durante la Guerra de la Independencia.⁹⁵ Sólo la captura de parte de sus miembros por el ejército imperial en Grado del Pico (Segovia) y su posterior ejecución en Soria (2 de abril de 1812) fueron motivo del interés de eruditos y autoridades locales.⁹⁶ Una atención tamizada, en cualquier caso, por la retórica del momento y el aprovechamiento interesado del martirologio.

El cruento desenlace del suceso -y su profusa divulgación en los años treinta del siglo XX- ha eclipsado el destacado papel insurreccional de la Junta y su sincero compromiso patriótico.⁹⁷ Un empeño que se inició el 13 de junio de 1809 y que tuvo, básicamente, dos etapas: la primera, encabezada por D. Francisco Fernández de Castro, marqués de Barriolucio,⁹⁸ y la segunda, más propicia y fecunda, caracterizada por la protección del cura Merino.⁹⁹

⁹⁵ Anselmo Salvá, *Burgos en la Guerra de la Independencia*, Burgos, Instituto Municipal de Cultura, 2008, pp. 156 - 159; algo más extensa es la referencia de Cristina Borreguero Beltrán, *Burgos en la guerra de la Independencia: enclave estratégico y ciudad expoliada*, Burgos, Caja Circulo, 2007, pp. 151 - 162; con un carácter general cfr. Antonio Moliner Prada, *Estructura, funcionamiento y terminología de las juntas supremas provinciales en la guerra contra Napoleón. Los casos de Mallorca, Cataluña, Asturias y León*, Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona, 1981.

⁹⁶ Domingo de Silos Moreno, *Oración fúnebre que dijo a la buena memoria de los vocales de la Junta Superior de Burgos, del intendente interino y de su secretario el día 2 de mayo del año 1812*, Madrid, Imprenta de Sancha, 1814.

⁹⁷ Eloy García de Quevedo, *Las víctimas burgalesas de la guerra de la Independencia*, Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1937; *El Castellano*, 17 de abril de 1937; *Diario de Burgos*, 17 de abril de 1937.

⁹⁸ El título y mayorazgo de Barriolucio pertenecían al capitán D. Francisco Fernández de Castro y Machioti (Nápoles 1769 – 1836), quien había ingresado en el Regimiento de Calatrava, al que pertenecía su padre, como cadete (1886). Los acontecimientos políticos condujeron al joven oficial a Cataluña, luchando contra los franceses en la Guerra de la Convención durante más de tres años. Al finalizar la contienda pasó a Gibraltar, en donde estuvo hasta 1797 dedicado a perseguir “contrabandistas y malhechores”. Regresó a Burgos y logró el retiro militar en 1801. La entrada de los ejércitos napoleónicos en España no dejó indiferente a D. Francisco. Su condición de regidor perpetuo de Burgos y capitán del Regimiento de Infantería del Algarve - aunque fuera en condición de disperso-, le llevaron a tomar pronto una posición activa en el conflicto. El 2 de mayo de 1808 se presentó “gustoso y voluntariamente” al general Cuesta, participando en las batallas de Cabezón (14 de junio de 1808) y Medina de Rioseco (15 de julio de 1808).

En octubre, retirados los franceses de Burgos, formó parte de la Junta local de Armamento y Defensa que trató de llevar a cabo un alistamiento general de la provincia. Él mismo fue nombrado coronel del primer Cuerpo que, curiosamente, nunca llegó a formarse. Archivo General Militar de Segovia (AGMS). F-572. Hoja de Servicios.

⁹⁹ Jerónimo Merino Cob (Villoviado 1769 - Alençon 1844).

Formación de una Junta de Armamento de Castilla la Vieja en Pinares.

A comienzos de junio de 1809 el marqués de Barriolucio se presentó en Salas de los Infantes “autorizado en debida forma por la Suprema Junta Central” para armar a los naturales de la provincia y formar una Junta de Armamento y Defensa.¹⁰⁰ Buscaba “sujetos de honor, luces y patriotismo” que secundaran su proyecto.¹⁰¹ La situación del momento dificultaba la adhesión de candidatos que vivieran lejos del ámbito restringido de la serranía burgalesa. Una comarca que conocía gracias a su mujer, originaria de Pineda de la Sierra.¹⁰² Se unieron a su causa D. Eusebio Pérez Fajardo, magistral de Santo Domingo de la Calzada y natural de Salas de los Infantes, D. Mauricio Domingo de Pedro, cura beneficiado de Quintanar de la Sierra y los hermanos Ortiz Covarrubias: D. Melquíades, cura beneficiado de la parroquia salense de Santa María y D. José, alcalde ordinario por el Estado Noble de la misma localidad.¹⁰³

Dos razones animaron a Barriolucio a instalarse en aquella parte de la provincia: el tratarse de un territorio boscoso y poco accesible, alejado de las vías habituales de tránsito de los franceses, pero próximo a las guarniciones enemigas de Soria, Aranda y Burgos¹⁰⁴ y la búsqueda de protección del cura Merino, cuya partida era cada vez más numerosa y activa.¹⁰⁵ Él mismo confiesa en uno de los oficios dirigidos a la

¹⁰⁰ Portaba un pasaporte fechado en Sevilla el 13 de mayo de 1809 que le facultaba como comisionado del armamento de las Castillas. Archivo Histórico Nacional (AHN). Estado. 41.E.

¹⁰¹ AHN. Consejos, legajo 49619, exp. 2 bis.

¹⁰² D. Francisco Fernández de Castro estaba casado con D^a. Jacoba Ortiz de Taranco y Sáenz de Nieto, hija de “familia ilustre, calificada y antigua nobleza” poseedora, entre otros bienes, de 14.000 cabezas de oveja merina trashumante. AHN. Consejos, leg. 9894, exp. 6; AGMS. F-572. Expediente Matrimonial.

¹⁰³ Los Ortiz Covarrubias eran hijos de D. Antonio Basilio Ortiz y Santa Gadea y D^a. Josefa de Covarrubias y Morcate. D. José (Salas de los Infantes 1760 - Soria 1812) se graduó de bachiller en la Universidad de Valladolid en 1782, obteniendo el título de abogado en 1788. AHN. Consejos, 12147, exp. 87.

¹⁰⁴ En junio de 1809 la guarnición de Soria tenía 300 soldados, la de Aranda 160 y la de Burgos 2.000. AHN. Estado, 15. A.

¹⁰⁵ El cura Merino se encontraba el día 2 de junio en Covarrubias. Fue recibido “entre las aclamaciones y aplauso de un numeroso pueblo”. Días después atacó un pequeño destacamento que se dirigía a Lerma, entrando el día 7 en la villa ducal y cercando a los franceses en el palacio. Alistó varias decenas de mozos, saqueó la casa de un afrancesado y, horas después, abandonó el pueblo. El suceso provocó una enorme conmoción en la provincia. Las guarniciones vecinas doblaron sus centinelas, colocaron vigías en los tejados y tapiaron las puertas de las localidades en donde se hallaban guarecidos, sin atreverse a salir fuera de ellas. AHN. Estado, 15. A.

Junta Central que se ha instalado en la zona de pinares, “por lo montuoso y agrio de su terreno, disposición de abastos, protección y asilo de las Partidas de la Cruz Roja”.¹⁰⁶

El 13 de junio quedó constituida la Junta.¹⁰⁷ Un sobrino de D. José Ortiz, acompañado de dos soldados, partieron hacia Sevilla con el fin de explicar a la Junta Central las medidas que habían tomado “para el armamento de las Castillas”.¹⁰⁸ El 17 de julio se aprobaba la formación de una Junta de partido, “sin fija residencia por ahora”, con dependencia de la Ciudad Rodrigo, “única superior en Castilla”.¹⁰⁹ La real orden precisaba que dicha Junta, establecida inicialmente en Salas, debía ayudar a Barriolucio en la obtención de armamento “de que está V.S. encargado”.¹¹⁰

La legitimación de su actividad era una prioridad absoluta, teniendo en cuenta además el intento de formación de otras iniciativas similares.¹¹¹ La Junta contó con el apoyo anónimo de diferentes sujetos, aunque no existe constancia de la existencia de un “director” en la sombra a la que se ha referido Pío Baroja y otros autores.¹¹² Dos comisionados partieron en aquellos días a entrevistarse con el duque del Parque,

¹⁰⁶ AHN. Estado, 15. A.

¹⁰⁷ “Informado del patriotismo, situación y terreno de todos los naturales de Pinares, Matas y Sierra y la necesidad de conservar sus propiedades, en particular lanas finas, Ganados mayores y Cavaña Real de Carreteros, y considerando lo importante y preciso que era, para que dicha Rl. Orden y comisión tenga el debido efecto y cumplimiento, el establecimiento de Junta Provincial de sujetos de integridad, talento y valimiento en el País, que con sus luces y oficios me coadyuven (...)”. AHN. Estado, 15. A.

¹⁰⁸ Se trataba de D. Felipe María Ortiz y Ortiz. La representación es del 22 de junio de 1809. AHN. Estado, 65.G.

¹⁰⁹ AHN. Estado, 65.G; Archivo Municipal de Burgos (AMB). Sign. 15 - 222.

¹¹⁰ AHN. Estado, 15. A.

¹¹¹ No fue el único intento de creación de una junta patriótica en Burgos. Eugenio de Aviraneta se refiere en sus *Apuntes políticos y militares ó Confesiones de Aviraneta* a la que promovió el canónigo Peña, comisionado de la Junta Central, y en la que participaron su padre, D. Felipe de Aviraneta, junto a un capellán del hospital de la Concepción, un fraile mercenario y el “tío Jorge”, un rico labrador de Capiscol. Recuerda, incluso, la existencia de juntas auxiliares instaladas en Lerma, Roa y Quintanar. AHN. Diversos. Caja 3490. Leg. 413 [1].

¹¹² La primera referencia al “director corporal” de Merino se encuentra en *Las guerrillas españolas, o las partidas de brigantes en la guerra de la Independencia*. Madrid, Imprenta de F. Martínez García, 1870, pp. 19 - 23. Texto anónimo atribuido a D. Eugenio de Aviraneta refiriéndose a su padre; se hace eco de este asunto, novelándolo, Pío Baroja, *Aviraneta o la vida de un conspirador*. Madrid, Espasa Calpe, 1972, pp. 33 - 34; Eduardo de Ontañón, *El cura Merino, su vida en un folletín*, Madrid, Espasa Calpe, 1933, p. 96, identifica erróneamente al padre de D. Ramón Santillán con el insinuado “director”.

capitán general de Castilla.¹¹³ Le manifestaron que contaban con el apoyo del vecindario y que pronto tendrían a su disposición una tropa numerosa. Poseían caballos, yeguas y municiones, pero andaban escasos de armas y monturas.¹¹⁴ En su exposición ensalzaron, además, el valor del cura Merino, “presbítero jefe infatigable”, asociado en aquel momento a “una partidilla de a caballo de Manuel Chico, natural de Roa”.¹¹⁵

La Junta había logrado reunir en aquel momento 700 hombres de infantería, que formaban un batallón titulado *Voluntarios de Burgos*, dividido en cuatro compañías, y 200 hombres de caballería. Vestían chaqueta y pantalón “de paño pardo con vivos encarnados, sombreros y algunas otras prendas menores”. En septiembre la fuerza alcanzó los 2.000 hombres. La mayor parte eran voluntarios, dispersos y “algunos alistados”, aunque reconocían que no habían incorporado más efectivos “teniendo en consideración la necesidad de recoger los frutos”.¹¹⁶

Muchos de los esfuerzos de Barriolucio durante aquellos meses se centraron en imponer su proclamado liderazgo frente a otros competidores internos.¹¹⁷ Además, mantener una tropa numerosa y bien equipada exigía la obtención permanente y segura de recursos. Objetivo inalcanzable sin la asunción general de su liderazgo. Una autoridad limitada, en parte, por la rivalidad surgida con el corregidor de Molina de Aragón, D. José Antonio Colmenares,¹¹⁸ y por las permanentes disputas que mantenía con los guerrilleros que pululaban la zona.

El conflicto que mantenía con Colmenares, comisionado regio para el armamento en Guadalajara y Soria, había surgido por injerencias en algunos pueblos linderos con esta

¹¹³ Eran D. Eusebio Pérez Fajardo y D. Pedro Martínez de Velasco (futuro tesorero de la Junta). AHN. Consejos, leg. 49619, exp. 2 bis.

¹¹⁴ La mayoría sólo portaban armas blancas. Los primeros fusiles les obtuvieron de las guarniciones francesas de Burgos, Aranda, Lerma y Vitoria. AHN. Estado, 15. A.

¹¹⁵ Manuel Chico Granado (Roa, 1764). AGMS. CH. 142. Hoja de Servicios.

¹¹⁶ Quintanar de la Sierra, 9 de septiembre de 1809, AHN. Estado. 65. G.

¹¹⁷ Barriolucio trató de enviar comisiones a Molina de Aragón (Guadalajara) y Santander, pero regresaron al estar vigilados por los franceses los puentes de Berlangas de Duero (Soria) y San Esteban de Gormaz (Soria). AHN. Estado, 15. A.

¹¹⁸ Juan José Antonio de Colmenares y de Igea Moreno y Rubio (Cervera del Río Alhama, 1761).

última provincia.¹¹⁹ El marqués se quejaba de las altas imposiciones que cobraba y de las intromisiones que llevaba a cabo.¹²⁰ Coacciones que, probablemente, no diferían en exceso de las suyas.

En relación a la segunda de las cuestiones, su opinión no dejaba lugar a dudas. Consideraba que las guerrillas cometían todo tipo de atropellos y que eran una lacra intolerable para los pueblos. Defendía un cambio radical en su comportamiento, en el que prevaleciera la disciplina y la subordinación jerárquica. Una forma de actuar, señalaba, que sólo se lograría por la fuerza.¹²¹

La Junta en La Rioja.

Los progresos de la Junta -a pesar de sus escasas intervenciones en combate-¹²² inquietaron a los franceses, dispuestos a lograr la pacificación de la provincia. Una columna entró en Salas de los Infantes quemando varias casas y provocando la huida de la “corporación patriótica”.¹²³ No fue el único asalto.¹²⁴ En octubre de 1809 el general Thiebault se internó nuevamente en la zona de Pinares con 2.600 infantes y 400 caballos decidido a poner fin a la resistencia burgalesa.

¹¹⁹ “Precisamente se halla hoy en Sevilla y sin destino el oidor de la Chancillería de Valladolid D. Antonº Colmenares qe. hasta de poco tpo. desempeñó el corregimiento de Cervera, tiene conocimiento del estado de las provincias de Soria y Guadalajara y parece dotado de la prudencia y celo q. esta comisión requiere. La Sección de Gracia y Justicia, con ocasión de haber pedido la Junta provincial del Señorío de Molina q. se le enviase un Corregidor de confianza había puesto la mira en este ministro (...)” Sevilla, 19 de abril de 1809. AHN. Estado, 16.A; Designación del corregidor D. José Antonio Colmenares como presidente de la Junta del señorío de Molina de Aragón. AHN. Estado, 80.N; la solicitud de examen de abogado de D. José Antonio Colmenares en AHN. Consejos, 12143, exp. 26.

¹²⁰ “El corregidor de Molina (...) se ha desentendido de nuestras razones, y bajo el pretexto de que varios pueblos de esta provincia, lo son del partido de Soria, ha sacado los mozos, armas y caballos que había en ellos”. AHN. Estado, 65.G.

¹²¹ “Los pueblos abrumados con el peso insoportable de esta gente, nos dan repetidas quejas de los escándalos, atropellos que cometen, llebádoles quantos caballos buenos o malos encuentran en los campos y poblaciones, exigiendo raciones exorbitantes y arbitrarias contribuciones de toda especie y aún en metálico, baliéndose para esto más de la violencia que de la razón ni necesidades”. AHN. Estado, 65.G.

¹²² El 12 de junio en el Burgo de Osma (Soria), en donde el marqués asegura que “batió y persiguió (a los franceses) hasta encerrarles en la Universidad”, el 28 en Villaciervos (Soria), abriéndose paso con su espada rodeado de enemigos y el 15 de agosto en Covalada (Soria). AGMS. F-572. Hoja de Servicios.

¹²³ Cayeron sobre Salas, quemando siete casas y “executaron (el) sacamano más completo”. Les persiguieron hasta Quintanar de la Sierra. AHN. Consejos, leg. 49619, exp. 2 bis.

¹²⁴ Según indica D. Melquíades Antonio Ortiz, Salas de los Infantes sufrió a lo largo de toda la Guerra de la Independencia 13 saqueos. AHN. Consejos, 49619, exp. 2 bis.

Acosados por el ejército imperial, los miembros de la Junta atravesaron la Sierra de Neila instalándose en la comarca riojana de Cameros -primero en Canales y, más tarde, en Lumbreras-. A media noche del 16 de octubre, decidieron separarse. Las diferencias entre ellos se habían ido acrecentando. El mando autoritario del marqués chocaba con el modo de decisión consensuada que anhelaban los junteros. Barriolucio decidió hacer la guerra por su cuenta y, abandonando Anguiano, se dirigió a Haro. Los vocales dejaron de ir tras él y convinieron esperar acontecimientos en Nájera.¹²⁵

La situación en La Rioja era sumamente compleja. La resistencia se había ido organizando a través de varias juntas patrióticas establecidas en el límite montañoso con la provincia de Soria. De todas ellas destacaba la Comisión de Armamento e Insurrección del Partido de Logroño, situada en Soto en Cameros bajo el auspicio y protección de Colmenares.¹²⁶ Un destacado número de pequeñas partidas de guerrilla reforzaba el control político y militar de las juntas, preservándolas de intromisiones indeseadas.¹²⁷

Apoyado por un ejército de 1.500 infantes y 476 caballos, Barriolucio pasó a ejercer una autoridad total en el territorio. Su presencia alteró el status quo existente y pronto manifestó su escaso interés en cooperar con las partidas locales. Estando en Anguiano desestimó intervenir con su infantería en la acción del Monte de la Bellota.¹²⁸ Se sumó, por el contrario, al ataque que llevaron a cabo varias guerrillas en el Condado de Treviño¹²⁹ y Labastida (25 de octubre de 1809),¹³⁰ pero tomó para él la mayor parte del

¹²⁵ AHN. Estado, 41.E.

¹²⁶ Formaban parte de la Junta de Soto en Cameros, D. Joaquín de Arbizu, D. José Víctor de Oñate, D. Emeterio López Blanco y D. Bernabé Romero. AHN. Estado, 41.E.

¹²⁷ A primeros de diciembre de 1809 había en La Rioja 38 partidas de guerrillas, de las que 14 dependían de la Junta de Soto. Argimiro Calama Rosellón, “Cronología específica de la guerra de la Independencia en Soria y su provincia, incluida la entonces Rioja soriana... (1808-1814)”. *Celtiberia*, nº 103. Soria, 2009, p. 201.

¹²⁸ Julián Sáenz, jefe de partida, en unión de Pedro María Aguirre acordaron atacar a los franceses de Nájera (350 soldados de infantería y 10 caballos). Quedaron en Meabe, pero descoordinados dieron tiempo a que los enemigos marcharan a Santo Domingo de la Calzada. Les atacaron, finalmente, en el Monte de la Bellota (19 de octubre de 1809), pero sin la cooperación de Barriolucio. AHN. Estado, 41.E.

¹²⁹ El sargento fray José Ortiz, monje benito, expuso a la Junta de Soto que junto a Matías Ortiz y Julián Martínez, soldados de la partida de Juan Manuel Lozano, atacaron a los franceses en el Condado de Treviño, obteniendo un importante botín. Pidieron a Barriolucio su parte y éste les dijo que eran acreedores a él, pero no recibieron nada. AHN. Estado, 41.E.

botín y desarmó a los guerrilleros díscolos. El 28 entró en Laguardia, estando la localidad ocupada por una partida dependiente de la Junta de Soto. Una intervención que irritó a los comisionados riojanos, dispuestos a terminar con los vejámenes del “famoso” marqués.¹³¹

Instalado en Logroño, Barriolucio siguió dedicándose al cobro de exacciones, requisando armas y bienes,¹³² alistando mozos,¹³³ desarmando guerrilleros que no se plegaban a sus órdenes¹³⁴ y tratando, en fin, de convencer a los comandantes de partida a integrarse en su tropa.¹³⁵ El marqués consideraba que su comisión estaba por encima de otras y justificaba su comportamiento por haber sido nombrado presidente y comandante general del ejército de Castilla la Vieja y la Nueva. Títulos que, obviamente, no reconocían sus adversarios, argumentando que sólo era presidente de la junta del partido de Quintanar de la Sierra y que, a pesar de autoproclamarse “comandante de las partidas de guerrilla de Castilla”, sus atribuciones se ceñían únicamente a la provincia de Burgos.

Bariolucio no consiguió reunir en Logroño a los vocales de la Junta burgalesa. Éstos consideraban que era impropio abandonar Nájera, localidad perteneciente a Burgos,

¹³⁰ Enterada la Junta de Soto de que los franceses deseaban extraer la plata de la iglesia parroquial de Labastida enviaron a las partidas de Julián Sáenz y Julián Benito a impedirlo. Tras el cruce de disparos pusieron a los franceses en fuga. AHN. Estado, 41.E.

¹³¹ Maximiano Ortiz de Córdoba, informado de que los franceses habían desocupado Laguardia, entró en la localidad al anochecer del 28 de octubre. Organizó piquetes, impidió todo tipo de reuniones y apresó a los infidentes. Horas después llegó una partida de Barriolucio comandada por Miguel de Orúe y tras él Juan Manuel de Soria, Ignacio Alonso Zapatero “Cuevillas” (Cervera del Río Alhama, 1764 - Portugalete 1835) y el secretario del marqués, D. Vicente Zabala. Se ordenó cerrar las puertas de la muralla y se impidió la entrega de bagajes. Tras entrevistarse con Barriolucio, Ortiz de Córdoba acabó entregando a los infidentes que tenía retenidos. Luego se saquearon sus casas y se impuso una multa a la localidad de 200.000 reales. Ortiz de Córdoba se refiere a la “altanería déspota” del marqués, “afectado (de) una suprema autoridad, unida a un orgullo implacable”. AHN. Estado, 41.E.

¹³² A Ramón de Gobantes le arrebató una carga de sal. También capturó fardos de lana y una carga de fusiles procedente de Oñate y Mondragón que conducía Ortiz de Córdoba. AHN. Estado, 41.E.

¹³³ Intentó formar en Logroño una nueva compañía. AHN. Estado, 41.E.

¹³⁴ Entre ellos a Juan Manuel Lozano, cuya partida estaba compuesta por 23 caballos y 29 soldados de infantería, y a Mateo Fernández. AHN. Estado, 41.E.

¹³⁵ Procuró atraerse, entre otros, a Juan Manuel Lozano, Ramón Gobantes, a quien le ofreció una capitania, Patricio Rojas, a quien tuvo preso ocho días, Vicente Sáenz de Zénzano, Pedro Arroquia, Julián Sáenz, Pedro María Aguirre y otros. Según declaraciones de un testigo, logró su propósito con Joaquín Vázquez “Narra”. AHN. Estado, 41.E.

y dirigirse a una localidad de otra provincia.¹³⁶ Además, escribieron al marqués indicándole que la potestad de la Junta no recaía en él, pues “todo cuerpo tiene más autoridad que su mismo presidente”. Barriolucio respondió calificándoles de “vocales auxiliares” y les conminó a obedecerle. La tensión se acrecentó durante los días siguientes. El 15 de noviembre se convocó una reunión en Nájera a la que acudió el marqués “frenético”, “furioso y sin esperanza”. Advirtió a los presentes que “quería marcharse donde se le antojase y que ni dios le había de impedir, que lo diría a la tropa p^a que si le querían seguir le siguiesen”. Los vocales calificaron su actitud de “irregular y ajena de un hombre de honor y patriotismo”, “considerándole incorregible (...) queriendo gobernarlo y manejarlo todo a su arbitrio”. No se tomaron acuerdos y, a pesar de que la Junta no se disolvió formalmente, la ruptura resultaba inevitable.

Un extenso expediente formado por decenas de oficios, certificados, declaraciones testificales y un sinfín de documentos denotan la descoordinación e, incluso, el enfrentamiento de la resistencia riojana en aquellos últimos días de 1809.¹³⁷ Las quejas de los diputados de Logroño y su partido terminaron dando sus frutos y la Junta Central terminó aprobando la reunificación de las juntas que operaban en La Rioja (14 de diciembre de 1809). Fue nombrado presidente D. Ignacio Marrón, natural de Tricio y capitán retirado de navío, que se había incorporado semanas antes a la Junta burgalesa.¹³⁸

Desautorizado por la Junta Central, sin el apoyo social de un territorio que le era mayoritariamente hostil y enfrentado a sus compañeros de Corporación, Barriolucio se convirtió en un guerrillero más. El invierno y la llegada de tropa francesa le animaron a

¹³⁶ El 9 de noviembre Barriolucio pidió a la Junta trasladarse a Logroño. Le respondieron que aquella ciudad está en “conmoción” y “que está comprendida en la provincia de Soria”. AHN. Estado, 41; la Junta Suprema Central estableció el 5 de octubre de 1809 los límites jurisdiccionales entre Burgos y Soria, incluyendo en ésta la comarca de Cameros y el sudeste de La Rioja. Argimiro Calama Rosellón, “Cronología específica de la Guerra de la Independencia en Soria...”, art. cit. p. 201.

¹³⁷ Discrepancias que recoge Charles J. Esdaile, *España contra Napoleón*. Barcelona, 2006, pp. 238 y 239; los vocales de Soto no dudaron en señalar que “había ocasiones en que los españoles son aún más acreedores que los franceses a nuestro justo castigo”. AHN. Estado, 41.E.

¹³⁸ El 4 de diciembre de 1809 la Junta Suprema Central acordó la supresión de todas las Juntas o Comisiones de Insurrección “que existían en todo el País comprendido desde el río Tirón hasta el Alhama con inclusión de la ciudad de Alfaro”. La nueva Junta quedó conformada por un delegado de cada una de las suprimidas: Soto en Cameros, Enciso, Arnedo, Covaleta y Quintanar de la Sierra. AHN. Estado, 41.E; AHN. Estado, 82.F; Argimiro Calama Rosellón, “Cronología específica de la Guerra de la Independencia en Soria...”, art. cit. p. 202.

dirigirse a Valencia, llevándose con él su Regimiento, “tesorería, oficinas y quanto había”.¹³⁹

Refundación de la Junta patriótica de Castilla la Vieja y superior de Burgos.

Los vocales burgaleses decidieron regresar a sus casas.¹⁴⁰ La ocupación era en aquellas fechas más intensa y efectiva que antes. Los vocales de la Junta trataron de organizarse y recuperar el apoyo perdido. Iniciaron sus trabajos clandestinamente, reuniéndose dos veces por semana en puntos convenidos con antelación. El temor a una delación les obligó a dejar sus hogares y, a pesar del crudo invierno, residir en tenadas y chozas de pastores que variaban cada poco tiempo. Semanas más tarde se instalaron en el convento franciscano de Alveinte (Monasterio de la Sierra). Nombraron un presidente interino: D. Eusebio Fajardo Calderón y un comandante: D. José Pardo -teniente coronel del Regimiento de la Princesa- y enviaron dos personas de su confianza a Badajoz para explicar al capitán general de Castilla la gravedad de su situación.¹⁴¹

La Junta se vio expuesta en aquellas circunstancias a los peligros de una población que carecía del entusiasmo de los primeros días, temerosa de las represalias, que cuestionaba su autoridad y se resistía a la entrega de exacciones. Algunos pueblos mostraron una

¹³⁹ El 3 de marzo participó en la “sorpresa” de Aranjuez, dirigiéndose después a Valencia, cercada por el general Suchet. El 23 de marzo el capitán general de Valencia José Caro le destinó a Cuenca. De allí fue enviado por el general Besacourt al auxilio de Murcia ocupada por el general Sebastiani. En 1811 fue destinado como sub-inspector de infantería y caballería con el general José Joaquín Durán. AGMS. Hoja de Servicios. F-572.

¹⁴⁰ Perseguidos por el enemigo y engañados por unos vecinos en Brieva de Cameros (La Rioja), estuvieron a punto de perecer. Finalmente lograron refugiarse en el Monasterio de Nuestra Señora de Valbanera (Anguiano), llegando a Salas el 24 de diciembre de 1809. Iban acompañados del licenciado D. Eulogio José Muro, quien se había incorporado a la Junta algunas semanas antes, D. Pedro Martínez de Velasco y el fraile Pablo Colina, comisionado subalterno de la fábrica de vestuario. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁴¹ D. Eulogio José Muro y fray Pablo Colina se trasladaron a Badajoz (11 de enero de 1810), dando cuenta al duque del Parque y al marqués de la Romana, general en jefe del Ejército de la Izquierda, de la situación de la Junta y del abandono que habían sufrido por parte del marqués de Barriolucio. Recibieron la aprobación de las autoridades y la Junta recibió el título de: “patriótica de Castilla la Vieja”. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

“cruel apatía” hacia la causa patriótica y los vocales debieron escuchar “dicterios injuriosos” contra ellos.¹⁴²

Preocupaciones a las que había que añadir el permanente acoso francés.¹⁴³ El general Dorsenne, gobernador de Burgos, emprendió en junio una amplia batida en la comarca serrana con intención de castigar a los insurgentes. Reunió 2.000 hombres de la guarnición burgalesa a los que se añadieron 5.000 efectivos procedentes de Logroño, Belorado, Aranda y Lerma. El 15 saquearon nuevamente Salas. Un escarmiento que se repitió horas después en Quintanar de la Sierra.¹⁴⁴

La Junta precisaba, en consecuencia, de una fuerza armada que la protegiera e hiciera valer su autoridad. Este fue el motivo por el que sus vocales no escatimaron esfuerzos en intentar persuadir a las autoridades para que la proporcionaran tropa y armamento. Lograron entrevistarse con Basecourt,¹⁴⁵ Mina¹⁴⁶ y Villacampa,¹⁴⁷ aunque con escaso éxito. Abocados a una itinerancia arriesgada, recelosos por la presencia de espías dispuestos a delatarlos, temerosos de aquellos que “con el título de defensores de la Patria nos perseguían descaradamente” e inquietos por las permanentes amenazas de los pueblos, terminaron poniéndose a disposición de Merino (mayo de 1810),¹⁴⁸ cuya protección fue, inicialmente, más ficticia que real.

Un testigo tan aventajado como D. Ramón Santillán, narra en sus Memorias que la Junta -instalada en Vilviestre del Pinar- andaba desamparada y que, a pesar de sus esfuerzos por establecer fábricas de recomposición de armas, monturas y vestuario, sus

¹⁴² En cierta ocasión, incluso, el vecindario de un pueblo “se conmovió y armó”. Lograron detener a los culpables e iniciaron un proceso contra ellos, pero el cura Merino, a pesar de las quejas y reconvenciones que le hicieron, terminó poniéndolos en libertad. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁴³ Se refieren a la publicación de proclamas sediciosas, la presencia de espías y al envío de columnas volantes. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁴⁴ El coronel Douvernet entró en Quintanar con 1.500 hombres, incendiando varias casas, entre las que se encontraba la de D. Domingo de Pedro. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁴⁵ AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁴⁶ Se comisionó a Domingo de Pedro a entrevistarse con Mina. El encargo no tuvo éxito. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁴⁷ D. Melquíades marchó a Cuenca, Pinto y otros pueblos para solicitar tropa al general Villacampa y Domingo de Pedro se trasladó hasta Asturias. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁴⁸ Acordaron ponerse en manos de Merino por segunda vez, “por su lealtad, honor y porte con los pueblos y desinterés con que se conducía”. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

progresos eran modestos.¹⁴⁹ No obstante, se reorganizaron los Regimientos de Arlanza y Húsares de Burgos y se enviaron emisarios a distintos lugares con el propósito de conseguir armamento.¹⁵⁰

Merino, sin embargo, era sumamente independiente y no tenía intención de plegarse a los designios de una Corporación que tenía poco que ofrecerle. A finales de noviembre de 1810 el general Grassien se instaló en Lerma y sus columnas volantes obligaron a los comisionados burgaleses a trasladarse a Cantalojas (Guadalajara), último pueblo, entonces, de la provincia de Burgos.¹⁵¹

Las relaciones de Merino con la Junta se enfriaron aún más durante los meses siguientes. El cura, asesorado por D. Bonifacio Gutiérrez,¹⁵² reunió en el pueblo segoviano de Navares de Enmedio a los principales guerrilleros de la cuenca del Duero y les propuso actuar conjuntamente. El plan consistía en crear un único ejército, formado por tres regimientos. El primero lo mandaría Merino y estaría compuesto por los Húsares de Burgos; el segundo quedaría a las órdenes de Tomás Príncipe con los Húsares de Valladolid y el tercero lo formarían las partidas de Abril, Saornil y Tenderín.¹⁵³ El mando de toda la fuerza recaería en Merino. Se pensó también en crear

¹⁴⁹ Ramón Santillán (Lerma 1791 - Madrid 1863) relata en sus memorias su compromiso personal con la Junta: “Nuestra opinión unánime fue la de que se convocase a los individuos que habían compuesto la Junta de la provincia de Burgos, y que ésta se reinstalase en el punto más seguro de la sierra, empezando Merino por reconocer y hacer reconocer al país su autoridad. No costó poco trabajo en decidir a Merino a dar este paso; pero al fin conseguimos que lo diera, y los individuos de la Junta acudieron a su llamamiento con singular gozo”. En otro pasaje narra que Merino la tenía abandonada y que tomó “su defensa con todo el calor de mi edad de diecinueve años”, convirtiéndose en su “custodio”. Ramón Santillán, *Memorias (1808-1856)*, Madrid, 1996, pp. 56- 61.

¹⁵⁰ Solicitaron armas y “géneros estancados” a la Junta Superior de Valencia, logrando 300 fusiles. También lo intentaron en los consulados de los puertos de La Coruña y Valencia. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁵¹ En el transcurso de la marcha los 50 soldados dependientes de la Junta ayudaron a Merino a interceptar una columna francesa cerca de Torralba (Soria), pero el cura, finalizado el combate, les quitó las armas. Los soldados, abandonados y “lentos de ira”, amenazaron a los vocales de la Junta, robándoles sus caballos. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁵² Según Santillán se trataba de un personaje más “ambicioso que agradecido”. Ridiculizó a la Junta, “lisonjeando” a Merino “hasta sus malas pasiones”. Junto a Murillo, guardia de Corps y sargento mayor nombrado por la Junta, organizaron la alianza de los guerrilleros castellanos. Ramón Santillán, *Memorias...* ob. cit., p. 66.

¹⁵³ El primer regimiento operaría en Burgos, el segundo en Valladolid y los tres escuadrones del tercero en Segovia y Ávila. *Ibid*, p. 67.

un órgano civil que la representara cuyo título sería el de Consejo de Representación de Castilla la Vieja y estaría formado por tres militares, tres políticos y tres hacendados.¹⁵⁴

La Junta burgalesa observó con preocupación una iniciativa que la relegaba a un segundo plano. Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones manifestadas por los presentes, el proyecto resultó inviable. Incapaces de lograr una mínima coordinación y expuestos a permanentes fricciones, la conferencia de Navares resultó una quimera.

Fue a partir de entonces cuando la colaboración entre Merino y la Junta se hizo más efectiva. Condenados a entenderse, los progresos de la Corporación burgalesa se hicieron más evidentes: se activó la fábrica de armas, monturas y vestuario creada meses antes, se estableció un hospital militar, se organizó un plan espionaje, se promovió y consiguió la desertión de enemigos “alargando a los pasados la propina o gratificación ofrecida en las proclamas”, se organizó el ramo de Hacienda, se establecieron oficinas de “quenta y razón”, se creó un tribunal de justicia y oficinas de correos y se sacó de Madrid una imprenta con la que llegó a publicarse una Gazeta de la Provincia de Burgos .

Conflictos jurisdiccionales y expansión de la Junta a Segovia.

El interés de lograr mayores recaudaciones en el partido de Aranda animó a la Junta a crear una subdelegación interina en aquella comarca de la que se encargaron los curas de Santibáñez de Ayllón (Segovia): D. Pedro Gordo y Villacadima (Guadalajara): D. Francisco García Sainz.¹⁵⁵

La decisión incomodó al intendente de Guadalajara, D. José López de Juana,¹⁵⁶ quien atendiendo a la recomendación de velar por las provincias limítrofes que carecieran de “intendente legítimo” (Real Orden de 25 de mayo de 1810) había extendido su autoridad a la provincia de Madrid y al partido de Aranda.¹⁵⁷ Sus aspiraciones se ampliaron también a Segovia que “circundada” por aquellos territorios carecía de una

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 67.

¹⁵⁵ AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁵⁶ José Antonio López de Juana Pinilla (Sigüenza, 1774 – Madrid 1846).

¹⁵⁷ “Así lo executé en 14 de julio de aquel año (1810) y S.M. me hizo el honor de conformarse con mi parecer en la resolución de ambas dudas declarando en su orden de 2 de septiembre que yo debía conocer en la de Madrid y en el partido de Aranda de la de Burgos”. AHN. Consejos 49806, exp. 2.

autoridad civil que pusiera orden en las “desordenadas partidas” que la recorrían y que contuviera “el torrente de sus excesos”.¹⁵⁸

El conflicto refleja, en realidad, la competencia feroz entre las distintas autoridades locales por asegurarse territorios más extensos y fondos más cuantiosos que las permitieran enfrentarse al enemigo común en circunstancias más favorables que las del vecino.¹⁵⁹ Afianzada y protegida por las partidas de Merino, la Junta burgalesa pretendió también la adhesión de la provincia de Segovia “conservando el nombre patriótico de Castilla”. La lejanía de Guadalajara y, especialmente, la pertenencia al mismo distrito militar (el 6º) fueron, finalmente, los argumentos que consideró el Consejo de Regencia para la incorporación de Segovia a Burgos (2 de julio de 1811).¹⁶⁰

La desaparición de la subdelegación arandina permitió a Gordo y García Sainz incorporarse íntegramente a la Junta burgalesa, el primero como vocal por el partido de Aranda y el segundo acompañando al presidente en un viaje -diciembre de 1810- que se prolongó durante meses por Alicante y Cádiz. Las atribuciones de ambos incomodaron a Domingo de Pedro, quien acusó a García Sainz de ser de “genio bullicioso” y aspirar a ejercer un “papel más brillante”.¹⁶¹ Las discrepancias internas, sin embargo, no mermaron el papel de Gordo y García Sainz, elegidos en octubre de 1811, respectivamente, vicepresidente y secretario de la Junta.¹⁶²

No fueron éstos, sin embargo, los únicos problemas que debieron atender los vocales de la Junta durante el periodo final de la Guerra. En su afán de convertirse en

¹⁵⁸ AHN. Consejos 49806, exp. 2.

¹⁵⁹ El 25 de mayo de 1811 se presentó en Pedraza (Segovia) un comisionado del Empecinado para el cobro de contribuciones y poco después el tesorero de la Junta de Burgos para el mismo fin. Éste amenazó al vecindario con la llegada de 200 soldados. Un vecino del pueblo se queja de la “sensación que causa en todos los juiciosos amantes de la patria semejante monstruosidad de ver en una hora dos comisarios de distintas autoridades”. AHN. Consejos 49806, exp. 2.

¹⁶⁰ “En su virtud se ha servido mandar al Consejo de Regencia que respecto a que Segovia y Burgos pertenecen al 6º distrito militar y esa provincia de Guadalajara al 2º, aquellas dos provincias se gobernarán por una sola intendencia que estará en Burgos, pudiendo Segovia por ahora nombrar vocales para la Junta de esta”. Cádiz, 2 de julio de 1811. AHN. Consejos 49806, exp. 2.

¹⁶¹ García Sainz había sido nombrado en junio de 1811 vocal de la Junta, según Domingo de Pedro sin haber tenido en cuenta el Reglamento de Provincias, generando “una división desconocida hasta entonces”. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁶² La elección fue denunciado por Domingo de Pedro, quien aducía que aprovecharon una ausencia suya para lograr los cargos. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

garantes de la integridad territorial de la provincia intentaron, con escaso éxito, el sometimiento de la Junta Provincial Superior de Santander, que desde 1810 y promovida por el mariscal de campo D. Mariano Renovales ejercía un papel relevante en el partido de Santander y bastón de Laredo.¹⁶³

Amparados en una orden que la convertía en provincia -posteriormente anulada-, los comisionados se desentendieron de las instrucciones de la Junta de Burgos y Segovia y entraron en conflicto permanentemente con ella.¹⁶⁴ Entre sus aspiraciones descollaba la de crear una Junta General que incorporase todas las provincias del 7º Ejército.¹⁶⁵ Pretensión que interesó, incluso, a la Junta de Moneo o Iberia, formada por las Siete Merindades de Castilla la Vieja, Losa, Frías y el valle de Tobalina.¹⁶⁶

Otra de las tentativas de la Junta de Santander fue llevar a cabo separadamente la elección a Diputados a Cortes. Un deseo que contó, incluso, con el respaldo del general Cuesta. La imposibilidad de llevar a cabo esta iniciativa, no impidió a sus comisionados continuar durante los meses siguientes con sus anhelos autonomistas.¹⁶⁷

La tragedia de Grado del Pico y sus consecuencias.

A finales de 1811 la Junta se trasladó al pueblecito segoviano de Grado del Pico con intención de atender mejor los asuntos de aquella provincia. Una de sus tareas consistió en iniciar el proceso de elección de los dos vocales que correspondían a dicha circunscripción según el Reglamento de Provincias de marzo de 1811. La presencia de la Corporación alertó a los naturales y sus trabajos no pudieron hacerse con el sigilo y la discreción que exigían las circunstancias.

¹⁶³ La Junta de Santander se consideraba heredera de la que se formó en 1808, pues dos vocales lo fueron también de aquella. El general Porlier aceptó a regañadientes la presidencia, advertido de las contravenciones de algunos de sus miembros. AHN. Consejos, leg. 49806, exp. 1.

¹⁶⁴ Entre otros motivos por el control de la comarca de Liébana, cuya Comisión era afecta a la de Burgos. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁶⁵ Se trataba de los territorios de: Montañas de Santander, Vizcaya, Álava, Guipúzcoa, Navarra y La Rioja. La operación fue desestimada por el general Mendizábal. AHN. Consejos, leg. 49806, exp. 1

¹⁶⁶ La justificación que esgrimieron para su inclusión era encontrarse en la margen izquierda del Ebro. AHN. Consejos, leg. 49806, exp. 1; la Comisión Corregimental de las Merindades acordó a mediados de 1812 nombrar al presbítero D. Miguel Ruiz de Rebollar, su representante en la Junta Superior de Burgos. Villarcayo, 7 de agosto de 1812. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁶⁷ AHN. Consejos, leg. 49806, exp. 1.

Al anochecer del 20 de marzo salió de Aranda una columna formada por 450 caballos dirigida por el general Vandermaesen. La hora intempestiva y el fuerte aguacero que caía levantaron en la capital ribereña todo tipo de especulaciones. Acompañaba a la tropa D. José Ángel Moreno, jefe de policía de Burgos. Al amanecer del día 21 los franceses cayeron en Grado sorprendiendo a los miembros de la Junta y a sus centinelas. Apresaron al intendente: D. José Ortiz Covarrubias; al vicepresidente: D. Pedro Gordo; a uno de los vocales: D. Eulogio José Muro; al secretario de la Intendencia: D. José Gregorio Navas;¹⁶⁸ al vicesecretario de la Junta: D. Santiago Estefanía,¹⁶⁹ y a una veintena de soldados.

Durante la intervención se requisaron -“atropelladamente”- los papeles que encontraron y se prendió fuego al pueblo. Sin embargo, algunos miembros de la Corporación provincial lograron salvarse.¹⁷⁰ Uno de ellos, D. Melquíades Antonio Ortiz, venía de camino con los electores que debían llevar a cabo en Riaza la elección de comisionados. Alertados del suceso, llevaron a cabo los nombramientos “sitiados en corrales de ganados”.¹⁷¹

El resto de los hechos son suficientemente conocidos, por lo que no me extenderé en ellos. Los reos fueron enviados a Aranda y los vocales de la Junta, desde allí, conducidos a Soria. Un hijo de José Ortiz y algunos soldados lograron días después

¹⁶⁸ D. José Gregorio Navas Ibáñez (Centenera de Andaluz, 1773) era abogado de los Reales Consejos desde febrero de 1802. AHN. Consejos, leg. 12161, exp. 39.

¹⁶⁹ D. Santiago Estefanía Ortiz (Navarrete, 1784) era bachiller en leyes y estudiaba en la Cátedra de Práctica y Retórica de la Universidad de Zaragoza los días antes del inicio de la Guerra. AHN. Consejos, leg. 12170, exp. 7.

¹⁷⁰ El vocal Domingo de Pedro, D. Ramón Ortega, administrador interino de rentas, y D. José Ruiz, oficial de intendencia, se encontraban oyendo misa, por lo que pudieron esconderse en la bóveda de la iglesia sin que les vieran los enemigos. El oficiante, D. Juan Francisco López Borricón, juez de la Comisión de Secuestros, tampoco fue detenido a pesar de hallarse en la sacristía cambiándose de vestiduras. Algunas noticias del ataque y prisión de los miembros de la Junta de Burgos se hallan en Domingo de Silos Moreno, *Oración fúnebre que dijo a la buena memoria...*, .ob. cit., pp. 38 y ss., recogidas de la descripción que se hace en la *Gazeta de la Provincia de Burgos* del viernes 3 de abril de 1812 y en la *Gazeta Extraordinaria de Burgos* del 28 de abril de 1812; también en la *Gaceta de la Regencia de las Españas*, nº 67 (30 de mayo de 1812), p. 551.

¹⁷¹ AHN. Consejos, leg. 49806, exp. 1.

fugarse de la cárcel arandina.¹⁷² Igual suerte corrió Estefanía, condenado a prisión en un castillo de Francia, quien pudo sobornar en Soria a sus guardianes.¹⁷³

Por el contrario, los miembros de la Junta fueron juzgados y condenados a muerte por delitos de conspiración, según sentencia dada en Soria el 2 de abril de 1812¹⁷⁴ Ese mismo día fueron arcabuceados y colgados.¹⁷⁵ Al día siguiente se iniciaron las exequias fúnebres, pero los oficiales franceses se molestaron por la expectación creada y la gente que asistió al cacto, obligando a los asistentes

a tomar sobre sus hombros los cadáveres, con la particularidad de precisar a un sacerdote a que llevase el del difunto Pedro Gordo, revestido como estaba, con vestiduras sacerdotales, y que le colocase de nuevo en la horca con los demás, en donde han permanecido hasta que rota la soga y caídos en tierra fueron sepultados a su pié.¹⁷⁶

Jerónimo Merino siempre se atribuyó la dudosa honra de haber vengado la muerte de los dirigentes de la resistencia burgalesa. La ejecución de 110 prisioneros polacos del 4º Regimiento del Vístula apresados en Hontoria de Valdearados (Burgos) ratificó el desagravio.¹⁷⁷

¹⁷² “(...) sin más instrumentos que las uñas de sus manos, un garfio de un candil y el mango de una pala de madera que encontraron en una cloaca, quebrantaron dos paredes casi impenetrables, la una de cierto material que no se puede nombrar y la otra de piedra sillería de más de tres varas de grueso; y de esta manera pudieron fugarse los 24”. Domingo de Silos Moreno, *Oración fúnebre que dijo a la buena memoria...*, ob. cit., p. 47.

¹⁷³ Santiago Estefanía fue apresado en Grado y condenado a prisión en un castillo de Francia. Conducido a Soria, consiguió el 29 de junio, tras el pago de 300 ducados, que le quitaran los grillos. El 17 de agosto se escapó de la cárcel de Soria con un soldado del Numancia y otro francés al que había sobornado. Domingo de Silos Moreno, *Oración fúnebre que dijo a la buena memoria...*, ob. cit., p. 48.

¹⁷⁴ Archivo General de Simancas. Gracia y Justicia, sign. 1081 y 1150.

¹⁷⁵ *Gaceta de la Regencia de las Españas*, nº 69 (4 de junio de 1812), pp. 567 – 571.

¹⁷⁶ El suceso ha sido relatado profusamente. La cita que incluyo es de Domingo de Silos Moreno, *Oración fúnebre que dijo a la buena memoria...*, ob. cit., p. 40.

¹⁷⁷ Parte del coronel D. Jerónimo Merino. Archivo General Militar de Madrid. Colección Duque de Bailén. Caja 33, leg. 50; *Gaceta de la Regencia de las Españas*, nº 70 (6 de junio de 1812), pp. 580 – 582 y nº 71 (9 de junio de 1812), pp. 590 - 594.

Elecciones y supresión de la Junta.

Refugiados en Villacadima (Guadalajara), los vocales supervivientes se conjugaron contra el enemigo.¹⁷⁸ Hicieron balance de las pérdidas, dieron parte a los jefes de las tropas aliadas -incluido Wellington-, trataron de ponerse en contacto con los presos encarcelados en Aranda y comenzaron a recomponer los daños sufridos en su administración: reorganización de la Hacienda, creación de una Junta de Agravios e inicio de un proceso electoral que restituyese las vocalías vacantes.¹⁷⁹

Fue precisamente este último asunto el que más tiempo les deparó. Durante mayo y junio trataron de elegir a los representantes de los partidos de Cardemuno,¹⁸⁰ Rioja,¹⁸¹ Aranda¹⁸² y Castrogeriz.¹⁸³ El de Burgos y valle de Sedano aún no estaba designado en julio.¹⁸⁴ Las elecciones se llevaron a cabo de modo irregular -a través de compromisarios que seleccionaban una terna de aspirantes entre los que se elegía por sorteo el designado- y sumidas en mil y una complicaciones. Los electores de Santander y Laredo se negaron a participar y los del valle de Mena y Merindad de Castilla la Vieja advirtieron de su vinculación con la Junta provincial de Santander.¹⁸⁵

¹⁷⁸ “Convocamos a todos los jefes de las oficinas con sus respectivos empleados, incluidos los jueces del Tribunal y su secretario y todos reunidos revalidamos el juramento de morir antes que sucumbir”. Se nombró nuevo intendente a D. Ramón Ortega. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁷⁹ En la sesión del 25 de septiembre de 1811 se había distribuido la provincia en nueve partidos “deseando uniformarles en proporción al vecindario”. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁸⁰ La elección se celebró en Santo Domingo de Silos el 19 de mayo. Fueron “electos y posteriormente sorteados para vocales de esta provincia los doctores Dn. Antonio Martínez de Velasco, Dn. Julián González y Dn. Francisco Miranda, recayendo en este último la suerte de vocal”. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁸¹ La elección se llevó a cabo el 18 de junio en la Granja de Valbanera, estando presentes los electores parroquiales de Santo Domingo de la Calzada, Villafranca Montes de Oca y Miranda de Ebro. Eligieron a D. Francisco Campuzano, D. José Ruiz de Gopegui y D. Manuel Tomás Fernández Santa Olalla. Luego se pusieron sus nombre en cédulas separadas y se metieron en un cántaro, saliendo elegido titular D. Francisco Campuzano. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁸² La elección tuvo lugar en Estebanvela (Segovia), jurisdicción de Ayllón y partido de Aranda el 21 y 22 de junio. Eligieron 12 compromisarios que votaron a D. Manuel de la Rica, D. Gaspar Merino y D. Gabriel Márquez. En una segunda votación salió favorecido “Dn. Manuel de la Rica, cura de Montejo de la Vega, con nueve votos”. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁸³ Los electores seleccionaron a D. Vicente de la Puente, canónigo de Burgos, D. Gregorio Mahamud, inquisidor y natural de Santa María del Campo y al licenciado D. Eugenio Guinea. Sorteados, salió titular Guinea. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁸⁴ AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁸⁵ Puestos los reparos oportunos designaron los del Valle de Mena (Medina de Pomar, 14 de junio de 1813) a D. Pedro García Diego, natural de Bárcena, y los de la Merindad de Castilla la Vieja a D. Francisco García Sainz, cura de Villacadima y natural de Valdenoceda (Burgos), en el valle de Valdivielso. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

A los problemas propios de la Guerra y la difícil aplicación normativa, se añadió además la resistencia mostrada por los candidatos. Los antiguos vocales se quejaron de la “repugnancia” que provocaba a los designados “ocupar el destino que por elección les pertenecía”. A finales de julio sólo se habían incorporado D. Francisco García Sainz -reelegido- y D. Manuel de la Rica y Aguilar. En noviembre de 1812 la situación no había mejorado sustancialmente,¹⁸⁶ por lo que Domingo de Pedro y Ortiz Covarrubias (D. Melquíades) solicitaron, sin éxito, una prórroga en sus funciones.¹⁸⁷

A este problema se añadió durante los meses siguientes el de la competencia de sus funciones. La designación de jefes políticos provinciales mermó la autonomía de la Junta, sometida a partir de marzo de 1813 al poder civil y no al militar. El cargo de jefe político provincial recayó en Burgos en D. Antonio Ramírez de Villegas, quien se enfrentó a los comisionados, molestos por el papel secundario que ejercieron en la elección de diputados a Cortes, celebrada el 15 de agosto de 1813.¹⁸⁸

Un enfrentamiento que se extendió a otros aspectos de la vida política provincial, pero que alcanzó su cenit con la publicación de una Circular (30 de junio de 1812) por la que cesaban los embargos y secuestros de los frutos y rentas pertenecientes a corporaciones eclesiásticas no extinguidas y particulares que vivieran en territorio ocupado.¹⁸⁹

Desplazados por las nuevas instituciones provinciales y recelosos de la escasa recompensa a sus fatigas,¹⁹⁰ los “padres de la Patria” que aún permanecían fieles a la

¹⁸⁶ Se fue conformando a lo largo de las semanas siguientes con: D. Francisco García Sainz, D. Ramón Ortega, D. Vicente de la Puente Santos, D. Santos Antonio de Colosía, D. Pedro García de Diego, D. José Ruiz de Gopegui, D. Gregorio Mahamud y D. Manuel de la Rica, vocal secretario.

¹⁸⁷ García Sainz señala que debido a los “achaques” de los vocales electos de Santo Domingo y Castrogeriz se solicitó a la Regencia que D. Melquíades Ortiz y D. Mauricio Domingo continuaran en sus funciones. La respuesta fue negativa. Dejaron de formar parte de la Junta en febrero de 1813. AHN. Consejos 49619, exp. 2 bis.

¹⁸⁸ AHN. Consejos 49619, exp. 2; las actas de la elección de diputados provinciales a Cortes se encuentran también en Archivo Municipal de Burgos. Sign. 10 - 218 y Archivo Histórico Provincial de Burgos. Protocolos Notariales. Sign. 7295/1..

¹⁸⁹ Acogiéndose a una resolución de las Cortes de 23 de mayo de 1811 la Junta había creado una Comisión de Secuestros y Confiscos. El jefe político argumenta su decisión en el “sagrado derecho de propiedad”. AHN. Consejos 49619, exp. 2.

¹⁹⁰ En un oficio de esta época reseñan su preocupación por verse confundidos con “los españoles decididos contra ella, los indiferentes, a quienes ha dominado una apatía criminal y los ambidiestros, indecisos y cautelosos que llevando ahora por norte su egoísmo no será extraño se acerquen algún día a las aras del augusto Gobierno solicitando recoger el fruto de trabajos

institución solicitaron su disolución y el regreso a sus casas.¹⁹¹ Acuerdo que no tardó en producirse. El 17 de septiembre fueron finalmente suprimidas las Juntas de Burgos, Santander e Iberia. Ocho días más tarde comenzó sus trabajos la Diputación Provincial.¹⁹²

ajenos y representando para ello servicios aparentes y obediencia figurada con anterioridad a los días de alegría y prosperidad Nacional”. AHN. Consejos 49619, exp. 2.

¹⁹¹ AHN. Consejos 49619, exp. 2.

¹⁹² Archivo de la Diputación Provincial de Burgos. Libro 1º de Acuerdos (1813 - 1820).

***III. CAPÍTULO: PATRIMONIO DE LA GUERRA, CULTURA POPULAR Y VIDA
COTIDIANA***

***LAS MEMORIAS PERSONALES Y LAS HISTORIAS
DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA***

Ricardo García Cárcel
Universidad Autónoma de Barcelona

La memoria es un término permanentemente invocado actualmente. Hay que delimitar lo que es simple acuse de recibo de una información, la mera noticia, y la conversión de esa percepción informativa en memoria personal y la ulterior proyección o legado de la memoria colectiva y su estela conmemorativa. ¿Cuál es la frontera entre conocer un hecho y recordarlo? ¿Por qué se evoca memorísticamente un hecho y no otro?¹⁹³

Las memorias personales se caracterizan por tres condiciones. Se trata de registros individuales o personales de experiencias vividas, contadas siempre a través de la propia visión. En segundo lugar, es visible la voluntad justificativa o testimonial. Son testimonios privados, pero no íntimos. La mayor parte de las veces son escritos con la ilusión o la intención de que los textos sean leídos por otros. Por otra parte, suele haber escasa distancia temporal respecto a las vivencias experimentadas, con lo que es constatable el desgarró emocional o sentimental de los relatos. Las variantes de estas memorias personales son las autobiografías, que integran los hechos en el marco general de la propia vida; las exposiciones, llamadas “representaciones”, que buscan defender unas determinadas tesis; los diarios de noticias o sucesos, los manifiestos o pronunciamientos ideológicos y las vindicaciones (casi siempre escritas por militares) que pretenden el código del honor personal.

Hoy está bien constatada la abundancia en nuestro país de las memorias personales con vocación de trascendencia. Hace tiempo que aquí se enterró el mito de la presuntamente escasa disposición autobiográfica en el mundo latino. Del total de la relación de diarios y autobiografías que registra James Amelang de 1500 a 1800, el 24% son españolas: desde artesanos como el zurrador de pieles Miquel Parets al campesino Aleix Ribalta. Según el historiador norteamericano, se nota en las autobiografías y memorias personales en España un singular afán de construcción del futuro a través de la memoria, incluso en los testimonios de personajes históricamente irrelevantes. En el prefacio de su dietario, Jeroni Pujades escribe que lo hace “perquè per medi de la scriptura se puga saber en esdevenidor”. Jeroni de Company precisa más: “Perquè en lo esdevenidor se pujan alguns de esta ciutat utilar i prender exemple de lo que en ella se

¹⁹³ Josefina Cuesta, *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid, Alianza, 2008.

conté”. En la misma línea se manifiestan payeses como Sebastián Casanovas o Francesc Gelat.¹⁹⁴

Existe una significativa voluntad de trascendencia en estos memorialistas, no forzosamente ligada a la imprenta ya que muchos de estos diarios se mantuvieron manuscritos hasta años recientes.

El problema, en cualquier caso, es determinar quién y cómo se dota de trascendencia histórica a la experiencia vivida. ¿Son los propios testigos? ¿Son los historiadores los que subrayan la trascendencia?

Ciertamente, los testigos de un acontecimiento no siempre perciben su trascendencia. Por ejemplo, los grandes acontecimientos del mítico 1492, como han demostrado Bartolomé y Lucille Bennassar, no fueron asumidos ni remotamente por los coetáneos con la trascendencia que tuvieron después. La conciencia histórica es siempre más tardía que la asunción de la realidad por sus testigos directos por más que no falta el sentido de trascendencia en muchos testimonios personales.¹⁹⁵

Las élites europeas de 1492 estuvieron pendientes de hechos como el matrimonio en febrero de ese año del rey de Francia Carlos VIII y la princesa Ana de Bretaña, la muerte en abril de Lorenzo de Médicis y las predicaciones de Savonarola, el envío en el mes de mayo por el sultán turco Bayaceto al papa Inocencio VIII de la Santa Lanza –la lanza que según la tradición había traspasado el costado de Cristo durante la Pasión-, las increíbles fiestas que en el mismo mes de mayo celebraron los Sforza en Vigevano, la subida al trono pontificio de Alejandro VI en el mes de julio o la muerte de Piero Della Francesca el 12 de octubre, curiosamente, el mismo día del descubrimiento de América. Los grandes acontecimientos de la España de 1492 (conquista de Granada, expulsión de los judíos, descubrimiento de América) tuvieron una resonancia muy dispar. El de mayor impacto inmediato fue, sin duda, la conquista de Granada. La expulsión de los judíos tuvo menos eco mediático. Por razones políticas no interesó que el tema trascendiera y el descubrimiento de América, como demostró John H. Elliott, incidió en una sociedad incapaz de valorar la enorme relevancia del hecho. El oscurantismo del

¹⁹⁴ James Amelang, *El vuelo de Ícaro: la autobiografía popular en la Europa Moderna*, Madrid, Siglo XXI, 2003.

¹⁹⁵ Bartolomé Bennassar y Lucille Bennassar, *1492, ¿un Nuevo Mundo?*, Madrid, Nerea, 1992; John Elliott, *El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)*, Barcelona, Alianza, 2000.

propio Cristóbal Colón, la fijación intelectual por la ruta portuguesa hacia Oriente, el ombliguismo de la inteligencia cortesana, condicionaron una curiosa tardanza o falta de reflejos en la asunción de la significación histórica del hecho. La historia corregiría la memoria de lo vivido, obviamente. Pero el coste, entre otros aspectos, fue el propio nombre de América, adjudicado al primer hombre que se planteó en 1504 la auténtica identidad del *Mundus Novus* de las tierras descubiertas: Américo Vesputio.

Las memorias personales abundan lógicamente en situaciones de conflicto, como si hubiera entonces la necesidad, más que nunca, de salvaguardar la propia imagen ante la historia, de explicar las propias vivencias a las futuras generaciones. Estas memorias personales se multiplican en España en varios contextos históricos conflictivos: la guerra de la Independencia, las guerras carlistas y la última guerra civil española.

Aquí nos ocuparemos especialmente de las memorias personales de la Guerra de la Independencia. Ciertamente, la generación de 1808 vivió la propia guerra y su gestación como experiencia traumática. La muerte de los reyes franceses, los sufrimientos de la guerra, el desarrollo de la opinión pública y la propia naturaleza de aquellos “tiempos líquidos”, en los que nadie salía hacia dónde se iba, estimularon la necesidad de dejar textos escritos de memorias personales. Dejando aparte las memorias francesas y británicas que también abundan y centrándonos en las escritas por españoles, el aluvión cuantitativo de memorias personales de la guerra fue enorme. Fernando Durán, su mejor estudioso, registró 114 y hoy el mismo historiador maneja un catálogo de 600. Ronald Fraser, por otra parte, utiliza cerca de un centenar en su libro sobre “la maldita guerra”.¹⁹⁶

La variedad de vivencias personales es extraordinaria. Pueden distinguirse, ante todo, memorias directas e indirectas, escritas directamente por el firmante de las memorias o indirectamente a través de un amanuense. Las de Francisco Espoz y Mina, por ejemplo, fueron escritas por su esposa. José de Palafox se hace eco en sus memorias de la frecuencia con que se echaba mano de un “escribidor”: “Me hubiera valido de una de aquellas plumas privilegiadas que saben expresar las ideas con exquisita elegancia,

¹⁹⁶ Fernando Durán López, “Las fuentes autobiográficas españolas para el estudio de la Guerra de la Independencia”, en Francisco Miranda Rubio (coord.), *Fuentes documentales para el estudio de la Guerra de la Independencia. Congreso internacional: Pamplona, 1-3 de febrero de 2001*, Pamplona, Eunate, 2002, pp. 47-120; Ronald Fraser, *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006.

engrandeciendo artísticamente los objetos, para que, apoderándose ellos de la imaginación, dejaran luego al entendimiento y al corazón el cuidado de fijar el interés de las primeras inspiraciones. No conozco otro estilo que el de la verdad, ni otra elocuencia que la natural sencillez del hombre honrado”.¹⁹⁷

También las memorias pueden dividirse en escritas en frío o en caliente. De estas últimas, el mejor reflejo es la *Memoria en defensa de la Junta Central* de Jovellanos, obra escrita por el intelectual asturiano en 1810, a los 66 años y editada en 1811. Estas memorias escritas en caliente buscan, ante todo, el combate ideológico, contrarrestar la argumentación de los adversarios. Jovellanos las designa como “memorias en que se rebaten las calumnias divulgadas contra los individuos de la Junta central”.

La busca de la trascendencia es incontestable: “Acudo, en fin, al juicio de esta nación gloriosa, cuya autoridad será inmoral, como ella, y que reunida o dispersa, vencedora o vencida, libre o tiranizada, juzgará eternamente las buenas y malas acciones de sus hijos, respetada siempre por los propios y no pereciendo jamás en la memoria de los extraños. Tal es el tribunal augusto a quien me dirijo, tan confiado en su alta imparcialidad como en mi propia justicia. Ante él expondré con sencillez y verdad cuáles han sido mis opiniones, y cuál mi conducta en el desempeño del ministerio público que acabo de ejercer, y de él esperaré la calificación y el desagravio de mi inocencia”.¹⁹⁸

No tan en caliente, pero con pocos años de retraso respecto a las vivencias personales, son destacables los textos de los personajes que estuvieron presentes en los sucesos de Bayona, las abdicaciones de los reyes. Los Ayerbe, Ceballos, Escoiquiz, buscaron descaradamente la exculpación personal ante Fernando VII, como lo hicieron los afrancesados Azanza u O’Farrill al final de la guerra. Muy en caliente fue el texto del conservador Miguel Lardizábal contra las Cortes de Cádiz, como las memorias de los que se posicionaron a favor o en contra de las Juntas locales o de la Junta Central.

Las memorias más frías fueron las de Manuel Godoy, publicadas en 1836-1837, con la ventaja de ver la trayectoria política, juzgarla a toro pasado y poderse acomodar mejor a

¹⁹⁷ José de Palafox, *Memorias*, Ed. de Herminio Lafoz, Zaragoza, Comuniter, 2007, p. 23.

¹⁹⁸ Gaspar Melchor de Jovellanos, *Memoria en defensa de la Junta Central*, Estudio preliminar y notas de José Miguel Caso González, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2006, p. 14.

la historia. En 1836, hacía 28 años que había salido de España. Moriría en 1851, a los 84 años. Salvó la vida casi milagrosamente en el motín de Aranjuez, y sobrevivió largos años a sus enemigos. Fue un superviviente, a pesar de muchos. Su larga vida superó el ciclo de la crítica feroz de sus coetáneos y dio ocasión para que el personaje, incluso, suscitara nostalgia. Las *Memorias* de Godoy, ciertamente, pretendieron, ante todo, quitarse de encima el estigma de traidor, escalador, corrupto, imagen que había alcanzado su clímax en el motín de Aranjuez. Intentó ofrecer su imagen más brillante, la del hombre que pretendió llevar a cabo infructuosamente el cambio posible, que a la postre resultaría imposible, el hombre sin miedo que pretendió jugar con Napoleón de tú a tú.¹⁹⁹ A Larra le pudo la ternura ante el fracasado, el perdedor. Pero las *Memorias* no sólo suscitaron testimonios apasionados. A Pío Baroja, muchos años más tarde, le pareció que lo que ponían de relieve era la “mediocridad espiritual de Godoy”: “Fuera de los datos políticos, no hay nada. Todo es anodino y protocolar. *El Choricero* no quiere ser escandaloso ni picante. Odia el pimentón de su tierra. Le falta la gracia, la ironía. Un viejo que ha sido un monstruo de la fortuna, que ha alcanzado en un momento lo que ha querido y que después cae en la miseria, parece lógico que sienta la tragicomedia, la broma de ser ayer mucho y hoy nada. Él no la siente. De viejo, Godoy es un hombre de cartón; pide, se humilla, se rebaja. No es un espectáculo interesante. Es un pobre diablo que escribe memoriales, acostumbrado al balduque”.²⁰⁰

Hay otras muchas memorias que no se puede decir que estén escritas en frío o en caliente. Muchas se escriben a lo largo de un periodo de tiempo muy amplio. Palafox las escribió de 1825 a 1835.

Unas memorias se editaron de inmediato; otras, en contraste, han quedado desconocidas, continúan manuscritas. Se editaron muy pronto durante la guerra o al final de la misma, las ya citadas de los presentes en Bayona, los afrancesados como Francisco Amorós o Juan Antonio Llorente, o las del conservador Lardizábal. Después de 1814 proliferan las memorias de los que intentan justificarse ante el rey a la busca del perdón o la rehabilitación real. La mayor parte de las memorias personales se editaron

¹⁹⁹ Ricardo García Cárcel, *El sueño de la nación indomable*, Madrid, Temas de Hoy, 2007, p. 25.

²⁰⁰ Vid. la edición de las memorias de Godoy de Emilio La Parra y Elisabet Larriba (Universidad de Alicante, 2008) y de Enrique Rúsoli (Madrid, La Esfera de los Libros, 2008). Vid. la reseña de estas ediciones de Fernando Durán López, “La vida por delante. Las memorias de Manuel Godoy”, *Revista de Libros*, núm. 149, 2009, pp. 9-10.

en el marco de la Restauración (la obra de Quintana, García de León y Pizarro, García Blanco, Esquivel, Sevilla o Posse), a la busca del liberalismo posible y, desde luego, en la coyuntura del segundo franquismo (Palafox, López Cepero, Escaño). El papel de Miguel Artola ha sido fundamental en la edición de estas memorias personales.

Ciertamente, las memorias son diferentes en función de la edad que tenían los memorialistas en 1808. Hubo una primera generación de viejos, que vivieron la guerra al final de sus vidas, con más de sesenta años a sus espaldas. En este sentido, habría que distinguir el buenismo de un Jovellanos de la amargura de Capmany. Todos estos personajes son los últimos representantes de la Ilustración que vivieron la guerra con perplejidad notable, conservando, en general, la ilusión, y supieron morir con las botas puestas, no siendo conscientes de la instrumentalización política de que fueron objeto por los primeros liberales. Hubo una segunda generación de maduros que vivieron 1808 entre 35 y 50 años. Fueron los actores de la guerra desde dentro o desde fuera. Aquí habría que incluir a Palafox (42 años en 1808), Godoy (43), Blanco White (33), Mor de Fuentes (46), Llorente (52), Quintana (36), Juan Lorenzo Villanueva (51)... Vivieron muy divididos, entre la apuesta por la identidad nacional y el progreso, entre la opción patriótica y la afrancesada, entre el conservadurismo y el liberalismo.

Hubo una tercera generación de jóvenes, que vivieron 1808 con menos de 30 años. Serán los que asumirán la gestión política después de muerto Fernando VII, o los desubicados sin norte: los Toreno, Martínez de la Rosa, Espoz y Mina, Van Halen, Avinareta... Algunos de ellos fueron los primeros historiadores de la guerra de Independencia. Tuvieron que lidiar todos ellos con el guerracivilismo, con la primera guerra carlista como continuación de la guerra de Independencia. Se percibe en ellos una cierta tendencia al desencanto respecto a los resultados de la guerra. Su problema fue la adaptación política. Los referentes fundamentales de su discurso fueron: “Se hizo lo que se pudo”, “Yo no quería”, “No fue posible la paz”.

Por último, habría que citar como memorialistas a los que vivieron 1808 como niños con pocos años. Sus memorias transmiten el costumbrismo exótico, como la guerra de los abuelos. La guerra como mito de infancia. Las dos figuras más representativas son, al respecto, Alcalá Galiano en *Recuerdos de un anciano* (1862) o Mesonero Romanos en *Memorias de un setentón* (1878-1879).

La última tipología de los memorialistas que puede establecerse está en función de la identidad socio-profesional o ideológica. Militares y civiles como dicotomía más simple. Hubo memorias de militares buscando vindicarse a sí mismos en conflictos muy concretos (la polémica de García de la Cuesta con Venegas y Pedro de Toledo) o, de modo narcisista, en su papel en determinados sitios. El sitio de Zaragoza generó memorias como las del general Palafox (el testimonio más narcisista de todos), el ingeniero militar José M^a Román o el coronal Pablo Miranda. Peor no fue el único sitio que generó memorias personales. Ahí están los de Ciudad Rodrigo (Pérez de Herrasti), Tarragona (Senén de Contreras) o Sagunto (Andriani). Hubo también memorias de militares por razones ideológicas, buscando prioritariamente la justificación de su proyección hacia el carlismo (Sarasa, Girón, Elío, Vivanco, Maroto, Llauder), aunque no faltan los testimonios de militares que intentan explicar su trayectoria hacia el liberalismo (Fernández de Córdoba, Espoz y Mina, Van Halen).

Sociológicamente, la visión de los campesinos y comerciantes es primaria, muy a ras de suelo, en función de los intereses económicos y de subsistencia. La de los intelectuales y políticos es mucho más ideológica. Las memorias de civiles reflejan una amplia baraja de opciones ideológicas: patriotas conservadores, que vieron en 1812 una traición a 1808, con la bandera del “teníamos razón”, patriotas liberales, los más diversificados (a favor o en contra de las juntas locales o central, moderados o radicales, teóricos o empíricos, pragmáticos o iluminados), casi todos con el referente del “no es eso, no es eso”; afrancesados más o menos dignos, con el argumento defensivo permanente de “fuimos engañados”; indefinidos...

En el balance final de esta amplia variedad de memorias, puede decirse que entre la doble memoria épica (¡qué bien lo hicimos!) o la dramática (“yo no quería”) parece imponerse una memoria liberal, curiosamente melancólica, cargada de hipótesis contrafactuales. Se ve muy bien en un hombre como Bartolomé José Gallardo. En 1812 Gallardo, escritor liberal, bibliotecario de las Cortes de Cádiz y polemista conocido por su mordacidad, en uno de sus textos había abandonado su habitual tono sarcástico y desenfadado para formular una amarga predicción: “Hace mucho tiempo que nos levantamos de entre las ruinas de la patria la hidra de la guerra civil, alimentada especialmente por los que se oponen a las reformas útiles en el nombre de Dios. Los anuncios de esta guerra ya los estamos sintiendo... Yo no he dudado nunca de que

triunfaremos de los franceses, pero de nosotros ¿triunfaremos?”.²⁰¹ Esa predicción pesó como una losa sobre los liberales.

Serán más optimistas las memorias carlistas, memorias paradójicamente de perdedores, que las de los liberales ganadores de las guerras carlistas. Los carlistas esgrimieron su razón moral, que se sobrepone a todas las desgracias. Los liberales arrastraron la mala conciencia guerracivilista. El mejor testimonio de ello es la obra de Antonio Pirala.

Hasta aquí, la memoria de los testigos, de los actores de la guerra, de los gestores de la guerra.

La memoria de los historiadores de la guerra de Independencia empieza en los años 30 y 40 (obras de Cecilio López, Muñoz Maldonado, Agustín Príncipe), aunque no siempre es fácil distinguir o separar la memoria de la historia. La memoria de lo vivido y la historia reflexionada. La obra de Álvaro Flórez Estrada *Historia de la Revolución de España*, publicada en Londres en 1810 ¿es un libro de memoria personal o un texto de historia escrito a pie de obra? ¿Y la clásica de Toreno? Las obras de los conservadores padre Manuel Salmón y José Clemente Carnicero *Resumen histórico de la Revolución de España* (1812-1814) o *Historia razonada de los principales sucesos de la Revolución de España* (1815), escritos nada más terminada esta guerra ¿son memorias personales o textos de historia? ¿La *Vindicación de Maroto* de Antonio Pirala es un libro de memorias escrito por encargo o es un libro de historia propiamente dicho? ¿A qué debemos conceder más crédito, a la memoria de lo vivido o a la historia de lo pensado, lo reflexionado? ¿La experiencia vivida y contada por los actores o testigos directos de tal o cual acontecimiento, o la reflexión a posteriori de los historiadores, que manejan muchas fuentes y que pueden analizar la realidad de lo que fue con capacidad de distancia y de racionalidad por encima de los sentimientos? Los historiadores de la guerra civil se han dividido al respecto. Francisco Espinosa ha abanderado la representación de los memorialistas, y Santos Juliá ha representado a los críticos de la memoria. También respecto a la guerra de la Independencia se ha planteado la confrontación entre los que depositan toda su fe en el testimonio directo y los que, en cambio, fustigan la memoria por subjetiva y se abrazan a la presunta objetividad

²⁰¹ Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del que se titula “Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España”*, Madrid, 1811, reed. de Alejandro Pérez Vidal, Madrid, Visor, 1994.

científica de la historia. Jean Philippe Luis o Fernando Durán han sido fervientes defensores del memorialismo y, en contraste, Jean-René Aymes ha intentado frenar la excesiva fascinación por la memoria personal. Hemos asistido en los últimos años, efectivamente, a una supervaloración de la memoria personal. Hoy parece vivirse un cierto revisionismo crítico, basado en tres argumentos:

1) El parcialismo fragmentario de la memoria. Los testimonios personales son subjetivos y tendenciosos, y los recuerdos son tan frágiles como mutantes. Lo refleja muy bien Margaret MacMillan en un libro reciente: “Aunque está profundamente arraigada, es totalmente errónea la idea de que los que tomaron parte de forma efectiva en grandes acontecimientos o vivieron en una época determinada tienen una comprensión superior a aquellos que vinieron más tarde. En el reciente altercado sobre la exposición del Museo de la Guerra de Canadá de la campaña de bombardeos aliados se han producido los típicos comentarios: los historiadores que montaron la exposición y los que la apoyaron debían someterse al juicio de los aviadores veteranos. [...] Los veteranos han hecho más por nuestro país y nuestra forma de vida y han demostrado más valor y dedicación al deber del que nunca tendrá usted. Como ellos estuvieron allí y usted no, es lógico que ellos digan la última palabra sobre si la placa es justa o no lo es. [...] Haber estado allí no permite necesariamente comprender mejor los acontecimientos; en realidad, más bien ocurre justo lo contrario. [...] La memoria, como nos explican los psicólogos, es algo engañoso. Ciertamente, todos recordamos fragmentos del pasado, a menudo con vivos detalles. Recordamos lo que llevábamos puesto y dijimos en alguna ocasión en particular, imágenes, olores, sabores y sonidos. Pero no siempre recordamos con precisión. [...] Erróneamente, pensamos que nuestros recuerdos son como inscripciones grabados en piedra, y que una vez hechos, no cambian. Nada podría estar más lejos de la verdad. La memoria no sólo es selectiva, sino que es maleable. [...] Vamos corrigiendo nuestros recuerdos a lo largo de los años en parte por un instinto humano natural que tiende a hacer nuestro papel más atractivo o importante. Pero también los cambiamos porque el tiempo y las actitudes cambian a lo largo de los años. En los primeros años después de la primera guerra mundial se recordaba a los muertos en Francia y Gran Bretaña como héroes caídos que habían luchado para defender nuestra civilización. Sólo más tarde, a medida que iba cundiendo la decepción por la guerra, el público británico y francés empezó por la guerra, el público británico y francés empezó a recordarlos como víctimas de una lucha inútil. [...]

Un recuerdo evocado demasiado a menudo y expresado en forma de historia tiende a convertirse en un estereotipo... cristalizado, perfeccionado, adornado, instalándose a sí mismo en el lugar de la memoria pura y dura, y creciendo a sus expensas”.²⁰²

El testimonio de un testigo del holocausto tan significado como lo fue Primo Levi es significativo: “La memoria es un instrumento maravilloso pero falaz. Los recuerdos que en nosotros yacen no están guardados sobre piedra, no sólo tienden a borrarse con los años, sino que en ocasiones se modifican o incluso aumentan literalmente incorporando facetas extrañas”. No hay memoria-registro sin memoria-relato y por lo tanto con la construcción subsiguiente. La memoria no es garantía de nada necesariamente verdadero por más que nos identifiquemos emocionalmente con los testigos-víctimas. Los recuerdos son el resultado de un proceso creativo en sí mismo.²⁰³

Josefina Cuesta ha subrayado “el carácter limitado y selectivo de la memoria, tanto individual como colectiva, su textura frágil, parcial, manipuladora y discontinua, por la erosión del tiempo, por la acumulación de experiencias, por la imposibilidad de retener la totalidad de los hechos y en todo caso, por la acción del presente sobre el pasado”. La memoria autobiográfica resulta tremendamente sensible al influjo de factores personales y contextuales. Los recuerdos son también construcciones, y además transitorias.²⁰⁴

2) La falta de contexto que nos permite comprender la complejidad de la realidad. Como dice Aymes: “Sería impropio que el estudio de la literatura autobiográfica se realizara sin el apoyo de un estudio previo, quizás considerando demasiado tradicional o incluso anticuado, de los diversos datos que se deben buscar, con la dificultad y los sinsabores conocidos, en los documentos de los archivos. No tengo inconveniente en admitir que la Historia positivista ha caducado o que ha revelado sus limitaciones y demostrado sus efectos perjudiciales. Pero, por mi parte, no veo normal que, ante textos autobiográficos, el investigador se encierre en una

²⁰² Margaret Macmillan, *Juegos peligrosos: usos y abusos de la historia*, Barcelona, Ariel, 2010, pp. 57-61.

²⁰³ P. Levi, *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, El Aleph, 1989.

²⁰⁴ Josefina Cuesta, *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 446-447.

confrontación exclusiva con el texto y limite su ambición a apuntar y comentar, aunque fuera de forma muy penetrante, las citas más significativas”.²⁰⁵

3) La sobredimensión de lo vivido, con el exceso de trascendentalismo y la sublimación del ego. El sufrimiento de lo vivido es un título moral, pero no es garantía de verdad histórica.

¿Tiene entonces el monopolio de la verdad la historia? Tengo también mis reservas al respecto. El parcialismo de los historiadores es tan notable como el de los memorialistas, y los secuestros de Clío al servicio de intereses apriorísticos de los poderes establecidos han sido innegables. El historiador, respecto al memorialista, simplemente es un ventajista que valora siempre a posteriori la realidad del pasado. Ese ventajismo no deja de estar contaminado políticamente. No hay más que ver las fluctuaciones en los procesos de heroicización y la desheroicización de los grandes referentes históricos. Los que tuvieron la suerte de morir pronto, como Álvarez de Castro o el teniente general Escaño, no han pasado por grandes turbulencias en su valoración historiográfica. Pero ¿qué decir de Palafox o Castaños y tantos otros que pasaron de héroes a villanos porque les tocó vivir la bipolarización política salvaje después de 1814? Los liberales se hicieron increíblemente recelosos contra los militares. Los héroes después de 1814 serán, ante todo, mártires de una determinada causa ideológica, con sus panteones específicos, como Espoz y Mina o el Empecinado por un lado, y Merino por otro. La historia siempre juzga por el final, y los héroes llegan al final generalmente cansados y poco coherentes con o que fueron un día. El balance de la historia, por ello, suele ser más negativo que el que trazan los memorialistas. El tiempo no pasa en vano. El ilustrado catalán Capmany ha sido despachado por la historiografía catalana después de su *Centinela contra franceses* de 1808 con el taxativo: “murió demasiado tarde”.

Por otra parte, lo que también es patente es que la historia fluctúa entre lo que escriben los hijos de la guerra y los nietos de la misma. Los hijos del trauma, de cualquier trauma, se caracterizan, en general, por su discreción y prudencia. Los hijos de la guerra de la Independencia, como los de nuestra guerra civil, tienden a una visión

²⁰⁵ Jean René Aymes, “Cultura y memoria de guerra”, en VVAA, *Sombras de mayo. Mitos y memoria de la guerra de la Independencia en España, 1808-1908*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007, pp. 431-439.

reconciliatoria. Y eso se ve a lo largo de la historia de España. La generación de 1714, la de los hijos de la guerra de Sucesión, fue extraordinariamente relativista, nada dada a los reproches a los contrarios. El australismo derrotado y el borbonismo ganador se dedicaron de entrada a intentar cauterizar las heridas de la memoria. Los nietos (la generación de 1766), la generación de Campomanes y Aranda, reabrieron la problemática aparcada y enfilaron claramente hacia una línea beligerante, utilizando unos la memoria de Felipe V como plataforma de reproches y agravios, los otros, dispuestos a utilizar esta memoria como fuente de razón histórica. El centralismo de la segunda etapa del reinado de Carlos III constituye todo un ejercicio de legitimación del reinado de Felipe V. La generación de 1808 fue la de los hijos de la generación de Carlos III que se decepcionaron al comprobar los límites del Despotismo Ilustrado. Los hijos de la guerra de la Independencia (la generación de 1833) son también notablemente prudentes y discretos a la hora de construir la imagen de lo que fue aquella guerra. La bautizaron como guerra de la Independencia, sublimando el aporte nacional de la misma para esconder las limitaciones de los logros en el ámbito de las expectativas revolucionarias. Se primaba la nación para esconder la revolución frustrada y lo hacían, muerto ya Fernando VII, porque ésta era la sombra que deslegitimaba cualquier atisbo de memoria autosatisfecha. Los nietos (la generación de 1868) se olvidaron tendenciosamente de la épica de la guerra (la nacional y la social) y apostaron por alternativas que ni sus padres ni sus abuelos habían contemplado: el republicanismo y el federalismo.

Fue Maurice Halbwachs el que distinguió entre los recuerdos individuales y la memoria colectiva que se construye de recuerdos comunes a todos los individuos de un grupo que han conocido los mismos acontecimientos y han guardado las huellas objetivas de los mismos. Para el referido sociólogo la memoria individual se inscribe en un marco general, colectivo o social. Son los individuos los que recuerdan en sentido literal, pero son los grupos sociales los que determinan qué es memorable.²⁰⁶

²⁰⁶ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004; Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004; Gérard Namer, *Batailles pour la mémoire. La commémoration en France de 1945 à nos jours*, París, Papyrus, 1983; Gérard Namer, *Mémoire et société*, París, Méridiens Klincksieck, 1989; José M^a Ruiz Vargas, ed., *Claves de la memoria*, Madrid, Trotta, 1997.

La memoria colectiva no sería sino la lenta acumulación de experiencias de todo lo que un grupo social ha podido vivir en común. Las variantes de esta memoria colectiva son múltiples en función de la naturaleza del colectivo: familiar, popular, burguesa, obrera, judía, cristiana, de género... Familias, naciones, iglesias, partidos, generaciones... arrastrarían una memoria global que trasciende de los individuos, memoria global dotada de finalidad, guiada por un interés de grupo, que implica una homogeneización colectiva de las representaciones del pasado. Ello nos conduce a la cuestión de los usos públicos del pasado. ¿Hasta qué punto la memoria colectiva se erige en memoria impuesta, interesada, sobre la libre interpretación de los historiadores?

Santos Juliá ha arremetido contra la organicidad social que se escuda en el concepto de memoria colectiva. ¿Quién o quiénes son el sujeto o los sujetos de la memoria colectiva? ¿Qué puede entenderse por recuerdos socialmente compartidos? ¿Cómo se construye la memoria común? ¿A través de la educación, los medios de comunicación social, la propaganda oficial? ¿Puede hablarse de una memoria colectiva nacional? Lo que llamamos habitualmente memoria nacional no es sino memoria oficial construida desde el poder o poderes establecidos. Una memoria que conjuga la memoria popular sentimental y la memoria gremial de los historiadores con los intereses políticos. Ambas acaban siendo mixtificadas en la memoria que debe recordarse.²⁰⁷

¿Memoria oficial, canónica, legalmente establecida o memoria libre, susceptible de ser interpretada a su manera, por los historiadores? La alternativa así planteada, a mi juicio, tiene mucho de falaz. La auténtica opción es la de la buena o mala historia, historia que reúne todos los requisitos de la exigencia científica, que aspira seriamente a la construcción de la verdad y la que carece del utillaje científico necesario y sólo sirve al estímulo de intereses apriorísticos. Desde luego, entre los historiadores no falta el corporativismo gremial y el gremio no garantiza por sí mismo el resultado de la ciencia como tampoco “la venganza del mercado”, que suele darse en historiadores fuera del refugio académico, presupone la calidad del producto histórico que se elabora. La memoria oficial no es, ciertamente, nueva. Ha existido siempre el imperativo categórico

²⁰⁷ Santos Juliá, “De nuestras memorias y nuestras miserias”, *Hispania Nova*, 7, 2007, edición digital; José Álvarez Junco, “Todo por el pueblo. El déficit de individualismo en la cultura política española”, *Claves de Razón Práctica*, 143, 2004, pp. 4-9; Juan Sisinio Pérez Garzón, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 7-32.

de una memoria establecida desde el poder, con un aparato de historiadores-intelectuales orgánicos repetidores de las consignas oficiales frente a unos historiadores-libres de dependencias serviles. Las dos grandes novedades radican en que la memoria oficial se institucionaliza hoy convirtiendo a las autoridades políticas en definidoras de la verdad histórica y a los historiadores en sujetos intrínsecamente sospechosos susceptibles de ser sancionados penalmente por interpretar el pasado de modo diferente al dogma de fe.

***EL CERCO Y LA CAÍDA DE ALMEIDA EN LAS NARRATIVAS PORTUGUESAS
Y BRITÁNICAS DE LA GUERRA PENINSULAR: EL MUTILADO DE RUIVÃES
Y RICHARD SHARPE***

Gabriela Gândara Terenas
Universidade Nova de Lisboa

Introducción

Esta comunicación se integra, en gran medida, en una línea de investigación que hemos estado desarrollando en el contexto de la evocación de los 200 años de la guerra peninsular²⁰⁸ y que culminará, en breve, con la publicación de un estudio cuyo título – aún provisional – será “Entre a História e a Ficção: as Invasões Francesas em Narrativas Ficcionalis Portuguesas e Britânicas (séculos XIX, XX e XXI)” (*Entre la historia y la ficción: las invasiones francesas en narrativas de ficción portuguesas y británicas (siglos XIX, XX y XXI)*). La obra proyectada resulta de otro trabajo ya publicado en el año 2000 sobre O Portugal da Guerra Peninsular (*El Portugal de la guerra peninsular*),²⁰⁹ tal y como lo percibían los militares británicos que efectivamente participaron en los acontecimientos narrados. Sirva esto para justificar que nuestra perspectiva de análisis no es la de un historiador y mucho menos la de un militar, sino más bien la de un(a) investigador(a) interesada en estudiar las múltiples formas utilizadas por varios autores, de dos nacionalidades diferentes que, en épocas de escritura muy diferenciadas, representaron y (re)fabularon los mismos acontecimientos. Las diferencias encontradas se derivan, obviamente, de los vectores enunciados pero también, y sobre todo, de la intención subyacente frente a un determinado registro que correspondiese al horizonte de expectativa de los lectores de cada uno y a la memoria colectiva de los diferentes públicos a los que se dirigían.

De un modo general, hemos verificado que, mediante la conjugación de trazos constitutivos de la novela histórica, de estrategias comunes a las narrativas de aventuras y, sobre todo en el caso británico, de información recogida en las memorias de los militares, los autores/narradores, tanto en las narrativas de ficción británicas como en las portuguesas, tienen como objetivo último elogiar (más o menos explícitamente) la valentía y el heroísmo de sus compatriotas. De aquí se derivan perspectivas necesariamente diferentes sobre los mismos acontecimientos y figuras de la historia que emanan, desde luego, de la nacionalidad del autor.

²⁰⁸ A este propósito vid. los estudios de autoría propia indicados en la bibliografía.

²⁰⁹ Vid. Gabriela Gândara Terenas, *O Portugal da Guerra Peninsular. A Visão dos Militares Britânicos (1808-1812)*, Lisboa, Edições Colibri, 2000.

En un conjunto de aproximadamente catorce textos portugueses y veinte británicos ya estudiados, el caso del sitio y sobre todo de la caída de Almeida reviste, en este contexto, algunas particularidades. Por un lado, como los dos pueblos aliados salieron derrotados de esta empresa, es decir, no consiguieron prolongar el cerco durante el tiempo deseable,²¹⁰ ni los portugueses ni los británicos se detuvieron mucho en reconstituir un acontecimiento en el que sería mucho más difícil exaltar el mérito de las proezas de los paisanos que en casos como el de la batalla de Buçaco, por ejemplo, que, como saben, tendría lugar no mucho tiempo después. Por otro lado, y también contrariamente a la gran mayoría de los textos estudiados hasta el momento, en el caso de Almeida, las diferencias de perspectiva ante un mismo episodio bélico, no sólo se basan, al menos aparentemente, en una mera discrepancia entre autores de las dos nacionalidades, sino que quizás encuentran su explicación más profunda en motivos con intenciones implícitas, como las de carácter moralizador o incluso de éxito de la trama ante el público. Sólo así se pueden intentar entender, al menos a primera vista, las divergencias existentes en el seno de la narrativa en inglés y la excepcionalidad en el ámbito de los textos de ficción lusos.

De hecho, contrariamente a lo habitual, en las novelas portuguesas encontramos críticas severas al comportamiento de oficiales lusos y en narrativas inglesas nos topamos con la extraña valoración de acciones criminales, cometidas por británicos, que conformarían la génesis de la catástrofe de Almeida. Se trata, por tanto, de una paradoja innegable, que trataremos de explorar a lo largo de esta comunicación. Pese a ello, esto encuentra su primera explicación, en cierta medida, en la falta de consenso no sólo en relación a las causas del accidente que destruyó la ciudad y que llevaría a la caída de la plaza, sino también frente a las interpretaciones de actitudes asumidas por el gobernador militar británico, William Cox, y por los oficiales portugueses bajo su mando.

Aunque nunca se ha averiguado la verdadera causa del desastre, los historiadores actuales – tanto portugueses como británicos²¹¹ – son unánimes al contemplar básicamente dos hipótesis: o bien una bala francesa hizo explotar un reguero de pólvora

²¹⁰ Hemos de señalar que Wellington esperaba que la fortaleza resistiera al menos tres meses.

²¹¹ Vid. sobre esta materia, António Pedro Vicente, *Côa – Prólogo de uma Invasão Improvisada, O Tempo de Napoleão em Portugal. Estudos Históricos*, Comissão de História Militar, Lisboa, 2000, p. 384; y David Buttery, *Wellington Contra Massena. A Tereceira Invasão de Portugal (1810-1811)*, Lisboa, Gradiva, 2008, p. 128.

de uno o más barriles mal almacenados, llevados por los artilleros del polvorín a las murallas; o un tiro certero de obús alcanzó directamente el almacén de las municiones. Se trataría, por tanto, de una terrible coincidencia, quizás consecuencia de algún descuido, ciertamente lamentable, pero sólo eso. Aún así, las divergencias entre historiadores, relatos de testimonios oculares y otros surgen, precisamente, en torno a los culpables del desastre y, como consecuencia de ello, de la rendición de la plaza. De hecho, a lo largo de los tiempos, ha habido varias versiones presentadas sobre el tema, concretamente ante la búsqueda de los responsables por la capitulación (e indirectamente por la catástrofe),²¹² explicaciones que, en gran medida, apuntaban tres hipótesis para justificar el desastre y la caída de Almeida: azar, negligencia o traición.

Estas diferentes interpretaciones, publicadas con el pasar de los años, llevaron a los novelistas a decantarse por una de las dos opciones: o bien evitaron reconstituir el episodio;²¹³ o transmitieron representaciones y (re)fabulaciones muy diferentes entre sí, a veces contradictorias, e incluso algo incomprensibles sobre todo en comparación con otros textos de idéntico cariz.

Así, de entre la narrativa de ficción que, de algún modo, intentó reconstruir este trágico episodio, avanzando con explicaciones más o menos plausibles para los responsables de la catástrofe y de la caída de Almeida, pero totalmente contradictorias y paradójicas, nos centraremos en dos textos publicados en la misma altura y que consideramos paradigmáticos, aunque puntualmente podamos aludir a otros.²¹⁴ Nos referimos a la novela portuguesa *O Mutilado de Ruivães. Romance. (Das Invasões Francesas às Lutas Cívicas)* (1980) (El mutilado de Ruivães. Novela. (De las invasiones francesas a las luchas civiles),²¹⁵ de autoría conjunta de Mário Moutinho y A. Sousa e Silva, sobre los que

²¹² Cf. António Pedro Vicente, *O Tempo de Napoleão em Portugal. Estudos Históricos*, art. cit., p. 384.

²¹³ Se trata del caso de las novelas portuguesas, de entre las cuales sólo una trató el asunto. Esta opción también es, en cierta medida, explicable por el hecho de que en la gran mayoría de textos de ficción lusos la acción no se desarrolla durante la invasión comandada por André Masséna, sino antes, en la época de Junot y/o de Soult en Portugal.

²¹⁴ Como los casos de *The Young Buglers. A Tale of the Peninsular War* (1880) y *Under Wellington's Command. A Tale of the Peninsular War* (1899) ambas del militar y victoriano George Alfred Henty; y *The Snare* (1917) de Rafael Sabatini, autor del *best-seller Scaramouche*.

²¹⁵ En adelante se mencionará la obra como *O Mutilado de Ruivães*.

poco se sabe;²¹⁶ y *Sharpe's Gold. Richard Sharpe and the Destruction of Almeida, August 1810* (1981) (El oro de Sharpe. Richard Sharpe y la destrucción de Almeida, agosto de 1810), una de las narrativas de la serie de aventuras de Sharpe en las guerras napoleónicas,²¹⁷ autoría del célebre Bernard Cornwell.²¹⁸

Mientras que en *O Mutilado de Ruivães*, el narrador acusa a los oficiales portugueses de traición, responsabilizándolos por la caída de Almeida, en *Sharpe's Gold*, el héroe de ficción, Richard Sharpe, es el culpable de la explosión del polvorín. Se trata por tanto de una evidente paradoja, que trataremos de aclarar a lo largo de esta comunicación, mediante el análisis de estas (aparentemente) inexplicables opciones de los autores/narradores. Dicho de otra forma, trataremos de encontrar la respuesta a una cuestión crucial: en qué medida la representación de los oficiales portugueses como traidores en *O Mutilado de Ruivães* y la acción del protagonista en *Sharpe's Gold* – susceptible de ser entendida como la de un antihéroe – habrán servido a los objetivos implícitos de los respectivos autores.

Antes de nada, nos detendremos, aunque de manera muy breve, en un momento que, sin presentar paradojas, se reconstruye en todas las narrativas de ficción, correspondiendo, eso es cierto, al gusto de los diferentes públicos lectores y que merece, por ello, nuestra

²¹⁶ Mário Moutinho es autor de al menos otro texto de ficción, *Droga: o Novo Inferno. Romance* (1988), y presentó notas y comentarios al texto del capitán Joaquim Augusto Moutinho, *As Privações de um Condenado Político do 31 de Janeiro de 1891*, publicado en 1991.

²¹⁷ Se trata de un amplio conjunto de narrativas que tiene como hilo conductor las aventuras y expediciones heroicas del protagonista, Richard Sharpe, y de sus compañeros, ocurridas durante el período de las guerras napoleónicas, más concretamente entre 1799 y 1821. De este conjunto de veintitrés novelas, sólo otros tres títulos se refieren (total o parcialmente) a Portugal: *Sharpe's Enemy. Richard Sharpe and the Defence of Portugal, Christmas 1812* (1984); *Sharpe's Havoc. Richard Sharpe and the Campaign in Northern Portugal, Spring 1809* (2002); y *Sharpe's Escape. Richard Sharpe and the Bussaco Campaign, 1810* (2003).

²¹⁸ Autor bastante conocido en Gran Bretaña, su tierra natal, Bernard Cornwell ha sido muy divulgado no sólo en Estados Unidos (donde reside actualmente) sino también en muchos y variados países. Después de asistir a un internado, Cornwell se matriculó en la Universidad de Londres y se convirtió en profesor antes de decantarse por la carrera de periodismo. Trabajó en la BBC, primero como investigador de programas y, más tarde, como corresponsal en Irlanda del Norte. Fue precisamente durante el período en Belfast cuando inició su carrera de escritor de narrativa de inspiración histórica. Sus novelas han sido traducidas a más de dieciséis lenguas, alcanzando rápidamente el número uno en las listas de libros más vendidos. Según algunos críticos, la clave de su éxito podría basarse en una cuidadosa investigación histórica, así como en la manera envolvente en que da vida a sus personajes. Cornwell investiga exhaustivamente el marco geográfico e histórico de sus novelas, incluso desplazándose a los lugares donde tuvieron lugar las batallas descritas en la serie Sharp.

atención. Nos referimos a la reconstrucción de la catástrofe ocurrida en una de las más bellas construcciones militares que tomaron parte en las guerras de la península. Ésta se enmarcaba en un paisaje verdaderamente sublime, que los narradores se apresuran en describir.

2. Un marco sublime para la reconstrucción de una catástrofe

En descripciones que se asemejaban en todo a las de los militares británicos que efectivamente recorrieron el territorio portugués durante la guerra peninsular,²¹⁹ las narrativas en inglés difundían una imagen marcada por la estética romántica relativa al marco paisajístico de la fortaleza. Almeida surgía así, a ojos de los personajes de *Sharpe's Gold*, rodeada por un ambiente salvaje, sombrío y rocoso, envuelta en colinas oscuras y escarpadas, oculta por la neblina que surgía de las aguas del río que la rodeaba, el Côa.²²⁰ Construida sobre una colina, la fortaleza dominaba el campo a su alrededor, a millas de distancia. En ella, los narradores destacaban las construcciones más grandiosas, como la iglesia principal y el impresionante castillo con cuatro enormes torreones y murallas almenadas. También se referían a las casas, de gruesas tejas, que descendían por las calles inclinadas hasta alcanzar las murallas bajas y cenicientas, configurando una estructura al tiempo amplia y siniestra alrededor de la villa.²²¹

Pese a reconocer la posición privilegiada de la fortaleza y la extraordinaria estructura arquitectónica de la misma, algunos historiadores consideran que, como plaza, Almeida no podía ofrecer gran resistencia.²²² Los personajes de las novelas, por el contrario, se mostraban impresionados por la imponente fortaleza, considerándola inexpugnable, sin duda una forma de valorar no sólo los trabajos de fortificación de las defensas, llevadas a cabo bajo las órdenes de oficiales británicos,²²³ sino también el papel de los personajes en el desarrollo de la acción.

²¹⁹ Cf. Gabriela Gândara Terenas, ob. cit.

²²⁰ Vid. Bernard Cornwell, ob. cit., p. 36.

²²¹ *Ibid.*, p. 38.

²²² Vid. António Pedro Vicente, ob. cit., p. 383.

²²³ Sobre este tema debemos señalar que, al entrar en la fortaleza, Richard Sharpe constató que las tropas portuguesas estaban bien preparadas para defender Almeida, con un aspecto casi tan

Así, recordando que las defensas de Almeida habían sido reconstruidas hacía sólo siete años, los personajes señalaban la forma en que el castillo antiguo parecía mirar con desdén al monstruo de granito, moderno y desprovisto de elegancia, que fue únicamente proyectado para atraer, interceptar y destruir al enemigo. En estas circunstancias, se preveía que los franceses tendrían que atacar a campo abierto, por entre un laberinto científicamente diseñado con fosos y muros ocultos, y que en cualquier momento se verían atacados por decenas de baterías camufladas que podían lanzar balas a una amplia y mortífera extensión de terreno, que se prolongaba entre los largos brazos de las fortificaciones construidas en forma de estrella. Vista a lo lejos, la fortaleza de Almeida parecía casi una isla en territorio francés. A medida que se aproximaban a la villa, los personajes comprobaban que las defensas parecían menos amenazadoras, tratándose de

impresionante como las murallas que rodeaban a la villa. Bajo el mando del distinguido brigadier William Cox, los portugueses parecían seguros frente a su posición, tranquilos en relación al elevado número de armas y municiones almacenadas en la iglesia principal y, por tanto, preparados para recibir cualquier ataque de los franceses:

Sentries lined the rampart, bunched near the gleaming batteries that had been dug into the wall's heart and in front of them, crouched like grey fingers, were the outer defences, gently sloping, deceptive, filled with Portuguese troops whose fires cast strange glows on the deep ditches that were unseen by the enemy. (Bernard Cornwell, ob. cit., p. 212)

En *Under Wellington's Command* la perspectiva que ofrece el narrador se basa en la idea de que la defensa de la plaza, asegurada mayormente por tropas portuguesas, estaba preparada para vencer un ataque, pero carecía de medios para resistir un asedio prolongado. El propio Cox tenía muchas reservas respecto a los hombres que tenía bajo su mando, en su mayoría milicias y ordenanzas inexpertas. En este contexto, el narrador no deja de valorar los trabajos de fortificación de las defensas, esta vez llevados a cabo bajo la supervisión de un oficial británico Terence O'Connor, figura exclusivamente de ficción, aunque héroe de la narrativa de aventuras de George Alfred Henty:

[...] at daybreak the next morning the half-battalion marched out, relieved the Portuguese troops holding the two redoubts, and established themselves there. They had brought with them a number of entrenching tools, and were accompanied by an engineer officer. So, as soon as they reached the redoubts several parties of men were set to work to begin to sink pits for driving galleries in the direction of the approaches that the French were pushing forward, while others assisted a party of artillerymen to work the guns. Some of the best shots in the corps took their places on the rampart, and were directed to maintain a steady fire on the French working parties. (George Alfred Henty, *Under Wellington's Command*, pp. 177-178)

una mera ilusión óptica. Los montículos, cuya misión era desviar los cañonazos de los previsibles sitiadores, harían rebotar las balas y las bombas por encima de las murallas, de modo que cuando atacase la infantería, encontraría intactas las trampas mortíferas. De cerca, los declives presentaban una inclinación tan suave que, aparentemente, cualquiera podría subirlos a pie sin mucho esfuerzo. Sin embargo, tras esos montículos se ocultaba un amplio foso en cuyo extremo más alejado se elevaba un muro de granito coronado por cañones. Incluso aunque tomaran la primera posición, había otra detrás y otra más. La fortaleza parecía ser verdaderamente inexpugnable²²⁴ y sólo la terrible catástrofe, acaecida el 26 de agosto – no mucho después de que los franceses iniciaran el ataque –, podría explicar la caída de Almeida.

De acuerdo con el narrador de *O Mutilado de Ruivães* y con la perspectiva del protagonista de *Sharpe's Gold*, una tremenda explosión hizo saltar por los aires el almacén de las municiones: la tierra se estremeció y algunas piedras de la muralla del castillo cayeron sobre las trincheras, provocando bajas entre los sitiadores; diversos cañones portugueses fueron barridos de las murallas, cayendo al foso; cascadas de piedras, fragmentos y otros restos saltaron por los aires en todas direcciones; del interior del pueblo surgieron espesas columnas de humo negro, lenguas rojizas de las llamas de los incendios e incluso los artilleros franceses dudaron ante la terrible dimensión de la catástrofe.²²⁵

Las consecuencias del desastre fueron verdaderamente devastadoras: la iglesia principal desapareció completamente, devorada por el fuego, transformándose en un agujero en llamas; las piedras del castillo se desmoronaron y la magnífica construcción medieval desapareció; muchos de los portugueses que se encontraban en las almenas murieron al ser proyectados por la fuerza de la explosión; las casas de la villa se transformaron en un montón de cenizas y humo; centenares de hombres de la guarnición quedaron enterrados; los escombros y cascotes atestaron de tal forma los fosos que se abrió un camino casi llano de acceso a la (ex-)fortaleza. El pánico se apoderó de los supervivientes y la confusión era total: soldados corriendo de un lado a otro, completamente desorientados; mujeres gritando desesperadas junto a las ruinas de sus

²²⁴ Vid. Bernard Cornwell, ob. cit., pp. 38-39.

²²⁵ Vid. Mário Moutinho/A. Sousa e Silva, *O Mutilado de Ruivães*, p. 274; y Bernard Cornwell, ob. cit, pp. 235-237.

casas y hombres apartando frenéticamente los escombros para intentar salvar a amigos y familiares.²²⁶

Los muertos yacían desnudos, pues los uniformes se habían quemado con la explosión, y los cuerpos carbonizados despedían tal olor que hacía vomitar a los supervivientes. Según el narrador de *Sharpe's Gold*, incluso los franceses permanecían en silencio, incrédulos ante el campo de horrores que se extendía ante sus ojos, esquivando las piedras y trozos de tejas que caían como si se tratase de una lluvia enviada por el diablo.²²⁷

Sin dejar de registrar este trágico momento, los narradores de las obras en análisis se centran, aún así, en la exploración de los vectores relacionados con el desconocimiento de los verdaderos responsables de la caída de Almeida, como ya mencionamos anteriormente. Y, en este punto, las divergencias son múltiples y a primera vista inexplicables.

3. Oficiales portugueses bajo el mando de Cox: ¿traidores?

En *O Mutilado de Ruivães*, el narrador, considerando el terrible siniestro “tal vez el mayor registrado en los anales de la guerra de la península”, lo atribuye, en sintonía con las más recientes visiones de los historiadores, a “un barril de pólvora mal cerrado que, al ser sacado del polvorín a la calle” dejó tras de sí “un rastro de su contenido”; “una bomba enemiga, caída sobre esta especie de reguero,” se incendió y el fuego se propagó rápidamente a las municiones almacenadas en el polvorín.²²⁸ Aún así, el narrador acusa claramente a algunos oficiales portugueses de la guarnición de Almeida de actos de traición.

Desde un comienzo, responsabiliza al mayor Fortunato José Barreiros, por haber exagerado ante André Masséna sobre el estado de destrucción de la fortaleza, lo que habría provocado que el jefe francés rechazara las condiciones de rendición propuestas

²²⁶ Vid. *Ibid.*, pp. 236-237; y también George Alfred Henty, *The Young Buglers*, p.151; y George Alfred Henty, *ob. cit.*, p. 181.

²²⁷ Vid. Bernard Cornwell, *ob. cit.*, p. 237.

²²⁸ Mário Moutinho/A. Sousa e Silva, *ob. cit.*, p. 274.

por William Cox. Después, critica severamente a los oficiales portugueses que, bajo el mando del teniente rey de la plaza, el coronel Francisco Bernardo da Costa e Almeida, habrían inducido a Cox a que no ofreciera más resistencia y a negociar de manera demasiado rápida los términos de la capitulación. Estas actitudes asumen proporciones más graves cuando el narrador las asocia al hecho de que algunos hombres, principalmente el propio mayor Barreiros, quizá instigados por los generales portugueses al servicio de Napoleón – Pamplona y Alorna – habrían desertado. Según el narrador, se trataba de “un acto degradante, tal vez único en la historia”, que mostraba bien “el efecto que la insidia” de los conjurados ejerció en el espíritu ya suficientemente desalentado de las tropas, tras la explosión.²²⁹

En este contexto, el narrador considera oportuno evocar no sólo las pérfidas relaciones establecidas entre los oficiales de la guarnición de Almeida y los generales lusos que acompañaban al príncipe de Essling, integrados en la Legión Portuguesa, sino también la instauración de rigurosos procesos de averiguación, identificando claramente los nombres de los traidores: el mayor Barreiros, que habría aprovechado la misión de entablar negociaciones con el enemigo para no regresar a Almeida; y el coronel Costa e Almeida, que sería juzgado en consejo de guerra y condenado a muerte.²³⁰ De acuerdo con la perspectiva del narrador de *O Mutilado de Ruivães* los acontecimientos ocurridos en Almeida habrían causado una “amarga impresión” en el seno del ejército anglo-portugués, censurándose, de forma severa, el comportamiento absolutamente inaceptable de los oficiales portugueses.²³¹

Así, sin aludir a las acusaciones hechas por Cox al mayor Barreiros y al coronel Costa e Almeida, ni a las responsabilidades que Wellington y Beresford, basados en las informaciones del gobernador, habrían atribuido a los oficiales lusos, el narrador de *O Mutilado de Ruivães* consideraba que la vergonzosa actuación de los portugueses había contribuido a que los británicos aún tuvieran en menor consideración a sus aliados. Como consecuencia de esto, y tal y como relataba el narrador, contrariamente a lo que se esperaba tras la explosión, los franceses no asaltaron la plaza, sino que se entablaron negociaciones para su capitulación y, contrariamente al deseo de Cox, la guarnición de Almeida depuso las armas. El narrador también creía que, además de las graves

²²⁹ *Ibid.*, p. 275.

²³⁰ *Ibid.*, p. 276.

²³¹ *Ibid.*, p. 275.

consecuencias de tipo material, moral y disciplinario, el desastre de Almeida, había trastornado completamente los planes Wellington,²³² al anticipar la entrada de los franceses en Portugal. Ésta es una opinión discutible, sobre todo si tenemos en cuenta cómo se desarrolló una campaña totalmente favorable a los aliados y una estrategia muy bien predefinida y cautelosamente ejecutada por su jefe máximo.²³³

Difícilmente un narrador de novela en inglés e incluso un historiador inglés lo hubieran hecho mejor en defensa de la honra de los británicos y resulta como mínimo extraño que fuera un portugués el que lo hiciera.

De hecho, en este contexto, debe tenerse en cuenta la historiografía portuguesa más reciente sobre el tema, que responsabiliza a Cox por el hecho de haber considerado no sólo que el mayor Barreiros era el culpable de la explosión, sino también que Costa e Almeida había encabezado una manifestación contra las órdenes del gobernador. Defendiendo la tesis de que se habría tratado únicamente de un lamentable accidente, los historiadores consideran que la acusación de Cox es injusta y no está basada en pruebas concluyentes. Basándose en la información del gobernador militar de la plaza, Wellington y Beresford, por su turno, acusaron al coronel Costa e Almeida de traición y le ordenaron que respondiese en Consejo de Guerra, donde fue condenado a muerte.

²³² *Ibid.*, pp. 275-276.

²³³ De hecho, teóricamente Masséna había ganado algún tiempo para ejecutar su plan de invasión pero, para su desesperación, en la práctica el mariscal francés no pudo proseguir de inmediato debido a la falta de víveres y de municiones. Por ello, fue necesario esperar a que llegasen las provisiones de Salamanca. Aún así, varios “convoyes” habían sufrido emboscadas y, en algunos casos, habían sido destruidos por grupos de guerrilleros, lo que retrasó todo el proceso. Así pues, a pesar de que el desastre se hubiera producido el día 27 de agosto, el ejército Masséna no inició su marcha hacia el interior de Portugal hasta el día 15 de septiembre. Cf. David Buttery, *ob. cit.*, p. 132; y António Pedro Vicente, *ob. cit.*, p. 383.

Curiosamente, en *Sharpe's Gold* encontramos una descripción de la penosa marcha de las tropas y de los enseres del ejército de Masséna, de Ciudad Rodrigo en dirección a Almeida (incluso antes del sitio), lo que nos da una idea de las terribles dificultades por las que pasaron los franceses y sus convoyes de abastecimientos en esta región fronteriza: soldados con sables y lanzas escoltaban un convoy de carrozas con municiones, empujadas por bueyes, cuyos ejes chirriaban de forma estridente a medida que avanzaban muy lentamente por los valles entre Ciudad Rodrigo y la frontera portuguesa. A los bueyes les fustigaban y azuzaban constantemente con largas agujadas. Los cañones no eran los típicos cañones de campaña, ni siquiera artillería de asedio, sino obuses, los favoritos de Bonaparte, con bocas tremendamente pequeñas que se bajaban como cazuelas en lumbre de leña y que podían lanzar bombas explosivas a gran altura para que cayeran sobre las casas apelotonadas de una ciudad sitiada. El avance de aquel largo tren se veía dificultado por las lluvias y sobre todo por el viento que se metía por debajo de las coberturas de lona de las carrozas y desprendía las cuerdas de modo que las lonas se retorcían, golpeándose fuertemente unas contra otras. Vid. Bernard Cornwell, *ob. cit.*, pp. 144-145.

Beresford, con el acuerdo de Wellington, confirmó la sentencia y el oficial fue fusilado en agosto de 1812. Hoy en día, los historiadores portugueses consideran que se trató de una “condena monstruosa” y que el tribunal, al igual que Beresford, optó por “lanzar un oprobio sobre los oficiales portugueses” y perdonar al brigadier británico.²³⁴

La historiografía británica más reciente sobre el asunto, aunque acuse a los oficiales portugueses de traición y aluda a la ejecución de Costa e Almeida, acepta que Cox pueda haber tenido un comportamiento algo obstinado al rechazar (en dos ocasiones) los términos de la rendición y considera criticable el hecho de que el gobernador concentrara en un único polvorín todas las reservas de pólvora de la guarnición,²³⁵ aspectos que ni siquiera se mencionan en *O Mutilado de Ruivães*.

Por su parte, lo más que hicieron algunas novelas británicas, como *The Young Buglers* o *Under Wellington's Command*, autoría del militar vitoriano G.A. Henty, fue atribuir la caída de Almeida a un desastre previsible, aunque derivado, en gran medida, de la irresponsabilidad de los portugueses; o mencionar, de forma vaga, actos de traición y motines llevados a cabo por oficiales lusos bajo el mando de Cox, pero sin explorar el asunto ni revelando nombres.²³⁶

²³⁴ António Pedro Vicente, ob. cit., pp. 386-387.

²³⁵ De acuerdo con la historiografía británica actual, Cox era muy consciente de que la fortaleza era indefendible, pero consideraba que podía resistir algún día más. Sin embargo, en consejo de guerra con sus oficiales, el gobernador se dio cuenta, desanimado, de que estaban a favor de la rendición e incluso el teniente rey, el coronel Francisco Bernardo da Costa e Almeida, defendía una rápida capitulación. Los franceses habrían propuesto condiciones favorables, pero Cox rechazó la propuesta, autorizando que algunos de sus oficiales se dirigieran al campo francés para entablar nuevas negociaciones. Durante las mismas, Barreiros desertó, Cox rechazó rendirse y se reanudaron los bombardeos, con Barreiros orientando traicioneramente el fuego francés contra sus amigos y paisanos. Cf. David Buttery, ob. cit., pp. 128-129.

²³⁶ Vid. George Alfred Henty, *The Young Buglers*, p. 152. En *The Snare*, el autor consideró el desastre de Almeida el resultado de un acto de traición, pero esta vez planeado por los miembros del Consejo de Regencia, caracterizados a lo largo de la novela como hombres claramente profranceses. Si bien los historiadores británicos actuales confirman que algunos miembros de la Regencia, concretamente el Principal Sousa y el patriarca de Lisboa, se mostraban descontentos con la estrategia adoptada por Wellington, que habría sido blanco de duras críticas por no haber hecho nada para auxiliar la plaza de Almeida, no es menos cierto que en ningún momento éstos defendieron la tesis de la traición. Así, sólo se establece en el “Postscriptum” de *The Snare*, de forma indirecta, la relación entre el desastre de Almeida, actos de traición y el hecho de que varias personas, oriundas de diferentes estratos sociales, fueran hechas prisioneras y acusadas de afrancesados:

Treachery, too, stepped in to shorten the time still further. Almeida, garrisoned by Portuguese and commanded by Colonel Cox and a British staff, should have held a month. But no sooner had the French appeared before it, on the 26th August, than a

Se trató de una opción quizá más sensata para un asunto tan delicado, pero tal vez más en línea con una perspectiva lusa sobre los acontecimientos que propiamente una visión ficticia británica sobre los mismos. El asunto puede resultar aún más complejo cuando nos fijamos en la narrativa de Cornwell, *Sharpe's Gold*, donde el gran héroe de la serie, un oficial británico, es el responsable de la explosión del polvorín.

4. Richard Sharpe: ¿un antihéroe?

En *Sharpe's Gold*, el autor/narrador aprovechó el hecho de que, hasta hoy, se desconoce quiénes fueron los responsables exactos de la catástrofe, para explorar un episodio de ficción, pero verosímil: el héroe, Richard Sharpe, incendió a propósito un reguero de pólvora de un barril lo que, junto con la explosión de una bomba francesa, hizo que la pólvora y las municiones del castillo y de la iglesia principal saltaran por los aires. Con esta acción, terrible a primera vista, Sharpe se limitaba a cumplir las órdenes de Wellington, dado que éste era el único medio que tenía para conseguir el oro español escondido en la fortaleza. Supuestamente, el jefe de las fuerzas aliadas necesitaba este dinero para terminar de construir las famosas Líneas de Torres²³⁷ y ejecutar, así, sus planes de defensa de la capital:

[...] he [Sharpe] watched as the two men [...] picked up the barrel by its ends, jiggled it until powder was flowing from the hole [...], and Sharpe, through the window, watched as the powder trickled into the shadow of the stone trough and

powder magazine traitorously fired exploded and breached the wall, rendering the place untenable.” (Rafael Sabatini, *The Snare*, p. 247)

Sobre las relaciones establecidas entre Wellington y los gobernantes portugueses en *The Snare*, Vid. Gabriela Gândara Terenas, *Intrigue, Deception and Treachery: Anglo-Portuguese Political and Military Relations as Portrayed in a Peninsular War Novel*, prensa.

²³⁷ Sobre este tema, Vid. Gabriela Gândara Terenas, (Re)Construções da Memória: as Linhas de Torres en Narrativas Britânicas, en *As Linhas de Torres Vedras. Turreas Veteras XII*, 2010, Lisboa/ Torres Vedras, Edições Colibri/Câmara Municipal de Torres Vedras/Instituto Alexandre Herculano, pp. 21-42.

went, inexorably, towards the cathedral. He could not believe what he was doing, driven by the General's 'must' [...]

Sharpe planned to light the fuse and then run back to a house they had chosen [...] [...] Helmut [...] began to work a strake loose so that the fuse could reach the remaining powder in the keg. [...]

Sharpe took out the tinder-box, the cigar, and with hands that were shaky he struck flint on steel and blew the charred linen in the box into a flame [...] and he leaned down and touched the cigar tip to the powder, and it sparked and fizzed, the flame beginning its journey.

The first French shell, fired from an ugly little howitzer in a deep pit, burst on the Plaza, and flames shot through the smoke as the ceasing burst into unnumbered fragments that needled outwards. Before Sharpe could move, before the first explosion had ceased, the second howitzer's shell landed, bounced, rolled to the powder trail just yards from the cathedral, hit a bollard, and the sentries dived for shelter as it flamed crashingly apart, and Sharp knew that there was no time to reach the cellar. [...]

'The ovens!²³⁸ ²³⁹

Lo cierto es que la existencia del oro guardado en Almeida no se corresponde con los hechos – como, de hecho, el propio Bernard Cornwell reconoce²⁴⁰ --, pero también es verdad que *Sir* Arthur Wellesley se enfrentaba a graves dificultades financieras para poner en práctica su estrategia y para garantizar el éxito de la campaña en la península, tal y como los historiadores confirman. De hecho, Wellington se enfrentaba a graves problemas económicos, dado que necesitaba del apoyo financiero de Portugal, pero tuvo varios problemas con el Consejo de Regencia, entre otras cosas porque frecuentemente

²³⁸ Recordemos que en “Nota Histórica”, presentada al final de la novela, Cornwell aclara que, en realidad, cuando se produjeron las primeras explosiones, un soldado portugués, que estaba muy cerca de la iglesia principal, salvó su vida protegiéndose dentro de un horno de pan, así que el héroe ficticio, Richard Sharpe, tomó prestada esta decisión. Vid. Bernard Cornwell, ob. cit., p. 250.

²³⁹ *Ibid.*, pp., 233-235.

²⁴⁰ *Ibid.*, pp. 249-250.

pusieron en entredicho su estrategia; por otro lado, el “duque de hierro” se enfrentó también a la oposición de varias facciones del propio gobierno británico en relación a las ayudas financieras para la guerra de la península.²⁴¹ Concretamente, en relación a Almeida, a Wellington se le acusó de no haber acudido en auxilio de la plaza, a pesar de que no estaba muy lejos de la ciudad.²⁴²

Volviendo al análisis del papel del protagonista de *Sharpe's Gold*, debemos señalar que la descripción ofrecida por el texto a propósito de los trabajos de fortalecimiento de la plaza de Almeida. Así, mucho antes de la explosión, al referirse al uso del castillo y de la iglesia principal como almacenes para las municiones, el narrador, por un lado transmitía la idea de que había pólvora más que suficiente para resistir un asedio pero, por otro, a través de la perspicacia del protagonista, dejaba entrever el peligro que dicha cantidad de pólvora podría constituir, principalmente si se produjera un accidente, como finalmente ocurrió. Esta anticipación del peligro, que crea gran expectativa en el lector, le envuelve también, desde el comienzo, en una atmósfera de aventura y misterio en torno a lo que podría suceder. Al mismo tiempo, valora la perspicacia del héroe, quien, contrariamente a todos los demás oficiales de la guarnición – y hasta al propio gobernador –, rápidamente se dio cuenta de una cierta falta de cuidado en lo que al almacenamiento de la pólvora se refiere, aunque no responsabilice a nadie (directa o indirectamente) por lo ocurrido:

The lower crypt was jammed with barrels, piled to the low, arched ceiling, row after row of them, reaching back into a gloom that was relieved only by an occasional horn lantern, double shielded, and to right and left were further aisles, and when Sharpe turned, at the foot of the stairs, he saw that the steps came down in the middle of the room and the gigantic quantity of powder in the front was mirrored behind. He whistled softly.

²⁴¹ Cf. Douglas Howard, *Wellington's Peninsular Strategy, Portugal and the Lines of Torres Vedras / A Estratégia Peninsular de Wellington: Portugal e as Linhas de Torres Vedras, As Linhas de Torres Vedras*. Liboa/Torres Vedras, Edições Colibri/Câmara Municipal de Torres Vedras/Instituto Alexandre Herculano, 2010, p. 140.

²⁴² Cf. António Pedro Vicente, *ob. cit.*, p. 386.

[...] Captain Charles, before he died, had said that Almeida could last as long as its powder, and that could be months, Sharpe thought, and then he tried to imagine a French shell smashing through the stone and sparking the barrels.²⁴³

Y más adelante, la caracterización de William Cox en la novela de Cornwell nos permite sacar otras conclusiones. Retratado como un oficial competente, que hizo lo que estaba a su alcance para preparar Almeida para resistir el máximo tiempo posible al previsible sitio de los franceses, el gobernador surge también como un hombre ambicioso. Consciente de la importancia estratégica de la plaza, del potencial de la fortaleza, pero también de sus fragilidades,²⁴⁴ Cox, a pesar de todo, tenía las esperanzas puestas en una gran defensa, en una batalla que apareciese en los anales de la Historia, uniendo su nombre al de una gran victoria.²⁴⁵ Esta imagen fue, de cierta forma, compartida por los historiadores británicos quienes, como ya mencionamos, consideraban que Cox había sido obstinado al negarse, en dos ocasiones, a aceptar los términos de la capitulación propuestos por Masséna.²⁴⁶ Aún así, esta caracterización le permitió al narrador no responsabilizar directamente al gobernador militar de Almeida de la catástrofe o incluso de la demora (tal vez innecesaria) para firmar la rendición, más bien hace más verosímil un episodio exclusivamente de ficción, salvaguardar la posición de Wellington durante todo el proceso.

De hecho, la (re)fabulación de Cornwell, a pesar de escoger una solución puramente de ficción, está mucho más en la línea de los diversos aspectos de la actual historiografía

²⁴³ Bernard Cornwell, ob. cit., p. 200.

²⁴⁴ Según la historiografía británica más reciente, hacía meses que el gobernador militar de Almeida reforzaba las defensas de la fortaleza y adiestraba intensivamente a las tropas portuguesas bajo su mando. Se trataba de una guarnición formada principalmente por ordenanzas y milicianos, en los que Cox confiaba poco, por lo que el gobernador solicitó refuerzos en incontables ocasiones. Aunque no se le enviaron soldados regulares o artilleros británicos, los historiadores ingleses consideraban que los artilleros portugueses se habían revelado mucho más eficaces de lo previsto, especialmente por el modo en que infligieron numerosas bajas en los franceses durante los trabajos de construcción de las trincheras. En este contexto, incluso se elogió bastante el mando del mayor Barreiros. Cf. David Buttery, ob. cit., pp. 122 y 126.

²⁴⁵ Vid. Bernard Cornwell, ob. cit., p. 231.

²⁴⁶ A pesar de que las condiciones ofrecidas por los franceses parecieran bastante favorables, Cox rechazó una primera propuesta y quiso que hubiera nuevas negociaciones. Obstinado hasta el final, el gobernador rechazó nuevamente rendirse y se retomaron los bombardeos. De este modo, los cañones infligieron más daños y al amanecer del 28 de agosto de 1810, Cox aceptó finalmente lo inevitable y se rindió. Cf. David Buttery, ob. cit., pp. 128-129.

británica sobre el asunto de lo que pudiera parecer a primera vista. Indirectamente defendiendo a Wellington de las acusaciones que recibía por no haber acudido en ayuda de la plaza, los historiadores británicos consideran que el propio Masséna (aunque lo desease) tuvo algunas dudas en cuanto a los rumores que corrían en relación al hecho de que las fuerzas aliadas, presionadas por miembros del Consejo de Regencia, fueran en auxilio de la guarnición de Almeida, puesto que Wellington jamás arriesgaría su ejército en una acción tan insensata.²⁴⁷ Ahora bien, justamente, ni el narrador ni los personajes de *Sharpe's Gold* se plantean siquiera dicha posibilidad y se salvaguarda la actitud de Wellington desde el comienzo, por la misión secreta que atribuye al protagonista.

Por otro lado, y según los historiadores ingleses, justo después de la explosión, Cox, temiendo que los franceses invadieran la fortaleza de inmediato, ordenó que la guarnición vigilase las murallas y mantuviese el fuego, mientras se apresuraba a averiguar lo que había ocurrido, rechazando la posibilidad, avanzada rápidamente por oficiales portugueses, de que un tiro certero de obús hubiera alcanzado directamente el polvorín. Restaba, por ello, la hipótesis de un reguero de pólvora incendiado, aunque los historiadores británicos actuales no acusan a nadie de dicho acto. Así, en sintonía con la historiografía inglesa, Cornwell optó por la misma versión, responsabilizando del hecho a un personaje exclusivamente de ficción.

Finalmente, de acuerdo con las fuentes británicas, principalmente los *Dispatches* de Wellington, el jefe de los ejércitos aliados acabó considerando que el desastre de Almeida se trató de un “infeliz accidente” y no tenía nada más que señalar. Lamentaba únicamente el hecho de que no hubiera sido “informado por telégrafo de la naturaleza exacta y de la extensión del desastre”, lo que le habría permitido considerar la hipótesis de salvar a la guarnición.²⁴⁸ Así, del mismo modo que Wellington no responsabilizó a Cox por el desastre, tampoco el narrador de *Sharpe's Gold* acusó al gobernador de ningún acto punible²⁴⁹ y, en sintonía con las fuentes de cariz historiográfico

²⁴⁷ Cf. *Ibid.*, p. 126.

²⁴⁸ David Buttery, *ob. cit.*, p. 132.

²⁴⁹ De hecho, en determinado momento, el narrador opta incluso por subrayar la desesperación y el desánimo por parte de Cox ante la destrucción de la fortaleza e incluso una cierta autoculpabilización en relación al modo en que decidió almacenar las municiones. El diálogo entablado con sus subordinados demostraba incluso el modo relativamente pacífico con que se rindió a la evidencia y aceptó la rendición, actitud para la que encontramos correspondencia no en la historiografía británica, sino en la novela *O Mutilado de Ruivães*, aunque las razones de la benevolencia para con Cox tuvieran intenciones muy diversas:

mencionadas, se limitó a conducir al lector a la siguiente conclusión: del mismo modo que *Sir Arthur Wellesley* criticó a Cox (aunque de forma indirecta) por no haber sido informado a tiempo, por telégrafo,²⁵⁰ de la naturaleza exacta y de la extensión del desastre, también el protagonista de la novela, Richard Sharpe criticó a Cox por no haberse puesto en contacto con Wellington, del mismo modo, para confirmar las órdenes recibidas en relación al oro escondido en la fortaleza.²⁵¹ Esta circunstancia obligó al héroe a prender fuego al polvorín para poder huir con el oro, convirtiéndose en artífice de la catástrofe, aunque por una buena causa y actuando siempre de acuerdo con órdenes de arriba.

5. Reflexiones finales

Podemos, desde ya, afirmar que las narrativas estudiadas, a semejanza de muchos otros textos de idéntico cariz, tuvieron como objetivo explícito reconstruir, reinterpretar y (re)fabular un episodio más de las Guerras peninsulares: el asedio y la caída de Almeida. Conscientes, ayer como hoy, de que los públicos más diversos se ven atraídos con gran facilidad por la representación de catástrofes e imágenes del horror, los autores no dudaron en cautivar a sus lectores con reconstrucciones del terrible momento de la

It was all over – anyone could see that, the town indefensible – but Cox still hoped. He had been weeping at the death and destruction, the swath that gone through his town and his hopes.

‘How?’ [...]

‘A shell,’ one of the officers told Cox. ‘It must have set off the small ammunition.’

‘Oh, God.’ Cox was close to tears. ‘We should have had a magazine.’

Cox tried to stiffen his will to go on fighting, but they all knew it was done. There was no ammunition left, nothing to fight with, and the French would understand. There would be no unpleasantness; the surrender would be discussed in a civilized way, and Cox tried to stave it off, tried to find hope in the smoke-filled air, but finally agreed.

‘Tomorrow, gentlemen, tomorrow. We fly the flag one more night.’ (Bernard Cornwell, *ob. cit.*, p. 240)

²⁵⁰ De acuerdo con la narrativa de Cornwell las comunicaciones entre los británicos se realizaban mediante una forma rudimentaria de telégrafo, formada por bolsas, hechas de vejigas de animales, movidas por poleas y capaces de enviar mensajes cifrados. Vid. *Ibíd.*, pp., 192-193.

²⁵¹ Vid. *Ibíd.*, pp. 181-185.

explosión del polvorín. En este tema, no presentan diferencias reseñables entre ellos. No ocurre lo mismo en relación a la exploración de líneas relacionadas con las causas del desastre y, sobre todo, con los responsables de la caída de la plaza.

De hecho, estos aspectos fueron retratados de forma completamente diferente de lo que es habitual en este tipo de textos; las narrativas que estudiamos presentan interpretaciones totalmente diversas y algo contradictorias. Sin embargo, en el momento de las reflexiones finales, consideramos que nos encontramos ante una aparente paradoja. Lo cierto es que, para los autores portugueses, la caracterización de los oficiales lusos como traidores a la patria sirve totalmente a la intención moralizante subyacente a la novela; mientras que para los lectores británicos, la acción de Richard Sharpe en *Sharpe's Gold* es, sin duda, la de un verdadero héroe nacional. Y paso a explicar la premisa.

A pesar de haber sido publicada en 1980, *O Mutilado de Ruivães* contiene muchas de las características atribuibles a las novelas históricas portuguesas de la segunda mitad del siglo XIX, que tomaron como escenario de sus tramas novelísticas la época de la guerra peninsular. Nos referimos a textos de Rebelo da Silva, Arnaldo Gama o Pinheiro Chagas, por ejemplo, quienes, recreando ambientes, actitudes y episodios de una época pasada pretendían que ésta sirviera de ejemplo y de lección para el presente. La única diferencia reside en el hecho de que los personajes portugueses de las novelas ochocentistas eran siempre los héroes, los salvadores de la patria, mientras que en el caso de *O Mutilado de Ruivães*, algunos personajes lusos mencionados – nunca los protagonistas – se utilizaron para criticar la falta de patriotismo y de valentía vigentes en el seno de aquellos que justamente debían dar el ejemplo contrario. Recordemos que, desde la perspectiva del narrador, los oficiales portugueses, encabezados por Costa e Almeida, que defendieron “la inutilidad de la resistencia” ante Cox, alegando que “las condiciones de defensa eran nulas”, no habían tenido en cuenta su “dignidad militar ni los deberes para con la Patria”.²⁵²

La función moralizante de *O Mutilado de Ruivães* y de las novelas ochocentistas, principalmente la crítica a la falta de espíritu patriótico en el seno de la sociedad portuguesa del momento, se tradujo en un intento por parte de los autores de alcanzar a

²⁵² Mário Moutinho/A. Sousa e Silva, ob. cit., p. 275.

las clases más privilegiadas, en general, y a los dirigentes del país, en particular, tanto en la segunda mitad del siglo XIX como a inicios de la década de los ochenta del siglo XX. Para ello, escogieron el mismo período histórico, la época de las invasiones francesas, recreando episodios, ambientes y actitudes que les parecían adecuados para sus propósitos. Al final, Mário Moutinho y Sousa e Silva tenían como fin alcanzar exactamente los mismos objetivos que los novelistas de la segunda mitad del ochocientos, es decir, criticar el presente con el ejemplo del pasado, uniendo la instrucción al entretenimiento.

Desgraçadamente, nunca as nossas elites desceram até ao povo, desconhecendo-o mesmo. Ainda hoje continuam a viver isoladas dele nas suas ‘torres de marfim’, com o seu egocentrismo, prosápias e vacuidades, na contemplação dos seus ‘pergaminhos’, que não querem manchar ao contacto do povo. A origem de muitos males que nos afligem, entre eles o nosso atraso culturo-económico-social, é a falta de uma elite aberta, generosa e capaz que ponha os seus recursos ao serviço do povo, que é dizer da Nação, sem facúndias estéreis.²⁵³

En el caso de la novela de Bernard Cornwell, *Sharpe's Gold*, a pesar de que el episodio del oro pertenezca exclusivamente a la ficción, no por ello deja de ser curioso que el autor aprovechara una laguna de tipo estrictamente historiográfico – el desconocimiento de las causas exactas de la explosión – para satisfacer al menos tres de los objetivos fundamentales de su novela: subrayar la obediencia ciega, compartida por los hombres de confianza de Wellington, a su jefe y, de ese modo, valorar la tan apreciada como rígida jerarquía del ejército británico; acentuar las dificultades, especialmente de tipo económico, por las que pasó Arthur Wellesley para concretar sus planes, fortaleciendo, así, en la memoria colectiva, esa imagen indudablemente heroica del gran jefe militar; y, finalmente, destacar la valentía, el valor y la intrepidez con las que los oficiales ingleses, muchas veces contra todo y contra todos, siempre actuaron en la península. De este modo, a semejanza de muchas otras narrativas de ficción británicas, Bernard Cornwell, utilizó un momento glorioso de la historia de su propio país – las guerras

²⁵³ *Ibíd.*, p. 135.

napoleónicas – para construir una narrativa cautivadora que, independientemente del grado de fidelidad a los acontecimientos, respondía ciertamente al gusto y sobre todo a la memoria colectiva de un público lector particularmente interesado en una visión de la historia que resaltase los hechos históricos de sus paisanos en general, y de la genialidad de su jefe en particular.

En síntesis, podemos concluir que, aprovechando la falta de consenso en relación a las verdaderas causas de la catástrofe, los autores/narradores presentaron (re)fabulaciones de los acontecimiento que, tal y como comprobamos con otros episodios bélicos en otras novelas de la guerra peninsular, tienen como objetivo primordial corresponder a las expectativas del público al que se dirigen. La memoria colectiva se propaga y se conserva a través de formas de legitimación muy diversas, como pueden ser las difundidas por textos de tipo historiográfico, los recuerdos de testigos oculares e incluso las narrativas de ficción. Así, en este caso (como en otros) las múltiples interpretaciones sobre un mismo acontecimiento generaron narraciones que (des)construyendo y/o reflejando la memoria colectiva y la identidad de los pueblos trataron siempre de ofrecer una contribución de valor en el intento de reconstruir ambientes y de percibir las actitudes vividas en la época del asedio y caída de Almeida.

Referencias bibliográficas seleccionadas

I) Fuentes primarias

CORNWELL, Bernard, *Sharpe's Gold. Richard Sharpe and the Destruction of Almeida, August 1810*, Penguin Books, Harmondsworth, 1994 (1ª edição: 1981).

_____ *Sharpe e o Ouro. Destruição de Almeida, Agosto 1810*. Traducción de Carlos Romão, Planeta Editora, Lisboa, 2006.

MOUTINHO, Mário e SILVA, A. Sousa e, *O Mutilado de Ruivães. Romance. (Das Invasões Francesas às Lutas Civis)*, Livraria Cruz, Braga, 1908.

II) Fuentes secundarias

1. Otras narrativas de ficción citadas

HENTY, G.A., *Under Wellington's Command. A Tale of the Peninsular War*. Illustrated by Wal. Paget. New Edition. Blackie and Son Limited, London, 1907 (1st edition: 1899)

_____ *The Young Buglers. A Tale of the Peninsular War*. London, Latimer House Limited, London, 1954 (1st edition: 1880).

SABATINI, Rafael, *The Snare*. London: House of Stratus, London, 2001 (1st edition: 1917).

2. Estudos

BELLO, Maria do Rosário Lupi, DUARTE, Maria de Deus, EVANS, David e TERENAS, Gabriela Gândara, Representações da Guerra Peninsular: do Romance ao Ecrã, *A Guerra Peninsular. Perspectivas Multidisciplinares. Actas do Congresso Internacional e Interdisciplinar Evocativo da Guerra Peninsular. XVII Colóquio de História Militar nos 200 Anos das Invasões Napoleónicas em Portugal*. Casal de Cambra, Caleidoscópio, Casal de Cambra, 2008, volume II, págs. 149-174.

TERENAS, Gabriela Gândara, “A Brilliant Engagement or a Battle that Should Have Never Been Fought?”: o Combate do Côa em Narrativas Britânicas da Guerra Peninsular, Prelo.

_____ Entre a História e a Ficção: Representações do Porto ao Tempo das Invasões Francesas em Narrativas Portuguesas e Britânicas, *O Porto e as Invasões Francesas 1809-2009*, Câmara Municipal/Público – Comunicação Social, SA, Porto, 2009, volume III, pp. 267-302.

_____ A Guerra Peninsular no Romance Histórico Português: a Intervenção Britânica, *Actas do IV Congresso Histórico de Guimarães: Do Absolutismo ao Liberalismo. 3^a Secção: Revoluções, Expansionismos, Impérios*, Câmara Municipal de Guimarães, Guimarães, 2009, volume III, pp. 363-392.

_____ Images de la France au Temps de Napoléon dans les Romans Historiques Portugais de la Guerre Péninsulaire, *Rives Méditerranéennes. Le Portugal et Napoléon. Mémoires Croisées*. L'UMR TELEMME, Aix-en-Provence, 2010, número 36, pp. 71-87.

_____ Intrigue, Deception and Treachery: Anglo-Portuguese Political and Military Relations as Portrayed in a Peninsular War Novel, Prelo.

_____ Memória Cultural e Representações da Guerra Peninsular em Narrativas Portuguesas e Britânicas, *Os Tempos da Guerra Peninsular – 1808-1812. Uma Guerra Europeia Decidida em Terras Portuguesas*, Prelo.

_____ “A Nossa Pátria Ibérica”: Imagens de Espanha ao Tempo da Guerra Peninsular em Romances Portugueses, *El Comienzo de la Guerra de la Independência. Congreso Internacional del Bicentenario Madrid, 8-11 de abril 2008*, Editorial Actas, Madrid, 2009, pp. 646-666.

_____ (Re)Construções da Memória: as Linhas de Torres em Narrativas Britânicas, *As Linhas de Torres Vedras. Turres Veteras XII*. Edições Colibri/Câmara Municipal de Torres Vedras/Instituto Alexandre Herculano, Lisboa/Torres Vedras, 2010, págs. 21-42.

_____ Relatos de Guerra: Textos Literários ou Testemunhos Históricos? *Actas do Colóquio Literatura e História: Para uma Prática Interdisciplinar*, Universidade Aberta, Lisboa, 2003, CDrom.

_____ Rendição e Retirada dos Franceses: Re(Construções) Britânicas e Portuguesas, *O Exército Português e as Comemorações dos 200 Anos da Guerra Peninsular*, Direcção de História e Cultura Militar do Exército/Tribuna da História, Lisboa, 2009, pp. 243-277.

3. Textos de cariz historiográfico

BUTTERY, David, *Wellington Contra Massena. A Terceira Invasão de Portugal (1810-1811)*, Gradiva, Lisboa, 2008.

HORWARD, Donald, *Napoleon an Iberia – The Twin Sieges of Ciudad.Rodrigo and Almeida, 1810*, Greenhill Books, London, 1994.

HORWARD, Donald, Wellington’s Peninsular Strategy, Portugal and the Lines of Torres Vedras /A Estratégia Peninsular de Wellington: Portugal e as Linhas de Torres Vedras, *As Linhas de Torres Vedras*. Edições Colibri/Câmara Municipal de Torres Vedras/Instituto Alexandre Herculano, Lisboa/Torres Vedras, 2010, pp. 125-144.

TERENAS, Gabriela Gândara, *O Portugal da Guerra Peninsular. A Visão dos Militares Britânicos (1808-1812)*, Edições Colibri, Lisboa, 2000.

_____ Portugal during the Peninsular War as seen by the British Army (1808-1812), *The British Historical Society of Portugal. 27th Annual Report and Review 2000*, Artes Gráficas, Parede, 2001, pp., 27-43.

VICENTE, António Pedro, Almeida em 1810 – Primeira Etapa de uma Invasão Improvisada, *O Tempo de Napoleão em Portugal. Estudos Históricos*, Comissão Portuguesa de História Militar, Lisboa, 2000, pp. 391-411.

_____ Côa – Prólogo de uma Invasão Improvisada, *O Tempo de Napoleão em Portugal. Estudos Históricos*, Comissão Portuguesa de História Militar, Lisboa, 2000, pp. 381-390.

***CUANDO AL PERRO FLACO TODO SE LE VUELVEN PULGAS: HERIDAS DE
GUERRA, ENFERMEDADES Y SANIDAD MILITAR DURANTE LA GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA***

Bertha M. Gutiérrez Rodilla
Universidad de Salamanca

Aunque Salamanca y su provincia han permanecido ajenas en general a otros movimientos y sucesos desarrollados en España en los últimos siglos, por su localización estratégica se vieron obligadas a seguir muy de cerca la Guerra de la Independencia y a sufrir las consecuencias derivadas de la misma, que alcanzaron todos los ámbitos. Entre tales consecuencias, no fueron de importancia menor las derivadas de tener que atender a un gran número de heridos y enfermos durante los años que duró la contienda, sin contar para ello con unas infraestructuras mínimamente adecuadas, muy en relación con el estado previo de precariedad en que se vivía en la provincia, antes de estallar los enfrentamientos. De algunos de los aspectos relacionados con esta situación que acabamos de señalar es de lo que nos ocupamos en este trabajo.

1. Introducción

No parece necesario a estas alturas destacar la importancia que una guerra como la de la Independencia española tuvo para nuestro país por sus nefastas consecuencias en forma de pérdidas humanas, destrozos irrecuperables en el patrimonio artístico, una gran crisis económica y financiera, que venía a coincidir con el inicio de la emancipación de las diversas colonias españolas, etc.¹. Como tampoco es preciso insistir en que la provincia de Salamanca fue uno de los escenarios principales de la contienda por su posición estratégica en la frontera con Portugal, por lo que se vio directamente implicada en algunos de los episodios más devastadores de esa guerra.

Evidentemente, estos hechos tuvieron unas repercusiones sanitarias muy importantes, incluso extremas, en una provincia muy poco desarrollada, que si ya en situaciones de paz contaba con recursos muy precarios, en épocas de guerra tales recursos se mostraban claramente insuficientes y deficitarios. De algunos de los aspectos relacionados con esta situación que acabamos de señalar -cómo era la sanidad militar en la época de la contienda, las infraestructuras hospitalarias existentes, la atención a los heridos, etc.- es de lo que nos ocupamos a continuación.

¹ Vid., por ejemplo, un resumen de muchas de estas consecuencias en Cristina del Moral, *La guerra de la independencia*, Madrid, Anaya, 1990, pp. 74-89 o, para el caso de Salamanca, en Ricardo Robledo Hernández, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada. La Guerra de la Independencia*, Salamanca, Cervantes, 2003.

2. La organización de la sanidad militar a principios del siglo XIX

El modelo de sanidad militar vigente en nuestro país al inicio del XIX —según un reglamento de 1805, por el que nace oficialmente el "Cuerpo de Cirugía Militar del Ejército"— regulaba hasta los más pequeños aspectos relacionados con dicha sanidad y obligaba a su absoluta centralización y jerarquización². Sus integrantes —alrededor de 300 “cirujanos”, de los que más de una tercera parte no tenían estudios superiores-, ostentaban diversos rangos: desde el cirujano mayor del ejército hasta los colegiales pasando por los consultores de número, los consultores supernumerarios, los primeros ayudantes, los segundos ayudantes, etc., cada uno de ellos, por supuesto, con unas funciones muy concretas. En toda España había 12 hospitales militares, dotados de su cirujano mayor, ayudantes, boticario, etc., ubicados en plazas periféricas estratégicas. Además de estos cirujanos citados, que trabajaban en los hospitales "militares", la Corona había desarrollado todo un sistema de contrataciones con diferentes hospitales, por así llamarlos, civiles, situados en zonas estratégicas, que contaban con su propia dotación de médicos o cirujanos. Cada cirujano debía aportar su propia caja de instrumentos que, según una Real orden de diciembre de 1804 debía incluir "los de la operación de trépano; los de amputaciones, con sus correspondientes torniquetes y tortor; tres algalias graduadas de plata; una sonda de pecho; un sacabalas, tres cauterios; los trócares de la punción de vientre, vejiga urinaria e hidrocele; algunas agujas corvas para enlazar vasos, con una bolsa de instrumentos portátiles".³

Todos estos practicantes de la cirugía formaban un pequeño ejército suficiente para atender las posibles eventualidades surgidas en tiempos de paz, pero no así en los de guerra. Por ello, había voluntarios civiles que entraban a trabajar provisionalmente para el ejército cuando se producía una confrontación y mientras duraba ésta. Cabe añadir que en la época, en el ámbito civil, la separación entre cirujanos y médicos era

² Para más detalles, Vid. José María Massons, *Historia de la sanidad militar española*, 4 vols., Barcelona, Pomares-Corredor, S. A., 1994; Sebastián Montserrat Figueras, *La medicina militar a través de los siglos*, Madrid, Servicio Geográfico del Ejército, 1946; o Luis Sánchez Granjel, *La medicina española del siglo XVIII*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1979, por ejemplo.

³ Alfonso Ballesteros Fernández, La sanidad militar durante la Guerra de la Independencia, en *Sanidad militar*, n.º. 64 (4), 2008, pp. 235-244: 238-239.

sancionada por reales órdenes que dictaban que, en ningún caso los médicos practicaran la cirugía, como en ningún caso tampoco, los cirujanos podían ejercer la medicina. Hasta la aparición de los Reales Colegios de Cirugía, el primero de los cuáles se funda en Cádiz en 1748 -y, a cuya imagen y semejanza, se fundarían después los de Barcelona, Madrid, etc.-, los cirujanos tenían una consideración social bastante por debajo de la de los médicos y los salarios que percibían también eran inferiores. Sin embargo, la mejor preparación científica y práctica que los cirujanos obtendrían en estos colegios de cirugía, basada entre otras cosas en el excelente conocimiento de la anatomía topográfica, elevaría su condición social y además, les facilitaría el acceso a puestos profesionales cada vez mejor retribuidos, se les iría permitiendo la libertad de ejercicio, que fijaran libremente su residencia en la ciudad o en el pueblo donde quisieran... De hecho, esa importancia que irían adquiriendo en la segunda mitad del siglo XVIII es la que estaría por debajo de la promulgación en 1787, por parte de Carlos III, de una Real cédula sin precedentes por la que se equipara a estos cirujanos con los médicos.

A pesar de contar con este modelo tan estructurado, las peculiaridades de la guerra de la independencia que fue una guerra desordenada y fragmentaria, carente de unidad y de planes preconcebidos y que se desarrolló con unos medios militares y sanitarios propios del siglo anterior, hicieron que cada región, cada provincia, combatiera cuándo y dónde mejor le pareciera, según el designio de las diversas Juntas de Guerra, lo que, evidentemente, no se prestaba demasiado a una siquiera mínima organización de los servicios sanitarios.

Así las cosas, cuando comenzaron los enfrentamientos y durante un cierto tiempo, junto a muchos facultativos de la Armada que tuvieron que incorporarse al servicio del Ejército de Tierra, se ofrecieron para engrosar las filas muchas personas, entre las que no eran pocos los médicos, cirujanos, practicantes y estudiantes, movidos, no sólo por su fervor patriótico, sino también por la búsqueda de una oportunidad profesional. Como las necesidades reales de personal sanitario eran enormes no se llevó a cabo ningún tipo de criba para aceptar estos ofrecimientos, con lo que el nivel de conocimientos de todas estas personas era bastante desigual. Con el paso del tiempo, tras esta primera fase en que la gente, presa de un gran entusiasmo, pedía un puesto en el ejército, la situación fue estabilizándose e, incluso, llegó un momento en que el número de facultativos comenzó a disminuir: no sólo porque algunos morían, sino porque muchos desertaban de las tareas

militares, a la vista de la precariedad del sueldo y de las dificultades existentes para cobrarlo. La penuria administrativa también influyó en la organización y el mal funcionamiento de los hospitales militares, confiados en su mayor parte a la iniciativa de las Juntas locales y, en no pocos casos, a la inagotable caridad de los particulares.

También en las filas francesas destacadas en nuestro país, la situación sanitaria desde el inicio de la contienda fue comprometida. Puesto que el ejército francés nunca pensó que se produciría una sublevación generalizada en España y, dado que nuestros vecinos siempre trataron de mostrar que su presencia aquí era provisional, no llevaban consigo las dotaciones sanitarias que les hubieran acompañado en otros casos: ni sus hospitales de campaña, ni un personal acorde en número con la guerra que se avecinaba. De forma que, cuando las cosas comenzaron a complicarse, el poco personal sanitario que había venido acompañando a las tropas empezó a resultar insuficiente, por lo que tuvieron que recurrir a los profesionales nacionales, a los que incorporaron a su servicio de forma involuntaria, aunque también, en muchas ocasiones, voluntariamente. Lo mismo que hicieron con los hospitales donde atender a los heridos, los mejores de los cuáles pusieron generalmente a su disposición.

3. La patología quirúrgica asociada a la guerra

Los procesos que tenían que atender todos estos cirujanos eran fundamentalmente heridas y fracturas producidas en el campo de batalla. Una de las diferencias más importantes entre los ejércitos de otras épocas y los del siglo XIX fue el armamento, pues aunque las armas blancas no dejaron de usarse, en ese siglo se impuso el empleo de armas de fuego: fusiles, pistolas, granadas y artillería. Esto trajo como consecuencia que se generalizara un tipo de herida bastante diferente al generado por las armas blancas, ya que el destrozo que ocasionaba en los tejidos un proyectil o una granada era incomparable con el que podía producir un sablazo o una estocada. Las balas que solían utilizarse a comienzos del XIX eran de plomo, por la abundancia de este metal y la sencillez de su fabricación, dado que el plomo funde a una temperatura no demasiado alta. La bala de ese material al chocar con una estructura dura se abre, de forma que un disparo podía penetrar limpiamente a través de la piel, pero al impactar con una estructura dura, como un hueso por ejemplo, la bala se fragmenta produciendo serias

lesiones internas, ya que actúa como una auténtica bala explosiva, de ahí la gravedad de estas heridas.⁴

Lo señalado hasta aquí obligó, lógicamente, a que la cirugía se pusiera al día y a que se adecuaran los métodos curativos a estas nuevas lesiones, que, como consecuencia de su anfractuosidad y entrada de cuerpos extraños, se infectaban más fácilmente que las producidas por un objeto cortante o punzante. Quizá esta sea una de las pocas consecuencias positivas de esta guerra -como ha ocurrido en otras, a lo largo de la historia-: que empujó el avance de la cirugía. De hecho, en este periodo destacan varios cirujanos y, entre ellos, una de las figuras más notables de la historia de la cirugía: Jean-Dominique Larrey (1766-1842), quien desarrolló algunas técnicas quirúrgicas relacionadas con las amputaciones de miembros, diseñó una nueva aguja para las suturas y un extractor para las balas alojadas en el tórax y mejoró el sistema de atención en el campo de batalla mediante la evacuación rápida de los heridos en las ambulancias volantes, además de convencer a Napoleón de la importancia que tiene para alcanzar la victoria militar el establecimiento de una buena red asistencial sanitaria.⁵

De acuerdo con lo que hemos dicho, las heridas que podían presentar los combatientes eran de muy diferentes tipos y dependían de las circunstancias. Así, en los primeros momentos, cuando se iban aproximando los atacantes, la mayoría de ellas estaban producidas por el cruce de disparos, dando lugar a las heridas de que hablábamos en el párrafo anterior, a heridas en sedal (con orificio de entrada y de salida), etc. Cuando se llegaba al contacto físico, predominaban las originadas por arma blanca. Sin embargo, si lo que se producía, por actuación de la artillería, era el derrumbamiento de un parapeto o de un edificio, las lesiones principales eran traumáticas (luxaciones, fracturas, contusiones o aplastamientos) y, por el efecto expansivo de la explosión, se podían causar quemaduras graves o muy graves. En conjunto, se estima que el 74% de las

⁴ Luis Alfonso Arcarazo García, *La asistencia sanitaria en Zaragoza durante la guerra de la Independencia Española (1808-1814)*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 2007, p. 207.

⁵ Sobre él, en relación con la guerra española, *vid.*, por ejemplo Jean-René Aymes, *Tres médicos franceses en las guerras de España (1793-1795 y 1808-1814): Percy, Larrey y Broussais*, en Alberto Gil Novales (coord.), *Ciencia e Independencia Política*, Madrid, Ed. del Orto, 1996, pp. 269-297; o Anastasio Rojo Vega, *Dominique Larrey en España (1808-1809)*, *Medicina & Historia*, 4, cuarta época, 2008.

lesiones eran producidas por armas de fuego, el 20% por arma blanca, un 4% serían fracturas y contusiones, mientras que las quemaduras representarían el 2%. En cuanto a la topografía de las mismas, el 45% tendrían lugar en el miembro inferior, el 27%, en el superior, un 19% en el tronco y un 9% en la cabeza.⁶

Los soldados heridos no se recogían del campo de batalla hasta después de terminada esta -incluso días después-, con lo que tenían que soportar hambre, sed, el sol, el frío, la pérdida de sangre, etc.; condiciones todas bastante poco favorables para que tuvieran una buena evolución, sobre todo si contamos con que el periodo más crítico para un herido es la primera hora, la que Larrey llamaba la "hora de oro", por el riesgo de asfixia y hemorragia intensa. En el caso de que hubieran sobrevivido, cuando se los recogía y llegaban al hospital o al hospital de campaña -hasta donde se transportaban en carros de víveres, arzones de artillería o carretas agrícolas- su situación era realmente crítica. La actuación quirúrgica inicial se dirigía, sobre todo, a conseguir la hemostasia, es decir, a parar la pérdida de sangre. Si los proyectiles habían atravesado vasos sanguíneos importantes de una extremidad, lógicamente se producían grandes hemorragias que necesitaban la aplicación de un torniquete para tratar de contenerlas. Después había que valorar si se podía suturar el vaso porque de lo contrario no quedaría más remedio que amputar el miembro, pues si el herido seguía con vida después de todo lo que llevaba pasado hasta aquí, aún le esperaban dos grandes complicaciones: el tétanos y la gangrena. Gangrenas, que conducían directamente a las terribles amputaciones de miembros o, incluso, a la muerte. Se calcula que la mortalidad de los amputados llegaba, en manos de un buen cirujano, al 50% y, en el resto, hasta el 65%.

Y es que, a pesar de que se había avanzado en la técnica quirúrgica propiamente dicha, el resultado de las intervenciones dependía directamente de los dos grandes problemas a que se enfrentaron todos los cirujanos del siglo XIX: el control del dolor y las infecciones, pues todavía no se contaba ni con anestesia ni con antibióticos. Hasta la segunda mitad de ese siglo no se conseguiría reducir la infección de la herida quirúrgica, gracias a las pulverizaciones con formol llevadas a cabo por Lister y a la cirugía aséptica

⁶ Alfonso Ballesteros Fernández, *ob.cit.*, p. 242. *Vid.* también al respecto, Francisco Etxeberria, *Surgery in the Spanish war of Independence (1807-1813), between Dasult and Lister*", en *Journal of Paleopathology*, 11 (3), 1999, pp. 25-40, por ejemplo.

mediante esterilización por autoclave iniciada por Von Bergman en 1886. Igualmente, hasta 1848 no se practicaría, en Boston, la primera intervención con anestesia. De ahí que fuera tan importante aprovechar la llamada por Larrey "ventana de oportunidad", que eran las primeras 24 horas, pues en ella, no sólo no se habían iniciado los fenómenos inflamatorios, sino que había una cierta anestesia local por efecto del traumatismo.⁷ Si no era así, se le operaba a dolor vivo, se reducía la fractura o se le serraba el miembro, pero no era infrecuente que entrara en *shock* a causa del dolor. En cuanto a la infección, si estaba localizada en un miembro la única solución era la amputación, con todas sus complicaciones; pero cuando la infección no se producía en una extremidad, sino en otro sitio, y, sobre todo, cuando era generalizada causando una septicemia, no había solución ni con cirugía ni con los medicamentos habituales de la época.

Por su parte, el gran problema de la enfermería quirúrgica era la escasez de materiales de cura, imprescindibles para el éxito del cirujano: se "reciclaba" el material -si me permiten usar este verbo tan anacrónicamente-, de modo que se usaban vendajes lavados, es decir, reutilizados varias veces por diferentes pacientes, lo que potenciaba lógicamente el contagio entre los enfermos por medio de las secreciones transmitidas a través de esos vendajes. Igualmente, escaseaban las camas, por lo que mientras que a unos pacientes se los tumbaba directamente en el suelo, a otros se los encamaba de dos en dos, normalmente un herido con un enfermo, con lo que el contagio entre unos y otros estaba asegurado...⁸

4. Los escenarios de la asistencia sanitaria

¿Dónde se recogía y atendía a los heridos de que estamos hablando? La pregunta no carece de interés, sobre todo si nos centramos en una zona como la provincia de Salamanca y los escasísimos recursos con los que contaba. En aquellos momentos la situación hospitalaria en estas tierras no era excesivamente halagüeña, muy en consonancia con una profunda decadencia iniciada en el siglo XVIII, emparentada con un declive de la densidad demográfica en estas latitudes. Como es sabido, en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX se produce una gran crisis de subsistencia en toda la Europa

⁷ Alfonso Ballesteros Fernández, ob.cit, p. 242.

⁸ Luis Alfonso Arcarazo García, ob. cit., p. 236.

occidental, que alcanzaría su peor momento entre los años 1803 y 1804. Una situación de la que no escaparía la provincia de Salamanca.⁹ Justamente será esa crisis -y no tanto la Guerra de la Independencia-, la causante de las tasas de morbi-mortalidad tan altas que se registran en los comienzos del siglo decimonónico. Por tanto, en relación con los aspectos sanitarios, que es lo que a nosotros nos interesa, los efectos de la guerra deben tomarse tan sólo como agravantes de esa situación previa que se arrastraba y de la que España y la población española no había logrado recuperarse cuando se inician los enfrentamientos, a pesar de que en 1808 el crecimiento de la población comenzaba a recuperar las pérdidas tanto de la hambruna como de la fiebre amarilla y la epidemia de malaria que le habían costado al país la pérdida de entre 350.000 a 500.000 habitantes.¹⁰

En principio, en todas las poblaciones salmantinas importantes existía un hospital, por pequeño que fuera y por ruinosos que pudieran ser su estado o sus recursos: el de San Gil, en Béjar, el de Santiago, en Alba de Tormes o el de la Providencia, en Ledesma. En Ciudad Rodrigo, además del Hospital de la Pasión, que sería el más importante de la población en la época que nos ocupa, había existido un hospital exclusivamente militar, según lo pone de manifiesto Velasco Morgado,¹¹ que utilizaba algunas dependencias del Hospital de la Pasión. Nos referimos al llamado Hospital Real, fundado en 1741, que no permaneció como tal durante mucho tiempo, pues la Cofradía de la Pasión adquirió el compromiso de asistir a las tropas destinadas en Ciudad Rodrigo, así como en el Fuerte de la Concepción, en Aldea del Obispo. Por su parte, en la ciudad de Salamanca había un Hospital General, el de la Santísima Trinidad, fruto de la fusión en 1581, de 18 pequeños hospitales. Contaba también con el Hospital del Estudio —perteneciente a la

⁹ Vid. al respecto Vicente Pérez Moreda, *Las crisis de mortalidad de la España interior (ss. XVI-XIX)*, Madrid, Siglo veintiuno, 1980; o José Luis Peset, y José Adriano Carvalho, *Hambre y enfermedad en Salamanca. Estudio de la repercusión de la "Crisis de Subsistencias" de 1803-1805 en Salamanca*, en *Asclepio*, 24, 1972, pp. 225-266.

¹⁰ Ronald Fraser, *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la Independencia 1808-1814*, Barcelona, Ed. Crítica, S. L., 2006, p. 759.

¹¹ Raúl Velasco Morgado, *Aspectos médico-sanitarios de la Guerra de la Independencia en Ciudad Rodrigo (1808-1814) [Memoria de Grado]*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2007, p. 49.

universidad—, a punto de desaparecer y con los de Santa María la Blanca y Nuestra Señora del Amparo, dedicados exclusivamente a enfermedades contagiosas.¹²

En cuanto a las instalaciones y personal de todos estos hospitales, no resultaba raro que se redujeran a una simple habitación, donde más frecuentemente que a los enfermos se acogía a los pobres. Eran excepción los que de entre ellos estaban atendidos por personal especializado y no religioso, a pesar de que tan sólo unos años antes, los hospitales españoles habían gozado de una situación excelente, en lo que a la profesionalización de la asistencia sanitaria se refiere. Los datos que aporta al respecto Carasa Soto son bastante esclarecedores: mientras que en 1787, alrededor de la mitad del personal de los hospitales (un 44.4%) eran facultativos, frente al 10.9% que suponían los capellanes, en 1907 esas proporciones prácticamente se invierten.¹³

Como ocurría con el propio sistema de sanidad militar, estas infraestructuras hospitalarias a que hemos aludido podían ser más o menos suficientes cuando reinaba la paz, pero al empezar la contienda ni su número, ni sus dotaciones lo fueron, dada la avalancha de personas que hubo que atender en ellos. Basta para entenderlo con comparar los datos siguientes: al inicio de la guerra la ciudad de Salamanca tenía unos 4000 habitantes. Si se piensa que en la batalla de los Arapiles, muy cerca de la capital, se contabilizaron unas 10000 bajas entre heridos y muertos, enseguida se comprende el desfase entre las cifras que Salamanca estaba acostumbrada a manejar y las que se vio obligada a asumir entonces. Lo mismo sucedió en otras poblaciones salmantinas (Ciudad Rodrigo, Béjar, Alba de Tormes...), en las que tuvieron lugar batallas importantes, como lo muestra la comparación del número de habitantes en los principales núcleos de población con el de de muertos y heridos en las batallas que protagonizaron: siempre hay un desfase notorio. Esto originó que hubiera que habilitar muchos edificios para este fin: iglesias, conventos, cuarteles, hospicios, colegios, palacios, etc., a los que en algunos documentos se designa como "hospitales efimeros". Si llegaba el caso, se expropiaban los edificios y se echaba a la calle a sus moradores, sin ningún tipo de miramiento, como

¹² María Teresa Santander Rodríguez, *El Hospital del Estudio*, Salamanca, Centro de Estudios Salmantinos-CSIC, 1993. *Vid.* también Josep Danon, Hospitales de España y Hospitales militares, en *Medicina e Historia*, 15, 1972.

¹³ Pedro Carasa Soto, *El sistema hospitalario español en el siglo XIX*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1985, pp. 117-120.

se recoge en diversos documentos. Así, en Salamanca capital se habilitaron, por ejemplo, el Seminario o el Colegio del Arzobispo, mientras que en Ciudad Rodrigo se hizo lo propio con el Hospicio, el convento de San Francisco o las paneras del de los Agustinos. Y, en cuanto al aprovisionamiento tanto de estas instalaciones provisionales como de los hospitales verdaderos, se instaba al pueblo a colaborar con colchones, mantas, sábanas, comida y dinero. Se organizaban además actividades, como obras de teatro por ejemplo, con el fin de ofrecerle a los hospitales lo que se recaudara de las entradas. Cuando, a pesar de todo esto, una ciudad ya estaba absolutamente congestionada por la afluencia de heridos, estos se intentaban desviar hacia otras poblaciones más alejadas, improvisándose las “ambulancias” para su transporte: a bordo de acémilas o, generalmente, en carros, que se confiscaban para los traslados.

5. Enfermar y morir de hambre y miseria

Si difícil resultó montar hospitales o conseguir camas en que atender a los enfermos y heridos, más lo fue todavía vivir en ellos, sobre todo en los improvisados, muchos de los cuáles se instalaron en edificios que previamente habían servido como cuarteles, por lo que resulta fácil comprender que sus condiciones higiénicas eran mínimas. También lo eran las puramente médicas, por la falta de material sanitario, la escasez de medicamentos, la imposibilidad de aislar a los enfermos más contagiosos, etc. Por otro lado, las mantas y los colchones no se aireaban nunca, las sábanas no se cambiaban de un enfermo para otro y los locales no se ventilaban; era casi imposible poder proporcionar alimentos y calor a tan alto número de personas, de modo que en medio de tanta miseria lo único que realmente abundaba eran los piojos, responsables, como veremos enseguida, de la enfermedad que más víctimas se cobró en esta guerra: el tifus exantemático o "fiebres heroicas", como se la conocía por entonces.

Cualquier guerra constituye una situación excelente para el desarrollo de enfermedades, sobre todo de aquellas más relacionadas con la falta de higiene, mala alimentación y exposición a los rigores del clima, factores éstos que actúan sobre unos cuerpos previamente debilitados por el exceso de ejercicio físico y la escasez de descanso. Así ocurrió en esta contienda en que los problemas económicos fueron tan graves y la miseria tan mortífera que las infecciones y el hambre se cobraron más víctimas que las armas de fuego, de manera que las bajas por enfermedad superaron diez veces a los

heridos. Entre tales enfermedades se encontraban la popular sarna o las disenterías, causadas por el consumo de aguas en mal estado o por la mala alimentación; una mala alimentación que afectaba tanto a los soldados como a la población civil y que llevaba asimismo a los procesos carenciales, especialmente el escorbuto y el beri-beri. Todos ellos -población civil y militares- podían verse afectados, además, por fiebres inespecíficas de etiología diversa, fiebre tifoidea, epidemias ocasionales de viruela, afecciones respiratorias o las clásicas enfermedades venéreas; a lo que en territorios con un clima como el que tenemos por aquí, se añadirían las congelaciones de miembros o extremidades distales, documentadas en nuestro país para esta guerra, en zonas de los antiguos reinos de León, de Castilla y de Aragón.

Pero, como lo adelantábamos, entre todos los procesos que aquejaron a los soldados durante esta guerra merece un comentario especial el tifus, una enfermedad temible, causada por la bacteria *Rickettsia prowasekii*, responsable del tifus epidémico y hemorrágico, aunque existe también una *Rickettsia quintana*, que origina la llamada “fiebre de las trincheras”. Ambas bacterias se transmiten a través de piojos, por lo que el tifus es una enfermedad ligada como ninguna otra al hambre y a la miseria: si el hambre conduce a un estado próximo a la inanición en que la resistencia a las infecciones, tanto la específica como la inespecífica, está disminuida, la miseria, con la falta de higiene que conlleva, prepara el mejor de los terrenos para la propagación de los piojos, que son, como hemos señalado, los encargados de transmitir la enfermedad. Por ofrecer sólo un dato que nos permita entender los estragos que causó este proceso, sólo diremos que en el segundo sitio de Zaragoza se calcula que murieron en la ciudad 53800 personas, entre civiles y militares, de las que 47800 lo habrían hecho a causa del tifus exantemático y tan sólo 6000 serían por bajas en combate. Hasta Larrey contrajo el tifus durante su estancia en España y estuvo a punto de fallecer.¹⁴

¹⁴ Para hacerse una idea bastante fiel sobre cuáles eran las condiciones higiénicas, así como las enfermedades que aquejaban a los soldados, particularmente el tifus, Vid. por ejemplo, Anónimo, *Discurso económico-político sobre los Hospitales en campaña*, [Anónimo atribuido a A. Hernández Morejón], Valencia, Salvador Fauli, 1814; Manuel Codorniu, *Instrucciones higiénicas*, Madrid, Imprenta Nacional, 1836; o Manuel Codorniu, *El tifus castrense y civil*, Madrid, Fuentenebro, 1838.

La conjunción de unos y otros factores consiguió que la mortalidad hospitalaria llegara a ser muy elevada, aunque la extrahospitalaria fue similar: hambre y miseria, resultado del vaciamiento de las “despensas” que las ciudades soportaron, consecutivas a las diferentes requisas llevadas a cabo para abastecer a todos los ejércitos de uno y otro bando; hambre y miseria que avocaron a muchos ciudadanos a tener que vivir de la mendicidad y que consiguieron, por ejemplo, entre los niños expósitos una mortalidad superior al 90%. El conflicto le costó a España una pérdida de población de unos 215.000 a 375.000 habitantes entre los que murieron y los que no nacieron a causa de la guerra, pues al inicio del conflicto los jóvenes en edad casadera, entre 16 y 25 años, se alistaron en bloque y murieron también de este modo en las derrotas de 1808-1809. La pérdida de estas personas afectó seriamente al crecimiento de la población española todavía mucho tiempo después, ya que no solamente se perdió una generación entera de nacimientos, sino también los hijos potenciales de estos que no nacieron y así sucesivamente.¹⁵

Fue una guerra en definitiva que tuvo para nuestro país consecuencias nefastas en todos los ámbitos, también en el sanitario. Y aunque sirvió para iniciar un nuevo periodo en nuestra historia cerrando las puertas al antiguo régimen, lamentablemente no trajo consigo la concordia entre los españoles, que perdieron una ocasión preciosa para sentar las bases de una nación moderna y cohesionada de cara al futuro.

¹⁵ Ronald Fraser, ob. cit., pp. 758-759.

***“ANDA MARIA QUE JÁ ABALARAM OS FRANCESES”: LA EXPRESSION
ORAL Y PICTÓRICA DEL PUEBLO PORTUGUÉS SOBRE LAS CAMPAÑAS
NAPOLEÓNICAS.***

Tereza Caillaux de Almeida
CAER - Université de Provence

La expresión “¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses” se grabó en la memoria colectiva portuguesa, entre el valle del Duero y el valle de Côa. La decía, en tiempos de la ocupación de las tropas de Masséna en 1810, quien anunciaba al pueblo escondido del enemigo el fin de ese peligro. Este estudio se basa en una entrevista y un dibujo que la ilustra, junto con otros documentos que confirman y amplían el campo cronológico y espacial de los primeros testimonios. Se intenta demostrar que esta expresión popular no es un caso aislado en Portugal de manifestaciones ligadas al miedo y por consiguiente a los escondites. En efecto, estas temáticas se repiten en varios ámbitos (orales, escritos e iconográficos) y se encuentran de norte a sur del país y, superando el aspecto factual, se insertan en la esfera simbólica y mítica nacional.

Introducción

El título de esta conferencia incluye – y destaca - la expresión “*Anda Maria que já abalaram os franceses!*” (“¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses”) Nos encontramos ante un ejemplo de cuantos vestigios subsisten en la memoria de los portugueses sobre las campañas napoleónicas que tuvieron lugar en su territorio a comienzos del siglo XIX y, más específicamente, en esta región entre el valle del Duero y el valle del Côa. Por tanto, mi intención es demostrar que – y cómo – la memoria de esa época de guerra aún sigue viva, tanto en su vertiente oral como iconográfica y cuáles son sus características, su extensión y proyección.

No se trata de presentar un informe exhaustivo sobre el tema, sino de proponer una reflexión a partir de un ejemplo que conjuga testimonio oral y expresión pictórica y al que se le asocian otros elementos del corpus doctoral, siempre que éste sea pertinente y contribuya a la demostración.

Con este objetivo en mente, el estudio se basa en dos documentos provenientes de mi investigación en Almeida y alrededores, a saber, una entrevista y una ilustración, ambas del mismo autor, nativo de la aldea de Ade.

Por un lado, contamos con el apoyo de otra entrevista a un nativo del municipio de Trancoso y, por otro lado, con tres fotografías sacadas aquí, así como una viñeta dibujada por Pinhel, imagen relacionada con los testimonios orales recogidos en la región, cierto, pero cuyo eco resuena en todo el país. En efecto, una documentación más amplia permite comprender de qué modo, en este contexto de reminiscencias, un

fenómeno aparentemente esporádico o local se inscribe en una red mucho más amplia y quizás más mítica y simbólica que factual.

Finalmente, la multiplicación de ejemplos permite distinguir una temática predominante: el miedo- Se intentaron comprender las causas que habrían originado este sentimiento de miedo, recurrente en los testimonios orales, así como una de sus consecuencias, los escondrijos.

1. “¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses”: aspecto contextual

Estamos ante una expresión popular que, como se nos indicó, tenía su origen en la época de las invasiones francesas.

Aquí, y en otros pasos de la investigación, la elección de un documento oral no es inocente. Se parte así del principio de que los documentos escritos no son la referencia privilegiada para el conocimiento de un fenómeno de carácter histórico. Efectivamente, la representación escrita o iconográfica de la Historia comporta elementos de distanciamiento en relación al tiempo pasado. El interés del discurso oral radica pues en su evolución desde el momento del acontecimiento hasta su expresión actual que contiene el resultado de una transmisión, sea familiar o comunitaria. Se trata de una memoria viva, un “presente del pasado” constantemente renovado que informa sobre los tiempos pasados así como sobre la vivencia del recitante entrevistado e incluso sobre la mentalidad del pueblo al que pertenece.

La exclamación «¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses» nos fue revelada en el año 2003 por Carlos Martins Pereira, artista plástico de Lisboa, nativo de Ade, aldea del municipio de Almeida situado en la margen izquierda del río Côa. Lo que este artista nos contó – y escribió en una carta fechada en marzo de 2003 - es que la aldea de Ade había sido ocupada por las tropas francesas del mariscal Masséna, tras haber conquistado la plaza de Almeida el verano de 1810.

Debido a la llegada de los soldados extranjeros, la población en general se refugiaba donde podía, escondiéndose en pozos, minas, matorrales, peñascos, etc. En este contexto, los habitantes de Ade se escondieron en un alto y vasto peñasco, el “Barroco das Poças”. Este lugar está a unos 2 kilómetros de Ade y a unos 500 metros de la

carretera que, saliendo de la autopista IP5 sigue hasta Cerdeira do Côa y Sabugal. Así pues, fue allí donde se escondieron los habitantes de Ade para que no les encontraran los franceses. Al pasar por debajo, las tropas francesas no les vieron y se quedaron allí un tiempo, que el recitante no especificó. Cuando pensaron que ya no había más franceses en la aldea, las gentes escondidas mandaron a alguien al pueblo, pero no volvió. Sólo después supieron que la aldea seguía ocupada y que el hombre había sido abatido de un tiro por un centinela en la « Esquina do Lagar ». Algunos días después, alguien llegó al enorme peñasco y dijo «¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses», lo que significaba que, efectivamente, las tropas del enemigo estaban lejos y que ya no era peligroso salir del escondite.

Carlos Martins Pereira, tras haber contado y escrito la historia relativa a esta expresión y al protagonismo del peñasco durante la tercera invasión francesa, quiso también dibujar el lugar « de memoria ».

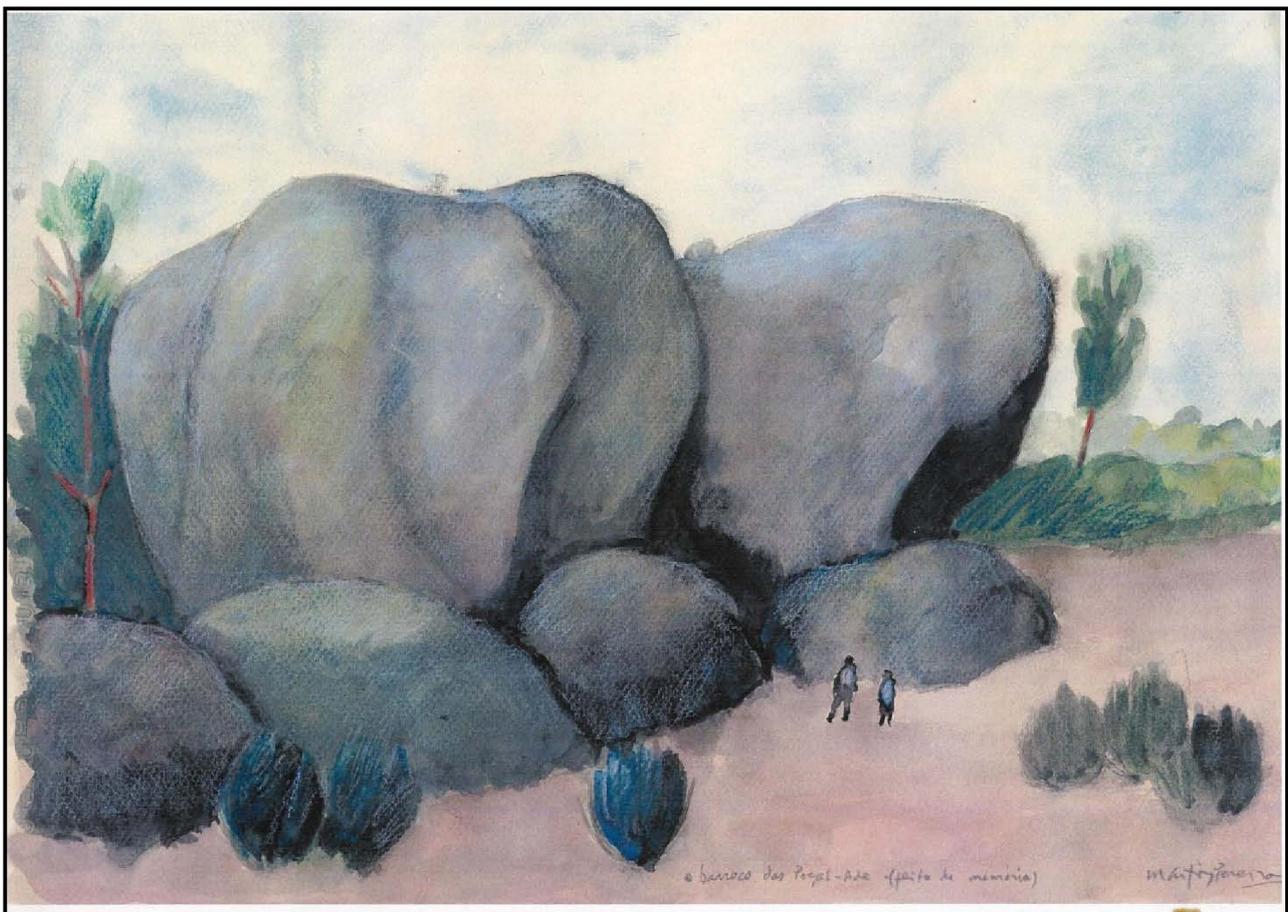


Fig. 1 - Carlos Martins Pereira, « O Barroco das poças », 2003, colección particular

El dibujo, al reforzar el testimonio oral, constituyó, simultáneamente, un nuevo vestigio del tiempo pasado, que cobraba así actualidad.

El propio estudio de estas marcas del pasado – y el modo en que lo estamos elaborando – es simplemente una nueva etapa en el proceso de transmisión de dichos recuerdos que, decididamente, se mantienen vivos en esta región, como lo demuestra el presente Congreso y las celebraciones conmemorativas anuales en las que, recientemente, se introdujeron las reconstrucciones militares, símbolos de un fuerte vínculo entre pasado y presente.

Carlos Martins Pereira afirma que la expresión «¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses» era común en la aldea hasta los años cincuenta del siglo pasado, es decir, probablemente, mientras seguía existiendo la costumbre comunitaria de reunirse en familia alrededor del calor del hogar, algo que la vida moderna, y sobre todo la televisión, han acabado destruyendo. Se utilizaba cuando alguien llamaba a quien se retrasaba en la huerta o al recoger leña al final de la tarde. Él mismo, niño lisboeta que pasaba las vacaciones en la aldea, la utilizaba con sus primas cuando, al caer la tarde, volvían a casa con las cabras o las vacas porque había que darse prisa en encender la lumbre para calentar la casa. Esta historia la escuchó de sus tíos, que la habían oído de su padre, bisabuelo del recitante y sobrino nieto de José Clemente Pereira, doctorado en derecho por Coimbra, afrancesado y masón, que acompañó a la corte de Juan VI en su viaje a Brasil, con la llegada de las primeras tropas francesas, en noviembre 1807. Así pues, nos encontramos ante una transmisión por vía familiar que no deja de revelar el estado de la memoria colectiva local dado que la familia Pereira era natural de dicha aldea.

La visita a Ade no nos permitió encontrar vestigios del episodio del asesinato en la esquina del lagar, bien porque la memoria colectiva no lo retuvo o bien porque sí lo hizo pero no pretende divulgarlo a personas ajenas a la aldea. En cuando al « Barroco das Poças », su descubrimiento no dejó de presentar ciertas dificultades puesto que sólo se puede llegar a pie y con alguien que conozca bien el camino. Ahora bien, la gente de Ade se mostró reticente y sólo un habitante accedió a acompañarnos al oír el nombre de la familia Pereira que, aparentemente, era digna de gran respeto en la aldea. La visita al peñasco mereció la pena al comprobarse, con emoción, que la representación « de

memoria » realizada por Carlos Martins Pereira, se correspondía exactamente con la realidad, como prueba esta fotografía que sacamos en el momento, en 2005.



Fig. 2 - Foto : Tereza Caillaux de Almeida

2. Dimensión simbólica de los lugares de memoria

La expresión «lugares de memoria » se entiende aquí en la acepción de Pierre Nora, como «los lugares donde la memoria se encarnó opcionalmente o que, gracias a la voluntad de los hombres o al trabajo de los siglos, permanecieron como los símbolos más indiscutibles»¹. Puede tratarse de un objeto, de una persona, de un documento u, obviamente, de un lugar como el “Barroco das Poças” así como de una expresión oral como es el caso de “¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses” siempre que sea objeto de recuerdo colectivo.

¹ Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, 1984, t.1 «La République», [introducción].

Así, todo nos lleva a creer que la historia de Carlos Martins Pereira tiene un cariz local. De hecho, las comillas de la expresión indican el discurso directo que podría ser el de una persona de la aldea cuya historia se habría transmitido a través de los siglos. Podemos imaginar una voz individual masculina que se dirige a un personaje femenino (Maria) a la que trata de tú (en el imperativo portugués “anda”) lo que nos lleva a suponer que sea su hermana, hija o esposa. No obstante, esta situación familiar no parece relevante dado que, bastante lejos de Ade, también se conocía esta expresión. En otras palabras, no podemos circunscribir esta expresión a un marco puramente individual, factual y *a fortiori* local, sin antes considerarla de manera simbólica, como un *leitmotiv* perteneciente al dominio colectivo. Especialmente puesto que el pueblo se apropió de ella, haciéndola evolucionar desde el punto de vista semántico, descontextualizándola y llevándola de un lugar y tiempo definidos a una situación de la vida corriente: el retraso de alguien.

Otra historia, con características similares, ya mencionada, proviene de Cogula, en el municipio de Trancoso, a unos 50 kilómetros de Ade, lo que presupone que, sobre todo en aquella altura cuando los desplazamientos no eran fáciles, los habitantes de Cogula no habrían sabido de la experiencia del refugio en el “Barroco das Poças”, ni tampoco de su existencia. Quien la relata es el señor Baptista, nativo de Cogula y actual propietario de un hotel en Celorico da Beira. La fuente narrativa es igualmente familiar y la expresión utilizada difiere poco de la de Ade, igualmente evocada. Cuenta el señor Baptista que en su aldea, en el « tiempo de los franceses », se escondían tesoros y personas en agujeros hechos en las paredes de las casas; cuando los soldados enemigos se alejaban, alguien decía “Anda Maria que já foram embora os franceses!” (“¡Ya puedes salir, María! que se marcharon los franceses”).

Entonces, en este contexto de guerra, la interpelación “¡Ya puedes salir Maria!” en sus variantes «que se fueron» o “que se marcharon” podría considerarse como una señal que la población habría divulgado en esa altura para alertar de la presencia – o mejor dicho de la ausencia – de las tropas francesas.

Sin embargo, en el ámbito de la historia oral, que aquí tratamos, las entrevistas requieren una confrontación con documentos de otro tipo: escritos, iconográficos, de la época o recientes pero que permitan poner en perspectiva el testimonio recogido. Se trata pues de un equilibrio entre lo que se dijo, lo que se encuentra en los archivos, en

los museos, en las obras de los historiadores o incluso de lo que se puede comprobar *in loco* de esos vestigios del pasado contados por el recitante, como es el caso del “Barroco das Poças” sobre cuya existencia no cabe la más mínima duda y cuya observación merece una explicación más pormenorizada que remite a una dimensión más simbólica que física.

Así, si bien es cierto que el peñasco, por ser tan alto, impedía que las personas que en él se escondían fueran vistas por quien pasaba por debajo, quizás exista otra razón por la que, en aquel momento de aflicción, la población se refugiara allí. Efectivamente, en la cima del peñasco liso, de unos diez metros de altura, nos encontramos con dos cavidades redondeadas que podían albergar, cada una, a un gran número de personas.



Fig. 3 – Una de las cavidades del “Barroco das Poças”. Foto: Tereza Caillaux de Almeida.

Contrariamente a la suposición de Carlos Martins Pereira, no se trata del resultado de diferentes enfriamientos de lava jurásica sino, lógicamente, por la regularidad de sus paredes, de cavidades esculpidas por el hombre. Ahora bien, el “Barroco das Poças” es un conjunto de rocas graníticas que se asemeja mucho a aquéllas evocadas como «piedras mágicas» de tradición celta, mencionadas por el historiador Paulo Alexandre Loução en su obra *Portugal, terra de mistérios*. Dichas cavidades son *tinas* o *pilas* – lugares de culto – como aquellos en los que se escondieron los aldeanos de los soldados franceses. De hecho, la hendidura que se ve en una de las tinas halla súbitamente explicación en el desagüe de sangre de rituales pasados.



Fig. 4 – Tina del Barroco das Poças con desagüe .Foto: Tereza Caillaux de Almeida

Por todo ello, podemos suponer que los aldeanos escogieron este lugar no sólo por razones prácticas sino porque allí se sentían mágicamente protegidos.

De nuevo según Loução² :

lo más sorprendente es el hecho de que gran parte de la población de este ‘Portugal profundo’ sigue viviendo, de forma atávica, en una cierta armonía con el espíritu de estos lugares y enmarcada en una cosmovisión religiosa del mundo, absolutamente natural para ella. Esta conexión con los lugares se mantiene a través de tradiciones, cultos y leyendas, siguiendo aún vivos multitud de vestigios de una integración arcaica del hombre en el cosmos, lo que constituye un tesoro inestimable en un mundo en fase acelerada de desacralización (podríamos incluso decir de bestialización) de la vida humana.

Surge entonces la pregunta siguiente: el pintor Carlos Martins Pereira, al reproducir perfectamente « de memoria » ese lugar en el que no ha estado en más de cuarenta años, ¿estaría manifestando su propia memoria o la que se ha transmitido desde hace siglos? Paralelamente, al evocar los escondites donde la población escondía el oro y demás objetos preciados de la codicia francesa, el Sr. Baptista se enmarca en una tradición muy portuguesa, renovada en la época de las invasiones francesas y en lo que queda de ellas en la memoria colectiva. Efectivamente, desde la invasión de la península ibérica por parte de los sarracenos, en el siglo VIII, las leyendas de moras ya se asociaban a estas temáticas. Se deduce, por tanto, que la memoria oral relativa a la ocupación napoleónica parece de hecho más vasta de lo que la une con ese período histórico. Así pues, los escondites de la aldea de Cogula también se insieren en una línea más mítica que histórica.

3. La temática del miedo y sus manifestaciones

Estos dos ejemplos – el de Ade y el de Cogula – remiten, realmente, a la temática del miedo que provocaba que la población buscara escondites para protegerse. Conocedora del espacio en el que vivía y circundante, natural como el roquedo, o artificial como las habitaciones, conseguían así salvar sus vidas y parte de sus enseres. Así, ese alejamiento del escenario de las hostilidades, supone una forma de acción patente en el verbo portugués “andar” (ya puedes salir) y remite al fin de una situación angustiosa, dado que se utilizaba cuando el peligro ya se había alejado, pero que implica que una acción, en el

² Paulo Alexandre Loução, *Portugal, terra de mistérios*, vol. I, Lisboa, Ésquilo, 2005 (6a edição), p. 20.

sentido inverso, ya había procesado. Por tanto, lo que parece ser una fuga se revela, finalmente, como una dinámica, demostrando así la capacidad de adaptación de esta gente frente a la adversidad.

Uno de los temas principales de las entrevistas, realizadas en el ámbito de la investigación doctoral, es el escondite. Puede deducirse que si el pueblo escondía bienes y a personas, lo hacía por miedo a las tropas francesas. Pero, ¿podemos afirmar, con plena certeza, que existieron dichos escondites? El hecho de que el Sr. Baptista los evocara no probaría su existencia; y a pesar de que el suyo no sea un caso aislado en la región, eso puede denotar únicamente un fenómeno de trasmisión de la memoria en una determinada zona geográfica. Ahora bien, existen testimonio equivalentes en otros puntos del país. Por ejemplo, Anabela Heitor, que actualmente reside en París, se acuerda de que la habitación de sus tías, en Ramalhal (región oeste) había sido transformada en granero en la época de las invasiones francesas y sigue mostrándose así.

Los bienes preciados también se disimularon y don Fernando Mascarenhas, actual Marqués de Fronteira relata, con mucha gracia, que, cuando era niño, acompañó a su madre en la búsqueda del tesoro, en la propiedad de los Marqueses de Fronteira e Alorna : « claro que no encontramos nada », confiesa. Ana Paula Assunção, directora del Museo do Conventinho de Loures, afirma que el oro se escondía en peroles y relata, como si estuviera viviendo los hechos: « ¡esconde, esconde, esconde todo, que vienen los franceses! » y añade « la gente aún se acuerda ». Graciete de Vasconcelos Pereira informa que en el altar de la catedral de Oporto aún se pueden ver vestigios de yeso, « estrategia de los portugueses para esconder la plata », dice ella.

De hecho, la temática del escondite está presente en todo el país e incluso hubo oficiales franceses que dejaron testimonios al respecto en sus memorias. Es el caso del General Pelet-Clozeau, ayudante de campo del mariscal Masséna, que lamenta el mal comportamiento de sus soldados: « para extorsionar a los pobres campesinos y averiguar sus escondites » y añade: « de vez en cuando descubríamos algunos depósitos escondidos »

en Santarém y Torres Novas; incluso acabamos ordenando verdaderas batidas en casas grandes, para recuperar el trigo que suponíamos estaba allí escondido»³.

El conjunto de estas narrativas dan prueba de la rapacidad y ferocidad de las tropas francesas. En estas circunstancias, los portugueses optaban por huir. En una historia de José Carlos Janela Antunes, de Baraçal, municipio de Sabugal, trasluce esa actitud del pueblo ante el enemigo. Cito: «huyeron, huyeron, tenían miedo, habían huido, asustaditos, con mucho miedo». En sus memorias, el coronel Delagrave recuerda así la llegada de su ejército a Viseu: «esta ciudad, de ocho a diez mil almas, estaba completamente desierta. Los ricos también habían huido a Oporto o a Lisboa. El pueblo se había escondido en los bosques y en las montañas a unas leguas de la ciudad»⁴.

La fama de invencibles de los soldados de Napoleón y su comportamiento desde su llegada a Portugal, según los testimonios, son suficientes para justificar el estado de pánico de la población. Pero incluso si en Portugal no faltan pruebas del mal comportamiento del ejército extranjero, falta entender por qué razón reaccionaban de este modo. Sea como fuere, esa preocupación no está patente en el discurso de los portugueses, durante esta investigación. De hecho, no se recogió ninguna referencia, por ejemplo, a las malas condiciones de vida por las que pasaron las tropas. El coronel Delagrave, que vivió en sus carnes una situación de extrema precariedad, informa de que, al comienzo de la tercera campaña, sus hombres sólo tenían galletas para quince días y que tenían de reserva una cantidad equivalente. Había raciones suficientes para treinta días y el ejército francés se quedó en Portugal... siete meses.

Un documento del Archivo Histórico Militar portugués permite comparar los episodios relatados por los entrevistados, en el ámbito de la violencia que generaba miedo. Se trata del «Mapa de los muertos, robos y otros disturbios causados por las tropas de Masséna [...]» en Guarda y alrededores.⁵ Nótese que se trata de la misma zona geográfica de Carlos Martins Pereira, del Sr. Baptista y de José Carlos Janela Antunes, lo que permite el estudio comparativo de los diferentes documentos.

³ General Pelet-Closeau, *Mémoires sur ma campagne du France (1810-1811)*, Paris, ed. Historiques Teissèdre, 2003, col. « du Bicentenaire de l'Épopée Impériale », p. 333; 368.

⁴ André Delagrave, *Mémoires du colonel Delagrave. Campagne du France 1810-1811*, Paris, éd. Gachot, s.d., p.70.

⁵ Referencias del documento: AHM, 1ª división, 14ª sección, caja 92.

Este texto manuscrito se divide en siete párrafos, que corresponden a temas distintos que se tratarán aquí en orden cronológico y que permiten comprender el miedo patente en los testimonios orales:

El primer párrafo evoca las golpes, tiros y heridas; fatigas, molestias, privaciones de todo tipo que sufrieron las gentes de la comarca de Guarda por parte de los franceses y quienes murieron a causa de ello. Este párrafo del mapa bastaría para ilustrar el pavor de la población y para dar por válido el relato, en las entrevistas, de los horrores sufridos. De hecho, la mayoría de los participantes en esta encuesta se expresaron en este sentido. Se trata de un testimonio actual que procede de la transmisión oral a lo largo de estos doscientos años. También existe una iconografía que expone ese sentimiento acusando al ejército francés. En esta región, un tebeo reciente, sobre la historia de Pinhel, ilustra este tema a la perfección⁶. En una viñeta se ve al pueblo huyendo de las tropas napoleónicas. En sus rostros se percibe claramente el horror.

⁶ José Garcês, *História de Pinhel, Falcão, Guarda-mor de Portugal*, s.l., Âncora Editora, 2004.



Fig. 5 – B.D. José Garcês, *História de Pinhel, Falcão, Guarda-mor de Portugal*.

El segundo párrafo alude a las violaciones cometidas sin respetar edad o condición. Este tema está presente en la memoria de los portugueses pero raramente se denomina como tal. Sin embargo, encontramos innumerables alusiones a la fisonomía de ciertas familias cuyos miembros tendrían, por ello, ojos verdes o azules, piel muy blanca, estatura imponente, la cabeza alta y el cabello rubio. Los descendientes de franceses y portuguesas existen, según los testimonios, en muchas regiones excepto en el sur. Aún hoy, se suele contar con una sonrisa avergonzada. De hecho, raros son los que se refieren a este asunto a propósito de su propia familia.

El párrafo siguiente se refiere a la profanación de templos. El horror a los ultrajes a la religión es un *leitmotiv* en toda investigación realizada. Por ejemplo, en Salamonde se cuenta que los soldados de la segunda invasión entraron a caballo en la iglesia de São Gens, tirando y pisoteando las hostias y que éstas se transformaron en sangre lo que,

simbólicamente, resulta muy significativo en cuanto al sufrimiento del pueblo portugués. En Salamonde hay quien atribuye el origen de esta leyenda a un abad que se la habría inventado para impresionar al pueblo e incitar a que combatiera al enemigo...

Los párrafos restantes se refieren a los asesinatos, robos y destrucción del patrimonio. No obstante, cuando se refiere a las “tierras que quedaron sin cultivar por falta de ganado, de brazos, de simientes [...]”, eso no sólo tiene que ver con la crueldad de los franceses sino también con la estrategia de «tierra quemada» instaurada por los ingleses y respetada por los portugueses, en los años 1810 y 1811. Ahora bien, la omisión de esta circunstancia histórica pone de manifiesto la intención del redactor del mapa de denunciar exclusivamente los actos de los franceses. Es el mismo caso que en la expresión oral colectiva. Así, podemos deducir que tanto los relatos orales como los escritos obvian el rigor histórico, situándose más en la esfera simbólica o ideológica.

En este mapa podemos observar la indignación frente a la violencia del ejército enemigo. Los mapas de este tipo eran confeccionados por los abades a partir de las declaraciones de los habitantes de su parroquia, lo que hace discutible el valor objetivo de dichos documentos, puesto que la iglesia en general consideraba al ejército francés un hatajo de herejes, lo que contribuyó mucho a luchar contra ellos. En contrapartida, el historiador Philippe Joutard confiere un valor de autenticidad a la investigación oral que permite: «contradecir ciertas afirmaciones imprudentemente proferidas a partir de documentos escritos»⁷. En efecto, aunque existe una fuerte convergencia entre las entrevistas y este documento de archivo, subsiste una diferencia fundamental, pues el primero cuenta y el segundo denuncia explícitamente los actos de los franceses.

El miedo encuentra así innumerables justificaciones y diversas manifestaciones, de norte a sur del país. Si “¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses” suena como un alivio en relación a la situación de angustia que la antecede, otras expresiones, además de la partida de los franceses del territorio nacional, aún contienen ese pavor. Además de eso, el clima de guerra en sí mismo originó ciertas novedades lingüísticas. Por ejemplo, el miedo a los franceses servía, aunque más recientemente, para educar a los niños. El escritor Teixeira de Pascoaes, natural de Amarante, cuya casa fue incendiada por los soldados franceses durante la toma de esa ciudad, lo recuerda así:

⁷ Philippe Joutard, *Ces voix qui nous viennent du passé*, [Paris], Hachette, 1983, col. « Le temps et les hommes», p. 176.

«Cuando era niño, en cuanto las criadas gritaban: ‘¡Niños, no hagáis ruido, que vienen los franceses!’ yo avistaba, en el horizonte de Abobreira aquellas barretinas enormes de los grabados»⁸. Esta manera de asustar a los niños para mantenerlos tranquilos, muestra bien hasta qué punto la imagen aterradora de los soldados franceses permanecía en el recuerdo y se transmitía en el entorno familiar. Hemos de tener también en cuenta que todos los elementos del recuerdo estaban presentes y se conectaban espontáneamente dado que el autor asocia automáticamente la evocación de los franceses a una referencia iconográfica que había retenido. Frederico Pinto Basto Lupi cuenta que las empleadas de la Casa das Gaeiras utilizaban el mismo recurso para hacerse respetar. Otra versión para lograr los mismos resultados es la que cuenta un habitante de Manique do Intendente (municipio de Lisboa) en la que, en lugar de los franceses, el nombre del general Loison *el manco* era el que producía ese efecto.

Conclusión

La expresión “¡Ya puedes salir, María! que se fueron los franceses” y sus variantes, atribuida por cada uno a su aldea, se revela, finalmente, como un elemento de la tradición oral portuguesa. Destacamos cómo, desde el punto de vista semántico, la expresión evolucionó y representa hoy, a nivel local, una interpelación a quienes se retrasan. Aún así, no la podemos circunscribir exclusivamente a una o dos aldeas de la comarca de Guarda, puesto que las temáticas del miedo y de los escondites que en ella están presentes, se encuentran en todo el país. Y, pese a que la expresión se creara durante la ocupación de los franceses, a quienes evoca explícitamente, tiene ramificaciones simbólicas más allá de este período, por ejemplo en la época de la ocupación sarracena.

Siendo así, esta expresión no está vinculada únicamente a un contexto espacial y temporal, sino más bien a una expresión nacional simbólica, tal vez del sufrimiento de los portugueses en tiempos de la ocupación por otros pueblos. Existe por tanto un fenómeno de transmisión que, a través de las narrativas familiares y comunitarias, o de una iconografía bastante expresiva, propaga y perenniza la memoria de períodos que han marcado la historia nacional lusa.

⁸ Teixeira de Pascoaes, *Napoleão*, Porto, Liv. Tavares Martins, 1940, p. 247.

***LA PERVIVENCIA DE LAS FORTIFICACIONES MIROBRIGENSES,
LEGADO HISTÓRICO EXCEPCIONAL.***

Ángel de Luis Calabuig
Investigador de Arquitectura Militar

En la celebración del Bicentenario de la Guerra de la Independencia y al conmemorar unos hechos históricos que se mantienen vivos en la memoria de Ciudad Rodrigo, nos ha parecido de interés hacer un estudio sobre los frentes abaluartados de la plaza fuerte de Ciudad Rodrigo *Fig. 1.*, pues aún siendo una fortificación de la época Moderna, difiere considerablemente de otras también abaluartadas de su entorno, como la de Almeida o la de La Concepción de Aldea del Obispo.

Ciudad Rodrigo no presenta ningún baluarte completo, sino tan solo medios baluartes o redientes (baluartes sin flancos) frente a la magnificencia de los salientes pentagonales de Almeida o La Concepción. La muralla medieval ciega la vista de la falsabraga moderna que se oculta a sus pies y pasa desapercibida debido a la esbeltez de la vieja cerca. La carencia de un cordón continuo tanto en la muralla principal, con un pequeño resalte tan solo bajo las cañoneras, o la ausencia absoluta en la falsabraga, difieren en esos adornos y remates, casi únicos, que estas grandes moles constructivas poseen de las otras dos fortificaciones abaluartadas del conjunto de la *Raya Seca*.



Fig. 1. Frente abaluartado de Ciudad Rodrigo.

La muralla fue levantada por Fernando II de León en el siglo XII⁹ y, sin embargo, sorprende su silueta coronada con sus sólidos merlones y cañoneras distribuidas por todo su perímetro *Fig. 2.* Se echa en falta las características almenas de la coronación de una muralla medieval. El desmochado sufrido en el momento de la transformación acabó con aquella imagen de almenas y apareció el típico aspecto de sólido parapeto con sus cañoneras, como una larga cortina apenas interrumpida por dos torreones de corte medieval, también desmochados.

⁹ Ángel Bernal Estevez, *Ciudad Rodrigo en la Edad Media*, Salamanca, Asociación de amigos de Ciudad Rodrigo, 1981, pp. 17-67.

Ante esto, no queda más remedio que realizar un estudio para encajar adecuadamente sus diferentes aspectos: su forma y tipología algo extraña y su origen medieval.

A la hora de explicar la forma y tipología diferentes de esta muralla de origen medieval, hay que analizar esa transformación que la fortificación sufre en los primeros años del siglo XVIII. Realmente es la escarpa de la cerca vieja, su trasdós, lo que se ve y que corresponde a la primitiva muralla de Fernando II de León. Tras esa superficie visible se encuentra todo el muro de espesor inferior a los dos metros. Ese muro constituye la camisa del ancho terraplén que da origen a la moderna muralla principal.

Delante se construirá la falsabrega abaluartada o muralla secundaria, en las mismas fechas que la modificación de la principal.

Pese a lo irregular de su planta, es de admirar su característica de abaluartada, sus entrantes y salientes tan típicos y también su desafiante historia frente a los ejércitos de Napoleón.

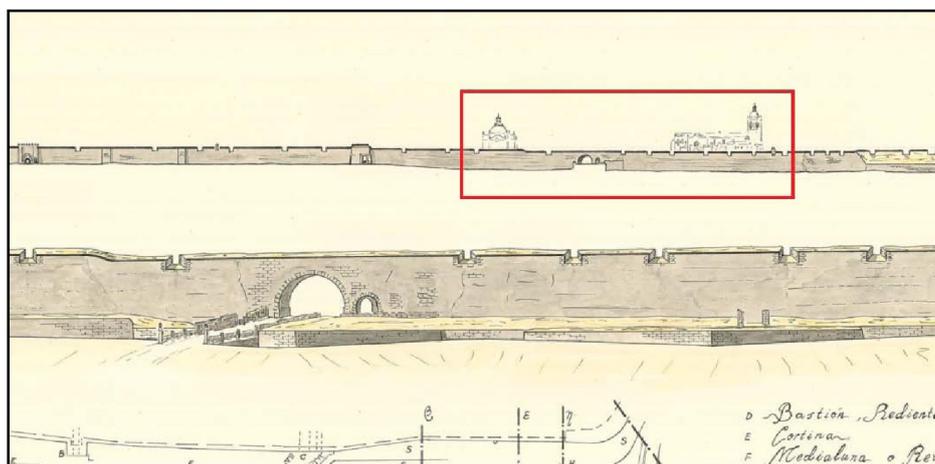


Fig. 2. Muralla Real y falsabrega junto a Cerralbo y la Catedral.

La adaptación de fortificaciones medievales a los modos y tipología de fortificaciones aptas para la guerra moderna no fue una rareza. Los elementos característicos de una y otra época subsisten claramente, apenas modificados morfológicamente, y se adaptan a otros momentos, aunque deban hacerlo con mil y un inconvenientes.

Tratadistas como Cristóbal de Rojas¹⁰ divulgaron en sus obras la reforma de las viejas murallas o su adaptación a la guerra moderna. Son variadas las posibilidades de

¹⁰ Cristóbal de Rojas, *Tres Tratados sobre Fortificación y Milicia*, Madrid, CEDEX/ CEHOPU, 1985. (Capítulo XIX del tratado “Teórica y Práctica de Fortificación...”, que se intitula «De un discurso para fortificar una ciudad, ó castillo viejo, acomodando la fortificación antigua que tuviere hecha»)

adaptación. En un intento de sistematización resumido, proponemos varios modelos relacionados con el mantenimiento o destrucción de los muros ancestrales acoplándose a los terraplenes modernos o dejando espacio para otros de nueva planta, respectivamente:

- 1) **Transformación** de la torre medieval en protobaluarte o sencillo baluarte.
- 2) **Modificación** de la muralla eliminando partes enteras de la misma para construir salientes abaluartados, manteniendo los muros medievales como cortinas.
- 3) **Adición** de baluartes, por fuera de la cerca medieval, en diferentes puntos y adosados a ella. En algunos casos se disponen asociaciones de elementos abaluartados formando frentes defensivos más complejos. La muralla medieval sigue siendo operativa, formando parte del sistema defensivo.
- 4) **Sustitución** de la muralla medieval por una moderna, abaluartada de nueva planta. Se puede considerar
 - a) Que la fortaleza medieval se mantenga total o parcialmente dentro de la abaluartada sin más incidencia que la de considerarse como último reducto o ciudadela de la plaza fortificada.
 - b) Que la ubicación de la moderna no se vea afectada por la vieja que se mantiene en pie total o parcialmente, pero sin influencia alguna en el sistema defensivo.
 - c) Que la vieja cerca sea totalmente demolida.

Con unos resultados plagados de defectos, a decir de los expertos que en cada tiempo se ocuparon de la puesta a punto de la plaza fuerte, se mantuvieron las murallas de cal y canto, con su esbeltez, impropia de las defensas de los siglos XVII ó XVIII. Asimismo mantuvieron sus puertas y las escasas torres de flanco.

En Ciudad Rodrigo, sin ser un ejemplo de ortodoxia, se construyó un recinto abaluartado, ajustado a su entorno natural para proteger la cerca medieval. Irregular e incompleta, con algunos semibaluartes, una falsabraga cubriría la muralla real ocultando y protegiendo su base y alejando de ella a los posibles atacantes.

Asociados a los cambios en la configuración de la planta de la fortificación, se producen otras transformaciones posibles en su perfil: (eliminación del almenaje, rebaje de altura de murallas, ensanche del adarve, modificaciones en el ancho y declivios de los parapetos, construcción y reparación de bermas), (reestructuración de merlones, aspilleras, cañoneras y troneras y sus entornos - espaldones, traveses, enlosado y desagües de plataformas de las baterías, banquetas de tiro, repuestos de pólvora -, construcción y reparación de caballeros y otras baterías altas –baterías a barbata-, garitas y cuerpos de guardia, puertas y poternas, puentes y surtidas), (ejecución y restauración de remates y adornos – portadas ornamentales, cordón de la escarpa, como más principales), desde el terraplén hasta el camino cubierto (reposición de tierras en los traveses de las plazas de armas, reparaciones de los parapetos exteriores del camino cubierto, reposición de la estacada, cancelas, caballos de frisia u otros obstáculos, etc.etc.).

Sin ser una plaza de primera, sino tan solo una bicoca, a decir del mismísimo mariscal Ney, cumplió con creces con las expectativas al asalto francés de 1810¹¹ y respondió, como mínimo, como sería de esperar frente al inglés de 1812 *Fig. 3*.



Fig. 3. Ciudad Rodrigo y sus murallas.

La toma de la plaza requirió en ambos casos un sitio formal con apertura de trincheras, emplazamiento de baterías de sitio y progresivo acercamiento hasta el glacis de la fortaleza y penetración por minado hasta la misma contraescarpa del foso de la falsabrega. Esos elementos de la fortificación siguen en su lugar librándose de la destrucción, a pesar de tantos años de paz, a veces más lesivos que la propia acción de la guerra.

La fortificación de Ciudad Rodrigo, sorprendentemente, se salvó de la fiebre destructiva que asoló la geografía urbana europea durante el siglo XIX y se libró de nuevo en el siglo XX, antes de que la sociedad tomara conciencia (al menos como ahora lo entendemos) del valor patrimonial de las viejas construcciones.

Perduran, repetimos, la cerca del siglo XII, con fábrica de cal y canto y el Alcázar de Enrique II¹² de Trastámara del siglo XIV, encajado en la fachada sur, frente al puente

¹¹ Donald D. Horward, *Napoleón en la Península Ibérica. Ciudad Rodrigo y Almeida, dos sitios paralelos*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 1984.

¹² José Javier de Castro Fernández, “Reformas y adaptaciones de las fortificaciones medievales de Ciudad Rodrigo al uso de la artillería”, en Isabel Cristina Ferreira Fernandes (coord.), *Mil años de fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500)*, Actas do Simposio Internacional sobre Castelos, Lisboa, Edições Colibri / Camara Municipal de Palmela, 2002, pp. 927-933.

sobre el Águeda, constituyendo una ciudadela típica de su tiempo. Se atisban viejas puertas, con signos de sus puentes levadizos o las torres de flanqueo, refuerzos de reparaciones, aunque medievales, posteriores a su origen. El ingeniero Don Antonio de Gaver al mostrar el castillo recomendaba «conservar... para servir a diferentes fines y de que en el ínterin resuelva Su Majestad fortificar esta plaza para que pueda servir de algún asilo a la tropa en caso de irrupción» *Fig. 4.*

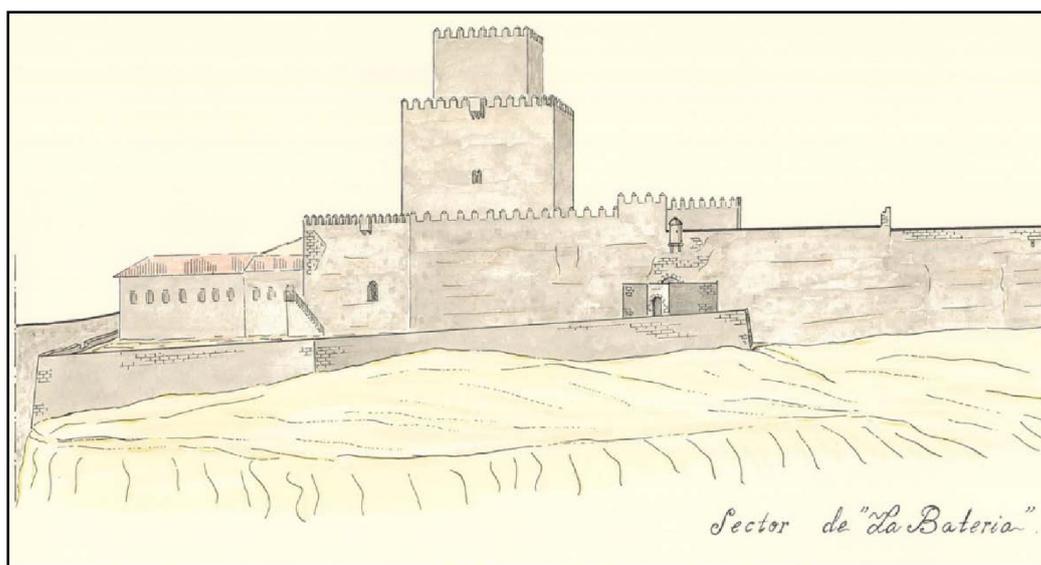


Fig. 4. Fortaleza medieval.

La muralla principal, muralla real o muralla alta era perfectamente visible desde el exterior a los ojos del atacante y vulnerable a la artillería pirobalística de la guerra moderna. Oculta o apenas visible, la falsabraga, muralla secundaria o muralla baja, se situaba delante de la anterior, confiriendo al conjunto una resistencia más en consonancia con los avances y la tecnología de la pólvora.

Muralla principal y falsabraga configuran unos perfiles que, con otras obras complementarias, muestran una gran belleza e indiscutible estilo. Los diferentes sectores de las murallas no son homogéneos en todo su contorno. La transición entre ellos se ve unificada por el cinturón de la vieja muralla que da cohesión al conjunto. Así a poniente y noroeste presenta dos fosos; a nordeste y oriente una liza entre muralla real y falsabraga y el foso de la última; y a mediodía una escarpa natural marca una acentuada pendiente hacia el río Águeda y el recinto prescinde de la falsabraga. Bajo el adarve de la muralla real un amplio terraplén refuerza la muralla original que sirve de camisa a la sólida barrera en todo el contorno donde se despliega a sus pies la falsabraga. Por el sur, en el frente del río, el adarve mantiene el ancho de la cerca medieval con un camino de ronda tan solo carente del almenado primitivo.

Este frente sur es una reliquia, resto de indudable valor, para entender las dimensiones y proporciones de la muralla vieja. Partiendo de ese aspecto se entiende mejor la reforma del resto del recinto fortificado.

Sólo comparado el perfil norte – noroeste con el de Almeida¹³, la plaza portuguesa antagónica de la mirobrigense, puede apreciarse la diferencia. Un aspecto destacado en Ciudad Rodrigo es la carencia de camino cubierto, condición obligada por la pendiente y estrechamiento del glacis que no permite la obra exterior. Hay que tener en cuenta, no obstante, en esa apreciación, que la falsabraga nace como perfeccionamiento de una estrada encubierta, que en el siglo XVII marcó la traza de la futura defensa abaluartada. Esa irregularidad, comparada con otras fortificaciones abaluartadas más perfectas o completas, es uno de esos defectos que los ingenieros militares destacaban en algunos momentos y que condicionaban la capacidad defensiva y la importancia de la plaza.

La planta irregular y abaluartada de la falsabraga circunda en dos tercios la muralla medieval. El otro tercio, debido a la escarpa natural que se desliza hacia el río Águeda, no necesita reforzar la defensa. Las pendientes menos acentuadas en las otras orientaciones exigen y permiten la construcción de la segunda muralla. No obstante como hemos indicado la pendiente es relativamente alta impidiendo el emplazamiento del citado camino cubierto. Así, pues, Ciudad Rodrigo está lejos de la regularidad y perfección geométrica del fuerte de la Concepción de Aldea del Obispo del impresionante polígono estrellado de Almeida¹⁴ Fig. 5.

¹³ José Vilhena de Carvalho, *Almeida. Subsídios para a sua historia*, Viseu, 1973. José Vilhena de Carvalho, *O Castelo de Almeida. Origem, história e destruição. Controvérsias*, Almeida, Câmara Municipal de Almeida, 2ª Edição, 2006. José Vilhena de Carvalho, *As muralhas de Almeida. Sua construção e estilo. Desfazendo equívoco*, Almeida, 1993.

¹⁴ Ángel Luis Calabuig, *Ciudad Rodrigo. Las Fortificaciones*, Salamanca, Adecocir y Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, 2009. Ángel Luis Calabuig, *Las Fortificaciones de la Raya. La Prueba de Fuego*, Almeida, Câmara Municipal, 2007. (Descripción de las tres fortificaciones fronterizas, Ciudad Rodrigo, Almeida y La Concepción de Aldea del Obispo y su puesta en escena en la Guerra Peninsular). Ángel Luis Calabuig, *Libro del Carnaval* (colaboraciones en diversas ediciones, entre los años 1991 y 2009). Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo.

Fue a principios del siglo XVIII, durante la Guerra de Sucesión,¹⁷ cuando verdaderamente se acomete la reforma de modernización de la muralla medieval, construyendo la falsabraga abaluartada y ampliando el adarve de la vieja cerca (para albergar la artillería de la plaza) dando cuerpo a un terraplén sólido y capaz de enfrentarse a la artillería enemiga. El “Libro de Registro y Reconozimiento”¹⁸ (1752) recoge de mano del ingeniero Antonio de Gaver la relación de las obras ejecutadas y concluidas en 1710 bajo la mano del gobernador militar Pedro Borrás, ingeniero sin patente del recién creado Real Cuerpo de Ingenieros de la Corona¹⁹ Fig. 6.

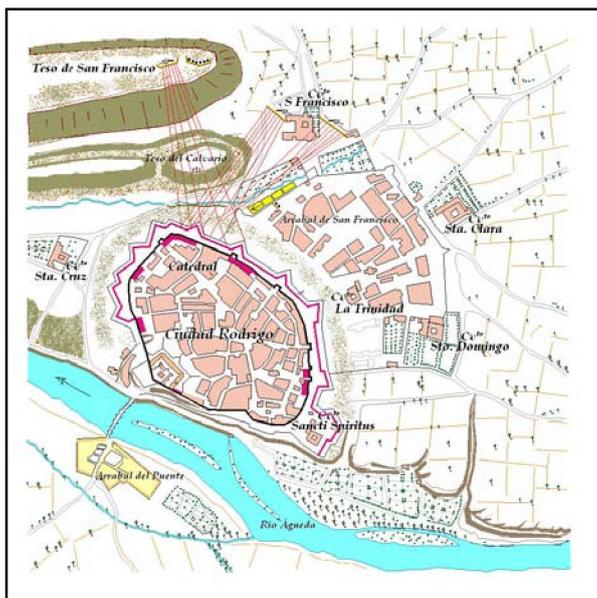


Fig. 6. Ciudad Rodrigo.

Guerra de Sucesión, asedio de 1706.

¹⁷ Antonio Bonet Correa, *Cartografía militar de plazas fuertes y ciudades españolas. Planos del Archivo Militar Francés*, Madrid, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, 1991. (Atlas Masse. Láminas 84 – Ciudad Rodrigo. Plano de la población, 1704-85 – Ciudad Rodrigo. Plano con fortificaciones, 1704 - y 86 – Ciudad Rodrigo. Plano de la población, 1706).

¹⁸ Archivo Municipal de Ciudad Rodrigo. *Libro de Registro y Reconozimiento*. (Este documento, forma parte del sistema o conjunto de encuestas, informaciones, declaraciones, etc., que se generaron como consecuencia del proyecto para conseguir “una única contribución”, del Marqués de la Ensenada, el conocido Catastro de Ensenada). Las declaraciones (cuestiones parciales relativas a las murallas y cuarteles) sobre la “Fortificazon y Obras Reales De esta Plaza de Civid Rodrigo”, está ejecutada “según Resultta dela relación dada por el Ingeniero Director Dn Antonio de Gaver endoze de Mayo de mill, settezos Cinquenttta y uno...”

¹⁹ Sobre Pedro Borrás, ingeniero militar, vid. Horacio Capell, Joan Eugeni Sánchez y Omar Moncada (coords.), *De Palas a Minerva*, Madrid, SERBAL / CSIC, 1988.

Dice la declaración de Gaver:

«... al Lado del Pasage de la Puerta esta un pequeño Repuestto de Polvora, enzima de el una Piedra Cuya Ynscrizion tiene lo siguiente: Reynando en España Phelipe Quinto siendo Governador militar y Polittico de esta Civ^d. y sus frontteras el Mariscal de Campo Dⁿ. Pedro Borrás desde quatro de octubre de mill settecientos y siete que se Resttauro, se hizieron estas bobedas, las de la Puertta del Rey, Puertta del Sol. Revajo de las Murallas Terraplen. Parapettos, ttda laobra Extterior con la Calzada Puente nueva de Sⁿ. Phelipe y Cuerpos de Guardia en ttodo el Rezintto, año de mill settecientos y diez»

«... se Revajaron en los años de mill settecientos y diez, dejandose a la Alttura de nueve Varas, que desde su Rettreta suben a Plomo, Remattando en el Grueso de dos y media ...»

Recoge con precisión las dimensiones del parapeto y del adarve y recuerda las de la antigua muralla medieval.

«... solo dejan para las Maniobras Militares y defensa el Cortto espacio Dettres varas, los Parapettos son de cinco Varas de Grueso de Tierra, yncluyendo dos y media de Manpostteria que Tiene la muralla demolidos ...»

La reforma abordada a principios del siglo XVIII dejó el sistema defensivo de las fortificaciones de Ciudad Rodrigo más o menos como hoy en día lo encontramos, con muy ligeras variaciones.

A lo largo de todo el siglo XVIII, se intentaron corregir las deficiencias de esa reforma precipitada y escasa de medios. A lo largo de la centuria surgieron varios proyectos, unos ajustados para conseguir un mínimo de condiciones y otros utópicos y excelentes con escasos visos de llevarse a efecto.

Los principales defectos -altura de la muralla principal, excesiva y expuesta a los fuegos de los sitiadores, baluartes incompletos (semibaluartes o redientes a lo sumo), camino cubierto inexistente, glacis estrecho y de excesiva pendiente, etc.- podrían haberse corregido.

Ejemplos de aquellos proyectos son los de Carlos Robelín, Pedro Moreau, Antonio de Gaver ²⁰ o Juan Martín Zermeño. ²¹ Estos ingenieros directores ejecutan simultáneamente los proyectos utópicos y los más pragmáticos. Los planos, magníficos

²⁰ Para estos proyectos vid. Archivo General de Simancas y Centro Geográfico del Ejército: AGS – MPD XXX-135 (Robelín) y XIII- 136 (Moreau) y CGE – Cartoteca Histórica, Castilla y León, nº 384 y 385 (Zermeño) y nº 383 (Gaver).

²¹ Juan Tomás Muñoz, *Juan Martín Zermeño. Su origen mirobrigense*, Ciudad Rodrigo, Libro del Carnaval 2007, Excmo. Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, 2007.

ejemplares de la cartografía militar de la época, recogen en una misma hoja o en varias relacionadas entre sí ambas propuestas. Este ejercicio de diseño ha aportado a la historia local un excelente patrimonio documental.

Sin embargo, nada se ejecuta de todo ese esfuerzo creativo. Por entonces, tan solo en Aldea del Obispo se levanta el segundo Fuerte de la Concepción con el mismo emplazamiento y planta principal (con un ligero giro de unos 5°) del original de Osuna.

Los proyectos citados de Ciudad Rodrigo, entre 1722 y 1766, dan paso, apenas medio siglo después a la invasión napoleónica, sin que la plaza haya mejorado su aspecto defensivo.

En los planos de los ataques de los ejércitos durante la Guerra de la Independencia aparecen los revellines de San Andrés y del Calvario en sustitución a sendas plazas de armas, únicos atisbos de camino cubierto, junto a las todavía existentes de San Pelayo o de la Puerta del Conde (“El Registro”). Esas y algunas reparaciones menores son las únicas obras de adecuación para resistir a las tropas de Napoleón en los primeros años del XIX.²²

Resulta, pues, increíble cómo una fortaleza de características tan precarias pudo detener al formidable ejército del Mariscal Massena y cómo fue capaz de provocar tantas tensiones entre los jefes del VI Cuerpo, Ney, y del VIII, Junot, entre sí y con el Príncipe de Esling, comandante en jefe del ejército de Portugal. La pertinaz resistencia de la plaza durante 70 días permitiría a Wellington perfeccionar y ampliar sus fortificaciones en las Líneas de Torres Vedras.²³ Esa victoria daría al traste con la invasión, sería el inicio de la expulsión de las tropas napoleónicas y el preludio de la victoria final.

En la reconquista de la plaza, Wellington se empleó con decisión anticipando la campaña del 1812.²⁴ Trajo la artillería por el Douro hasta la altura de Trancoso y después por inhóspitos y destartalados caminos hasta la ciudad del río Águeda. Con decisión se apoderó del Teso de San Francisco. Y con exagerado ímpetu asaltó la plaza. La muerte de algunos de sus más legendarios generales, Mackinnon y Craufurd, y los excesos del saqueo subsiguiente dan idea del esfuerzo que aplicó el Duque para conseguir la victoria.

Por tanto, conociendo, los antecedentes de las fortificaciones mirobrigenses resulta sorprendente su eficacia y asombroso que aquellas viejas fortificaciones del siglo XII hubieran podido llegar hasta el siglo XIX. Pero resulta aún más extraordinario a los

²² Sobre los antecedentes y sitio de Ciudad Rodrigo, vid. Julio de Ramón Laca, *El General Pérez de Herrasti. Héroe de Ciudad Rodrigo*, Madrid, 1967.

²³ Isabel Luna, *Folleto de difusión de las Líneas*, Torres Vedras, Camara Municipal, 4ª edición, 2008. Vitor Melicias, André Filipe, *As Linhas de Torres Vedras: construção e impacto locais*. Torres Vedras, Camara Municipal, Livrododia Editores, 2008.

²⁴ Julian Rathbone, *Wellington's War. His Peninsular Dispatches*, Londres, Michael Joseph, 1984. (The french move. The fortresses fall).

ciudadanos del siglo XXI ²⁵ que esas mismas fortificaciones sigan en pie y podamos describir cada piedra y cada elemento de la ciudadela de hace doscientos años, porque siguen siendo los mismos.

En el escenario mismo de la guerra, la construcción de una barriada de casas sobre el Teso Chico y el entorno del Caño del Moro es la única transformación esencial sobre el urbanismo y la geografía que distorsiona el emplazamiento histórico. El resto, evidentemente, también ha sufrido cambios, pero no desfiguran el aspecto general de la escena en la que se libró la batalla, el sitio o los sitios, de ciudad Rodrigo de 1810 y 1812. El Teso Grande o de San Francisco se muestra aún intacto y ofrece algunas de las marcas de reductos de 1812. Seguramente con algún sofisticado medio se alcancen a ver todavía las cicatrices de los *aproches* (paralelas, trincheras en zig – zag y baterías de sitio) sobre la tierra en la que se abrieron.

Asimismo, las murallas, las fortificaciones, siguen en pie. Las mismas puertas, el mismo adarve; la falsabraga, los fosos, surtidas y plazas de armas; revellines, semibaluartes y redientes; parapeto, merlones y cañoneras; baterías, plataformas de artillería y sus drenajes; rodillas y banquetas de tiro; escarpa, cordón, contraescarpa; y sobre la escarpa natural con vistas al río Águeda la espléndida batería a barbata, “Batería del Saludo”, para admirar el valle fluvial y llegar con los ojos hasta La Raya, origen de toda esta historia. Vista que también proporciona el castillo - alcázar de Enrique II.

²⁵ La celebración del Bicentenario con sus magníficas exposiciones y publicaciones conmemorativas han dejado especiales testimonios y trabajos con estudios a tener en cuenta en futuras investigaciones. Un ejemplo es el Catálogo de la Exposición: *La ciudad frente a Napoleón*, coordinado por José Ramón Cid Cebrian, Ciudad Rodrigo, Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo - Diputación de Salamanca - Adecoir, 2010.

***ARMAMENTO UTILIZADO POR LAS TROPAS IMPERIALES EN EL ASEDIO
DE CIUDAD RODRIGO DE 1810***

Francesc Pintado i Simó
Massèna Society

INTRODUCCIÓN

Durante el año Noveno de la República, año 1800 del calendario Gregoriano, Bonaparte en calidad de primer cónsul de Francia decidió la total renovación de todos sus ejércitos creando el mayor y mejor pertrechado ejército del mundo, *La Grande Armée*.¹

La amistad franco-española era óptima, los dos países habían unido sus fuerzas contra el *León Británico* hasta que en 1807, Napoleón, con el pretexto de invadir Portugal, logró introducir sus tropas en España enmascarando su verdadero propósito, destronar a la decadente casa de Borbón para proclamar en el trono de España a un rey de su propia dinastía, su hermano José.

Madrid se levantó el día dos de Mayo de 1808, fecha que ha servido como inicio de la *Guerra contra el Francés*. A partir de entonces se sucedieron derrotas y victorias, aunque el territorio nacional nunca estuvo en su totalidad bajo el yugo francés.

El día 25 de Abril de 1810, el mariscal Ney se presentó a las puertas de Ciudad Rodrigo al mando de una verdadera *Máquina de Guerra*, el 6º Cuerpo de Ejército compuesto por tres divisiones de Infantería mandadas por los generales Jean Marchand (1ª División con 6.500 hombres), Julien Mermet (2ª División con 7.400 hombres) y Louis Loison (3ª División con 6.600 hombres), una brigada de Caballería Ligera al mando del general Auguste Lamotte integrada por 900 caballos, una brigada de Dragones al mando del general Charles Gardanne integrada por 1.300 caballos, tren de Artillería (60 cañones) e Ingenieros, totalizando aproximadamente 42.000 efectivos frente a una guarnición aproximada de 5.500 defensores y 118 cañones.

El sitio culminó el día 10 de Julio, después de 77 días de intensos bombardeos, con una honrosa rendición de la plaza por su comandante en jefe, el mariscal de campo Andrés Pérez de Herrasti, quien decidió salvar las vidas de civiles y militares bajo su mando evitando así un sacrificio inútil. Las leyes de la guerra de la época daban derecho al sitiador a entrar *a degüello* si al abrir brecha la ciudad no se rendía. Por este mismo motivo, dos años más tarde, Ciudad Rodrigo padeció la entrada *a degüello* por parte de las tropas bajo el mando del duque de Wellington, su *Liberador*.

¹ Francesc Pintado i Simó, *La Ciudad frente a Napoleón – Bicentenario del sitio de Ciudad Rodrigo de 1810 – Estudios*, Diputación Provincial de Salamanca, 2010, p. 75.

En este trabajo presento un estudio sobre el armamento utilizado por las diferentes formaciones que integraban el 6º Cuerpo de Ejército durante el sitio de Ciudad Rodrigo de 1810.

I – ARMAS BLANCAS

A principios del siglo XIX, las armas blancas ^{2/3/4/5} seguían representando la base principal del armamento ante la escasa cadencia de tiro que ofrecían las armas de fuego debido al largo proceso de recarga.

En la misma época, surgieron nuevos diseños de armas blancas con el fin de modernizar y unificar el armamento, ya que hasta entonces no había un tipo de arma que definiera a las distintas formaciones.

Las armas introducidas en la Francia de Luis XV con la contratación de mercenarios procedentes del este de Europa y Alemania sufrieron una metamorfosis innovadora cambiando sus espartanos acabados con nuevas y esbeltas líneas y lujosos remates que definían claramente la época Consular. Con la repatriación del ejército de Oriente, las armas que entraron en Francia gozaron también de gran estima y propiciaron su producción por parte de fabricantes franceses. La nueva industria emergente se consolidó hasta el punto de introducir en sus modelos los mejores diseños de los grandes maestros de la orfebrería de la época.

² Francesc Pintado i Simó, *La Ciudad frente a Napoleón – Bicentenario del sitio de Ciudad Rodrigo de 1810 – Catálogo de la Exposición*, Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo – Adecocir, 2010, pp. 262-290.

³ Christian Blondieau, *Sabres françaises 1680-1814*, Paris, Editions du Képi Rouge, 2.002, pp. 219-390.

⁴ Michel Pétard, *Des sabres et des épées (tres volúmenes)*, Nantes, Editions du canonier, 1999, Vol. nº 1, pp. 100, 101, 140-143, 150-155, 164-167 y 170-177; Vol. nº 2, pp. 36, 37, 40, 41; Vol. nº 3, pp. 146-183.

⁵ Jean Lhoste y Patrik Resek, *Les sabres portés par l'armée française*, La Tour du Pin (Francia), Editions du Portail, 2001, pp. 54-56, 93-99, 132-136, 167-171, 186-191, 208-218, 233-239, 302-305, 435-446, 452-458.



Fig. 1. Detalle del *cubo* de una bayoneta, modelo An IX (1800).

Colección Pintado.



Fig. 2. Detalle de la *monterilla* de un sable para suboficial de zapadores.

Colección Pintado.



Fig. 3. Sable para oficial superior de húsares “a la alemana”.

Colección Pintado.

II – ARMAS DE FUEGO

Las Guerras Napoleónicas representan el zenit del sistema operativo de ignición de las armas de fuego de esta época ⁶ / ⁷ / ⁸ / ⁹ cuyo complicado sistema consistía en que al apretar el disparador del arma caía un martillo que amordazaba una piedra debidamente tallada de sílex. Esta al chocar con un rascador producía una chispa que encendía la pólvora ubicada en una cazoleta que se comunicaba al cañón mediante un conducto llamado *oído* para llegar a la carga ubicada en la recámara del cañón, que al inflamarse

⁶ Jean Boudriot, *Armes à feu françaises 1717/1836*, La Tour du Pin (Francia), Editions du Portail, 1997, (4 vol.). Vol. nº 1 pp. 154, 155 y 181-211.

⁷ Marise Raso, *Pistolets & Revolvers réglementaires français de 1730 à 1892*, Paris, Editions Les Armes D’Antan, 2000, pp. 78-105.

⁸ Robert E. Brooker – Adaptation Patrick Resek, *Armes de poing militaires françaises*, La Tour du Pin (Francia), Editions du Portail, 2006, pp. 121-163.

⁹ Francesc Pintado I Simó, *La Ciudad frente a Napoleón – Bicentenario del sitio de Ciudad Rodrigo de 1810, Catálogo de la Exposición*. Excmo. Ayuto. de Ciudad Rodrigo – Adecoir, 2010, pp. 291-302.

producía un potente disparo. Este viejo sistema de ignición quedó obsoleto en 1830, con la aparición del nuevo procedimiento de ignición por cápsula de fulminato de mercurio. En 1776, el general Gribeauval, inventor del sistema de Artillería que lleva su nombre, fue también el encargado de remodelar y reformar la industria estatal de armas de fuego portátiles, logrando una perfecta producción en serie de todas y cada una de las piezas que componían todas las armas de fuego reglamentarias, consiguiendo tal exactitud que se podían intercambiar unas con otras logrando el montaje de armas debidamente aptas para el servicio. El nuevo modelo fue bautizado como *Sistema de 1777*. Este procedimiento de ignición fue corregido en 1800, creando una llave menos complicada, más fuerte y segura que la de 1777. Todas las armas existentes fueron adaptadas al nuevo sistema y las de nueva producción siguieron los patrones establecidos por Gribeauval en 1776 con la única modificación de la adopción de la nueva llave.

En 1804, Francia tenía las mejores fábricas de armas de Europa: Charleville, Saint Etienne, Maubeuge, Mutzig, Tulle, Roanne, Klingenthal y Versailles. Otras fábricas importantes se encontraban en Lieja (Bélgica), Turín, Brescia y Nápoles (Italia), Culembourg (Holanda) y Solingen (Alemania).

III – TROPAS DE A PIE

Las tropas de a pie integraban formaciones de Granaderos y Cazadores, ubicadas en Regimientos de Infantería de línea (Granaderos) y de Infantería ligera (Cazadores). Tanto la Infantería de línea como la ligera utilizaban el mismo tipo de armamento, un fusil modelo de 1777 corregido al sistema de 1800, de calibre 17,5 mm. y bautizado por la soldadesca con el nombre de *Charleville*, nombre de una de las fábricas de armas republicana en la que se fabricaba.

Cada soldado recibía una dotación de 35 cartuchos confeccionados en papel, de forma cilíndrica y cuyos extremos estaban cerrados conteniendo uno de ellos la pólvora y el otro la bala, elaborada en plomo macizo y de forma cilíndrica. La dotación se complementaba con dos piedras de sílex de una sola *mecha* o parte afilada para provocar la chispa. Estaba previsto que cada una de ellas, ensobradas en una fina lámina de plomo para facilitar su buen amordazamiento a la llave, pudiera aguantar 50 disparos.



Fig. 4. Fusil para tropa de Infantería modelo 1777 corregido al sistema An IX.
Colección Pintado.



Fig. 5. Dotación para tropa, cartuchos confeccionados en papel y su embalaje.
Asociación Noruega de Tiradores de Avancarga.



Fig. 6. Pistola de *arzón* para tropa de Caballería modelo An IX.

Colección Pintado.



Fig. 7. Pareja de pistolas de *arzón*, de lujo para oficial de Caballería firmadas por Nicolás Noel Boutet (1761-1833), Director de la Manufactura de Armas de Versalles y Arcabucero del Emperador.

Colección Pintado.

El armamento del infante incluía además una bayoneta y un sable corto para tropa de infantería modelo de 1802, bautizado por las tropas montadas con el nombre de *mechero* como burla por su reducido tamaño. Este sable corto montaba una hoja ligeramente curva, plana de filo corrido hasta la punta y de lomo cuadrado con contrafilo. Llevaba una funda confeccionada en grueso cuero ennegrecido que disponía de una pequeña asa por la cual pasaba una lengüeta para asirla al correaje.

Cada regimiento disponía de una compañía de Zapadores cuyo cometido era la apertura de zanjas de aproximación en zig zag para proceder al minado y abrir brecha en las defensas enemigas. Para estos trabajos les era suministrada una gruesa coraza de acero y un casco metálico como protección a los disparos que desde las defensas les propinaban con el fin de entorpecer las trincheras de aproximación a los muros de la ciudad.

Una vez abierta la brecha, los zapadores eran los primeros en entrar a la ciudad desescombrando el camino para abrir paso a la Infantería, lo hacían protegidos con un grueso delantal de cuero teñido de color blanco utilizando una impresionante hacha de importantes medidas y peso complementando su armamento con un mosquetón para tropa de caballería con bayoneta y un sable especialmente diseñado para esas formaciones cuya monterilla era la típica cabeza del Gallo, símbolo republicano permitido durante las épocas Consular e Imperial. Este sable montaba hojas de lomo cuadrado o bien dentado en sierra.

Los oficiales de infantería utilizaban todo tipo de sables concebidos para la oficialidad, pero más cortos que los diseñados para oficiales montados y carentes sus *vainas* de anillas, las cuales llevaban un botón que se introducía en un *tahali* adosado al correaje. Solamente los oficiales de infantería montados llevaban anillas en las *vainas* de sus sables y además portaban dos pistolas de arzón; los no montados las llevaban de medio arzón, más cortas y provistas de enganches metálicos para suspenderlas de su correaje.

Cabe destacar que los oficiales franceses podían usar opcionalmente carabinas según modelo reglamentario, diseñado y producido en Versalles, cuyas características principales eran su corta medida y la utilización de un cañón estriado de gran precisión.



Fig. 8. Pareja de pistolas de lujo para oficial general según modelo *Vendemiaire* AN-XII firmadas por Aubron en Nantes (1771-1818).

Colección Pintado.

IV- TROPAS MONTADAS

En todos los ejércitos, la caballería siempre ha representado la élite. Utilizada en el sitio de ciudades como guardianes y exploradores, su cometido era custodiar todos los accesos a las ciudades evitando posibles salidas y entradas y desbaratando las incursiones de los sitiados al exterior con el fin de entorpecer las obras de acercamiento y minado de sus muros.

Las tropas montadas se dividían en tres grupos: la caballería de Línea que integraba las formaciones de Dragones, la caballería Pesada o de Reserva que integra las formaciones de Coraceros, Granaderos a caballo y Carabineros, y la Caballería Ligera que integra las formaciones de Húsares, Cazadores a caballo y Lanceros.

En el sitio de Ciudad Rodrigo no hubo caballería Pesada o de Reserva, por lo que omitiré a este grupo al igual que a las formaciones de Lanceros que tampoco estuvieron presentes en el sitio de la Ciudad.

Los Dragones eran las tropas montadas más convencionales ya que a pesar de pertenecer a la caballería de Línea, si la situación lo requería, debían actuar a pie. También ejercían el control policial de las ciudades tomadas. Utilizaban el casco metálico, catalogado dentro de las armas blancas llamadas defensivas. Estos, denominados *a la Minerva* por su similitud a los cascos greco-romanos, integraban una larga crin de caballo que no era ni mucho menos para embellecimiento sino para la protección de la parte posterior del cuello al segundo golpe de sable propinado por un adversario al cruzarse sus monturas. La crin de caballo no paraba el golpe pero sí evitaba el corte.

El armamento ofensivo del Dragón consistía en dos pistolas de arzón, modelo 1800 ó bien 1804, que iban insertadas en sendas fundas o arzones instalados uno a cada lado de la parte delantera de la silla. También utilizaban un fusil con bayoneta, especialmente diseñado para esa formación y de medida intermedia entre el largo fusil de Infantería y el corto mosquetón de Caballería, con el fin de facilitar su uso a caballo sin perder su efectividad para el combate a pie. Un *sable-espada* específico para esa formación modelo de 1800 o sus variantes de 1802 ó de 1804 complementaba el armamento del Dragón. El *sable-espada* utilizaba una hoja recta como las espadas y de lomo cuadrado con un solo filo corrido hasta la punta con contrafilo, igual que las que montan los sables.

Las armas utilizadas por oficiales de Dragones eran las reglamentadas para la caballería de línea, pesada o de reserva: una par de pistolas de arzón para oficial y un *sable-espada* con la típica montura llamada *Concha de Santiago*, heredada del Antiguo Régimen que en sus distintos acabados alcanzaría su plenitud en la época Imperial.

Los Cazadores a caballo iban armados con una par de pistolas de arzón, modelo 1800 ó 1804, un mosquetón para caballería modelo 1800 con bayoneta y un sable para tropa de Caballería Ligera modelo 1802, llamado también a la Chasseur.

Las formaciones de Húsares rechazaron la adopción del nuevo armamento con el cual se pretendía unificar a todas las formaciones que integraban la caballería Ligera, como

dotación de Reglamento. El Emperador, consciente de la eficacia de las formaciones de Húsares en combate consintió en ello. Los regimientos de Húsares continuaron utilizando un par de pistolas modelo 1763/66, producción revolucionaria de Charleville, su típica carabina y sus viejos sables *Húngaros* que llegarían hasta Waterloo.

Los sables de oficial eran de libre elección entre una serie de modelos, desde los modelos base hasta las más costosas obras de orfebrería. Tales sables disponían de gran variedad de monturas, como por ejemplo, a *la Cazadora*, dimanante del modelo oficial para tropa concebido en 1800 y su variante de 1802 para unificar a la caballería Ligera; a *la Oriental*, según la moda llevada a Francia por el ejército de Oriente tras la conquista de Egipto; a *la Húngara*, según la tradición aportada a Francia por los ejércitos de mercenarios procedentes de centro Europa en tiempos de Luis XV; a *la Alemana*, llegada también a Francia en la época de Luis XV con los mercenarios contratados en centro Europa; a *la Marengo*, comercialización de la peculiar montura del sable que utilizó Napoleón en dicha batalla y que serviría de alguna manera para distinguir a los oficiales que estuvieron allí y, finalmente, *Cabeza de León*, montura utilizada por oficiales generales y estados mayores.

También a partir de modelos base podían adquirir sus pistolas según su gusto y bolsillo ya que todo oficial debía costearse el gasto de sus armas y uniformes. Estas armas se servían siempre en parejas, en cajas llamadas de viaje e integraban todas las herramientas necesarias para su mantenimiento en campaña. Estas pistolas denominadas de *arazón* o de *medio arazón*, solían ser armas de *caja* larga y de unas a otras solo variaba su longitud que era de unos 30 cm. para las de *medio arazón* y de 35/40 cm. para las de *arazón* completo. Su calibre era de a 18 m/m.

También para oficiales de Caballería, Versalles había diseñado y producido un modelo de uso opcional de carabina, idéntico al utilizado por los oficiales no montados pero más corto en medida. Montaba también un cañón octogonal estriado de gran precisión.

Al mismo tiempo, el oficial que quisiera podía procurarse un *trabuco*, diseñado y producido también en la fábrica de armas de Versalles. Estas armas se cargaban con munición de metralla.

Las armas cortas para oficiales generales y estados mayores fueron reguladas por el Reglamento de septiembre de 1803, creando un modelo base. Este modelo debía medir 35,10 cm. en su totalidad, con su cañón octogonal de ánima rayada de 21,30 cm. de

longitud y un calibre de a 18 mm. Además llevaba guarniciones de acero carentes de ostentación alguna, *caja* larga de nogal y *baqueta*. En la base de la culata llevaba insertado un medallón en plata de forma oval u octogonal con la cabeza de una Medusa, de Marte o de Neptuno, símbolos del Generalato y del Almirantazgo y de una espada cruzada con un hacha rodeadas por una corona de hojas de roble para Estados Mayores. Fue Nicolás Noël Boutet, director artista de la fábrica de armas de Versalles y arcabucero del Emperador, el encargado de realizar este diseño. A partir de esta base, cualquier otro armero del Imperio podía confeccionar estas armas y llegar hasta las más preciadas obras de orfebrería.

El caballo utilizado por las diferentes formaciones presentes en el asedio de Ciudad Rodrigo provenía de los establos nacionales de Tarbes o de Pau, lugares donde era desarrollada una singular zootécnica para llevar a cabo diferentes tipos de cruces de razas. Con este fin se trataba de obtener un tipo de caballo para uso militar, logrando la mejor *montura de guerra* de la época gracias al cruce de las razas locales -*Navarrin* y *Ardennais*- con caballos de pura raza inglesa cruzados con sementales de raza árabe importados de Oriente. Esta raza mejorada, obtenida con el cruce del puro sangre inglés y árabe con las dos razas locales a la vez cruzadas anteriormente con sementales españoles, mejoraban de tal manera su resultado que se obtenía un caballo a la vez resistente y ligero. Este caballo había heredado la belleza, resistencia y ligereza aportada por la raza árabe, conservando sus aptitudes ancestrales de las razas *Navarrin* y *Ardennais* de adaptación a la silla y a soportar el peso del jinete y adoptando la talla, fuerza y el sentido de la orientación de la velocidad de la raza inglesa.

Estos animales debidamente entrenados para el combate se transformaban en verdaderas *máquinas de guerra*.

V - ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

La *Artillería de Campaña*^{10/11} representa el plato fuerte de la guerra de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX tanto en los campos de batalla como en el asedio de ciudades. Su gran capacidad de movilidad sumada a su poder devastador ocasionaba gran número de bajas humanas así como grandes destrozos en lugares habitados. Estaba formada por tres sectores, Artillería de a pie, Montada y tren de Artillería. Cada uno de estos tres sectores estaba a su vez formado por *Regimientos* y estos en *Compañías* que recibían el nombre de *Batería* cuando era desplegada sobre el terreno en orden de combate.

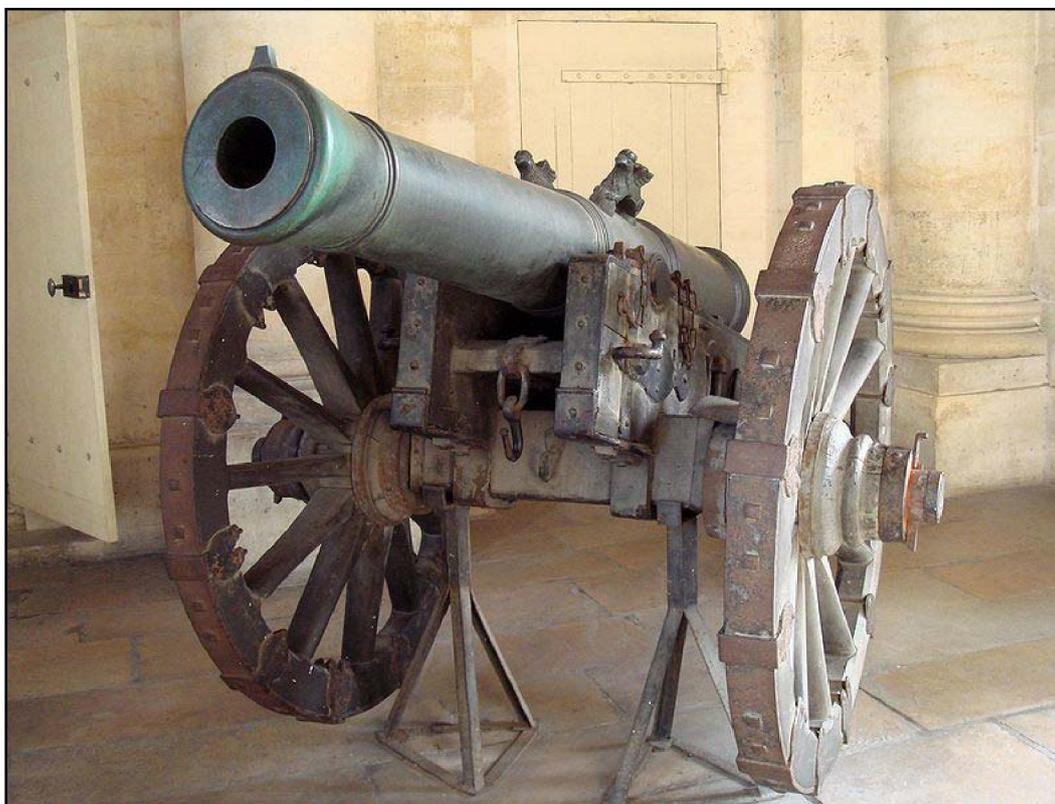


Fig. 9. Cañón Sistema Gribeauval modelo 1780 de a 12 libras para Artillería de a Pié
Los Inválidos (París).

¹⁰ Colonel John Etling, *Napoleon, his army and enemies – French artillery during the napoleonic wars* – web2.airmail.net/napoleon/index.html

¹¹ Francesc Pintado i Simó, *La Ciudad frente a Napoleón – Bicentenario del sitio de 1810, Catálogo de la Exposición*, Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo – Adecocir, 2010, pp. 259-261.

Según el Reglamento de 1807, vigente durante el Sitio de Ciudad Rodrigo, cada compañía de artillería no montada, compuesta por 120 efectivos, disponía de caballos de tiro para el arrastre de las piezas, municiones y pertrechos, no permitiéndose en absoluto su monta, a excepción de los oficiales con más de 50 años de edad. El caballo utilizado por la artillería de a pie era el *Auxois de Burgundy*, caballo robusto especial para el tiro, aunque también se utilizaba el caballo de tiro *Bretón* y el *Andenes* ante la falta de caballos *borgoñeses*.

Cada *Batería* estaba compuesta por seis cañones y dos obuses. La tropa de dragones iba armada con un fusil y la tropa de infantería con una bayoneta y un sable corto, modelos ambos de 1800. Los oficiales utilizaban un sable y una pareja de pistolas de arzón, armas éstas de libre elección dentro de los modelos reglamentarios para oficial de infantería.

Los regimientos montados se regían en esas fechas por el Reglamento de 1805. Sus compañías estaban compuestas por 100 efectivos que disponían de caballos ensillados para su monta, los cuales solían ser de raza hannoveriano alemán, aunque también eran tomados para el servicio algunos de origen sajón y prusiano por sus características y talla. Estos caballos recibían un trato durísimo debido a las dificultades que debían de soportar en el servicio en campaña, donde con frecuencia debían de cambiar de posición siete u ocho veces en un mismo día dependiendo del cambio de órdenes que recibían del Estado Mayor, por esta razón y el mal trato que recibían no vivían muchos años. Cada conductor/artillero estaba asignado a dos caballos montando al situado en la izquierda y utilizando las riendas de ambos.

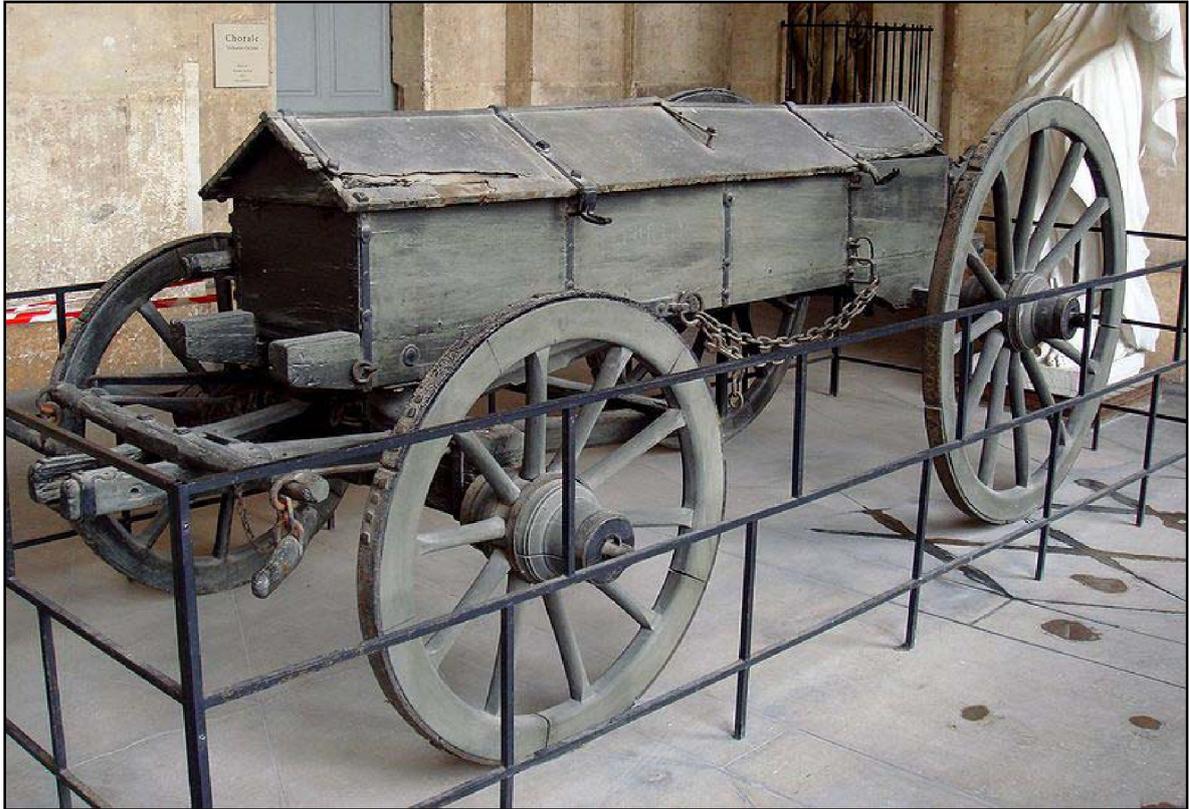


Fig. 10. Tren de Artillería, carreta para transporte de munición para pieza de Artillería.

Los Inválidos (París).



Fig. 11. Mortero Sistema Gribeauval modelo de 1789 de a 12 pulgadas.

Los Inválidos (París).

La batería montada constaba de cuatro cañones y dos obuses. Cada una de estas piezas estaba tirada por cuatro caballos dispuestos en dos filas de a dos, a excepción de los cañones de a 12 libras que eran movidos por seis caballos dispuestos en tres filas de a dos. Cada pieza según su calibre llevaba un cajón de munición alojado entre las dos *gualderas* o *montantes*, que formaban la cureña, dotado de la siguiente manera:

9 proyectiles para las piezas de a 12 libras

15 proyectiles para las piezas de a 6 libras

y 18 proyectiles para las piezas de a 4 libras

Estos proyectiles iban en forma de *cartucho embalado*, conjunto formado por la bala, el *salero* o *taco* de madera adaptado al proyectil y unido a él con unas tiras de hoja de lata y el *cartucho* de papel o el *saquete* de tela con la pólvora precisa para el disparo, que iba atado al *salero*.¹² El objetivo de estos cajones de municiones era poder abrir fuego rápidamente sin tener que esperar el suministro del *tren de artillería*.

Cada artillero estaba armado con un sable para tropa de caballería ligera modelo de 1802 y dos pistolas de arzón de los modelos de 1800 ó 1804. Sus oficiales utilizaban un sable para caballería ligera, modelo de 1800, especialmente diseñado para esas unidades y dos pistolas de arzón reglamentarias para oficial.

En 1800, Bonaparte militariza el *Tren de Artillería* diseñado por Gribeauval que hasta esa fecha estaba asistido por personal civil contratado. Estos civiles no daban la talla en combate llegando a huir cuando eran atacados dejando los carruajes con su mercancía a merced del enemigo. Como solución a este problema, se reinserta personal de caballería no apto para el servicio bien por heridas bien por cualquier otra razón que les declarara no aptos para el combate. Estos nuevos conductores del tren de artillería iban armados con una carabina, pistola y el típico sable corto para infantería, modelos de 1800. No entraban directamente en combate y su única misión era la de proteger los vagones de transporte y su carga para hacerlos llegar intactos a cada una de las baterías a que eran destinados.

El tren de artillería se encargaba del transporte y distribución de munición a cada batería cuya dotación era de tres carretas por pieza, cargadas como sigue:

92 proyectiles para pieza de a 12 libras.

140 proyectiles para pieza de a 6 libras

y 150 proyectiles para pieza de a 4 libras

¹²Antonio de Sousa y Francisco, *De Re Militari, Historia de la Artillería – Artillería de Ordenanza – Capítulo V. Tercera Época: Artillería de Ordenanza. Siglo XVIII a mediados del XIX*: <http://remilitari.com/guias/artilleria4.htm>

Asimismo disponían de carretas-herrería y carpintería para solucionar cualquier tipo de reparación en campaña. El caballo utilizado por el tren de artillería era el Auxois de Burgundy.

Cabe destacar que cada una de las piezas de artillería de cada compañía utilizaba una *capa* o *color* de caballo distinto, que coincidía con la *capa* o *color* de los caballos utilizados por el tren de artillería. De esta manera podía el Estado Mayor ver desde su estratégico enclave el correcto suministro de municiones a cada *Batería* y a cada una de las piezas que la componían.

Las piezas de artillería de campaña utilizadas por los Ejércitos Imperiales formaban parte del sistema Gribeauval, el mejor de su tiempo, cuyo nombre se debía a Jean-Baptiste Vaquette de Gribeauval (1715-1789), general de artillería y diseñador francés quien fue su creador. Según su propia experiencia en combate dota a la artillería de campaña de una gran movilidad diseñando carruajes mucho más ligeros y colocando el tiro de caballos en filas de a dos, en vez de en *tandem* como era habitual en esa época. Sus cañones disponían de una excelente munición estandarizada en solamente tres calibres de a 4 - 6 y 12 libras, esféricas y de hierro fundido macizo, cuidadosamente diseñada y montada en *cartuchos embalados*, tornillos de elevación y medidas de tiro que superaban la puntería y la cadencia de disparo logrando una recarga mucho más rápida.

El *obús* era un cañón de reducidas medidas, un arma de tiro curvo que disparaba *bombas* o *granadas*, proyectiles esféricos fabricados en hierro colado y ahuecados asimétricamente con el fin de darles un efecto rompedor que provocaba metralla. Estas *bombas* o *granadas* llevaban una carga interna de pólvora con *espoleta* o *mecha lenta* que era encendida inmediatamente antes del disparo y estaba calculada para hacer explotar el proyectil antes de que llegara al suelo. Su calibre podía ser de a 5 ó de a 6 pulgadas.

Utilizado por la marina y para el asedio de ciudades el *mortero*, pieza de gran calibre y de tiro curvo, hacía llover sus proyectiles dentro de las ciudades sitiadas, haciéndolos explotar al igual que el *obús*, a poca distancia del suelo. Iba montado sobre un *afuste* que se anclaba directamente al suelo, por ello no llevaba ruedas.

Su munición era similar a la del *obús* pero más pesada y su calibre podía ser de 174 a 325 mm. El calibrado del cañón era medido por el peso de su proyectil en cambio el calibrado del *obús* y del *mortero* se medía por el diámetro de su *ánima* como era habitual en cualquier otro tipo de arma de fuego.

En definitiva, estas fueron las armas que, emplazadas en el Teso de San Francisco, bombardearon Ciudad Rodrigo intensamente en 1810.

***LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN LAS CANCIONES
TRADICIONALES DE LA PROVINCIA DE SALAMANCA¹***

José Ramón Cid Cebrián
Centro de Estudios Mirobrigenses

¹ El presente capítulo fue ilustrado musicalmente en Ciudad Rodrigo por el grupo “Voces Blancas Salmantinas” de Pilar Magadán. Sus componentes aparecieron ataviadas con la “camisa galana”, prenda característica del atuendo femenino de la provincia de Salamanca en la época de la Guerra de la Independencia, y se utilizaron instrumentos musicales tradicionales vinculados a la época y a la tierra.

INTRODUCCIÓN

Exponer en este volumen el trabajo titulado “La Guerra de la Independencia en las Canciones Tradicionales de la Provincia de Salamanca”, supone para mí algo muy especial por dos motivos: Por un lado, tratar temas que me apasionan y me vinculan, como la historia de la Guerra de la Independencia, entremezclada con la música tradicional de mi tierra, y por otro lado la forma de realizar la ponencia, ilustrando musicalmente en vivo, de la forma mas fidedigna posible, con la ayuda de mi maestra Pilar Magadán Chao y una pequeña parte de su coro “Voces Blancas Salmantinas”.

Desde que en 1976 comencé en este grupo, como tamborilero las he acompañado en multitud de ocasiones, especialmente para ilustrar musicalmente las conferencias y discursos de mi maestra Pilar que tanto me ha ensañado sobre la música tradicional salmantina. Decían los antiguos que los discípulos son para los maestros los hijos de la inteligencia, de ahí mi agradecimiento. Hoy se invierten los papeles, la maestra viene a arropar al discípulo, otorgándole una especie de espaldarazo, para que quizás algún día pueda coger el relevo.

Muchísimas gracias a Pilar y a todas las coralistas: Mari Luz, Sofía, Carmen, Ana Teresa, Paquita, Charo, y al compañero tamborilero Manolo, por aportar vuestras maravillosas voces. A todos vosotros quiero dedicar este humilde trabajo.

La tremenda repercusión de la Guerra de la Independencia en la provincia de Salamanca, necesariamente ha influido en la cultura tradicional hasta nuestros días por lo que se han mantenido ciertas huellas en el folclore musical.

-¿Cómo eran las músicas populares de aquella época en nuestra tierra?

En parte son algunas que ha conservado el pueblo de forma popular por tradición oral. Esto lo corroboran los comentarios que escribieron en sus diarios y cartas algunos militares británicos que convivieron con nuestros antepasados. Les llama tremendamente la atención las músicas populares salmantinas y destacan principalmente los bailes o ritmos del fandango y la bolera.

W. Bradford, capellán de una de las brigadas inglesas que pasó por aquí bajo el mando del general Moore en la primera expedición de 1808, describe lo siguiente:

A pesar de la seriedad general del carácter español, los bailes nacionales son notables por la vivacidad de sus movimientos: son la delicia de personas de cualquier edad y condición.

Para un oído extranjero, no hay nada ni en la melodía ni en el compás que justifique tal exceso de vivacidad; pero para un español, el efecto es tan irresistible que, aunque no sea danza, su influencia eléctrica agita su cuerpo y pone en movimiento a toda su persona.

Las melodías están compuestas para la guitarra y el tamboril y los bailarines marcan el compás con sus castañuelas.

El Fandango y las Boleras, son los bailes favoritos, se bailan sólo entre parejas.

Jonathan Leach de la división ligera de Wellington, nos relata lo siguiente cuando estaban establecidos en La Atalaya:

El 11 de diciembre (de 1812), al haber oído de una banda de becasidas, fui con dos de mis hermanos oficiales a un caserío solitario en las montañas más allá de Badillo, donde dormimos. Llevamos con nosotros a nuestros criados, una mula cargada con provisiones, maletas, etc., y al gaitero irlandés de la banda. Por la tarde bailamos boleros, fandangos y danzas irlandesas con las hijas del dueño, y temprano a la mañana siguiente atacamos las becasidas, las cuales eran muy numerosas como no había visto nunca. Tuvimos muy buena caza y volvimos a nuestros alojamientos en la Atalaya muy tarde.²

Imagínense hace doscientos años, a los británicos bailando fandangos y boleras con el gaitero irlandés y a las mozas de la Atalaya danzas irlandesas.

² Carlos Santacara, *La Guerra de la Independencia vista por los británicos. 1808-1814*, Madrid, 2005, p. 375.



Fig. 1. Detalle de una gaita salamanquina (flauta de tres agujeros), realizada con un trozo de cañón de fusil español con el diámetro de la base octogonal y redondeada en la punta.



Fig. 2. Baile de *Las Boleras*. W. Bradford and Clark. 1809.

Cuando Wellington establece su cuartel general en Fuenteguinaldo, el oficial Spencer Moggridge manifiesta:

*Paramos en la aldea grande de Robleda y permanecemos allí unas tres semanas. Te puedo asegurar que nunca ha habido un grupo de seres humanos tan simple, inocente y despreocupado, como estos pacíficos rústicos entre los que residimos. Por las tardes toda la población se reunía en la plaza, donde se oían las voces de las jóvenes doncellas cantando sus melodías nacionales, y muchos pies ligeros seguían el sonido de la guitarra³ y el repique de las castañuelas. Nuestras necesidades eran cubiertas en abundancia. Resumiendo, que todos estábamos contentos con los habitantes de Robleda, y el general Colville, como muestra de agradecimiento a nuestro recibimiento, ordenó que las bandas de los diferentes regimientos tocaran todas las tardes, y regalaran a los poco sofisticados oídos de la rústica audiencia con una música más erudita, pero, para mi gusto, menos bonita que las primitivas y simples melodías de su tierra natal.*⁴

En el baile que organiza Wellington en Ciudad Rodrigo, parece ser que en el Palacio de Los Águila, el 15 de marzo de 1812, para investir al general Colé con la Orden del Baño, el juez militar inglés Larpent nos relata:

Se farraron con cortinajes las paredes que estaban desnudas por los asedios, El conjunto estaba dispuesto para asombrar a los habitantes, y los defectos fueron ocultados totalmente. Cerca de un agujero del suelo estaba colocado un hombre para evitar que nadie metiera la pierna, y sobre el agujero se había colocado una estera. Las damas no eran muy hermosas, aparte de dos o tres

³ Guitarra escriben los traductores, algo sorprendente en esta tierra, sobre todo en aquella época, ya que la guitarra es un instrumento que su elaboración es muy compleja solamente al alcance de ciertos Luthiers profesionales. Si en esta comarca tan primitiva en pleno siglo XX solo se conocían los instrumentos elaborados por los propios intérpretes, como gaita, dulzaina, tamboril, pandero, pandereta, castañuelas, etc., resulta chocante que a principios del siglo XIX se utilizara la guitarra. Yo particularmente opino que algunos relatos desde el aspecto organológico no poseen gran rigor y se recurre a la guitarra como un instrumento muy popular en España.

⁴ Carlos Santacara, *La Guerra de la Independencia vista por los británicos. 1808-1814*, Madrid, 2005, p. 365.

*bien parecidas, y varias de modelos elegantes. Me gustaron mucho el bolero y el fandango, los cuales fueron ejecutados por dos damas españolas.*⁵

Que ha quedado hasta nuestros días de los bailes de boleros o boleras, y del fandango.



Fig. 3. Baile del fandango. Grabado italiano publicado en 1836.

⁵ Carlos Santacara, *La Guerra de la Independencia vista por los británicos. 1808-1814*, Madrid, 2005, Madrid 2005, pp. 551-552.

1.- BAILE DE LOS LANCEROS Y BOLERAS DE SAN FELICES DE LOS GALLEGOS.

En mis trabajos de campo, cuando preguntaba a los más ancianos, me han contado algunos, que las boleras las bailaron en Ciudad Rodrigo, Lumbrales y Sequeros, sin que nadie me haya dado más información.

En San Felices de los Gallegos se conserva actualmente el baile tradicional de dicha localidad denominado *los lanceros*, su ritmo es de marcha, tipo de pasacalles y su música no posee la estructura y cadencia de la popular salmantina, más bien nos recuerda ciertos aires de marcha militar y de música cortesana. Es casi seguro que este baile sea de la época napoleónica y tuviera relación con los *Lanceros* del guerrillero *Don Julián Sánchez "El Charro"*, dado que San Felices de los Gallegos jugó un papel importante en la Guerra de la Independencia dentro de su zona.

Esta villa mantiene resistencia continua a la invasión napoleónica, desde el 26 de Mayo de 1808 que sufre el primer muerto y es cercada para ser tomada el 15 de marzo de 1809, para establecer cuartel general el ejército francés. Escenario de la guerrilla del Charro y sus Lanceros, cuando Wellington libera Ciudad Rodrigo en enero de 1812, San Felices también es recobrada y se implanta guarnición en la villa a cargo del Regimiento de Lanceros de Castilla.⁶ La única letra conocida de una de las partes del baile está relacionada con lo militar:

Cuando Garibari tocaba la corneta

A todos los soldados le hacía la puñeta.

Cuando Garibari tocaba el cornetín

Todos los soldados se iban a despedir.

Se iban a despedir, se iban a despedir.

El baile se inicia formando un rectángulo por todas las parejas, que comienzan, siempre caminando de forma muy solemne al ritmo de la música para realizar figuras coreográficas, saliendo hacia adentro los hombres o mujeres de cada uno de los lados

⁶ Guillermo Toribio de Dios, *Historia de la villa de San Felices de los Gallegos*, Jaca, 1939, pp. 207-213.

del rectángulo, juntarse con la pareja opuesta del lado contrario, saludarse realizando venias, cogerse las manos y girar sobre sí o poniéndolas en forma de puente para que pasen por debajo las demás parejas, nos recuerda en cierto modo a la *contradanza*.

Los lanceros tienen cinco partes: 1ª *la venia*, 2ª parte, 3ª *el puente*, 4º *el paseillo* (cuya música es la marcha real), 5ª *toque a formar para las boleras*. A continuación siempre se bailan *las boleras* cuya música es más acorde con el estilo de la tradicional salmantina, y se concluye con *charros* y *jotas*.

A finales de los años setenta del pasado siglo, estuvo a punto de desaparecer, solamente quedaba un tamborilero anciano que lo conservaba, el señor Jacinto Fuentes de Dios, la folclorista Pilar Magadán, entonces directora de la Escuela de Tamborileros de la Diputación de Salamanca, me llevó a San Felices para que aprendiera y conservara aquellos singulares bailes de *los lanceros* y *las boleras*. Posteriormente, se los he ido enseñando a otros tamborileros jóvenes de San Felices de los Gallegos, que los tocan en la actualidad.

Voy a interpretar unos pequeños fragmentos de la forma más tradicional, con los instrumentos propios de esta tierra, la gaita y el tamboril tañidos por un mismo instrumentista, el tamborilero. El tamboril es idéntico a los utilizados por los ejércitos en la época napoleónica.

La *Gaita salamanquina* (flauta de tres agujeros), que voy a utilizar es un instrumento muy especial vinculado con la Guerra de la Independencia, está realizada con un trozo de cañón de fusil español con el diámetro de la base octogonal y redondeada en la punta.

Muchos tamborileros tradicionales de la Tierra de Ciudad Rodrigo reciclaron viejos e inútiles cañones de fusil de *la francesada* para convertirlos en gaitas. Tal es el caso del *Tío Carchenas* de Villar de Ciervo, el Tío *Machunino* de Serradilla del Arroyo o Lisardo Encinas de La Atalaya.

El ser humano es tan bárbaro que inventó y fabricó instrumentos para matarse a sí mismo, pero también es tan ingenioso que *lo que fabrica para la guerra lo recicla para la paz*. Así con el artilugio que produce el sonido más desagradable que puede escuchar el oído humano, cual es el disparo, lo ha convertido en un instrumento musical.

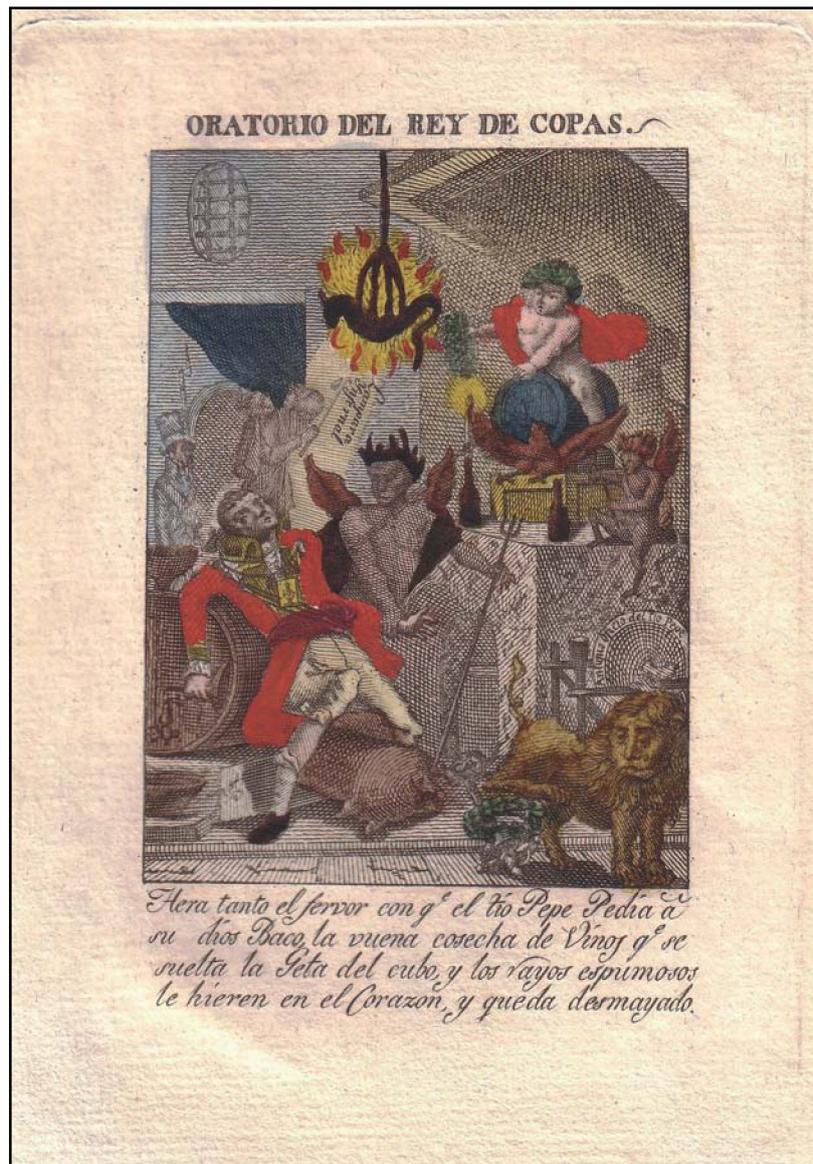


Fig. 4. Pequeño grabado coloreado satírico del Rey José I. Titulado *Oratorio del Rey de Copas*⁷.

⁷ “Hera tanto el fervor con que el tío Pepe Pedía a su dios Baco la buena cosecha de vinos que se suelta la jeta del cubo, y los rayos espumosos le hieren en el Corazón, y queda desmayado”. El Rey José Bonaparte, José I, primer rey universitario de la historia de España, a pesar de su interés por modernizar el país y de agradar al pueblo, no es aceptado más que como rey de la baraja, concretamente como “rey de copas”. Se le imputa falsamente su adicción a la bebida, por lo que es apodado despectivamente “El Tío Pepe Botella” o “El Rey Pepino”. La presente plancha representa de forma muy satírica al Rey José en su oratorio auxiliado por dos demonios e iluminado por la “lámpara infernal”. Se encuentra ebrio con una copa en la mano derecha, sentado sobre un pellejo de vino y desmayado sobre una cuba. Viste casaca roja con una sola condecoración en el pecho: “la carta de la baraja del as de copas”. Se completa la representación con los respectivos símbolos del imperio napoleónico y de España: el águila, aplastada con las

LA TIRANA Y EL MAMBRU

La tirana era un género de música vocal de la época de la Guerra de la Independencia, que según Pompeyo Pérez Díaz, junto con la tonadilla escénica y con la seguidilla, se asocia fácilmente a este gusto por el casticismo (...).

*La Tirana por su parte, era un aire de danza muy frecuente en el teatro tonadillero, alcanzando su máxima popularidad entre 1785 y 1800. Se trataba de un baile más bien lento que apareció en Andalucía aproximadamente al mismo tiempo que el bolero. Como canción para voz e instrumento acompañante se desarrolló a la vez que la bolera, y su rasgo más característico era que se cantaba con coplas de cuatro versos octosílabos de rima asonante en los pares. Tanto en los teatros, formando parte de las tonadillas, como en los saraos, la tirana se convirtió en un género de moda, asociado a cierto carácter erótico o sensual, irónico e incluso humorístico, pasando a formar parte de las veladas y reuniones burguesas de las primeras décadas del siglo XIX hasta que su nombre comenzó a desaparecer paulatinamente, si bien algunos de sus rasgos persistieron en la progresivamente pujante canción andaluza.*⁸

Se dice que su origen pudiera venir de la actriz Maria Rosario Fernández apodada “La Tirana”, y aunque este género duró unos cincuenta años, desaparece en torno a 1830-1840, su métrica es común a una gran parte de las canciones populares no solo de Salamanca si no de muchísimas regiones. No obstante hemos encontrado ciertos vestigios en Hinojosa de Duero donde el pueblo canta por tradición oral una “tirana” como canción taurina en el día de su fiesta:

Hay si Tirana hay sí ... Hay no Tirana hay no.

Eras tú la que decías ... la corrida ya escapó.

Como no es su temática alusiva a la Guerra de la Independencia no interpretamos en este acto.

alas abiertas por una cuba de vino, y el león, que permanece con su pata derecha levantada para orinar la espada y corona de laurel del rey José.

⁸ P. Pérez Díaz, “Ilustración y Liberalismo. La Música en el umbral de la guerra de la Independencia” *Ilustración y Casticismo. Reflexiones sobre una cuestión no resuelta*. Libreto de *El Concierto Español*. (Ciclo “Allegro. Conciertos de Primavera en Castilla y León”, Marzo-Junio, 2008, p. 47.

MAMBRÚ

La canción de la Guerra de la Independencia obligatoria de referir es Mambrú, tan verdaderamente popular que se canta hasta nuestros días. En las memorias del teniente británico John Cooke, cuando llega a Fuenteguinaldo en 1811 con el Ejército inglés, escribe:

*Las chicas cantan unos aires muy bonitos en alabanza de algún guerrero famoso, (...) pero lo que más me llamó la atención era una canción sobre los conocimientos de Marlborough para hacer la guerra, y cantada con la misma música que en Inglaterra. Las madres duermen a los niños con ella, y cuando las tropas entran en los pueblos, o las chicas bailan boleros, esta es una tonadilla general. Le pregunté a una muchacha dónde la había aprendido; abrió los ojos sorprendida y me contestó con la agudeza típica de estas mozas, “¿Por qué?, de mi abuela...”*⁹

No es de extrañar la sorpresa de Cooke por la canción dedicada a Marlborough, que ha pasado a España con el nombre de “Mambrú se fue a la guerra”. Marlborough fue el comandante en jefe del ejército británico que luchó en el norte de Europa contra los franceses en el contexto de la Guerra de Sucesión española.

Fue compuesta tras la batalla de Malplaquet (1709), que enfrentó a los ejércitos de Gran Bretaña y Francia, durante la Guerra de Sucesión Española. A pesar de su derrota, los franceses creyeron muerto en la batalla a su enemigo John Churchill, duque de Marlborough, que es a quien se dedica la canción burlesca. La melodía de la canción parece ser aún más antigua: según Chateaubriand, es de origen árabe y habría llegado a Francia llevada por los cruzados.

La canción se popularizó en tiempos de Luis XVI: una de las nodrizas del delfín solía cantarla; agradó a los reyes y pronto se difundió por Versalles y luego por todo el país. A España llegó por influencia de los Borbones, con el nombre Marlborough,

⁹ Eileen Hathaway (ed.) *A True Soldier Gentleman. The Memoirs of Lt. John Cooke 1791-1813*, Swanage, Shinglepicker publications, 2000, p. 98. Traducción gentileza de Miguel Ángel Martín Mas.

castellanizándose en *Mambrú*. Solían cantarla sobre todo las niñas, típicamente acompañando al juego de rayuela.

Es tal la popularidad de esta canción durante la Guerra de la Independencia que José María de Andueza, dentro de la obra *Los Españoles pintados por si mismos*, en la descripción del Guerrillero, al salir de una taberna de un pueblo, nos refiere: *y toma, sin pagar por supuesto, la vereda del monte, entoncando el Mambrú se fué á la guerra.*¹⁰

Según el musicólogo Emilio Moreno *El tema Mambrú o Malbrú surge con “La cantada vida y muerte del general Malbrú, verdadera joya de ‘género chico’ de finales del XVIII, tonadilla que éxito arrollador el año de su estreno 1785, y propició una serie de obras de este género en las que se presentaba a “La Tirana” con lo castizo, enfrentada a lo francés representado por “El Malbrú” o “Malbruc”.*¹¹

El tema melódico de esta canción fue empleado por varios músicos prestigiosos para sus composiciones, desde Fernando Sor que creó “Las variaciones de Mambrú” para guitarra, a Beethoven en La Victoria de Wellington, sobre la derrota napoleónica de Vitoria en 1813.

2.- MAMBRÚ (Primera versión)

En las provincias de Salamanca, Zamora y zonas colindantes de Portugal encontramos bastantes versiones; en el Cancionero Salmantino de Sánchez Fraile se recogen dos variantes y una en el segundo cancionero de Ledesma.

Nuestra primera versión pertenece al cancionero de Sánchez Fraile:

Mambrú se fue a la guerra;

mire usted, mire usted ¡que pena!

Mambrú se fue a la guerra,

¹⁰ *Los Españoles pintados por si mismos. Por varios autores.* Gaspar y Roig. Madrid 1851. José María de Andueza, *El Guerrillero*. p. 82.

¹¹ Emilio Moreno, “*La tirana contra Mambrú. Lo ‘castizo’ frente al afrancesamiento de la España Iustrada en la Tonadilla*”. Libreto de *El Concierto Español*. (Ciclo “Allegro. Conciertos de Primavera en Castilla y León”, Marzo-Junio, 2008, p 43.

no sé cuando vendrá;

Tirurí, tirurá;

no se cuando vendrá.

Si vendra por la Pascua;

mire usted, mire usted, ¡qué casa!

Si vendra por la Pascua

o por la Tinidad;

Tirurí, tirurá;

o por la Trinidad.

Vieron venir a un paje;

mire usted, mire usted. ¡que trage!

Vieron venir a un paje

todo de luto ya.

Tirurí, tirurá;

todo de luto ya.

Las noticias que traigo,

¡ay, que me caigo!;

las noticias que traigo

dan ganas de llorar,

Tirurí, tirurá;

dan ganas de llorar.

Mambrú ya se ha muerto;

mire usted, mire usted, ¡qué tuerto!

Mambrú ya se ha muerto,

lo llevan a enterrar,

Tirurí, tirurá;

lo llevan a enterrar.

La caja de terciopelo;

mire usted, mire usted, ¡que pelo!

La caja de terciopelo,

la tapa de cristal,

Tirurí, tirurá;

la tapa de cristal.¹²

¹² Anibal Sánchez Fraile, *Nuevo cancionero salmantino*, Salamanca, 1943, pp. 238 y 260.



Fig. 5. Día 24 de Agosto de 1808. Proclamación de Fernando VII en la plaza mayor de Madrid. Dibujo de Zacarías Velásquez, grabado por B. Ametller.

3.- MAMBRÚ (Segunda versión).

Otra variante la recogí en 1985 a Marina Martín Felipe de Muga de Sayago (Zamora), de 84 años, que se interpretaba como canción infantil de corro. Dada la temática bélica se entremezcla con el romance conocido como “La vuelta del marido” o “Las señas del esposo”.

Este es el Mambrú señores

este es el Mambrú señores

que se canta de al revés

que se canta de al revés.

Ha visto usted a mi marido

ha visto usted a mi marido,

en la guerra alguna vez

en la guerra alguna vez.

Si lo he visto no me acuerdo

si lo he visto no me acuerdo,

déme usted las señas de el

déme usted las señas de el.

Mi marido es un gran mozo

mi marido es un gran mozo

vestido de aragonés

vestido de aragonés,

en la punta de la espada

y en la punta de la espada

lleva un paño y lo bordé

lleva un paño y lo bordé

que lo borde cuando niña

que lo borde cuando niña

cuando niña lo bordé

cuando niña lo bordé.

Siete años le he esperado

siete años le he esperado

y otros siete esperaré

y otros siete esperaré,

si a los catorce no viene

si a los catorce no viene

monjita me meteré

monjita me meteré.

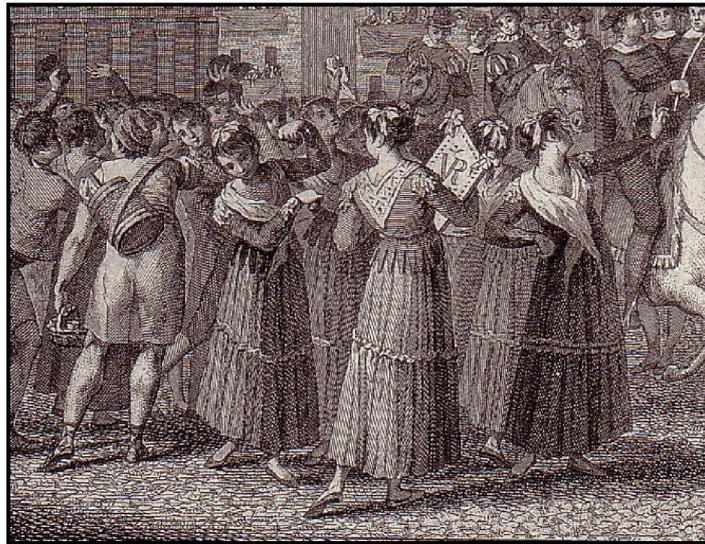


Fig. 6. Detalle de la “Manola” que cubre el pandero. Puede verse la inscripción V.R.
(Viva el Rey).

4.- FANDANGO DE LA MANZANA

A diferencia de las boleras el fandango es muy popular por toda la provincia y en la actualidad se conservan muchísimos. Voy a mostrar el de *el Baile de la manzana* de

Sahelices el Chico, el cual aprendí al que fuera mi maestro y tamborilero de aquel pueblo, Germán Castaño.

En el año 1881 publiqué uno de mis primeros trabajos de investigación titulado *Bailes Tradicionales de Ciudad Rodrigo*, allí explico este baile:

Baile de la Manzana o las Alfileres: Es un baile que se interpretaba el día de la ceremonia de las bodas para darle a los novios “el ratón” o “las alfileres”. Se solía realizar con ritmo de fandango en el que la novia bailaba con cada uno de los varones invitados. Ella sostenía en la mano un tenedor hincado en una manzana con unas hendiduras en las que los invitados introducían una moneda – normalmente de plata -, mientras que si era un billete lo que se ofrecía, éste se prendía con un alfiler.¹³

Para mi sorpresa, cuando recientemente he investigado en diarios y cartas de militares de la Guerra de la Independencia, he encontrado lo siguiente:

El oficial británico Harry Smith, casado con una española de Badajoz (la famosa Lady Smith, Juana Ponce de León), es invitado a una boda durante su estancia en Fuentes de Oñoro y nos describe *el baile de la manzana o de los alfileres*:

(...) Estando allí, mi casero se casó por segunda vez. Los habitantes de esta parte de España son muy peculiares y primitivos en sus maneras, vestido y costumbres. Se les llama charros. El vestido de las mujeres es de lo más costoso, y una fiesta de bodas sobrepasa con mucho a cualquier fiesta que he visto jamás, o que haya sido descrita por Abissinian Bruce. Tuvimos diversión y muchos festejos por tres días¹⁴. Una de las ceremonias consiste en un baile, en el que la novia es naturalmente la “prima donna”, y durante el cual sus familiares y amigos le hacen regalos, los cuales recibe mientras baila con los más airosos, aunque rústicos, movimientos. Los regalos son frecuentes sumas considerables en oro, o adornos de oro y plata de singular trabajo. Todos los familiares y amigos dan algo, de lo contrario se considera un desprecio. Mi esposa, quien aprendió a bailar los rústicos pasos para esta ocasión, presentó un doblón de la

¹³ José Ramón Cid Cebrián, *Bailes tradicionales de Ciudad Rodrigo*, Libro de Carnaval 1982, pp. 15-16.

¹⁴ Las bodas de los charros duraban tres días: *Vispera, Boda y Tornaboda*.

*manera más elegante y airosa para alegría de sus compatriotas, aunque al ser extremeña era considerada como medio extranjera por estas primitivas, pero hospitalarias y generosas criaturas. La novia tiene un cuchillo en su mano levantada, y encima una manzana, y los regalos más pequeños se presentan cortando la manzana, y colocando en el corte el dinero o el adorno.*¹⁵



Fig. 7. Abanico con la imagen de Julián Álvarez “el Charro”: Museo de la Armería de Álava (Vitoria).

A las músicas de algunos fandangos era frecuente aplicarle las letras a elección del intérprete, siempre que la métrica fuera la apropiada, en el presente caso le vamos a dedicar una vinculada con hechos de la Guerra de la Independencia en Ciudad Rodrigo.

El 10 de junio de 1808 ocurre en Ciudad Rodrigo uno de los sucesos más importantes del inicio de la guerra. Habían llegado noticias de lo acaecido en el 2 de mayo de Madrid, el nuevo Rey Fernando VII estaba secuestrado en Francia y en esta ciudad se forma “La Junta de Armamento y Defensa”¹⁶, los mirobrigenses solicitaban al

¹⁵ Harry Smith, pp.90-91, en Carlos Santacara, *La guerra de la Independencia vista por los británicos. 1808-1814*, ob. cit., pp. 553-554.

¹⁶ Posteriormente el Marqués de la Romana elevaría a “Junta Suprema de Castilla la Vieja”.

Gobernador de la plaza Martínez Ariza, que se pusiera la ciudad en estado de defensa, montando los cañones en la muralla y se preparara la fortaleza para un posible asedio francés procedente desde Almeida y otras partes de Portugal, el gobernador no accede, habían llegado multitud de patriotas de Salamanca, norte de Cáceres y de las sierras, y se crea un estado de confusión y amotinamiento que se excita con los gritos de ¡afrancesados! y de ¡mueran los traidores!, de tal manera que la multitud rebelada penetra en el palacio del gobernador que estaba situado en la Plaza del Gallo (lo que es hoy la calle Díez Tarabilla donde se encuentra el Palacio Episcopal) y asesinaron al gobernador don Luís Martínez de Ariza, su ayudante de plaza don Fidel “El Sabio”, el comerciante francés Juan Bayle y el maestro de Postas encargado del correo, Tomás Correa, arrastrando sus cadáveres por la calle. Ante esta situación tan desordenada y extrema, casi imposible de controlar por la escasa autoridad de aquel momento; se produjo un hecho singular. El Obispo Fray Benito Uría y Valdés corrió al sagrario de la Catedral, y sacó en procesión la adorable eucaristía, se presentó a los desenfrenados amotinados, que ante este encuentro se hincaron de rodillas en silencio por el respeto al venerable sacramento y en aquella situación, el Obispo exhortó a aquellos soliviantados al orden, disciplina y respeto, consiguiendo la calma y acatamiento del pueblo. Se conserva en la memoria colectiva alguna copla de aquel suceso que vamos a interpretar en el fandango de la manzana.

Los serranos de la Alberca

Mataron a don Fidel

Al señor Gobernador

Al correo y al francés.

A don Fidel lo mataron

Por la codicia el dinero

Y al señor Gobernador

Por haber vendido al pueblo.

En Cádiz piden un rey,

En Sevilla libertad,

Y en el pueblo de Gallegos

República federal.

5.- FANDANGO CON PANDERO CUADRADO. “Y AHORA VAMOS A BAYONA” (primera versión)

Siguiendo con el fandango voy a mostrar otro tipo pero con un singular instrumento.

A principios de julio de 1812, el oficial de intendencia Buckham, del ejército británico, que se encontraba en Almeida, al cruzar la frontera y llegar a Aldea del Obispo, relata:

(...) Hace unas pocas tardes cabalgué a la dicha Aldea con el propósito de comprar algo de paja de trigo, la cual los españoles la cortan muy pequeña y se la dan como forraje al ganado... Al llegar a la plaza de la aldea encontré dos rústicas señoras y sus acompañantes moviéndose en el indolente laberinto del fandango, acompañados por castañuelas. Las damiselas de la aldea estaban colocadas en un lado de la plaza, y delante de ella estaba el Orfeo del lugar, con las piernas arqueadas y tullido como el gran Tirteo, y ataviado con el acostumbrado sombrero gacho y el chaleco de color chocolate. Cantaba y tocaba al mismo tiempo. Su único instrumento era una especie de tambor de madera, como un tamboril, pero cuadrado, y aparentemente sólido, pero hueco lleno de algo que incrementaba su sonido. Este instrumento es probablemente una derivación del sistro egipcio, el cual estaba adornado con la figura de un gato, si no recuerdo mal. Incluso pueden los españoles asociar este artificio con un nombre local, ya que la Sierra de de Gata está en las cercanías.¹⁷

¹⁷ E. W. Buckham, *Personal Narrative of Adventures in the Peninsula*, Londres, John Murria, 1827, pp. 72-73, en Carlos Santacara, *La guerra de la independencia vista por los británicos. 1808-1814*, ob. cit., pp. 433.

Sin lugar a dudas se refiere al pandero cuadrado que solamente se conserva en Peñaparda. Voy a mostrar un fandango procedente de aquel lugar que se toca con pandero cuadrado. Lo aprendí del sacerdote Don Andrés Carpio, apodado cariñosamente “el Obispo del Rebollar” y de la “tochera” de pandero Tía Máxima Ramos, su letra es referente al rey implantado por Napoleón, su hermano José I conocido por el pueblo como *Pepe Botella* o el *Rey Pepino*, al que se le imputaba falsamente que era tuerto y alcohólico. El estribillo es muy significativo refiriendo la guerra religiosa; el clero de nuestra tierra, en su mayoría tomo partido contra Napoleón de forma muy destacada, hasta el punto de ser los máximos fomentadores de la resistencia, como muestra tenemos que “La Junta de Armamento y Defensa de Ciudad Rodrigo” formada para resistir el asedio de 1810, se componía de 34 miembros de los cuales 17 pertenecían al clero. En el Ejército Imperial, predominaban ideas enciclopedistas y como todo ejército invasor, profana iglesias metiendo en ellas caballos y utilizándolas como cuarteles, polvorines y fortificándolas además de saquearlas y robar sus tesoros. De la catedral mirobrigense entre las muchas cosas que se llevaron destaca el retablo de plata del altar mayor.

Ha venido pa España,

rondín rondando,

navegué navegando.

José Primero.

Con un ojo postizo,

rondín rondando,

navegué navegando

y el otro güero.

Y ahora vamos pa Bayona

*a no dejarlos entral
y ahora los franceses piden libertad
y España les dice podéis profesal,
la fe, la fe del cristiano,
si no vos van a abrasal.*

*Ya se marcha pa Francia,
rondín rondando,
navegué navegando.*

*El Rey Pepino,
con unas botellitas
Rondín rondando
navegué navegando
para el camino.*

*Y ahora vamos pa Bayona
a no dejarlos entral
y ahora los franceses piden libertad
y España les dice podéis profesal,
la fe, la fe del cristiano,
si no vos van a abrasal.*

6.- “Y AHORA VAMOS A BAYONA” (segunda versión)

Otra versión mucho anterior, la recopiló el músico y folclorista mirobrigense don Dámaso Ledesma, deja testimonio, en su *Cancionero Salmantino* (1907) p. 23. También hace referencia a aquellos lutos con los que la mujer se cubría hasta los pies con el denominado traje de *ventidoseno* “*ventioseno*”:

Aunque me ves de luto

toda cubierta,

no se me ha muerto nadie

que es por tu ausencia.

Y ahora vamos a Bayona

a no dejarlos entrar.

Con cuatro navíos de Indias

vamos al mar.

cargados de cañones

para pelear.

La fe, la fe del cristiano

si no nos han de abrasar.

En 1975, pervivía este canto en Arapiles. Pilar Magadán Chao lo recopiló y gentilmente me lo ha facilitado, con una estrofa añadida alusiva, sin duda al mismo episodio que conmovió y condicionó al pueblo .

*Este manto de luto
lo voy a llevar,
hasta que de la guerra
puedas regresar*

Y ahora vamos a Bayona, etc



Fig. 8. Guerrillero de la partida de Don Julián Sánchez. París, 1820.

7.- “AL MARQUÉS DE LA ROMANA”

Otra forma más común de tañer el panero cuadrado, también denominado “adufe” o “dufe”, es colocándolo sobre el pecho y batiéndolo con las dos manos; así lo realizan las manolas en la plaza mayor de Madrid para festejar la proclamación del rey Fernando VII el 24 de Agosto de 1808, al haber salido de Madrid José I a consecuencia de la batalla de Bailén, según un grabado de Ametller sobre dibujo de Zacarias Velázquez.

La letra que vamos a interpretar hace alusión a la toma de Ciudad Rodrigo por el Ejército Napoleónico en 1810. La recopiló el folclorista burgalés Federico Olmeda:

Marqués de la Romana, por Dios te pido

Que saques a los franceses de Ciudad Rodrigo.

Marqués de la Romana, por Dios te ruego

Que saques a los franceses a sangre y fuego.¹⁸

8.- “CARTA DEL REY HA VENIDO”

Cuando Fernando VII, aquel rey tan deseado por su pueblo que luego resultó ser el más indeseable, se encontraba en Bayona “negociando” con Napoleón. Su regencia de las Cortes de Cádiz organizó la resistencia a la invasión napoleónica, estando dispuesto el pueblo Español a darlo todo incluida su propia vida.

Lo vemos en el siguiente pasacalles que aprendí del Tío Chagüe, viejo tamborilero de La Alberca.

¹⁸ Federico Olmeda, *Canciones Populares de la Guerra de la Independencia*, Suplemento nº XXXII de la Revista *La Ilustración Española y Americana*, 30 de Agosto de 1908, Madrid, pp. 129-132.

Carta del Rey ha venido

Para los mozos de ahora

Que se vayan a la guerra

A defender su corona.

La corona está en Bayona

Hemos de ir a salvarla,

Hemos de ganar la guerra

A bayoneta calada.

Donde va la mi morena

Donde va la resalada,

Donde va la mi morena

A la fuente va a por agua.

A la fuente va a por agua

Y un galán me la entretiene

Y mi me toca esperar

Por ver si viene o no viene.

Por ver si viene o no viene,

Para ver si viene sola

Y la viene a compañar

Una bandera española.

Una bandera española

Y un trabuco narajero

Con un letrado que dice

Viva la sal y el salero.

Viva la sal y el salero

Viva la sal salerosa,

Viva los cuerpos bonitos,

Viva el talle esa moza.

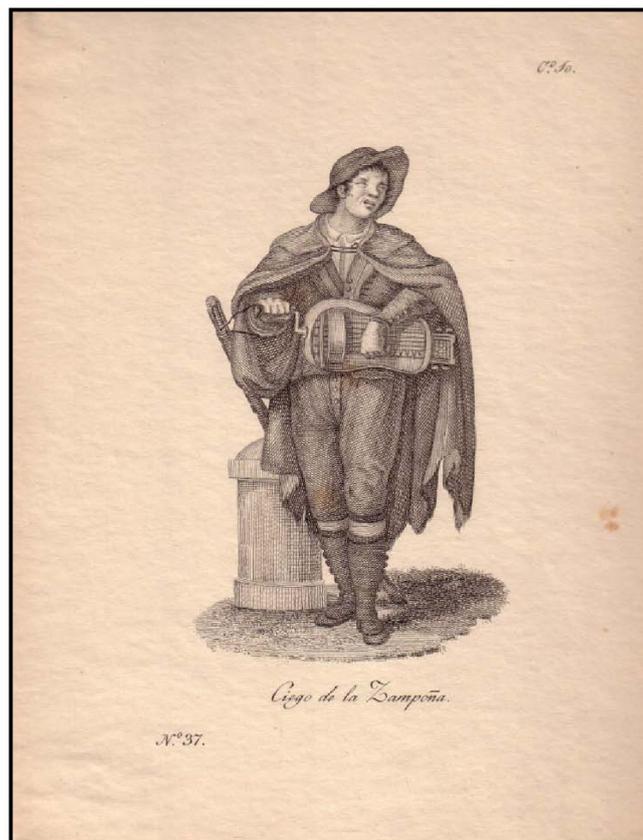


Fig. 9. Músico callejero ciego. Se le ve representado con su típico instrumento de cuerda, la zamfonia.

9.- “POLVORA EN LA ZAMARRA”

La resistencia por los campesinos de la tierra la encontramos en el siguiente estribillo de un *ajechao* recogido en Peñaparda en el que alude a los pastores con sus atuendos característicos, la zamarra y el zurrón.

Pólvora en la zamarra, pólvora en el zurrón,

Pólvora en la pastora, pólvora en el pastor

Pólvora en la pastora, pólvora en el pastor.

Pólvora en la cabaña, pólvora en el zurrón,

No reinara en España ningún Napoleón,

Que reinará Fernando, su patria y religión.

10.- CHARRO VERDADERO DE LUCAS BARROSO.

Por sus conocimientos, tanto los pastores como los vaqueros son fundamentales en las labores de la guerrilla, sobre todo en la de interceptar correos, avituallamientos y el ganado que posee el ejército imperial para su abastecimiento. Cuando los franceses tienen tomada Ciudad Rodrigo, poseían para el abasto una manada de vacas y cabras, que todas las mañanas sacaban a pastar a los alrededores de la plaza. La madrugada del 14 de octubre de 1811 llegó el guerrillero don Julián Sánchez “El Charro” con parte de sus lanceros y fueron capaces de arrebatar al poderosísimo ejército napoleónico, la friolera de 200 vacas y 300 cabras que se llevaron a su campamento de Lumbrales.

Es de destacar que la raza bovina autóctona de Salamanca la denominada *morucha recia* o *de casta*, que se utilizaba en la antigüedad para las corridas de toros y todavía hasta la década de los años setenta, hemos conocido su uso en festejos taurinos menores de

pueblos y en capeas y corridas populares, procede del primitivo Tronco Ibérico o Bos Taurus Ibéricus, considerado por los zootecnistas el ganado indígena de la Península Ibérica, ajeno a otros troncos que llegaron de fuera. El mantenimiento prácticamente intacto al paso de los tiempos, de esta antiquísima raza bovina, nos lo aclara uno de sus máximos expertos, Don Antonio Sánchez Belda: *La gran cantidad de guerras e invasiones que sufre la Península Ibérica, durante la antigüedad, en ciertas zonas, hace que toda mejora ganadera es utópica, interesaba más tener vacas de pies ligeros, que muy productivas; piaras prontas para escapar que terneros listos para cebar. En síntesis, nos encontramos con una fracción del Tronco Ibérico creada en absoluta libertad, sobre áreas boscosas o de montaña, que vendría a constituir el ancestro común de la raza Morucha actual y de la rama castellana o “de la tierra” del toro de lidia. Concretando, que referente al largo periodo de la Reconquista, contribuyó poderosamente al afianzamiento de la raza, pues al encontrarse toda la región Central vacía, siguiendo la táctica de tierra de nadie, entre los ejércitos beligerantes, los ganaderos de aquella época estarían más inclinados por vacas para escapar de las continuas razias de uno y otro lado, que por ganado pacífico. Así, montaraz, rebelde, aislada, y bravía, entra la raza Morucha en la edad Moderna y pasa a la Contemporánea*¹⁹.

En Zamorra y Pastores aprendí las coplas del vaquero-guerrillero Lucas Barroso, que se cantan en el ritmo más autóctono y arcaico de nuestra tierra, el de “Charro Verdadero”.

Allá va Lucas Barroso

vaquero de gallardía,

Trae las vacas cansadas

y la yegua mu rendida.

Trae las vacas cansadas

¹⁹ Sánchez Belda, *Razas bovinas españolas*, Madrid, 1984.

y la yegua mu rendida.

De pelear con los franceses,

De pelear con los franceses,

Dos o tres veces al día,

Una vez por la mañana

Y otra vez al mediodía,

Y otra vez por la tarde,

Cuando el sol se trasponía.

El vaquero vota y jura

Que cuando venga el verano,

Ha de quitar la su yegua

Y ha de coger un caballo,

Ha de quitar la su yegua

Y ha de coger un caballo.

Dicen que Napoleón,

Dicen que Napoleón

Fue un emperador muy grande

Y en España no valió

Mas que diecimueve reales,

Y en España no valió

Mas que diecimueve reales.

11.- PASACALLES DE LOS LANCEROS DE DON JULIAN SÁNCHEZ EL CHARRO.



*Fig. 10. Detalle del grabado titulado *Battle of Salamanca*, Londres, 1815.*

Volviendo a la figura del guerrillero de nuestra tierra, don Julián Sánchez, en Ciudad Rodrigo encontramos otras coplas más concretas que alaban al “Charro” y sus lanceros. En la memoria colectiva del pueblo se ha conservado la siguiente marcha pasacalles.

Cuando Julián Sánchez

Monta a caballo,

Escapan los franceses

Como del diablo.

Campos de la Fuente

Floridos y hermosos

Donde los lanceros

Salen victoriosos.

Es un lancerito que me viene a ver.

El me quiere mucho y yo le quiero a él.

Viva la partida

De los lanceros.

Hasta que no salen

No hay prisioneros.

Andamos por montes,

Despedazando

Aguilas imperiales

Que van volando

Es un lancerito que me viene a ver.

El me quiere mucho y yo le quiero a él.

Ata el caballo

Que se te va

Para la partida

De don Julián.

Ata el caballo

Atalo bien,

Que se te marcha

Y te hace correr

Es un lancerito que me viene a ver.

El me quiere mucho y yo le quiero a él.

Es mi novio un lancero

De don Julián,

Si él me quiere mucho

Yo le quiero más.

El corazón me lleva

Puesto en la lanza,

Que vivan los lanceros

Y que muera Francia.

Es un lancerito que me viene a ver.

El me quiere mucho y yo le quiero a él.

Don Julián tus lanceros

Parecen soles

Con mangas encarnadas

Y con morriones.

Un lancero me lleva

Puesta en la lanza.

Si querrá que yo vaya

Con el a Francia.

Es un lancerito que me viene a ver.

El me quiere mucho y yo le quiero a él.

12.- CHARRADA DEL INGLÉS.

El ejército inglés que se desplaza a la Península es nuestro aliado pero no nuestro amigo; no vienen a España para ayudarnos, sino para combatir a su enemigo Napoleón de una forma inteligente y cómoda en un país fuera del suyo; escasos años antes España

permanecía en guerra con Inglaterra, todavía estaba caliente el desastre de Trafagar donde dejaron a España sin flota naval. Por ello no es de extrañar que en el asedio de Wellington a nuestra ciudad en 1812, como en los asedios realizados a tantas ciudades españolas por los ingleses, realizaran más saqueo que los propios franceses.

En los diarios de militares ingleses también encontramos quejas sobre ellos por parte del pueblo español.

El Corneta del regimiento inglés 14 de húsares Francis Hall nos cuenta:

Recuerdo que una mujer en cuya casa paré durante un reconocimiento entre Ciudad Rodrigo y Salamanca antes de que ésta fuera tomada, me preguntó: -¿Cuándo vienen los ingleses?, y al contestarle, “pronto”, se echó a reír, y dijo, -Ah, como el doctor que llega cuando el paciente está muerto.

El mismo autor también nos dice lo que le escuchó a los lugareños de estas tierras:

-Los franceses se llevan todos nuestros cerdos grandes, y los ingleses todos los pequeños.

Y nos relata una anécdota muy significativa del párroco de Villar de Ciervo:

-Recuerdo que en Villar de Ciervo algunos de nuestros oficiales fueron rehusados a entrar en la casa del cura, debido a que el general que se había alojado allí la noche anterior, ¡había robado sus sábanas!²⁰

La cultura anglo-sajona de los británicos no apreciaba la dieta salmantina a base de vino y tocino, ni la costumbre de fumar, Henry Ross de la división ligera, cuando esta asentado en Martiago, nos dice refiriéndose a los lugareños:

Un cigarro o una pipa parecen ser uno de sus mayores lujos. En verdad, prevalece tanto la costumbre de fumar por toda a Península, que los españoles deben de contemplar la posible perdida de La Habana, y los distritos de cuyo fragante producto es almacén, con un insólito temor.²¹

²⁰ Carlos Santacara, *La Guerra de la Independencia vista por los Británicos, 1808-1814*, ob. cit., pp. 328-329.

²¹ *Ibíd.* p. 365.

Nuestro laureado músico y folclorista mirobrigense, Don Dámaso Ledesma, recogió del pueblo y publicó en 1907 en su Cancionero Salmantino, una curiosa Charrada que refleja la socarronería típica de los lugareños a los ingleses, con la crítica jocosa a una cultura tan opuesta a la española.

Si piensas que por tu ausencia

Me voy a echar a llorar;

Calla tonto vanidoso

Que otro ocupa tu lugar.

Ay del inglés, del inglés, del inglés,

Que no bebe vino,

Ni come tocino,

Ni fuma del anís.

Ay morena salada

Mejor le valiera

Al inglés no vivir.²²

13.- ROMANCE DE LOS ARAPILES.

De las muchas batallas que se libran en la provincia de Salamanca, la más importante y determinante es la batalla de Salamanca en los Arapiles. El propio Wellington llegó a afirmar que las tres batallas más importantes de su vida militar fueron Arapiles, Vitoria y Waterloo. Tal acontecimiento no podía pasar desapercibido para la memoria colectiva,

²² Dámaso Ledesma, *Folk-lore ó cancionero salmantino*, Salamanca, 1907, p. 71.

y en el citado *Cancionero Salmantino* de Dámaso Ledesma de 1907, encontramos un precioso romance que narra la acción, con el título de:

*ACCIÓN QUE LAS TROPAS ESPAÑOLAS AUXILIADAS DE LAS PORTUGUESAS E INGLESA DIERON CONTRA LAS FRANCESAS EN EL DÍA 22 DE JULIO DE 1812.*²³

El Romancero tradicional es la evolución y sustitución de los antiguos cantares de gesta que componían e interpretaban los juglares medievales, siendo sus principales difusores los ciegos, dado que en la antigüedad la mayoría de las personas de clase social popular que no poseían vista, su única posibilidad de trabajo era la dedicación a la música, inicialmente en cofradías o hermandades de origen medieval, teniendo los músicos ciegos el derecho reconocido de vender pliegos, así como de cantar y recitar romances, interpretados en exclusiva con instrumentos de cuerda.

Los romances eran realizados en imprentas especializadas para ser repartidos y cantados por los ciegos ambulantes que los vendían por pliegos en las plazas, mercados y zonas concurridas de todas las poblaciones de la geografía española. Se transportaban insertados en un cordel de ahí la denominación de *pliegos de cordel*.

El presente romance ha sido adaptado, revisado y reducido para “Voces Blancas Salmantinas” por Pilar Magadán.

Lo vamos a interpretar con el instrumento característico de la época utilizado por los ciegos para cantar romances, la zanfona:

*Favor le pido a Jesús y a la Virgen Sacra y bella
para poder explicar la batalla más sangrienta*

*El más ejemplar combate..... que ha habido en nuestra tierra,
la España con Portugal, la Francia contra Inglaterra.*

²³ *Cancionero Salmantino* de Dámaso Ledesma, Salamanca, 1907, nº 22, pp. 172-174 (se canta con la música del nº 41, p. 198),

*Sólo ha habido en nuestra tierra esta batalla sangrienta
en el pueblo de Arapiles de Salamanca una legua.*

*Sucedió lo que refiero y todo al pie de la letra
en el veintidós de Julio día de la Magdalena*

*Comenzaron las guerrillas por la Ermita de La Peña
atacan a los franceses con mucho valor y fuerza.*

*Mientras, a ver si podían con enredos y “tratagemas”
apropiarse el Arapil que les sirva de defensa.*

*Como al cabo así lo hicieron quedando las tropas nuestras
en el monte de La Mata
en tanto que los franceses
cogen el Arapila Grande con bastante ligereza.*

*Las Peñas de Castillejo son una buena defensa
Pasaron La Atalaya de Mirandilla bien cerca.*

*Colocaron los cañones a la hora de las dos y media.
No quedó nadie en el pueblo porque el que no corre, vuela.*

*Que iban las balas rasas zumbando por las orejas,
Y uno que quedó en él pagó muy bien las maesas,
que le llevaron de guía y le rompieron una pierna.*

Nuestras tropas se retiran pero es por pura estrategia.

*¡¡A ellos!! Dicen los franceses. Porque ya no nos esperan
ni España, ni Portugal, ni tampoco la Inglaterra*

*Entremos en Salamanca donde habrá buena meriendas
y bebamos cada uno a dos o cuatro botellas;
Saquearemos la ciudad que hay mucho dinero en ella.
Pero, detenerse un poco no hay que darse tanta prisa
que baja por la Pinilla..... ya, el general Silveira
coge dirección Miranda a ponerse en delantera
porque van como leones mejor diré como fieras
porque no temen al plomo tampoco a las bayonetas.*

*De heridos y prisioneros hicimos una buena presa
les quitamos los cañones que tenían para defensa
y les ganamos, también el Teso de la Cuquera.
Sigamos al Arapil como referido queda
Donde se subió “Marmon” para ver mejor la “Fiesta”
Bajó con un brazo menos mejor fuera la cabeza.*

*Pero bueno es que quedara para que vaya a su tierra,
y le cuente a Napoleón cómo le ha ido en la guerra...*

*Y ahora vamos al Sierro pues ya es la altura postrera
donde se reunieron todos para hacer mayor defensa.*

*Ellos bien se defendían mas de poco le aprovecha
porque iban las balas rasas y las granadas con ellas.*

*Los brazos de las encinas muchos quedaron por tierra
pues no ha quedado tomillo ni tampoco carrasquera.*

*Y si dura más el día Franceses muy pocos quedan
Que viva "Lor Veliton" y las tropas que gobierna.*

14.- CORRIDO Y BRINCAO WELLINGTON Y MARMONT EN LOS ARAPILES.

En una recopilación que realicé hacia 1978, en el pueblo de La Encina, a Don Andrés Carpio *El Obispo del Rebollar*, pero que según me indicó había aprendido en Peñaparda cuando era cura de su parroquia, me cantó la primer estrofa y estribillo del presente tema, con la música de fandango (corrido y brincao) que muestro en este trabajo. Posteriormente llegó a mi biblioteca una pequeña joya: *LA BATALLA DE LOS ARAPILES Ó DERROTA DE MARMONT. DRAMA EN UN ACTO. Por Don Francisco Garnier Gonzalez. Representado en el teatro del Príncipe el día 23 de Julio de 1813, y la primera composición teatral hecha en Madrid, en loor de célebre feld Mariscal*

WELLINGTON. Publicado en la *IMPRESA DE ÁLVAREZ. MADRID 1813*. Al final de la obra insertan unas letrillas tradicionales de la época, *muestras rústicos cantos*. Allí encontré otra variante que coincide con la recogida por Ramón Mesonero Romanos (descendiente su padre de la zona de Arapiles), en su obra *Diario de un sesentón*.²⁴

Velintón en Arapiles

a Marmon y á sus parciales,

para almorzar les dispuso

un gran pisto de tomates.

y tanto les dio,

que les fastidio,

y a contarlo fueron

a Napoleón.

Y viva la nación,

Y viva Velintón.

En este trabajo comienzo con la primera estrofa y música recogida a El Obispo de El Rebollar y lo completo con el *Segundo género de letrillas que se cantaron en los días siguientes* (de la batalla de Los Arapiles), procedentes de la citada obra *LA BATALLA DE LOS ARAPILES Ó DERROTA DE MARMONT* de Francisco Garnier Gonzalez.

Velintón en Arapiles

a Marmont y sus parciales

para almorzar les dispuso

mil arrobas de tomates.

²⁴ Ramón Mesonero Romanos, *Diario de un setentón*.

*Y tantos les dió
que le entró un “implón”²⁵
y a contarlo fueron a Napoleón.*

*Cuando Marmont vino á España
cabalgaba en ricas sillas,
y cuando se volvió a Francia
Se fue en unas angarillas.
Y esto es tan verdad
Como la pasión;
Le dio el pasaporte
El Lord Wellington.*

*Cuando Marmont vino a España
gastaba de “piculinas”,
pero se quedo elevado
al ver las salamanquinas.
Y más se quedó
luego que advirtió
que a guardarlas iba*

²⁵ *Implón* viene del verbo *implar*, enfermedad que le entra al ganado rumiante, especialmente a las vacas o bueyes, cuando comen mucho y se les hincha enormemente la *panza* de líquidos y gases.

El Lord Wellington.

¿Que has hecho de las legiones

que yo fié á tu valor?

preguntará Buonaparte

cuando distinga á Marmont.

y él responderá:

todas, gran señor,

las ha vendimiado

el Lord Wellington.

Las águilas invencibles

del corso Napoleón

en gallinas las convierte

el inmortal Wellington.

En los Arapiles

así sucedió,

donde fué batido

el fiero Marmont

Llora tanto el rey de Roma

de su tío Pepe el desastre

que para acallarle tienen

de este modo que arrullarle.

A la ro,ro, ro,

de mi amor garsón

que viene Mina y Sanchez

y el Lord Wellington.

Cuando vió á Marmont su esposa

que iba herido de un balazo

le preguntó compungida

¿Te falta algo mas que el brazo?

Y él la respondió

no querida no,

y esto se lo debo

al Lord Wellington.

El león de España duerme,

dixo entre sí Bounaparte,

y á que le hicieran cosquillas

envió á sus generales.

Despertó el león,

Y se esperezó,

y abriendo la boca

se tragó a Marmont.

*Bounaparte en su palacio
mira el águila y pateo
al ver que el león de España
alza la pata y la mea.
Reniega y maldice
lo que sucedió
en Los Arapiles
con Lord Wellington.*

*Cuando la acción de Arapiles,
Rey, ministros y edecanes
lo que en seis meses comieron
Vomitan en un instante.
Pepe se atufó,
su corte se huyó,
á contarlo fueron
á Napoleón.*

*Cuando la acción de Arapiles
los valientes fanfarrones,
arrojaron las mochilas
y llamaron a talones.*

Cobarde, Marmont

di ¿quién te metió

á aguardar a un hombre

*como Wellington?*²⁶

15.- LOS GATOS DE NAPOLEÓN.

El pueblo ha ido transformando la historia a su gusto derrochando ingenuidad y frescura como en la siguiente canción infantil, que ya recogiera Sánchez Fraile en su “Nuevo Cancionero Salmantino” en 1943.

Napoleón tenía tres gatos

Y los hacía bailar en un plato

Y por las noches les daba turrón.

*Que viva los gatos de Napoleón.*²⁷

16.- LAS MARZAS

Cuando terminó la *francesada* el pueblo siguió celebrando sus fiestas ancestrales muchas de ellas vinculadas con los ciclos de la naturaleza, como las denominadas

²⁶ *LA BATALLA DE LOS ARAPILES Ó DERROTA DE MARMONT. DRAMA EN UN ACTO. Por Don Francisco Garnier Gonzalez. Representado en el teatro del Príncipe el día 23 de Julio de 1813, y la primera composición teatral hecha en Madrid en loor de célebre feld Mariscal WELLINGTON. Publicado en la IMPRENTA DE ÁLVAREZ. MADRID 1813. pp. 53-56.*

²⁷ Anibal Sánchez Fraile, *Nuevo cancionero salmantino*, Salamanca, 1943, p. 255.

marzas, que se recitan y cantan en el mes de marzo para celebrar la llegada de la primavera, como la siguiente que recogiera el Padre Agustino César Morán.

Atención, señores,

Damas y doncellas,

Oiréis las marzas

Nuevamente impresas.

No vinon de Francia,

Ni de Inglaterra,

Que Dios nos las manda

Del cielo a la tierra,

Pa que unos las canten,

Y otros las deprendan

***EL SITIO DE CIUDAD RODRIGO (JUNIO-JULIO DE 1810):
LA VERSIÓN FRANCESA DE LOS CONTEMPORÁNEOS.***

Jean-René Aymes
Université Paris III

Puede parecer algo incongruente o, por lo menos, inútil evocar el sitio de Ciudad Rodrigo cuando existe, desde hace un cuarto de siglo, un estudio, que no ha envejecido, difícilmente superable, que se publicó en los Estados Unidos en 1984 y cuya versión española es ahora accesible. Se trata del libro de Donald Horward dedicado a los sitios de Ciudad Rodrigo y de Almeida²⁸.

Mi pretensión se limita, pues, a presentar, con inevitables lagunas, el punto de visto francés, finalidad algo distinta de la de Horward que estudió la visión de los españoles, portugueses e ingleses, centrando su atención en los episodios casi exclusivamente militares, dejando de lado los aspectos marginales como son la vida cotidiana y la mentalidad de los protagonistas. Por cierto, aún más que yo, él ha explorado los documentos conservados en los archivos militares de Vincennes, pero no ha explorado tanto como yo las Memorias autobiográficas de los actores y testigos franceses. Por suerte, en Francia en los últimos decenios se han publicado Memorias, o bien ignoradas hasta entonces, o muy poco utilizadas por los historiadores. En efecto, además de las Memorias de Masséna, príncipe de Essling, y de Marbot, me referiré también a los testimonios, menos conocidos, de Pelet-Clozeau, Lagarde, Sprünglin, Delagrave, Marcel, Giraud, Barrès, Béchet de Léocour, Hulot y Noël²⁹.

Huelga añadir que la historiografía francesa “clásica”, principalmente la de Belmas³⁰, no es de gran ayuda, y tampoco la española, por ejemplo la del coronel Juan Priego

²⁸ Donald D. Horward, *Napoleon and Iberia – The Twin Sieges of Ciudad Rodrigo and Almeida, 1810*, A Florida State University Book, Tallahassee, 1984 – Versión española: *Napoleón y la Península Ibérica – Los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida, 1810*, Ediciones Diputación de Salamanca, 1ºed. 1984, 2ºed.2006.

²⁹ Este trabajo presenta un exiguo punto común con un estudio reciente que no conocía cuando emprendí la preparación del mío. Se trata del artículo de Tereza Caillaux de Almeida, titulado “L’échec des campagnes napoléoniennes au Portugal dans les Mémoires des officiers français”, publicado en la revista *Rives Méditerranéennes* elaborada por la UMR Telemme de Aix-en-Provence, n°36, 2010, pp. 59-69. Pero ese artículo no se superpone con el mío porque, aparte de que me ciño al sitio de Ciudad Rodrigo mientras que mi colega « lusitanista » abarca toda la campaña de Portugal, ella se centra en las Memorias del general Pelet-Clozeau. Con todo, remito al artículo de Tereza Caillaux de Almeida, quien aclara las razones de una voluntaria “amnesia francesa”, la cual explica la pobreza de la literatura “memorialística” francesa relativa a una campaña militar ni gloriosa ni noble y, por lo tanto, nada grata de recordar.

³⁰ Belmas (J.), *Journaux des sièges faits ou soutenus par les Français dans la péninsule de 1807 à 1814*, Chez Firmin-Didot, Paris, 1837, t.III.

López³¹, quien, en cuanto a las fuentes francesas, no pasa de Belmas y de Adolphe Thiers³².

La importancia de Ciudad Rodrigo

La importancia de esa ciudad fortificada no había pasado desapercibida a Napoleón que había lanzado varias órdenes explícitas para que sus tropas se apoderaran de Ciudad Rodrigo y de Almeida antes de alcanzar la meta final que era la ocupación de Lisboa. En particular, esas instrucciones iban dirigidas al mariscal Berthier, jefe del Estado Mayor napoleónico³³.

Los datos proceden quizás de los informes redactados por Pelet-Clozeau, que se pueden consultar en los archivos de Vincennes y ahora en la edición reciente de las Memorias de ese oficial³⁴. Según él, Ciudad Rodrigo es “la verdadera capital del Noroeste de España”, un lugar de concentración de insurrectos y una plaza bien abastecida y situada entonces cerca del ejército inglés. En cada guerra emprendida por los españoles contra los portugueses, era el punto de reunión de las fuerzas españolas.

El coronel Sprünglin que redacta sus Memorias probablemente en 1836 hace de Ciudad Rodrigo “el bulevar de la insurrección de Castilla” y la mejor entrada a Portugal³⁵.

Poco antes de que empiece la campaña, Pelet-Clozeau cree saber, pero en realidad se equivoca, que es la sede de la Junta de Castilla. Su información es más segura y precisa respecto a los ocupantes de la plaza (7 a 8.000 militares), comandados por el general Andrés Herrasti, “viejo y valeroso soldado español”. Pelet-Clozeau también

³¹ Juan Priego López, *Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Librería Editorial San Martín, Madrid, 1981, Vol.V (« Campaña de 1810 »), pp. 205-216.

³² Adolphe Thiers, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, Paulin libraire-éditeur, Paris, 1855, t.XII.

³³ Citado por Nicole Gotteri en *Napoléon et le Portugal*, Bernard Giovanangeli, Paris, 2004, p.242 – La importancia de Ciudad Rodrigo también está subrayada en un documento conservado en los Archivos Militares de Vincennes, « Service Historique de la Défense » (S.H.D.), en la serie « Mémoires Historiques », doc. 1 M 917-1.

³⁴ Général Pelet-Clozeau, *Mémoires sur ma campagne au Portugal (1810-1811)*, Editions Historiques Teissèdre, Paris, 2003.

³⁵ Emmanuel Frédéric Sprünglin, *Souvenirs des campagnes d'Espagne et de Portugal*, Librairie Historique Teissèdre, Paris, 1998, p.148.

proporciona datos pormenorizados acerca de las fortificaciones, en particular de los conventos de San Francisco y de Santo Domingo³⁶. En las Memorias de Noël figura un plano de la ciudad³⁷. Por su parte, Delagrave asegura que los ocupantes disponen de víveres para un año³⁸.

En una época muy posterior al sitio, Marbot coincide con Pelet-Clozeau para enfatizar la importancia de la conquista de la ciudad:

La última ciudad española en la frontera es Ciudad Rodrigo, plaza fuerte de tercer orden si se considera exclusivamente el valor de sus fortificaciones, pero que adquiere una gran importancia dada su situación entre España y Portugal, en una región desprovista de caminos y de muy difícil acceso para el transporte de bocas de fuego de grueso calibre, de municiones y del inmenso aparato indispensable para establecer un sitio³⁹.

Se conocen poco, por no haber sido recogidos en Memorias autobiográficas, los datos que el general Loison comunica al mariscal Ney, en abril, es decir dos meses antes del inicio del sitio⁴⁰. Sus observaciones son parcialmente contradictorias, pues no sabe si el sitio será difícil o no. No ha de serlo si los ingleses, que conceden poca importancia a Ciudad Rodrigo, mantienen su intención de limitarse a defender a Portugal; pero, en sentido opuesto, “Ciudad Rodrigo ofrecerá más resistencia de lo que se cree”, porque actuará una especie de hombres particularmente resueltos, sostenidos por la esperanza de ser socorridos por tropas de su nación y la creencia, aunque sin fundamento, de que los ejércitos napoleónicos sufren derrotas en Andalucía. En contradicción con lo que

³⁶ Pelet-Clozeau, *Mémoires (...)*, pp.57-58.

³⁷ Jean-Nicolas-Auguste Noël, *Souvenirs d'un officier du premier Empire (1795-1811)*, Berger-Levrault et Cie libraires-éditeurs, Paris/ Nancy, 1985, p.103 – En el S.H.D, serie « Mémoires et Documents », doc. MR 919, n°5, hay una descripción de las fortificaciones de Ciudad Rodrigo.

³⁸ André Delagrave, *Mémoires du colonel Delagrave, campagne du Portugal (1810-1811)*, C.Delagrave, Paris, 1902, p.42.

³⁹ Jean-Baptiste Marbot, *Mémoires du général baron de Marbot* (t.II : *Madrid, Essling, Torrès Védras*), Librairie Plon, Paris, 1891 – Edición utilizada : *Memorias – Campañas de Napoleón en la península ibérica*, Editorial Castalia, Madrid, 2008, p.172.

⁴⁰ S.H.D., « Correspondance de l'armée du Portugal », C7/20.

afirma Delagrave, los habitantes están muy mal alimentados, lo que explica un fenómeno de deserción.

Además, según el general Loison, el problema del agua se hará acuciante, porque la ciudad no tiene ninguna fuente, lo que obliga a los habitantes a ir por ella al exterior de la ciudad. Loison incide en una aparente contradicción: tras haber sugerido, el 4 de abril, la temible terquedad de los paisanos y de los soldados, dos semanas después, basándose, quizá a la ligera, en las declaraciones de dos desertores, anuncia al mariscal Ney que “los habitantes de Ciudad Rodrigo han pedido al gobernador que se rindiera; pero se reprimió con violencia ese movimiento”.

Las dificultades materiales para los franceses

Al margen de la posible resistencia obstinada de los civiles, los mandos franceses se enfrentan con enormes dificultades, algunas de ellas insuperables.

Pelet-Clozeau no oculta que “todo falta en España”, en particular los alimentos que no se podrán encontrar en ese sector de Extremadura, “país árido”, casi sin cultivar, en el que sólo se ven encinas y retama⁴¹.

Barrès recuerda que, entre Salamanca y Ciudad Rodrigo, se atraviesa “un país desierto, estéril”, sin cultivar, cubierto de encinas y de una especie de roble que produce bellotas “dulces” (sic)⁴².

Masséna, dirigiéndose a Junot, el 9 de junio, habla de “un país agotado” y de “un país sin recursos”. Ya en los primeros días del sitio, anuncia que se acerca la hambruna⁴³.

Durante el sitio, al ver Noël que sus hombres sólo han recibido galletas para 15 días, les invita a convertirse en agricultores:

⁴¹ Pelet-Clozeau, *Mémoires (...)*, p.57.

⁴² Jean-Baptiste Barrès, *Souvenirs d'un officier de la Grande Armée*, Editions du Grenadier, Paris, 2002, p.112.

⁴³ S.H.D., C7/8.

“Les he dado la orden de segar, trillar, moler y fabricar galletas. En mis hombres están representados todos los oficios. Les he dado la orden de recoger hoces en las casas de los campesinos. Los obreros de artillería y los guarnicioneros del “tren de equipages” fabricarán mayales. Me apodero de un molino en el Águeda y consigo que se fabriquen buenas galletas. Los campesinos se imaginaban que, negándose a cumplir con las requisas, escaparían a ellas. Es sin duda la única vez en que ven trillar el trigo con mayales. No sé si van a aprovecharse del ejemplo. Los campesinos de la comarca desgranaban las espigas de trigo en el mismo tragal”⁴⁴.

Aunque refiriéndose a una época inmediatamente posterior a la toma de Ciudad Rodrigo, también Masséna menciona esa conversión de los soldados en labradores y artesanos: “Cada regimiento tenía sus segadores, sus trilladores, sus molineros y sus panaderos”⁴⁵. Al descubrir que la comarca no puede proporcionar víveres, Masséna dirige su mirada hacia la zona de Salamanca, pero las comunicaciones son difíciles, en particular cuando las lluvias torrenciales hacen intransitables los caminos. Ocurre entonces – como lo señala el general Eblé - que las piezas de artillería se atascan en los lodazales⁴⁶.

El comandante Giraud, en una carta que escribe el 8 de junio, alude a “camino llenos de enormes baches”⁴⁷. A mediados de junio, para que pudieran pasar los cañones, se necesitaría aumentar la anchura de los caminos en ciertos sectores.

Según el capitán Marcel, quizá propenso a la exageración, “una pieza de artillería tarda dos meses en ser transportada de Salamanca a Ciudad Rodrigo”, o sea que recorre sólo dos leguas en 24 horas⁴⁸.

Cuando empieza el sitio y durante el mismo, faltan cañones y cañoneros. El general Eblé lamenta que sólo haya cuatro hombres por pieza de artillería, es decir la mitad de

⁴⁴ Noël, *Souvenirs (...)*, p.103.

⁴⁵ André Masséna, duc de Rivoli, prince d'Essling, *Mémoires rédigés d'après les documents qu'il a laissés et sur ceux du dépôt des forteresses par le général Koch*, Paulin et Le Chevalier, Paris, 1842-1850, 7 vol. – Edición utilizada: Jean de Bonnot, Paris, 1967, t.VII, p.129.

⁴⁶ S.H.D. C7/ 20.

⁴⁷ Jean-Baptiste Giraud, *Carnet de campagne du commandant Giraud, documents recueillis, classés et mis en ordre par le commandant Grandin, son petit-fils*, Téqui libraire, Paris, 1898, p.192.

⁴⁸ Nicolas Marcel, *Campagnes du capitaine Marcel en Espagne et en Portugal (1808-1814), mises en ordre, annotées et publiées par le commandant Var*, Plon, Paris, 1913 – Versión utilizada: <http://www.histoire-empire.org/docs/marcel/marcel-5.htm>

lo que haría falta⁴⁹. Además, son jóvenes recién llamados a filas, sin experiencia y tanto más difíciles de dirigir cuanto que sólo hay un oficial por compañía.

Por su parte, Marcel pone de manifiesto la penuria de balas de cañón: “Se ordenó que los soldados que recuperaran balas de cañón del enemigo y las llevaran al parque de artillería recibirían entre 10 y 30 “sueldos” según el calibre”⁵⁰. Y hubo soldados hasta tal punto arriesgados o inconscientes que se expusieron a los tiros enemigos para ganar dinero; y muchos ganaron casi nueve francos al día.

Menos conocida y habitual es la situación lastimosa de los caballos que, además de escasear, padecen de una subalimentación que les debilita⁵¹. Al final del sitio, casi todos están fuera de servicio⁵².

Algunos aspectos de las operaciones del sitio

La mayor cantidad de datos precisos acerca de las operaciones a lo largo de los 25 días de trinchera abierta se halla en las Memorias de Masséna y de Pelet-Clozeau; a ellas remito, ciñéndome a la evocación de unos cuantos episodios a los que otros memorialistas franceses prestan una atención privilegiada.

Se ha de suponer que el coronel Delagrave, para evocar a “don Julián”, se inspiró en relatos ajenos cuando compuso sus Memorias en una fecha ampliamente posterior a los acontecimientos, porque es improbable que el cabecilla fuera una figura familiar para los sitiadores⁵³.

La misma advertencia vale para el testimonio del general Marbot. Según él que redactó sus Memorias en una fecha desconocida “Don Julián” (Sánchez) se había encerrado voluntariamente en Ciudad Rodrigo y había dirigido varios ataques. Gozaba de una excelente reputación, la de hombre valiente; o sea que Marbot dista mucho de hacer del cabecilla un energúmeno despreciable y malquisto por la población. Al faltar el forraje

⁴⁹ S.H.D., C7/20.

⁵⁰ Marcel, *Campagnes (...)*, cap.V.

⁵¹ S.H.D., C7/20.

⁵² S.H.D., C7/9.

⁵³ Delagrave, *Mémoires (...)*, p.48.

para sus 200 caballos, decidió salir de la ciudad. El 26 de junio, a la cabeza de unos 200 jinetes, en pleno día – o en plena noche, según Marbot -, arrolló a los defensores del puesto francés y atravesó el puente, no protegido por los franceses, sobre el Águeda⁵⁴.

Es muy probable que la primera información proporcionada a los lectores franceses proceda de un librito de 220 páginas, publicado en una fecha tan temprana como la de 1815. El autor prefiere disimular su identidad, contentándose con puntualizar que era un oficial superior empleado en el Estado Mayor del ejército que hizo la campaña de Portugal. En su texto, el misterioso A.D.L.G***, en lugar de cultivar el desprecio, no hace de “don Julian” un vulgar bandolero o aventurero; lo designa como el jefe de una pequeña fuerza de caballería y lo presenta como un hombre de excelente reputación, que se había puesto al servicio de los franceses en 1793⁵⁵.

El coronel Sprünglin, que redacta sus Memorias probablemente en 1836, compone un retrato muy a favor del personaje, con la mención de sus orígenes, de su cargo y del motivo de su comportamiento: ese ex agricultor, de una fuerza y de una agilidad sorprendentes, formó una guerrilla para vengar el deshonor sufrido por su hermana y el saqueo de la casa de su padre. Durante el sitio de Ciudad Rodrigo, mandaba a 300 hombres, miembros de lo que Sprünglin no duda en llamar “cuerpo de ejército”, confiriendo así formalidad y nobleza a esa unidad de voluntarios⁵⁶.

El otro episodio, original, casi pintoresco, es relatado por Pelet-Clozeau y por Delagrave, quien se inspira probablemente en aquél.

Hace de pionero, otra vez, el misterioso A.D.L.G***, el cual había aludido, en 1815, a “un sacerdote que se sacrificaba por su partido y que, con peligro de muerte, había intentado penetrar por entre los puestos franceses”. Efectivamente – cuenta Pelet-Clozeau -, un sacerdote, miembro de la Junta, disfrazado de cura, intentó salvar las líneas francesas para alcanzar el lugar de estacionamiento de las tropas inglesas y pedir socorro a Wellington. Detenido por los franceses y bajo la amenaza de ser ahorcado, reveló la naturaleza de las señales que se habían acordado para dar a conocer a la

⁵⁴ Marbot, *Memorias (...)*, p.174.

⁵⁵ *Campagne de l'armée française en Portugal dans les années 1810 et 1811, avec un précis de celles qui l'ont précédée, par Mr A.D.L.G.***, officier supérieur employé dans l'état-major de cette armée*, J.G. Dentu, Paris, 1815, p.30.

⁵⁶ Sprünglin, *Souvenirs (...)*, p.143.

guarnición sitiada la respuesta del general inglés, cualquiera que fuera. A los franceses se les ocurrió hacer las señales anunciadoras de que los ingleses no iban a ayudar a sus aliados. Pero el intento no tuvo ningún resultado. Pelet-Clozeau se honra de haber conseguido de Masséna que no se ahorcara al esforzado sacerdote⁵⁷.

El otro episodio que descuella en varias Memorias se refiere a la ocupación del convento de los Franciscanos. El narrador más prolijo es, esta vez, el capitán Marcel⁵⁸, y no Pelet-Clozeau que, habla, él, del convento de Santa Cruz. El ataque, de noche, es lanzado por seis compañías de volteadores mandados por el capitán François, que derriban a hachazos las puertas del edificio. Los ocupantes habían destruido las escaleras en el interior. Desde unas aspilleras que habían abierto en el primer piso, “hacían un fuego intenso de mosquetería”. En el asalto muere el capitán François. Para vengarle, los volteadores endemoniados incendian varios sectores del convento. Cuando las llamas alcanzan las tablas del suelo del primer piso, los ocupantes se suben al tejado y piden gracia, pero “era demasiado tarde; murieron todos, incluso los que se habían tirado desde lo alto del edificio”.

Por su parte, Marbot pasa por alto ese desenlace sangriento, prefiriendo apuntar que la muerte del jefe de batallón “Lefrançois” fue vivamente sentida por el ejército”; a él personalmente le afectó muchísimo.

Otro episodio, heroico desde el punto de vista francés, sólo es relatado – salvo ignorancia mía – por el general Marbot. El 11 de julio, entre Ciudad Rodrigo y “Villa del Puercu”, dos escuadrones ingleses son rechazados por un puñado de franceses. El coronel Talbot, airado, lanza cuatro escuadrones contra los cuatro escuadrones de dragones mandados por el capitán Gouache:

Mas éste, esperándole a pie firme, ordenó una descarga a quemarropa que mató al coronel Talbot y a una treintena de los suyos. Después de esto, el valiente Gouache se retiró ordenadamente al campamento francés sin que el general inglés osara atacarle de nuevo. Esa brillante acción tuvo una repercusión enorme en los dos ejércitos. Cuando el Emperador estuvo informado, ascendió al capitán

⁵⁷ Pelet-Clozeau, *Mémoires (...)*, p.85.

⁵⁸ Marcel, *Campagne (...)*.

Gouache al grado de jefe de batallón, concediendo asimismo el ascenso a los restantes oficiales y ocho condecoraciones a la compañía de granaderos⁵⁹.

Las desavenencias entre los mandos franceses

Es sabido que el llamado “ejército de Portugal” obedece (a) las órdenes de Masséna, príncipe de Essling, y consta de tres cuerpos: del mariscal Ney, príncipe de Elchingen, y del general Reynier. En el sitio de Ciudad Rodrigo sólo actúa el cuerpo de ejército de Ney.

En sus comentarios de la desastrosa tercera campaña de Portugal, los memorialistas y, luego, los historiadores han resaltado las consecuencias catastróficas de las desavenencias entre los altos mando, poniendo en el banquillo principalmente, según grados variables de culpabilidad, a Masséna, a Ney y a Junot, duque de Abrantes. Pero el examen atento de esos textos incita, si no a minorar esa gravedad, por lo menos a reducir la secuencia cronológica concernida. En concreto, los desacuerdos parecen solapados o sin mayor trascendencia anteriormente al sitio de Ciudad Rodrigo; luego, su vehemencia va en aumento justo antes y después del sitio de Almeida y de la retirada ante las líneas de Torres Vedras. Pero sí, en los archivos de Vincennes, queda constancia de la carta que Masséna, en Salamanca, dirige, el 5 de junio, a “Monseigneur”, que parece ser el duque de Feltre, ministro de la Guerra; el duque de Essling lamenta que Ney se haya precipitado en su actuación, pero insiste sobre todo en las dificultades materiales con que se enfrentan las tropas: falta de abastecimientos, lluvias torrenciales, etc.

Al día siguiente, es Ney quien, dirigiéndose al mismo personaje desde La Caridad, frente a Ciudad Rodrigo, señala sus desacuerdos con Masséna⁶⁰.

A pesar del éxito del sitio de Ciudad Rodrigo, los enfrentamientos se agravan y la escasez de víveres también, como reza un informe mandado a París a mediados de agosto⁶¹.

⁵⁹ Marbot, *Memorias (...)*, p.346.

⁶⁰ S.H.D., C7/8.

⁶¹ S.H.D., C7/9.

Lo confirma Pelet-Clozeau que adelanta alguna explicación acerca de “la desavenencia que estalla a cada momento” entre Masséna y Ney. Cuando se ataca el convento de San Francisco, Ney se atreve a desafiar a Masséna, soltándole en una conversación: “ Si Vd me mandara tomar el suburbio (de Ciudad Rodrigo), le desobedecería”⁶². En sus Memorias, Pelet-Clozeau consagra casi toda una página a aclarar los motivos de esa animadversión: son, en ambos, la costumbre de mandar y de triunfar, el orgullo y el carácter impetuoso y turbulento, la diferencia de edad que perjudica a Masséna – en realidad, sólo tiene 52 años-, como lo pone de realce el barón de Hulot cuando transcribe el discurso pronunciado por Masséna ante el Estado Mayor, probablemente entre los sitios de Ciudad Rodrigo y de Almeida:

Vengo aquí a pesar mío, porque soy demasiado viejo y demasiado doliente para servir todavía: pero lo quiere el Emperador, y a mi solicitud de renunciar respondió que bastará mi fama. Ello es halagüeño, no cabe la menor duda, pero uno no vive dos veces en nuestro oficio, tampoco en este bajo mundo⁶³.

Hulot añade un comentario personal moderadamente severo: para él, el viejo Masséna conservaba su conocida valentía, pero su actividad era propia de los gabinetes (en el sentido de oficinas de los Estados Mayores) y su terquedad degeneraba en testarudez.

Es una lástima que, a principios de agosto, Lagarde, enviado en misión, sea lacónico hasta el punto de contentarse con informar al ministro de la Guerra que “el príncipe de Essling y el duque de Abrantes no se avienen en absoluto”.

En cambio, Lagarde revela el nombre de dos generales que han querido entrar en Portugal antes del sitio de Almeida, en contra de la opinión del “príncipe de Essling que tiene las mayores dificultades para hacerse obedecer”⁶⁴.

⁶² Pelet-Clozeau, *Mémoires (...)*, p.83.

⁶³ Jacques-Louis Hugo, *Souvenirs militaires du baron Hulot, général d'artillerie*, Direction du Spectateur Militaire, Paris, 1886, p.303.

⁶⁴ Carta escrita en Salamanca, el 5 de agosto de 1810, in Nicole Gotteri, *La mission de Lagarde, policier de l'Empereur, pendant la guerre d'Espagne – Edition des dépêches concernant la Péninsule ibérique*, Publisud, Paris, 1991, p.270.

En sus Memorias, sabiéndose criticado y calumniado, Masséna se defiende y arremete, sorprendentemente no contra Ney, sino contra los generales Dorsenne y Kellermann. Así, justo después de la toma de Ciudad Rodrigo, cuando pide encarecidamente víveres a Salamanca, Masséna denuncia por “su fiebre de independencia” a Kellermann que se niega a colaborar con él⁶⁵.

La historiadora Nicole Gotteri, buena conocedora de las campañas francesas en Portugal⁶⁶, es más bien propensa a criticar a Masséna que solía tomar decisiones sin consultar al duque de Elchingen y al duque de Abrantes.

También son pésimas las relaciones entre Masséna y el rey José del que quiere independizarse el mariscal. Durante el sitio de Ciudad Rodrigo, desde Salamanca, escribe al general Reynier: “Vd cesará de recibir órdenes de S.M.C. y, en adelante, sólo las recibirá de mí”⁶⁷.

Los comportamientos de los soldados franceses

Las Memorias de Noël y de Marcel permiten entrever las condiciones de vida de los soldados antes y después del sitio.

Antes de él, los soldados se ocupan con prioridad en recoger víveres. Al este de Ciudad Rodrigo, se han de alojar en el pueblo desierto de Tamames; allí reciben harina, pero no pueden fabricar pan, porque no hallan hornos, y los camaradas de Noël incendian el pueblo antes de acercarse a Ciudad Rodrigo.

Los soldados de Ney, en San Felices de los Gallegos, a unos 40 kilómetros al norte de Ciudad Rodrigo, ni siquiera encuentran paja para dormir. Para protegerse contra la lluvia, construyen barracones, pero tienen que caminar mucho por los alrededores para encontrar madera.

Ya en los primeros días del sitio, están hartos de esa campaña militar nada lucida, emprendida contra paisanos fanáticos y sin piedad. Escribe Giraud: “Todos deseábamos

⁶⁵ Masséna, *Mémoires (...)*, t.VII, p.123.

⁶⁶ Nicole Gotteri, *Napoléon et le Portugal*, Bernard Giovanangeli Editeur, Paris, 2004, p.264.

⁶⁷ S.H.D., C7/8.

dejar esa país, inclusive para luchar contra los turcos que indudablemente son menos bárbaros, menos crueles que esa gentuza española”⁶⁸.

Durante el sitio, los soldados, en su gran mayoría, no tienen un comportamiento ni ejemplar ni extraordinariamente escandaloso. Lo que sí manifiestan es su descontento por la penuria en que viven.

Los sitiados

Ya se ha citado a Giraud que aborrece y desprecia a los combatientes españoles. En el mismo registro del odio y del resentimiento figura una frase escrita por el general Marchand, el 14 de julio de 1810, dirigida a su esposa: “ Los vecinos son, en general, unos forajidos que nos habían asesinado cantidad de prisioneros y que, además, habían cometido todas clases de actos insolentes”⁶⁹.

En la versión antinómica, pero igualmente excepcional, el general Béchet de Léocour, escribiendo sus Memorias en 1838-1839, se complace en celebrar la admirable serenidad de unas señoritas con quienes se entabló un breve diálogo después de la capitulación:

Interrogamos a unas doncellas para saber dónde se habían refugiado durante el bombardeo; nos dijeron que se habían refugiado en un sótano. Preguntándoles si no habían tenido miedo, nos contestaron con fuego: “No, nosotras non (sic) tenemos (sic) miedo, che (sic) importa para la patria”⁷⁰.

A medio camino entre la repulsión y la admiración se sitúa la opinión, más corriente, del coronel Delagrave que valora la terquedad de los habitantes opuestos a la rendición, pero la admiración resulta atenuada por la precisión de que la exaltación del pueblo era fomentada por la esperanza de la pronta llegada de los socorros ingleses⁷¹. En la época de la capitulación, habiéndose frustrado esa esperanza, “la guarnición y los habitantes

⁶⁸ Giraud, *Carnet de campagne (...)*, p.193.

⁶⁹ Archives Historiques Nationales, París (A.H.N.), serie « Archives Privées », 275 AP 3 – Citado en la edición de las Memorias de Pelet-Clozeau, nota 170, p.95.

⁷⁰ Louis Béchet de Léocour, *Souvenirs*, Librairie Historique Teissèdre, Paris, 1999, p.344.

⁷¹ Delagrave, *Mémoires (...)*, p.47.

indignados por los ingleses – añade Delagrave - hacen declaraciones públicas contra su perfidia”.

No podía faltar el tópico, tan generalizado durante la guerra, según el cual la resistencia popular se ha de achacar al clero empeñado en fanatizar a los habitantes. En dos ocasiones, el 6 y el 10 de julio, Masséna, viéndose obligado a tomar la ciudad “a la fuerza”, se convence de que los vecinos son unos “fanáticos excitados, hasta el grado más alto, por los sacerdotes”⁷². Esa opinión se halla respaldada por la declaración de un desertor español que no había resistido al anhelo de reunirse con su esposa y sus hijos: el sargento da a conocer a los franceses que en la junta presidida por el gobernador Andrés Errasty (sic) figuran canónigos al lado de algunos burgueses⁷³. Según Pelet-Clozeau, fueron los canónigos de la junta quienes se opusieron la capitulación⁷⁴.

La rendición

Huelga relatar las distintas y últimas peripecias que preparan la capitulación, porque los historiadores y los lectores disponen de versiones españolas pormenorizadas y del estudio modélico de Horward. Nos ceñimos, pues, a algunos testimonios franceses.

Según Masséna que informa al ministro de la Guerra, el 30 de junio, los militares están dispuestos a capitular con tal de conservar su honor. Pero se oponen a la rendición, por miedo a represalias terribles, el populacho y la junta en la que – como vimos – los sacerdotes desempeñan un papel decisivo.

El día de la capitulación, el 10 de julio, según el general Loison que pretende haber recogido una reflexión del gobernador que coincide con la información proporcionada por Masséna, Herrasti y la guarnición se hubieran rendido más temprano si hubieran podido controlar a los vecinos⁷⁵.

El general Marchand escribe a su esposa, el 14 de julio: “Ciudad Rodrigo acaba de capitular. Si hubiera tardado un cuarto de hora más en enarbolar la bandera blanca,

⁷² S.H.D., C7/8.

⁷³ S.H.D., C7/8.

⁷⁴ Pelet-Clozeau, *Mémoires (...)*, p.95.

⁷⁵ S.H.D., C7/8.

hubieran sido exterminados la guarnición y los vecinos: todos hubieran sido pasados a cuchillo sin misericordia”⁷⁶.

Después del sitio

Los informes mandados a París por Masséna y otros altos mandos, escalonados entre el 10 de julio y los primeros días de agosto, proporcionan cantidad de datos sobre muchos temas: sobre los últimos combates, la identidad de los soldados franceses que se han distinguido por su valor, la reacción de los habitantes indignados por el abandono péfido de los ingleses, la fuerza de la guarnición (6 a 7.000 hombres), el armamento encontrado (piezas de artillería, cureñas,pólvora, mechas...), las bajas francesas (168 muertos y unos mil heridos), la situación de los hospitales, el número elevado de enfermos (víctimas de fiebres intermitentes, de la disentería y del bochorno...), los preparativos para el sitio de Almeida, la multiplicación de las correrías de Julián Sánchez al pie de la Sierra de Francia⁷⁷.

De manera general, la actividad de las guerrillas se intensifica en agosto en toda la zona, lo que significa que la conquista de Ciudad Rodrigo por los franceses no entorpece la lucha guerrillera: “Las guerrillas lo infestan todo – informa Masséna -; se han hallado partidas de 150 a 200 hombres en todos los puntos”⁷⁸. Los combates prosiguen, pues, en los alrededores de Ciudad Rodrigo.

El capitán Lemonnier-Delafosse conserva en su memoria visual la imagen espeluznante de “cadáveres secos como verdaderas momias a lo largo de los caminos”⁷⁹.

El 13 de agosto, Masséna censura, sin poder remediarlo, el comportamiento escandaloso de su tropa con los soldados vencidos:

⁷⁶ A.H.N., 275 AP 3 – En Pelet-Clozeau, *Mémoires (...)*, nota 170, p.95.

⁷⁷ S.H.D., C7/8.

⁷⁸ S.H.D., C7/9.

⁷⁹ Lemonnier-Delafosse (Jean-Baptiste), *Campagnes de 1810 à 1815 (...)*, Imprimerie A.Lemale, Le Havre, 1850 – Edición consultada : *Souvenirs du capitaine Jean-Baptiste Lemonnier-Delafosse*, Le livre chez vous, Paris, 2002, p.35.

Los prisioneros conducidos por importantes escoltas apenas se alejan de mi cuartel general cuando hallan en la avidez de algunos jefes el medio de escaparnos. Me enteré de que algunos prisioneros han recobrado la libertad o la facultad de evadirse dando fuertes cantidades, unos 20 mil reales, otros 12 a 15 mil. Semejante tráfico es tanto más indignante cuanto que, al deshorrar a los que no se sonrojan practicándolo, tiene por resultado el enviar hacia las retaguardias de nuestro ejército a unos individuos que nos hacen mucho daño⁸⁰.

Mientras que unos oficiales, sub-oficiales y soldados se enriquecen gracias a ese comercio ilícito e indecente, otros, en la ciudad recién conquistada, cediendo a la sed de venganza o en busca de un subterfugio para subsanar la penuria, recurren al saqueo a pesar de la prohibición que, si hemos de creer a Masséna, él había dictado.

En sus Memorias, Pelet-Clozeau dedica todo un párrafo a la evocación, pormenorizada e indignada, de esos desmanes que el coronel Ripert estaba encargado de impedir:

Pero en medio de la oscuridad, yo no podía estar en todas partes y la guarnición española llevó la confusión al colmo uniéndose al pillaje y dirigiéndolo. Unos llevaban a nuestros soldados al interior de la plaza, en los lugares idóneos; otros introducían a la ciudad a los que estaban fuera, pasando por encima del recinto bajo y de las poternas. Incluso los guardias primero propiciaron esos excesos y, luego, acabaron entregándose a ellos. He de decirlo, a fin de que se conozca todo el horror que me inspira semejante conducta y de que no se me acuse de haberla tolerado: algunos oficiales de las dos naciones participaron en ese pillaje. Algunos no se ruborizan por haberse adueñado, con sus propias manos, del producto de esa vergonzosa rapiña; otros, más diestros y previamente informados, preparaban el robo de los objetos más valiosos atesorados en la ciudad y, más tarde, unos habitantes entre los más ricos fueron encerrados en calabozos y obligados a rescatar su libertad con dinero⁸¹.

⁸⁰ S.H.D., C7/9.

⁸¹ Pelet-Clozeau, *Mémoires (...)*, p.96.

El estado de la ciudad y del entorno

Aunque sin insistir, Pelet-Clozeau alude a un gran número de casas destruidas o incendiadas por el bombardeo: “El fuego había sido terrible en toda la ciudad. Hubo niños aplastados por las bombas. Pocas casas habían escapado a estragos”⁸².

Béchet de Léocour, quizá recargando las tintas, habla de “la destrucción completa de la ciudad”⁸³.

Por su parte, el coronel Sprünglin descubre “un amontonamiento de escombros y de cenizas. No se ha salvado ni una sola casa”⁸⁴.

El enviado en misión Lagarde confirma más o menos la aseveración de Béchet de Léocour y de Sprünglin, escribiendo, el 14 de agosto: “Llevo aquí algunos días, alojado, como todo el mundo, en medio de ruinas. No hay, en la ciudad, cuatro casas que conserven su techo”⁸⁵.

Por falta de locales disponibles o no alcanzados por las bombas, los franceses convierten algunas iglesias en almacenes.

En sus Memorias, Masséna, deseoso de dejar intacta su imagen, recuerda que, secundado por los generales Eblé y Fririon, ordenó la creación, no sólo de almacenes y de talleres, sino también de hospitales y de hornos. Nombró como gobernador civil de Ciudad Rodrigo al prefecto de Salamanca, el señor Casa Seca, confiriéndole poderes extraordinarios; alaba sus eminentes dotes y estima que fue un excelente político y administrador, consiguiendo apaciguar el odio de los habitantes hacia los nuevos ocupantes⁸⁶.

Pocos días después de la capitulación, Masséna, en Salamanca, escribiendo al conde Reynier, comandante del 2º cuerpo de ejército, le anuncia que, para proseguir la campaña en territorio portugués, necesita urgentemente víveres y medios de transporte.

⁸² Ibidem., p.99.

⁸³ Béchet de Léocour, *Souvenirs (...)*, p.344.

⁸⁴ Sprünglin, *Souvenirs (...)*, p.164.

⁸⁵ Gotteri, *La mission de Lagarde (...)*, p.280.

⁸⁶ Masséna, *Mémoires (...)*, t.VII, p.120.

El enviado en misión Lagarde, presente en Ciudad Rodrigo a mediados de agosto, es decir un mes y medio después de la capitulación, describe los entornos de la ciudad como si fuera un territorio convertido en páramo por las tropas pertenecientes a dos naciones:

La comarca, sucesivamente pisada por varios cuerpos franceses o españoles está casi desierta en los alrededores de las carreteras. Una gran cantidad de pueblos ha sido destruida por las llamas y no llega a revivir por falta de confianza y de industria. No hay habitantes y las tierras están sin cultivar por falta de brazos y de animales domésticos. Aparte de que hay menos tierras sembradas que de costumbre, una cantidad considerable de trigales ha sido segada antes de que llegara a la madurez para alimentar los caballos y las mulas del ejército⁸⁷.

El balance

La ocupación de Ciudad Rodrigo, tal como la habían conceptuado los Estados Mayores parisinos, abría el camino hacia Almeida, plaza que se había de conquistar imperativamente para progresar hacia Portugal. Pero, en contra de lo que esperaban los franceses ilusionadamente, el balance, tras la ocupación de Ciudad Rodrigo, es negativo, como lo ilustran las dos cartas que Lagarde envía a París, desde Ciudad Rodrigo, los 14 y 21 de agosto. Cuando escribe la segunda, ha empezado ya el sitio de Almeida. Esas dos cartas, interesantísimas para nosotros, ofrecen, a la vez, un panorama de la situación y un examen perspicaz y profundizado de los obstáculos insuperables con que se enfrenta entonces y se enfrentará el ejército imperial después de salvar la frontera hispano-portuguesa. Lagarde, ignorante de la reacción futura de los ingleses y de los paisanos, sólo presenta el punto de vista francés. El ejército no puede esperar ningún recurso proporcionado por las comarcas que recorre: el enviado en misión sólo ha visto, entre Salamanca y Ciudad Rodrigo, pueblos incendiados (por los franceses, aunque no lo precisa) o desiertos, porque los habitantes han huido hacia las montañas, negándose a pagar las contribuciones impuestas por los invasores. La escasez se ha generalizado: faltan los víveres para los hombres y los alimentos para los caballos, que

⁸⁷ Gotteri, *La mission de Lagarde (...)*, p. 281.

mueren en gran número. También faltan mulas y bueyes para los transportes. El comportamiento de las tropas es escandaloso:

“El incendio y el pillaje se han convertido en doctrina⁸⁸. Se proclama como deber, no de vencer por la gloria del soberano, sino de exterminarlo todo, de destruirlo todo o, por lo menos, de apoderarse de todo. Llegó un mariscal hasta celebrar en su correspondencia, hace unos días, que sus soldados comerciaran con los campesinos e hicieran así enormes granjerías”. Se expande “una codicia devoradora”; sólo se trata de “hacer dinero a cualquier precio”. Esos desmanes demuestran que la disciplina se ha relajado, sin que los oficiales procuren restablecerla. Va *in crescendo* “la manía de la insubordinación e independencia”, ya que cada cuerpo del ejército “se gobierna a su antojo”. Cuando la conquista de Ciudad Rodrigo hubiera podido propiciar la reconciliación entre los tres altos mandos (Masséna, Ney y Junot) o, por lo menos, atenuar la vehemencia de sus desavenencias, éstas perduran, como lo lamenta Lagarde, quien mantiene a favor de Masséna una admiración respetuosa; de hecho, toma partido en contra de sus rivales:

El duque de Abrantes, a pesar de su devoción religiosa hacia el Emperador, se estremece ante el temor de mostrarse como un tercero en un país (Portugal) en el que ejerció un tan gran poder. El mariscal duque de Elchingen no está menos descontento por haber perdido la posibilidad de hacer célebre su nombre gracias a esa conquista. Sus humores, mucho más que sus consideraciones particulares, han confluído, a pesar suyo de cierta manera, en contra de su jefe común⁸⁹.

En opinión de Lagarde, el príncipe de Essling tiene motivos fundados para quejarse de sus dos colaboradores que no admiten su propia subordinación. Lagarde no disimula que Masséna es víctima de una campaña de calumnias tendente a desacreditarle; se insiste en su edad que tal vez hace mella en su conocida valentía. Pero Lagarde asegura, sin demostración fehaciente, que los soldados mantienen hacia él una confianza total. Lagarde, con su extraordinaria lucidez, es pesimista en cuanto a la campaña de Portugal que se inicia; la frase siguiente, con su valor de angustioso pronóstico, hará aquí de somera conclusión:

⁸⁸ Ibidem., p.283.

⁸⁹ Ibidem., p.285.

¡Tales son los obstáculos y los peligros! Las desavenencias entre los jefes, la ausencia de una disciplina severa y el desorden sobre todo en materia de abastecimiento podrían hacerlos insuperables cuando estemos lejos de aquí⁹⁰.

⁹⁰ Ibidem., p. 286.

***“HOSPITAL STATIONS”: LA EVACUACIÓN HOSPITALARIA DE HERIDOS Y
ENFERMOS BRITÁNICOS DESDE EL INTERIOR POR EL VALLE DEL DUERO
DURANTE LA GUERRA PENINSULAR***

Raúl Velasco Morgado
Área de Historia de la Ciencia (Historia de la Medicina)
Universidad de Salamanca

El manejo de los heridos y enfermos militares forma parte de la compleja trama de la gestión logística militar y su estudio resulta indispensable para el correcto conocimiento de la historia de los conflictos bélicos. En el caso de la Guerra de la Independencia, su carácter internacional hace que en enfrenten dos formas muy diferentes de entender la intendencia sanitaria militar: la del ejército napoleónico y la del aliado. Estudiamos, en este trabajo, el caso de los británicos y su línea de estaciones *hospital stations*. Esta sirvió tanto para el tratamiento y restitución de los heridos y enfermos en el lugar de combate como para la evacuación de estos hacia el litoral. En el caso del “Valle del Duero”, el hospital de Ciudad Rodrigo servía de puente de unión de esta red sanitaria entre España y Portugal, seguido de establecimientos erigidos en Castelo Bom, Celorico, Viseu y Coimbra, camino de las ciudades portuarias. Nos acercamos aquí a esta infraestructura a la luz de los testimonios de los profesionales sanitarios y los propios enfermos para dar una visión crítica y comparativa de la misma.

Introducción, material, métodos y objetivos

Dentro del estudio general de un conflicto armado –siempre amplio–, no está de menos volver a incidir en el hecho contrastable de que los aspectos sanitarios del mismo son una variable de peso para una comprensión holística de un hecho histórico concreto.

El objetivo principal de este trabajo que hoy presentamos como comunicación es el estudio del manejo y transporte de los heridos y enfermos desde la meseta durante la Guerra de la Independencia, acotando el tema al caso del ejército británico. Siguiendo la temática del congreso, nos plantearemos como objetivo secundario conocer el papel que en todo ello jugó Ciudad Rodrigo como plaza fuerte de frontera entre Salamanca y Portugal. Partimos así de la hipótesis de que esta estación hospitalaria “bisagra” entre ambos países tuvo tanta repercusión en los aspectos sanitarios como en el resto de aspectos tácticos. Por último, nos planteamos el seguir la ruta de evacuación de heridos y enfermos por las tierras portuguesas hasta el Atlántico y estudiar las vicisitudes de este conjunto de operaciones.

El material básico que tomamos como fuentes primarias para este estudio son los testimonios impresos de las memorias de los propios protagonistas, recogidas tanto en sus más informales libros de viajes como en los tratados médicos de la época. El uso del fenómeno conocido como “literatura de viajes” es un viejo conocido del estudio de la

Guerra de la Independencia, y de su investigación se han derivado multitud de publicaciones.¹ De este modo, recogemos las vivencias de tres grupos de testigos bien diferenciados en relación al sistema hospitalario: los dirigentes y estrategas –como gestores del sistema sanitario integrado dentro del ejército–, los médicos militares como administradores finales de dicho sistema y, por último, los heridos y enfermos militares como usuarios del mismo. Resultaron útiles a la hora de localizar a esos viajeros y sus memorias el manejo de los repertorios clásicos de Foulché-Delbosc² y Farinelli³ (éste dedica un capítulo completo en su tomo III a la Guerra de la Independencia), o el más cercano de García-Romeral Pérez.⁴ Por otro lado, los tratados médicos de la época inspirados en el paradigma de la experiencia, recogen información muy interesante sobre la gestión de los heridos y enfermos en relación con las patologías emergentes y reemergentes contra las que tuvieron que luchar y que modificaron en gran manera las estructuras organizativas sobre las que se partía en un primer momento.

Comenzaremos esta comunicación haciendo un croquis del objeto general de nuestro estudio: el sistema sanitario militar británico, y lo haremos desde un punto de vista comparativo con el napoleónico. En el siguiente epígrafe nos centraremos en Ciudad Rodrigo como estación hospitalaria inglesa y, a continuación, trazaremos analíticamente la ruta seguida por los enfermos por Portugal hasta terminar en sus ciudades portuarias.

El sistema sanitario militar británico en la península: un esbozo comparativo

A diferencia del napoleónico –aparentemente inmerso en una guerra “inesperada”–, el sistema sanitario británico llegó a las costas de la Península equipado para la situación. No obstante –y simplificando mucho la descripción– el anglosajón no se podía comparar con la exquisita organización del servicio de sanidad militar de la *Grande Armée*.

¹ Un buen trabajo que abarca gran cantidad de temas partiendo de este tipo de fuentes es el de Ian Robertson, Testimonios literarios británicos del período bélico: libros de viajes y relatos, en VV.AA. *La alianza de dos monarquías: Wellington en España* [catálogo de la exposición], Fundación Hispano-Británica y Ayuntamiento de Madrid, 1988, pp. 109-143.

² R. Foulché-Delbosc, *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*, Meridian Publishing Co, Ámsterdam, 1969. [Reed. de la ed. original de París, 1896].

³ Arturo Farinelli, *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX. Nuevas y Antiguas Divagaciones Bibliográficas*, Firenze, 1944.

⁴ Carlos García-Romeral Pérez, *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XIX)*, Madrid, Ollero y Ramos, 1999.

La primera diferencia radicaba en la cúpula del sistema sanitario. Mientras que el napoleónico se regía por una *Inspection générale* integrada por dos médicos, tres cirujanos y un farmacéutico, la estructura homóloga del sistema británico sufrió importantes cambios sobre la marcha. Al comienzo de la Guerra Peninsular se regía por su *Army Medical Board*, algo más simplificado que el francés, formado por un médico (*physician general*), un cirujano (*surgeon general*) y un inspector de los hospitales de la armada. Sin embargo, tras el desastre de la batalla de Walcheren de 1809, debido a las fiebres que asolaron a las tropas y que diezmaron el ejército inglés,⁵ esta organización cambió y, en 1810 se encontraba dirigido por un único *Director general*.⁶

Los miembros de este departamento estaban rígidamente divididos en campaña entre el “*Medical Staff*”, que se ocupaba de los Hospitales generales y a las órdenes del Inspector, y el “*Regimental Medical Personnel*”, vinculado a cada regimiento y a merced de las disposiciones del coronel del mismo.⁷ Esta organización tenía la característica de que era administrativamente muy eficiente pero poco eficaz debido a un solapamiento de actividades y una merma de comunicación entre ambos. Existían, pues, dos tipos de hospitales: los del *Medical Staff* y los de cada regimiento.

El sistema de evacuación durante las batallas era nefasto por parte del ejército británico: los enfermos quedaban expuestos a las inclemencias meteorológicas en el campo, siendo la mayor parte de ellos transportados por compañeros al final de la contienda, bien en carros de labranza, bien en carruajes militares de transporte, nunca adaptados *ex profeso* a tal fin. Ésta era la principal diferencia con el francés, que por el contrario, era un sistema vertical, con una vía de evacuación de enfermos edificada sobre las célebres “ambulancias volantes” inventadas por el barón de Larrey (1766-1842). Éstas eran, en realidad, un grupo de cirujanos y asistentes bien formados, que, colocados en primera línea, realizaban un *triage* de enfermos –en lo que eran pioneros. Desde allí eran transportados al siguiente nivel, constituido por los *dépôts d'ambulance* u hospitales temporales, organizados en tres líneas, cada cual más alejada del frente. Existía,

⁵ Vid. M. R. Howard, Walcheren 1809: a medical catastrophe, en *British Medical Journal*, 1999, 319, p. 1642.

⁶ H.A.L. Howell, The British Medical Arrangements during the Waterloo Campaign, en *Proceedings of the Royal Society of Medicine*, 1924, 17 (Sect Hist Med), p. 40.

⁷ M. R. Howard, Medical aspects of Sir John Moore's Coruña campaign 1808-1809, en *J R Soc Med*, 1991 Mayo, 84, 5, p. 299.

paralelamente, otro escalón formado por instituciones dedicadas al albergue y cuidado de los convalecientes.

Ciudad Rodrigo: Ciudad hospitalaria Bisagra²⁰

1. La batalla de Fuentes de Oñoro

La importancia de Ciudad Rodrigo como plaza fuerte de frontera dentro de la Guerra de la Independencia es suficientemente conocida, y está siendo oportunamente revisada en este encuentro tanto por los colegas que ya han intervenido, como por los que lo harán en sucesivas sesiones. Aunque la aparición del ejército inglés en la Tierra de Ciudad Rodrigo se remonta a antes del asedio francés sobre la ciudad y la no intervención de los mismos ha sido analizada desde diversos puntos de vista, el interés por recuperar la plaza no ocurrirá hasta 1811. Retirado el ejército francés hacia la frontera tras diversas derrotas en Portugal, los aliados tuvieron que elegir entre Badajoz o Ciudad Rodrigo para asentar una retaguardia segura en la zona. Elegida Ciudad Rodrigo por diversos motivos geoestratégicos,⁸ el primer enfrentamiento oficial entre ambos en este marco geográfico fue la Batalla de Fuentes de Oñoro entre el 3 y el 5 de mayo de 1811.

Aunque no había nada de extraordinario en los hospitales ingleses, tras la batalla, los heridos portugueses que integraban el ejército aliado tuvieron que ser atendidos en estos, puesto que el ejército luso no tenía en funcionamiento ninguno propio.⁹ Wellesley se enfrentaba a las tropas napoleónicas con un ejército sanitaria y físicamente exhausto,¹⁰ agotado por la hambruna y con continuas recaídas de fiebres desde su presencia en Walcheren.

⁸ Emilio Becerra y Fernando Redondo, *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia*, Salamanca, Patronato Municipal de la Casa de Cultura, Excmo. Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, 1988, p. 94 y siguientes.

⁹ Despacho de Wellington al Mariscal Beresford. Villa-Formoso, 30 de abril de 1811. Recogido por [John] Gurwood, *The Dispatches of Field Marshall The Duke of Wellington K.G during his various Campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, The Low countries, and France. From 1799 to 1818. Compiled from Official and authentic documents*, vol. 7th, London, John Murray, 1837.

¹⁰ *Ibíd.* Véase la lastimosa descripción que hace Wellesley del estado sanitario de las tropas acantonadas en la Raya. Despacho de Wellington al Secretario de Estado británico, Villa-Formoso, 8 de mayo de 1811.

Mientras que los heridos del ejército francés fueron evacuados hacia Ciudad Rodrigo, donde tenían organizado un hospital de segunda línea y habían habilitado en el monasterio de La Caridad, a las afueras de la ciudad, uno para los convalecientes, los británicos fueron transportados hacia la localidad fronteriza de Vilar-Formoso. El teniente William Grattan nos dejó su testimonio sobre esta estación hospitalaria. Consciente de las teorías del higienismo médico de la época, alaba las características geográficas del emplazamiento a la hora de colocar allí un hospital:

[Vila-Formoso] is beautifully situated on a craggy hill, at the foot of which runs the little stream of Onore. Its healthful and tranquil situation, added to its proximity to the scene of action rendered it a most desirable place for our wounded. The perfume of several groves of forest trees was a delightful contrast to the smell that was accumulating in the plain below.¹¹

El espectáculo en este improvisado lugar de evacuación de enfermos resultaba dantesco. Seguimos con el testimonio de Grattan:

On reaching the village, I had little difficulty in finding out the hospitals, as every house might be considered one, [...] at last I found it; it consisted of four rooms; in it were pent up twelve officers, all badly wounded. The largest room was twelve feet by eight, and this apartment had for its occupants four officers. Next the door, on a bundle of straw, lay two of the 79th highlanders, one of them shot through the spine. [...] [my friend] owed his life to the great skill and attention of Drs. Stewart and Bell, of the 3rd Division. The quantity of blood taken from his was astonishing: three, and sometimes four, times a day they would bleed him, and his recovery was one of those extraordinary instances seldom witnessed. [...] I looked through the grating, and saw about 200 soldiers wounded, waiting to have their limbs amputated [...]. It would be difficult to convey an idea of the frightful appearance of those men; they had been wounded on the 5th, and this was the 7th, the limbs were swollen to an enormous size, and the smell from the gun-shot wounds was dreadful. [...]¹²

¹¹ William Grattan, *Adventures with the Connaught Rangers. 1809-1814*, Londres, Edward Arnold, 1902, pp. 75-78. [Reed. Greenhill books, 2003], p. 74.

¹² *Ibíd.* pp. 74-75.

La sala de amputaciones la describe de la siguiente forma:

A little further on, in a inner court, were the surgeons; [...] a number of doors placed on barrels, served as temporary tables, and on these lay the different subjects upon whom the surgeons were operating, to the right and left were arms and legs flung here and there without distinctions, and the ground was dyed with blood.¹³

2. El sitio de Ciudad Rodrigo de 1812

La horrenda situación descrita en el caso de los hospitales de Villar-Formoso se repitió durante el sitio inglés de Ciudad Rodrigo. Según Napier, y siguiendo la constante que rodea a los asedios mirobrigenses, los acantonamientos en los ríos Coa y Águeda eran totalmente insalubres. Una de las teorías que barajaban los historiadores franceses de la época era la de achacar el mal estado sanitario de las tropas a las continuas lluvias, a consecuencia de las cuales, según estos, veinte mil hombres abarrotaron las camas de los hospitales ingleses durante el sitio mirobrigense.¹⁴

Una vez las tropas del Duque de Wellington tomaron posiciones entorno a la plaza para sitiarla se comenzó a organizar la infraestructura sanitaria. Como hospital de retaguardia, en el cuartel general de Gallegos de Argañán, apenas a diez kilómetros, Wellesley había erigido otro improvisado hospital aprovechando la amplitud de la iglesia parroquial.¹⁵

En el mismo frente, se habilitó un quirófano para las amputaciones.¹⁶ Una vez que el arrabal era territorio aliado, los heridos eran enviados, tras ser tratados en un primer

¹³ *Ibíd.* p. 76.

¹⁴ William Napier, *History of the war in the Peninsula and the South of France from the year 1807 to the year 1814*, Philadelphia, Carey and Hart, 1842. Vol. III, p. 191.

¹⁵ Así lo relata, aunque novelado, pero aparentemente bien documentado, Michael Rafter, *The Rifleman; or adventures of Percy Blake*, London, 1858, p. 143.

¹⁶ “[Major George Napier was] shot down in the breach of Ciudad Rodrigo, [...] Lord March bound his sash about it [his arm shattered] and bade him go and find the amputating place. He discovered that locality after an hours search, and then sat down at the end of a queue of men to wait for his turn which came two hours later. [...] Napier had asked his own regimental surgeon to do the business, but a superior staff-surgeon successfully asserted his right to perform the operation of amputation. It took twenty-five minutes, the staff-surgeons instruments being blunted by much use. The stump was bandaged and Napier bidden to go and find quarters. He walked about on this quest most of the night, finding at last a house in which a number of other wounded officers had gathered, and he remained there sitting by the fireside, with his stump

momento en la primera línea, al hospital de campaña de convalecientes quirúrgicos que se colocó en los espacios del convento de San Francisco, que los franceses estaban ocupando con el mismo fin hasta el momento. Según las memorias de los militares, allí, desde donde además, se dirigía el asedio, los heridos y enfermos esperaban, tendidos por todo el suelo¹⁷ la muerte de algún compañero para conseguir una cama.¹⁸ Desde aquí, eran trasladados al hospital de Coimbra, excepto los pacientes del doctor James Guthrie, el jefe de cirugía del regimiento, que exigía tratar personalmente en Ciudad Rodrigo a los heridos en sus “*Regimental Hospitals*” y no en los generales, muy a pesar de las insistentes órdenes del *Adjutant General* que intentaba persuadirle de ello.¹⁹

El paso de los ingleses por la ciudad tras su victoria, tratado de modo heroico en la historiografía clásica, trajo, además de la liberación de la plaza, reveses para la ciudad. Además de los saqueos y otros atrevimientos que infringieron a los mirobrigenses que habían sobrevivido al sitio, al igual que el ejército imperial lo había hecho dos años antes, lo primero que Wellington hizo fue pedir el desalojo de los enfermos pobres del Hospital de la Pasión para que se trataran las heridas, contusiones y otras enfermedades que padecían sus tropas.²⁰ La Junta no accedió desde un primer momento y les ofreció el edificio del Campo de Carniceros donde se habían atendido los enfermos civiles durante la ocupación, que, al menos, era de más “amplitud y capacidad” que donde se

taking its chance, for a considerable time longer, until the death of the gallant General Crawford gave him a bed vacancy”, Archival Forbes, The future of the wounded in war, *Scribner's magazine*, Vol. 15, Issue 6 (June), 1894, pp. 781-796. NOTA: El cirujano de mayor rango que insistió en realizar la operación era el propio James Guthrie.

¹⁷ “The interior [of the convent of Saint Francisco] was crowded with wounded soldiers lying on the hard pavement. A soldier of the third division was sitting against a pillar, his head bent forward, and his chin resting on this breast, his eyes open, an agreeable smile on his countenance” John Henry Cooke, *Memoirs of the late war*, Londres, 1831, vol. 1, p.129.

¹⁸ Archival Forbes, art. cit. p. 796.

¹⁹ Matthew H. Kaufman, *Surgeons at war. Medical Arrangements for the treatment of the sick and wounded in the British Army during the late 18th and 19th centuries*, Greenwood Press, 2000, p. 69.

²⁰ “Andrés Xerez Alcalde noticia que el cura del Hospital Don Juan Ramos le participo anoche havia recibido un oficio del Comisario Medel en que le manda se desocupen las pocas y malas oficinas que ocupan los Pobres Paysanos enfermos por necesitarlas para la tropa Inglesa enferma” Archivo Histórico del Hospital de la Pasión de Ciudad Rodrigo (A.H.H.P). Sec. 1ª. Serie 1ª. Caja 4. *Libro de actas de 1795-1816*. s.f. Junta de 4 de julio de 1812. [Esta Junta, registrada con pésima caligrafía y en un folio más pequeño, aparece encuadernada sin respetar la cronología, pero se repiten los mismos puntos en la Junta de 21 de julio de 1812]. Hace ya referencia al desalojo Mateo Hernández Vegas, *Ciudad Rodrigo: La Catedral y la Ciudad*, tomo II, Salamanca, 1931 [ed. facsímil, Salamanca: 1982], p. 334.

hacían los ingleses por entonces.²¹ Seguramente se trataba de la antigua casa de los Niños de la Doctrina, pues aparece en algún plano británico de 1812 como “Hospital”.

Wellington regresa a Fuenteguinaldo, donde recibe un completo informe sanitario del doctor James McGrigor.²² McGrigor (1771–1851) había llevado una carrera vertiginosa durante la presente guerra: nombrado Inspector de Hospitales tras demostrar su destreza en el tratamiento de los enfermos de la batalla de La Coruña (1809) y ascendido a Inspector Jefe de Hospitales en 1812, llegó a dirigir el “*Army Medical Department*”.²³ Ante la penosa situación, relata a Wellesley con minuciosidad las eventualidades médicas, primero de una manera cuantitativa (bajas, ocupación, etc.) y después cualitativa, enumerando una serie de peticiones de diversa índole. La evitación de una respuesta concreta por parte del Duque queda patente en su despacho dirigido desde Fuenteguinaldo al doctor el 9 de junio de 1812: ante su solicitud de un sistema eficaz de traslado de enfermos, la respuesta fue que la única manera que él conocía de trasladar los enfermos era en carros (“*spring waggons*”), y que estos ya estaban todos dedicados a este servicio, y que incluso había algunos carros de bueyes realizando este trabajo.²⁴ Sin embargo, las dudas del doctor McGrigor eran fundadas. No sólo era cierto -como ya hemos comentado- que no era el método más eficaz de evacuación, sino que, de hecho, era tan insuficiente, que durante el asedio de Ciudad Rodrigo, las tropas británicas tuvieron que recurrir a carros españoles con un colchón en el interior, para transportar a los enfermos.²⁵ Esto corrobora la teoría de algunos autores como Crumplin²⁶ de que la gran amistad que unió a McGrigor y a Wellesley no derivó en un buen acopio de médicos ni un buen sistema de evacuación de enfermos para la campaña de Portugal.

La retirada aliada hacia la frontera de noviembre de 1812: Evacuación hacia Portugal

²¹ A.H.H.P. *Ibid.* s.f. Junta de 21 de julio de 1812.

²² Véase la completa biografía del padre de la cirugía militar moderna en Richard Blanco, *James McGrigor: Wellington's Surgeon General*, Duke University Press, 1974.

²³ M. R. Howard, art. cit. p. 301.

²⁴ [John] Gurwood, ob. cit., vol. 7th, London: John Murray, 1837. Despacho de Wellington al Dr. McGrigor. Fuenteguinaldo, 9 de junio de 1812.

²⁵ John Henry Cooke, ob. cit. pp. 100-101.

²⁶ M.K. Crumplin, The Myles Gibson military lecture: surgery in the Napoleonic Wars, en *J R Coll Surg Edinb.* 2002, Jun; 47 (3), p. 571.

Tras la toma de Ciudad Rodrigo, la retirada francesa hacia la capital, y las victorias aliadas en las batallas allí libradas ese mismo año, sobre todo la célebre de Los Arapiles, levantaron el ánimo de las tropas españolas y de la coalición angloportuguesa. La euforia no duraría mucho, puesto que el enemigo se hacía fuerte en sus ejércitos del Norte y de Portugal por momentos. Tras diversas batallas y escaramuzas, el ejército anglo-portugués acabó retrocediendo de nuevo hacia la frontera en noviembre de 1812. Tras pasar por Ciudad Rodrigo, Wellington establece su cuartel general de invierno en Freineda, a pocos kilómetros de Fuentes de Oñoro.

Una de las medidas innovadoras del doctor McGrigor fue la creación de numerosos pequeños hospitales de campaña ("*Hospital stations*"). En esta ocasión el principal centro médico fronterizo se estableció en Castelo Bom, a unos pocos kilómetros del cuartel general del Duque.²⁷ Se habían perdido los hospitales de Salamanca, Burgos, Valladolid, Segovia y Medina del Campo, lo que hizo que los enfermos y heridos tuvieran que trasladarse a los hospitales de Ciudad Rodrigo, Celorico, Coimbra y Viseu (este último de reciente creación). Estos centros recogieron unas vertiginosas tasas de mortalidad durante aquel período, fundamentalmente en el mes de noviembre, lo que McGrigor achacó a las grandes distancias desde donde tenían que ser trasladados los enfermos²⁸ y a lo que nosotros añadimos la mala gestión de la infraestructura de dicho traslado.

La retirada exigía a Wellington la evacuación de los cientos de heridos de los centros de Madrid y Valladolid hasta Oporto o Celorico. El cirujano Guthrie dirigió el transporte Madrid-Salamanca. Allí implementó el uso del *triage*: devolvió a los medianamente recuperados a sus regimientos y trasladando al resto a Ciudad Rodrigo. Dejaron en Salamanca unos 60 soldados demasiado enfermos como para aguantar el viaje.²⁹ Así

²⁷ P. S. Larpent, *The Private Journal of F. Seymour Larpent [...] During the Peninsular War, from 1812 to its Close*. R. Bentley, 1853. vol. 1, p. 85

²⁸ Cf. James MacGrigor, *Sketch of the Medical History of the British Armies in the Peninsula of Spain and Portugal, during the late campaigns*, en *Medico-Chirurgical Transactions*, The Royal Medical & Chirurgical Society of London: Longmans, Londres, Green & Co, 1815, pp. 385-386.

²⁹ Mathew H. Kaufman, *ob. cit.*, p. 71.

llegaron centenares de enfermos desde la capital de la provincia, entre los que prevalecían los procesos diarreicos y las fiebres remitentes.³⁰

El hospital aliado mirobrigense se había establecido unos meses después de la toma de la plaza.³¹ Tras el cerco de Burgos, los enfermos ingleses abarrotaban los puestos hospitalarios de Valladolid, por lo que McGrigor ordenó que los susceptibles de ser transportados, fueron llevados hacia Oporto por Salamanca y Ciudad Rodrigo, y envió órdenes a los *principal medical officers* de aquellas plazas para que la evacuación hacia el mar fuera lo más rápida posible.³² Tras los dos sitios, la ciudad no era el lugar idóneo para establecer Hospital general, pero no había alternativa.

Resulta obvio imaginar que la insalubridad de la plaza es la causa de la inmediata evacuación de los enfermos británicos y portugueses, junto con los franceses capturados y recogidos, desde Ciudad Rodrigo a las estaciones sanitarias de Castanheira (Guarda), Celorico y Coimbra en cuanto los medios de transporte y la infraestructura lo permitieron.³³

El manejo impecable de la espantosa situación sanitaria de la retirada por el doctor McGrigor hizo que Wellesley declinara muchas responsabilidades en el médico, dándole potestad para organizar la red hospitalaria, y enviar enfermos a su criterio a los hospitales de regimiento o a los generales.³⁴ Ambas decisiones derivaron en una mejora tangible de la efectividad del departamento sanitario inglés; por un lado, implementando un aumento de los recursos hospitalarios, y por otro, articulando sus dos ramas, “*staff*” y “*regimental*”, a través de un control central unificado en la persona de McGrigor.

Conclusiones

De todo lo comentado anteriormente se puede extraer con cierta facilidad la conclusión de que las diferencias en organización sanitaria entre ambos ejércitos fueron decisivas

³⁰ James MacGrigor, (1815) ob. cit., p. 423.

³¹ Archivo Histórico Municipal de Ciudad Rodrigo. Sec. 1ª. Subsec.1ª. Serie 1ª. Caja nº 64. Actas municipales (1810-1814) s.f. Ordinario de 27 de marzo de 1813. El Comisario General de Hospitales ingleses informa que en el Hospital británico asentado en Ciudad Rodrigo se gastan 300 cuartillos de vino diarios.

³² James MacGrigor, *The autobiography and services of Sir James MacGrigor*, Londres, Longman, Green, Longman and Roberts, 1861, p.309.

³³ *Ibíd.* p.384.

³⁴ Matthew H. Kaufman, ob. cit., p. 73.

en varios aspectos tácticos y que tuvieron mucho que ver en las consecuencias finales de cada una de las operaciones militares. Asimismo, hemos mostrado una Ciudad Rodrigo insalubre pero muy necesaria desde el punto de vista de la evacuación de enfermos. Por último, se palpa un sistema de sanidad militar británico en continuo cambio, que adopta durante las campañas portuguesas algún método novedoso que venían practicando sus oponentes desde hacía décadas en lo que a evacuación de enfermos se refiere: el *triage* y la convalecencia. En fin: práctica de ensayo y error en campaña con un único objetivo: aprovechar en la Península a los militares enfermos “reciclables” y evacuar por mar a los que no hacia su nación.

RECIBIMIENTOS FESTIVOS A WELLINGTON: LA RECEPCIÓN DEL HÉROE.

Óscar Raúl Melgosa Oter

Universidad de Burgos

“¡O cuan dulce es a un héroe glorioso,
Que triunfó con justicia y valor
Presentarle el tributo amoroso
De ternura, de aprecio y de honor!”³⁵

Estos versos iniciales, pertenecientes al poeta Juan de Bautista Arriaza, sirven para contextualizar la finalidad de este trabajo. Aquel que ha sido protagonista de hazañas de renombre en la guerra, el héroe, siempre debe recibir la justa recompensa del reconocimiento por parte de los demás. El objetivo principal de este estudio es ofrecer un análisis de los elementos que se emplearon para manifestar ese homenaje obligado a Wellington, a través de las recepciones festivas que tuvieron lugar en diversos lugares de la geografía peninsular durante la guerra contra Napoleón, desde la perspectiva de una serie de testimonios de soldados británicos.

Para ello se han escogido una serie de recibimientos en ciudades españolas: Salamanca (1812-06-17), Arévalo (1812-07-27), Olmedo (1812-07-28), Valladolid (1812-07-30), Segovia (1812-08-7), Madrid (1812-08-12), Burgos (1814-05-22 y 06-7); portuguesas: Elvas (1812-04-13) y Lisboa (1813-01-16); e incluso un ejemplo de recepción festiva en territorio francés, el recibimiento a Wellington en Toulouse (1814-04-12).

Este tipo de manifestaciones solían ser hijas de la victoria, es el caso de los recibimientos hispanos que acontecieron tras la clamorosa derrota francesa a manos de Wellington en los campos salmantinos, en la batalla de los Arapiles (1812-07-22), considerado “the most succesfull of all his Peninsular triumphs”.³⁶ Este éxito le permitió un avance en el que se fueron sucediendo y repitiendo las entradas triunfales en distintas poblaciones castellanas, hasta llegar a la apoteosis de todas ellas, su acceso victorioso a la capital del reino.

³⁵ Juan Bautista de Arriaza, *Poesías patrióticas*, Madrid, 3ª edición, 1815. Canción “A la entrada en Cádiz del Duque de Ciudad Rodrigo”, p. 57.

³⁶ Sir Edward Cust, *Annals of the wars of the nineteenth century*, Volumen III, 1810-1812. Londres, 1863, p. 229. “La más gloriosa acción” la denomina Juan Bautista de Arriaza, *Poesías...* ob. cit., p. 53. Canción “A la batalla de Salamanca.”

Un tono muy diferente debió tener la entrada de Wellington en Burgos, donde se frenó esa fulgurante campaña de 1812. Su objetivo después de abandonar Madrid era la plaza burgalesa, en cuyo castillo quedó una guarnición gala tras la retirada del grueso del ejército francés. La avanzadilla del ejército aliado, constituida por partidas guerrilleras, sometió a la ciudad a un duro saqueo y Wellington tuvo que emplearse a fondo para restablecer el orden e iniciar el asedio de la fortaleza.³⁷ A pesar de este traumático suceso y del fracaso que supuso el frustrado sitio del castillo estos hechos fueron recordados con gratitud y respeto durante el recibimiento que se hizo a Lord Wellington dos años después. El sentimiento de derrota y sufrimiento de aquellos días, conservado en la memoria de los burgaleses, dio paso al dulce sabor de la victoria, celebrada en esta ocasión.

Las fuentes utilizadas han sido los testimonios de aquellos que fueron testigos directos de los hechos, soldados británicos que protagonizaron estas entradas con Wellington. Preservaron en el recuerdo estos actos de bienvenida y agradecimiento tributados en algunas de las poblaciones por las que fueron atravesando. La impresión debió ser tan profunda que llegaron a dejar constancia escrita de todo lo acaecido, a través de sus diarios y memorias, en los que recogieron las experiencias vividas en la por ellos denominada “Peninsular War”. Es el caso del oficial John Daniel Edgecomb, del capitán John Kincaid y del teniente coronel Jonathan Leach, ambos pertenecientes a la unidad de tiradores conocida como “Rifle Brigade”, de Sir Andrew Leith, que participó en la guerra como ayuda de campo de su tío el general Sir James Leith, de Sir Edward Cust del Regimiento nº 16 de Dragones, y de John Green, del Regimiento nº 68 de Infantería Ligera de Durham.³⁸

³⁷ W. F. P. Napier, *History of the war in the Peninsula and in the south of France, from the year 1807 to the year 1804*, Londres, 1836, Volumen 5, p. 261. Sobre la llegada del ejército aliado a Burgos en septiembre de 1812: “The allies entered Burgos amidst great confusion, (..) and the Partidas who were already gathered like wolves round carcass, entered the town for mischief”. Y ofrece el testimonio de un conmocionado testigo presencial, el diplomático Mr. Thomas Sydenham: “What with the flames and the plundering of the Guerrillas, who are as bad as Tartars and Cossacks of the Kischack or Zagatay hordes, i was afraid Burgos would be entirely destroyed, but order was at length restored by the manful exertions of Don Miguel Alava”.

³⁸ John Daniel Edgecomb, *Journal of an officer in the Commisariat Department of the Army: comprising a narrative of the campaigns under His Grace the Duke of Wellington, in Portugal, Spain, France and the Netherlands, in the years 1811, 1812, 1813, 1814 & 1815; and a short account of the army occupation in France, during years 1816, 1817, & 1818*, Londres, 1820. John Kincaid, *Adventures in the Rifle Brigade, in the Peninsula, France, and the Netherlands*,

También algunos de sus biógrafos, caso de George Elliot o Francis L. Clark, se ocuparon de rescatar lo sucedido en estas recepciones, como algo digno de destacar en la trayectoria de Lord Wellington.³⁹

Para contrastar la información generada desde la perspectiva de los recibidos, también se ha consultado documentación procedente del lado de los receptores, la surgida en torno a los recibimientos ofrecidos a Wellington por la ciudad de Burgos en la primavera de 1814.⁴⁰

Algo común a casi todos los testimonios británicos consultados es la dificultad a la que como narradores se enfrentaron en el momento de llevar al papel la descripción de estos recibimientos tributados a Wellington y sus hombres. No encuentran las palabras, los calificativos, tienen problemas para referir la alegría, la amabilidad con la que fueron recibidos, las muestras de afecto que les ofrendaron las multitudes entregadas que salieron a su paso. Las expresiones en este sentido se repiten a lo largo de sus exposiciones: “difícil describir”, “difícil por no decir imposible describir”, “la sensación

from 1809 to 1815, Londres, 1830. Jonathan Leach, *Rough sketches of the life of an old soldier: during a service in the west Indies; at the siege of Gopenhagen in 1807; in the Peninsula and the south of France in the campaigns from 1808 to 1814, with the light division; in the Netherlands in 1815; including the battles of Quatre Bras and Waterloo*, Londres, 1831. Sir Andrew Leith Hay, *A narrative of the Peninsular war*, Londres, 1850. Sir Edward Cust, *Annals of the wars of the nineteenth century*, Volumen III, 1810-1812, Londres, 1863. John Green, *The vicissitudes of a soldier's life or a series of occurrences from 1806 to 1815, together with an introductory and concluding chapter: the whole containing, with some other matters, a concise account of the war in the Peninsula, from its commencement to its final close*, Londres, 1827.

³⁹ George Elliot, *The life of the most noble Arthur Duke of Wellington*, Londres, 1816. Francis L. Clarke, *The life of his grace Arthur Duke, Marquis, and Earl of Wellington*. Volumen I. Londres, 1817.

⁴⁰ Esta documentación ha sido obtenida en varios archivos: Archivo de la catedral de Burgos (ACBu), Registro 127. Cabildo extraordinario, 1814-05-3. “Lord Wellinton obsequiésele al paso por esta ciudad”, ff. 185-185 vº. Archivo Municipal de Burgos (AMBu). Libro de Actas de Gobierno de 1814. “Exposición del señor Governador Militar relativa a la venida del Excelentísimo Señor Duque de Ciudad Rodrigo”. 1814-05-18. “Solicitud del trato de herreros y cerrageros para disponer carro triunfal”. 1814-05-20, s. f. “Exposición sobre que en este día regresa por esta ciudad el Excelentísimo señor Duque de Ciudad Rodrigo”. 6-06-1814, s. f. Archivo Diocesano de Burgos (ADBu). Libro de acuerdos y nombramientos de oficios de la Universidad y Clerecía de esta ciudad de Burgos que empezó el mes de noviembre del año 1789 hasta el año 1814. Sg. 5. “Toque de campanas y asistencia de la Universidad al Alojamiento del lor Wellington y el General Álaba”, ff. 368 vº-369. Las dos visitas de Wellington en 1814 se describen en el diario de Marcos Palomar, en el que este artesano burgalés fue dejando constancia de los principales acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad durante la guerra, *Cosas sucedidas en Burgos: sentadas y vistas por Marcos Palomar*, capítulos 30, 33, 38, 47, en el AMBu. Legado Cantón Salazar, CS 2/50. Juan Albarelllos, *Efemérides burgalesas*, Talleres gráficos Diario de Burgos, Burgos, 1976. “Lord Wellington en Burgos”, pp. 144-146.

era indescriptible”, de estar ante algo “más allá de toda descripción”, de resultar “labor en vano intentar describir” lo que veían, oían, sentían, de hallarse “sin palabras para expresar”. Edgecomb manifiesta este problema al intentar explicar como fue su entrada en Salamanca, “It would be difficult to describe the cordial (not to say enthusiastic) burst of feeling which showed itself on this occasion”, y le sucede lo mismo a su llegada a Madrid “it would be difficult if not impossible to describe the enthusiastic animation”, e insiste ante una escena “of public rejoicing impossible to describe”.⁴¹ También Leach al comprobar cómo fue su recibimiento matritense exclama, “It would be labour in vain to attempt to describe the enthusiasm and delight evinced by all classes of the inhabitants on our arrival”.⁴² Cust declara haberse quedado sin “words can express the enthusiasm”, que causó en la población madrileña la entrada de las bandas de música de los distintos regimientos interpretando música militar, con sus uniformes escarlatas.⁴³ Clarke, sorprendido por los gritos jubilosos, los continuos vivas y las reiteradas aclamaciones de la gente de Madrid, escribe “the sensation was indescribable”, e igualmente se muestra asombrado al comprobar el entusiasmo del pueblo de Valladolid al recibir a Wellington, “his Lordship was received was beyond all description”.⁴⁴ Algo similar le sucede a Leith, en este caso ante su entrada en Salamanca, “It is impossible to describe the electric effect produced under these circumstances”.⁴⁵ Hasta el propio Wellington se ve afectado por las mismas limitaciones narrativas que sus soldados a la hora de significar aquello que estaba viviendo. Llega a revelar en su correspondencia “it is impossible to describe the joy manifested by the inhabitants of Madrid upon our arrival”.⁴⁶

Todas estas declaraciones, cortadas por el mismo patrón, podrían resultar ficticias, exageradas, incluso interesadas, aunque lo cierto es que se ven respaldadas por testimonios españoles. Como el del mariscal de campo Carlos de España al referirse a la entrada de Wellington en Madrid: “No hay expresiones que alcancen a imprimir en el

⁴¹ John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 112. Salamanca (página y lugar al que se refiere la cita), pp. 155, 157. Madrid.

⁴² J. Leach, *Rough...*ob.cit., p. 282. Madrid.

⁴³ Sir Edward Cust, *Annals...*ob. cit., p. 228. Madrid.

⁴⁴ Francis L. Clarke, *The life...*ob. cit., p. 559. Madrid, p. 495. Valladolid.

⁴⁵ Sir Andrew Leith Hay, *A narrative...*ob. cit., Salamanca, p. 227.

⁴⁶ *Memoir of Charles Gordon Lennox, Fifth Duke of Richmond*, Londres, 1862, p. 33, referencia a esta carta en Francis L. Clarke, *The life...*ob. cit., p. 507.

alma de los que no han presenciado una escena tan tierna el júbilo y satisfacción de todas las clases”.⁴⁷

El otro rasgo compartido en sus narraciones, por estos atentos observadores, es el de la sorpresa. La admiración ante las demostraciones de cariño a Wellington y sus tropas, ante los empujones, las aglomeraciones, las carreras para obtener un saludo del héroe o al menos poder verlo de cerca. Declaran hallarse ante sensaciones que nunca antes habían experimentado, “exceeded any thing of the kind i had before seen”.⁴⁸ Se encuentran delante de algo totalmente nuevo, se declaran atónitos ante un comportamiento de la población totalmente inesperado, “a matter of the most unexpected exultation, when we entered it”.⁴⁹

*Estas expresiones de admiración y sorpresa son lógicas si se tienen en cuenta cuáles eran las sensaciones que muchos de estos soldados tenían antes de entrar en una población. Albergaban dudas sobre cómo podía ser su recibimiento, si sería caluroso, tibio, frío o incluso con rechazo. Al fin y al cabo, pensaban, no dejaban de ser una fuerza militar extranjera, que iba a realizar las mismas demandas (alojamiento, víveres, ropa, calzado, etc) a una población extenuada por la ocupación y la guerra.*⁵⁰

Tras el triunfo en Arapiles y la entrada en Salamanca, el alférez John Aitchison manifestaba, “no puedo decir si nuestra entrada ha hecho feliz a la gente (...). Para los pobres es exactamente lo mismo que los enemigos les quiten a la fuerza todas las provisiones o que los británicos les hagan pagar contribución por ellas”. El brigadier Robert Long afirmaba en el mismo sentido, “La gente, en manos unas veces de amigos y otras de enemigos, mostraba indiferencia hacia ambos. (...) Creo que en el fondo de su

⁴⁷ Carta del general Carlos de España, mariscal de campo y comandante general de Castilla la Nueva y Madrid al marqués de Monsalud con noticia de la entrada triunfal de Wellington en la capital del reino, Madrid, 12 de Agosto de 1812. Archivo Histórico Nacional (AHN). Diversos-Colecciones, 101, nº 94.

⁴⁸ John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 144. Arévalo.

⁴⁹ J. Kincaid, *Adventures...*ob. cit., p. 174. Madrid.

⁵⁰ Sobre estos aspectos, como el de un sentimiento de falta de colaboración de los españoles y la existencia de “recibimientos distantes”, tibios, cuando no hostiles a las tropas británicas, durante el transcurso del conflicto, y todo ello desde la perspectiva de los soldados procedentes de las islas, véase Daniel Yépez Piedra, “Las reacciones de la población local ante la presencia militar británica en la Guerra de la Independencia”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 8, 2008, <http://hispanianova.rediris.es>, pp. 225-250, y también Charles Esdaile, “Otoño en Castilla la Vieja: la campaña de Burgos y las relaciones hispano-británicas”, *La Guerra de la Independencia en el Mosaico peninsular, 1808-1814*, Burgos, 2010.

corazón odiaban a los franceses, pero al mismo tiempo no sentían gran amor por nosotros”.⁵¹ John Daniel compartía las mismas dudas que sus compañeros de armas, aunque pronto se vieron disipadas:

It was at Salamanca that we now expected first to see the disposition of the Spaniards towards the great cause, from which we might be able in some degree to form an estimate of the assistance or at least good will to be looked for from the country in our future operations against the common enemy; and such was the character of our reception, that nothing could be more flattering or agreeable.⁵²

El capitán Kincaid, a pesar de seguir una estela de recibimientos festivos, a lo largo de varias ciudades castellanas, seguía mostrándose receloso ante la actitud del pueblo madrileño en su recepción. Insistía en que seguramente fueran vistos como intrusos, “As we approached the capital, imagination was busy in speculating on the probable nature of our reception. (...) I believe the prevailing opinion was that we should be considered as the intruders”.⁵³

A pesar de estos razonamientos, habría que argumentar que para la población española no debió ser lo mismo responder a las exigencias del ocupante, que a las de aquel que venía a colaborar en la liberación, en la expulsión del enemigo declarado. Aunque el esfuerzo exigido fuera muy grande la carga a soportar en estas condiciones debió ser más liviana, al menos en términos psicológicos, al percibir estas demandas como una contribución necesaria en su propio rescate de la opresión francesa.

También tuvieron sus dudas sobre la sinceridad de estas recepciones jubilosas, masivas y desbordantes, dándose cuenta rápidamente de que no podían ser fingidas, “They cried, laughed, sung, and danced with joy, so that it was impossible to doubt their sincerity”.⁵⁴

El comportamiento de la población de muchas localidades a su llegada permitió arrojar rápidamente estos fantasmas de sus cabezas y hacerles disfrutar de los recibimientos

⁵¹ Ambos testimonios recogidos en Charles Esdaile, “Otoño...art. cit.

⁵² John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 112. Salamanca.

⁵³ J. Kincaid, *Adventures...*ob. cit., pp. 173-174. Madrid.

⁵⁴ J. Leach, *Rough...*ob. cit., p. 282. Madrid. Véase sobre este asunto Daniel Yépez Piedra, “Las reacciones...art. cit., p. 236.

ofrecidos en su honor. El recuerdo de este hospitalario tratamiento les dejó una profunda huella y de ello son prueba las descripciones guardadas en sus diarios. La estancia del capitán Kincaid en Madrid debió ser tan gratificante que estimó ese periodo de su carrera castrense, en un contexto de guerra, “as the most pleasing event of my military life”.⁵⁵ Los soldados se vieron desbordados por gentes que les proporcionaron en esos días todos los cuidados y atenciones posibles, las mayores muestras de afecto y consideración, desconocidas hasta ese momento por ellos. Se repite el convencimiento de que estaban viviendo algo extraordinario y en opinión de algunos, difícilmente repetible, “Few of us were ever so caressed before, and most undoubtedly never will be again”.⁵⁶

Pero, ¿qué quedó de esos recibimientos festivos en el recuerdo de aquellos soldados?, ¿qué fue lo que más llamó su atención?, ¿qué destacaron en sus diarios y memorias?, ¿qué elementos consideraron dignos de ser incluidos en sus escritos y de que fueran conocidos por otras personas? La experiencia compartida da como resultado que determinados aspectos de estas recepciones fueran resaltados por muchos de ellos de forma coincidente y reiterada. El valor de sus testimonios, de sus descripciones, de sus juicios se incrementa al ofrecer una perspectiva diferente del comportamiento de los españoles ante la celebración y la fiesta ligadas a los triunfos militares. Los ojos escrutadores de unos extranjeros, procedentes de un mundo cultural distinto y distante, descubren sus emociones ante una experiencia singular en sus vidas.

Todo daba comienzo con la llegada de Lord Wellington a una localidad. Varios fueron los medios acústicos empleados para avisar de su arribada, las campanas, los cañones y las trompetas. A esa función esencialmente anunciadora se le unían otras dos, la receptora, servían para dar una sonora bienvenida al ilustre visitante, y la informativa, comunicaban al que llegaba el júbilo de aquellos que le recibían.

Las campanas, “tenga persona (el Cabildo de la catedral de Burgos) que avise o haga una señal para que así que llegue (Wellington) al Monte de la ciudad se puedan tocar las campanas, a qualquiera hora que sea”.⁵⁷ Sus bronces enmudecidos durante la

⁵⁵ J. Kincaid, *Adventures...* ob. cit., p. 175. Madrid.

⁵⁶ J. Leach, *Rough...* ob. cit., p. 282. Madrid.

⁵⁷ ACBu, Registro 127, f. 185 vº. Burgos.

ocupación se liberan ahora de la mordaza impuesta por las autoridades francesas.⁵⁸ Sus alegres repiques avisan de la buena nueva de la llegada de Wellington, y con ella de la libertad, tras la derrota del invasor galo. Este detalle fue uno de los muchos que quedaron en la memoria de los militares británicos, y así lo dejaron escrito: “the bells were all ringing”, “The bells were ringing”, “The bells of the different churches rang”.⁵⁹

Las salvas de artillería. El mortífero tronar de los cañones en la batalla se transformaba en pregonero de alegría. Era el mismo ruido atronador, los mismos decibelios aturdidores, pero su carácter destructivo se mudaba en mensajero de la llegada de la libertad. El estrépito podía ser el mismo, pero el significado era muy distinto para una población expectante ante la llegada de sus libertadores, precedida por estruendosas descargas artilleras: “Lord Wellington’s arrival was announced by a discharge of artillery from the ramparts”.⁶⁰ El estruendo lo provocaba el mismo bronce, pero antes anunciaba y causaba muerte y destrucción, mientras que ahora se convierte en música agradable para recibir al héroe.

Las trompetas, “La trompeta de la Gloria/ Dice al mundo Wellington”.⁶¹ En un ambiente marcial, propio de los recibimientos a un héroe militar, es lógico que su llegada se anunciara también a través de la trompetería, “the approach of Lord Wellington being announced, the cavalry trumpets were sounded”.⁶²

A continuación tenían lugar los discursos de bienvenida, la entrega de las llaves de la ciudad y las procesiones cívicas por las calles del lugar. Las autoridades civiles, militares y eclesiásticas tuvieron un protagonismo especial en todos estos actos al

⁵⁸ Ángel Gonzalo Gozalo, “Desde la experiencia. El clero de Burgos ante la invasión francesa”, en *La Guerra de la Independencia en el mosaico peninsular, 1808-1814*, en prensa. “El toque de campanas es visto como potencialmente subversivo por lo que también se regula. Un edicto de Thiebault en junio de 1809 prohíbe que se toquen las campanas después de puesto el sol...”. Incluso en caso de fuego el toque debía ser precedido de la previa autorización gubernativa.

⁵⁹ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 144. Arévalo, p. 157. Madrid. John Green, *The vicissitudes...ob. cit.*, p. 105. Madrid.

⁶⁰ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 99. Elvas. Con motivo de la llegada de Wellington a Lisboa, una serie de barcos fondeados en el río Tajo saludaban a su paso con descargas artilleras, respondidas por las baterías de la fortaleza de San Jorge, en una recepción anfibia que debió tener un extraordinario carácter espectacular: “His arrival was announced by repeated salutes from the ships and frigates in the Tagus, and the castle of St. George”, George Elliot, *The life...ob. cit.*, p. 467. Lisboa.

⁶¹ Juan Bautista de Arriaza, *Poesías...ob. cit.*, Canción, “A la batalla de Salamanca”, p. 53.

⁶² John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 330. Toulouse.

constituir la representación de toda la población, “At a very early hour a large assemblage of the inhabitants, headed by the chief magistrate and civil authorities of the town”, “Lord Wellington dismounted, and was immediately surrounded by the municipality, and the higher orders of the inhabitants”.⁶³ Formaban durante horas, aguardando en largas esperas al que querían agasajar, “mounted had been nearly all the morning waiting there to receive him (Wellington)”.⁶⁴

Salían a recibirlo con sus mejores galas, con las pretendían causar una buena impresión en el visitante. Era el momento ideal para que todos sacasen de los vestidores las indumentarias más apropiadas, uniformes militares, ropas consistoriales, vestes eclesiásticas, “se avise a todos los señores para que concurran de ropas de coro al recibimiento”.⁶⁵ Así lo atestiguan también los perspicaces soldados británicos que aprecian ese detalle en el aspecto de la gente, que sale a recibir a Wellington muy bien vestida, “well dressed people”, y especialmente en las féminas, “well-dressed females”, “elegantly dressed females”.⁶⁶

Como manifestación de su franca recepción se solía realizar el acto simbólico de entregar las llaves de la ciudad a Wellington, con lo que se le demostraba amistad, agradecimiento y respeto: “to be present at the ceremony of presentation of the keys”.⁶⁷

Las calles de la ciudad por las que transitaban las procesiones cívicas y las fachadas de las casas situadas en el recorrido se decoraban profusamente para ofrecer una buena imagen. Algo que no resultaría nada fácil dada la situación económica propia de un contexto de guerra. Aunque con ingenio y voluntad las localidades transformaban rápidamente su aspecto, escondiendo o maquillando los efectos de la contienda, “the riches of each house were employed in decorations to its exterior”⁶⁸. Todos los

⁶³ Ibidem, p., 144. Arévalo. Sir Andrew Leith, *A narrative...* ob. cit., p. 227. Salamanca.

⁶⁴ John Daniel Edgecomb, *Journal...* ob. cit., p., 98. Elvas.

⁶⁵ ACBu, Registro 127, f. 185 vº. Burgos.

⁶⁶ Francis L. Clarke, *The life...* ob. cit., p. 559. Madrid, John Daniel Edgecomb, *Journal...* ob. cit., p. 329. Toulouse, J. Leach, *Rough sketches...* ob. cit., p. 282. Madrid.

⁶⁷ Francis L. Clarke, *The life...* ob. cit., p. 512. Madrid. En *La ciudad frente a Napoleón. Bicentenario del sitio de Ciudad Rodrigo de 1810. Catálogo de la Exposición*, Salamanca, 2010, p. 223, se puede ver una imagen de la llave que se entregó a Wellington a su entrada en esa ciudad el 19 de enero de 1812, con la inscripción: “Rodericopolis invicto Duci fructus victoriae Hispania grata”.

⁶⁸ J. Kincaid, *Adventures...* ob. cit., p. 174. Madrid.

testimonios consultados insisten en estos pormenores y se preocupan por resaltarlos continuamente.

Las fachadas, puertas, balcones y ventanas de las casas se mostraban abundantemente adornadas con flores (rosas, siemprevivas) y ramas (de roble, olivo y laurel), velos, mantones y tapices de gran colorido y ricos tejidos (sedas, muselinas, etc): “the balconies being full of ladies waving white handkerchiefs and showering garlands of roses and laurel wreaths from the windows”, “an immense display of rich tapestry suspended from the balconies and windows”, “The doors of all the houses were seen instantly adorned, as if by enchantment”, “the houses (...) on this occasion were ornamented (...) with silk and muslin, draperies of the gayest colours, and of the richest and most costly materials, suspended from the windows”.⁶⁹ Obsérvese esa interesante apreciación hecha por Clarke, las casas aparecían engalanadas instantáneamente, como por hechicería o encantamiento, “by enchantment”. Con esta expresión reconoce la capacidad de la gente para cambiar la cara a las calles, a los frontispicios de los edificios, la rapidez con la que ofrecen ese cambio de semblante y su esfuerzo por ofrecer la mejor imagen posible, y todo ello a pesar del azote de la guerra.

Lo mismo sucedía con las calles, totalmente ornamentadas, “The streets were adorned for the occasion with draperies of embroidered cloths, velvets and carpets, all displayed as if for one of their accustomed religious ceremonials; garlands of flowers of various hues decorated the doors, and festoons of every coloured silk the balconies”.⁷⁰

Como parte de ese exorno urbano se levantaban arcos de triunfo a lo largo del recorrido del cortejo, “triumphal arches, supported by beautiful columns (...) had been erected”, “His Excellency, (Wellington) after having passed through triumphal arches, erected in the fortress of Elvas”.⁷¹ La construcción de este tipo de arquitecturas efímeras respondía a una larga tradición en la recepción de personas insignes que hundía sus raíces en la antigüedad. Así lo interpretaba Clarke desde una formación clásica, “The entrance into Salamanca, Segovia and Ildefonso, was equal to the

⁶⁹ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 98. Elvas, p. 157, Madrid, Francis L. Clarke, *The life...ob. cit.*, pp. 513, 560. Madrid.

⁷⁰ Sir Edward Cust, *Annals...ob. cit.*, p. 228. Madrid.

⁷¹ John Daniel Edgecomb, *Journal... ob. cit.*, p. 98. Elvas, George Elliot, *The life...ob. cit.*, p. 467. Lisboa.

triumphal entries of the heroes of antiquity".⁷² Era en este tipo de monumentos donde se desarrollaba en abundancia la retórica de exaltación al héroe en imágenes y palabras.

La llegada de Wellington y de sus tropas a una localidad suponía el cese inmediato de la actividad laboral. La vida cotidiana se paralizaba para asistir al recibimiento: "All business was suspended, the shops closed, and people of all ranks quitting their occupations", "during wich time all business was suspended".⁷³ Esta práctica respondía a la voluntad de las autoridades de dispensarle una bienvenida multitudinaria y al deseo de la población de contemplar el espectáculo. De ver a Wellington de cerca, a aquel en el que se personalizaba el éxito, el carácter heroico, la derrota del pérfido enemigo y en definitiva el triunfo y el final de la contienda, por todo ello, cómo no iban a demostrar su alegría al contar con su presencia.

En las fuentes británicas consultadas se insiste en resaltar la cantidad de gente que salía a recibir a Wellington y sus hombres. Se vieron sorprendidos por las grandes multitudes que acudían de forma masiva a su encuentro. Así lo recogió Edgecomb en su diario, "thousands of the inhabitans of Salamanca flocked to the field to welcome", "i may venture to say that nearly the whole population of the town was here assembled to meet us", "many thousands of people now assembled with laurel boughs and banners".⁷⁴ Incluso la población habitual se incrementaba con las personas que venían de los contornos para presenciar el espectáculo: "and even in the fields for some miles distant from the town, bearing branches of laurels and oak-boughts to meet the army".⁷⁵ Se destaca la impaciencia de la gente por ver la llegada del ejército liberador, "crowds of men and women thronged thither, impatient to witness their entrance".⁷⁶ La expectación hacía que algunos abandonasen la ciudad para salir a recibir a Wellington y sus tropas al

⁷² Francis L. Clarke, *The life...* ob. cit. p., 512. Madrid.

⁷³ John Daniel Edgecomb, *Journal...* ob. cit. p., 155. Madrid, J. Kincaid, *Adventures...* ob. cit., p. 174. Madrid.

⁷⁴ John Daniel Edgecomb, *Journal...* ob. cit., p. 98. Salamanca, p. 149. Segovia, p. 156. Madrid.

⁷⁵ *Ibidem*, p. 155. Madrid.

⁷⁶ Sir Edward Cust, *Annals...* ob. cit., p. 228. Madrid.

campo y les acompañaban en su camino hacia la entrada triunfal: “when we were within five miles of Madrid, the people came out in great numbers to meet us”.⁷⁷

Esas multitudes se apoderaban de calles y plazas, que son descritas atestadas, repletas de gente en todo el recorrido del cortejo, “the streets were crowded with the populace”, “the whole population of the city crowded the streets”, “The concourse of people in the streets on this occasion is immense”, “the Calle Mayor and the other principal streets were thronged with people”, “the avenues to it were filled with people”.⁷⁸ Las aglomeraciones ralentizaban, incluso paralizaban, el paso de las tropas y del propio Wellington, “the procession moved slowly up the street towards the “Grande Praça”, preceded by the crowd, shouting “Viva Inglaterra”. On reaching the square the people pressed so much round Lord Wellington, that the procession for several minutes could no proceed”.⁷⁹

A la gente que seguía el espectáculo a pie de calle había que sumar aquellos que lo presenciaban desde una posición más elevada, desde la privilegiada atalaya de balcones, ventanas y tejados: “The windows of the square were crowded with people, whose exclamations corresponded with the pedestrian spectators”, “every window and balcony was filled with persons welcoming”, “the balconies and streets were soon thronged with people cheering the troops and wishing them glory and success”, “the tops of the houses near the gate were also crowded”.⁸⁰

Todos estos testimonios se ven confirmados por el del mariscal de campo don Carlos de España, aunque él se encarga de repartir los parabienes entre todos. Destaca el recibimiento tributado a Wellington en Madrid, pero también al “Ejército aliado”, en un claro deseo de evitar el monopolio del triunfo:

⁷⁷ John Green, *The vicissitudes...*ob. cit., p. 105. Madrid. Extracto citado en el artículo de Miguel Ángel Martín Mas, “Wellington en Madrid. Un Lord en la Corte del Rey intruso”, en *Madrid Histórico*, 5. Septiembre/Octubre, 2006, pp. 4-13, p. 9.

⁷⁸ John Green, *The vicissitudes...*ob. cit., p. 105. Madrid, J. Kincaid, *Adventures...*ob. cit., p. 174. Madrid, Francis L. Clarke, *The life...*ob. cit., p. 560. Madrid, John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 157. Madrid, Sir Andrew Leith Hay, *A narrative...*ob. cit., p. 227. Salamanca.

⁷⁹ John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 144. Arévalo.

⁸⁰ Francis L. Clarke, *The life...*ob. cit., p. 495. Valladolid, Sir Andrew Leith Hay, *A narrative...*ob. cit., p. 227. Salamanca, John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., pp. 149-150. Segovia, John Green, *The vicissitudes...*ob. cit., p. 105. Madrid.

El Excelentísimo Señor Duque de Ciudad Rodrigo ha hecho su entrada en la Capital en medio de las aclamaciones del Pueblo, el más fiel y el más leal que pueda citar la Historia, todos los havitantes de ambos sexos de esta ylustre Corte se havían reunido para presenciar la entrada del Exército aliado, a quien devía su livertad.⁸¹

Los testimonios examinados describen cómo estaban conformadas esas multitudes, quiénes participaban de esos recibimientos multitudinarios. Coinciden en reflejar la presencia de personas de toda condición social, nobles, eclesiásticos, gente del común, de ambos sexos, de todas las edades, mayores, jóvenes y niños, todos unidos en el regocijo: “by all classes of the inhabitants on our arrival. Old and young, men, women, and children, in tens of thousands”, “The people of Madrid now seemed one united family. Friends, known and unknown, without difference from age, sex, or condition”.⁸²

Nuevamente se pueden contrastar las fuentes británicas con las españolas, el cura que hizo relación de la visita de Wellington a Burgos en 1814 respalda esas aseveraciones, “un sin número de gentes de todas clases”, salió a recibirlo.⁸³

Las mujeres alcanzan gran protagonismo en los recibimientos a Wellington y sus tropas, así como muchas líneas en las descripciones efectuadas por los soldados británicos. Su carácter, su comportamiento, sus formas de vestir, sus actitudes ante ellos son reflejados con detalle en sus diarios y memorias.⁸⁴ Uno de los aspectos que más les llama la atención es el de la autonomía de la que disfrutaba la mujer española y su continua presencia en los espacios públicos, algo que es censurado por algunos de ellos, considerando superior en este sentido a la mujer británica.⁸⁵ Resaltan la concurrencia a estos recibimientos de mujeres, jóvenes y mayores, sin excluir las de elevada condición social: “women of the first quality, old and young, hugged and kissed

⁸¹ AHN. Diversos-Colecciones, 101, nº 94. Carta del general Carlos de España...

⁸² J. Leach, *Rough sketches...*ob. cit., p. 282. Madrid, Francis L. Clarke, *The life...*ob. cit., p. 512. Madrid.

⁸³ ADBu. Libro de acuerdos... f. 369. Burgos.

⁸⁴ Sobre la visión que tenían muchos británicos sobre la mujer española, su papel en la guerra, su vida cotidiana durante el conflicto y su relación con los soldados, véase Daniel Yépez Piedra, “Víctimas y participantes. Las mujeres españolas en la Peninsular War desde la óptica británica”, en *Revista HMIC: història moderna i contemporània*, nº 8, 2010, pp. 156-177.

⁸⁵ *Ibíd*, pp. 170-171.

him (a Wellington)".⁸⁶ En las calles, en las ventanas y balcones, desde los que saludaban, elegantemente ataviadas para la ocasión, ondeando sus pañuelos y lanzando flores al paso del ejército: "the windows occupied by ladies", "All the balconies round the square, every window, and even the house-tops were crowded with well-dressed females", "The windows and balconies were crowded with elegantly dressed females", "the balconies being full of ladies waving white handkerchiefs and showering garlands of roses and laurel wreaths from the windows".⁸⁷ Y también en los toros, espectáculo que el oficial John Leach juzga poco edificante en general, pero mucho menos para una mujer. Tuvo ocasión de comprobar con asombro y reprobación cómo las españolas, incluso las de más alta cuna, acudían "of all ages, belonging to the higher class of society, dressed as if for a grand ball", a presenciar con fruición un entretenimiento "cruel". Achaca esta conducta a una educación en la que se acostumbraba a la mujer a contemplar con deleite la barbarie, del mismo modo que las jóvenes británicas eran educadas para entretenimientos más refinados y acordes con la condición femenina, como los bailes de máscaras o la ópera.⁸⁸

Sir Edward Cust se maravilla ante la desinhibición de las mujeres en su recibimiento a las tropas en Madrid, lanzando besos y propinando abrazos a los soldados, sin ningún recato, "the ladies from the balconies, without any reticence, showered kisses and roses, while they waved their handkerchiefs in the air; and the women in the streets, rushing up to the side of the officers' chargers, embraced the knees of those who were on horseback".⁸⁹ Se puede apreciar la interesante distinción que Cust establece entre unas mujeres de rango elevado a las que denomina "ladies" y que asisten a la recepción desde los balcones y otras de extracción inferior, a las que se refiere simplemente como "women", que lo hacen a pie de calles. Detecta las diferencias sociales, pero resalta

⁸⁶ Francis L. Clarke, *The life...ob. cit.*, p. 559. Madrid.

⁸⁷ John Green, *The vicissitudes...ob. cit.*, p. 105. Madrid, John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 329. Toulouse, J. Leach, *Rough sketches...ob. cit.*, p. 282. Madrid, John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 113. Elvas.

⁸⁸ J. Leach, *Rough sketches...ob. cit.*, pp. 284-285.

⁸⁹ Sir Edward Cust, *Annals...ob. cit.*, pp. 228-229. Madrid. La misma grata sorpresa demuestra el soldado Edwards Cocks ante estas efusivas manifestaciones de afecto femenino cuando describe el comportamiento de las mozas madrileñas: "I was never kissed by so many pretty girls in a day in all my life, or ever expected to be again", se puede comprobar como este testimonio insiste en describir la sensación de estar ante algo extraordinario, difícilmente repetible, cita en Daniel Yépez Piedra, "Las reacciones...art. cit.", p. 234.

como todas ellas compartían el mismo carácter extrovertido en su actitud hacia los soldados.

Hasta las monjas, faltando al decoro exigido por su condición de esposas de Cristo, no pudieron reprimir su alegría y abandonaron momentáneamente los rezos para asomarse a las rejas conventuales y participar de la bienvenida como el resto de la población, “very nuns at the grating of their cells waved their handkerchiefs as the troops marched by”.⁹⁰ Este testimonio es ilustrativo de la presión a la que se vio sometida la población durante la ocupación francesa y de cómo reacciona un grupo humano cuando esta cesa.

También los niños participaron activamente en los recibimientos, saludando y vitoreando, “The children’s hats and caps were decorated with the words “Wellington and Salamanca”.⁹¹ Y emulaban a sus mayores, jugando a la de guerra en un escenario de guerra, como sucedió en Ciudad Rodrigo, donde Wellington fue recibido por un escuadrón infantil que se convirtió en su escolta de honor al entrar en la localidad:

When Lord Wellington paid a visit to Ciudad Rodrigo, he was received about a mile from the town, by a picquet of children, from eight or nine ages of age, who were armed with small musquets and side arms; and on entering upon the bridge he was received in a similar manner, with which his Lorship was so much delighted that he dismounted, and marched at the head of his juvenile band of honour into the town, amid the acclamations of the populace.⁹²

Pero, ¿cuáles eran los sentimientos principales que justificaban estas actitudes y explicaban comportamientos como los señalados? Una vez más son los soldados británicos los que ofrecen la respuesta, felicidad y gratitud, gentes alegres y agradecidas.

⁹⁰ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 113. Salamanca. Algo similar debió ocurrir a la entrada de las tropas de Wellington en Palencia en junio de 1813, donde las monjas se olvidaron por un momento de las rigideces de las reglas conventuales y participaron del recibimiento festivo, en Daniel Yépez Piedra, “Las reacciones...art. cit.”, p. 235. El mismo autor recoge la opinión que los soldados británicos tenían, desde una perspectiva protestante, sobre las monjas. Para ellos eran pobres mujeres obligadas por familiares y clérigos a profesar los votos y vivir enclaustradas contra su voluntad como prisioneras, véase Daniel Yépez Piedra, “Víctimas...art. cit.”, pp. 169-170.

⁹¹ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 156. Madrid.

⁹² Francis L. Clarke, *The life...ob. cit.*, pp. 558-559. Ciudad Rodrigo.

Esa alegría exhibida por los españoles es captada y transmitida por los británicos a través de expresiones muy descriptivas, como la hallarse ante una explosión de sentimientos (“burst o feeling”), ver a la gente llena de entusiasmo y placer (“enthusiasm and delight”), dispuesta para el regocijo general (“public rejoicing”), exteriorizado a través de los gritos, las risas, los cantos y los bailes (“They cried, laughed, sung and danced”).⁹³

Se multiplican las muestras de afecto, de amistad y de proximidad a través de gestos amables de la población hacia los británicos en forma de abrazos, “men, women, children, embrancing us with marks almost of adoration”, “old and young, men, women and children (...) embracing the officers and soldiers”, “the Spaniards embraced the soldiers”.⁹⁴ De besos, especialmente agradecidos en el caso de las féminas, cuya actitud siempre está siempre presente en su punto de mira “The enthusiasm of all ranks, particularly the females, bordered on madness”,⁹⁵ como se ha podido comprobar en alguno de los ejemplos citados :“the ladies (..) showered kisses” o “women (..) hugged and kissed”.

La gente también mostraba su alegría a través de los gritos, de las altas voces, de los vítores y aclamaciones, “the people shouted”, de forma insistente y reiterada, “During this and the following days the acclamations and vivas, which hailed the conquerors of Salamanca, never ceased for a minute”, con tal intensidad que los “shouts of exultation wich rent the air” y hasta que gargantas y pulmones no daban más, “the inhabitants (..) shouted (..) until some of them were quite exhausted”.⁹⁶

Pero, ¿qué gritaban, qué querían que Wellington y sus hombres escucharan, cuáles eran los lemas vitoreados hasta la extenuación? El ingeniero Edgecomb se encargó de recoger en su diario la variedad de gritos, saludos, vítores con los que Wellington y sus hombres iban siendo recibidos: en portugués, “A os Heros, Wellington e Beresford”, en

⁹³ John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 112. Salamanca. J. Leach, *Rough sketches...*ob. cit., p. 282. Madrid, John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 157. Madrid, J. Leach, *Rough sketches...*ob. cit., p. 282. Madrid.

⁹⁴ Francis L. Clarke, *The life...*ob. cit., p. 560. Madrid. J. Leach, *Rough sketches...*ob. cit., p. 282. Madrid, John Green, *The vicissitudes...*ob. cit., p. 105.

⁹⁵ Francis L. Clarke, *The life...*ob. cit., p. 512. Madrid.

⁹⁶ John Green, *The vicissitudes...*ob. cit., p. 105. Madrid, Francis L. Clarke, *The life...*ob. cit., p. 513. Madrid, John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 149. Arévalo, John Green, *The vicissitudes...*ob. cit., p. 112. Valladolid.

español con su correspondiente traducción al inglés: “los más amigos de España”, (“the best friends of Spain”) as they termed us”; “Viva Inglaterra”, “Viva los ingleses”, (Long live England, Long live to the English)”; hasta en francés, “Vive Lord Wellington!”.⁹⁷ En muchos de estos vítores se reconoce el valor de la alianza de naciones, Portugal, Inglaterra y España, para derrotar al enemigo común: “England and Portugal for ever”, “but we were every where saluted with the cry of “Viva España, viva Inglaterra (sic)”.⁹⁸ Y no podía faltar el grito que asociaba a Wellington con el triunfo, “shouts of “Viva Wellington and Victoria”.⁹⁹

Los vítores se repetían de forma escrita, en arcos de triunfo, banderas, carteles, bandas, papeles colgados de prendas de vestir, sombreros, guantes, pañuelos ondeados al viento o lanzados al vuelo para saludar al paso de Wellington y del ejército, “laurel boughs and banners bearing the words “Wellington”, “Victory”, “Salamanca” (...) The children’s hats and caps were decorated with the words “Wellington and Salamanca”, en la puerta de entrada a Arévalo el lema de bienvenida glosaba “Los héroes de Salamanca”.¹⁰⁰ Se puede comprobar cómo la victoria de Salamanca-Arapiles está presente en una gran mayoría de estas aclamaciones.

⁹⁷ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 98. Elvas, p. 113. Salamanca, p. 331. Toulouse.

⁹⁸ *Ibíd.*, pp. 156 y 157. Madrid. Esta exaltación del valor de la alianza se puede ver en manifestaciones gráficas caso de la alegoría de Lord Wellington titulada “España e Inglaterra aliadas contra Francia y su caudillo Napoleón Bonaparte”, obra de Vicente López, Biblioteca Nacional, Madrid. Inv. 14913 (Fig. 1). En este grabado aparece la figura de Wellington ante un general español y un británico fundidos en un estrecho abrazo, bajo la atenta mirada de los retratos de Fernando VII y Jorge III.. En los versos de una canción con la que se obsequió a Wellington en su fugaz visita a Burgos en 1814 se dice: “A porfía todas tres Naciones/ Español, Inglés y Portugués/ Executan de valor acciones”, y se ensalza su esfuerzo conjunto para conseguir la victoria: “(..) sangre a la triple alianza/ Ha costado en el Campo verter”, AMBu. Legado Cantón Salazar. CS 3/7. Canción “Al paso del Lord Wellington por la ciudad de Burgos”. 1814 (Fig. 2). El poeta Juan Bautista de Arriaza también resaltó este hecho y lo dejó expresado en sus poemas y canciones dedicados al Duque de Ciudad Rodrigo. Ante la imposibilidad de que los españoles pudieran hacer frente por si solos, con sus limitados medios, a la maquinaria bélica del imperio napoleónico, -“En vano intentan del fatal destino/ Sus hijos (los españoles) redimir a la afligida (España);/ Que ellos sin armas luchan por su vida/ y armado estaba el bárbaro asesino”- y liberarse del yugo impuesto por el “tirano y pérfido Tarquino (Napoleón), Juan Bautista de Arriaza: *Poesías...ob. cit.*, Soneto, “Sobre el mismo asunto” (“A la batalla de Salamanca”), p. 55. Es Wellington el que permite salir a “Iberia la infeliz matrona” de ese trance, ya que “Él unió con el nuestro su brazo”, Canción, “A la entrada en Cádiz del Duque de Ciudad Rodrigo”, p. 58.

⁹⁹ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, pp. 144 y 145. Arévalo.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p. 156. Madrid, p. 156. Madrid, p. 144. Arévalo.

En la cinta de un ramillete de flores entregado por una muchaha a Wellington en Ciudad Rodrigo se podía leer “ever victorious and immortal Wellington”, dos epítetos indisociables de la figura heroica, la victoria necesaria para acceder a esa gloriosa condición y la inmortalidad alcanzada a través de la fama, merecida por las hazañas logradas.¹⁰¹

Los soldados británicos interpretaron esas muestras de cariño de los españoles como una respuesta al inmenso agradecimiento hacia sus libertadores. Constituyen la fórmula de expresar “their gratitude to their deliverers”, y tienen la sensación de hallarse ante el “electric shock of a nation’s gratitude”.¹⁰² Todas esas decoraciones, el deseo de ofrecer la mejor imagen para recibirlos, manifiesto en su indumentaria y en el engalanado de calles y casas, los gestos (besos, abrazos, gritos, aclamaciones), el trato en general eran percibidos por ellos como “signals of enthusiasm and friendship”.¹⁰³

Las visitas de Lord Wellington por lo general fueron fugaces, muy breves, por lo que en ocasiones se trató de retrasar su partida para gozar más tiempo de su presencia, y que así pudiese disfrutar de los entretenimientos organizados en su honor:

No se puede explicar el sentimiento que recibió el Pueblo entero al ver que por instancias que se le hicieron no se pudo lograr el que por lo menos se quedase en esta noche en Burgos para divertirse con la grande iluminación y las funciones que para cortejarle estaban preparadas.¹⁰⁴

Durante las mismas la gente pugnaba por ver al héroe, “The anxiety manifested by all ranks and descriptions of the people to get a sight of him (Wellington)”, por estar cerca de su persona.¹⁰⁵ Su aparición en un teatro en Lisboa hace que el público prorrumpe en una sonora ovación “and the moment he appeared, the most rapturous acclamations resounded on all sides”, tan atronadora como una tormenta, “the thunders of

¹⁰¹ Francis L. Clarke, *The life...ob. cit.*, p. 559. Ciudad Rodrigo. Entre las imágenes que decoraban las arquitecturas efímeras en el recibimiento de Wellington en Elvas aparecía “the figure of Fame sounding a trumpet”, en John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 98. Elvas.

¹⁰² Francis L. Clarke, *The life...ob. cit.*, p. 512. Madrid, Sir Edward Cust, *Annals...ob. cit.*, p. 229. Madrid.

¹⁰³ Sir Andrew Leith, *A narrative...ob. cit.*, p. 227. Salamanca.

¹⁰⁴ ADBu. Libro de acuerdos... f. 369. Burgos.

¹⁰⁵ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 144. Arévalo.

applause”.¹⁰⁶ Ese deseo se hace patente al comprobar que “Never was the theatre of San Carlos so early and completely crowded”, no les interesaba tanto asistir a la función como el estar cerca de Wellington. Otro ejemplo del entusiasmo popular generado por su llegada es el ofrecimiento realizado por el gremio de cerrajeros y herreros de Burgos, espontáneo y a su costa, para “disponer un carro bien adornado, poniendo en su altura a Marte y a los lados unos Niños con sus Coronas de laurel, y todo lo demás correspondiente a trofeos de Guerra, tirando del carro ocho Mulas”.¹⁰⁷

Para obsequiar a un ilustre visitante resulta imprescindible buscar la máxima comodidad en su alojamiento y la invitación a un buen yantar. Así lo entendieron los responsables del hospedaje de Wellington en Burgos, “que (se) disponga el Alojamiento para el excelentísimo señor Duque, procurando sea lo mejor que pueda”.¹⁰⁸ Leith hace hincapié en que las autoridades madrileñas, con el beneplácito popular, estimaron el Palacio Real como el edificio más digno para albergar a tan distinguido huésped, “The authorities of the city, supported by the unanimous voice of the population, considered the Palacio Nuevo as the only becoming residence for the British general”.¹⁰⁹ Lo mismo se puede apuntar en cuanto a la mesa, en su fugaz estancia en Burgos se dispuso para su deleite gastronómico una sopa, amenizada con música de orquesta, y se ordenó, “se proporcionen algunas truchas y anguilas”, exquisiteces pescadas en aguas del Arlanzón, de afamada calidad y prestigio, y lo que es mucho más significativo, reservadas a los reyes y su familia en las visitas a la ciudad.¹¹⁰

A través de la luz y del ruido se manifiesta la alegría, por ello los fuegos artificiales también formaron parte de las fiestas en honor a Wellington: “grand fireworks in the elegant square in the centre of the town”.¹¹¹ En Burgos fue una de las primeras resoluciones adoptadas por las personas responsables de organizar el recibimiento de

¹⁰⁶ George Elliot, *The life...* ob. cit., p. 468. Lisboa.

¹⁰⁷ AMBu. Libro de Actas de Gobierno de 1814, 1814-05-20, s. f. Burgos.

¹⁰⁸ AMBu. Libro de Actas de Gobierno..., 1814-05-18, s. f. Burgos. Se alojó en la casa del regidor Francisco Valdivielso Mozi, sita en la Plaza del Huerto del Rey, la cual ya había servido de residencia a gobernadores franceses, caso del mariscal Bessières, durante la ocupación.

¹⁰⁹ Sir Andrew Leith Hay, *A narrative...* ob. cit., p. 268. Madrid.

¹¹⁰ ADBu. Libro de acuerdos... f. 369. Burgos, “(.) se puso a tomar la sopa”, AMBu. Libro de Actas de Gobierno..., 1814-05-18, s. f. Burgos. En los días previos a una recepción real se acotaba la pesca en el río Arlanzón para tener garantizado el abasto de truchas en la mesa de los regios visitantes, véase Alberto C. Ibáñez, *Historia de la casa del Cordón de Burgos*, Burgos, 1987, pp. 268-270

¹¹¹ Francis L. Clarke, *The life...* ob. cit., p. 495. Salamanca.

Lord Wellington y el general Álava, “se encarguen al Polvorista de esta ciudad los fuegos que pueda hacer hasta el día en que lleguen dichos señores.”¹¹²

Las “luminarias”, elemento hondamente arraigado en la tradición festejante española, consistente en hacer de la noche día a través del alumbrado de calles y plazas, por medio de grandes concentraciones de velas, faroles y antorchas, debieron resultarles muy llamativas, a juzgar por el número de veces que se mencionan en sus diarios: “At night there was a general illumination”, “At night there was a general and brilliant illumination (...) and which with the reflection of the variegated lamps produces a very pretty effect. These illuminations were repeated for three night succesively”, “This night Madrid was illuminated”, “by night, they were brilliantly illuminated”, “At night, there was a general and voluntary illumination, which was repeated three successive nights”.¹¹³

En esta tarea, como en la decoración y engalanado de puertas, ventanas y fachadas, era indispensable el compromiso y participación de los vecinos, “que se ilumine el Huerto del Rey y Llana de afuera y Plaza, encargando a los vecinos por medio de un criado de ciudad lo practiquen”.¹¹⁴

Los bailes ofrecidos por las autoridades, “a ball (was) given by its inhabitants to Lord Wellington and the army”, “a grand and crowed ball was given to Lord Wellington and the army by the inhabitants”.¹¹⁵ En las descripciones de estos saraos se destaca una vez más la presencia femenina, ponderándose su belleza y elegancia, “we here had a glorious opportunity of feasting our eyes on Castilian beauty, which shone resplendently”.¹¹⁶ Estos actos sociales servían de lugar de encuentro a españolas y británicos, en los que podían estrechar lazos e intimar.¹¹⁷

Dentro de la tradición festiva hispana no podían faltar las corridas de toros. Se ofrecieron festejos taurinos para agasajar a Lord Wellington y al ejército aliado: “This

¹¹² AMBu. Libro de Actas de Gobierno., 1814-05-18, s. f. Burgos.

¹¹³ John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 99. Elvas, pp. 157-158. Madrid, John Green, *The vicissitudes...*ob. cit., p. 107. Madrid, J. Kincaid, *Adventures...*ob. cit., p. 174. Madrid, George Elliot, *The life...*ob. cit., p. 468. Lisboa.

¹¹⁴ AMBu. Libro de Actas de Gobierno., 1814-06-6, s. f. Burgos.

¹¹⁵ John Daniel Edgecomb, *Journal...*ob. cit., p. 121. Salamanca, J. Leach, *Rough sketches...*ob. cit., p. 284. Madrid.

¹¹⁶ J. Leach, *Rough sketches...*ob. cit., p. 284. Madrid.

¹¹⁷ Daniel Yépez Piedra, “Víctimas...art. cit., pp. 167-168.

afternoon there was a famous bull-fight at Madrid, exhibited in honour of Lord Wellington and the army".¹¹⁸ Resultan muy interesantes las reflexiones que algunos soldados británicos hacen sobre la fiesta de los toros tras presenciarla. Comparten un tono crítico, de desagrado, lo consideran un espectáculo bárbaro, cruel, irracional. Edgecomb lo reprueba y reputa por impropio de países cristianos "It is a pity that these barbarous games are not exploded as irrational, at least in Christian countries".¹¹⁹ Leach recibió la invitación, "tickets of admission were sent to all the regiments", y asistió con sus compañeros a una corrida llevado por la curiosidad, "we went, all curiosity". Lo que vio no debió ser de su agrado, ya que los calificativos que emplea en su descripción son demoledores: "this barbarous and ancient national amusement", "this cruel amusement", "affair of blood", compadeciéndose de un hermoso ser, "unfortunate animal", sacrificado con la complacencia de un público enfervorecido, mujeres incluidas, en un "diabolical process of torturing the noble animal to death".¹²⁰

Otro elemento festivo empleado para obsequiar a Wellington fueron las representaciones teatrales. Sirva de ejemplo la función que tuvo lugar en Lisboa, por parte de la compañía del Real Teatro de San Carlos, para "present the hero with a spectacle worthy of him". Todos los palcos estaban decorados con genios, coronas, escudos, y las iniciales de Wellington grabadas y se hallaban presentes figuras de la Fama y de la Victoria. La pieza titulada *O nome*, "composed in honour of Lord Wellington", tenía como personajes la Gloria, la Posteridad y los héroes portugueses. La tramoya estaba preparada para que unos pequeños genios descendiesen del techo portando inscripciones alusivas a las principales victorias de Wellington (Roleia, Vimeira, Oporto, Talavera, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Arapiles).¹²¹

En aquella función estaba claro el objetivo de manifestar el carácter heroico de Wellington, pero esto también se hizo por otros medios. Esa condición quedó reflejada en los numerosos poemas y canciones con los que se le recibió y trató de halagar, resaltando su genio militar y su condición de caudillo al frente de la lucha contra la tiranía napoleónica, -"una orquesta de música de buen gusto, así en voz como en instrumentos estobieron tocando y cantando las proezas que había echo durante la

¹¹⁸ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 161, 1812-08-31, Madrid.

¹¹⁹ *Ibid.* p. 161.

¹²⁰ J. Leach, *Rough sketches...ob. cit.*, pp. 284-285.

¹²¹ George Elliot, *The life...ob. cit.*, p. 468. Lisboa.

guerra en versos heroicos, puestos por un individuo del clero Parroquial”-.¹²² Son composiciones en la mayoría de las ocasiones muy simples, de circunstancias y de un hiperbólico tono exaltador. Pero cuentan con el valor de ofrecer luz sobre la visión que se tenía del personaje y ayudan a comprender mejor estos recibimientos.¹²³ De la misma forma se pronunciaron sermones y discursos en los que se alabó su actuación.¹²⁴ Se

¹²² ADBu. Libro de acuerdos... ff. 368 vº-369. Burgos.

¹²³ Canción “Al paso del Lord Wellington por la ciudad de Burgos”, AMBu. Legado Cantón Salazar. CS 3/7. 1814 (Fig. 2). *Burgos en el camino de la invasión francesa (1807-1813)*. Burgos, 2008, p. 141. Óscar Raúl Melgosa Oter, “Remembranza de un asedio: Wellington, el castillo de Burgos y una canción”, en *La ciudad frente a Napoleón. Bicentenario del sitio de Ciudad Rodrigo de 1810. Estudios*, Salamanca, 2010, pp. 219-227. En esta composición se destacan sus virtudes militares, “constancia”, “maña”, “talento”, “valor”. Sus trabajos para derrotar al “tirano”, “tus fatigas de noche, y de día” hacen que se le llame “Isleño esforzado”. Todo ello le hace merecedor de ser declarado “caudillo afamado” y es la causa por la que “Burgos a la Inglaterra agradecida siempre vivirá”, y Wellington será “de este pueblo obsequiado” y “de España premiado” con el reconocimiento que merece. No podían faltar las asociaciones con los héroes hispanos, el conde Fernán González, Rodrigo Díaz de Vivar o Hernán Cortes, “Un González, Un Cid, y un Cortés”, ni el epíteto de “victorioso”, ni su condición de “Atlante” e “invicto Marte”. Asociado al dios romano de la guerra aparece en las canciones y poemas de Arriaza, como grato a la divinidad, “caro a Marte”, o como su vástago, “se alza un hijo de Marte y de Belona”, la deidad guerrera femenina. Coincide en la asimilación con el héroe castellano, “Cid britano”. También se loa su genio militar a través de los calificativos clásicos, “grande”, “fuerte”, “vencedor”, “bravo”, “fiero”, “audaz guerrero”, “vencedor de vencedores”, “héroe glorioso”, “héroe bizarro”, “semidios”. Se acentúa su papel como libertador del continente frente a la perfidia napoleónica, “Europa deba a tu acero su rescate”. Se expresa de manera reiterada la necesidad de mostrarle el agradecimiento y distinción debidos por ser el artífice de la derrota de Napoleón y de la consecución de la paz, “leal gratitud”, “No la oliva a su frente neguemos, Ni la rosa de alfombra a sus pies”. Y se indica la necesidad de guardarle “eterna memoria” por dos indisociables realidades, la “gloria” de Wellington unida a la “feliz libertad” de España, inseparables “La independencia hispana, y su alta gloria”, véase Juan Bautista de Arriaza. *Poesías...* ob. cit. Canción “A la batalla de Salamanca”, pp. 53-54, Soneto “Sobre el mismo asunto”, p. 55, Canción “A la entrada en Cádiz del duque de Ciudad Rodrigo, después de levantado el sitio de aquella plaza, en consecuencia de sus victorias”, pp. 57-58, Soneto “En un convite brindando por la última batalla ganada en España por el duque de Ciudad Rodrigo”, p. 59. En el mismo tono y con recursos similares compuso Francisco Garnier la canción titulada “La Batalla de los Arapiles y derrota de Marmont”, estrenada en 1813 para conmemorar esta victoria, “Velintón en Arapiles/ a Marmont y sus parciales/ para comer les dispuso/ un buen pisto de tomates”. Se insiste en su carácter heroico, “Al héroe cantemos/ que venció en la lid/ los fieros gigantes del Sena y del Rin”. Se resalta su calidad como estrategia frente al enemigo, -“haciendo sus ardidés juguete de tu ciencia”-, derrotando a otros grandes generales franceses, “En las líneas del Tajo/ humillaste a Massena”, “Al fiero Soult venciste/ en los campos de Albuera,/haciendo que en su fuga, se estrelle su soberbia”. Véase José Gella Iturriaga, “Cancionero de la Guerra de la Independencia”. *Estudios Guerra de la Independencia*, tomo II, Zaragoza, 1966, página web www.1808-1814/org/poesia/cancion.html.

¹²⁴ Un ejemplo es el sermón pronunciado por el mercedario fray Manuel Martínez con motivo de la proclamación de la Constitución de 1812 en la capital del Pisuerga en el que se refiere a Wellington en estos términos: “invencible caudillo”, “genio de la guerra”, “nuevo Ciro”, “verdaderamente grande”, quedando necesariamente la huella de su labor en el recuerdo de generaciones de españoles, “cuyo nombre articularán nuestros nietos con la dulce efusión de

pintaron cuadros, se imprimieron grabados y acuñaron medallas, en los que se insisten en estos aspectos.¹²⁵

Pero, ¿por qué Wellington fue merecedor de todos estos honores y elogios, por qué se le recibía con tanta alegría y reconocimiento? Hay algunos autores que señalan que ese entusiasmo fue relativo y matizado, que sólo se produjo en parte, ya que los españoles criticaron a Lord Wellington y a los ingleses al mismo tiempo que los alabaron, y que lo que en verdad celebraron los madrileños en agosto de 1812 fue su liberación.¹²⁶ Pero, ¿a quién hicieron los españoles, a juzgar por los testimonios expuestos, artífice de esa liberación?, ¿en quién personalizaron la victoria? Los desencuentros sobre la estrategia a seguir en la guerra fueron motivo de enfrentamiento. Los encontronazos, las críticas de políticos y mandos militares, las luchas de gabinete, la pugna por el poder quedaban

gratitud”, Véase Jorge Sánchez Fernández: *Valladolid durante la guerra de la Independencia española (1808-1814)*. Tesis doctoral, 2002, nota 970.

¹²⁵ Quizá el cuadro más ilustrativo a este respecto sea el del británico William Hilton, “The triumphal entry of the Duke of Wellington into Madrid”, (óleo sobre lienzo, 99 X 157cm, Strafield Saye House, Londres), pintado en 1816 y del que en 1825 John Bromley realizó un grabado, que reproduce la entrada de Wellington en la capital del reino el 12 de agosto de 1812 (Fig. 3). Es una versión idealizada, muy poética (“very poetically conceived”), del hecho histórico, como se la califica en el artículo “The fine arts. His Grace the duke of Wellington’s public entry into Madrid” en *The European magazine, and London review: illustrative of the Literature, History, Biography, Politics, Arts, Manners and amusements of the age*, Londres, 1825, pp. 274-275, en el que se anuncia la aparición del grabado de Bromley y se describe el contenido y analiza estilísticamente la obra de Hilton. En ella, a juicio de los autores del texto, Hilton supo captar el sentimiento de alegría y júbilo de los madrileños por su liberación (“Mr. Hilton has successfully caught the sentiment, and the most exulting moment, of that public enthusiasm wich sprung in Spain”). En lenguaje pictórico refleja muchos de los elementos que se han ido mostrando en los testimonios ofrecidos de los soldados británicos, ya que algunos pudieron servirle de fuente de inspiración. Carlos G. Navarro apunta la posibilidad de que fuera el mismo Wellington quien proporcionase los datos y que la pintura se realizase bajo su dictado, “Retrato de una herida. El Dos de Mayo en la Pintura española del siglo XIX”, en *Madrid. 1808. Guerra y territorio. Ciudad y protagonistas*, Madrid, 2008, pp. 141-158, p. 143. Lord Wellington se muestra en un brioso corcel de guerra (“a white charger”) y descubierto, sombrero en mano. Es recibido por las autoridades civiles y eclesiásticas, que expresan su agradecimiento, entre las aclamaciones de una población entregada que abarrota las calles y saluda ondeando prendas desde los balcones. Las mujeres, como en muchos de los ejemplos mostrados, ocupan un primer plano, se postran ante el héroe, lanzan flores (“the damsels strew flowers in the path of their deliverer”), ofrecen sus chales, velos y mantos para alfombrar el paso del cortejo (“threw (...) shawls and veils of exquisite workmanship and of the finest texture (...) spread their garments in his way”), se abrazan a las piernas de Wellington y sus oficiales deteniendo el paso de sus monturas. Una joven madre alza en brazos a su pequeño en actitud de ofrecérselo a Lord Wellington. Él agradece todos estos gestos, los reconocimientos y honores de los que es objeto (“with much graciousness of look and manner, inclining his body forward, as if in acknowledgment of the various honours and rejoicings of which he is the common focus”).

¹²⁶ José Luis Comellas, *Del antiguo al nuevo régimen: hasta la muerte de Fernando VII*, Madrid, 1981, p. 227.

al margen en esos momentos de júbilo desatado constituidos por esas recepciones festivas. En aquellas circunstancias a la gente no le importaban cuestiones que para una gran mayoría de los casos serían algo ajeno y desconocido. Wellington para ellos era el héroe, al que se atribuía el triunfo, era el libertador que les había descargado del pesado yugo de la ocupación francesa. Y fue en estos recibimientos cuando el pueblo tuvo ocasión de manifestarlo y exteriorizar esas emociones públicamente.

Pero esta concepción de Wellington como héroe libertador no fue algo exclusivo del sentimiento popular, también hay distinción a más alto nivel, a pesar de las diferencias. En el discurso de bienvenida y agradecimiento del pueblo español a Wellington pronunciado por el mariscal don Carlos de España en Madrid se reflejan estos aspectos. Se le expresa “respeto y gratitud” y se le llama “libertador de Portugal” (“deliverer of Portugal”) y “héroe que en las llanuras de Salamanca derrotó al pérfido enemigo francés”.¹²⁷ De la mano derecha de Wellington entre la oficialidad española, el general Álava, no se podía esperar menos. En una de sus cartas recoge lo que ve: “El Duque de Ciudad Rodrigo entró ayer (1812-07-30) en Valladolid, donde fue recibido como un verdadero libertador”.¹²⁸ En ello insiste poco más tarde la *Gaceta extraordinaria de la Regencia*: “El duque de Ciudad Rodrigo entró ayer en Valladolid, donde fue recibido como libertador”.¹²⁹ En la misma línea redonda la afirmación de un miembro del clero secular burgalés, el cura de la parroquia de san Gil don Benito Rodríguez, que reconoce abiertamente que las victorias de Lord Wellington han permitido acabar con la guerra, y por tanto era necesario “darle la enhorabuena y las gracias por las victorias contra los franceses por él conseguidas, las que acaso fueron la principal causa de concluirse tan felizmente esta guerra”.¹³⁰

Las fuentes británicas coinciden en reconocer este tratamiento. El biógrafo de Wellington, F. L. Clarke, llega a la conclusión de que para los madrileños su entrada en Madrid fue considerada como, “the Aurora of Liberty”, y se asombra de las muestras de

¹²⁷ Francis L. Clarke, *The life...* ob. cit., p. 513.

¹²⁸ AHN. Diversos-Colecciones, 100, nº 14. Carta del general Miguel de Álava en la que se da noticia de la entrada de Wellington en Valladolid. Mojados, 1812-07-31.

¹²⁹ Citado en Jorge Sánchez Fernández, *Valladolid durante la guerra...* ob. cit., nota 937.

¹³⁰ ADBu. Libro de acuerdos... f. 369. Burgos.

gratitud ante sus libertadores, (“deliverers”).¹³¹ Y el capitán Kincaid insiste en este sentido al afirmar que en Madrid fueron recibidos como libertadores (“liberators”).¹³²

Visto todo esto, queda plantearse cómo reaccionó Wellington ante estos recibimientos. Ya se ha podido comprobar que se vio afectado por la misma sorpresa y dificultad que algunos de sus soldados para describirlos. Pero, ¿cómo actuó ante las muestras populares de cariño?, ¿cuál fue su respuesta ante tantas pruebas de afecto?

En su correspondencia dejó constancia del agrado que este tipo de actos le provocaban. Tras su entrada en Valladolid escribía al conde de Bathurst (4 de agosto de 1812): “tuve la satisfacción de ser recibido por el pueblo de aquella ciudad, con el mismo entusiasmo y alegría que lo había sido en todas las otras partes del país”.¹³³

Wellington responde a todas esas acciones con la demostración de su agradecimiento, de lo complacido que se halla ante las numerosas demostraciones de estima de la gente agolpada a su paso: “His Lordship appeared highly pleased with the attention shown him, bowing to the people”.¹³⁴ Contesta al halago tributado con gestos descritos en las relaciones de sus entradas. Lo hace descubierto, sin sombrero, “His Lordship carried his hat in his hand the whole of the time, and bowed to the people”, “repeatedly taking off his hat, seemed to thank them for that enthusiastic display of their patriotism”.¹³⁵ Saluda a la gente inclinando la cabeza o doblando el torso hacia delante desde el caballo, haciendo reverencias.¹³⁶ No rehúsa el contacto físico, permite los besos y los abrazos, “women of the first quality, old and young, hugged and kissed him, and even every person whom they took for him”, se muestra próximo, accesible, “a su vista admitía a quien gustaba visitarle y saludarle”.¹³⁷ No quiere privar a nadie de la satisfacción de

¹³¹ Francis L. Clarke, *The life...ob. cit.*, p. 512 y 513.

¹³² J. Kincaid, *Adventures...ob. cit.*, p. 174.

¹³³ Citado en Jorge Sánchez Fernández, *Valladolid durante la guerra...ob. cit.*, nota 937. Referencia también incluida en la biografía realizada por Francis L. Clarke, *The life...ob. cit.*, p. 495. Edgecomb constata esa repetición de los agasajos allá por donde pasaba el duque: “Lord Wellington was received here (en Olmedo) with the same attentions as at Arevalo” o “Lord Wellington made his “entree” (en Segovia) much in the same way as at Arevalo”, John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 146. Olmedo, p. 147. Segovia.

¹³⁴ John Daniel Edgecomb, *Journal...ob. cit.*, p. 99. Elvas.

¹³⁵ *Ibíd.*, p. 331. Toulouse, Francis L. Clarke, *The life...ob. cit.*, p. 560. Madrid.

¹³⁶ En esta actitud se le puede ver en el cuadro de W. Hilton, destocado e inclinado sobre su montura a modo de reverencia (Fig. 3).

¹³⁷ Francis L. Clarke, *The life...ob. cit.*, p. 512. Madrid, ADBu. Libro de acuerdos... f. 369. Burgos.

admirarlo, ni frustrar la expectación creada con su presencia, permitiendo, por ejemplo, que su carruaje marchase al paso “para ir con el mayor espacio y de este modo tubiese el gusto el Pueblo todo de verle y victorearle a placer”.¹³⁸ Muestra deferencia hacia la población que visita y a sus compañeros de armas de otras naciones, como hizo en su entrada en Lisboa al sustituir su uniforme por uno portugués, “His Excellency, dressed in the Portuguese uniform”.¹³⁹ Da pruebas de discreción o de humildad, real o fingida, resistiéndose a los tratamientos que considera excesivos, “marchó en su coche, no aceptando el ponerse en el magnífico y suntuoso carro triunfal con el que se le salió a recibir”, responde cortésmente al ofrecimiento que se le hace, “apreciando las ofertas”, pero lo rechaza por “ser aparato para un soberano”, según el autor de la relación de su estancia en Burgos.¹⁴⁰

A pesar de toda esta pompa, no se duerme en los laureles del triunfo, ni desatiende sus compromisos, máxime teniendo en cuenta que todavía no se había conseguido la derrota definitiva de Napoleón: “From this scene, so calculated to distract the attention of ordinary men, Lord Wellington retired to make immediate arrangements for reducing the forts”.¹⁴¹ No deja de cumplir con sus obligaciones: “La Municipalidad (de Valladolid) pasó a visitarle, y por hallarse de despacho no dio entrada a nadie hasta el día siguiente”.¹⁴²

Palabras amables, gestos gentiles, saludos llenos de cordialidad, accesibilidad, cercanía, rechazo de agasajos que considera desmesurados fueron la respuesta de aquel que fue estimado como héroe y como tal recibido con todas aquellas manifestaciones de alegría pública. Se le hace responsable del triunfo y de la consecución de la paz. En él se personaliza la victoria, indudablemente resultado de un sacrificio colectivo. Su presencia en estas localidades llevaba aparejados reconocimiento, gratitud y regocijo. Hoy se mantiene el debate acerca de si Wellington fue querido por los españoles, a juzgar por todos los ejemplos recogidos en este trabajo parece que no ofrece duda.¹⁴³

¹³⁸ ADBu. Libro de acuerdos... f. 369. Burgos.

¹³⁹ George Elliot, *The life...* ob. cit., p. 468. Lisboa.

¹⁴⁰ ADBu. Libro de acuerdos... f. 369. Burgos.

¹⁴¹ Sir Andrew Leith Hay, *A narrative...* ob. cit., p. 227. Salamanca.

¹⁴² En Jorge Sánchez Fernández, *Valladolid durante la guerra...* ob. cit., nota 958.

¹⁴³ En este mismo libro se aborda este tema, Charles Esdaile, en el capítulo “Wellington a las puertas: la Guerra Peninsular en el balance 1811-1812”, establece la diferencia en el trato a la figura de Wellington entre los españoles coetáneos y los de la actualidad, los historiadores en

Aunque, lo que no admite discusión es que todas estas ocasiones se convirtieron en el momento óptimo para que la población española liberase la tensión acumulada durante años de ocupación y represión. En ellas el sufrimiento se tornó en el júbilo y la alegría desbordada descritos por algunos soldados británicos en sus diarios y memorias.



Fig. 1. “España e Inglaterra aliadas contra Francia y su caudillo Napoleón Bonaparte”, obra de Vicente López

particular, al escatimar reconocimientos a su labor en la guerra. Un reconocimiento que no le fue negado en su día al concederle la Grandeza de España y el título de Duque de Ciudad Rodrigo, ni al comprobar cómo fue el tratamiento tributado al héroe en la prensa patriótica de aquellos días (1812), a través de la aparición de gran número de composiciones exaltadoras de su persona y de su labor al frente de la guerra contra Napoleón.

CS 3/7

AL PASO DEL LORD WELLINGTON POR LA CIUDAD DE BURGOS.

CANCION.

Viva Viva el Isleño esforzado,
Que ha sabido vencer al Frances;
Tu serás de este Pueblo obsequiado,
Y de España premiado despues.

Voz. I.^a
Largo tiempo has estado en Campaña,
Tu constancia se prueba muy bien
En las Lides que con tanta maña
Tu talento supo disponer.
Y aunque sangre á la triple alianza
Ha costado en el Campo verter,
Se ha adquirido la noble jactancia
De que sabe morir ó vencer.

Viva viva &c.

II.^a

Quando en Burgos estaba el tirano
Oprimiendo con grande placer
Al Ministro, al Noble, al Artesano
Con tus huestes te dexaste ver.
Y de tantos trabajos respira
Con tu vista todo Burgales,
Porque en Lord Wellington el ya mira
Un Gonzalez, un Cid, y un Cortés.

Viva viva &c.

III.^a

Con denuedo batias el Fuerte,
Que el impío, y francés muy cruel
Defendia arrostrando la muerte,
Pero tu subiste á San Miguel.
¡Qué valor! Que arrogancia no vimos
Los que vimos tanta intrepidez
De trepar con tan pocos arrimos
por el Cerro al valiente Escocés.

Viva viva &c.

El Carro triunfal en que saberon á recibir á S. E. la música y cantores, llevaba dos Ninfas que representaban la una á España, y la otra á la Inglaterra, presentando guirnaldas de laurel y de olivo por las victorias que consiguió, y por la paz dada á la Europa. Cada Ninfa llevaba en su escudo de armas respectivo el lema que se dirá: y en el frontis del carro se leía la octava siguiente

Lema de la Ninfa que representaba á la España.

Mi Rey adorado
De tí satishecho
Te quiere á su lado

De amoroso entusiasmo poseído
El Pueblo Burgales, leal constante,
Al ver que se le acerca el decidido
Defensor de su causa, aquel Atlante
Que las riendas tomó del real partido
Y del contrario vuelve triunfante:
» Viva Wellington, grita, el victorioso
» Que á Fernando nos trajo, y el reposo.

Lema de la Ninfa que representaba á Inglaterra

Ven invicto Marte
Que la amada Patria
Desea abrazarte.

IV.^a
Á porfia todas tres Naciones,
Español, Inglés, y Portugués,
Executan de valor acciones,
Y en el Fuerte encierran al Francés.
Ponen luego varias baterías
Hacen minas, le baten despues
Y tan pronto el estruendo se oía
Quando ruedan peñas al través.

Viva viva &c.

V.^a

Tus fatigas de noche, y de dia
No es muy fácil el encarecer,
Á pesar que no las permitia
Un continuo, é incensante llover.
Y aunque Azares de la infame guerra
Te obligaron el sitio á dexar
Nuestro Burgos á la Inglaterr.
Agradecida siempre vivirá.

Viva viva &c.

VI.^a

Tu ya viste caudillo afamado,
Que este Pueblo luego se prestó
A tu justo, y preciso mandado,
De los sacos y escalas que dió
Las mugeres, con mucho cuidado,
Todo lo cosieron, y nadie quedó
Que no diera al herido soldado
Hilas, vendas, camas y racion,

Viva viva &c.





Fig. 3. “The triumphal entry of the Duke of Wellington into Madrid”. Grabado de John Bromley (1825) a partir de la obra de William Hilton (1816, Stratfield Saye House. Londres)

*LA FIESTA DE LOS TOROS EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA*

Dionisio Fernández de Gatta Sánchez
Universidad de Salamanca.

La guerra de la independencia y sus desastres...no hacen olvidar las fiestas.

La Guerra de la Independencia (1808-1814)¹ provocó muerte y destrucción por toda España, y empeoró los problemas económicos, sociales y políticos existentes. Además, una de sus características fue la falta de piedad de todos los contendientes, con episodios de verdadero ensañamiento, como los ocurridos en Madrid en Mayo de 1808, reflejados por Goya, la crueldad de las batallas y los sistemáticos saqueos de ciudades y pueblos en las campañas de los ejércitos de Napoleón, y no sólo de ellos, las acciones de los guerrilleros² o el maltrato a los prisioneros, entre otros.³

Tales situaciones naturalmente se dieron en el Valle del Duero, y en particular en Salamanca y Ciudad Rodrigo, al producirse muchos estragos en estos territorios y ciudades debido a su importancia en el desarrollo de la guerra, a los duros asedios y encarnizadas batallas y a las actividades del ejército francés y de las tropas anglo-hispano-portuguesas,⁴ a las incisivas acciones de las partidas de guerrilleros⁵ y a la correspondiente ruina física, económica y social.⁶

¹ En general sobre la Guerra de la Independencia, ver Miguel Artola, *La burguesía revolucionaria (1808-1874)*, Tomo V, *Historia de España Alfaguara*, Madrid, Alianza Ed., 1978, y *La Guerra de la Independencia*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 2007; José Gregorio Cayuela Fernández y José Ángel Gallego Palomares, *La Guerra de la Independencia. Historia bélica y pueblo y nación en España (1808-1814)*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 2008; Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, 5 Tomos, Madrid, 1838 en adelante; José Manuel Cuenca Toribio, *La Guerra de la Independencia: Un conflicto decisivo (1808-1814)*, 2ª ed., Madrid, Ed. Encuentro, 2008; Emilio de Diego, *España, el infierno de Napoleón*, Madrid, Ed. La Esfera de los Libros, 2008; Evaristo Escalera y Manuel González Llana, *La España del siglo XIX*, Madrid, Imprenta de J. J. Martínez, 1864; Ricardo García Cárcel, *La Guerra de la Independencia*, 12 Tomos, Madrid, La Aventura de la Historia-Ed. Arlanza, 2008, y José Muñoz Maldonado, *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte desde 1808 á 1814 (publicada de orden del Rei N. S.)*, Tomos I y III, Madrid, Imprenta de J. Palacios, 1833.

² Fernando Martínez Lainez, *Como lobos hambrientos. Los guerrilleros en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Madrid, Algaba Ed., 2007.

³ José Gregorio Cayuela Fernández y José Ángel Gallego Palomares, *La Guerra de la Independencia. Historia bélica y pueblo y nación en España (1808-1814)*, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 2008, pp. 513-552.

⁴ Sobre el discurrir de la guerra en estas zonas, vid Miguel Alonso Baquer, "El asedio de Ciudad Rodrigo en 1810", en *Militaria-Revista de Cultura Militar*, nº 7/1995, pp. 97-100; Florencio Amador y Carrandi, *La Universidad de Salamanca en la Guerra de la Independencia*, ed. facsímil del original de 1916, Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca, 1986; Fernando Araujo, *La reina del Tormes. Guía histórico-descriptiva de la ciudad de Salamanca*, 1884. Edición facsímil de Caja de Ahorros de Salamanca, Salamanca, 1984; Conde de Toreno,

Pero, a pesar de la destrucción sistemática de la Nación, de sus bienes y de sus habitantes, como acertadamente señala Cuenca Toribio,⁷ la vida cotidiana continuó en esta España desgarrada por la guerra, pues la vida se sobrepone siempre a la muerte, no quebrándose esta regla eterna de la existencia humana. En efecto, junto a los terribles acontecimientos bélicos, la población y especialmente sus dirigentes políticos tratan de mantener la normalidad diaria, lo que no siempre era posible por las alteraciones derivadas de los acontecimientos bélicos, los saqueos, el hambre y otros hechos. Y en esa normalidad, más aparente que real, no faltarán las fiestas religiosas y civiles, como el teatro, los bailes populares, los fuegos artificiales u otras, y como elemento esencial las corridas de toros y novillos, que continuarán celebrándose por toda España, ya que el toreo corría por las venas del pueblo español, siendo su quintaesencia.

Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, Tomo III, Imprenta del Diario, Madrid, 1839; Luis Miguel Enciso Recio, (Comisario de la Exposición), *La Nación recobrada. La España de 1808 y Castilla y León* [Catálogo de la Exposición organizada por Caja Duero y la Junta de Castilla y León, Sala Caja Duero, Salamanca, Septiembre-Noviembre de 2008], Ed. Junta de Castilla y León, Valladolid, 2008; Mateo Hernández Vega, *Ciudad Rodrigo. La Catedral y la Ciudad*, 2 Tomos, 2ª ed. facsimil, Ed. del Excmo. Cabildo de la Catedral de Ciudad Rodrigo, Salamanca, 1982 (la primera ed. es de 1935); Donald Horward, *Napoleón y la Península Ibérica. Los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida, 1810*, Ed. Diputación de Salamanca, Salamanca, 2006; José Luis Martín (dir.), Ricardo Robledo (coord.), y otros, Siglo Diecinueve, Tomo IV, *Historia de Salamanca*, Ed. Centro de Estudios Salamantinos, Salamanca, 2001; Rory Muir, *Salamanca 1812. El triunfo de Wellington*, Ed. Ariel, Barcelona, 2003; Ricardo Robledo Hernández, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada. La Guerra de la Independencia*, Ed. Gráficas Cervantes, Salamanca, 2003; Guido Tessainer Tomasich, (dir.), y otros, *Los Arapiles. Encuentro de Europa* [Jornadas de Estudio celebradas en Salamanca entre el 14 y el 17 de Mayo de 2002], Ed. Diputación de Salamanca, Salamanca, 2002; VVAA, “Las Guerras en Salamanca (siglos XVII a XX)”, *Salamanca. Revista de Estudios*, Monográfico, nº 40/1997, y Manuel Villar y Macías, “Desde la Guerra de la Independencia hasta nuestros días”, Libro IX, *Historia de Salamanca*, 1887. Edición facsimil de Ed. Librería Cervantes, Salamanca, 1975.

⁵ Fernando Martínez Lainez, *Como lobos hambrientos. Los guerrilleros en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, cit., y E. Becerra de Becerra, E., *Hazañas de unos lanceros. Diarios de Julián Sánchez “El Charro”*, Salamanca, Ed. Diputación Provincial de Salamanca, 1999.

⁶ Ana Isabel Rodríguez Zurro, “Causas de la ruina de Castilla durante la Guerra de la Independencia”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 23/2001, pp. 271-298, y María Nieves Rupérez Almanajo, La Guerra de la Independencia y su incidencia en el patrimonio arquitectónico y urbanístico salmantino, *Salamanca. Revista de Estudios*, Monográfico sobre “Las Guerras en Salamanca (siglos XVII a XX)”, cit., pp. 255-305.

⁷ José Manuel Cuenca Toribio, *La Guerra de la Independencia: Un conflicto decisivo (1808-1814)*, cit., p. 317.

La fiesta de los toros en España hasta la guerra de la independencia: historia de una prohibición imposible de hacer cumplir.

Nacidas en tiempos inmemoriales, particularmente de las operaciones para la caza de los toros bravos, aunque sin olvidar su simbolismo religioso y ritual,⁸ las fiestas taurinas discurren⁹ hasta los siglos XVII y XVIII, consolidándose tanto las actuales corridas de toros, de carácter caballeresco y noble (aunque de forma muy documentada Santonja desvela la existencia arraigada por toda España de toreros a pie en el siglo XVII),¹⁰ como los festejos taurinos populares, vinculados al pueblo llano; ambos con una característica común y general: su reiterada prohibición (...nunca exigida con efectividad, ni cumplida).¹¹

Dejando de tener sentido la finalidad original de la caza de toros, las acciones de correr los toros evolucionan hacia su conversión en la “fiesta de los toros”. Así, ya en el siglo XIII, *Las Partidas* del rey Alfonso X, redactadas entre 1265 y 1325, asumiendo que las acciones de correr los toros eran habituales en la España de la época, hacen referencia a varias formas de “lidar” toros, conteniendo ya las primeras prohibiciones taurinas. Más adelante,¹² al estimarse necesario adecuar las costumbres existentes a la doctrina de la Iglesia, se produce una verdadera ofensiva contra de las fiestas de toros en España;

⁸ Francisco José Flores Arroyuelo, “Correr los toros en España. Del monte a la plaza”, Ed. Biblioteca Nueva-Ayuntamiento de Murcia, Col. “La piel de toro”, Madrid, 1999, y Ángel Álvarez de Miranda, *Ritos y juegos del toro*, Prólogo de Julio Caro Baroja, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1998 (ed. original de 1962).

⁹ Sobre la historia taurina, ver José María Cossío, *Los Toros*, 20 tomos, Barcelona, Ed. Espasa Calpe, 2007 (especialmente, Vol. 4, *El Toreo*, Vol. 5, *La Historia*, y Vol. 6, *Reglamento y Plazas de Toros*); Tomás Ramón Fernández Rodríguez, *Reglamentación de las corridas de toros. Estudio histórico y crítico*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, Col. La Tauromaquia, nº 10, 1987; Dionisio Fernández de Gatta Sánchez, *El Régimen Jurídico de los Festejos Taurinos Populares y Tradicionales*, Salamanca, Ed. Globalia Ediciones Anthema, 2009, y Pedro Plasencia Fernández, *La fiesta de los toros. Historia, régimen jurídico y textos legales*, Madrid, Ed. Trotta, 2000.

¹⁰ Gonzalo Santonja, *Luces sobre una época oscura (El toreo a pie en el siglo XVII)*, Ed. Everest, León, 2010.

¹¹ Por todos, Beatriz Badorrey Martín, Principales prohibiciones canónicas y civiles de las corridas de toros, *Provincia*, nº 22/2009, pp. 107-146, y Dionisio Fernández de Gatta Sánchez, cit.

¹² Conde de las Navas, *El espectáculo más nacional*, Madrid, Establecimiento Tipo-litográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1899, y Marqués de san Juan de Piedras Albas, *Fiestas de toros. Bosquejo histórico*, Madrid, Oficina Tipográfica de A. Marzo, 1927.

destacando el Papa Pío V, que en 1567 prohíbe que se corrieran toros, aunque se revocó en 1575 y en 1596.

En el siglo XVII se celebran los festejos taurinos generalmente en las fiestas de ciudades y pueblos, pero también en conmemoración de algún acontecimiento o para agasajar a personalidades (que, como veremos, serán muy utilizadas en la época de la Guerra de la Independencia); constituyendo una época de transición hacia el toreo a pie, que ya existe en esta época. Por contra, surge con fuerza el debate sobre su prohibición, que el rey Carlos II adoptará a finales del siglo.

El siglo XVIII se inicia con la prohibición en 1704 de la celebración de corridas de toros en Madrid y sus alrededores (que se mantendrá hasta 1725), y a la que seguirán otras en 1785, 1786, 1787, 1789 y 1790 (Gaceta de Madrid del 12 de Octubre), en que se prohíben correr novillos y toros de cuerda por las calles, tanto de día como de noche.

Situación que no cambiará en el siglo XIX (aunque en sus primeros años se celebrarán corridas de toros con normalidad, particularmente en Madrid y Sevilla),¹³ ya que Carlos IV dictará la Real Cédula de 10 de Febrero de 1805 (Gaceta de Madrid de 5 de Marzo de 1805), reproducida en la *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, publicada ese mismo año, por la cual se prohíben “absolutamente en todo el Reino, sin excepción de la Corte, las fiestas de Toros y Novillos de muerte, mandando no se admita recurso ni representación sobre este particular”, en lo parecía ser la prohibición definitiva, previa al inicio de la Guerra de la Independencia, aunque no sería así.

Las fiestas de toros en la época de la guerra de la independencia.

I) El debate sobre la celebración de festejos taurinos durante la Guerra de la Independencia.

¹³ Leopoldo Vázquez y Rodríguez, *Un siglo taurino (1786 á 1886)*, Madrid, Librería de Escribano y Echevarria, 1886; Luis Carmena y Millán, *Toros en 1803. Una curiosidad bibliográfica referente á las Corridas Reales verificadas en Madrid en dicho año*, Madrid, Oficina de J. M. Ducazcal, 1883 (Publicado en el Almanaque Taurino de La Lidia para 1884), y Marqués de Tablantes, *Anales de la Plaza de Toros de Sevilla (1730-1835)*, Sevilla, Oficina Tipográfica de la “Guía Oficial”, 1917 (existe una edición facsímil del original depositado en la Biblioteca del Archivo de la Diputación de Sevilla, de Ed. Extramuros, Mairena de Aljarafe, Sevilla, 2008).

La desastrosa situación provocada por la propia guerra parecía poco propicia para las celebraciones y las fiestas de toros, asumiendo algunos autores que no pudo haber corridas de toros en esa época. Así, dejando alguna duda, Sicilia de Arenzana¹⁴ no señala que no tuvieran lugar, sino que, ante las desgracias de la época, no se les prestaba atención preferente, y que después de la victoria estas fiestas, “expresión genuina del ibero nacionalismo”, volvieron a recuperar su predominio. De forma más enfática, de Castro,¹⁵ comentando en 1899 una descripción taurina de Lord Byron, señala que “cuando el poeta inglés estuvo en Cádiz (guerra de la independencia, 1810) no pudo ver corridas de toros, porque no se dio una sola”, pues “se habían abolido por el rey Carlos IV”. Rotunda afirmación que fue refutada por la realidad de la celebración de corridas de toros, y criticada con cierta inquina por otros autores de la época, como Carmena y Millán,¹⁶ Millán,¹⁷ el Conde de las Navas¹⁸ y Ciria y Nasarre.¹⁹ Más cercano en el tiempo, Cossío, citando el episodio anterior, mantiene que:

Seguro que [Byron] no vio una corrida de toros, tanto porque las circunstancias de la ciudad y del país no eran propicias para tales festejos como por la prohibición aludida” [de 1805],²⁰ aunque asume que algunas se celebraron, pues da cuenta de la consulta evacuada para la organización de las corridas de toros celebradas en Madrid en 1810, reproduciendo la contestación correspondiente.²¹ Sin embargo, actualmente no existe duda alguna de que en los años de la Guerra de la Independencia se celebraron

¹⁴ Francisco Sicilia de Arenzana, *Las corridas de toros. Su origen, sus progresos y sus vicisitudes*, Madrid, Imprenta y Litografía de N. González, 1873, pp. 137-139.

¹⁵ Adolfo de Castro, *Combates de toros en España y Francia*, Imprenta de A. Pérez Dubrull, Madrid, 1889, pp. 58 y 59 (existe una edición facsímil realizada sobre la depositada en la Biblioteca M. Ruiz Luque por Ed. Extramuros, Mairena de Aljarafe, Sevilla, 2007).

¹⁶ Carmena y Millán, *Toros y gazapos*, Diario *El Liberal*, Madrid, 30 de Agosto de 1889.

¹⁷ Pascual Millán, *Los toros en Madrid. Estudio histórico*, Madrid, Imprenta y Litografía de J. Palacios, 1890, pp. 164-165, critica esa inexactitud por ser de “una ligereza propia de *individuo correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia*”, señalando que el espectáculo “continuó sin interrupción, salvo los casos en que las dificultades del momento lo impedían”.

¹⁸ Conde de las Navas, *El espectáculo más nacional*, Establecimiento Tipo-litográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1899, p. 52, señala que “el hermano del *Capitán del Siglo* dio varias corridas, *hasta de entrada gratis*, para congraciarse con el pueblo y para conmemorar el natalicio de Napoleón el Grande”.

¹⁹ Higinio Ciria y Nasarre, *Los toros de Bonaparte*, Madrid, Imprenta Ducazcal, 1903, pp. 58-60. Excelente y rara obra escrita por quien fue Caballero de la Real Orden de Carlos III y Archivero de Madrid, siendo un texto muy documentado sobre las corridas de toros celebradas en Madrid en la época de José Bonaparte.

²⁰ José María Cossío, *Los Toros*, cit., Vol. 5, *La Historia*, p. 165.

²¹ José María Cossío, *Los Toros*, cit., Vol. 6, *Reglamento y Plaza de Toros*, pp. 19-23.

fiestas de toros, tal como lo documentan Perogrullo y Fierabrás,²² Gómez Quintana,²³ Millán y la exhaustiva obra de Ciria y Nasarre, citadas, y el Marqués de Tablantes²⁴, en relación con Sevilla. Más modernamente, así lo señalan Fernández Rodríguez²⁵ y especialmente Asín Cormán, en su obra sobre los “toros josefinos.”²⁶

II) Toros en Madrid durante los reinados de José I y de Fernando VII, y por las victorias aliadas.

Las fiestas de toros más importantes durante la época se celebraron principalmente en Madrid, en la plaza de la Puerta de Alcalá (edificada por Fernando VI, inaugurada en 1749, ó 1754 según algunos, y derribada en 1874),²⁷ aunque también las hubo en otras ciudades.

Bien conocidos son los hechos, engañosos, mediante los cuales el ejército de Napoleón, que ya había cruzado España en 1807, llegó a Madrid, el 23 marzo de 1808 como tropas amigas con el pretexto de prepararse para hacer frente a Inglaterra; aunque, como es bien sabido, las tropas se quedarían. Al entrar como amigos, previendo la llegada de Napoleón a Madrid (aunque finalmente no vendrá), y producida ya la abdicación de Carlos IV el día 19 a favor de Fernando VII, la Real Orden de 24 de Marzo de 1808 ordena “que sea recibido y tratado con todas las demostraciones de alegría que corresponde á la alta dignidad é íntima amistad y alianza con el Rey”; por lo que el Pleno del Ayuntamiento de la misma fecha acordó disponer tales celebraciones de bienvenida, adoptándose el día 25 el acuerdo de que “hubiese fiestas de toros en la

²² Perogrullo y Fierabrás (Un Aficionado), *Fastos tauromáquicos (Historia verdadera de todas las corridas de toros ejecutadas en la plaza de Madrid durante el presente siglo...)*, Imprenta del Siglo á cargo de Ivo Biosca, Madrid, 1845-1846, que analiza seis corridas de toros celebradas en 1808.

²³ Isidro Gómez Quintana, *Apuntes históricos acerca de la fiesta de los toros en España*, Tomo I, Editor R. Molina, Córdoba, Imprenta La Verdad, 1897, pp. 180-186, se refiere al decaimiento de las fiestas de toros en esta época, que se celebraban “solo en raras excepciones”.

²⁴ Marqués de Tablantes, *Anales de la Plaza de Toros de Sevilla (1730-1835)*, Sevilla, Oficina Tipográfica de la “Guía Oficial”, 1917.

²⁵ Fernández Rodríguez, *Reglamentación de las corridas de toros. Estudio histórico y crítico*, cit., p.41.

²⁶ Enrique Asín Corman, *Los toros josefinos: Corridas de toros en la Guerra de la Independencia bajo el reinado de José I Bonaparte (1808-1814)*, Zaragoza, Ed. Institución Fernando el Católico, 2008. Importante obra que, además de estar muy documentada, describe las fiestas de toros celebradas en paralelo a la evolución de la guerra y de las vicisitudes políticas de la época.

²⁷ Enrique Asín Corman, *Los toros josefinos...*, cit., pp. 69-71.

Puerta de Alcalá”, y nombrándose al día siguiente al Marqués de Perales y a D. Juan Castanedo como comisarios de toros, que compraron noventa toros para las conmemoraciones en honor del Emperador, que quedaron en los prados de La Muñoza, del convento de la Encarnación. Sin embargo, Napoleón no vino (ni intención de hacerlo tenía entonces; aunque dirigirá las operaciones en España desde el 8 de Noviembre, llegando a Madrid el 2 de Diciembre, de donde saldrá a toda prisa debido a la situación de Austria), se producen los sucesos del 2 de Mayo en Madrid, en Bayona se designa a José Bonaparte como Rey de España y se adopta la Constitución, y comienza la guerra. No obstante, se inicia la preparación de celebraciones y agasajos al nuevo Monarca.²⁸

No disgustándole las fiestas taurinas, y queriendo utilizar políticamente todos los instrumentos posibles para agradar a los españoles, la Real Orden de 22 de Julio de 1808, remitida al Corregidor de Madrid por el Ministro Sr. Azanza, comunica que la proclamación del nuevo Rey será el día 25, y que se solemnice con regocijos públicos, para lo que prevén dos corridas de toros, a celebrar los días 27 y 30; encargándose al Corregidor todo lo relativo a su preparación, “como lo estaba anteriormente”.²⁹ Debiendo tenerse en cuenta que el día 19 de Julio se había producido la victoria del ejército del General Castaños en Bailén.

A pesar de esta importante victoria, la Administración municipal afrancesada vuelve a iniciar los preparativos de las corridas de toros, incluso imprimiéndose boletas y anunciándose la celebración de las corridas del 27 y 30 de Julio en la Gaceta de Madrid del día 16,³⁰ de catorce toros de diversas ganaderías en funciones de mañana y tarde, mencionando en primer lugar a los picadores Juan de Seli, Juan Gabira y Bartolomé Muñoz y con los toreros Juan Núñez *Sentimientos* y Alfonso Alarcón,³¹ si bien la

²⁸ Higinio Ciria y Nasarre, *Los toros de Bonaparte*, cit., pp. 111-136, y Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 89-93.

²⁹ Higinio Ciria y Nasarre, *Ibíd.*, reproduce la citada en p. 137, y Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, p. 93, se refiere a la misma, confirmando que efectivamente fue el rey José I quien levantó la prohibición taurina de 1805.

³⁰ Fecha que señala Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, p. 95, si bien la Base de Datos “Colección histórica-Gazeta” del Boletín Oficial del Estado nos remite tal anuncio a la Gaceta nº 99 del 27 de Julio; aunque por la redacción parece más creíble la referencia de ASÍN.

³¹ Sobre estas corridas de toros, y más en concreto la del 27 de Julio, Higinio Ciria y Nasarre, *Ibíd.*, p. 163, señala que, debido a la situación creada por la victoria de Bailén, la misma “estuvo dispuesta, pero es lo probable que los toros fueron el 28 á la Muñoza”, y que la corrida “se aguyó”. En contra, afirmando que sí se celebró, Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 95-96 y 240-

correspondiente al día 30 parece que no se celebró pues José Bonaparte salió a toda prisa de Madrid para instalar la Corte en Vitoria, por la situación posterior a la derrota militar.³²

Seguidamente, se dispone la solemne proclamación de Fernando VII como Rey de España, para el día 24 de Agosto, volviendo nuevamente a prepararse celebraciones y regocijos, entre los que no podían faltar las corridas de toros, fijándose los días 26 y 29 para las mismas (Gaceta de Madrid del día 25), con ganaderías y picadores distintos a los de las anteriores, pero con los mismos toreros.³³ Es más, el Ayuntamiento de Madrid, mediante acuerdo de 30 de Agosto, no habiendo podido acudir todas las tropas a los festejos anteriores, ante ciertos desórdenes producidos y para resarcirse de ciertos gastos, estima necesario que haya más funciones de toros, en concreto seis; que efectivamente se celebraron, con bastantes desórdenes públicos, los días 19 y 26 de Septiembre y 3, 10, 17 y 24 de Octubre, con funciones de mañana y de tarde, de ganaderías variadas y en las que torearon, entre otros, Juan Núñez *Sentimientos*, Agustín Aroca (que toreó por última vez el 26 de Septiembre, al ser fusilado por los franceses) y los grandes toreros Jerónimo José Cándido y *Curro* Guillén; cerrándose así el ciclo taurino del año.³⁴

Durante el año 1809, debido a la marcha de la guerra, no se celebraron fiestas taurinas en Madrid, cuya plaza se puso en arriendo el 16 de Diciembre.³⁵

No obstante, las corridas de toros se reanudan en Madrid en 1810, con el regreso de José I desde Sevilla, para lo que el Consistorio inició los preparativos con el anuncio del arrendamiento de la plaza de toros de 4 de Abril (publicado el día 5) y con el Acuerdo

241, siguiendo la obra de Jean-Marie Leon Dufour, *Souvenirs d'un savant français. A travers un siècle 1780-1865* (Rosthchild, París, 1888) y la publicación del capítulo taurino en la Gaceta de la Unión de Bibliófilos Taurinos de Francia, nº 19/1986.

³² Enrique Asín Corman, *Ibid.*, p. 99.

³³ Enrique Asín Corman, *Ibid.*, pp. 107-113.

³⁴ Perogrullo y Fierabrás (Un Aficionado), *Fastos tauromáquicos...*, cit., describe y comenta con mucho detalle las seis corridas de toros; también Enrique Asín Corman, *Ibid.*, las analiza en pp. 115-119, y Higinio Ciria y Nasarre, *Ibid.*, pp. 174-178, que hace referencia a los arreglos de la plaza de toros y a los desórdenes producidos. Leopoldo Vázquez y Rodríguez, *Un siglo taurino (1786 á 1886)*, cit., p. 30, únicamente hace referencia a tres corridas de toros celebradas los días 19 de Septiembre y 10 de Octubre. Por su parte, Pascual Millán, *Ibid.*, p. 164, menciona las seis corridas celebradas en Septiembre y Octubre, pero no las de Julio y Agosto.

³⁵ Enrique Asín Corman, *Ibid.*, pp. 119 y 142, y Higinio Ciria y Nasarre, *Ibid.*, pp. 181-182 y 201.

del Ayuntamiento de 28 de Abril sobre las instrucciones de los Comisarios para las fiestas de toros, relativas a “lo que hay que hacer previamente para dar la primera corrida cuando el Rey lo ordene”, previendo la reparación de la plaza, el nombramiento de la Comisión organizadora (formada por los Srs. N. García Caballero, L. de Iruegas y D. Barreda), la búsqueda de toros, pastos, mayoral (nombrándose al Sr. A. Hinojosa) y vaqueros, caballos y toreros (que se buscaron en Sevilla, Córdoba y Jerez), hasta dependencias de la plaza y la venta de la carne de los toros, así como, en la segunda parte del acuerdo, un interesante “plan general y total de detalles precisos para preparar una corrida en cualquier ocasión que pueda ofrecerse” o “instrucciones generales para casos del porvenir”,³⁶ que constituyen un antecedente parcial de los futuros reglamentos taurinos, en las que se pormenoriza la preparación de la corrida, en relación con el cartel anunciador, los vendedores en la plaza y la recaudación de localidades, la inspección de la plaza, el administrador, los cobradores y la tropa, la cirugía y la santa unción, enfermería y la entrega de los talegos.

Además, y abundando en la prevención, con fecha 7 de Junio, el Ministro del Interior (el Sr. Marqués de Almenara) solicita al Corregidor de Madrid “el plan ó reglamento que ha regido hasta aquí en las fiestas de toros”; elaborándose en repuesta al anterior un documento sobre “la práctica constantemente observada hasta aquí, en la celebración de las funciones de toros en Madrid”,³⁷ que constituye asimismo un interesante antecedente parcial, y concreto, de la futura reglamentación taurina, al incluir prescripciones sobre la organización del festejo (orden del Ministerio de Hacienda, cuando la Corte estaba en Madrid, y por el Gobernador del Consejo en otros sitios; reconocimiento arquitectónico de la plaza, con certificación; solicitud de tropa suficiente para auxiliar al Corregidor; prevenciones al Alguacil mayor para despejar la plaza; minuta del cartel de la corrida; dar parte al Ministerio o al Gobernador de lo acontecido en el festejo, y fijando la presidencia y mando de la plaza en el Corregidor, cuestión esta que ratificó el Rey con fecha de 24 de Junio) y ciertas “advertencias precisas respecto de los toreros” (picadores, escrituración de los mismos, antigüedad, salarios, sobresalientes, espadas,

³⁶ Higinio Ciria y Nasarre, *Ibid.*, pp. 234-252, transcribe completo el Acuerdo, incluyendo las interesantes Instrucciones; Enrique Asín Corman, *Ibid.*, pp. 159 y 248, se refiere al mismo y a las anteriores, sin transcribirlas.

³⁷ Higinio Ciria y Nasarre, *Ibid.*, pp. 255-264, lo reproduce completo; Enrique Asín Corman, *Ibid.*, pp. 159-162, lo resalta, y también José María Cossío, *Los Toros*, cit., Vol. 6, *Reglamento y Plaza de Toros*, pp. 19-23.

cuadrillas de banderilleros, ganaderías, localidades y precios, billetes y aviso al público sobre su venta).

De acuerdo con las instrucciones y prescripciones anteriores, se celebró la primera corrida de toros el 24 de Junio (la Gaceta de Madrid de 26 de Junio la fija el día anterior), a la que asistió José I, a la que siguieron, en este largo ciclo taurino de 1810, otras once celebradas, ya casi todas en domingo, los días 1 (sobre la que ya hubo precisiones relativas a la longitud de las picas) y 15 de Julio, 9, 16, 23 y 30 de Septiembre, 7 (Gaceta de Madrid del 9), 21 (Gaceta de Madrid del 22) y 28 de Octubre (Gaceta de Madrid del 29) y finalmente 16 y 23 de Diciembre, con toros y novillos (las dos últimas), de varias ganaderías (destacando la de D. Vicente Bello, de Palacios Rubios en Salamanca),³⁸ casi todas toreadas por Jerónimo José Cándido, Juan Núñez *Sentimientos*, Curro Guillén o Lorenzo Badén;³⁹ con cierto éxito económico. Mientras se desarrollaban los festejos, el 24 de Septiembre se proclaman las Cortes Generales extraordinarias, reuniéndose en la Isla de León, en Cádiz. Asimismo, debe tenerse en cuenta que, mediante Real Orden de 17 de Octubre, el Rey aprueba que la plaza de toros pertenezca a la Municipalidad y que la misma se encargue de la organización de las corridas de toros (aunque la ganancia debía ir a los hospitales civiles), y que el arrendamiento de la plaza para funciones de novillos había salido a subasta, el 16 de Noviembre, adjudicándose al Sr. A. Roldán, previendo festejos de novillos embolados, que se celebraron entre Diciembre de este año y la Pascua del siguiente.

Durante 1811, la plaza de Madrid continuó el ciclo de novillos, con seis festejos celebrados los días 13 y 20 de Enero, 17 y 24 de Febrero, 17 y 31 de Marzo, y 14 de Abril (las dos últimas por el nacimiento del hijo de Napoleón, tal como señala para la última la Gaceta de Madrid del mismo 14 de Abril), también de ganaderías diversas, para toreros jóvenes y algunos poco conocidos, aunque toreó nuevamente Juan Núñez *Sentimientos*, así como para diversión de los aficionados. Posteriormente se adjudicó la plaza de toros a D. Manuel Gaviria, gran conocedor del mundo taurino (que será nombrado director de la Real Vacada por Fernando VII), celebrándose nuevamente

³⁸ Sobre esta ganadería, y las corridas de esta época, ver el interesante libro de Andrés Bello Hernández, *Los toros en el siglo XVIII. Ganadería de Don Vicente Bello de Palacios Rubios (1737-1805)*, Salamanca, Ed. Diputación de Salamanca, 2006.

³⁹ Enrique Asín Corman, *Ibid.*, pp. 165-179, se refiere a las doce corridas; Higinio Ciria y Nasarre, *Ibid.*, pp. 265-324, describe de forma muy documentada diez corridas de toros, sin mencionar las celebradas en Diciembre.

fiestas de toros, en un ciclo de cinco corridas los días 12 y 26 de Mayo, 2, 24 y 30 de Junio, de muchas ganaderías y toreadas de nuevo por Jerónimo José Cándido, *Curro Guillén* y Alfonso Alarcón *El Pocho* (que ya había participado en las novilladas). Pero no finalizó el ciclo taurino, sino que hubo más corridas de toros los días 16, 21 y 28 de Julio, toreadas por Cándido y Guillén, participando en la última la lidiadora Teresa Alonso; continuando las corridas el 15 de Agosto (en evocación del propio Emperador) y el 1, 15 y 22 de Septiembre, con los mismos toreros. Además, el 13 de Octubre, el 10 y 24 de Noviembre y el 1 y 22 de Diciembre se celebraron novilladas (la última para “paliar el hambre”). Además, se produjo un hecho sobresaliente, cual fue la concesión por el Rey de corridas de toros extraordinarias, para ciertos toreros (lo que causó cierto malestar en los responsables de la plaza), como fueron la celebrada el 6 de Octubre para Jerónimo José Cándido y las de 15 de Noviembre y 25 de Diciembre para Juan Núñez *Sentimientos*; acabando así el año taurino.⁴⁰

El año 1812 comienza con la gran ofensiva de los ejércitos aliados al mando del General Wellington, que, en primera mitad del año, liberan Ciudad Rodrigo, Badajoz y la ciudad de Salamanca, y vencen totalmente a las tropas de Marmont en Los Arapiles, cerca de Salamanca. Además, el 19 de Marzo se promulga la nueva Constitución Política de la Monarquía Española, elaborada en Cádiz. Ante esta situación José Bonaparte sale huyendo, y Wellington entra triunfalmente en Madrid el 12 de Junio. El nuevo Ayuntamiento, como siempre, prepara los agasajos correspondientes, acordando la celebración de dos corridas de toros (en esta ocasión, con ciertos problemas por las cantidades pedidas por los toreros), celebrándose la misma el lunes 31 de Agosto, con toros de varias ganaderías y lidiados por Jerónimo José Cándido y Alfonso Alarcón *El Pocho*. Seguidamente, Wellington salió de Madrid, dejando en la ciudad tropas de defensa, celebrándose aún dos corridas de toros más, que vuelven a celebrarse en lunes, los días 28 de Septiembre y el 5 de Octubre, toreadas por Manuel Alonso *El Castellano*, nuevo en la plaza, y por el conocido Alfonso Alarcón *El Pocho*. Posteriormente, José Bonaparte regresaría a Madrid el 2 de Noviembre, volviendo a salir y a entrar el 3 de

⁴⁰ Las corridas y novilladas de este año se describen y comentan con mucho detalle por Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 181-199, y Higinio Ciria y Nasarre, *Ibíd.*, pp. 324-448. También, Leopoldo Vázquez y Rodríguez, *cit.*, pp.30-31, y Isidro Gómez Quintana, *Ibíd.*, pp. 183-184.

Diciembre, aunque ya sin agasajos;⁴¹ debiendo resaltarse la importante influencia en la Guerra de la Independencia de la decisiva derrota de los ejércitos de Napoleón en la campaña de Rusia, y su regreso a París el 6 de Diciembre.

Estas derrotas de Napoleón influirán decisivamente en la marcha de las operaciones en España, pues se ordena la evacuación de los ejércitos a partir del 17 de Marzo de 1813, saliendo José Bonaparte de Madrid hacia Valladolid y Burgos.⁴² No obstante, unos días antes todavía preside una novillada en la Plaza de la Puerta de Alcalá. Sin embargo, y a pesar de la idea de que en 1813 no hubo festejos taurinos,⁴³ debemos señalar que sí hubo, y un buen número.⁴⁴ Así, no siendo posible rematar el arriendo de la plaza el año anterior, el 8 de Febrero el Ayuntamiento acepta la oferta de los Srs. P. Díaz y G. Caballero para organizar cuatro novilladas, que se celebran los días 21 de Febrero, 7 y 14 de Marzo y 4 de Abril, con unos resultados bastante ajustados, debido a la situación bélica y a las extremas condiciones climatológicas, que obligaría a suspender uno de los festejos .

Posteriormente, se producirá la victoria de los ejércitos aliados en la batalla de Vitoria el 21 de Junio, siendo derrotado totalmente el ejército francés, tomando Pamplona el 31 de octubre y penetrado en territorio francés. En esta situación, las fiestas de toros vuelven a Madrid, organizando el Ayuntamiento Constitucional de la Villa dos corridas de novillos, celebradas los días 27 de Junio y 11 de Julio, con toros regalados por ganaderos afectos a la causa y toreados nuevamente por *El Pocho*, sin cobrar cantidad alguna. Pero las fiestas continuaron el 25 de Julio (con toros regalados por D. Manuel Díaz Redondo “en beneficio de la humanidad doliente” lidiados por *El Castellano* y *El Pocho*, aunque con poco éxito de aficionados), el 10 de Agosto (bajo un calor abrasador, con toros también regalados “por adictos a la buena causa” y lidiados por los mismos toreros), el 26 de Septiembre (con toros variados y los mismos toreros) y finalmente, la última del ciclo, el 10 de Octubre (lidiada de nuevo por *El Castellano* y *El Pocho*). En Noviembre se arrendó la plaza a D. Clemente de Roxas para dar

⁴¹ Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 201-207; Higinio Ciria y Nasarre, *Ibíd.*, pp. 449-460, y Leopoldo Vázquez y Rodríguez, *cit.*, p. 31.

⁴² Higinio Ciria y Nasarre, *Ibíd.*, pp. 461-467, ya sin referencias taurinas.

⁴³ Leopoldo Vázquez y Rodríguez, *cit.*, p. 32, no refleja la celebración de ninguna este año.

⁴⁴ Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 209 y siguientes, que describe con detalle las corridas celebradas, y a quien seguimos.

novilladas, el 21 de Noviembre y el 26 de Diciembre, y otras al año siguiente, con lo que terminó el año taurino.⁴⁵

Dada la desastrosa marcha de la guerra, Napoleón trata de solucionar rápidamente el problema español presionando a Fernando VII, en su residencia de Valencey, para devolverle el trono de España, firmando un tratado de paz el 11 de Diciembre de 1813, que las Cortes ordinarias reunidas en Madrid rechazan el 2 de Febrero de 1814. Unos días después, el 6 de Febrero, abdica Napoleón en Fontainebleau, y se pacta la finalización de hostilidades entre el General Wellington y los franceses Soult y Suchet, los días 18 y 19 de abril de 1814. Llegando el rey Fernando VII a Madrid el 13 de Mayo. Y naturalmente para festejarlo, aunque se había celebrado una novillada el 23 de Enero, con poco éxito, se organizará un ciclo taurino los días 26 de Mayo, 7 y 20 de Junio y 4 de Julio, e incluso, pero ya con carácter ordinario, habrá más corridas el 12 de Septiembre, el 17 de Octubre y el 7 de Noviembre;⁴⁶ finalizando de esta forma las fiestas taurinas de Madrid en la época de la Guerra de la Independencia.⁴⁷

III) Corridas de toros celebradas en otros lugares de España.

Siendo en Madrid donde se celebraron la mayor parte de las corridas de toros durante los años de la guerra, sin embargo hubo toros en otros lugares, como en Burgos, el 22 de Marzo de 1808, en Arévalo (Ávila), el 15 de Agosto de 1811, o en Zaragoza, el 15 de Agosto de 1812;⁴⁸ aunque quizás los festejos taurinos más destacables fueron los celebrados en Andalucía, en parte debido a la campaña que el rey José I, con el ejército del Mariscal Soult, realizó entre el 8 de Enero y el 15 de mayo de 1810, o para homenajear a los aliados u otras razones.

Así, en El Puerto de Santa María, mientras se mantenía cerco a Cádiz, D. Vicente García y Granado, que a pesar de la prohibición de 1805 tenía permiso para celebrar cien corridas de toros y novillos, organizó un festejo en su honor el 18 de Febrero; en Ronda se celebró una corrida el 19 de Febrero y en Medina Sidonia otra el 18 de

⁴⁵ Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 209-217.

⁴⁶ Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 216-217. Por su parte, Leopoldo Vázquez y Rodríguez, *cit.*, pp. 32-33, refleja la celebración de doce corridas de toros entre el 26 de Mayo y el 7 de Noviembre.

⁴⁷ Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 239-240, reproduce dos interesantes listas de toreros y ganaderías que participaron en las fiestas taurinas de la época.

⁴⁸ Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 223-225.

Marzo.⁴⁹ En Sevilla también se prepararon fiestas de novillos en Marzo y Abril y también de toros en Agosto, Septiembre y Octubre, cuando el rey ya no estaba en aquellas tierras, pero a las que asistieron muchos soldados franceses.⁵⁰ También en Málaga parece que el 4 de Mayo se celebró una corrida en honor del rey.⁵¹

También hubo toros en Cádiz, ciudad taurina por excelencia, en honor de Wellington en 1809, pero no propiamente en la ciudad sino que, ante la situación de la plaza de la Hoyanca, fue trasladada a la de El Puerto de Santa María;⁵² además, es curioso señalar que, en pleno asedio francés, el Gobernador autoriza al Ayuntamiento, el 2 de Julio de 1812, la construcción de una plaza de toros, la Plaza Nacional, frente al Castillo de Santa Catalina, para novillos no de muerte, que se finalizó el 27 de Enero de 1813, inaugurándose en Febrero con dos corridas, y celebrándose tres más, produciéndose en la ciudad un debate porque los toros no eran de muerte (debido a la prohibición de 1805), que finalizó cuando las Cortes Generales y Extraordinarias dispensaron a la ciudad de la prohibición, después de lo que se celebraron cuatro corridas de toros más en Diciembre de este año y otras seis en Enero y Febrero de 1814, una en el aniversario de la Constitución el 19 de Marzo, y más para celebrar el 2 de Mayo, el regreso y la entrada en Madrid de Fernando VII o por San Antonio (los días 2, 22 y 30 de Mayo, 5 y 13 de Junio, 8 de Agosto, en la que José Ignacio Calderón, un negro de Veracruz, rejoneó un toro montado en otro, 5, en la que se rejoneó un toro, 12 y 26 de Septiembre), que fueron toreadas por Cándido, *Curro* Guillén, José García *el Platero* y Antonio Ruiz *El Sombrero*.⁵³ También se celebraron algunos festejos en Jerez y en Chiclana de la Frontera, en 1810.

IV) Las fiestas de toros en Salamanca y Ciudad Rodrigo en la época de la guerra.

⁴⁹ Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, pp. 146-150 y 223, la describe con detalle, siguiendo al escritor gaditano Francisco Sánchez del Arco, y menciona la de Ronda.

⁵⁰ Marqués de Tablantes, *Anales de la Plaza de Toros de Sevilla (1730-1835)*, cit., p. 193, y Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, p. 149.

⁵¹ Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, p. 223, citando Memorias francesas. F. Ortiz Mejías, *Toros en Málaga. Cinco siglos de historia taurina*, Ed. J. Amaya Rodríguez, Málaga, 2009, no cita ninguna corrida de toros en estos años.

⁵² De esta corrida de toros existe un relato de William Jacob, *Travels in the South of Spain*, Londres, 1813, que reproduce Guillermo Boto Arnau, *Cádiz, origen del toreo a pie (1661-1858)*, 2ª ed., Cádiz, Ed. Industrias Gráficas Gaditanas, 2002, pp. 229-231.

⁵³ Guillermo Boto Arnau, cit., pp. 229-251, se refiere a estas fiestas taurinas con mucho detalle.

Las ciudades de Salamanca y Ciudad Rodrigo sufrieron desastres físicos y humanos muy graves durante la guerra.⁵⁴ Situación obviamente no muy propicia para la celebración de fiestas, aunque sí se celebraron algunas, y entre ellas las fiestas de toros no podían faltar.

En Salamanca, como en otras partes de España, y a pesar de la situación, hubo distintas celebraciones en estos años, la mayor parte en conmemoración de hechos variados, al sufrir ocupaciones tanto del ejército francés como de los aliados anglo-hispano-lusos. En general, los elementos de casi todas las celebraciones incluían un oficio religioso en la Catedral, algún acto de las autoridades civiles, una gran presencia festiva de los salmantinos en las calles, toros y fuegos artificiales e iluminación, aunque en algunas ocasiones faltaron algunos.⁵⁵

Antes del comienzo de la guerra, la caída de Godoy en el motín de Aranjuez (el 17 de Marzo de 1808), que se conoció en Salamanca el día 22, trajo consigo una algarabía general y festiva, suspendiéndose las clases en la Universidad, se borro el medallón dedicado al mismo en la Plaza Mayor, varios oficios religiosos y, como no, las autoridades “no tuvieron más remedio que conceder que se corrieran varios toros”.⁵⁶ Seguidamente, comenzada la guerra, y después de la victoria española en Bailén (19 de Agosto), se conmemora el 7 de Octubre en la ciudad la constitución de la Junta Central (que se había formado el 25 de Septiembre en Aranjuez) con los consabidos novillos, entre otros festejos.⁵⁷ Asimismo, la victoria aliada en la batalla de Tamames (el 18 de Octubre de 1809) y la entrada en Salamanca el día 25 del Duque del Parque también se celebraron con novillos de cuerda.⁵⁸ Pero también se festejaron con novillos algunos acontecimientos durante la ocupación francesa, como el nacimiento del Rey de Roma (hijo de napoleón y cuyo padrino fue José Bonaparte, como Rey de España), en Marzo

⁵⁴ Ver las obras citadas en Nota 4.

⁵⁵ Tomás Pérez Delgado, Salamanca en la Guerra de la Independencia: el vivir de una ciudad, en Tessainer Tomasich, (dir.), y otros, cit., pp. 165-209; la cita en p. 173.

⁵⁶ Tomás Pérez Delgado, *Ibid.*, p., 172.

⁵⁷ Tomás Pérez Delgado, *Ibid.*, p., 177.

⁵⁸ Ricardo Robledo Hernández, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada. La Guerra de la Independencia*, Salamanca, Ed. Gráficas Cervantes, 2003, p. 57, y más en general, ver Los franceses en Salamanca según los Diarios de la Biblioteca Universitaria (1807-1813), *Salamanca. Revista de Estudios*, Monográfico sobre “Las Guerras en Salamanca (siglos XVII a XX)”, nº 40/1997, pp. 173-211. Por su parte, Manuel Villar y Macías, Desde la Guerra de la Independencia hasta nuestros días, Libro IX, *Historia de Salamanca*, cit., p. 27, menciona las celebraciones sin referirse a las fiestas taurinas.

de 1811.⁵⁹ Más importantes fueron las celebraciones por la nueva Constitución de Cádiz entre el 1 y el 3 de Agosto de 1812 (días después de la importante victoria aliada en Los Arapiles, el 22 de Julio), en que se corrieron novillos de cuerda por las calles hasta llegar a la Plaza Mayor, en las tardes de los días 2 y 3; celebrándose más festejos taurinos en las últimas semanas de ese verano,⁶⁰ así como el 18 de Septiembre, por la elección de diputados a Cortes.⁶¹ En 1814, conforme se iba derrotando al ejército francés (en Vitoria, San Sebastián, etc.) y finalizaba la guerra, hubo varias celebraciones en Salamanca, aunque sin referencias a festejos taurinos.⁶² Finalmente, y fruto de los tumultos provocados en la ciudad por la deriva absolutista de Fernando VII, que se recrudecieron el 30 de Agosto, al grito de “Toros, toros”, ante lo cual, y a pesar de la falta absoluta de recursos económicos, el Ayuntamiento inició la compra de toros y la contratación del conocido torero Juan Núñez *Sentimientos*, pero al no concederle permiso para salir de Madrid, se suspendió la corrida de toros, con la plaza llena de aficionados y los toros en el toril.⁶³

En la provincia de Salamanca, una de las ciudades que más sufrió los desastres físicos y humanos de la Guerra de la Independencia fue sin duda Ciudad Rodrigo, sobre la que el Mariscal Ney dirigió un devastador asedio que finalizó el 10 de Julio de 1810, y posteriormente se inició el segundo asedio, en Agosto de 1811, hasta que fue liberada el 19 de Enero de 1812 por el ejército de Wellington, llevándose a cabo un violento saqueo general de la ciudad.⁶⁴ Fruto de esta desastrosa situación, no hay datos que se refieran a

⁵⁹ Tomás Pérez Delgado, *Ibíd.*, p., 193, y Higinio Ciria y Nassarre, *Ibíd.*, pp. 338-341.

⁶⁰ Ricardo Robledo Hernández, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada...*, cit., pp. 86-87, y Tomás Pérez Delgado, *Ibíd.*, p., 203, que menciona varios días de corridas, y que uno de ellos hubo hasta diez novillos.

⁶¹ Manuel Villar y Macías, *Ibíd.*, p. 50.

⁶² Manuel Villar y Macías, *Ibíd.*, pp. 55-58.

⁶³ Ricardo Robledo Hernández, *Ibíd.*, p. 96, y Manuel Villar y Macías, *Ibíd.*, pp. 56,57 y 106.

⁶⁴ Miguel Alonso Baquer, *El asedio de Ciudad Rodrigo en 1810*, cit.; Dionisio de Nogales Delicado y Rendón, *Historia de la muy noble y leal ciudad de Ciudad Rodrigo*, Establecimiento Tipográfico de Á. Cuadrado y Rosado, Ciudad Rodrigo (Salamanca), 1882, pp. 147-186; Mariano Esteban de Vega, *Crisis, revolución y guerra en Salamanca, Zamora y Ávila*, en Luis Miguel Enciso Recio (Comisario de la Exposición), *La Nación recobrada. La España de 1808 y Castilla y León*, cit., pp. 145-155; Mariano Esteban de Vega, *Ciudad Rodrigo. La Catedral y la Ciudad*, cit., Tomo II, pp. 311-368; Donald Horward, *Napoleón y la Península Ibérica. Los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida, 1810*, cit.; José Luis Martín (dir.), Ricardo Robledo Hernández, (coord.), y otros, Siglo Diecinueve, Tomo IV, *Historia de Salamanca*, cit.; Rory Muir, *Salamanca 1812. El triunfo de Wellington*, cit.; Andrés Pérez de Herrasti, *Relación histórica y circunstanciada de los sucesos del sitio de la plaza de Ciudad-Rodrigo en el año 1810, hasta su rendición al ejército frances*, Madrid, Imprenta de Repullés, 1814; Ricardo

fiestas de toros durante los años de la guerra, aunque sí hubo alguna conmemoración de carácter religioso.⁶⁵

Finalmente, algún otro festejo taurino hubo en la provincia de Salamanca en estos años, como la corrida de toros que su marido, el General Junot, dedicó a la Duquesa de Abrantes (Dña. Laura Permon) en Ledesma, el día de San Lorenzo de 1810.⁶⁶

Robledo Hernández, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada. La Guerra de la Independencia*, *Ibíd.*, y Manuel Villar y Macías, *Desde la Guerra de la Independencia hasta nuestros días*, Libro IX, *Historia de Salamanca*, 1887, cit.

⁶⁵ Dionisio de Nogales Delicado y Rendón, *Historia de la muy noble y leal ciudad de Ciudad Rodrigo*, Establecimiento Tipográfico de Á. Cuadrado y Rosado, Ciudad Rodrigo (Salamanca), 1882, pp. 147-186; Mateo Hernández Vegas, *Ciudad Rodrigo. La Catedral y la Ciudad*, cit., Tomo II, pp. 311-368; Rory Muir, *Salamanca 1812. El triunfo de Wellington*, cit.; Ricardo Robledo Hernández, *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada. La Guerra de la Independencia*, *Ibíd.*, y Manuel Villar y Macías, *Desde la Guerra de la Independencia hasta nuestros días*, Libro IX, *Historia de Salamanca*, 1887, cit.

⁶⁶ Enrique Asín Corman, *Ibíd.*, p. 222.

***MÚSICA E INTERCESIÓN DIVINA: ROGATIVAS Y TE DEUM EN LA
SALAMANCA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA***

Josefa Montero García
Asesora Musical del Archivo de la Catedral de Salamanca

Por orden de las autoridades civiles, los principales acontecimientos políticos y sociales de la España de la Guerra de la Independencia se celebraron con solemnes funciones religiosas en los principales templos. Entre estas ceremonias destacaron las rogativas para conseguir el éxito de los ejércitos o el acierto de los nuevos gobernantes, y los numerosísimos *Te Deum* entonados en acción de gracias por las victorias de uno u otro signo, según quiénes ocupasen la ciudad en aquel momento.

El hecho de que los principales conflictos bélicos de principios de siglo tuviesen como protagonistas a Francia y Portugal, ya fuese como aliados o como enemigos, convirtió a Salamanca en un lugar de paso y establecimiento de las tropas francesas que provenían de Portugal o se dirigían al país vecino, llegando a establecerse en la ciudad alguno de los principales hombres de Napoleón, como el Mariscal Ney. Por ello, en la Catedral salmantina se cantaron rogativas y se celebraron los éxitos de ambos bandos, con la asistencia de las principales autoridades civiles y militares. En estos acontecimientos brillaron piezas de gran calidad compuestas por el entonces maestro de capilla Manuel José Doyagüe (1755-1842) e interpretadas, bajo su dirección, por la capilla musical de la catedral. Entre ellas destaca un *Te Deum* escrito para festejar la victoria de los aliados en la Batalla de Arapiles (1812), a cuya primera audición asistió Lord Wellington. Esta pieza adquirió gran fama durante todo el siglo XIX y fue interpretada regularmente en la mayoría de los templos españoles.

En este trabajo se estudia la función de la música en estos actos oficiales y se reseñan los principales acontecimientos junto con las piezas que allí se interpretaron. Además, se aborda el reflejo de la contienda en los músicos de la Catedral salmantina y en la obra de Doyagüe.

Catedral y música a principios del siglo XIX

1. Organización de la actividad musical

Como parte esencial del culto divino, la música de la Catedral salmantina se regía por unos principios similares a los del resto de las catedrales,⁶⁷ contenidos en el

⁶⁷ La vida musical de las catedrales se ha estudiado en numerosas publicaciones, que sería demasiado prolijo citar aquí. Entre ellas destacamos Victoria Cavia Naya, *Vida musical de la Catedral de Valladolid en el siglo XIX*, Valladolid, Diputación Provincial, 2004; Marcelino Díez Martínez, *La música en Cádiz. La catedral y su proyección urbana durante el siglo XVIII*,

Ceremonial,⁶⁸ que regulaba las celebraciones de la misa y el Oficio Divino de las distintas fiestas del año litúrgico, así como las conmemoraciones de acontecimientos extraordinarios de carácter político o social. Con este objeto, los templos contaban con una amplia plantilla de músicos, entre los que se encontraban los componentes de la capilla musical, con su maestro al frente, varios organistas y los salmistas.

Los salmistas interpretaban el canto llano o gregoriano, eje de las horas del Oficio, y del resto de la música se encargaba la capilla, que destacaba especialmente en los días solemnes. Casi todos los salmistas estaban ordenados *in sacris*, y eran dirigidos por uno o varios sochantres, cuya misión era entonar los himnos y salmos y encargarse de la guardia y custodia de los libros del coro. El canto llano solía estar acompañado por el órgano, con lo que algún organista debía asistir al Oficio.⁶⁹

La capilla musical, dirigida por su maestro, estaba formada por cantores y ministriles o instrumentistas. Las voces eran tiple (soprano), alto o contralto, tenor y bajo⁷⁰ y en la época que nos ocupa se utilizaban los violines, oboes, trompas o flautas, que se encargaban de las partes melódicas, y violón, bajón u órgano para realizar el acompañamiento.

Con respecto al capital que se administraba en la catedral, se llevaban dos contabilidades: la Mesa Capitular, de donde percibían sus “raciones” todos los componentes del Cabildo, y la Fábrica, que sufragaba los gastos del mantenimiento del edificio y los inherentes al culto. El maestro de capilla, el primer organista y ocho músicos de voz eran medio racioneros,⁷¹ había seis capellanes de voz⁷² y varios

Cádiz, Universidad de Cádiz, 2004; María Gembero, *La música en la catedral de Pamplona durante el siglo XVIII*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, 1995.

⁶⁸ *Ceremonial de la Catedral de Salamanca*, escrito por Diego de Mora, maestro de ceremonias, alrededor de 1700, y completado y organizado por Manuel Mayo en la segunda década del siglo XIX. 2 tomos. Archivo Diocesano de Salamanca: M-753 y M-754.

⁶⁹ Las obligaciones de todos estos músicos están detalladas en los Estatutos de la Catedral de Salamanca, cuyos contenidos son similares, aunque se han ido actualizando. Por estar copiados durante el magisterio de Doyagüe, tomamos como ejemplo los *Estatutos de 1818*. Archivo Catedral de Salamanca (en adelante ACS): cj. 30, nº 97.

⁷⁰ En el siglo XVIII y principios del XIX había dos medio racioneros de cada cuerda, como muestran, entre otros documentos, los estatutos mencionados en la anterior nota.

⁷¹ El origen de las medias raciones de música en la Catedral de Salamanca se encuentra en una bula de Sixto IV de 1481, que decretaba la extinción de la primera ración que vacase en la Catedral salmantina, cuyos frutos se dividieron entre las plazas de maestro de capilla y organista, percibiendo cada uno la mitad de la ración. ACS: Cj. 15, lg. 1, nº 32. Posteriormente

instrumentistas, que eran asalariados. Todos ellos accedían al puesto por oposición o nombramiento directo del Cabildo. Los medio racioneros percibían su renta de la Mesa Capitular y, como todo lo concerniente a música entraba dentro del culto, los músicos asalariados y los salmistas cobraban de la Fábrica. Por su parte los capellanes percibían sus rentas de fundaciones específicas. Algunos medio racioneros, como el maestro y el primer organista, tenían también ingresos de Fábrica por conceptos como la composición, la enseñanza de los niños o la afinación de los órganos.

El maestro de capilla tenía la obligación de dirigir y controlar a los miembros de la misma, y debía incluso multarles cuando incumplían alguna de sus funciones. También estaba obligado a enseñar a los niños de coro y “a todos los capellanes y beneficiados que quisieren aprender”,⁷³ custodiar el archivo de música y componer la mayor parte de las obras que se interpretaban en la catedral, recibiendo a partir del siglo XVII permisos o gratificaciones por componer los villancicos para las fiestas navideñas o el Corpus Christi y su octava.⁷⁴ Ante la contratación de nuevos músicos, o la admisión de niños de coro, el Cabildo pedía siempre informes de los pretendientes al maestro de capilla, quien se encargaba de examinarlos y de emitir el correspondiente dictamen. La opinión del maestro no tenía carácter vinculante, pero era siempre decisiva.

Entre las obligaciones de los componentes de la capilla estaba asistir a “fiestas de tabla” de la catedral, que eran de guarda obligatoria, así como a las misas cantadas, las procesiones y las funciones especiales de rogativas o Te Deum. En todos los casos, el maestro de capilla debía proporcionar los “papeles necesarios”, es decir, las obras

se establecieron ocho medias raciones de voz, dos de cada una de las cuerdas establecidas (soprano, alto, tenor y bajo). *Estatutos de 1818*. Cj. 30, nº 97. Ver también Álvaro Torrente: *The sacred villancico in early eighteenth century Spain: the repertory of Salamanca Cathedral*, Tesis Doctoral, Cambridge, St. Catharine's Collage, 1997 y Álvaro Torrente, Salamanca, en: *Diccionario de la Música Española e Hispanoamericana* (en adelante *DMEH*), Emilio Casares (coord. general), vol 9, 2002, pp. 551-562.

⁷² Los Estatutos recogen también la situación de estas seis capellanías y el “orden que se ha de tener en encomendarlas”. Según consta en este documento, “ordenamos y mandamos que las dos de ellas se encomienden a dos cantores contrabajos, y otras dos se encomiende a dos cantores tenores, y las otras dos, la una de ellas a un cantor que sea tiple, y la otra se encomiende a contralto”. Se ordena también la convocatoria de edictos cuando alguna quedase vacante y el correspondiente examen a los aspirantes. *Estatutos de 1818*. ACS: Cj. 30, nº 97, p.. 88. Ver Álvaro Torrente, Salamanca, ob.cit., pp.551-562.

⁷³ *Estatutos de 1818*, ob.cit., f. 85.

⁷⁴ Las obligaciones de los músicos de la catedral se recogen también en los citados Estatutos.

musicales que debían interpretarse. Si alguno de los músicos no quería cantar los “papeles” del maestro, era inevitablemente multado.⁷⁵

2. Situación de los músicos durante la guerra

Las tremendas vicisitudes que sufrió el pueblo salmantino durante el primer cuarto de siglo afectaron lógicamente a todos los canónigos y empleados de la catedral, cuya situación se agravó ante la evidente falta de liquidez de la institución, los alistamientos de algunos dependientes catedralicios, entre los que hubo también músicos, y la prisión que sufrieron algunos. La vida musical de la catedral se resintió sensiblemente, como vemos en ejemplos que presentamos en los siguientes párrafos.

Entre los músicos alistados al principio de la contienda se encontraban un bajonista, tres salmistas y varios capellanes y mozos de coro, que “estando para salir al ejército dentro de muy poco tiempo, para la defensa de la Patria, Rey y Religión pidieron al Cabildo una ayuda económica.”⁷⁶ Una vez incorporados a filas, permanecieron un tiempo en Salamanca, durante el cual se retuvo el sueldo a un salmista y un bajonista, que no asistieron a la catedral en el tiempo libre que les dejaba su actividad militar, aunque alegaron estar defendiendo una causa muy justa.⁷⁷ Afortunadamente para estos músicos, el Cabildo decidió pagarles cuando partieron alrededor del 12 de agosto de 1808.⁷⁸

Unos meses después, en enero de 1809, la catedral recuperaba temporalmente a dos salmistas, Vicente Sabater y Roque de Santa María. Ambos explicaron al Cabildo que fueron incluidos en el alistamiento, estuvieron en el ejército hasta que se dispersaron y retiraron a esta ciudad, donde el primero “enfermó de un golpe en un pie” y suplicaban al Cabildo que les volviese a permitir la entrada en el coro “para continuar su empleo de salmistas”.⁷⁹ Después de estudiar la situación, se acordó admitirlos hasta que fueran nuevamente movilizados.⁸⁰ Meses más tarde, el bajonista José Aguado exponía que había regresado a su casa con permiso “por no considerarle útil para el servicio militar”

⁷⁵ Reglamento de mayo de 1732, 14º. ACS: Libro de Actas Capitulares (en adelante AC) 52, f. 187.

⁷⁶ Cabildo Extraordinario (en adelante CE) de 14/6/1808. En ésta y en el resto de las citas, se ha normalizado la escritura con el fin de facilitar la lectura. ACS. AC 66, f. 283v.

⁷⁷ Cabildo Ordinario (en adelante CO) 3/8/1808. ACS. AC 66, f. 297v

⁷⁸ CO 3/8/1808. ACS. AC 66, f. 297v.

⁷⁹ CO 18/1/1809. ACS. AC 66, f. 370v.

⁸⁰ CO 6/2/1809. ACS. AC 66, f. 371v.

y recuperaba su trabajo, pero no su sueldo, que bajaba a 50 ducados frente a los 1825 reales que percibía en 1807.⁸¹

Por orden del Mariscal Ney, varios canónigos y racioneros de la catedral, entre los que se encontraban miembros de la capilla musical y salmistas, fueron llevados a Valladolid en enero de 1810.⁸² Ante esta situación, se planteó cómo podía continuar celebrándose el culto divino con tan pocos efectivos en la catedral y se decidió que la mayor parte de las horas del Oficio se hicieran rezadas, en lugar de cantadas.⁸³ Los presos regresaron pronto, pero a costa de satisfacer el tributo que se les exigía. Por ello, Cabildo expresó su agradecimiento al Mariscal Ney, que no les recibió, pero les hizo saber que su vuelta se debía “a sola su benignidad y clemencia”, aconsejándoles que observasen una actitud prudente y no trataran asuntos militares.⁸⁴

Contrariamente a lo que sucedía con otras plazas de músicos, los últimos tiempos de la contienda fueron buenos para conseguir salmistas, pues muchos frailes, bien preparados en música y canto llano, estaban exclaustrados a causa de la supresión de los conventos y, por tanto, disponibles. Así, en 1813, fueron contratados el jerónimo José Sánchez Castaño y el franciscano Francisco Guerra.⁸⁵ Ya en 1814, los antiguos empleados de la Catedral que habían estado en el ejército intentaron recuperar sus puestos. Este fue el caso de los salmistas Santa María y Sabater. El primero de ellos explicaba que estuvo prisionero varias veces, había resultado herido, y “no ha quedado tan útil como es preciso para el servicio de las armas, por lo que le dieron la licencia amplia para que pudiese ejercer su oficio y volver a su destino”.⁸⁶ Sabater, por su parte, exponía que había estado prisionero en Francia y deseaba volver a su puesto “en los términos que lo había obtenido y desempeñado”. Por otra parte, al reabrirse los conventos, los frailes

⁸¹ CO 12 /6/1809. ACS. AC 66, f. 414v y *Expediente cuentas de fábrica* de 1807.

⁸² ACS. AC 66, f. 469.

⁸³ CE19/1/1810. ACS. AC 66, f. 469v.

⁸⁴ CO 9 /2/1810. ACS. AC 66, f. 478.

⁸⁵ CO 3/12/1813. E:SA: AC 67, f. 487-487v.

⁸⁶ El Cabildo le readmitió después de escuchar el informe de Doyagüe, que le encontró “algo remoto” en cuanto a su instrucción, debido a la falta de práctica, pero “le parecía que en poco tiempo se pondría capaz y útil para hacer semanas”. CO 14 y 17/1/1814. ACS: AC 67, f. 504v-505 y 506v.

que ejercían como salmistas se fueron poco a poco incorporando a ellos, como ocurrió con Castaño⁸⁷ y Guerra.⁸⁸

A pesar de las dificultades que hemos señalado, la mayor parte de los músicos, entre ellos el maestro de capilla Manuel Doyagüe y el primer organista Francisco Olivares, permanecieron en sus puestos aunque con considerables rebajas en sus salarios, como consecuencia de las grandes pérdidas económicas que sufrió el Cabildo durante la guerra. La tabla 1 y la figura basada en sus datos (figura 1), reflejan cómo influyeron las dificultades económicas de este difícil periodo en los músicos que percibían salarios de la Fábrica. Como hemos visto más arriba, el maestro, el primer organista y los músicos de voz percibían su “media ración” de la Mesa capitular, lo que hacemos constar mediante la palabra “ración” o su abreviatura. Los 1540 y 550 reales que inicialmente percibían Doyagüe y Olivares de la Fábrica eran, respectivamente, por la enseñanza a los mozos de coro y la afinación de los órganos.

⁸⁷ Castaño comunicaba al Cabildo que pronto tendría que incorporarse a su convento y “quisiera conservar el buen concepto que ha conseguido en esta ciudad y lo mismo por parte de este Illmo. Cabildo”. CO 4/7/1814. ACS: AC 67, f. 571v-572.

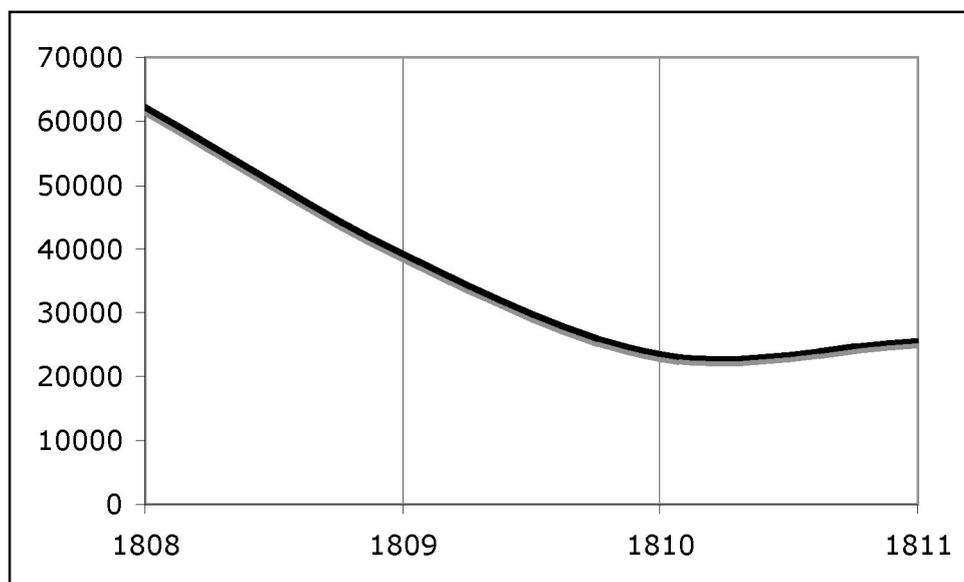
⁸⁸ CO 27/10/1815. ACS: AC 68, f. 15v.

Tabla 1. Plantilla musical y variación de los salarios de fábrica en reales⁸⁹

	1808	1809	1810	1811
Maestro de capilla	1.540 + ración	440 + ración	Sólo ración	Sólo ración
Primer organista	550 + ración	550 + ración	550 + ración	550 + ración
Segundo organista	3500	1650	1.100	1.100
8 Racioneros voz	S 3A 2T 2 B (ración)	S 3A 2T 2 B (rac.)	S 3A 2T 2 B (rac.)	S 3A 2T 2 B (rac.)
Sochantre mayor	3.300	1.825 (-45%)	1.100 (-40%)	1.655 (+50,5%)
6 Salmistas	5.500 5.500 3.850 3.371 2.355 2.024	2 a 4.950 (-10%) 1 a 1.460 3 sin sueldo	2 a 3.285 (-33,63%) 1 a 1.100	2 a 3.935,20 1 a 254,82
3 violinistas	4.400 3.300 2.200	3.650 (-17%) 2.555 (22 %) 1.650 (-25%)	1.825 (-50%) 1.825 (-28,6%) 1.100 (-33,3%)	1.825 1.825 1.100
4 Bajonistas	4.400 4.180 4.400 3.900	3.650 (-17%) 3.285 (-21,3%) 3.285 (-25,3%) 2.555 (-34,5%)	2.920 2.555 (-22,3%) 730 (-55,5%) 2.190 (-14,3%)	2.920 2.555 913 (+25%) 2.190
2 Contrabajo	1.980 550 + mozo coro	1.460 (-26,3%) 320 + mozo coro (-41%)	2 Sin sueldo	1 a 547,5
Violón	1.465 + capellán	1.100	Sin sueldo	365
Total sueldos	62.265	39.335 (-36.8 %)	23.565 (-40 %)	25.670,52 (+8%)

⁸⁹ Datos tomados de los *Expedientes de Cuentas de Fábrica* de los respectivos años y *Libros de Cuentas de Fábrica*. ACS. Cj. 65, lg. 4, nº 7, *Libro de Pareceres de Juntas de Señores Seises*. Cj. 66 bis, lg. 1, nº 6; Cj. 78, lg. 3, nº 4; Cj. 65, lg. 4, nº 7, f. 86v-87. Las letras SATB representan a músicos de voz y son abreviaturas de alto, tenor y bajo, respectivamente.

Figura 1. Evolución de los salarios de los músicos en reales durante la guerra

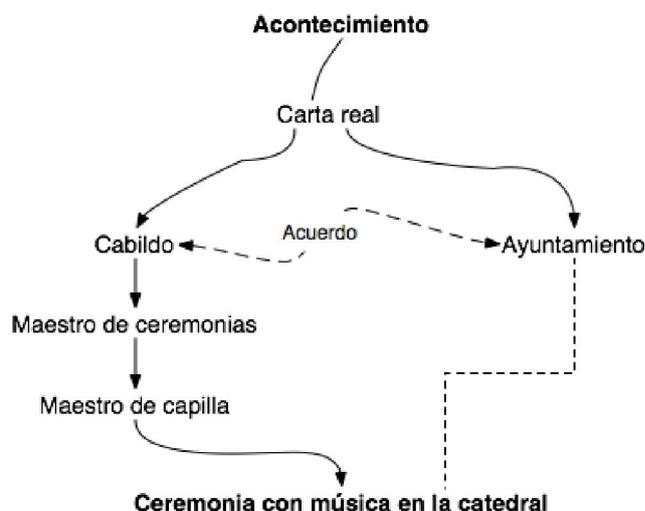


2. La música en celebraciones especiales: rogativas y Te Deum

En todas las catedrales e iglesias españolas eran frecuentes las rogativas para pedir la intercesión divina ante alguna situación de riesgo; durante ellas se salía en procesión y se cantaban letanías y una salve. Cuando se habían alcanzado los favores solicitados en las rogativas o tenía lugar un acontecimiento de relevancia nacional o internacional, se interpretaba un *Te Deum* en acción de gracias, dentro de una función solemne a la que asistían todas las autoridades y personas distinguidas de la ciudad.⁹⁰ Aunque esta situación tuvo lugar durante varias centurias, en este apartado nos ceñiremos a los acontecimientos que giraron en torno a la Guerra de la Independencia.

⁹⁰ La existencia de estas celebraciones se recoge en la bibliografía sobre música en las catedrales.

Figura 2. Esquema de organización de rogativas y *Te Deum*



En general, era el Ayuntamiento quien solicitaba al Cabildo la celebración de rogativas y *Te Deum*. En sucesos de especial relevancia, ambas instituciones recibían una carta del rey, o de la autoridad competente, que solicitaba la función; entonces dos representantes del Ayuntamiento se dirigían a la catedral, donde eran recibidos por el Cabildo, y se acordaba la hora y detalles de la celebración, avisando enseguida al maestro de capilla para que dispusiese los “papeles” necesarios. Las funciones se organizaban con gran esmero, y así lo hacían constar los franceses, cuando quisieron celebrar la toma de Ciudad Rodrigo por sus tropas en 1810, manifestando que deseaban una función “con aquella Majestad y esplendor que V. S. I. tiene de costumbre en semejantes solemnidades”.⁹¹

1. Subida al trono de Fernando VII

La celebración de rogativas en la Catedral salmantina aparece ligada a los acontecimientos que acabarían desencadenando la guerra. Así, el 12 de abril de 1808, el Deán recibía una carta de “nuestro Rey y Señor Fernando Séptimo”, en la que informaba de que su padre había abdicado “en su Real Persona” y “mandaba al Cabildo hiciese rogativas a Dios para el acierto en el gobierno de estos Reinos”. El Deán exponía que no se podía ejecutar ese día el mandato real, por ser el martes de la Semana

⁹¹ CE 12/7/1810. E:SA: AC 66, f. 542.

Santa, dejándolo para el lunes de pascua, para el que convocó una reunión extraordinaria del Cabildo, donde se leyeron la carta del Rey y una similar que había enviado el Obispo. Se preguntó al Maestro de Ceremonias cuál debía ser el protocolo de la rogativa, y éste informó sobre lo que se había hecho cuando accedieron al trono Fernando VI y Carlos IV. Así, se acordó

Que el martes día 19 de abril se cantase el Te Deum laudamus y enseguida una Misa solemne del Misterio de la Purísima Concepción, con conmemoración del Santísimo, que estaría expuesto todo el día. Que el día siguiente, 20 de abril, se cantase una Misa Solemne a San José, por haber ocurrido el día de este santo el motivo de la abdicación del Reino, sin verterse una gota de sangre, en el Real Sitio de Aranjuez.⁹²

Los actos se desarrollaron con gran solemnidad, presididos por el Obispo y con la música siempre presente. El Cabildo había invitado a “La Ciudad”, es decir, los miembros del Ayuntamiento, que en esta ocasión no habían recibido carta del Rey, y decidieron acudir en pleno. También asistieron “los Jefes Portugueses que aquí se hallaban, con parte de sus tropas”.⁹³

Unos días más tarde, se recibía otra carta real desde Vitoria, “en la que [el Rey] manda al Cabildo hiciese rogativa pública a Dios para que le diese acierto en el Gobierno del Reino”. En este caso, sí tuvo carta el Ayuntamiento, por lo que ambas corporaciones obedecieron conjuntamente las órdenes de Fernando VII. Se acordó cantar una misa solemne el 30 de abril, “poniendo al Santísimo Cristo de las Batallas en el Altar mayor, y por la tarde a las cuatro se le sacase en Procesión General por la carrera misma del día del Corpus, cantándose durante ella la Letanía de los Santos”⁹⁴ A la misa solemne “de rogativa”, asistieron el Obispo, “la Ciudad” y “varios sujetos de distinción, tanto militares, como seculares”.

⁹² ACS. Cj. 30, lg. 1, nº 96, p.110. Estas rogativas se describen también en AC 676, f. 262v.

⁹³ *Ibíd.*, p. 114.

⁹⁴ *Ibíd.*, p.117. En las siguientes páginas del libro se describe con detalle el protocolo de esta rogativa.

2. Tomas de Ciudad Rodrigo y Almeida (1810)

Para ilustrar la preparación e importancia de las celebraciones de acción de gracias durante la ocupación de Salamanca por las tropas invasoras, tomaremos como ejemplo los fastos que se organizaron en 1810 para festejar las tomas de Ciudad Rodrigo y Almeida. En el primer caso, los franceses solicitaron la celebración del *Te Deum* en su catedral de la siguiente forma:

En el día 12 [de julio] pasó un oficio al Cabildo el Prefecto de esta Ciudad, que lo era por gracia del Rey José Napoleón 1º, el Dr. D. Antonio Casaseca, para que a las diez de su mañana se cantase en la Santa Iglesia el *Te Deum* con toda solemnidad, a que asistiría la Ciudad y Generales franceses que ese hallaban en el pueblo; y que para el día siguiente y hora de las diez se dispusiese el cantar otro *Te Deum*, y enseguida una misa Solemne en acción de gracias por la toma de dicha Plaza, y a que asistirían los mismos señores que el primero día.⁹⁵

El Cabildo, suponemos que muy a su pesar, se vio obligado a aceptar y organizar la celebración, donde “entonó el Preste el *Te Deum* luego que se llegó a la primera grada, y siguió el coro.” Mes y medio después, se solicitaba una función similar con motivo de la Toma de Almeida:

En la tarde de este día [29 de agosto] pasó Oficio al Sr. Deán el Sr. Prefecto de esta Ciudad, D. Antonio Casaseca, a fin de que se tocasen las campanas desde la hora de las cuatro hasta las cinco, y que el día siguiente se cantase el Te Deum, y una Misa Solemne en acción de gracias, a la que asistiría el Sr. General que había en esta ciudad con la Oficialidad de su guarnición, y el Ayuntamiento con sus números.⁹⁶

En este caso se cantó el *Te Deum* después de la misa “por hacerse así en Francia”, a diferencia de las celebraciones españolas, que lo hacían en orden inverso.

⁹⁵ Las palabras *Te Deum* aparecen subrayadas en el original. ACS. Cj. 30, lg. 1, nº 96, pp. 177-178.

⁹⁶ ACS. Cj. 30, lg. 1, nº 96, pp. 178-179.

3. Rogativas y *Te Deum* en la Salamanca de 1808-1814

Para ilustrar la frecuencia con que se tuvieron lugar estas celebraciones extraordinarias y su relación con la contienda, insertamos una tabla resumen de las rogativas y *Te Deum* de la Catedral de Salamanca durante el tiempo que duró la misma. En ella se indica la fecha, el motivo de la función y las ceremonias a que dio lugar, junto con la ubicación de la documentación analizada en el Archivo Catedral de Salamanca.

Tabla 2. Celebraciones extraordinarias relacionadas con la Guerra de la Independencia

Fecha	Motivo	Función	Ubicación ACS
Abr 1808	Abdicación de Carlos IV en Fernando VII	Rogativas, Te Deum, Misa	AC 66, 262v
Jul 1808	Celebración de la Victoria de Bailén	Te Deum	AC 66, 301
Sep 1808	Desagravio violencia de las tropas francesas en pueblos de España	Te Deum, Salve	AC 66, 320-321
Oct 1808	Rogativas por la restauración de Fernando VII en su trono, acierto de la Junta Suprema y éxito “contra los enemigos de Nra. Santa Religión”	8 días de misas, procesiones y letanías	AC 66, 332-334
Ene 1809	Para prestar juramento al Rey José Napoleón	Misa solemne y Te Deum	AC 66, 365-365v
Mar 1809	Onomástica del Rey	Misa solemne	AC 66, 390
May 1809	Victorias de las armas francesas en Alemania	Te Deum	AC 66, 409
Oct 1809	Victoria española en Tamames	Te Deum y Misa	AC 66, 452v-453
Jul 1810	Toma de Ciudad Rodrigo por los franceses	Te Deum el día 12, y misa y Te	AC 66, 542

Fecha	Motivo	Función	Ubicación ACS
		Deum el 13	
Ago 1810	Toma de la ciudad portuguesa de Almeida	Te Deum y Misa	AC 66, 565v
Jun 1812	Victorias del Duque de Wellington	Te Deum	AC 67, 249v
Jul 1812	Jura de la Constitución	Misa y Te Deum	AC 67, 258-258v
Jul 1812	Victoria de los aliados en Arapiles	Misa solemne, Te Deum y Salve	AC 67, 260v-261
Ago 1812	Conquista de Madrid por el ejército aliado	Te Deum	AC 67, 269v
Ago 1812	Toma de Astorga por los aliados	Te Deum	AC 67, 276
Nov 1812	Llegada del Rey José Napoleón a Salamanca	Te Deum	AC 67, 317
Mar 1813	Onomástica del Rey	Te Deum	AC 67, 359
Ago, Sep, Nov 1813	Varias victorias conseguidas contra los franceses	Te Deum	AC 67, 395v, 439 y 469-470
Feb 1814	Últimas victorias contra los franceses	Te Deum	AC 67, 515v
Mar 1814	Regreso a España del rey y éxito de su gobierno	Rogativas	AC 67, 525

Los Te Deum de la Catedral de Salamanca: Manuel Doyagüe

El *Te Deum* es un himno de acción de gracias que se canta al final de los maitines de los días solemnes y en las ocasiones especiales en que se agradece a Dios los favores recibidos.⁹⁷ En la época que nos ocupa, la mayor parte de los *Te Deum* de los compositores españoles están escritos para varios coros y orquesta, y suelen comenzar

⁹⁷ Ver Steiner, Falconer y Cadwell (2001). “Te Deum”, en *NG*, vol. 25, pp.190-193.

por un prelude instrumental, intercalando a lo largo de la pieza varios solos, dúos y partes corales.⁹⁸ En el Archivo Catedral de Salamanca se conservan actualmente nueve de estas obras, compuestas por maestros que trabajaron en el principal templo salmantino, con la excepción del boloñés Martini, el catalán Terradellas y el maestro Aragüés, que fue catedrático de música de la universidad salmantina. La tabla 3 muestra un listado de estas obras, junto con sus características.

Tabla 3. Los *Te Deum* de la Catedral de Salamanca⁹⁹

Autor	Fecha	Plantilla
Antonio Yanguas (1682-1753)	1721	3 coros: TB, SATB, SATB; orquesta 3 vls org ac
Padre Martini (1706-1784)	s.f.	1 coro: SATB; orquesta: 2 vls, vla, org, ac
Juan Martín Ramos (1709-1789)	1746	2 coros: SSAT, SATB; orquesta: 2 vls 2 clns 2 tps org ac
Juan de Aragüés (ca. 1710-1793)	s.f.	SSAT: 2 vls, 2 tps, ac
Domingo Terradellas (1711-1751)	1744	2 coros: SSAT, SATB; orquesta: 2 vls 2 obs 2 cls 2 tps vlc org
Mariano Llorente y Sola (+1802)	s.f.	2 coros: SATB, SATB; orquesta: 2 vls vla 2 obs 2 tps vlc cb org
José María Reinoso (1741-1802)	s.f.	2 coros: SATB, SATB; orquesta: 2 vls 2 obs 2 clns vlc cb org ac
Manuel José Doyagüe (1755-1842)	s.f.	2 coros: SATB, SATB; orquesta: 2 vls ob 2 tps vln cb org
Manuel José Doyagüe (1755-1842)	1812	2 coros: SATB, SATB; orquesta: 2 vls 2 obs 2 tps vln cb org

⁹⁸ Como muestran las plantillas de los numerosos *Te Deum* conservados en los archivos eclesiásticos españoles.

⁹⁹ Las cuatro voces principales son soprano (S), contralto (A), tenor (T) y bajo (B). Las partes instrumentales que aparecen son violines (vls), viola (vla) oboes (obs), clarines (clns), trompas (tps), violonchelo (vlc), violón (vln), contrabajo (cb), órgano (org) y ac (instrumentos de acompañamiento). Representamos por medio de “s.f.”, los casos en que desconocemos la fecha de composición de la obra.

Aunque el archivo conservaba varios *Te Deum*, los maestros de capilla de la época se nutrían fundamentalmente de su propia música para desempeñar su magisterio. Así, podemos asegurar que durante la Guerra de la Independencia, se utilizaron casi exclusivamente las obras del maestro Doyagüe, que alcanzó especial notoriedad con el *Te Deum* que compuso en 1812, del que nos ocupamos más abajo.

El salmantino Manuel José Doyagüe (1755-1842), maestro de capilla entre 1789 y 1842, pasó toda su vida al servicio del principal templo de su ciudad, de la que salió en muy pocas ocasiones. Sin embargo, su música, exclusivamente religiosa, alcanzó una gran notoriedad durante el siglo XIX y sus obras se difundieron a lo largo de toda la geografía nacional, encontrándose ejemplares en Francia y en lugares tan distantes como Hispanoamérica e incluso Filipinas. De este autor hemos catalogado 301 piezas, entre las que destacan el aludido *Te Deum*, varias misas, salmos e himnos y un elevado número de villancicos compuestos principalmente para las fiestas del ciclo de Navidad, Corpus Christi y la Asunción, a quien está dedicada la Catedral de Salamanca.¹⁰⁰

Es posible que Doyagüe compusiese también alguna pieza patriótica, como se le sugería en septiembre de 1808 desde el *Correo Político y Literario de Salamanca*, aunque no tenemos noticias de que así fuera. El mencionado diario había recibido una “Súplica de las Señoritas de Salamanca”, que glosaba el valor de la música “para promover el entusiasmo nacional” e incluía un texto patriótico con la sugerencia de que algún compositor le pusiese la música adecuada. El periódico aplaudía la idea y deseaba que la propuesta “ocupe algunos ratos de desahogo a nuestros conocidos compositores, entre otros D. Manuel Doyagüe, maestro de capilla de esta Santa Iglesia, cuyo talento y fino gusto para el arte encantador de la música no se ignoran aun fuera de nuestra nación”.¹⁰¹

Desde el destacado puesto que ocupaba en la catedral, Doyagüe dirigió toda la música de las ceremonias que hemos mencionado y vivió en primera línea situaciones como el recibimiento que se hizo en la catedral a Lord Wellington, “Duque de Ciudad Rodrigo, General en Jefe de los Ejércitos aliados, y demás señores jefes que le acompañan”, que

¹⁰⁰ Doyagüe y su música son el objeto de la tesis doctoral de la autora de este trabajo. Josefa Montero García, *La figura de Manuel Doyagüe (1755-1842) en la música española*, Madrid, Universidad Complutense 2010, pendiente de lectura. De Doyagüe se ha ocupado, entre otros autores, Emilio Casares, Doyagüe y Jiménez. Familia de compositores salmantinos compuesta por los hermanos Carlos Florencio y Manuel José, en *DMEH*, vol. 4, 1999, pp. 540-542.

¹⁰¹ *Correo Político y Literario de Salamanca*, nº 38, pp. 293-294.

acababan de vencer a los franceses en Arapiles (1812).¹⁰² A este acontecimiento, y a la que luego sería una de las obras más famosas de su autor, se refería la prensa con motivo de la conquista de Pamplona en 1813:

Comenzó la función con el gran *Te Deum*, que el célebre maestro de capilla de esta iglesia, D. Manuel Doyagüe, compuso el año pasado para celebrar la memorable Batalla de Arapiles, principio de nuestra libertad; y a cuya primera ejecución asistió el mismo Lord Wellington, Duque de Ciudad Rodrigo, que ganó dicha batalla. Es obra de música muy estudiada y de bello gusto.¹⁰³

Una vez fallecido Doyagüe, su discípulo Santiago Tejero incidía en que la mencionada obra fue compuesta “en acción de gracias por la conclusión de la Guerra de la Independencia al regreso de las tropas a esta ciudad”.¹⁰⁴ Éste y el anterior testimonio están de acuerdo en que este *Te Deum* fue el vehículo con el que autoridades y pueblo salmantino celebraron el fin de la invasión francesa. Posteriormente, esta obra estuvo presente en acontecimientos señalados de la Salamanca decimonónica, como mostramos en la tabla 4.

En 1817, cuando Isabel de Braganza, segunda esposa de Fernando VII, estaba a punto de dar a luz al heredero que tanto tiempo había esperado la corona, Doyagüe y el primer organista, Francisco Olivares, quisieron celebrar el acontecimiento ofreciendo a los monarcas unas obras supuestamente compuestas para la ocasión. Se trataba del *Te Deum* y la *Gran Misa en Sol mayor* de Doyagüe y una *Escena* de Olivares.¹⁰⁵ El ofrecimiento fue aceptado y los compositores acudieron a Madrid para dirigir personalmente su música. A pesar de lo que se afirmaba en la carta, este *Te Deum* era el mismo que se había presentado ante Wellington en 1812 y del que hemos localizado siete copias, una de ellas procedente del Palacio Real, como prueban sus

¹⁰² Con este motivo se cantó un *Te Deum* en la catedral. CO 28/6/1812. AC 68, f. 249v-250.

¹⁰³ *Diario del Gobierno de Salamanca y su Provincia*, nº 112. Martes 9/11/1813, pp. 506.

¹⁰⁴ Santiago Tejero, Noticia de algunas obras del Señor D. Manuel José Doyagüe, en *El Salmantino. Periódico de Ciencias y Literatura*. 29/4/1843.

¹⁰⁵ Doyagüe y Olivares exponían en su carta que “a efecto de su conmoción y gozo por el deseado alumbramiento de la Reina N. S. se han dedicado a componer en música, con toda orquesta, un solemne *Te Deum* y *Misa*, con una escena a dúo de carácter serio. Suplican a V.M. se digne admitirles dicha obra”. Esta solicitud y los trámites a que dio lugar se encuentran en el Archivo General de Palacio. Reinado de Fernando VII. Caja 425/25.

características.¹⁰⁶ Así, la obra de Doyagüe que más vincula a su autor con la llamada Guerra Peninsular, fue la que le abrió las puertas de una fama que duró hasta comienzos del siglo XX.

Tabla 4. Ejemplos de interpretación del *Te Deum* de 1812 en Salamanca durante el siglo XIX

Fecha	Lugar	Motivo	Referencia ACS y prensa
Ene 1854	Catedral	Parto de Isabel II	AC 75, 206v
Mar1855	Catedral	Proclamación del dogma Inmaculada Concepción	AC 75, 291v.
Dic 1875	Catedral	Subida de las aguas del Tormes	<i>La Época</i> 10/12/1875
Oct 1882	Catedral	Centenario de Santa Teresa	AC 77, 94.

La documentación de la Catedral de Salamanca, que raramente especifica qué obras se interpretaban en cada ocasión, sugiere que a partir de 1812 este *Te Deum* se escuchó en la práctica totalidad de las celebraciones de acción de gracias por nacimientos reales, obtención de buenas cosechas u otros favores concedidos por la Divina Providencia después de las rogativas. Por otra parte, las copias de esta obra conservadas en otras catedrales españolas atestiguan su habitual interpretación fuera de Salamanca durante prácticamente todo el siglo XIX.

A partir de la promulgación por el Papa Pío X del *Motu Proprio* (1903),¹⁰⁷ que contenía una serie de disposiciones sobre la música que se debía cantar en los templos, se fue abandonando paulatinamente la interpretación de las obras de Doyagüe y otros autores contemporáneos, por considerarlas demasiado ampulosas e incluso profanas. Así, este

¹⁰⁶ Una de ellas, cuyo papel y caligrafía coinciden con otras piezas del Palacio Real, se encuentra en la Biblioteca del Conservatorio Superior de Música de Madrid. 1/7041 (12).

¹⁰⁷ *Motu Proprio. Tra le sollecitudini* (22 de noviembre de 1903).

autor que gozó de gran fama y prestigio pasó prácticamente al olvido ya en las primeras décadas del siglo XX.

Debido a ello, cuando se cumple el bicentenario de los hechos que relatamos en este artículo, son muy pocos los españoles, e incluso los salmantinos, que conocen la existencia de Doyagüe y de aquella pieza, que en su interpretación ante Fernando VII, mereció “el voto unánime de aprobación de los maestros más severos de la corte, que ofrecieron cada uno sus respetos al gran maestro, confesando su superioridad”.¹⁰⁸ Afortunadamente, en los últimos cinco años el otrora famosísimo *Te Deum* ha vuelto a sonar en la Catedral de Salamanca (octubre de 2005), a cargo de “Los Mvsicos de Sv Alteza”, dirigidos por Luis Antonio González Marín, y en la Iglesia de San Ginés de Madrid (marzo de 2009) con “La Grande Chapelle” bajo la batuta de Albert Recasens. En el primer caso, el concierto se encuadró en el marco de la celebración del 250 aniversario de la conclusión de la Plaza Mayor de Salamanca y, en el segundo, dentro de los actos organizados por la Fundación Dos de Mayo, con música de la época de la Guerra de la Independencia. En ambas ocasiones se utilizó una transcripción y revisión de la obra realizada por la autora de este trabajo.

Conclusiones

Como el resto de las catedrales del Antiguo Régimen, el principal templo salmantino fue escenario de grandes celebraciones relacionadas con la Guerra de la Independencia. Fue, además, un destacado foco musical, con una plantilla estable de músicos que intervenían tanto en los actos ordinarios de la liturgia como en las ocasiones solemnes. Todos los intérpretes estaban a las órdenes del maestro de capilla, que componía y dirigía la música necesaria para el culto.

La disminución de rentas del Cabildo a consecuencia de la guerra ocasionó una reducción de la plantilla musical de la catedral, favorecida por los alistamientos de algunos de sus miembros. A pesar de ello, la música brilló en las numerosas funciones de rogativas y *Te Deum*, que se sucedieron casi sin interrupción, para conmemorar los principales acontecimientos bélicos. En todos estos actos brilló la música del maestro de capilla Doyagüe, que gozaría de gran prestigio durante todo el siglo XIX.

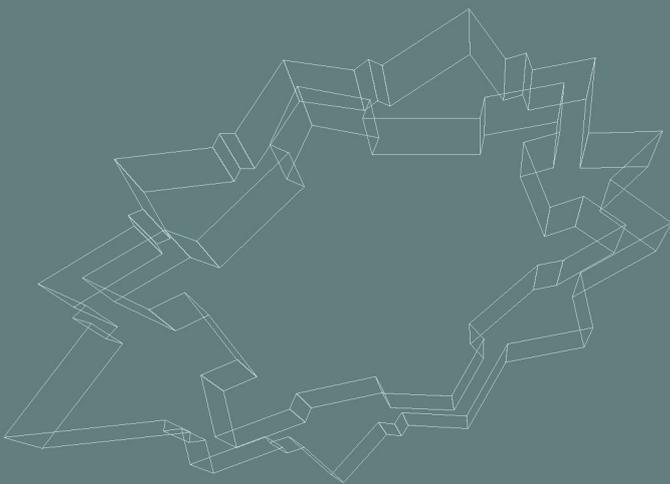
¹⁰⁸ Santiago Tejero, Noticia de algunas obras del Señor D. Manuel José Doyagüe, ob.cit.

Entre las obras más apreciadas de Doyagüe se encuentra un *Te Deum*, compuesto en 1812 para celebrar el triunfo de los aliados en la Batalla de Arapiles, que cinco años más tarde dirigió el propio compositor ante Fernando VII. Este *Te Deum*, que abrió a su autor las puertas de la fama, se interpretó habitualmente en España durante el siglo XIX y, recientemente, ha podido escucharse en Salamanca y Madrid en una transcripción y revisión realizada por la autora de este artículo.

1810
2010

ALMEIDA

CIUDAD
RODRIGO



CASTILLA Y LEÓN

es vida



Junta de
Castilla y León



Câmara Municipal
de Almeida



Ayuntamiento
de Ciudad Rodrigo



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA



UNIVERSIDAD
DE BURGOS